







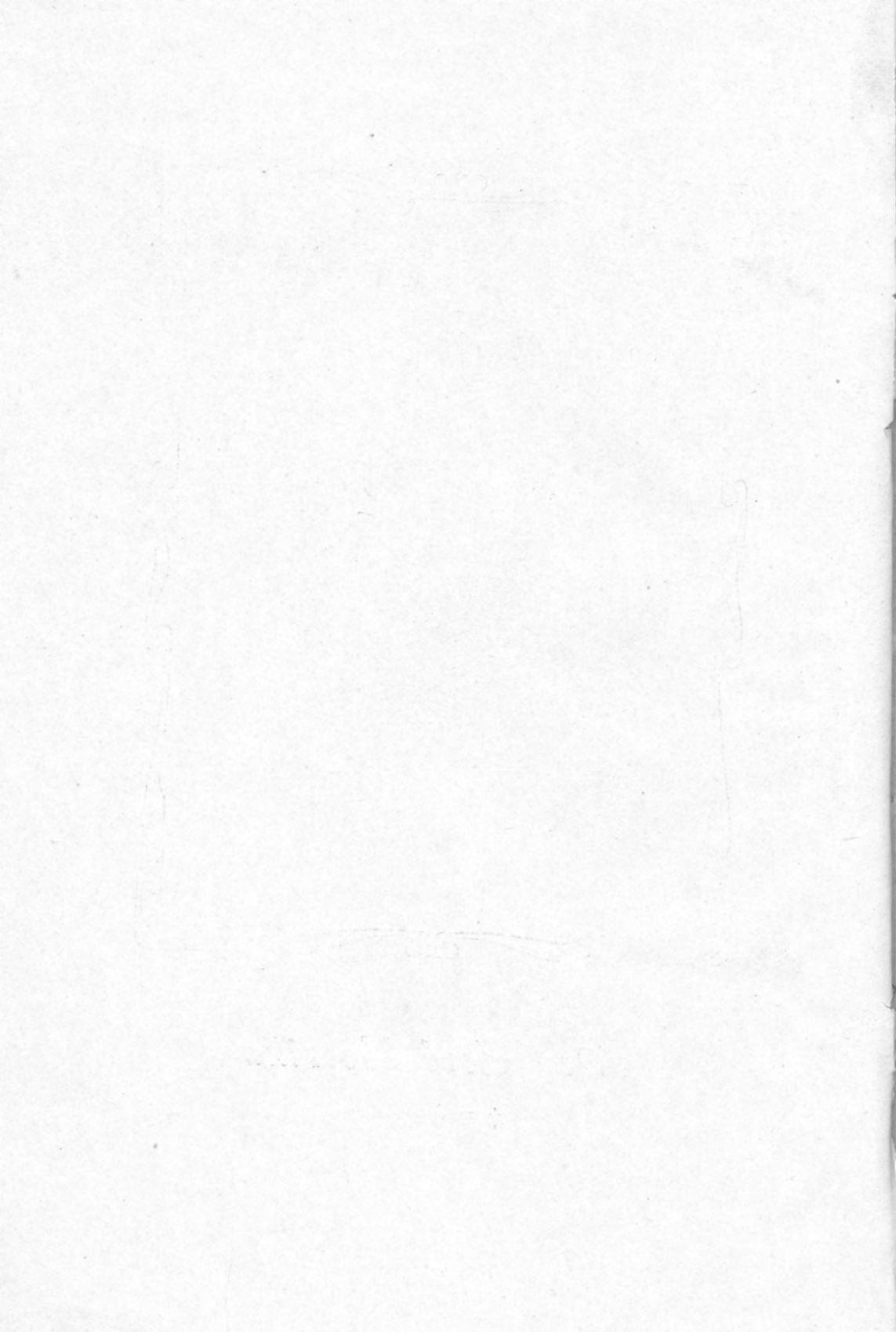
OBRAS DE DON JOSÉ ZORRILLA

C.B. 1141544
Z. 115305

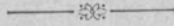


Don José Lorrilla

† 23 Enero 1893



GALERÍA DRAMÁTICA



OBRAS COMPLETAS

DE

DOÑ JOSÉ ZORRILLA

PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

TOMO PRIMERO

POESÍAS



MADRID

MANUEL P. DELGADO, EDITOR


1905

Es propiedad.

MADRID, 1905.—Establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra».



R. 89565



PRÓLOGO

ERA una tarde de Febrero. Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle, en silenciosa procesión, centenares de jóvenes con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un ataúd, en el ataúd los restos de LARRA, sobre el ataúd una corona. Era la primera que en nuestros días se consagraba al talento; la primera vez acaso que se declaraba que el genio es en la sociedad una aristocracia, un poder. La envidia y el odio habían callado; los hombres de la moralidad dejaban para después la moral tarea de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba á nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos á nuestro poeta á su capitolio, al cementerio de la Puerta de Fuencarral, donde las manos de la amistad le habían preparado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios, y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes. Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inexplicable nos detenía en derredor de aquel túmulo; y no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen los muertos antes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Entonces el Sr. ROCA DE TOGORES, levantando penosamente de su alma el peso de dolor que la oprimía, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto, alzó su voz: LARRA se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió por la vez postrera la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados días. En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender á los que no le sientan, que los mismos que le hayan sentido, le habrán ya olvidado, porque de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idea, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra región, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida, el alma ve claros los misterios, ó cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se ve entonces á sí misma, se desprende y se remonta del suelo; conoce, ve, palpa que ella no es el barro de la tierra, que otro mundo la pertenece, y se eleva á él, y desde su altura, como el águila que ve el suelo y mira al sol, sondea

la inmensidad del tiempo y del espacio, y se encuentra en la presencia de la divinidad que en medio del espacio y de la eternidad preside. Entonces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno. Tal era entonces nuestra situación. No era amistad lo que sentíamos; no era la contemplación profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio, la inauguración de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubría, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era nada de esto, ó más que todo esto, ó todo esto reunido para elevarnos á aquel estado de inexplicable magnetismo en que en una situación vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos á sostenerse en las nubes. ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor, y llorábamos (sábelo el cielo y aquellas tumbas), y al querer dirigir la voz á la sombra de nuestro amigo, pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiración que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra aflicción, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en común concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros. Entonces, de en medio de nosotros, y como si saliera de bajo aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un joven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oír una voz que por primera vez sonaba en nuestros oídos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta colección, y que el Sr. ROCA tuvo que arrancar de su mano, porque, desfallecido á la fuerza de su emoción, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fué igual á nuestro entusiasmo; y así que supimos el nombre del dichoso mortal que tan nuevas y celestiales armonías nos había hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiración religiosa de que aun estábamos poseídos, bendijimos á la Providencia que tan ostensiblemente hacía aparecer un genio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al ilustre LARRA á la mansión de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos y proclamando con entusiasmo el nombre de ZORRILLA.

No he recordado aquí esta tarde por el placer de describir una escena grande y poética. Más poética y más grande fué, seguramente, que mi descolorida descripción, aunque en el torrente de las escenas que á nuestros ojos pasan, ya se haya hundido, y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de estas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entonces empezó á sentir hacia el ilustre poeta á quien las consagra, el afecto que con él le une, y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida: entonces empezó el público á conocer las producciones de este ingenio; y la impresión que de ellas ha recibido es demasiado profunda para que no se marque muy distintamente en los anales de la literatura contemporánea. Pero no ha sido ésta precisamente la razón de recordar aquella escena. Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas, porque aquella original aparición me ha sugerido las reflexiones que voy á hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oímos los versos de que acabo de hacer mención, todos los que tuvimos la fortuna de escucharlos, sentimos la inspiración que los había dictado, y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque también nosotros estábamos ins-

pirados, y también nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, á la altura de su mismo genio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo más que expresar; porque entonces, como los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como PÍNDARO en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto: era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partían. Así que á nadie pudo ocurrírsele que aquella producción no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitación de tal autor, ó los principios de tal escuela: nadie discutió si era *clásica ó romántica, oriental ó filosófica*. Era una composición de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesía, en poesía que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y formas no se suscitaron discusiones ni críticas. Y, sin embargo, el autor la había escrito algunos momentos antes de aquella reunión, á solas en su gabinete, sin auditorio que le escuchara, y bajo la inspiración de su dolor y de su genio. Si á solas también la hubiera leído á cada uno de sus oyentes, ¿hubiera producido el mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No, seguramente. Para uno hubiera sido incomprendible una frase: otro hubiera encontrado exageración ó falta de verdad en un pensamiento: un oído *fino* hubiera sentido flojo, duro ó arrastrado, algún verso: un entendimiento metódico observaría la falta de orden, de conexión y enlace entre sus ideas: cuál la tendría por *vaga*, y haría notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija; y ¿qué más? La mayor parte tal vez no hubiera visto en ella más que una imitación de Víctor Hugo ó de Lamartine. Pues lo que hubiera sucedido á aquella composición así leída, sucede todos los días, no precisamente con respecto al público, sino con respecto á los inteligentes y críticos, con otras que se han dado á luz. Todos ellos suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones; y sólo los corazones sensibles y no gastados, que se entregan de buena fe al ímpetu del sentimiento, y que, unísonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laúd, y obedecen á todos los caprichos de su inspiración, se encuentran, con respecto á las demás poesías de este autor, en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparición en el cementerio. Entonces su inspiración había volado sola adonde nuestro entusiasmo voló después: después su inspiración siguió siempre la misma, tal vez más poderosa, más alta, más fuerte, más profunda; pero no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atracción, vemos á veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, ó no oímos de su lira más que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas y críticas: de ahí esas frases incomprensibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos: de ahí ese gongorismo para los que piensan que la poesía es sólo un modo de hablar, y no un modo de sentir, una manera de ser: de ahí, en fin, la pretensión de que estos versos son imitaciones de un autor, ó doctrinas de una escuela, por parte de los que todavía están aferrados en creer que la poesía es *un arte de imitación!* y que puede ser un método de hacer exposiciones de teorías políticas ó sistemas filosóficos. Empero los que tienen corazón y alma, y los que saben que con el corazón y con el alma, y no con los dedos y con las

palabras, se hacen los versos, saben también lo que significan estas impugnaciones y lo que hay en ellas de verdadero ó inexacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas de primeros preludios poéticos del amigo á quien le consagra, y el entusiasmo que le arrebató no le ciega; ha querido, sin embargo, demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen á una obra, pueden consistir en el modo de juzgarla, y sobre todo ha querido protestar contra ese tema de que es imitación y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo y como las rocas de los montes. Siglos hay, sí, que inspiran un mismo tono á todo aquel que los canta, principios, ideas y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que, presidiendo á una época y á una generación, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entonces la analogía no es el plagio, la semejanza no es la imitación, ni la consonancia el eco: entonces, por el contrario, la conformidad es el sello de la inspiración y de la originalidad: entonces dos obras se parecen, y distan entre sí un mundo entero: entonces dos autores se imitan sin conocerse: entonces se notan armonías y correspondencias entre la Biblia y HOMERO: entonces se copian SHAKESPEARE y CALDERÓN. Es un sol refulgente que reverbera en todos los cuerpos que ilumina: es una luna melancólica que reproduce todos los objetos que baña con sus pálidos rayos. Sí. El siglo de BYRON, de HUGO y de CHATEAUBRIAND, debe inspirar también á los vates españoles; pero su inspiración no dejará de ser de ellos, y de ser española, como del siglo, y de los objetos que canten. Póngase cada uno á mirar sus cuadros á la luz que alumbró: verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre, pero no colores prestados de ajena paleta. Fórmese para cada composición un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiración original, la naturalidad, la unción, la verdad, la belleza ideal y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron, se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció visión y quimera, les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado, y hallarán, por último, que lo que afectan llamar romanticismo, no es más que la poesía, la naturaleza, la verdad.

A otra serie de reflexiones ha dado además lugar en mi alma la escena de aquella tarde, reflexiones que algunos no comprenderán tampoco, y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridículo, y para acogerlas con la sardónica ironía que entre nosotros se afecta hacia todo lo que no es materialmente positivo y humanamente lógico, hacia todo lo que propende á hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo, empero, que creo en un orden de cosas superior al orden de los fenómenos que á nuestra razón y á nuestros sentidos es dado percibir y explicar; yo, que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que á nuestros ojos sucede, acostumbrado á ver la mano de la Providencia en los sucesos al parecer más insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que más ostensiblemente y con más solemnidad quiere como revelarse á nuestra vista. Sí; un poeta puede confesarlo, puede decir que cree en las *causas finales*, que cree en la *predestinación*, y que cree que si la humanidad toda concurre á la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hombre, y sobre todo cada especialidad, concurre á un objeto fijo y determinado. Sin esta

creencia, el libro del mundo es un enigma incomprensible, y el de la historia un tejido de absurdos. Fiel á esta creencia, y juzgando que LARRA era algo en la tierra, que en esta nación, en esta agregación de nulidades donde su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habían fijado tan vivamente la atención pública, y que su pérdida dejaba un vacío no sólo en la literatura, sino en la sociedad; cuando á orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, vi brotar el poeta que nacía, el hecho era de demasiado bulto, la aparición demasiado fatídica para no reconocer en el nuevo genio una *misión* tan especial como la del primero. Los presentimientos que hasta ahora he tenido, fundados en esta opinión, no han sido nunca vanos: el que aquella tarde tuve, no lo ha sido tampoco. Los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del genio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones que no pasaron efímeras, como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros días, ó concebidas sólo de los inteligentes, como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiración, ora con extrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado, según las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leídas y releídas, decoradas y oídas y recitadas por todos, el ansia con que se buscan los periódicos donde se publicaron algunas, ha obligado á recogerlas en la presente colección. Y no sólo en elogios y alabanza ha consistido su popularidad. También son ellas las que más críticas é invectivas han suscitado; también han sido parodiadas, y puestas en ridículos, é imitadas por malos poetas, que es la más infeliz parodia; también han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles, y hasta equiparadas en algún artículo de periódico á los discursos de varios *célebres* oradores de nuestras actuales Cortes. Pues bien: esta novedad y admiración, esas sátiras é invectivas, esas imitaciones de la medianía y esas hostilidades de la envidia, son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad. Parece que nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en armonía con ella, que fuese como el representante literario de la nueva generación, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias: varios jóvenes, al parecer con esta esperanza y con éxito más ó menos feliz, se habían presentado hasta ahora en la escena; y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero á la aparición de ZORRILLA ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso. Tibios todavía sus primeros rayos, han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesía, y si aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época; si su aparición ha sido fatídica, su poesía será providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiración fascinado, muy trascendental y poderosa será la influencia que debe ejercer, y más anchurosa de lo que se cree la esfera de acción en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será, empero, esta acción? ¿Cuál será el desarrollo de este germen? ¿Cuál será este fin? Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré á predecirlo, porque los arcanos del destino no se explican, ni los vuelos del genio se calculan. Permítasele, sin embargo, á un alma también poética formar esperanzas; y para formularlas y para dar una idea de las conjeturas que sobre lo futuro se presentan á su fantasía, permí-

tasele entrar en explicaciones del aspecto bajo que las cosas presentes se ofrecen á sus ojos. La imaginación, la amistad, el entusiasmo, podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazón, el sentimiento, la fantasía, son el único *método analítico* aplicable á las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilización, la poesía, como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofía y la religión, ha perdido su tendencia unitaria y simpática, y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que á la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hacia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hacia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una región en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado, como á su último asilo, á lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde, aun á despecho de la filosofía y del egoísmo, un corazón palpita y un espíritu inmortal vive. Pero el hombre en su aislamiento es el más miserable y desgraciado de los seres. La Providencia ha hecho necesaria para su dicha y su perfectibilidad la asociación; asociación que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sino el conjunto de las facultades que en común poseen, la comunión de sus ideas y de sus sentimientos, de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas tristes para la humanidad, en que estos lazos se rompen, en que las ideas se dividen, y las simpatías se absorben; en que el mundo de la inteligencia es el caos, el del sentimiento el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sino en el análisis y en la duda, y no conserva su corazón sino para sentir la soledad que le rodea y el abismo de hielo en que yace. Entonces el genio puede volar aún, pero vuela, como el Satanás de MILTON, solitario y por el caos: el sol le causa pena, la belleza del mundo, envidia. Su poesía es solitaria como él, y como él triste y desesperada. Canta ó más bien llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazón, las luchas de su inteligencia, y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aún ser muy vivas; pero solo en su presencia, si la reconoce, y solo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia, los himnos que debían consagrarse á una religión de amor, serán solamente gritos de desesperación y de impío despecho, ó extravíos de un abstracto y estéril misticismo. Tal es á mis ojos el carácter de la época presente; tal es también su poesía; la poesía dominante, la poesía elegíaca actual, poesía de vértigo, de vacilación y de duda, poesía de delirio ó de duelo, poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral, ni objeto humanitario, y poesía, sin embargo, que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan dondequiera su cuerda unísona, y van á herir profunda y dolorosamente á todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo. ZORRILLA ha empezado, y no podía menos de empezar, por este género. Hijo del siglo, le ha pagado también su tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado también á solas y ha dado al viento sus sollozos; ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba; ha forcejeado por quebrantar cadenas

que no son lazos; ha invocado el auxilio de un Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éxtasis de los bienaventurados y saludado á la Reina de los ángeles, y ha lanzado gemidos de desesperación infernal, y llamado en su socorro la muerte y la nada.

Y cuando la fuerza expansiva de la inspiración, arrancándole de su individualismo, le lanzó á más ancha esfera y le hizo recorrer á pesar suyo la sociedad que se agitaba á su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedía el oropel de la civilización, sino que, intuitivamente penetrantes, bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura á la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron á ver más allá, bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería pronta á cubrir la fetidez de un cuerpo presa ya de la gangrena y de la muerte.

El instinto perspicaz de su inspiración le ha presentado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganización y fealdad. Y arrebatado á tal vista de un vértigo de tristeza y amargura, asomó á sus labios aquella risa horriblemente sardónica con que el hombre en el último extremo de desesperación y miseria, escarneciendo á los demás y á sí mismo, pregunta al cielo, como burlándose, qué es lo que tal desorden significa, duda si se debe tomar en serio la suerte de la humanidad, mezcla reflexiones profundas y terribles con sátiras amargas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oír las carcajadas de una orgía. Entonces, evocando la sombra de Cervantes, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos tan á su sabor (si bien con otra hiel y tristeza) como aquel genio inmortal parodiaba á los suyos. Entonces, personificando en *Venecia* á todas las naciones degradadas y á todos los pueblos corrompidos, después de haber descrito en versos dignos de CALDERÓN y de BYRON la grandeza de su antiguo poderío y el polvo y cieno en que desde su elevación se hundieron, repentinamente *levanta una carcajada para apagar sus gemidos*, y termina su fúnebre canto entre la báquica algazara de un festín, como se suele ver en tiempos de peste y mortandad entregarse los hombres á desórdenes y excesos, para apurar los goces de su existencia amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y por último, en otro momento de inspiración más poderosa y más profunda, abarcando en un solo golpe de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos dignos de la pluma de LAMENNAIS y que equivalen á todo un volumen de filosofía, en que, dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada más terrible que la de DANIEL sobre el convite de BALTASAR, dice que

Unos cayeron beodos,
Otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

Empero lo que más caracteriza al genio, es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive y presentir lo que nace en medio de las inspiraciones de lo que existe. Así HOMERO adivinó los tiempos de LICURGO y de SOLÓN, así VIRGILIO casi

pertenece al Cristianismo y á la Edad Media, así el DANTE apenas se concibe cómo haya escrito en el siglo XIII, así CERVANTES en una edad caballeresca todavía predecía y aceleraba el prosaísmo del siglo XVIII; y por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la inspiración poética el don de la profecía. El genio actual conserva aún reconcentrado todo lo que en la humanidad debía haber y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en sus individuos; para él aun puede haber creencias y virtudes, é ilusiones y amor y abnegación, y heroísmo é interés que no sean de la tierra, y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad. Por eso nuestro poeta no tardó en conocer que la poesía á que le arrastraba su siglo era estéril y transitoria, como debe serlo esta época de desorganización y de duda, como debe serlo el egoísmo que nos disuelve, y el escepticismo que nos hiela; y parándose en su carrera y apartándose de la boca del tártaro adonde caminaba, y subiéndose á un puesto más avanzado y más digno de su misión, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada como Dios la creó, para servir de teatro á la virtud y á la inteligencia del hombre; y tiñendo su pluma de los colores del iris, y de los celajes del Oriente, ha dirigido á la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendición y alabanza al Creador.

¡Bello es el mundo! ¡Sí! ¡La vida es bella!
Dios en sus obras el placer derrama.

Entonces, en medio del negro horizonte que le circundaba, una brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; empero su musa, antes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones, sin las que no hay sociedad ni poesía, y llevarle á recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginación debía encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religión y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento, y su pluma no pudo menos de hacer contrastar con lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual, con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos. Y el primero entre nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza y sociabilidad que abrigan, y que es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado los tesoros del porvenir, ha sido también el primero á dar vida poética á nuestros olvidados monumentos religiosos, y á poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades que hacían las delicias de nuestros padres. Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno que la cubren como un sepulcro olvidado, la severa capital del imperio godo, revestida del armiño de sus reyes y de la púrpura de sus prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios: trocada después por el árabe voluptuoso en una mansión de placeres, asistimos á sus fiestas y á sus torneos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de Oriente, adornados de galas, plumas, seda y pedrería, y respirando el aliento de las huries de Mahoma; pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descollar por sobre todas estas memorias, la catedral primada, símbolo arquitectural del Cristianismo, con los estandartes de piedra de sus

torres, con las lenguas de bronce de sus campanas, y presenciamos los sagrados ritos de la religión más bella que ha existido sobre la tierra, oímos el órgano cantando sus solemnes misterios por la *céntuple garganta de los tubos de metal*, y escuchamos á la par el canto de los sacerdotes, el crujir de sus tisúes y brocados, y nos deslumbra el brillo de mil lámparas reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste á tan grandioso espectáculo, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobo santo de los bienaventurados. En aquel momento los gemidos de dolor cesan; los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa ternura y en himnos de esperanza; el desprecio de la vida y el odio á los hombres da lugar á la idea de la inmortalidad, premio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que veíamos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo nos parece no tener más que un sentimiento, una voz, una *oración* que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas: allí están todas las artes; allí está la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, todas concurriendo á un fin común, todas formando un concierto de los talentos del hombre: el templo abarca toda la vida: la religión completa el cuadro de la poesía como es la clave de la sociedad; y al volver de nuestro arrobamiento, al sentirnos en la realidad de nuestra existencia, no podemos menos de consagrar un suspiro de pesar por esos bellos tiempos que se han perdido, un ¡ay! por esos placeres de nuestros padres, por esa fe que alimentaba su vida, una lágrima por esa religión abandonada, un movimiento de sagrado respeto hacia las venerandas reliquias que de ellas nos quedan.

Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que este poeta sabe excitar con su maravilloso canto; tal es el cuadro que presentan á mis ojos las páginas de un libro donde algunos no verán tal vez más que figuras dislocadas, versos inconexos, ideas contradictorias; tal es el pensamiento unitario, trascendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones; la idea moral que preside á su redacción, y el hilo de unión que liga con una trama invisible, pero fuerte, los varios trozos de este mosaico precioso. Pero este pensamiento y esta moralidad la buscarán en vano los que crean hallarla en máximas y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito ZORRILLA, ni, á la verdad, yo tampoco. La filosofía de que yo hablo es una filosofía viva, animada, que transpira y brota en las cosas y no en las palabras, como un jardín delicioso inspira ideas de placer, como la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor ó de melancolía, como la vista del cielo y las maravillas de la naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá: ¿Ha sido el pensamiento que yo descubro el pensamiento del autor? ¿Tuvo presente el objeto que yo le asigno, al obedecer á las inspiraciones que le han dictado sus cuadros fantásticos y sus armoniosos himnos? ¿Ha pensado, por ventura, en el fin social de sus versos, y ha pretendido enlazarlos en un conjunto regular y en un sistema poético, el joven genio que no ha hecho acaso más que ceder al ímpetu de su imaginación en una hora de arrebato, y en fijar con la pluma las instantáneas imágenes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordársele jamás? ¿Ha descendido á estas consideraciones filosóficas, á este

análisis moral y religioso de sus obras, á este cálculo previo del plan de sus trabajos? No, sin duda; y si hubiera sido capaz de concebirlo, no lo hubiera sido de realizarlo; el genio no ratiocina, y los poetas, como todas las especialidades del mundo, no tienen la conciencia de lo que son, cumplen su destino sin saberlo, é ignoran la teoría de la obra misma que son llamados á edificar, y el poder de los principios mismos que vienen á proclamar y difundir. Por eso, los que viven á su intermediación, suelen juzgarlos con la mayor inexactitud cuando creen ufanos que sólo ellos están en el secreto del genio; y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figuras, piensan que son ilusiones y fantásticas quimeras los primores que otros ven de lejos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven más que al individuo donde debían ver al poeta, no ven más que al autor cuando debían examinar la obra, y miden al Escorial por la estatura de HERRERA. Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría, y no saben que son los gemidos de una generación entera los que se exhalan de su pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira. Ven al mortal afortunado acaso quejarse de una sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres, y no saben que á un alma eminentemente simpática no le bastan los placeres de una existencia sola, y que la esponja de su corazón embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices. Ven al hombre del mundo, tal vez indiferente é incrédulo, predicando la religión y los misterios, y no conocen la terrible personificación del siglo ateo, obligado á arrastrarse al pie de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada existencia, é implorando por gracia al cielo una creencia, un rayo de verdad que alumbre á la humanidad y la enseñe la senda de su destino en la espantosa noche del escepticismo que la circunda. No. Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios; no ven más que al hombre uniformemente vestido del café y del paseo, del teatro y de la orgía, al hombre que se modela por los demás, y que se hace más superficial, más pequeño, más material y positivo de lo que es en el fondo de su corazón, y luego exclaman:—¡ He aquí el hombre! ¡ He aquí el filósofo! ¡ He aquí el poeta!—Pero la sociedad sólo ve el genio, sólo contempla y admira la creación de la inteligencia y de la inspiración. Él se la lanza como la Pitonisa el oráculo, como la estatua de MEMNÓN su armonía: ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Sí, poeta: la sociedad te comprenderá mejor que los sabios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue á tu grandiosa carrera: avanza de tu aurora á tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazón, los misterios del alma, las maravillas de la naturaleza y el poder de la inspiración. Tú, manchado de polvo y de fango el cuadro chillante y desentonado de una civilización anárquica y desnivelada; tú has matizado con los tintes de la luz de Oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepulcros. Sigue. El destino tal vez te reserva otra carrera y te prepara otra corona: tu poesía se lanzará hacia un nuevo período más brillante y más filosófico: tú conoces que lo presente no es digno de ti, pero debes saber también que lo pasado es estéril, que lo que ha muerto una vez no resucita jamás, y que

es ley de la Providencia que la humanidad no retroceda nunca. El porvenir te aguarda, ese porvenir misterioso que se cierne sobre la Europa, y con cuyos encantos soñamos como se sueña en la adolescencia con las gracias de una querida que se forja el corazón. Esa edad por que la juventud suspira, esa edad invocada por los votos de nuestros corazones, esa edad tierra de promisión en este desierto para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tuya es, y antes que nosotros debe llegar á ella esa fantasía que á velas desplegadas boga por el mar de los tiempos. A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas y rasgar á nuestros ojos el velo á cuyo través ahora ni vagamente se trasluce. Tú solo serás capaz de realizar, en tus proféticas creaciones, ese apocalipsis de la inteligencia, esa época de reorganización y de armonía en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilización moderna, despojada ésta de su egoísmo, como aquéllos de su barbarie, en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reuna en una común familia las naciones ahora aisladas, y en que una religión de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada.

Sí, poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven á calcular; tal vez á tu canto se revele lo que á la filosofía no le es dado prever. La Providencia no te ha hecho aparecer en vano; y pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. *Cumple, pues, tu misión sobre la tierra.* No importa que los que á sí mismos se desprecian, los que no se creen nacidos con fin alguno, los que piensan que existen arrojados por el acaso como piedras en el pozo de la vida, los que niegan la previsión de la inteligencia suprema, la divinidad del espíritu humano, su imperio sobre el mundo, y los que, á trueque de no reconocer los privilegios del genio, nieguen también su existencia, hayan ridiculizado esa frase tuya, y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú, empero, que crees en ella porque oyes dentro de ti la voz divina que te la dicta, sigue sereno, á pesar de las tempestades que en el horizonte asomen, la inspiración sublime que te lleva á otro mundo. Yo te he visto partir, mi querido amigo; yo también había querido lanzarme en ese océano; pero delante de ti he recogido mis velas, y me he quedado en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos. Sí; yo, en mis ilusiones, había creído también que tenía una misión que cumplir. Has venido tú, y me queda una bien dulce, bien deliciosa: la de admirarte y de ser tu amigo.

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

Madrid, 14 de Octubre de 1837.



Á LA MEMORIA DESGRACIADA

DEL JOVEN LITERATO

Don Mariano José de Larra.

Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana:
Vano remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra,
Y dejó su existencia carcomida,
Como una virgen al placer perdida
Cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el tiempo el porvenir vacío,
Vacío ya de ensueños y de gloria,
¡Y se entregó á ese sueño sin memoria,
Que nos lleva á otro mundo á despertar!

Era una flor que marchitó el estío,
Era una fuente que agotó el verano;
Ya no se siente su murmullo vano,
Ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la llanura,
Ese manto de yerba y de frescura,
Hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su misión,
Sobre la tierra que habita
Es una planta maldita
Con frutos de bendición.

Duerme en paz en la tumba solitaria
Donde no llegue á tu cegado oído
Más que la triste y funeral plegaria
Que otro poeta cantará por ti.
Ésta será una ofrenda de cariño
Más grata, sí, que la oración de un hombre,
Para como la lágrima de un niño,
¡Memoria del poeta que perdí!

Si existe un remoto cielo
De los poetas mansión,
Y sólo le queda al suelo
Ese retrato de hielo,
Fetidez y corrupción,

¡Digno presente, por cierto,
Se deja á la amarga vida!
¡Abandonar un desierto
Y darle á la despedida
La fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el *no ser*
Hay un recuerdo de ayer,
Una vida como aquí
Detrás de ese firmamento...
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de ti.





INTRODUCCIÓN

Broté como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de un malvado,
Y mi primer cantar fué á un suicida:
¡Agüero fué, por Dios, bien desdichado!

Al eco de este cántico precito
Dijo el mundo escuchándome: «Veamos»,
Y sentóse á mirarme de hito en hito:
Y el mundo y yo, por mi primer delito,
Desde entonces mirándonos estamos.

Dejemos á los muertos en reposo
Y que duerman en paz, si es su destino;
Harto haremos en mar tan proceloso
Como es la vida, en encontrar camino.

Yo el mío me busqué por las turbadas
Ondas de aqueste mar, y mi barquilla,
Por medio de otras muchas que extravía-
Bogar sin rumbo vi desesperadas, [das
Procuré conducir hacia la orilla.

Velé, gemí, con angustiado lloro
Volvíme al cielo y acudí á las ciencias:
¿A la ribera tocaré? Lo ignoro;
Sólo sé que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,
Y á impulso de recóndito misterio
Dióle la soledad eco infinito,
Y fué, tornado en cántico maldito,
Á expirar en mitad de un cementerio.

Yo sentí que la tumba me aplaudía,
Y ansio de gloria al corazón hallando,
Dije dentro de mí: «La tierra es mía.»
Y con mayor afán seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,
De arcángel mi poder; mi alma altanera
Me arrebató hacia el alto firmamento,
Y la región azul del vago viento
Embelesé con mi canción primera.

Atrás dejé las águilas que miran
Con ojo audaz al sol, atrás quedaron
Las nubes que relámpagos respiran,
Los soles mil que por espacios giran
Donde mortales ojos no llegaron.

Creí el mundo á mis pies; alcé la frente
Para cantar mi orgullo, y mis oídos
Del medio de una nube refulgente
El acento de Dios omnipotente
Oyeron, de pavor estremecidos.

«Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,
Pero canta en el polvo que naciste,
Allí donde jamás han de creerte:
Canta la vida, mientras va la muerte
Á sí llamando tu existencia triste.»

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,
Y al impulso de su hálito divino,
Con cántiga risueña ó dolorida
La soledad alivio del camino:
Y cumplo así la ley de mi destino.

Inunda paz sabrosa
 Mi corazón tranquilo,
 Y dichas y deleites
 Encuentro por doquier:
 Mi ser halló en mi alma
 Inalterable asilo,
 Mi espíritu respira
 El ámbar del placer.

Y nada me atormenta,
 Ni envidia ni deseo:
 Mi espíritu al abrigo
 De la tormenta está:
 Pasar á las edades
 Indiferente veo;
 Mecido en dulces sueños
 Mi pensamiento va.

Y á veces me arrebatada
 Mi loca fantasía
 En alas de su joven
 Fecunda inspiración;
 Y á un mundo me transporta
 De encanto y de armonía,
 Do gozan mis potencias
 Espléndida ilusión.

Mi espíritu se libra
 Del cuerpo que le encierra,
 Y grande y poderoso
 Como su Dios se cree,
 Y alcanza desde el cénit
 Á la lejana tierra,
 Cual punto en el espacio
 Que apenas no se ve.

Y el orbe ante mis ojos
 Despliega los misterios
 Que impulsan la infinita
 Y excelsa creación;
 Y hollando los escombros
 De tronos y de imperios,
 Revienta en armonía
 Mi libre corazón.

Cuanto es en los espacios
 Su ser me patentiza:
 Un templo ante mis ojos
 El universo es,

Y todo en su recinto
 Se ensalza y diviniza,
 Y la creación entera
 Tendida está á mis pies.

No hay canto, ni suspiro,
 Lamento ni murmullo,
 Cuyo eco misterioso
 Fingir no sepa yo,
 Que mi niñez mecieron
 Los bosques con su arrullo,
 Y su creencia santa
 La soledad me dió.

La música comprendo
 Que en las volubles hojas
 Resuena á la presencia
 Del céfiro fugaz;
 Y entiendo en el otoño
 El ay! de sus congojas
 Con que piedad imploran
 Del ábrego tenaz.

Yo sé cómo susurran
 Con diferentes voces,
 Marchitas en Setiembre,
 Jugosas en Abril;
 Ya rueden con el polvo
 En círculos veloces,
 Ya con su toldo verde
 Coronen el pensil.

Yo entiendo de las aves
 Los cánticos distintos,
 El saludar al alba
 Ó huir la tempestad;
 Buscando de las selvas
 Los cóncavos recintos,
 En donde alegres gozan
 Salvaje libertad.

Entiendo el agorero
 Graznar de la corneja,
 La ronca voz de buitres
 Que huele su festín;
 Del solitario buho
 La temerosa queja,
 Y el amoroso trino
 Del ágil colorín.

Y el ruido con que vuela
 La errante mariposa,
 Los pasos de la oruga
 Sobre la fresca flor,
 El desigual zumbido
 Con que anda codiciosa
 La abeja, de su cáliz
 Volando en derredor.

El sol con que su nido
 Columpia la oropéndola,
 Del álamo frondoso
 Suspenso en la altitud,
 Y los murmullos que alzan
 Las ráfagas, meciéndola,
 Haciendo, revoltosas,
 Eterna su inquietud.

Los mágicos rumores
 Que elevan diferentes
 Las diferentes aguas
 Del bosque ó del jardín,
 Cuando los montes surcan
 Sus rápidos torrentes,
 Cuando en los valles buscan
 Sus arroyuelos fin.

Y el temeroso acento
 De las voraces fieras,
 De la tormenta ronca
 El iracundo son.
 En mis oídos posan
 Las notas lisonjeras
 Que ensalzan y armonizan
 La inmensa creación.

Conozco de los astros
 La incógnita carrera,
 Del ángel que los guía
 La luminosa faz,
 Y la del ROSTRO SANTO
 Que en ellos reverbera,
 Torrentes derramando
 De vida y claridad.

Las nubes le saludan
 Con majestuoso trueno,
 La atmósfera le enciende
 Relámpago veloz,
 La tierra le abre humilde
 Su perfumado seno,
 Y el mar canta su gloria
 Con incesante voz.

Si airado pestañea,
 Los mundos se estremecen;
 Si torna el rostro, yacen
 En muerta oscuridad,
 Si su hálito les niega,
 Caducan y envejecen:
Él solo es la existencia,
 La luz y la verdad.

Para *Él* tiene tan sólo
 La eternidad guarismo,
 Y número los astros,
 Y las edades fin,
 Y límite el espacio,
 Y término el abismo:
 Y nada se le esconde
 Por lóbrego ni ruin.

Su dedo es la balanza
 Que en equilibrio tiene
 La máquina gigante
 De su alta creación,
 Y cuanto en ella existe,
 Su dedo lo mantiene,
 Y ese es el Dios que canta
 Mi lengua y mi razón.

Y voz no hay ni suspiro,
 Lamento ni murmullo,
 Cuyo eco misterioso
 Por *Él* no entienda yo;
 Que mi niñez meciera
 Los bosques con su arullo,
 Y su creencia santa
 La soledad me dió.



Á CALDERÓN

«La venerable Congregación de sacerdotes naturales de esta villa, puso aquí esta inscripción, con permiso de D. Diego Ladrón de Guevara, caballero de la Orden de Calatrava y patrón de esta capilla.»

(Capilla de San Salvador, sepulcro de D. Pedro Calderón de la Barca.)

Hay una antigua capilla
Pobre por su antigüedad,
Negra por su oscuridad,
Revocada por *la villa*,

Donde se lee en un rincón,
Más que con ojos con manos:
«AQUÍ LOS RESTOS HUMANOS
DE DON PEDRO CALDERÓN.»

I

Ave osada, cuyas plumas
Vistieron de cien colores
Con sus matices las flores,
Con su nieve las espumas.

Á cuyos ojos el sol
Prestó luz y atrevimiento,
Y á cuyas alas dió viento
Tu noble aliento español.

A quien la tierra dió sombra,
Y la fortuna dió calma,
Á quien un rayo dió el alma,
Y el universo una alfombra.

Águila para volar,
Reina del viento naciste,
Fénix al mundo saliste
Para vivir y cantar.

Aguila fué tu osadía,
Que con su atrevido vuelo
Subió arrebatada al cielo
Á beber la luz del día.

Fénix fueron tus cantares,
Pues al nacer y al morir
Sólo se hicieron oír
Al calor de sus hogares.

Aguila tus ojos son,
Y fénix es tu garganta,
Es fénix la voz que canta,
Y águila la inspiración.

Si el águila ojos te da,
Te da el fénix melodía,
Para tu luz y armonía,
Ni ojos ni oídos habrá.

Mas, por desgracia ó fortuna,
Ya tu garganta está seca,
Y allá en tu pupila hueca
No queda mirada alguna.

Duerme en paz en tu rincón,
Donde levantó tu gloria
Una cruz á la memoria
DE DON PEDRO CALDERÓN.

Que si un mármol reclamó
Tu grandeza y te le dieron,
Según lo que le escondieron,
Parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí,
Pero en tan bajo lugar,
Que pareces aguardar
Hora en que huirte de allí.

Mucho te guardan del sol:
¡Temerán que te ennegrezca!.....
Ó tal vez no le merezca
Tu ingenio y nombre español.

En vez de tan vil lugar,
Si fueras un potentado,
Sepulcro te hubieran dado
Delante del mismo altar.

Porque al magnate altanero
Le dan virtud y oraciones
El oro de sus blasones,
Y su fortuna primero.

Mas duerme tranquilo ahí;
En ese rincón inmundo,
Para sarcasmo del mundo,
Te basta tu nombre á ti.

Que imbécil ó descuidada
La malignidad del hombre,
Dejó olvidado tu nombre
Sobre el sello de tu nada.

II

Sombra ultrajada, perdona
Si tu sueño interrumpí,
Que mi atrevimiento abona

Lo poco que soy en mí,
Lo mucho que es tu corona.

Mis ojos te quieren ver,
Pero cuando más te miran,
Más imposible ha de ser.
¡Su lumbre van á perder
Ojos que por ti deliran!

Mis ojos ven tu laurel,
Y ver quisieran tu alma;
Que es martirio bien cruel
Desesperado al pie dél
Suspirar por una palma.

Mas si nada he de poder,
Digno Calderón, de ti,
Si el que á llorar venga aquí
Grande como tú ha de ser,
Á tu vez llora por mí,
Que menos no he de volver.

Pues tu osada inspiración
Eterna quedó en la historia,
Duerme en paz en tu rincón,
Donde levantó tu gloria
Una cruz....., triste memoria
De DON PEDRO CALDERÓN.





TOLEDO

I

Negra, ruinoso, sola y olvidada,
Hundidos ya los pies entre la arena,
Allí yace Toledo abandonada,
Azotada del viento y del turbión.
Mal envuelta en el manto de sus reyes,
Aun asoma su frente carcomida;
Esclava, sin soldados y sin leyes,
Duerme indolente al pie de su blasón.

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
Parodia con que cubre su vergüenza,
Parodia vil en que adivina el hombre
Lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura,
Dos puentes, y entre ruinas y blasones
Un alcázar sentado en una altura,
Y un pueblo triste que vegeta al pie.

El sopro abrasador del cierzo impío
Cinó bramando sus tostados muros,
Y entre las hondas pálidas de un río
Una ciudad de escombros levantó.
Está Toledo allí: yace tendida
En el polvo, sin armas y sin gloria,
Monumento elevado á la memoria
De otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez sobre la noche umbría,
De este montón de cieno y de memorias
Se levanta dulcísima armonía.....,

Cruza las sombras cenicienta luz:
Se oye la voz del órgano que rueda
Sobre la voz del viento y de las preces;
Una hora después apenas queda
Un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna,
Al través de los vidrios de colores
El brillo de una lámpara moruna
Colgada al apagarse en un altar;
Apenas entreabierto una ventana
Anuncia un ser que sufre, llora ó vela;
Que el pueblo sin ayer y sin mañana
Yace inerte dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento,
Ese pueblo, en la alta noche,
Alza el rostro macilento
Despertando con pavor;
Fingiendo en la sombra oscura
La mal abierta pupila,
La transparente figura
De un fantasma aterrador.

Entonces en su memoria
Se levantan confundidas
Una bruja y una historia
De la santa religión,
Mientras, en el polvo la frente,
Á la bruja, ó á María
Dirige indistintamente
Su sacrilega oración.

Y en su ignorancia grosera
Mezcla acaso en un ensueño

El nombre de una hechicera
 Con el nombre de Jehová.
 Con el vaticinio inmundo
 De un *saludador* infame,
 El del Redentor del mundo
 En torpe amalgama va.

La luna en tanto pasea
 Cruzando el azul tranquilo,
 Y los despojos blanquea
 De tanta generación;
 Esas páginas sin nombre,
 Cifras de un siglo ignorado,
 Que alzó la mano del hombre
 Del hombre para baldón.

Esas santas catedrales,
 Cuyos pardos capiteles,
 Cuyos pintados cristales,
 Cuya bóveda ojival,
 Cuyo color ceniciento,
 Cuyo silencio solemne,
 Cobijan por pavimento
 Una losa sepulcral.

Sobre ella los vivos cantan,
 A par de ruidosa orquesta,
 Cantares que se levantan
 Hasta los pies del Señor:
 Sobre ella flota el perfume
 Que la atmósfera embalsama,
 Y en oblación se consume
 Oro y mirra al Criador.

Sobre ella en noche lluviosa,
 Al bramar del viento bravo,
 Armonía misteriosa
 En el templo se hace oír.
 Es un cántico tremendo,
 Ronco, vago, agonizante,
 Una voz que está pidiendo
 Por los que van á morir.

Es la voz del himno santo,
 Del terrible *Misereere*,
 Cuyo monótono canto
 Miedo infunde al corazón:
 Y en la bóveda rodando,
 Saliendo al aire flotante,
 Al mundo va predicando
 Una santa religión.

Y bajo la piedra helada,
 De los hombres que murieron
 Se oye la voz apagada
 El triste salmo decir:

Y la campana sonora
 Remedándola en el aire,
 Con la voz de alguna hora
 La hace en el aire morir.

II

[orilla

Duerme ¡oh Toledo! en la espumante
 De ese torrente que á tus pies murmura,
 Que con agua pesada y amarilla
 Roe y devora tu muralla oscura,
 Que llora avergonzado tu mancilla,
 Tu perdida riqueza y tu hermosura,
 Y calla por piedad á las naciones
 Que yacen en su fondo tus blasones.

Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
 Los ángeles y brujas de tus cuentos,
 Las danzas de los santos con las hadas,
 Los misterios ocultos en los vientos;
 Duerme, sí, con tus farsas parodiadas,
 Prenda de tus señores opulentos:
 Sepulta en barro tu diadema de oro
 Y canta en derredor de tu tesoro.

Hubo unos días de gloria
 Vanos recuerdos de ayer:
 Apenas hoy de esa historia
 Nos queda un *Zocodover*,
 Ú otro nombre, en la memoria.

Ceñida entonces la plaza
 De ancho tapiz toledano,
 En la arena húmeda emplaza
 Un moro de noble raza
 A algún capitán cristiano.

Vestidos están de flores,
 Que avergüenzan un jardín,
 Balcones y miradores;
 Cristales son de colores
 Los del Miramamolín.

Sólo abierto hay un balcón,
 Y es el balcón del Sultán,
 Y armados de alto lanzón
 Jinetes debajo están
 Por respeto á la función.

Y las musulmanas bellas
 Detrás de las celosías
 Muestran ocultas estrellas

Sus ojos, que en tales días
No hubiera luces sin ellas.
¡Bellas son las orientales!
Delicados como espumas
Sus prendidos y sus chales,
Que mece en ondas iguales
Un abanico de plumas.

Por eso, celoso el moro,
Tendió en sus ojos un velo,
Que es más rico su tesoro
Que el color azul del cielo
Teñido en franjas de oro.

Derraman desde la altura
Aguas de olor en la arena,
Que dan aroma y frescura,
Y agitan el aura pura
De aurora blanca y serena.

Y en redes de oro, colgadas
De las tres torres mayores,
De luz y de aire embriagadas,
Cantan y vuelan cerradas
Aves de gayos colores.

Gala del hombre de Oriente
Era la altiva Toledo:
Hoy conserva solamente
Cieno en la caduca frente,
Y dentro del alma miedo.

La árabe *Zocodover*,
Solitaria y carcomida,
Puede apenas sostener
La memoria de su vida,
Amenazando caer.

Hoy á las cañas de moros
A lo más ha reemplazado
Con una farsa de toros,
Y á los adufes sonoros
Con los gritos de un mercado.

Y porque consuelo alguno
Quedar á Toledo pueda,
Robóle el tiempo importuno
Hasta la alfombra de seda
Del alto alcázar moruno.

III

Hoy un templo de gótica estructura,
Y escombros sin historias y sin nombre,
En su deforme y colosal figura
Su sentencia mortal muestran al hombre.

Y es fama que se encienden todavía
En el templo las lámparas sagradas,
Y que vibrar se escuchan noche y día
Del órgano las notas aceradas.

Aun existe una página de roca
En que leer deletreando apenas
La era en que una tribu noble ó loca
Cesó de darnos timbres ó cadenas.

Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfom-
En que á través de seda y pedrería [bras
Alcanza el pensamiento entre las sombras
Lo que Toledo la árabe sería.

Esos son los suntuosos funerales
De tanta gala, pompa y hermosura;
Quedan, en vez de cantos orientales,
Himnos al Dios que mora en el altura.

—
Ya no hay cañas, ni torneos
Ni moriscas cantilenas,
Ni entre las negras almenas
Moros ocultos están;
Hoy se ven sin celosías
Miradores y ventanas,
No hay danzas ya de sultanas
En el jardín del Sultán.

Ya no hay dorados salones
En alcázares Reales,
Gabinetes orientales
Consagrados al placer;
Ya no hay mujeres morenas
En lechos de terciopelo,
Prometidas en un cielo
Que los moros no han de ver.

Ya no hay pájaros de Oriente
Presos en redes de oro,
Cuyo cántico sonoro,
Cuyo pintado color,
Presten al aire armonía
Mientras en baño de olores
Dormita, soñando amores,
El opulente señor.

No hay una edad de placeres
Como fué la edad moruna;
Igual á aquella ninguna,
Porque no puede haber dos;
Pero hay en gótica torre

De parda iglesia cristiana
Una gigante campana
Con el acento de un Dios.

Hay un templo sostenido
En cien góticos pilares,
Y cruces en los altares,
Y una santa religión;
Y hay un pueblo prosternado
Que eleva á Dios su plegaria
A la llama solitaria
De la fe del corazón.

IV

[viento

Hay un Dios cuyo nombre guarda el
En los pliegues del ronco torbellino,
A cuya voz vacila el firmamento
Y el hondo porvenir rasga el destino.

La cifra de ese nombre vive escrita
En el impuro corazón del hombre,
Y él adora en un árabe mezquita
La misteriosa cifra de ese nombre.





EL RELOJ

Es una verdad que parece sueño.

Cuando en la noche sombría
Con la luna cenicienta,
De un alto reloj se cuenta
La voz que dobla á compás;
Si al cruzar la extensa plaza
Se ve en su tarda carrera
Rodar la mano en la esfera,
Dejando un signo detrás,

Se fijan allí los ojos,
Y el corazón se estremece,
Que según el tiempo crece,
Más pequeño el tiempo es;
Que va rodando la mano
Y la existencia va en ella,
Y es la existencia más bella
Porque se pierde después.

¡Tremenda cosa es pasando
Oír, entre el ronco viento,
Cuál se despliega violento
Desde un negro capitel
El son triste y compasado
Del reloj, que da una hora
En la campana sonora
Que está colgada sobre él!

Aquel misterioso círculo,
De una eternidad emblema,
Que está como un anatema
Colgado en una pared,
Rostro de un ser invisible
En una torre asomado,
Del gótico cincelado
Envuelto en la densa red,

Parece un ángel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta mudo
Las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido,
Con la punzante campana,
Las horas que habrá mañana
De menos al despertar.

Parece el ojo del tiempo,
Cuya viviente pupila
Medita y marca tranquila
El paso á la eternidad;
La envió á reír de los hombres
La Omnipotencia divina,
Creó el sol que la ilumina,
Porque el sol es la verdad.

Así á la luz de esa hoguera
Que ha suspendido en la altura,
Crece la humana locura,
Mengua el tiempo en el reló;
El sol alumbrá las horas
Y el reloj los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es, por cierto,
Ver que un pueblo se levanta
Y se embriaga y ríe y canta
De una plaza en derredor;
Y ver en la negra torre
Inmóble un reloj marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor.

Tal vez detrás de la esfera
 Algun espíritu yace
 Que rápidamente hace
 Ambos punzones rodar
 Quizá al declinar el día,
 Para hundirse en Occidente
 Asoma la calva frente,
 El universo á mirar.

Quizá á la luz de la luna
 Allá en la noche callada,
 Sobre la torre elevada
 A meditar se asentó:
 Y por la abierta ventana,
 Angustiado el moribundo,
 Al despedirse del mundo
 De horror transido le vió.

Quizá asomando á la esfera
 La noche pasa y los días,
 Marcando la hora postrera
 De los que habrán de morir;
 Quizá, la esfera arrancando,
 Asume al oscuro hueco
 El rostro nervioso y seco
 Con sardónico reír.

—
 ¡Ay, que es muy duro el destino
 De nuestra existencia ver
 En un misterioso círculo
 Trazado en una pared!
 Ver en números escrito

De nuestro orgulloso ser
 La miseria....., el polvo....., nada,
 Lo que *será* nuestro *fué*.
 Es triste oír de una péndola
 El compasado caer
 Como se oyera el rüido
 De los descarnados pies
 De la muerte, que viniera
 Nuestra existencia á romper;
 Oír su golpe acerado
 Repetido una, dos, tres,
 Mil veces, igual, continuo
 Como la primera vez.
 Y en tanto por el Oriente
 Sube el sol, vuelve á caer,
 Tiende la noche su sombra,
 Y vuelve el sol otra vez,
 Y viene la primavera,
 Y el crudo invierno también,
 Pasa el ardiente verano,
 Pasa el otoño, y se ven
 Tostadas hojas y flores
 Desde las ramas caer.
 Y el reloj dando las horas
 Que no habrán más de volver;
 Y murmurando á compás
 Una sentencia cruel,
 Susurra el péndulo: «*Nunca,*
Nunca, nunca vuelve á ser
 Lo que allá en la eternidad
 Una vez contado fué!»





LA LUNA DE ENERO

El prado está sin verdura,
Y los jardines sin flores,
No cantan los ruiseñores
Amores en la espesura.

No se oye el dulce murmullo
Del viento, que ronco brama,
No brota en la seca rama
Tierno y pintado capullo.

No saltan serenas fuentes
Por entre sutiles bocas,
Que ruedan desde las rocas,
En vez de arroyos, torrentes.

La luz que los aires puebla,
Pesada, amarilla y tarda,
Se pierde en la sombra parda
De la perezosa niebla.

Se viste el color del cielo
Color de los funerales,
Y son del alba cristales
Los carámbanos de hielo.

Brota á los rudos estragos
Con que el invierno la abruma,
La tierra nieblas y lagos,
El mar montañas de espuma.

Y hacinados de ancha hoguera
Los hombres en derredor,
Contemplan el resplandor
Que asalta la azul esfera.

Y baja amarillo el río,
Y entre sus ondas pesadas
Trae las ramas desgajadas
Al furor del cierzo impío.

Mas la noche silenciosa
Por el firmamento sube,
Sin que la manche una nube,
Engalanada y vistosa.
Que en vez de sombra importuna
Vienen siguiendo sus huellas
Mil ejércitos de estrellas,
Cortesanas de la luna.

Que la noche, en recompensa,
Callando los vendavales,
Enciende sus mil fanales
Sobre la atmósfera inmensa.

¡Qué bella es la luz de plata
Con que la noche se viste
Después del día más triste
De la estación más ingrata!

Se ven en la oscuridad,
Como soldados que velan,
Cuál con la lluvia riélan
Las torres de la ciudad.

Se sienten rodar inquietas,
Lanzando un grito violento
Al brusco empuje del viento,
Sobre el punzón las veletas.

Y en las mansiones vecinas
Los vidrios de las ventanas
Remedan las luces vanas
Colgadas en las esquinas.

No hay sombra en que no veamos
Alguna fantasma oculta,
Que porque más la temamos,
La noche la sombra abulta.

Pues por completa ilusión
La noche miente tan bien,

Que las cosas que se ven
No son las cosas que son.

El aire cristales miente,
Plata los pliegues del río,
Lluvia de ámbar el rocío,
Nácar y perlas la fuente.

Y alza á lo lejos el monte,
Como filas de soldados,
Mil peñascos apiñados
Que guardan el horizonte.

¡Bello es entonces cantar
Con enamorado acento,
Versos que cruzan el viento
Para nacer y expirar!

Bello es en la sombra oscura
Ver una ondulante falda,
Y adivinar una espalda
Sobre una esbelta cintura.

Pensar un velo sutil
Ocultar un blanco cuello,
Y buscar detrás de aquello
Un elegante perfil.

Y alcanzar por entre el velo
Dos ojos ó dos centellas,
Que iluminan como estrellas
El espacio de aquel cielo.

Hasta la misma amargura
Es tal vez menos amarga,
Que cuanto la noche alarga
Adquiere más hermosura;

Que en una noche tranquila
Parece el cielo, en verdad,
Ojo de la eternidad,
Y la luna su pupila.

—
Reina de los astros, ¡Luna!,
Como tu luz no hay ninguna;
Si el alba tiene arrebol,
Si tiene rayos el sol,
Su luz de fuego importuna.

Cansa por cierto ese ardor
Con claridad tan extrema;
Bello es del alba el color,
Bello del sol el calor,
Pero tanta lumbre quema.

¡Oh, de la tuya templada
Es fantástico el imperio!
Tú con tu luz plateada
Das de la sombra á la nada
Los contornos del misterio.

¡Oh noches encantadoras,
Volved con tanta riqueza!
¡Hermosas son vuestras horas,
Que embellecen seductoras
Del ánima la tristeza!

Como aquéllas ¡no hay alguna!;
Que en vez de sombra importuna
Traen por orgullo con ellas
Mil ejércitos de estrellas
Cortesananas de la luna.



Á UNA MUJER

Ayer el alba amarilla,
Al anunciar la mañana,
Pintaba de tu ventana
El transparente cristal;
Ayer la flotante brisa
Daba á la atmósfera olores,
Meciendo las gayas flores
Sobre el tallo desigual.

Ayer, al rumor tranquilo
De la corriente vecina,
En la orilla cristalina
Se bañaba el ruiseñor;
Y pájaros, flores, fuentes,
Saludando al nuevo día,
Le prestaban armonía
En cambio de su color.

Ayer era el sol brillante,
El cielo azul y sereno,
El jardín fresco y ameno,
Y delicioso el vivir;
Eras tú niña y hermosa,
Sin rubor sobre la frente,
Tu velar era inocente,
Inocente tu dormir.

Tú reías y cantabas,
Niña ó ángel en el suelo,
Y tus risas en el cielo
Eran guirnaldas tal vez;
Estrellas eran tus ojos,
Cántico vago tu acento,
Blando perfume tu aliento,
Luz de la aurora tu tez.

Entonces, niña, en tu mente
No resonaban las horas,
Ni apenaban seductoras
Fantasmas al corazón;
No te pintaba tu sueño
Entre la sombra callada
Un suspiro, una mirada
En voluptuosa ilusión.

Para ti no había tiempo,
Todo era paz, todo flores,
No había infierno de amores,
Ni fastidio del placer;
Un poeta te cantaba
Melancólicos cantares,
Y la voz de sus pesares
No comprendías ayer.

¡Pobre niña! ¿Qué se han hecho
Los delirios de tu infancia?
¿Qué has hecho de tu fragancia,
Marchita olvidada flor?
Tus hojas yacen quemadas,
Tu cáliz vacío y seco,
Tu tallo quebrado y hueco,
El sol no te da color.

Niña de los negros ojos,
¿A qué viniste á la tierra?
Rosa nacida entre abrojos,
¿Qué esperas del mundo, di?
Una brisa corrompida,
Fétida, hedionda, te mece,
Tu aroma se desvanece....
¿Quién demandará por ti?

Ángel mío, vuelve al cielo
 Antes que el mundo te vea,
 Que los placeres del suelo
 Placeres malditos son.
 ¡Oh! Por el gozo de un día
 No compres, no, tu tormento;
 El cielo es sólo, ¡alma mía!,
 De los ángeles mansión.

—
 ¡Hoy es tarde!.... ¡Eres mujer!
 Leo en tu frente humillada
 El porvenir de la nada
 Entre las huellas de ayer.

Veo en tu rostro bullir
 Ese torcedor secreto....
 ¡Tu velar es hoy inquieto,
 Es inquieto tu dormir!

Lívida está tu mejilla,
 En desorden tus cabellos....
 Mujer, mal prendida en ellos
 Olvidada, una flor brilla.

Anoche, en vez de oración,
 Desesperada en el lecho,
 Exhalaste de tu pecho
 Sacrílega maldición.

Que en el cristal transparente
 Contemplastes aterrada
 Del negro crimen grabada
 La marca infame en la frente.

Que mal sujeta á tus flores
 Entre tus gasas y lazos,
 Rasgando van á pedazos
 Tu hermosura los dolores.

¡Ay! Inútilmente lloras
 El desvanecido encanto;
 Entre las ondas del llanto
 No vuelven, mujer, las horas.

Dióte el mundo oro y placeres
 Cumpliendo al fin tus afanes,
 Ídolo de los galanes,
 Envidia de las mujeres;

Y á luz salistes ufana
 Con tu hermosura ¡oh mujer!
 Sin acordarte de ayer,
 ¡Y sin pensar en mañana!

¡Ay! En la tumba concluyen
 El gozar y el padecer
 Del mundo vano,
 Y los vicios nos destruyen
 Y nos matan ¡oh mujer!
 Tarde ó temprano.

Y tú, caída palmera....,
 Porque vendiste tu amor
 A precio infame,
 Has querido, vil ramera,
 Que á tus puertas el dolor
 Más presto llame.

.....
 Tal vez lúbrico magnate
 Te inundó por un placer
 De oro y cariño,
 Y mientras su rey combate,
 Él te cobija, mujer,
 Bajo su armiño.

Tal vez coronada frente
 Descansó en tu impuro pecho,
 Tu amor comprando,
 Y hoy el mendigo indigente
 Te negará el pobre lecho,
 Tu frente hollando

Pasaron, niña, los días,
 Con ellos las ilusiones
 Infantiles,
 Con ellos vienen impías
 Las tormentas y aquilones
 De tus abrilés.

Con ellos llanto y dolores,
 Remordimiento, amargura
 Y desengaños:
 Que en sus pliegues roedores,
 Gala, placer y hermosura
 Hundén los años.


¡Murió! La voz de la fatal campana
Apagó su memoria y su oración;
Nadie su nombre buscará mañana;
Yace su tumba en fétido rincón.

Aquel clamor fatídico y doliente
Se plegó entre las flores del jardín,
Vibró con los cristales de la fuente,
Rodó sobre los brindis del festín.

Y en oculto elegante gabinete,
Brusco y agudo penetró también,
Y se estrelló entre el humo del pebete
De alguna hermosa en la tocada sien.

Pero una sola lágrima, un gemido
Sobre sus restos á ofrecer no van,
Que es sudario de infames el olvido....
¡Bien con su nombre en su sepulcro están!





ORIENTAL

Dueña de la negra toca,
La del morado monjil,
Por un beso de tu boca
Diera á Granada Boabdil.

Diera la lanza mejor
Del Zenete más bizarro,
Y con su fresco verdor
Toda una orilla del Darro.

Diera las fiestas de toros,
Y si fueran en sus manos,
Con las zambras de los moros
El valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales,
Y armaduras y pebetes,
Y diera.... — ¡que tanto vales! —
Hasta cuarenta jinetes.

Porque tus ojos son bellos,
Porque la luz de la aurora
Sube al Oriente desde ellos,
Y el mundo su lumbre dora.

Tus labios son un rubí
Partido por gala en dos....
Le arrancaron para ti
De la corona de un Dios.

De tus labios, la sonrisa,
La paz, de tu lengua mana...

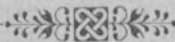
Leve, aérea como brisa
De purpurina mañana.
¡Oh, qué hermosa nazarena
Para un harén oriental,
Suelta la negra melena
Sobre el cuello de cristal,

En lecho de terciopelo,
Entre una nube de aroma,
Y envuelta en el blanco velo
De las hijas de Mahoma!

Ven á Córdoba, cristiana,
Sultana serás allí,
Y el Sultán será ¡oh Sultana!
Un esclavo para ti.

Te dará tanta riqueza,
Tanta gala tunecina,
Que has de juzgar tu belleza
Para pagarle, mezquina.

Dueña de la negra toca,
Por un beso de tu boca
Diera un reino Boabdil;
Y yo por ello, cristiana,
Te diera de buena gana
Mil cielos, si fueran mil.



Á VENECIA

I

Allí está Venecia, la dueña opulenta
De antiguos, y nobles, y libres blasones,
Venecia la hermosa, la villa que cuenta
Que á sueldo tenía soberbias naciones,
Señora del mar.

Que cuenta que un día imperios y reyes
Su gala envidiaron, su nombre temieron,
Y el mar y la tierra besaron sus leyes,
Y enviáronla buques, soldados la dieron;
Porque ella supiera batirse y triunfar.

Un día á sus ojos la tierra callaba,
Un día su nombre la tierra llenaba:
Pasaron los días, Venecia pasó.
Hoy es una viuda y hermosa Sultana,
Que tiene su corte ridícula y vana
Allá en ún palacio que el Sultán la dió.

¡Venecia la encantadora,
La de los pardos pilares,
De las ciudades señora,
La señora de los mares,
La corona de jardines
Colgada sobre canales!
No son tu gala y festines
Los que valen lo que vales.
Hechizo de Italia, sí,
Mas del poeta la lira
No es por tí por quien suspira,
No, Venecia, no es por tí.

¿Qué valen tus gondoleros,
Y tus regatas vistosas,
Tus republicanos fueros,
Tus máscaras revoltosas,
Y tus timbres altaneros,
Sin los ojos hechiceros
De tus hermosas?

¡Ay, que tus días pasaron!....
Venecia, la maravilla,
A quien monarcas doblaron
Otro tiempo la rodilla,
Tus timbres ¡ay! se borraron,
Tus señores olvidaron
La hermosa villa.

Antigua reina del mar,
Mal encubres tu caída
Tus bodas al celebrar
Con la posesión perdida.
Llora, Venecia, sí, llora,
Haz duelo en amargo llanto,
Que tus esclavos, señora,
Escupen sobre tu manto.
Reina, tu Adriático brama
Lejos ya de tus confines,
Olvidale, noble dama,
Entre danzas y festines.

Tu patrono ha encanecido,
Tu raudo león no vuela,
Sobre sus garras dormido,
Por tu grandeza no vela;
Brioso alazán herido,
Su caballero ha perdido
Freno y espuela.

Un capricho que pasó,
 Matrona opulenta, fuiste;
 Tu Príncipe te olvidó;
 Hermosa, ya envejeciste
 Y tu tez se marchitó:
 ¡No pienses, Venecia, no,
 En lo que fuiste!

II

¡Reir, cantar, beber, corta es la vida!
 Reir, hasta que seca la garganta
 Niega paso á la voz enronquecida;
 Cantar, hasta que el alba se levanta,
 Que yace en el Adriático dormida.
 ¡Opulenta Venecia, ríe y canta!

Ríe y canta, señora de los mares,
 Que la risa y la voz cubren el llanto;
 Y mientras roe el tiempo tus pilares,
 Y deslustra la lluvia el áureo manto,
 Risa, y juego, y festines, y cantares.....
 Rueden las horas del dolor en tanto.

Porque la voz de una orgía
 La voz de un enfermo apaga,
 Que un suspiro de agonía
 No penetra en un festín.
 Canta, Venecia la bella,
 Para cubrir el crujido
 De tu poder que se estrella,
 Y va rodando á su fin.

Levanta una carcajada
 Para apagar un gemido,
 Fatídica campanada
 Preludio de un funeral;
 Melancólica armonía
 Que en la bóveda del templo
 Vibra al expirar el día,
 Y es un canto sepulcral.

Porque, pese á tus placeres.
 A tu pompa y tu hermosura,
 Hoy, Venecia, sólo eres
 Una memoria de ayer,
 Un sepulcro cincelado
 Entre flores y perfumes,
 Donde yace abandonado
 Tu carcomido poder.

Un velo blanco de lino
 De una virgen desgraciada,
 Ofrenda al verbo divino
 Suspendida en un altar;
 Barro inmundo en que grabaron,
 Con mano desesperada,
 El nombre que te legaron
 Tantos siglos al pasar.

Tu ley sea el placer, ciudad gigante:
 ¡Reir, cantar, beber, corta es la vida!
 Que en un festín espléndido y brillante,
 Duerme el *pasado*, el *porvenir* se olvida.



Un recuerdo y un suspiro.

Volvió la vida á latir,
Volvió el alma á delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir
Y el paraíso de amar.

D. NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

I

Bella es la luz de la rosada aurora
Y una mañana del quemado estío,
Cuando con tibia púrpura colora
Las transparentes gotas del rocío.

Cuando inundan el aire de armonía
Las aves en las hojas apiñadas,
Cuando la tierra, saludando al día,
Desata ríos, fuentes y cascadas.

Cuando se mecen las abiertas flores
Al blando arrullo de la brisa errante,
Y pasa el aura prodigando olores
Su inmenso velo al desplegar flotante.

Cuando en sus torres, la ciudad dormida
Vibra ronca la voz de la campana,
Señal primera de que vuelve á vida
Y bendice la luz de la mañana.

Bello es el sol allá en el horizonte
Cuando alza ufano la radiante esfera,
Gigante que, trepando por el monte,
Del mundo el sueño á sorprender viniera.

Bella es la tarde con su parda sombra
Que el ruido apaga y el espacio puebla,
Cuando del mundo en la gastada alfombra
Tiende su manto de azulada niebla.

Bella es la noche cuando en paz camina
Entre sublime oscuridad velada,
Al opaco fulgor con que ilumina
Esa luna de estrellas coronada.

¡Bello es el mundo, sí, la vida es bella!...
Dios en sus obras el placer derrama:
Sólo no encuentra su contento en ella
Un corazón que el imposible ama.

Él sólo melancólico suspira
Cuando el alba purpúrea se eleva;
Él sólo melancólico la mira
Cómo en sus pliegues su esperanza lleva.

Sólo él sabe que el sol en Occidente
Al sepultarse, le arrebató un día,
Y la noche, al caer sobre su frente
Con su misterio aumenta su agonía.

Sus ojos ven el alba, y ven las flores,
Ven la luz, y la sombra, y las estrellas,
Ven las horas rodar....., y sus dolores
¡Rodar también para volver con ellas!

¡Corazón que no has amado,
Tú no sabes el dolor
De un corazón acosado,
Carcomido y desgarrado
Por amarguras de amor!

No sabes cómo se llora
 Con ese llanto que quema,
 Con la noche y con la aurora,
 Con ese sol que colora
 En la frente un anatema.

Se llora con el placer,
 Se llora con el pesar,
 Con el recuerdo de ayer,
 Y mañana..... hay que llorar
 Si nos ama una mujer.

Tú, velado á la tormenta
 De borrascosa pasión,
 No sabes cómo se aumenta,
 Cómo inflamada revienta
 La pena en el corazón.

Cómo le devora eterno
 Ese esperar indeciso,
 Cómo abrasa el fuego interno
 De tener hoy un infierno
 Donde estuvo un paraíso.

¡Amar y no ser amado!
 ¡Sentir y no consentir!
 ¡Morir viviendo olvidado!
 ¡Ay! ¡Morir de enamorado!
 Y no poderlo decir!

¡Bullir en el pensamiento
 El bello ser de otro ser.....
 Y ese roedor tormento,
 Que hemos bebido en el viento,
 En la voz de una mujer!

Sí, mis oídos la oyeron,
 Mis ojos la contemplaron;
 Era hermosa y la creyeron.....
 Mis oídos me mintieron
 Ó sus ojos me engañaron.

Era un ángel tal vez; descendió al suelo
 Para dejar sobre la tierra impía
 Alguna oculta maldición del cielo,
 Y un reguero de luz y de armonía.

La amé al pasar, y me dejó pasando,
 Y por único alivio en mi honda pena,
 «Canta», me dijo, y la visión flotando
 Se deshizo en la atmósfera serena.

II

Á D. N. PASTOR DÍAZ

Poeta, ven y cantemos
 A una voz nuestros amores;
 En un arpa los lloremos,
 Que bien cobijarse vemos
 A un árbol dos ruiseñores.

Yo tu dolor cantaré,
 Tú cantarás mi dolor,
 Que igual el de entrambos fué,
 Y harto yo sólo lloré
 Una mujer, un amor.

Hagamos doliente y tierno
 A nuestro canto improviso,
 Del mundo un recuerdo eterno,
 Y donde estuvo un infierno
 Alcemos un paraíso.



Á D. Jacinto de Salas y Quiroga.

Es el poeta en su misión de hierro,
Sobre el sucio pantano de la vida,
Blanca flor que, del tallo desprendida,
Arrastra por el suelo el huracán
Un ángel que pecó en el firmamento,
Y el Señor en su cólera le envía
Para arrostrar sobre la tierra impía
Largas horas de lágrimas y afán.

Por eso su memoria tiene un cielo,
Y una sublime inspiración su alma;
Por eso el corazón, de triste duelo
Vestido está también.

Que por único alivio en su tormento
Sólo le queda una canción inútil,
Y una corona que le arranca el viento
De la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,
Poeta del dolor, bardo sombrío;
Tú que á remotos climas has llevado
Tu noble y melancólico cantar,
Como los pliegues de la parda niebla
Errante cruza un ave misteriosa,
Y de armonía con sus cantos puebla
La corrompida atmósfera, al pasar.

Que tú á la vida naciste
Como pacífico arrullo
De aislada tórtola triste;
Como fuente abandonada
Que levanta su murmullo
Sobre la peña olvidada.
Como el ósculo inocente
Con que el maternal cariño

Selló la tranquila frente
De su hijo más pequeño;
Como el suspiro de un niño
Al despertar de su sueño.

Cumple, sí, tu misión sobre la tierra,
Camina en paz, errante peregrino,
Hasta leer el porvenir que encierra
El libro del destino
Escrito para ti;
Hasta que expiren los revueltos días
Que señaló en su mente Jehová,
Y en tu destierro tu delito expías,
¡Ay! porque escrito está
Que has de salir de aquí.

De aquí, del hediondo suelo
Donde te mandó el Señor
Detener tu rauda vuelo,
Para cantar tu dolor
Sin que se oyera en el cielo.
Y bien pesó tu amargura
Al traerte á esta mansión,
Dando al hombre en su locura
Una soñada ventura
Que no está en tu corazón.

Que él no comprende el tormento
Que tu espíritu combate,
Ese amargo sentimiento
Que tu noble orgullo abate,
Nacido en tu pensamiento.

—«Hay una flor que embalsama
»El ambiente de la vida,
»Y su fragancia perdida
»Tan sólo no se derrama
»En tu alma dolorida.»—

Es un privilegio impío
Mirar el placer ajeno
En su loco desvarío,
Y en el corazón vacío
Sentir acerbo veneno.

Y con ojo avaro, ardiente,
Ver tanta mujer hermosa,
Con esa tez transparente,
Con esa tinta de rosa
Sobre la tranquila frente.

Ver tanto feliz galán,
Tanta enamorada bella,
Que en plática amante van
Sin curarse *él* de tu afán,
Sin adivinarle *ella*
¡Y el poeta en su misión
Apurando su tormento!
Sin alivio el corazón,
¡Sin más que una maldición
Escrita en el pensamiento!
De su sentencia mortal
Con un día y otro día
Llenando el cupo fatal,
Cual lámpara funeral
Iluminando una orgía.



Á

Déjame oír tu misterioso canto,
Alegre voz de tus ensueños de oro;
Solo y perdido peregrino, en tanto
Mal en mi pecho mi dolor devoro.

Dióte el cielo contento y armonía
Y es justo que le cantes y le adores;
Puro y tranquilo resbaló tu día,
Tu sien de niño coronó de flores.

Para ti son la risa y los festines,
La tierra para ti tiene placeres,
La tierra para ti tiene jardines,
Y para ti son bellas las mujeres.

Y tiene luz el cielo transparente,
Color azul y lánguidas estrellas,
Y ese fanal que alumbra tristemente,
Cual moribundo sol, en medio de ellas.

No para mí, cuya fatal mirada
Quema y devora cuánto en torno nace,
Arroyo que al caer de la cascada
En cristalinas trenzas se deshace;

Pero llega torrente á la llanura,
Y arranca frutos, árboles y flores,
Y al campo roba gala y hermosura
Arrastrando con él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa
Vine á surcar las ondas de la vida,
Con el alma penada y fatigosa,
Con la esperanza del placer perdida.

No para mí, que busco una corona
Y un nombre pido en agonía vana;
Mentida luz que de verdad blasona,
Pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nací
Hecha de fuego mi alma,
Sin un momento de calma
En las horas que viví.

.....
.....
¿Por qué en el lánguido aliento
De una mujer que suspira,
Sólo el poeta respira
Su amargura y su tormento?

¡Ay! ¿De qué le sirve al triste
La fogosa inspiración,
Si es de tierra el corazón
Y su voluntad resiste?

En los góticos salones,
En las pintorescas ruinas,
Canta con notas divinas
Sus misteriosas canciones.

Y cree sus fábulas bellas,
Y en su entusiasmo violento,
Su espíritu va en el viento
Por cima de las estrellas.

En la tierra..... pasa el hombre
Y ve su miseria en calma:
¡Ay, no comprende su alma
Y no demanda su nombre!

Que es el poeta un bajel
Que, de riqueza cargado,
Surca el mar alborotado
Para naufragar en él.

Mas yo vi el tronco mortal
De avaro conquistador
Al amarillo fulgor
De lámpara funeral.

Era de mármol su lecho,
Era de mármol su frente,
Doblada lánguidamente
Sobre su desnudo pecho.

De mármol la mano fría,
Que el hierro no sujetaba,
Su espalda le sustentaba;
Si érase un hombre, dormía.

Vi un rey, que el trono perdió
Porque al vasallo le plugo,
Caminar junto al verdugo
Que el cadalso levantó.

Vi una hermosa que arrastraban
Sobre féretro asqueroso,
Y con cántico medroso
Sacerdotes la rezaban.

Vi ricos y potentados
En sus inmundos placeres,
Entre orgías y mujeres
De sus hijos olvidados.

«Vivamos hoy», se decían
En el lúbrico festín;
Y otros con ayes sin fin
El sustento les pedían.

Y unos cayeron beodos,
Y otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

Y en marmóreo pedestal
Vi la sombra del poeta,
A quien el tiempo respeta
Y el mundo llama inmortal.

Descansa sobre su lira,
Y alza al cielo su cabeza,
Fijos con noble fiereza
Sus ojos en quien le mira.

Y al universo da leyes
Orgullosos triunfador,

Intérprete del Señor
Sobre la ley de los reyes.

.....
.....
Oye, sublime cantor:
Si es fuerza que al fin sucumba,
Si al fin bajo á innoble tumba
A dormir con mi dolor;

Si al fin con el viento vago
Mis versos se perderán,
Cual fuentes que á morir van
Al cieno de hediondo lago;

Cuenta al mundo mi amargura,
Cuéntale mi suerte impía,
Que sepa al menos que un día
Quise volar á la altura.

Y borra, borra mi nombre
Si le han grabado en mi losa,
Que no le insulte orgullosa
La imbécil planta de un hombre.

Sólo una flor amarilla
Que el cierzo marchitará,
Entre el césped brotará
De mi sepulcro en la orilla.

¡Pobre flor! ¿Por qué naciste
Sobre una tumba desierta?
¿No temes la noche yerta
Tan solitaria y tan triste?

¡Pobre flor! ¿A qué temprana
Diste al mundo tu sonrisa?
Hoy te mece fresca brisa,
Pero morirás mañana.

¡Ay! ¡Pobre flor amarilla!
¿A qué tan presto brotar,
Si el cierzo te ha de agostar
De mi sepulcro en la orilla?





ORIENTAL

Corriendo van por la vega
A las puertas de Granada
Hasta cuarenta gomeles
Y el capitán que los manda.

Al entrar en la ciudad,
Parando su yegua blanca,
Le dijo éste á una mujer
Que entre sus brazos lloraba:

—Enjuga el llanto, cristiana,
No me atormentes así,
Que tengo yo, mi sultana,
Un nuevo Edén para ti.

Tengo un palacio en Granada,
Tengo jardines y flores,
Tengo una fuente dorada
Con más de cien surtidores.

Y en la vega del Genil
Tengo parda fortaleza,
Que será reina entre mil
Cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla
Extiendo mi señorío;
Ni en Córdoba ni en Sevilla
Hay un parque como el mío.

Allí la altiva palmera
Y el encendido granado,
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,
Allí el nópalo amarillo,
Allí el sombrío moral
Crecen al pie del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Tengo pájaros que cantan.

Y tú mi sultana eres;
Que desiertos mis salones,
Está mi harén sin mujeres,
Mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos
Y perfumes orientales,
De Grecia te traeré velos,
Y de Cachemira chales.

Y te daré blancas plumas
Para que adornes tu frente,
Más blancas que las espumas
De nuestros mares de Oriente;

Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello;
Para los labios..... ¡amor!—

—¿Qué me valen tus riquezas,
Respondióle la cristiana,
Si me quitas á mi padre,
Mis amigos y mis damas?

Vuélveme, vuélveme, moro,
Á mi padre y á mi patria,
Que mis torres de León
Valen más que tu Granada.—

Escuchóla en paz el moro,
Y manoseando su barba,
Dijo, como quien medita,
En la mejilla una lágrima:

—Si tus castillos mejores
Que nuestros jardines son,
Y son más bellas tus flores,
Por ser tuyas, en León,
Y tú diste tus amores
Á alguno de tus guerreros,

Hurí del Edén, no llores,
Vete con tus caballeros.—
Y dándola su caballo
Y la mitad de su guardia,
El capitán de los moros
Volvió en silencio la espalda.



LA MEDITACIÓN

Sobre ignorada tumba solitaria,
Á la luz amarilla de la tarde,
Vengo á ofrecer al cielo mi plegaria
Por la mujer que amé.

Apoiada en el mármol la cabeza,
Sobre la húmeda hierba la rodilla,
La parda flor que esmalta la maleza
Humillo con mi pie.

Aquí, lejos del mundo y sus placeres,
Levanto mis delirios de la tierra,
Y leo en agrupados caracteres
Nombres que ya no son.

Y la dorada lámpara que brilla
Y al soplo oscila de la brisa errante,
Colgada ante el altar en la capilla
Alumbra mi oración.

Acaso un ave su volar detiene
Del fúnebre ciprés entre las ramas,
Que á lamentar con sus gorjeos viene
La ausencia de la luz:

Y se despide del albor del día
Desde una alta ventana de la torre,
Ó trepa de la cúpula sombría
Á la gigante cruz.

Anegados en lágrimas los ojos
Yo la contemplo inmóvil desde el suelo,
Hasta que el rechinar de los cerrojos
La hace aturdida huir.

La funeral sonrisa me saluda
Del solo ser que con los muertos vive,
Y me presta su mano áspera y ruda
Que un féretro va á abrir.

¡Perdón! ¡No escuches, Dios mío,
Mi terrenal pensamiento!
¡Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un río
Entre los pliegues del viento!

¿Por qué una imagen mundana
Viene á manchar mi oración?
Es una sombra profana,
Que tal vez será mañana
Signo de mi maldición.

¿Por qué ha soñado mi mente
Ese fantasma tan bello,
Con esa tez transparente
Sobre la tranquila frente
Y sobre el desnudo cuello?

Que en vez de aumentar su encanto
Con pompa y mundano brillo,
Se muestra anegada en llanto
Al pie de altar sacrosanto,
Ó al pie de pardo castillo.

Como una ofrenda olvidada
En templo que se arruinó,
Y en la piedra cincelada
Que en su caída encontró,
La mece el viento colgada.

Con su retrato en la mente,
Con su nombre en el oído,
Vengo á prosternar mi frente
Ante el Dios omnipotente,
En la mansión del olvido.

¡Mi crimen acaso ven
Con turbios ojos inciertos,
Y me abominan los muertos,
Alzando la hedionda sien
De los sepulcros abiertos!

—
Cuando estas tumbas visito,
No es la nada en que nací,

No es un Dios lo que medito,
Es un nombre que está escrito
Con fuego dentro de mí.

¡Perdón! ¡No escuches, Dios mío,
Mi terrenal pensamiento!
¡Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un río
Entre los pliegues del viento!



A la estatua de Cervantes.

I

[zada,

Esa es su sombra.....; el alma, avergon-
Para más no volver, huyóse al cielo:
Solitaria, sombría, abandonada,
Esa fantasma se encontró en el suelo.

Si es pedestal ó túmulo, se ignora;
Mas sin duda temieron que, indignado,
De la piedra en que está salte á deshora,
Según se ve de hierros circundado.

No bajará, que es noble y caballero,
Y lidió por su patria el buen poeta;
Acaso no encontrara un compañero
Al pie del pedestal que le sujeta.

Tal vez no hallara un digno castellano
Libre y valiente á quien llamar amigo,
A quien tender la cercenada mano,
A quien llevar en pos al enemigo.

Por eso eleva la tostada frente
Al firmamento azul noble y tranquila,
Y no mira por eso transparente
Apagada á la luz la ancha pupila.

CERVANTES le llamaron otros días,
Yerta figura con ajeno nombre,
Como su original arrastra impías
Horas de duelo en la mansión del hombre.

Ayer cruzaba libre é ignorado
La turba ociosa y soldadesca inquieta
Dentro de su armadura de soldado,
Ó envuelto en sus harapos de poeta.

Hoy en la inmoble colosal figura
Derramada la lluvia se destrenza,
Y está sombrío en pie sobre la altura,
Como sacan un reo á la vergüenza.

El pueblo ve á sus pies, negro milano
Que á la boca asomó de un hormiguero,
Y quiere el ojo comprender en vano
Cómo allí se cobija un pueblo entero.

Y siente la carroza del magnate
Rodar, y se estremece á su carrera,
Y soldados que marchan al combate
Que equipados de farsa los creyera.

Y abajo, entre los árboles perdidos,
Como sueños pasar contempla inquietas
Las sombras de políticos caídos,
Las parodias de sabios y poetas.

Y una lágrima acaso en su mejilla
Alumbra el sol bajando al Occidente,
Al contemplar su revocada villa
Sin porvenir, alegre ó indolente. [vía,

Hubo un CERVANTES cuando aquél vi-
Cuando en vez de esos hierros era un hom-
Llamáronle poeta, y poseía [bre;
Una espada y un libro con su nombre.

Su espíritu brotó con la tormenta
Y le escondió en su seno el torbellino,
El sepulcro su mano abrió violenta,
Y hoy resuena su cántico divino.

¿Por qué no le dejaron con su sueño
En el sepulcro donde en paz dormía?
¿A qué traerle con tenaz empeño
A sufrir otra vez la luz del día?

¿A qué su sombra de la tumba alzarón
Estúpidos los hombres ó altaneros?
Para ahuyentar los siglos que pasaron,
Y escarnecer los siglos venideros.

Hombre de hierro que velas
 El sueño del mundo impío,
 Que ves con gesto sombrío
 Crímenes que no revelas;
 Cuya negra frente calva
 Sufre en paz el sol que arde,
 La roja luz de la tarde,
 La amarilla luz del alba;

¿Qué piensas del mundo, di?
 Tú que le dejaste ya,
 Cuya voz no se alzaré,
 Cuya sombra quedó aquí.

¿Qué piensas de ese magnate
 Que ha perdido el sol de un día
 Embriagado en una orgía
 Mientras su nación combate?

¿Qué piensas tú de esos reyes (1)
 Que arrastra un frenado bruto
 Entre vírgenes de luto
 Huérfanas hoy por sus leyes?

¿Qué piensas, genio inmortal,
 De ese pueblo soberano
 Que abre paso á su tirano
 Sin levantar un puñal?

Dime, coloso de hierro,
 A quien condena la suerte
 A sufrir desde la muerte
 En tu patria tu destierro,

¿No es cierto que allá en su afán
 Espera tu desconsuelo
 Que te arrastre por el suelo
 Un revoltoso huracán?

II

Tu nombre tiene el pedestal escrito
 ¡En extranjero idioma por fortuna!
 Tal vez será tu nombre un *sambenito*
 Que vierta infamia en tu española cuna.

¡Hora te trajo á luz desventurada!
 ¿Español eres?.... Lo tendrán á mengua,
 Cuando á tu espalda yace arrinconada
 Tu cifra en signos de tu propia lengua.

¡Serás acaso un busto aparecido
 Entre las ruinas de la antigua Roma,

(1) Casi inútil parece advertir que estos son pensamientos históricos, y que se refieren á géneros y no á individualidades.

Recuerdo que los tiempos han roído,
 Que algún rico libró de la carcoma!

Maldita es tu misión sobre la tierra;
 Los que mueren, sus males acabaron,
 Todos sus restos su sepulcro encierra....
 Los tuyos del sepulcro los robaron.

Helo allí que se levanta
 Como fantasma furioso,
 Que magulla con su planta
 Los que á su morada santa
 Van á turbar su reposo.
 Porque su nombre y su gloria
 Sólo al tiempo las vendió,
 Para dejar su memoria
 Grabada en oro en la historia,
 Que escrita en el fango, no.

Que por eso en su amargura
 Abortó un libro coloso,
 Que á su renombre asegura
 En las edades reposo.
 Cuando los siglos le lean
 Hará que los siglos vean
 En su cubierta roída,
 En caracteres gigantes
 Dos genios con una vida,
 Un *Quijote* y un *Cervantes*.

Y si entre la espesa bruma
 De esta edad que bulle inquieta,
 De hediondo mar alba espuma,
 El genio de otro poeta
 Despliega su blanca pluma;
 Si algún bardo colosal
 Levanta entre la tormenta
 Su cántico celestial,

De una centuria sangrienta
 Salmodiando el funeral;

Cuando el tiempo, hombre sombrío,
 El orbe rompa á pedazos,
 Que sostenido en tus brazos
 Huya su cuchillo impío;
 Y en el día de furor,
 Cuando al eco atronador
 De la funeral trompeta
 Se junte el mundo en un valle,
 Mándale al mundo que calle,
 Y dile que era un POETA.

ELVIRA

Con furia en el bosque luchaban los vientos
Del pino tronchado sonoro estallido [tos.
Se oía crujir;
Y el ave agorera sus tristes lamentos
Callaba, y del trueno lejano el bramido
Se hacía sentir.

Y lluvia copiosa los cielos enviaban,
Que en surcos deformes la tierra partía,
De angustia colmada; [llaban,
Y al ver que en el monte mil rayos brillaban
El hombre dijera que el mundo se ardía
Tornando á su nada.

Encina nudosa nacida entre peñas
Por donde derrumba su espuma un torrente,
Se mira á lo lejos; [rrente,
Y apenas alumbraba el rayo en las breñas
El arco ruinoso de gótico puente
Con tibios reflejos.

Suspense en la cima del árbol añoso,
De ramas tejido descende un asiento:
En él aparece
Fantástica bruja de aspecto asqueroso
Sentada y serena. Con ímpetu el viento
Silbando la mece.

—Vi palacios magníficos un día
Cuando fortuna en torno me reía,
Vi donceles y dueñas,
Que humildes me acataban;
Los vientos no zumbaban
Entre las rudas peñas.

Y oía yo cantares regalados,
Y oía al par los ecos apagados
De una lira distante;
Porque es grato á las bellas
Escuchar las querellas
De su bizarro amante.

Gimió el clarín y se lanzó la guerra
Bramando de furor: mustia la tierra
Lloró por su venida,
Y vestido de acero
Fué al campo el caballero,
Y allí perdió la vida.

Y entraron victoriosos los contrarios
Respirando venganza. ¡Sanguinarios!
Mis tierras, ¿qué se hicieron?
Mis fieles servidores
En medio estos horrores
Luchando sucumbieron.

Y el último era un héroe, ¡y yo vagaba
Allá en su mente á tiempo que expiraba!
Muriendo ¡ay! me decía:
«Mi Elvira encantadora,
Llora tu esposo, llora
Sobre mi tumba fría.»

Lloré y venganza le juré á mi esposo,
Y se la dí, que incendio estrepitoso
Consumió los salones
Que vivió su asesino;
Sólo halló cuando vino
Denegridos torreones.

Contra su altiva frente el cielo mismo
 Vibró su rayo, y el ruidoso abismo
 Le tragó del torrente.
 Yo le miré suspenso
 Sobre el espacio inmenso
 Maldecirme demente.

Y me gozaba, y aplaudía en tanto,
 Y daba al viento el desacorde canto
 De la venganza mía;
 Y oí sonar cercana
 La lúgubre campana
 Al tiempo que moría.

Crece ahora, huracán: alza bramando
 Tu saña contra mí, yo iré cantando
 Mis himnos funerales;
 Con mis manos heladas
 Yo romperé selladas
 Las puertas infernales.

—
 Cantaba la vieja: con sordo mugido
 Los vientos llevaron su triste canción:
 Del rayo en un punto el árbol herido,
 Con ella caía:
 Su grito de muerte se oyó, y todavía
 Vagó por sus labios postrer maldición.



TARDE DE OTOÑO

Ya viene el revuelto otoño
Recogiendo fresco y flores;
Pasó el sol con sus calores,
Y alumbra al fin otro sol;
Pasaron las alboradas
Deliciosas de la aurora,
Que el horizonte colora
De purpurino arrebol.

Pasaron las noches claras
De la luna y los jardines;
Las noches de los festines
Tras el otoño vendrán.
Pasó el tiempo de las citas
Á deshora entre las rejas,
Los cuidados de las viejas,
De las niñas el afán.

Pasaron las serenatas
Debajo de los balcones,
Las rondas y las canciones
Del mancebo emprendedor.
Todo es ya triste: la tierra
Pierde su brillante aliño,
Y el amor, que es pobre y niño,
Alivio busca al calor.

Mas si se envuelve la noche
Entre su sombra importuna,
Si pierde su blanca luna
Y sus horas de placer;
Si pierde la fresca aurora
Sus aromas y sus flores,
Sus nubes de cien colores,
Su aureola de rosicler;

Le que la en cambio á la tarde
Todo el encanto del día,

Y henchida de su armonía
Sale el sol á despedir.
Bella es la tarde que baja
Por el rosado Occidente,
Y se apaga lentamente
Para volver á lucir.

Es púrpura el horizonte,
Y el firmamento una hoguera,
Es oro la ancha pradera,
La ciudad, el río, el monte.

Rey de los astros, el sol,
Del regio trono al bajar,
Su pompa querrá ostentar
En su manto de arrebol.

Por eso suspenso está
De su reino á la salida,
Jurando á su despedida
Que mañana volverá.

Banda de nubes de grana,
Que con sus reflejos tiñe,
Flotando en torno le ciñe
Como turba cortesana.

Ráfagas mil que se cruzan,
Filigrana de la tarde,
El sol que á su espalda arde
En colores desmenuzan.

Y al hundirse en Occidente
Partida en muchas la llama,
Por el cielo se derrama
Fosfórica y transparente.

Es la postrera sonrisa
Del bello día que acaba,
Que de esa luz arrancaba
Su fresca ondulante brisa.

La fresca brisa que asoma
Por sobre la roca calva,
Remedio de la del alba
En frescura y en aroma.

Á su venida, tardías
Cierran su cáliz las flores,
Y trinan los ruiseñores
Sus postreras armonías.

Se les ve buscar la sombra
Entre las desnudas ramas,
Porque sus hojas de escamas
Sirven al suelo, ó de alfombra.

Que ya el inconstante viento
Del otoño que aparece,
En los árboles se mece
Con brusco sacudimiento.

Flor, pronto inútil y sola,
En vez de la que él deshizo,
Orlará el campo pajizo
La purpurina amapola.

Brezos y arbustos impuros
De la montaña en la falda,
Vestirán su áspera espalda
Con sus matices oscuros.

Grupos de nubes perdidos
Como fantasmas deformes,
Traen en sus pliegues enormes
Vientos de invierno escondidos.

El árbol en largas hebras
Hiende sus cortezas vanas,
Y anuncian lluvias lejanas
Las rastras de las culebras.

Da el cuervo al aire su vuelo,
Graznidos á su garganta;
Rey del viento, se levanta
Entre la tierra y el cielo.

Se oye de algunas palomas
Perdido el último arrullo,
De alguna fuente el murmullo
Que entre los juncos asoma.

Queda el mundo en soledad;
Y en el aire alzan su imperio
De las sombras el misterio,
Y el humo de la ciudad.





INDECISIÓN

¡Bello es vivir; la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas:
Y en medio de la noche majestuosa
Esa luna de plata, esas estrellas,
Lámparas de la tierra perezosa,
Que se ha dormido en paz debajo de ellas.
¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace;
Y la neblina que corona el monte,
En el aire flotando se deshace;
Y el inmenso tapiz del firmamento
Cambia su azul en franjas de colores;
Y susurran las hojas en el viento,
Y desatan su voz los ruseñores.

.....
.....
Y la noche las orlas de su manto
Arrastra fugitiva en Occidente,
Y la tierra despierta al fuego santo
Que reverbera el sol en el Oriente.
¡Bello es vivir! Se siente en la memoria
El recuerdo bullir de lo pasado,
Camina cada ser con una historia
De encantos y placeres que ha gozado.
Si hay huracanes y aquilón que brama,
Si hay un invierno de humedad vestido,
Hay una hoguera á cuya roja llama
Se alza un festín con su discordo ruido.
Y una pintada y fresca primavera,
Con su manto de luz y orla de flores,
Que cubre de verdor la ancha pradera
Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,
Y desierto sin fin en la llanura,
En cuya extensa y abrasada alfombra
Crece la palma como hierba oscura.
Allí cruzan fantásticos y errantes,
Como sombras sin luz y apariciones,
Pardos y corpulentos elefantes,
Amarillas panteras y leones.
Allí, entre el musgo de olvidada roca,
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo:
Y de una cueva en la entreabierta boca,
Solitario se arrastra el cocodrilo.
¡Bello es vivir; la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas....

—
Arranca, arranca, Dios mío,
De la mente del poeta
Este pensamiento impío
Que en un delirio creó;
Sin un instante de calma,
En su olvido y su amargura,
No puede soñar su alma
Placeres que no gozó.
¡Ay del poeta! Su llanto
Fué la inspiración sublime
Con que arrebató su canto
Hasta los cielos tal vez:
Solitaria flor que el viento
Con impuro soplo azota,
Él arrastra su tormento
Escrito sobre la tez.

Porque tú ¡oh Dios! le robaste
 Cuanto los hombres adoran;
 Tú en el mundo le arrojaste
 Para que muriera en él;
 Tú le dijiste que el hombre
 Era en la tierra su *hermano*;
 Mas él no encuentra ese nombre
 En sus recuerdos de hiel.

Tú le has dicho que eligiera
 Para el viaje de la vida
 Una hermosa compañera
 Con quien partir su dolor;
 Mas ¡ay! que la busca en vano,
 Porque es para el sér que ama
 Como un inmundo gusano
 Sobre el tallo de una flor.

Canta la luz y las flores,
 Y el amor en las mujeres,
 Y el placer en los amores,
 Y la calma en el placer;
 Y sin esperanza adora
 Una belleza escondida,
 Y hoy en sus cantares llora
 Lo que alegre cantó ayer.

Él, con los siglos rodando,
 Canta su afán á los siglos,
 Y los siglos van pasando
 Sin curarse de su afán.
 ¡Maldito el nombre de gloria
 Que en tu cólera le diste!.....
 Sentados en su memoria
 Recuerdos de hierro están.

El día alumbra su pena,
 La noche alarga su duelo,

La aurora escribe en el cielo
 Su sentencia de vivir;
 Fábulas son los placeres,
 No hay placeres en su alma,
 No hay amor en las mujeres,
 Tarda la hora de morir.

Hay sol que alumbra, mas quema,
 Hay flores que se marchitan,
 Hay recuerdos que se agitan,
 Fantasmas de maldición.
 Si tiene una voz que canta,
 Al arrancarla del pecho
 Deja fuego en la garganta,
 Vacío en el corazón.

—
 ¡Bello es vivir! Sobre gigante roca
 Se mira el mundo á nuestros pies tendido,
 La frente altiva con las nubes toca....
 Todo creado para el hombre ha sido.

¡Bello es vivir! Que el hombre descuida-
 En los bordes se duerme de la vida, [do,
 Y de locura y sueños embriagado,
 En un festín el porvenir olvida.

¡Bello es vivir! Vivamos y cantemos:
 El tiempo entre sus pliegues roedores
 Ha de llevar el bien que no gocemos
 Y ha de apagar placeres y dolores.

Cantemos, de nosotros olvidados,
 Hasta que el són de la fatal campana
 Toque á morir. Cantemos descuidados,
 Que el sol de ayer no alumbrará mañana.





Eran aún los agitados días
 En que mi juventud abandonada
 Adivinó tal vez horas impías
 Entre el crespón de la insondable nada;

Cuando con ojo avaro y penetrante,
 Aun no poeta, el porvenir medita
 El niño, y ve pasarle por delante
 Árida nada que su sed irrita;

[nombre,

Cuando el nombre del niño no es un
 Cuando la idea informe no es idea,
 Y en el alma del niño nace el hombre
 Que idea y nombre se conquista y crea;

Entonces, de la vida en el vacío,
 Soñé un bello fantasma que rodaba:
 Gota brillante y fresca de rocío
 En flor que brota entre pajiza lava.

Blanco ese sueño resbaló en mi mente,
 Puro y tranquilo como sol que nace,
 Como se rompe el agua de la fuente
 Y rodando en la hierba se deshace.

Era la forma transparente y vaga
 De un arcángel que cruza el firmamento;
 Era un pliegue del viento que una maga
 Vibró al cantar con aromado aliento.

Era la voz del arpa que se pierde
 Entre el leve vapor de ancha laguna,
 En cuyo fondo, con las algas verdes,
 Tibia se mece amarillenta luna.

Era, en la mente perdida
 Entre suspiros de gloria,
 La esperanza y la memoria
 Del amor de una mujer;
 Recuerdo en alma de niño,
 Amor en alma de hombre,
 Blanco fantasma sin nombre
 Y sin hora en que nacer.

—

Permite, dulce embeleso,
 Que mis labios en tus labios
 Pongan un ardiente beso
 Que se oiga en el corazón;
 Que la mente del poeta,
 En su entusiasmo violento,
 Beba en tu mirada inquieta
 La fogosa inspiración.

Que en la noche tempestuosa
 Serà bello, ¡amada mía!
 De la lluvia áspera y fría
 Al desigual susurrar,
 Tener contigo un poeta
 Sentado á la roja llama,
 Con un corazón que ama
 Y una voz para cantar.

Será bello, en puro día
 De fragante primavera,
 Su fantástica armonía
 Escuchar en un jardín,
 Y que en la ruidosa fiesta
 Levante robusto canto,
 Y que te vele tu siesta
 Después de largo festín.

Te digan los caballeros
Que por tus favores lidian,
Y las damas que te envidian
El cantar del trovador;
Y en la tibia madrugada,
Tus labios sobre su frente,
Duermas tú tranquilamente
Soñando sueños de amor.

Y tu aliento con su aliento,
Y tu mano con su mano,
Con un mismo pensamiento
Que os halague al despertar,
Os encuentre la mañana,
Y resbale vuestra vida
Como parda luz lejana
De una tarde sobre el mar.





ORIENTAL

Mañana voy, nazarena,
A Córdoba la sultana;
Mi amorosa cantilena
Ya no sentirás mañana
Al compás de mi cadena.

Cuando vuelvan los cristianos
De los moros vencedores,
Lee mis destinos tiranos,
La historia de mis amores,
En la sangre de sus manos.

Valiera más que, cautivo,
En esa torre acabara
La triste vida que vivo;
Que la vida que hoy recibo
Me la vendas ¡ay! bien cara.

¡Adiós! Tu esclavo mañana
Ya no ha de causarte enojos;
Pero es esperanza vana:
Cautivo quedo, cristiana,
En la prisión de tus ojos.

¡Maldita, hermosa, mi estrella!
¿Qué ha de valerme la vida,
Si no he de hallarte con ella
Ni en Granada la florida
Ni en mi Córdoba la bella?

De hoy me será el claro sol
Una lámpara importuna;
Hija del suelo español:
Tú eres mi sol y mi luna....
La aurora y el arrebol.

Pues en ti pierdo el sol hoy,
Sin tu sol no he de vivir;
Sultana: á Córdoba voy,
Que en las tinieblas que estoy,
Presto, á fe, que he de morir.

Ha prometido Mahoma
Un paraíso, una hurí....
Tú habrás de ser ángel, sí,
En esa región de aroma,
Y hemos de amarnos allí.



Á UN TORREÓN

Gigante sombrío, baldón de Castilla,
Castillo sin torres, ni almenas, ni puente,
Por cuyos salones, en vez de tu gente,
Reptiles arrastran su piel amarilla,
Dime: ¿qué se hicieron tus nobles señores,
Tus ricos tapices de sedas y flores,
Tu gente de guerra, tus cien trovadores
Que alzaron ufanos triunfante canción?
Tú estás en el valle cadáver podrido, [dido,
Guerrero humillado que el tiempo ha ren-
Tu historia y tu nombre yaciendo en olvi-
El mundo no sabe que existe *Muñón*. [do;

Tus pardas ruinas me son de tormento;
Con negros recuerdos corroen mi alma....
¡Tú estás en mi mente, maldecida palma,
Quemada del rayo, batida del viento!
Yo, errante poeta proscrito en el mundo,
Tal vez en el polvo de féretro inmundo,
Sin nombre, singloria, para siempre hundo
Mi frente, abrasada de inútil sudor,
¡Por ti, resto infame, fantasma de duelo,
Morada maldita de un ángel del cielo
Que amé y me robaron!.... ¡Maldito tu suelo,
Maldito tu nombre....., maldito mi amor!

Quédate, sí, en esa altura
A la vergüenza del llano,
Castillo sin castellano,
Matrona sin hermosura.

De ti el tiempo se rió,
Tus torres se derribaron,
Tus vasallos te ultrajaron,
Tu señor te abandonó.

Quédate, negro esqueleto,
De fértil vega mancilla,
A esa ermita de Castilla
Sin sacerdote, sujeto.

Sin pendones que ondear,
Sin blasones á la entrada,
Tu bóveda agujereada
No has podido sustentar.

Sin un eco en los salones,
Sin un soldado en el muro,
Hoy crece el arbusto impuro
Al pie de tus torreones.

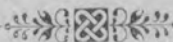
Señor muerto en tierra ajena,
Olvidado de tu gente,
A pedazos, de tu frente
Roba el viento tu melena.

Y pasa á tus pies el hombre
Sin buscarte en su memoria,
Porque no leyó tu historia
Ni se acuerda de tu nombre.

Tú tienes uno, que en aciago día
En tu gastada piedra escribí yo,
Y el nombre de otro y la *vergüenza* mía
Con la tuya quedó.

Cuando mi labio le nombró, mentía;
Cuando mi mano le grabó, mintió;
Hoy..... ya no existe; en su carrera impía
El tiempo le arrastró

Y ese nombre celestial
Que el tiempo devoró al fin,
Una mujer, por mi mal,
Le arrebató á un serafín;
El huracán de la vida
Sólo dejó ¡oh mi querida!
Para mi eterno tormento,
En prenda de maldición,
Tu nombre en mi pensamiento,
Tu amor en mi corazón.



La noche de Invierno.

N. D. Jenaro Villaamil.

Pintor: el viento se estrella
Bramando en esa ventana;
En pos de su airada huella
La lluvia y la noche van;
Prepara lienzo y pinceles,
Yo escribiré tu pintura,
Y conquistemos laureles
Al través del huracán.

Agua las nubes abortan;
Se ve la lumbre amarilla
De las centellas, que cortan
Nubes y lluvia al caer;
Se oyen girar las veletas
Sobre la gigante torre,
Y las pizarras sujetas,
Agua y viento repeler.

Se ven oscilar tus lienzos,
Del crudo viento impelidos,
Que por los vidrios hendidos
Penetra inquieto hasta aquí.
Esos retratos colgados,
Que unos con otros se chocan,
Son escudos conquistados
Y blasones para ti.

Y se oye el son temeroso
De campanas que, rompiendo
De los hombres el reposo,
Conjuran la tempestad;

Se oye en la calle azorado,
De alguno que huye la lluvia,
El paso precipitado
Cruzando en la oscuridad.

Encendamos una hoguera,
Cuya roja llama alumbre
Esos rostros en hilera
Colgados en la pared,
Que mecidos por el viento
Y animados por la llama,
Nos darán un pensamiento
Y una corona tal vez.

Tú tienes dentro la mente
Galerías, catedrales,
Y todo el lujo de Oriente
Y un mundo para pintar;
Tú tienes en tus pinceles
Derruidos monasterios
Con aéreos botareles
Y atiligranado altar.

Tienes torres con campanas
Y transparentes labores;
Castillos con castellanas
Que aguardan á su señor,
Y bóvedas horadadas,
Y silenciosas capillas
Donde en marmóreas almohadas
Yace el muerto fundador.

Y antiquísimas ciudades
Que, por el tiempo roídas,
Cuentan al tiempo verdades
Que él se desdeña escuchar ;
Tienes en el valle fuentes,
Peñascos en la montaña,
Y en los peñascos torrentes
Que se arrastran á la mar.

Tienes en los mares islas
Con ciudades y jardines,
Y en los jardines festines,
Y en los festines placer.....
Prepara lienzo y pinceles
Y deja que el viento brame,
Y la lluvia se derrame,
Y estalle el rayo al caer.

A inspirarnos han venido
La noche con sus tinieblas,
El rayo con su estampido,
La lluvia con su rumor ;
Tú pintarás lo que sientas,
Yo escribiré lo que siento
En el empuje violento
Del huracán bramador.

Yo escribiré cómo muge
El vendaval en tus torres,
Cómo entre las jarcias cruje
Del buque que va á anegar ;
Cómo zumba en las almenas
Con que ciñes tus castillos,
Cómo silba en las cadenas
Que el puente han de sujetar.

Escribiré cómo imita
La humana voz en las rocas,
Y como el milano grita,
Y ruge como el león,
Silba como la serpiente,
Sorbe como la lechuza,
La voz de un incendio miente
Al cruzar un torreón.

Miente el graznido del cuervo,
Brama como el ronco toro,
Remeda el distante lloro
De una garganta infantil ;

Y azotando los cristales,
Finge el fantástico vuelo
De espíritus infernales
Que pasan de mil en mil.

É imita el rumor confuso
De clarines y de aceros,
De carros y caballeros
Que van marchando detrás,
Y de un lejano combate
Los alarmantes clamores,
Y el ruido de los tambores
Que redoblan á compás.

Tú pintarás la montaña
Entre la niebla sombría,
Pintarás la lluvia fría
Derramada desde allí ;
Los alcázares morunos,
Los pilares bizantinos,
Monumentos peregrinos
Embellecidos por ti.

Pintarás los gabinetes
Cincelados de la Alhambra,
Y el humo de los pebetes
Y las bellas del harén.
Tú pintarás las memorias
Que nos quedan por fortuna,
Yo escribiré las historias
Que vida á tus cuadros den.

Te diré el blando murmullo
De las aguas destrenzadas,
Y el melancólico arrullo
De la tórtola que amó ;
Te diré cómo se mecen
Las flores sobre los tallos,
Cómo nacen, cómo crecen,
Cómo el sol las agostó.

Tú nos pintarás al hombre
Con su choza ó su palacio,
Y yo te diré su nombre,
Y lo que en el mundo fué :
Tú al mundo darás colores,
Yo le daré lengua y vida ;
Tú pintarás los amores,
Y yo te los cantaré.

¡Pintor! Que la noche ruede
Con el ronco torbellino,
Que envuelta en tormentas quede
La desvelada ciudad;
Nosotros, lejos del mundo,
Otro mundo gozaremos,
De la hoguera que encendemos
Á la roja claridad.

Calderón, Murillo, Ercilla,
Colgados por las paredes
Con su estoque y su golilla,
Forman nuestro mundo aquí.

Ahí están Lope, Cervantes,
Vinci, Rivera, el Ticiano.....,
Con tintas para tu mano,
É inspiración para mí.

Prepara lienzo y pinceles,
Despliega tu fantasía;
Cuando nos sorprenda el día,
Que alumbre una creación.
Pintor, ese torbellino
Ha venido á visitarnos,
En él nos trajo el destino
La violenta inspiración.



RECUERDOS DE TOLEDO

LA CATEDRAL

INTRODUCCIÓN

Ese montón de piedras hacinadas,
Morenas con el sol que se desploma,
Monstruo negro de escamas erizadas
Que alienta luz y música y aroma;

A quien un pueblo inválido rodea
Con pies de religión, frente de miedo,
Que tan noble lugar mancha y afea,
Es catedral de lo que fué Toledo.

Pálida y triste, pobre y abatida,
Llora el favor de los hundidos años;
Reina sin corte, anciana y desvalida,
Por sus hijos robada y los extraños.
Por vestir el espectro de su nada,
Hoy convoca sus hijos á las fiestas,
Celebrando su mal, desesperada,
Con campanas, con órganos y orquestas.

Gigante que, muriendo en la llanura
Á manos de contrario más valiente,
Con voz tremenda su venganza jura,
Y fuerza y vida en sus palabras miente.

Una tribu elegante y voluptuosa
De otro país de fuentes y de flores,
Los cimientos fundó donde reposa,
Para otro Dios de guerras y de amores.

Y un rey, ó más piadoso ó más prudente,
Cambióla en templo por sel'ar su gloria;
Y tal vez dijo al Dios omnipotente:
Tuyo es el nombre, mía la memoria.

Quedóse al fin en templo consagrado
Del sumo Dios bajo el excelso nombre,
Para ser á los tiempos revelado
Como página histórica de un hombre.

Mas apilando el tiempo los despojos
De los mismos valientes que la hicieron,
Vasto sepulcro levantó á sus ojos
Donde un palacio levantar creyeron.

Y hoy, al caer del templo la grandeza,
Muestra el coloso, al expirar su imperio,
Que ha cobijado su mortal corteza
Templo, historia, palacio y cementerio.

I

Con ceño sombrío mira
El Tajo, que á sus pies corre,
Y al despecho que la inspira,
Con las gargantas suspira
De sus campanas la torre.

Que tiene para consuelo
En su abatimiento y mengua,
La frente cerca del cielo,
Y pará hablar con el suelo
Trece campanas por lengua.

Con tan gigante armonía
Todo su cuerpo estremece,
Y al oír se creería
Que crece así su alegría
Cuanto su estrépito crece

Á ese clamor tan violento,
Incapaz de tanto ruido,
Vibra fatigado el viento,
Dejando el confuso acento
Por la atmósfera perdido.

Que en su canto desigual
Hay música tan liviana,
Que en su murmullo infernal

Canta y llora y ríe insana
Con sus lenguas de metal.

Que ellas pregonando van
Lo que sus clamores son,
Que á veces tristes están
Pidiendo por los que van
A eterna condenación.

Y en su clamor muestran bien
Otras el alegre fin,
Pues revoltosas se ven
Cual si colgadas estén
Por heraldos de un festín.

Otras, en su inquieto afán,
Ruedan y vibran, según
Con los clamores que dan
Al mundo anunciando están
Placer ó luto común.

Y en vez de agudo esquilón,
De la tarde anuncia el fin
El doblar de la oración,
Que apaga su ronco són
Del horizonte al confín

Y á su movimiento enorme
Rueda en el cóncavo hueco
De la bóveda el informe
Postrer quejido del eco
Con vibración uniforme.

A su paso estremecidas
Oscilan allá en las sombras
Las lámparas suspendidas,
Dibujando en las alfombras
Sombras y luz confundidas.

Cobra entonces movimiento
Todo el templo y se estremece,
Cual fantasma de un momento
Que alza el rostro macilento
Y al punto se devanece.

Van luego dejando ver
Los vacilantes reflejos,
Las sombras al repeler,
Los objetos á lo lejos
Sus formas desenvolver.

Se van mostrando despacio
Las verjas de oro amarillas,
Canceles de aquel palacio
Que dividen el espacio
De la nave y las capillas.

Se ven en turbios colores
Detrás de los altos hierros,
Entre marmóreas labores

Cumpliendo así sus destierros,
Dormidos los fundadores.

Se ven al rayar el día
En los pintados cristales,
Cómo luchan á porfía
La claridad que lucía,
Y los rayos matinales.

Entonces el sol brillante
Que á las ventanas asoma,
Su fogosa luz gigante
En la llama agonizante
De las lámparas desploma.

Dejan torre y capitel,
Y entran por los rosetones
Las sombras huyendo dél,
Plegándose en los rincones
En fantástico tropel.

La luz, del templo señora,
Por el templo derramada,
Saluda al Dios que ella adora
Por las losas prosternada
Ante el ara que colora.

Ciñe la bóveda, avara,
Y en los robustos piláres
Se quiebra picante y clara,
Y bulliciosa se ampara
Del oro de los altares.

Que joven y rica y bella,
En la riqueza se posa,
Y en los diamantes destella,
Y en la joya más vistosa
Para competir con ella.

Porque el astro rey la envía
A que sus galas ostente,
Y en la bóveda sombría
Vierta la lumbre del día
Revoltosa y transparente.

II

Se oyen después los pasos medidos
Del sacerdote, y la crujiente seda
Del manto, que, los lienzos desplegados,
Por el sonoro pavimento rueda,

Cual si al cruzar se oyera el vago aliento
Con que á cumplir con su misión le inci-
Soplando bajo el mudo pavimento, [tan,
Las osamentas que á sus pies dormitan.

Se coronan de antorchas los altares,
Se sienten rechinar las verjas de oro,
Se escuchan los católicos cantares
Vibrar sublimes desde el hondo coro.

Se ve el pueblo llegar, y reverente
Postrarse humilde, y bendecir la vida,
Y alzar del suelo la humillada frente,
De la luz de los ángeles ceñida.

Y se alza del altar la voz tremenda
Que las palabras del Señor repite,
Cantadas porque el pueblo las comprenda,
Solemnes porque el pueblo las medite.

Y el órgano despliega rebramando
La voz robusta de las trompas de oro,
Como por la cascada caen rodando
Aguas y espumas en tropel sonoro.

Y en los aires á torrentes
Vierte la música santa
Por la céntuple garganta
De los tubos de metal;
Y en sus cánticos remeda,
Con el prolongado acento,
El ronco bramar del viento
Ó el crujir del vendaval.

Ó finge en son temeroso
La aguda lengüetería
La discordie gritería
Del infierno en rebelión;
Ó con lamento apagado
Canta al justo moribundo
Saliendo alegre del mundo
Sin ira en el corazón.

Canta el placer de la esposa
Que inquieta al esposo aguarda,
Canta al esposo que tarda
A sus puertas en llamar;
Ó entonando del profeta
La sacrosanta salmodia,
Sublimemente parodia
El fuego de su cantar.

Y llora con Jeremías,
Y entona en arpa de flores
Los voluptuosos amores

Del sabio rey Salomón;
Canta los cedros del Líbano,
La castidad de Susana,
Y Jezabel la profana,
Y el vigoroso Sansón.

Ó en tonos más desmayados
La postrera despedida
Que dió á la penosa vida
El Hacedor de la luz:
Ó más lánguido remeda
Las lágrimas de María
Cuando en el terrible día
Lloraba al pie de la cruz.

Mas pasan las santas horas
Y cesa la voz que canta,
Y el pueblo, que se levanta,
Murmura á su vez también:
Se oye el rumor de sus pasos
Que por las naves se alejan,
Y las capillas que dejan,
Abandonadas se ven.

Apenas un sacerdote
Que sordas preces murmura
Cruza con planta insegura
Por delante de un altar,
Se oyen correr los cerrojos
Y las cortinas de seda,
Y hacinadas en manojos
Se oyen las llaves chocar,

No queda en el santo templo
Más que el ambiente de aroma,
La luz del sol que se asoma
Por el pintado cristal;
Las tumbas de las capillas
Y los pálidos reflejos
De lámparas que á lo lejos
Penden de un arco ojival.

Pasa el sol, viene la tarde,
Y el día desaparece,
Y la negra sombra crece,
Y su imperio vuelve á ser.
Se estrella por fuera el viento
En la calada ventana,
Y lo que *ayer* fué *mañana*,
Mañana se dice: ayer.



EL DÍA SIN SOL

*Dies ira dies illa,
Soleet sectum in favilla (1).*

INTRODUCCIÓN

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fué preciso,
Hízole de la tierra soberano,
Y le dió por palacio el Paraíso.

Ágil de miembros, la cerviz erguida
Orlada de flotante cabellera,
Los claros ojos respirando vida,
Lengua la barba y con la voz severa.

Hechos para el deleite sus sentidos,
Vieron los ojos luz, gustó la boca,
Olió el olfato, oyeron los oídos,
Todo es placer cuanto pasando toca.

La hierba perfumada en la colina
Dióle un lecho do yace blandamente,
Y derramóse en torno cristalina,
Deshecha en perlas, la sonora fuente.

Y vertieron las aves en el viento
Regalada y dulcísima armonía
Desde el follaje vasto y opulento
Que fácil teje la alameda umbría.

Y al dormido murmullo de la brisa
Que vaga suave, inquieta y juguetona,
Dobló la frente, y con igual sonrisa
El sueño muellemente le corona.

Las fieras cuidadosas evitaron
Con su ruido turbar su manso sueño,
Y volando las aves arrullaron
El reposar de su tranquilo dueño.

Dios, que su soledad miró enojosa,
De tornarla en placer buscó manera,
Y una mujer bellissima, amorosa,
Le ofreció liberal por compañera.
Era la hermosa de gentil talante,
Acabada de pechos y cintura,
De enhiesto cuello y lánguido semblante,
Rebosando de amor y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,
Negras las cejas, blanca la mejilla,
Rasgada de ojos, blanda la mirada,
Do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena,
La blanca espalda de la luz velando,
Hallóla Adán al despertar, serena
Sus varoniles formas contemplando.

Ciñóla, sorprendido en su embeleso,
Con brazo enamorado y reverente;
Mil veces la besó, y á cada beso
Trémula su cristal vibró la fuente.

El bosque susurró manso murmullo,
Los peces en las ovas asomaron,
Las tórtolas alzaron casto arrullo,
Y amorosos los céfiros soplaron.

«¡Alma mía, mi amor, paloma mía!.....»,
El hombre sollozando murmuraba;
Ella, muerta de amor, le sonreía,
Y él, muriendo de amor, la enamoraba.

Posábale en su labio el labio amante
Aspirando con ámbar y aroma
El aire de su pecho vacilante,
La luz de sus pupilas de paloma.

Tú, rejoy sol, entonces si los viste,
¿Por qué amantes y solos les dejaste,

(1) Esta paráfrasis fué expresamente escrita para don Nicomedes Pastor Díaz, cuyo primer pensamiento le debe al autor.

Y la infernal serpiente no adormiste
Que envidiosa del bien cerca alumbraste?

¡Ay, cuánto ahorraras de miseria y llan-
Del hombre flaco á los mortales ojos, [to
Cuánto miedo á los ángeles, y cuánto
Al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un árbol no más en los jardines
Vedado al paladar de los nacidos;
No anidaban en él los colorines,
Ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.

Yacía Adán en brazos de su amada,
Y Eva miraba el prohibido fruto;
Al lado de la poma codiciada
Traidor velaba el enemigo astuto.

«¿No comerás, le dijo la serpiente,
»Criatura de origen soberano?

»Pudieras como Dios omnipotente
»Otro mundo crear de polvo vano.

»No comerás, y quedarás sujeta
»Al privilegio inútil de su hechura;
»Quedará el alma entre su nada quieta,
»Y á ti te llamarán la criatura.»

Sintió el orgullo la mujer curiosa,
Que brotaba en carmín á la mejilla,
Y á la fruta tendió la mano ansiosa
Vertiendo de ella la mortal semilla.

Aplicóla á los labios, y callaron
Arboles, aves, céfiros y fuentes,
Y en su lugar fatídicos quedaron
Troncos, buitres, tormentas y torrentes.

Rugió el león crespando la melena,
Lanzó el tigre su ardiente resoplido,
Bufó en el bosque la traidora hiena.
El toro levantó ronco mugido.

Huyeron azotándose las alas
Las aves por el aura agonizante,
El fresco valle marchitó sus galas,
Tembló el mundo en los ejes de diamante.

Despertó el triste Adán absorto y mudo
Al desusado y bronco clamoreo,
Y avergonzado se miró desnudo,
La carne henchida de brutal deseo.

Tembló al mirar las fieras espantadas
Guarecerse en tropel en los peñascos,
Y buscar sus guaridas socavadas
De las montañas en los hondos cascós.

Hirióle el sol las débiles pupilas
Al recio impulso de fogosa lumbre,
Y halló en el cielo en aplomadas filas
De frías nubes torva muchedumbre.

Y sintió que perdía de improviso
La gracia de su Dios con la inocencia,
Y trocóle en infierno el Paraíso
El nuevo torcedor de la conciencia.

Viéronse con rubor ambos nacidos,
Que con rubor entrambos no nacieron,
Y del crimen común arrepentidos,
Uno del otro con vergüenza huyeron.

«¡Adán!» exclamó Dios llamando al hom-
Y el eco en las montañas respondía; [bre,
«¡Adán!» repitió Dios, y el mismo nom-
El eco mismo á repetir volvía. [bre

¿Dó estaba Adán? Llorando prostrado,
Por vez primera de su Dios temblaba,
Y humillado en el polvo, «¡Yo he pechado!»,
Respondía á la voz que le llamaba.

«¡Adán! gritó el Señor, cuenta tus horas,
»Porque vendrá una hora en que te veas
»Dando cuentas al Dios ante quien lloras;
»Y hasta entonces, Adán, ¡maldito seas!»

I

«Naciste, Adán, en el polvo
»Y en el polvo morirás,
»Tú, y tus hijos, y tu raza,
»Y cuantos hombres serán.
»Sudaréis sobre la tierra
»Los hijos por sustentar,
»Mientras los hijos rebeldes
»Con sus padres lidiarán.
»La tierra brotará espinas,
»El tiempo ahogará la paz,
»Y sin número los hombres
»A su Dios olvidarán.
»Entonces hambres y pestes,
»Y de miserias un mar
»Acosará el impío mundo
»Sin descanso ni solaz.
»Y habrá ejércitos y buques
»Que agua y tierra infestarán,
»Y habrá esclavos y habrá reyes,
»Y pueblos y sociedad.
»Y habrá amor, y habrá amistades,
»Que en vez de consuelos dar
»Os darán con dulces nombres
»Amargas horas de afán.
»Y habrá el corazón pasiones
»A cuyo impulso fatal

»Hermano robará á hermano
 »Cuanto bien pudo alcanzar.
 »Será la mujer voluble,
 »Será el hombre desleal,
 »Y amor tornarése en celos,
 »Y en envidia la amistad.—
 »Y en raza de un mismo origen,
 »Todos con derecho igual,
 »El poder será la fuerza
 »Y el miedo la autoridad.—
 »Nacerán conquistadores
 »Las tierras á deslindar,
 »Y donde uno puso un trono,
 »Otro un cadalso pondrá.—
 »Pero YO, que os hice en polvo
 »Y en polvo os he de tornar,
 »Haré un día de justicias
 »Para todos por igual;
 »Haré un infierno y un cielo
 »Y una inmensa eternidad
 » En que grandes y pequeños
 »Confundidos entrarán.»

Dijo así Dios reduciendo
 Los tiempos á cantidad,
 Cuando dió al primer nacido
 El triste apodo de *Adán*.—

II

*Tuba mirum spargens sonum
 Per sepulchra regionum,
 Cogit omnes ante trionum.*

Ancho panteón de gente condenada,
 Condenado á morir como su gente
 Caerá el mundo en el pozo de la nada,
 Rota en pedazos la caduca frente.
 La impia raza en las tumbas cobijada
 Otra vez se alzará mustia y doliente,
 Roto el dogal que al polvo la sujeta,
 Al vivo son de la final trompeta.
 Ya para entonces el tremendo día
 Del daño universal será cumplido;
 El sol que del Oriente nos venía,
 Apagada su luz habrá caído;
 La luna, que flotando se mecía
 En el azul del cielo adormecido,
 Seguirá al fin sus moribundas huellas
 Llevando en pos las lánguidas estrellas.

Y la tierra, sin sol que la fecunde,
 Seca no brotará hierba ni flores,
 Y harán que reventando el mar la inunde
 Los temporales de la mar señores;
 Y á las manos del tiempo que confunde
 Cuantos un día desplegó primores,
 La tierra que de césped se matiza
 Campo será de pálida ceniza.

En sus mohosas grietas, asomados
 Estarán los desnudos esqueletos,
 Aljuicio de su Dios aparejados,
 Silenciosos, estúpidos y quietos;
 Y á trechos en montones apilados,
 El plazo aguardarán juntos y prietos,
 Con sus despojos reemplazando enjutos
 Templos, palacios, árboles y frutos.

No dará luz el cielo blanquecino,
 Ni hará murmullo el ondular del viento,
 Ni en las rocas el eco campesino
 Repetirá lejano algún acento;
 Noche y alba sin horas ni camino
 Ahogarán su crepúsculo opulento,
 Y serán presa de arrecidas nieblas,
 Sin aurora ni noche, las tinieblas.

No habrá en este pantano *dentro y fu-*
 Ni habrá cosa con cotos, ni lugares, [*ra,*
 Las tierras no hallarán mar ni ribera,
 Ni hallarán playa los disueltos mares;
 Barro será la agonizante esfera
 Sin medidas, ni bordes, ni vallares,
 Cual masa por los siglos preparada
 A tornar al origen de su nada.

Las almas volverán mudas de asombro
 Los cuerpos á buscar en que vivieron,
 Cuando á través del cenagoso escombros
 Vayan tras el lugar do los perdieron:
 Sin ayuda de mano, brazo ú hombro,
 La carne vestirán con que nacieron,
 Porque escuche la carne la sentencia
 Que oyó el alma al pasar á otra existencia.
 Y cuando nada en el silencio aliente,
 Cuando nada mortal quede con vida,
 A la voz del airado Omnipotente,
 De los muertos la turba estremecida
 Iremos ante Dios, baja la frente,
 Amendrentada el alma en su guarida,
 A obedecer sus leyes inmortales,
 Y ante la santa ley, todos iguales.

III

*Judeo ergo cum sedebit
Quidquid latet apparebit,
Nihil inultum remanebit.*

Y no habrá para ninguno
Privilegio ni exención,
Sin justicia no habrá alguno,
Porque iremos uno á uno
Por pena ó por remisión.

Será con todos igual,
Justiciero para todos
El tremendo tribunal,
É irán de distintos modos
El justo y el criminal.

En la frente irán escritos
Los secretos de la vida,
Y las conciencias á gritos
Apartarán los malditos
De la prole bendecida.

Que ni entonces una vez
La virtud se manchará
Del vicio con la hediondez,
Ni la ramera soez
Junto á la virgen irá.

Allí irán los que altaneros
A los pueblos dieron leyes
A acusar sus desafueros,
Sin lanza los caballeros,
Y sin corona los reyes.

Allí irá la hipocresía
Con el disfraz en la mano,
Y sabremos aquel día
Qué pechero hubo hidalguía
Y qué hidalgo fué villano.

Irá el pálido mendigo
En pos del rico avariento
Acusador y testigo,
Demandando pan y abrigo
De su alcázar opulento.

Irá el amigo traidor
Tras el amigo engañado,
El semblante sin color,
Como esclavo maniatado
Que llevan á su señor.

Irá el pérfido galán
Tras las vendidas mujeres,
Que descontándole irán
Por las horas de su afán
Las horas de sus placeres.

Irá el señor sin piedad,
É irán los siervos tras él
Pidiendo á su vanidad
La perdida libertad
En iracundo tropel.

Irán los conquistadores,
Y asidos á sus cabellos
Los vencidos vencedores,
Serán allí sus señores
Como aquí lo fueron ellos.

Irá la falsa mujer
Que al esposo juró amor,
Y el juramento de ayer
Empeñó por un placer
Al disoluto amador.

Irá el audaz pendenciero
Con el muerto en desafío;
Acuchillado el primero,
Y el otro en el pecho impío
Escondido el rojo acero.

¡Que el día de la verdad
El fantasma del valor
Será necia ceguedad,
Y no más que vanidad
El fantasma del honor!

Irá el corrompido juez
Tras la víctima inocente,
Y en torno suyo á la vez
Clamarán en voz doliente
La orfandad y la viudez.

Irán los monjes carnales
Tras las forzadas doncellas,
Desgarrados los sayales,
Los cordones por dogales
Atados al cuello de ellas.

Los labios que un tiempo dieron
Blando y sacrílego son
Con los besos que vertieron,
Que torpe hoguera encendieron
En el brutal corazón;

Allí arderán en tal lumbre,
En fuego tan infernal,
Cuanto á Dios fué pesadumbre
Bajar á la podredumbre
De su pecho criminal.

Y allí iremos los cantores
Falsas flores del Edén
Que en vez de santos loores
Cantamos himnos de amores
A las puertas de un harén.

Allí del liviano mundo
 Habrá fin la imbécil farsa;
 Todos en moatón inmuado,
 Sin primero ni segundo,
 Iremos en la comparsa.—

¿Qué será ver hombre tanto
 Nacido para morir,
 Ciegos los ojos de llanto,
 Ciega el ánimo de espanto,
 Al valle inmenso venir?

¿Qué será ver al tirano
 Balbuciente al responder
 De la sangre de su hermano,
 En que irá tinta la mano
 Sin que la pueda esconder?

¿Qué será ver tantos reyes
 Que por saciar su ambición
 Pusieron la religión
 Por rúbrica de unas leyes
 De equívoca explicación?

¿Tantas gentes y naciones,
 De tan disintas regiones,
 De distintos caracteres,
 Y de distintos placeres,
 Y distintas religiones?

¡Los de Judá temerosos,
 Los de Esparta y Macedonia,
 Los de Oriente voluptuosos,
 Los fecundos en colosos
 De Menfis y Babilonia!

¡Los de los anchos desiertos
 Avezados al pillaje,
 De tiempo y dioses inciertos,
 Los que devoran sus muertos
 En algazara salvaje!

¡Los de América indolentes,
 Los impuros de Sodoma,
 Los de Tebas penitentes,
 Los de Sagunto valientes,
 Y los triunfantes de Roma!

¡Todos, muertos é inmortales
 De hinojos ante su juez,
 Que con leyes eternas
 Nos hará á todos iguales
 Ante la ley una vez!

—
 É irán las tiernas almas
 De los alegres niños
 En túmulos de palmas
 Y lechos con armiños

Al pie del trono espléndido
 Del santo de Israel.
 Sus ángeles hermanos
 Haránles grata sombra
 Con sus rosadas manos,
 Y les harán alfombra
 Con sus alas magníficas,
 Y almohadas y dosel.

La paternal sonrisa
 Del Dios omnipotente
 Seráles blanda brisa,
 Que arrulle mansamente
 El contorno suavísimo
 De su tranquila sien.
 Y dormirán de espumas
 Al dulce hervir sonoro,
 Y de ondulantes plumas,
 Y de incensarios de oro
 A la acordada música
 Del prometido Edén.

É irán las no tocadas
 Castísimas mujeres
 Que huyeron avisadas
 El mundo y los placeres,
 Y dieron al Altísimo
 Intacto su pudor,
 Ceñida la cintura
 De blancas azucenas,
 Radiantes de hermosura,
 Y en dulces cantilenas
 Loando en sol angélico
 Al eternal amor.

Y todas tan hermosas
 Como la tibia luna,
 Y todas ruborosas
 Como al dejar la cuna,
 Todas ofrendas cándidas
 De paz y de placer.
 Purísimas palomas
 Que el cielo halaga y cría,
 Balsámicos aromas
 Que en prendas de alegría
 Entre dolor y lágrimas
 Da al cielo la mujer.

Y ¿qué será en tal hora
 De duelos y de enojos
 Su calma encantadora,
 Y de sus bellos ojos
 Contemplar el pacífico
 Brillante tornasol?

Y ¿qué será en sus labios
Su sonreír de amores,
Cuando grandes, y sabios,
Y reyes, y señores,
El día verán trémulos
Sin tinieblas ni sol?

IV

Y ¿qué será de nuestro dulce canto,
Qué será de nosotros los cantores,
Los que lloramos cántigas de llanto,
Los que reímos cántigas de flores?

¿Qué será de la hermosa á quien un día
Himnos de amor y de placer cantamos,
Que en nuestros labios el amor bebía,
Y en cuyos labios el amor gozamos?

¿Qué serán de sus ojos los espejos
Do nuestra imagen retratada vimos,
Do al lánguido rielar de sus reflejos
Su secreto de amor la sorprendimos?

¿Qué será del amigo cariñoso
Que amar nos hizo la falaz fortuna,
Del triste que veló nuestro reposo
Al resbalar de la furtiva luna?

Acaso el corazón le desgarraba
El peligro fatal del que dormía,
Y su afán compasivo nos callaba,
Doblando su silencio su agonía.

¡Ay! ¿Qué será del padre y del hermano,
Qué será del esposo y de la esposa
Cuando aparte Jehová con justa mano
Del torpe vicio la virtud dichosa?

¿Cuando se abran las puertas eternas
Al eterno gozar del Paraíso,
Y les sea á los tristes criminales
Al duelo eterno caminar preciso?

¡Ay de mí! ¡Con cuán hondo desconsuelo
Los ojos tornarán desesperados
La postrimera vez mirando un cielo
Á que también nacieron destinados!

¡Oh tristísima y larga despedida,
Eterna muerte, eterna bienandanza,
Donde, perdiendo de una vez la vida,
Se pierde de morir toda esperanza!

—
¡Qué dulce será vivir,
Vivir una eternidad,

Sin pensar más en morir,
Ni pensar en reducir
Á guarismo nuestra edad!
¡Qué dulce será, vagando
Por la viviente mansión,
Ir al compás escuchando
De las arpas de Sión,
Eternamente gozando,

Aquella aura perfumada,
Y aquel manso susurrar
De la floresta encantada,
Y aquella luz reflejada
De soles en un millar,

Y aquel gotear de las fuentes,
Y aquel trinar de las aves,
Y aquel hervir los torrentes,
Y aquellos mares vivientes
Sin monstruos, vientos, ni naves!

Y si en la fresca ribera
Quien amó en vida encontrara
La amorosa compañera
Que antes que el mundo muriera
Muerta en el mundo quedara,

¡Qué dulce fuera vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar más en morir,
Ni pensar en reducir
Á guarismo nuestra edad!

¡Oh, ven, ven, arpa sonora,
En las penas de mi vida
Mi tierna consoladora,
Esperanza seductora
De mi esperanza perdida!

Tú que templas en el suelo
Nuestros dolores mundanos
Con ilusiones de cielo,
Consuela mi desconsuelo
Con tus compases livianos.

Y déjale que delire
Con el cielo al corazón,
Y déjale que suspire,
Que el ámbar feliz aspire
De su dulce religión.

Porque en tanto que suspira
Por la postrimera paz,
¡Vive Dios que no delira
Con la nada y la mentira
De la existencia falaz!

INCONSECUENCIA

Á UNA TÓRTOLA

Porque al fin la vida es sueño.

CALDERÓN.

I

Tórtola que solitaria
En vez de cantar suspiras,
¿Es tu canto una plegaria,
Ó es la voz con que respiras
Á tu voluntad contraria?

Ese arrullo dolorido,
¿Se exhala en ti á tu despecho
Sonando alegre en tu oído,
Ó es en verdad un gemido
Que se te arranca del pecho?

Triste pájaro, ¡lo sé!....
Por eso en ocultas ramas
Tu nido ondear se ve;
Tú te escondes porque amas,
Mas tu voz vende á tu fe.

Naciste, ave desdichada,
Para llorar tu ternura,
Por eso en selva apartada
Vas á arrullar tu amargura,
Del campo ameno enojada.

Enojos te dan las flores,
Enojos la luz del día,
Enojos ¡ay! los amores
Que en dulcísima armonía
Murmuran los ruiseñores.

Te enoja el murmullo vano
De la bulliciosa fuente,
Y el céfiro cortesano
Que susurra mansamente
Á los jardines cercano.

Te enojan las otras aves
Con su inocente amistad
Y con sus gorjeos suaves;
Tú, que llorar sólo sabes,
Vives en la soledad.

Menos en el monte inculto,
Vivir te cansa ó extraña;
Porque allí despeña oculto
El torrente que le baña,
Sus espumas en tumulto.

Porque allí el viento perdido
Que entre las malezas rueda
Con sordo y medroso ruido,
En lánguido són remeda
Tu monótono gemido.

Porque allí el césped salvaje
Que á pedazos ha brotado
Por el agreste paisaje,
Borda el terreno olvidado
Con pliegues de tosco encaje.

Y á fe, á los ojos del triste
No son gala los primores
Con que natura se viste,
Que otro placer no resiste
Que pensar en sus dolores.

Y los amorosos duelos
Son males antojadizos
Que se quejan á los cielos,
Y no admiten más consuelos
Que hallar en el duelo hechizos.

Porque es tan grato saber
Que nos podemos quejar,

Que cuando tan ruin placer
Pensamos que ha de faltar,
Le volvemos á querer.

Por eso, tórtola bella,
Dió el cielo á tu ronco canto
El compás de una querella,
Porque al cantar tu quebranto
Lloraras tu gozo en ella.

Y si es cierto que así en pos
De tu canción va tu queja,
¡Ay, tórtola, vive Dios
Que en el mal que nos aqueja
Nos parecemos los dos!

Pues si abriga tu garganta
En vez de voz un lamento,
Caando mi voz se levanta,
En vez de darme contento
Mis amarguras me canta.

Si nada tu voz te vale
Porque en la selva escondida
Nadie á escuchártela sale,
Bien creo, ave dolorida,
Que tu mal al mío iguale.

Y si buscas en tu anhelo
De que alguno te responda
El miserable consuelo,
Yo pido en mi canto al cielo
Quien á mi voz no se esconda.

Pues ambos somos cantores,
Y ambos somos desdichados,
Conmigo es justo que llores:
Tú, tórtola, tus amores;
Yo, mis males olvidados.

¡Olvidados, ¡ay de mí!
Que cuando el arpa tomé,
Cantando ahogarlos creí;
Y tantas glorias soñé,
Cuantos desengaños vi!

Vi el mundo tan hechicero,
Que no le alcancé falaz;
Alcé mi canto primero,
Y el alma lanzó fogaz
Un suspiro lastimero.

Que es bien inútil consuelo
Nuestras desdichas cantar,
Si por tan cercano el suelo
Nuestra voz no ha de escuchar,
Y por tan remoto el cielo.

II

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
Á ti tus lamentos,
Mis cantos á mí?
Tú á selva escondida
Te vas á gemir,
Porque el canto alegre
Te es lúgubre á ti;
Porque el tuyo amarga
El canto feliz,
Y las otras aves
No te le han de oír;
Y yo, que angustiado
Llorando naquí,
Si le canto al mundo
Su gloria pueril,
La espalda me torna,
Dice que mentí.
Si vuelvo mis duelos
De nuevo á plañir,
Me dice con mofa
Que es dulce vivir:
Si el lloro y el canto
Nos desoye así,

Dime, ¿que nos valen,
Pájaro infeliz,
A ti tus lamentos,
Mis cantos á mí?
El mundo, ceñido
Del aire sutil,
Vestido de flores
Con rico tapiz,
Tocado con ancho
Dosel de zafir,
Prendido con nubes
Que el alto cenit
Circundan de nieblas
De azul y carmín,
Sembrado de estrellas
Que el turbio confín
Tachonan brillantes
En montones mil
Con pálidas perlas
Y rojos rubís,
Nos miente sin duda
Vistoso jardín,

Convida á cantarle
 Mirándole así.
 Mas si esos hechizos
 Y gayo matiz
 Caminos son sólo
 Que llevan al fin
 De breves placeres,
 Y el fin es morir;
 Si el que llora ó canta
 Concluyen allí,
 Si el triste se mofa
 Del rico y feliz,
 É insulta el alegre
 Del triste el sufrir,

Dime, ¿qué nos valen,
 Pájaro infeliz,
 A ti tus lamentos,
 Mis cantos á mí?

Que es la tierra de lágrimas camino,
 Valle de tumbas que pasando vemos;
 Féretro y cuna nos abrió el destino
 Para entrar y salir, en los extremos;
 Fantástico al entrar y peregrino,
 Y asqueroso al salir le comprendemos;
 Que al vivir despertamos en la cuna,
 Y al despertar nos ríe la fortuna.
 Imperfectos traemos los sentidos
 Porque á sentir no alcancen tanto duelo,
 Sordos aún traemos los oídos
 Porque no escuchan el clamor del suelo;
 La lengua y pensamientos obstruidos
 Porque al ánima falte ese consuelo;
 Sólo abrimos al sol nuestra pupila
 Porque asombrada con el sol vacila.
 Feliz quien, despertando cuando nace,
 En ilusiones de esperanza crece,
 Y un bello mundo de ilusiones hace
 Donde loco soñando se adormece.
 Que mientras duerme y delirando yace,
 La árida realidad se desvanece,
 Y mientras sueña su falaz ventura,
 A su camino el término apresura.
 Más vale delirar lindas quimeras
 En ilusión de sueños seductores,
 Que roer esperanzas pasajeras

En este valle de ponzoña y flores,
 Donde, aguardando dichas venideras,
 Lloramos sobre el pan de los dolores;
 Donde, al buscar el necesario aliento,
 Mortal cicuta nos regala el viento.

Porque en sueños los bienes y los males,
 Dorados en la loca fantasía,
 Al ánima dormida son iguales:
 El desdichado canta su agonía,
 Y lamenta el feliz bienes mortales,
 Mas ninguno en perderlos se holgaría,
 Que son dulces los bienes lamentados,
 Y los males lo son desesperados.

Si tan bellos son los bienes
 Soñados como los males,
 Ya, tórtola, no me afligen
 Tus melancólicos ayes;
 Que á ti te dieron lamentos
 En vez de alegres cantares,
 Y tú cantando le cuentas
 Tus amarguras al aire.
 Las endechas y los himnos
 Los mismos consuelos traen,
 Que á la par nos adormecen
 Las dichas y los pesares.
 Tú te arrullas tristemente
 Con tan lúgubres compases,
 Porque tus duelos son gozos
 Con el placer de contarles;
 Yo al mundo canto mis cuitas
 Porque cuando otros las saben,
 El placer de que las sepan,
 Dichas de mis penas hacen.
 Y así, cuando entrambos, tórtola,
 Con lamentaciones graves
 En guisa de querellarnos
 Atormentamos los aires,
 Pues nuestra queja es contento
 Por el placer de quejarse,
 Con extravíos tamaños,
 Con inconsecuencias tales,
 No hacemos más que soñar
 Y mentir calamidades,
 Tú llorando bien de amores,
 Y yo delirando males.



La torre de Fuensaldaña.

I

Yo he sentido bramar al ronco viento
Del helado Diciembre en noche oscura,
Remedando de un hombre el triste acento
De roto murallón en la hendedura.

Ardía en el salón envejecido
Purpúrea llama de sonante leña,
Y el ámbito vibraba estremecido
Al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Más que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares
Bajo el nombre sin crónica conserva,
Y en las bóvedas, torres y pilares
Brotó á pedazos la pajiza hierba.

Los pájaros habitan la techumbre
Y la tapiza la afanosa araña,
Y eso guarda la tosca pesadumbre
Del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,
Pasaba alguna vez bajo sus muros
Por contemplar el desgarrado aliño
De sus huecos recónditos y oscuros.

Allí, en delirios de amistad perdida
Y en infantiles pláticas sabrosas,
Adormecí las cuitas de mi vida
Y las horas de noches pavorosas.

Allí, al calor de la humeante hoguera,
De las cóncavas piedras al abrigo,
Oía el viento rebramando fuera,
Y á mi lado la voz de algún amigo.

Allí, sobre nosotros se elevaban
Robustas torres, góticas almenas,
Que la furia del viento rechazaban
Sobre el cimientó colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada,
Repetida en los aires por el eco,
Moría en sus bramidos sofocada,
De la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones,
Como estertor de agonizante pecho,
Acompañaba en compasados sonos
Sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras, en melancólica armonía,
Remedaba lamentos y suspiros,
Y otras, en repugnante gritería,
El vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas erizadas
Al sacudir la destocada frente,
Remedaba el hervir de las cascadas
Y el áspero silbar de la serpiente.

Ó en revuelto y confuso torbellino
La ruinosa terraza estremeciendo,
De la tendida lona en son marino
Semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos
Cruzando el valle con airado paso,
Y crujían los árboles añejos
Como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando á veces,
Le oíamos rozar el firme muro,
Como en hondo tonel hierven las heces
Que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido
Las desiguales piedras azotando,
Y en los huecos colgar ronco mugido,
Y el seco musgo arrebatar pasando.

Le oíamos entrar y revolverse
 Con espantable són en las troneras,
 Y estrellarse, y crecer hasta perderse,
 Barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos,
 En las rejas meciéndose colgadas,
 Dibujaban contornos repentinamente
 De espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento
 Desplomados los vidrios de colores,
 En el mal alumbrado pavimento
 Reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba
 Rodando en torno de la mustia hoguera,
 Entre la llama pálida soplaba,
 Blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro,
 Al cruzar murmurando en las ventanas,
 Nos revelaba en armonioso coro
 Música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas
 Que coronaban los silvestres pinos,
 Con el gotear entre las juncias flojas
 De los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,
 Y el canto agudo del despierto gallo,
 Con el inquieto y bélico alarido
 Del trémulo relincho del caballo.

Bullían en el ánima exaltada
 Locos fantasmas de soñados cuentos,
 Y sostenía, apenas fatigada,
 El peso de los ojos soñolientos.

Entonces, á la sombra cobijados,
 Los pies á par de la expirante lumbre,
 Cedían nuestros párpados cansados,
 Más que á la voluntad, á la costumbre.

Y á cada chispa del tizón postrero,
 A cada empuje del turbión errante,
 A cada voz del pájaro agorero
 Que velaba en el nido vacilante,

Volvíamos el gesto, recelosos,
 En derredor del descompuesto fuego,
 Levantando los ojos perezosos,
 Que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida
 Se pintaba la sombra misteriosa,
 De volubles contornos vestida,
 De cuerpo inmenso, de color medrosa.

Gozábamos al fin insomnio inquieto,
 Delirando festines y batallas,

Con tumultos sin época ni objeto,
 Con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros
 En una tierra mágica y lejana,
 Deleitados en cóncavos oscuros
 Con cantares de sílfide liviana.

Poco á poco deshechas las visiones,
 Soñábamos con sombras infinitas,
 Donde se oían apagados sonidos
 De invisibles orquestas exquisitas.

Y más tarde, las sombras vacilando
 Entre pardo crepúsculo naciente,
 Íbanse luz y sombras alejando
 De la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras,
 Sus contornos al fin desvanecían,
 Y en un salón sin lámparas ni alfombras,
 Sólo estaban dos locos, y dormían.

II

Y era grato, al són del viento,
 Abrir el párpado al día,
 Y contemplar, soñoliento,
 Su confuso resplandor
 A través de las abiertas,
 Hondas y estrechas ventanas,
 Y de las hendidas puertas
 De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
 Con turbio cendal de niebla,
 Sobre los campos posada,
 Interceptando el mirar;
 Y oír la ráfaga inquieta
 Que al vendaval sustituye,
 En la acerada veleta
 Sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
 Que en la noche nos turbaron,
 En bóvedas y rincones
 De opaca lumbre al lucir;
 En escombros convertidas
 Musgo y tintas con que al tiempo
 Las murallas carcomidas
 Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes,
 En vez de ricos tapices,
 Tender su baba y sus redes
 Al insecto descortés,
 Que entre los nombres tranquilos
 Las labra de los viajeros,
 Cubriéndolos hilo á hilo
 Sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
 En los blasones del muro
 Hilar con paciente maña
 Sus hebras para cazar ;
 Y en la recóndita grieta,
 La presa que vuela en torno,
 Vigilante, astuta y quieta,
 A que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
 Hallar de rincón ruinoso,
 El rastro de un hormiguero
 Que en el verano pasó ;
 Que en el fondo nació acaso,
 Mas no contento en el suelo,
 Con irreverente paso
 Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
 De la torre de Saldaña
 De sus techos y salones,
 La mengua y la soledad?
 ¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Cuánto puedes,
 Tú, que indiferente escribes
 Sobre cráneos y paredes
 La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
 Hoy trojes de rico hidalgo,
 Y en sus salones oscuros
 Ancha hoguera levanté.
 Corrí llaves y cerrojos
 Cual si de ellos dueño fuera,
 Y sus tablas y despojos
 Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años,
 Ni su nombre y dueño antiguos....
 Y para insultos tamaños,
 ¿Quién era en Saldaña yo?

Un niño, un triste ó un loco,
 Que divertido en sus penas,
 Curaba entonces muy poco
 De cuanto grande vivió.

Y á fe que, libre y contento,
 A la lumbre de mi hoguera,
 En tanto bramaba el viento,
 Tranquilamente dormí ;
 Y al despertar con el día,
 Contemplé absorto y ufano
 La gruesa mampostería
 Que por alcoba elegí.

Luchaba el sol, afanado,
 Con la turbia húmeda niebla,
 Y el fulgor tornasolado
 Cruzaba por el salón.
 El aire, en fuerzas cediendo,
 Brotó en ráfagas errantes,
 Y aun se le oía gimiendo
 Con menos airado son.

Miré desde las ventanas
 El árido campo seco:
 Algunas hierbas livianas
 Encontré no más en él.
 El aire las sacudía
 Y la niebla las mojaba ;
 Escaso arbusto crecía
 Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
 Guarecidas, asomaron,
 En los rotos arquitrabes
 Su misterioso mohín:
 Mirélas indiferente,
 Y al rumor de mis pisadas
 Hundieron la negra frente
 Del nido cóncavo al fin.

Entonces, de la alta cumbre,
 El sol, rasgando la niebla,
 Derramóse en viva lumbre
 De trémulo resplandor ;
 Y en los pardos murallones
 Trazó cuadros luminosos,
 Alumbrando los salones.
 De cenagoso color.

Y entonces, á los reflejos
De la llama repentina,
De aquellos rincones viejos
En la antigua soledad,
Bulleron miles de insectos
Asomando por las grietas:
Monstruosos por lo imperfectos,
Raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
Del tosco templo vecino,
En compases regulares
Desvanecerse y crecer;
Y el órgano y las campanas,
Al roto soplo del viento,
Ya perdidas, ya cercanas,
En él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
Pasó la mañana inquieta;
Mis años, hora por hora,
A contar, triste, volví.
Si hallé la vida cansada
Y lamenté su amargura,
Yo vivo con mi tristura,
Mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos, acaso,
Por llegar á Fuensaldaña,
Aceleraron el paso,
De aquella noche después;
Mas ¡ay de hombre mezquino!
¡Quién encontrará mañana,
Entre el polvo del camino,
La huella de nuestros pies!



LA DUDA ⁽¹⁾

Cuando al escribir en ellas
Contemplo tan lindas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.
Recuerdos tenéis en ellas
Que desgarran la memoria,
Por más que entre tantas flores
Estas espinas se escondan;
Que cuando un enamorado
En himno de amores llora,
Más que á cantar sus cantares,
Su llanto á llorar provoca.
Y los versos de ese muerto
Tanto en lágrimas rebosan,
Que removidas las mías,
A mis pupilas asoman.
Y pues donde tantos cantan
Hay uno que á llorar osa,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.

Si intento escribiros versos,
Dentro la mente se agolpan
Cuantos primores y hechizos
La naturaleza aborta.
Que en este jardín de España
Las inspiraciones sobran,
Pues basta mirar la lumbre
Con que el sol le tornasola,

Los arroyos que le cruzan,
Los jazmines que le bordan
Y las bellas que le pisan,
Cuantas maravillas brota,
Para entonar tantos himnos,
Tantas letras amorosas,
Que antes que el canto se agote,
Gastada el arpa se rompa.
Pero al ver lo que ese triste
Grabó ó lloró en estas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.

Pluguiera que, en vez de versos,
Mi pluma brotara rosas,
Porque, al menos, con las flores
Se pueden tejer coronas.
Pero á par de los cipreses,
Si nacen flores se agostan;
Y donde los muertos hablan,
Callar á los vivos toca.
Que el recuerdo del que muere
Mucho respetar importa,
Que acaso para velarnos
Quedó en la tierra su sombra.
Y aunque indecisa mi pluma,
Tal vez dudando os enoja,
Y han de hacer mis desvaríos
Que de vergüenza me corra,
Perdonadme si os confieso
Que al contemplar estas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.

(1) Escrita en el álbum de una señora, en la hoja inmediata á la en que D. M. J. de Larra escribió un bello y sentido romance.

Que *vos* merecéis los versos,
Nadie en la villa lo ignora;
Y es tan claro por sabido,
Que hasta dudarle es lisonja.
Que *él* la memoria merece,
Tampoco hay á quien se esconda,
Pues por triste y por amante
Le recordamos ahora.
Y así, entre ambos dividida
La imaginación dudosa,

Los versos son para *vos*
Si le prestáis la memoria;
Lo que en *vos* merece el sexo,
En *él* merece la sombra,
Y lo que en *vos* la hermosura,
En *él* la tumba lo abona.
Justo es, con los dos hablando,
Duden el *muerto* y la *hermosa*
Si es cantar ó si es lamento
Lò que les cantan ó lloran.



Là Virgen àl pie de là Cruz.⁽¹⁾

*Stabat Mater dolorosa
Juxta crucem lacrymosa
Dum pendebat Filius.*

Velaba entonces el cielo
Su lumbre en opacas nieblas,
Y, crespón de tanto duelo,
Tendió la sombra en el suelo
Anchos pliegues de tinieblas.

Ni un pájaro por el viento,
Ni una fiera por la roca,
Ni entre el musgo amarillento
Asoma reptil hambriento
La desenterrada boca.

Ni el ronco mar á lo lejos
En sordo tumulto brama,
Vibrando en turbios espejos
Tornasolados reflejos
Que por la playa derrama.

Ni una brisa, ni un gemido
El aire pesado encierra,
Que, doliente y abatido,
Yace sin fuerzas tendido,
Las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras,
En la alta región inmóviles,
Ciñen en bandas oscuras
La lumbre de las alturas
Con sus cortinajes dobles.

Ráfaga de luz sangrienta,
El negro ambiente cruzando,
Amaga pronta tormenta,
Una natura alumbrando
Dormida ó calenturienta.

La rosa que el aura riza
Se dobla en el tallo seca,
Y de la hierba pajiza
Sostiene la raíz hueca
Campo estéril de ceniza.

Y del desierto á la entrada,
En torpe paso el Jordán
Arrastra el agua pesada;
Una con otra amarrada,
Sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales,
Por donde las ondas precen,
Los penachos desiguales
Saludándolas no mecen
Palmas y cañaverales.

Todo entre sombras callaba;
El mundo, en reposo inerte,
Curioso se contemplaba,
Cual de despertar acaba
Un hombre, y duda si duerme.

Víanse al lejos enhiestas,
Cerrando los horizontes,
En dobles hileras puestas,
Las enmarañadas crestas
De los escarpados montes.

Entre los troncos desnudos
Alzando las blancas losas,
Los esqueletos agudos
Sacaron, de asombro mudos,
Las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar
Lo que era triste saber;
Ninguno acertó á dudar
Lo que salió á contemplar
Y alcanzó temblando á ver.

(1) El acreditado artista D. José Gutiérrez pintó en el Liceo Artístico una bellísima Dolorosa, que inspiró al autor de estas poesías la composición que lleva este epígrafe. Inútil es, por consiguiente, decir que está dedicada al autor del cuadro.

Allí Adán el pecador
Asomó el gesto confuso
Mirando en su derredor;
De rodillas, de pavor,
Sobre la piedra se puso.

—¿Es esa mi raza?....., dijo
Hiriendo la calva frente,
Y llorando se maldijo,
A su Dios mirando fijo
En un palo entre su gente.

Secos, vacilantes, flojos,
Malditos en él también.
Los otros yertos despojos
Volvieron hacia Salén
Los sin luz cóncavos ojos.

Allá en la vasta llanura
Está la impía ciudad,
Como meretriz impura
Que falsa ostenta hermosura
Merced á la obscuridad.

Y el Gólgota misterioso
Levantado detrás de ella
Entre ufano y vergonzoso,
Con un suplicio horroroso
Rota la frente, descuella.

Estaba en honda agonía
Al pie de la cruz llorosa
La Madre Virgen María,
Y de la cruz afrentosa
El Hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,
Herido y alanceado,
Y en el madero derecho
Desconocido y deshecho
El cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas
De ambos pies y de ambas manos,
Que cayeran divididas
A no estar tan sostenidas
En brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea
Ofrenda tan santa borre,
La hirviente sangre gotea,
Y en el peñasco en que corre,
Avaro el viento la orea.

Allí, por tierra postrada,
Moribunda y desolada
La castísima María,
Con el suplicio abrazada
La ardiente sangre bebía.

Y parado el mundo entero
Asombrado la miraba,
Que sola en dolor tan fiero
A su Dios muerto lloraba
Al pie del santo madero.

—¡Ella llora, y yo pequé!.....
¡Madre amorosa, perdón,
Que yo le crucifiqué,
Yo su sangre derramé
Y manché la creación!

Yo le robé de tus brazos
Sin respeto á su deidad;
Le até con estrechos lazos
Para arrancarle, es verdad,
Las entrañas á pedazos.

Y tú, Madre, en tu dolor
Mesándote los cabellos,
Al verdugo matador
Tendiste los brazos bellos,
Demandándole favor.

Por templar su sed rabiosa,
Tú, Madre de Dios bendita,
Pálida la faz de rosa,
Te prosternaste llorosa
Ante la raza maldita.

No humana, de tigres fué;
Que si te vieron acaso
Los hombres en quien pequé,
Cual brezo que estorba el paso,
Te apartaron con el pie.

¡Tú hollada, Virgen, así!.....
¡Tú, que pisas de rubí
Vistosa, viviente alfombra,
Y besa el ángel tu sombra
Si pasa cerca de ti!

¡Tú, de estrellas coronada,
Del ardiente sol vestida,
Y de la luna calzada,
Tan triste y tan dolorida
Por raza tan condenada!

¡Tú llorando, Madre mía,
Cuando una lágrima tuya
El mundo rescataría,
Cuando el tiempo le concluya
En el postrimero día!

¡Tus ojos llorosos tanto
Cuando al sol prestan su luz!
¡Oh Madre, por tal quebranto!
Que me salve á mí tu llanto
Al pie de la santa cruz!

Yo tengo un recuerdo
De edad más dichosa;
Tú, Madre amorosa,
Lo sabes tal vez.
Entonces alegre,
De afanes segura,
Soñaba ventura
Mi loca niñez.

Brindábame entonces
La vida placeres,
No vi en las mujeres
El mal del amor.
Reía y cantaba
Un día, otro día,
Y siempre el que huía
Tornaba mejor.

Que aun no me acosaban
Mis débiles años
Con duelos y engaños
De vana amistad;
Aun no de mis horas
De paz y esperanza
Rompió la balanza
La estéril verdad.

El aire era un velo
De ricos colores,
Brotaban las flores
A impulso del sol;
La noche tranquila
Que en paz me velaba,
Del cenit colgaba
Su turbio farol.

La vida era un sueño
Ligero y flotante;
Fingí delirante
Del mundo un jardín,
Creí que los días
Que pasan huyendo
Felices volviendo
Serían sin fin.

Entonces ¡oh Madre!
Recuerdo que un día
Tu santa agonía
Contar escuché:
Contábala un hombre
Con voz lastimera;
Tan niño como era,
Postréme y lloré.

El templo era obscuro:
Vestidos pilares

Se vían, y altares,
De negro crespón:
Y en la alta ventana
Meciéndose el viento,
Mentía un lamento
De lúgubre són.

La voz piadosa
Tu historia contaba;
El pueblo escuchaba
Con santo pavor.
Oía yo atento,
Y el hombre decía:
«Y ¡quién pesaría
»Tamaño dolor!
»El Hijo pendiente
»De cruz afrentosa,
»La Madre amorosa
»Llorándole al pie....»
El llanto anudóme
Oído y garganta;
Con lástima tanta,
Postréme y lloré.

La voz conmovida
Seguía clamando,
El viento zumbando
Seguía á la par;
El pueblo lloraba
Postrado en el suelo,
Contaba tu duelo
La voz sin cesar.

Mi madre, á sus pechos
Mi pecho oprimiendo,
Posaba gimiendo
Sus labios en mí;
Y yo, Santa Virgen,
En son de querella,
No sé si por ella
Lloraba, ó por ti.

Tu imagen estaba
Doliente á mis ojos,
Mi madre de hinojos
Oraba á tus pies:
Por quién lloró entonces
Mi pecho afligido,
Ya nunca he podido
Saberlo después.

¡Mi madre tan joven,
Tan bella y penada!
¡Mi madre adorada
Llorando también!

Perdón ¡oh María!
Soy hijo y la adoro,
Su aliento y su lloro
Quemaban mi sien.

Convulso, agitado,
En ámbito estrecho
Latir en su pecho
Sentí el corazón;
El niño creía
Y oró al Crucifijo.....
El niño era hijo
Y ahogó su oración.

Ha poco, en mis horas
De cuita y de duelo,
Amparo en el cielo
Con ansia busqué;
Tu nombre me trajo
Mi fe solitaria,
Y en honda plegaria
Tu nombre invoqué.

Que yo también lloro
Mundanos pesares,
También tengo altares,
Y fe y religión:
Que el gozo y la risa
Que ostento en la frente,
Del alma doliente
La máscara son.

¡Ay, triste! Olvidado,
No hallé en mi abandono
Más luz que tu trono,
Más paz que tu amor;
Y ciego y perdido,
Sin lumbre y sin guía,
A ti te pedía
Llorando, favor.

A ti que llorabas
El día tremendo
Que viste muriendo
Al Dios de la luz:
¡Oh Madre, que el día
De cuentas y espanto
Me salve tu llanto
Al pie de la cruz!

¡Madre mía! Si en tu cielo
Se oye el murmullo mundano,
Y mi cántico liviano
En su cóncavo sonó;
Si la estéril armonía
Llegó á ti del arpa loca,
Y los himnos que mi boca
Sacrilega murmuró;

Tiende los divinos ojos
¡Oh Madre! desde la altura,
Que es polvo la criatura;
Cieno y nada encontrarás;
Que en la senda de la vida
Cada paso que adelanta,
Más débil la torpe planta,
Se acerca á su nada más.

Acuérdate, Madre Virgen,
Que allá en la niñez tranquila
Por ti la clara pupila
Con mis lágrimas nublé;
Que hubo un día en que, escuchando
La historia de tus pesares,
Delante de tus altares
Acongojado lloré.

Olvidate, que insensato,
Sin curar de tus dolores,
Canté profanos amores
Del arpa lúbrica al son;
Acuérdate que, nacido
De flaca y terrena gente,
Tengo de tierra la mente,
Y de tierra el corazón.

Acuérdate, Madre mía,
Que nací niño y desnudo,
Y que hoy á tus pies acudo,
Mi nada al reconócer;
Que mi lengua irreverente
Cambia en himnos inmortales
Los cánticos criminales
Que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza
En tu noble amparo fijo,
Ruega ¡oh Madre! por un hijo
Al Dios que engendró la luz.
Y en aquel tremendo día
De justicias y de espanto,
Que me salve á mí tu llanto
Al pie de la santa cruz.

NAPOLÉON

«No hay más que yo; dobléguense las leyes
Ante la ronca voz de mis legiones;
Romperé el áureo cetro de los reyes
En su espantada frente á las naciones »

D. JUAN DONOSO CORTÉS.

I

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
Los dos en el desierto se encontraron;
Cuando grandes los dos se concibieron,
De hito en hito los dos se contemplaron.

[to,

Sentóse el hombre al pie del monumen-
Y el monumento dijo: *Éste es el hombre;*
Y el hombre, al ver desde tan alto asiento,
Ésta es, dijo, la cifra de mi nombre.

De sus cañones el discorde arrullo,
Su altivo ser le trajo á la memoria.
«Aquí debí nacer», dijo su orgullo;
«Aquí debo morir», dijo su gloria.

Con sus ojos midió la vasta mole,
Y murmuró pasándolos al cielo:
«Quien allí su bandera no enarbole,
»Una oruga no más será en el cielo.

»¡No valen cien coronas una estrella,
»Ni valemos un sol todos los reyes!
»Que el tiempo airado la cerviz nos huella,
»El sol alumbrá, y quemá nuestras leyes.»

Unos grandes, allí su tumba abrieron,
E intentar lo era grande solamente;

Mas pensar, en su orgullo, no pudieron,
Que era sólo á sus pies tender la frente.

Allí depositaron sus despojos,
Por guardarlos así de ojos humanos,
Porque al mirar su tumba humanos ojos,
Se creyeran imbéciles ó enanos.

«¡Aquí está Napoleón!», dijo pasando
De la inmensa pirámide las puertas;
Y las momias de Egipto, despertando,
Miraron por las urnas entreabiertas.

Las huecas calaveras, asombradas,
El gesto innoble á Napoleón tornaron:
«¡Aquí está Napoleón!», y atrailladas,
En derredor del vivo se juntaron.

Inclinaron las pardas osamentas,
La seca frente y los desiertos ojos,
Para oírle, y cayeron macilentas,
A su tremenda voz, todas de hinojos.

Contó los esqueletos transparentes,
El vivo con los suyos triunfadores,
Y unió á los nombres de las calvas frentes,
Sus vasallos, monarcas ó señores.

Y no encontrando á su grandeza leyes,
Gritó, hiriendo los huesos con la planta
«Yo soy emperador: ¡Fuera los reyes!»
Y su brillante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada.....
 Nada en el ancho cóncavo vivía.
 Sólo su desdenosa carcajada
 Entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas,
 Sello gigante de gigante gloria;
 Porque, agobiado con sus hondas huellas,
 Libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio,
 Diciendo á los cadáveres hollados:
 «Napoleón vino á visitar su imperio.»
 Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron
 Cruzar el arenal con pie tranquilo;
 Y allá á lo lejos saludarle oyeron,
 Con asombrado adiós, al ronco Nilo.

II

El hombre no existe ahora,
 Que el tiempo, al plegar las alas,
 La lámpara de la vida,
 El aire azotando apaga.
 Las moles allí quedaron;
 Y las osamentas calvas,
 En las urnas todavía,
 La voz del ángel aguardan.
 Ellas descansan tranquilas
 En su portentosa estancia,
 Que las cobija orgullosa
 Como ataúd y montaña;
 Y él duerme al pie de una roca,
 Entre las ondas amargas,
 Donde su nombre salpican
 Las espumas y las algas;
 Porque la isla compasiva
 Le recogió en sus entrañas;
 Donde con su peso abrumba
 La lápida hospitalaria
 Al que quiso alzar el cielo
 Sustentándole en la espalda.
 ¿Quién es el gigante ahora?
 ¿Quién de los dos es la página,
 Las moles de aquel desierto
 Ó el nombre de las batallas?

Sobre ambos, los huracanes
 Mugiendo y quemando pasan;
 En ambos, el mismo cielo
 Su noche y su luz derrama;
 Ambos yacen solitarios,
 Sin antorchas y sin guardas,
 En palacios de reptiles,
 Que en torno lentos se arrastran,
 Sin respeto á su grandeza
 Ni noticias de su fama.

«¡Aquí está Napoleón!», dice su nombre,
 Sobre las moles del desierto escrito;
 Y donde alguna vez firmó aquel hombre,
 Todo nombre mortal quedó proscrito.

Delante de su nombre, anonadados,
 Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,
 Y su gloria y poder, desesperados,
 Envidian los monarcas de la tierra.

Miró al nacer la miserable gente
 A que el destino su destino amarra;
 Y viéndose león, alzó la frente
 Mostrando al mundo la robusta garra.

El mundo se humilló despavorido,
 Y al rastro de su pie le ató altanero;
 El mundo entero sorprendió atrevido, [ro.
 Y un pueblo echó sobre él el mundo ente-

Numeró sus millones de soldados
 Y trepó vencedor á la montaña;
 Contó allí nuestros pueblos descuidados,
 Y entre los suyos dividió la España.

Bajó osado y alegre á la llanura,
 Como á la fiesta va galán mancebo,
 Avaro de la sombra y la frescura
 De su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores
 Pródiga y perfumada primavera,
 Do marcan el compás los ruiseñores
 Del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas,
 Para dar sed, la fuente cristalina,

Y crece al pie de las pajizas cañas,
Rica de olor, la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día
Tiñe la tez, los ojos y el cabello
De la altiva morena que daría,
Antes que al yugo, á la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas
Y de lindas bellezas orientales,
Entre guirnaldas encontró de rosas
Hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide más dura que el desierto
Le mostró nuestro suelo en sus jardines,
Que supimos aquí doblar á muerto
Con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el león de ambas Castillas,
La doble garra por adorno vano;
Pirámides de lanzas y cuchillas
No admiten nombre, ni buril, ni mano.

III

¡¡ Paz al coloso!! Formidable sombra,
Tal vez mi lengua te insultó importuna:
No te ladra mordaz cuando te nombra:
Sólo quien te rindió fué *la fortuna*.

Tú bien sabías que la inmensa mole
Que no llenan los hombres, es el cielo:
Quien allí su bandera no enarbole,
Una oruga y no más será en el suelo.

Él te enseñó que los colosos huella
El tiempo, al fin, con iracundas leyes;
Que cien tronos no valen una estrella,
Y no valéis un sol todos los reyes.

Dijiste: «*Soy el grande de la tierra;*
»*No tengo en ella ya digno enemigo.*»
Grande mi patria, te llamó á la guerra:
Porque eras grande tú, lidió contigo.





A los individuos artistas del Liceo.

NOVIEMBRE DE 1837

I

Allí está lo que el mundo llama mundo,
Arrastrándose imbécil por la tierra;
Ese reptil raquítico é inundo
Que en el sepulcro su ambición encierra.

Allí está con sus circos y jardines,
Vano de amor y espléndido de amores,
Mal envuelto entre farsas y festines,
Como esqueleto entre marchitas flores.

Vestido está de alcázares y escudos;
Mas, torpe esclavo de egoístas leyes,
Lleva sus pueblos á danzar desnudos
En derredor del lujo de sus reyes.

¡Vano placer! ¡Quimérica algazara!
Flor de una aurora sola y pasajera!...
De cerca, un cementerio nos mostrara
Al resplandor de moribunda hoguera.

Los hombres de ese mundo no son hom-
Las mujeres de allí no son mujeres; [bres,
Ellos cubren su nada con sus nombres,
Y ellas no tienen más que sus placeres.

Cuando Dios, que les dió el ánima noble,
Las ánimas demande enfurecido,
Su ángel, de hinojos, con vergüenza doble,
Señor, contestará, ¡las han perdido!

Autómatas que viven porque viven,
Hoy al rumor de estrepitosa orquesta,
El ajeno renombre que reciben
Llevan como sus padres á una fiesta.

Contentos con sus vanos oropelos,
Atraillando al cuerpo el pensamiento,

De un heredero nombre hacen laureles,
Gloria y valor del alto nacimiento.

Cielo es para ellos el azul que miran,
Es la tierra un inmenso anfiteatro,
Y ellos, que en esa atmósfera respiran,
Los actores, tal vez, de ese teatro.

Y en tanto que en sus necias pantomimas
Se gozan, y en estúpidos placeres,
Canta el poeta en gigantescas rimas
El ser tremendo que abortó los seres.

Pinta el pintor el cielo y los colores,
Arrebata la luz al mediodía,
Y el músico, á los vientos bramadores,
A las aves y fuentes, la armonía.

Hijo de rey, conquista su corona;
Hijo de Dios, como su Dios concibe;
Que con sus obras su nobleza abona,
Y no infama su estirpe mientras vive. [te,

Noble es el grande, y grande es el valien-
Quien, por ser como Dios, como Dios crea.
Ése es el noble que alzará la frente,
Trepando al sol hasta que sol se crea.

Ése á la tumba bajará ignorado,
Ése en la tierra vivirá mendigo,
A ése nada los hombres le hemos dado;
Su padre, que fué Dios, será su amigo.

Y cuando ÉL, que le dió el ánima noble,
Las ánimas demande enfurecido,
Dirále el ángel con orgullo doble:
Hombre le hiciste; ángel le he traído.

Es grande quien nace esclavo
 Y baja al sepulcro rey,
 Cambiando, altivo, en diadema
 Los hierros que atan sus pies.
 Es grande el hombre de polvo,
 Que meditando en su sér,
 Del sol envidia los rayos
 Por brillar tanto como él.
 Quien en un cuerpo mezquino
 Un alma gigante ve,
 Y hacer lo que Dios pretende
 Porque hijo de Dios se cree.
 Quien sintiéndose con alas,
 Se arroja el viento á romper,
 Y va osado á las estrellas
 A preguntarlas *quién es*.
 Ése es el grande y el noble,
 Ése es el hombre por quien
 Hizo un Dios en siete días,
 Del cielo un ancho dosel,
 De toda la tierra un trono,
 De una existencia un placer,
 Del sol una eterna hoguera;
 Y apenas el hombre fué,
 Tendió el mar en la llanura
 Por alfombra de sus pies.
 No es noble ¡viven los cielos!
 Quien muestra un viejo broquel
 Por sus abuelos ganado,
 Que derribando á cercén
 La cabeza de algún moro,
 Le hicieron suyo después,
 Dividiéndole en cuarteles
 Los heraldos para él.
 No es noble quien pasa el día
 Encerrado en un harén,
 Entre eunucos y mujeres,
 Como impúdica mujer;
 Guardando del sol la frente
 Y de la arena los pies,
 Con un altar y un serrallo,
 Y el alma estéril, sin fe.
 No es noble quien cuenta ufano
 En su alcázar, cinco, diez,
 Veinte nombres en hilera
 Colgados en la pared,
 Al pie de veinte retratos
 De veinte nobles con él.
 No son la virtud y el genio
 Cetro y corona de rey,

Ni se heredan como escudos,
 Que el oro compra también.
 Los escudos enmohecen,
 Los tronos pueden caer,
 Pero la virtud y el genio
 Se levantan de una vez,
 Eternos como su estirpe,
 Que sólo Dios les da el ser.

II

Nobles, al cielo subiréis vosotros,
 Con esa gloria que buscáis inquietos,
 Y aquí en la tierra dejarán los otros
 Sus armas, y detrás sus esqueletos. [ria,
 Que empieza en el sepulcro vuestra glo-
 Que hoy el mezquino mundo menoscaba,
 Porque el placer del mundo y su memoria
 Llega á la tumba, y en la tumba acaba.

Ellos la suya comprarán con oro,
 Porque su mármol su nobleza abona;
 La vuestra, en vez de mundanal decoro,
 Sólo un nombre tendrá y una corona.

En ella colgarán vuestros laureles,
 Porque duerma tranquila la cabeza,
 Y al pie pondrán el arpa y los pinceles,
 Que al mundo contarán vuestra nobleza.

Vuestra nobleza, mágicos pintores,
 Que de la creación rasgando el velo,
 Formáis como Jehová luz y colores
 Para vestir la lobreguez del suelo.

Él ocultó la voz de la armonía
 En el torrente y en la selva en vano;
 Allí, músicos, fué vuestra osadía
 Á sorprenderla con robusta mano.

Alzáronse al Señor templos y altares,
 Y allí fueron poetas y pintores;
 Vosotros le ensalzasteis con cantares
 Porque os dieron su voz los ruseñores.

Los ángeles le cantan en el cielo,
 Y le cantáis vosotros en la tierra,
 Mientras de hinojos en el sacro suelo, [rra.
 Escucha humilde el hombre, ora y se ate-

Un solo libro nuestra Iglesia tiene,
 Que poetas cantaron y escribieron....
 Ó al alma Dios de los poetas viene,
 Ó ellos un Dios en su cantar mintieron.

No importa que hoy ignorados
 Crucéis el desierto mundo,
 Sin corona y sin blasones
 Que doren el nombre obscuro;
 Que ley es morir mañana
 Que á todos Dios nos impuso,
 Y después de vuestra muerte
 Cercarán vuestro sepulcro
 Los que aborrecen en vida
 Y al grande envidian difunto.
 Perros que ladran cobardes
 En torno un toro robusto,
 Que yace rendido en tierra
 Acogotado entre muchos.
 Los que aman oro en la tierra

Y de sus honras el humo,
 Ladran á los pies del genio,
 Sin que sus gritos agudos,
 Al tocar en sus oídos,
 Turben la paz de su orgullo.
 Y si á envidiar van sus rayos
 En derredor de su túmulo,
 No temáis, no, para entonces,
 Porque sus ojos confusos,
 Si osan mirar vuestra lumbre,
 Han de cegar á su impulso.
 Pues aunque á despecho brille
 Del alma imbécil de muchos,
 Ocultarla podrán todos,
 Pero apagarla ninguno.



EL AMOR Y EL AGUA

EL AMOR

—Pues en ti, fuente, se mira
Porque su beldad retrates,
Y los rayos de sus ojos
Reverberan tus cristales,
Deja, fuente, que los míos
Agua en tus aguas derramen,
Que las aguas con las aguas
Se borran ó se deshacen :
Porque si sueltos dejara
Entrambos á dos raudales,
Pusieran fuego á la tierra
Según al verterlas arden.
Y al menos, como en tus ondas
No han de quedar sus señales,
El consuelo de no verlas
Hará que menos amarguen.
Como á ella, pues, la duplicas
Sus contornos celestiales,
Haz, reflejando mi duelo,
Que yo mismo me acompañe.
Engañame con mi sombra
Porque yo mismo me engañe
Pensando que lloran dos,
Uno en mí, y otro en mi imagen.
Porque tú no sabes, fuente,
Cuánto endulzan los pesares
Las lágrimas de otro triste
Que llora duelos iguales.
Pero ya que no me guardas,
Por traición ó por desaire,
Sobre tus aguas sus formas
Porque yo aquí no las halle,
Deja que, llorando en ellas,
Que salga al jardín aguarde,

Por verla pasar de lejos
Aunque indiferente pase,
Pues he de ser tan humilde
Y tan respetuoso amante,
Que porque no la dé enojos
El disgusto de encontrarme,
He de volverme de espaldas
Mirando hacia tus cristales.
Pero prométeme, fuente,
Que si por fortuna sale,
Cuando yo mire tus ondas,
Tus ondas me la retraten.

Así á tu blando murmullo
Enajenadas las aves;
A compás del agua trinen
Enamorados compases;
Así juguetonas vengan
En tu corriente á bañarse,
Robando al alba matices
Que por tus espejos cambien.
Y tantas á verte acudan,
Que cuando el sol se levante
Piense que, en vez de rocío,
Las nubes lloraron aves.
Así te arrullen las hojas
Que tapizan esos árboles,
Porque no sientan las flores
Que si te adormeces, calles.
Así en ti las flores viertan
El bálsamo de sus cálices
Brotando de hoy á porfía
En tus bordes á millares.
Y así cayendo tus aguas
Desde la taza de jaspes,
A gotas las tornasole
El rojo sol de la tarde,

Y partiéndolas en hebras
 Cuando como espejos salen
 Las rice, columpie y trence
 Suelto y revoltoso el aire.

—••—

EL AGUA

—Bien pensé, Amor, que eras loco,
 Mas no que tan loco fueses
 Que buscaras en mis ondas
 Tus hermosuras rebeldes.
 Si las hermosas se miran
 En el cristal de las fuentes,
 Es porque el perfil se borra
 Cuando el lindo rostro vuelven.
 Que si en el cristal quedaran
 Sus imágenes perennes,
 Por celos de aquella copia
 No se asomaran á verse.
 Vano consuelo es que quieras
 Ver la tuya en mi corriente,
 Para que viendo tu sombra,
 Con tu sombra te consueles.
 Porque si tal es el fuego
 Que tus turbios ojos vierten,
 Tal hará que hierva el agua,
 Que tu sombra no refleje.
 Mas si al jardín, como dices,
 Por tu ventura saliere,
 Que la has de volver la espalda
 Si te lo persuades, mientes.
 Que, ó por postrarte á sus plantas

Ó porque mejor te viere
 Iráste loco tras ella
 Aunque de verte la pese:
 Y si te pinto su imagen
 En mis aguas transparentes,
 Acaso en tu desvarío
 Tanto por ella te ciegues,
 Que para abrazarla osado,
 Por mis ondas atropelles,
 Confundiendo ambos retratos
 Con barro, algas y peces.
 No extrañes que tal te diga,
 Amor, si oirme te ofende,
 Que, según lo que deliras,
 No es extraño que tal piense.
 Y has de saber, pues en premio
 De mi compasión me ofreces
 Que sol, aves, hojas, flores,
 Amorosas me requiebren,
 Que aunque tú no lo mandarás,
 En esto ellas te obedecen:
 Pues si las aves me trinan,
 Es porque mis aguas beben;
 Si los árboles me arrullan,
 Es porque yo les remede;
 Si las flores me embalsaman,
 Porque mis aguas las rieguen;
 Y si el sol me tornasola,
 Es porque yo le refleje;
 Y el aire es tan galán mío
 Que imposible me parece
 Que ondular puedan mis hebras
 Sin que blando me las bese,
 Y revoltoso jugando,
 Las rice, columpie y trence.



À la muerte de

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego,
Sin oír las palabras de un amigo? [go,
¡Si al menos ¡ay! los días que me restan,
Bajo la húmeda losa
Pasara yo contigo!

Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo
Cuando la lluvia fría penetrara,
La piedra que te oculta de mis ojos,
Y el cierzo de la noche
Tus sienes no tocara.

Y mis manos la hierba arrancarían
Que creciera en la tumba abandonada,
Y alejaría el fétido gusano
Que se arrastrara hambriento
Con su sorda pisada.

Mas tú, ¡alma mía!, por tus rubias tren-
Bullir le sentirás y por tu frente [zas
Sin poder rechazarle, mientras el hombre
Contemplará tu tumba
Con ojo indiferente.

¡Si al fin quedaran las almas
Velando el difunto cuerpo,
En pláticas amorosas
Con las almas de otros muertos;
Si al fin así descansaras
Bajo el pabellón del cielo,
Sin que el tumulto del mundo
Turbara nunca tu sueño;
Si el amor que se hubo en vida
Muriera en el cementerio,
Y no hubiera en otro mundo
Memoria del mundo nuestro!....

Mas ¡ay! que vendrán los hombres,
Falsas plegarias mintiendo,
Todos los años un día
A visitar vuestro lecho.
Vendrán con sus oropeles,
Sus farsas y devaneos,
La vanidad en el alma,
La vida en el pensamiento.
No á mullir vuestras almohadas,
No á daros santos consuelos,
Derramando en vuestras tumbas
Las flores de los recuerdos;
No á reconocer su nada
En los despojos del tiempo,
No á ver lo que sois vosotros,
Para ver lo que son ellos;
Que aunque un espejo es la tumba,
Cubrir su cristal supieron
Con velos de mármol y oro,
Cuyo cortinaje espeso,
Robando al cristal las luces,
Impide que, á sus reflejos,
El vidrio fatal les pinte
El polvo donde nacieron.
No; que vendrán á deciros
Que han mentido en otro tiempo,
Cuando al daros un sepulcro,
«*Dormid en paz*», os dijeron.

Mas habrá un cielo, por dicha,
Detrás de ese cielo azul,
Donde irán, paloma mía,
Los que mueren como tú.

Allí viviréis tranquilos,
 En alcázares de luz,
 Con los ángeles que velen
 Por vuestra santa quietud;
 En pabellones de estrellas
 Alfombrados de tisú,
 Libres de ingratos recuerdos
 De la desdicha común:
 Porque al abrirse las puertas
 Del misterioso ataúd,
 Hallan paz, vida y contento
 Los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena
 Halague tu casta sien,
 Del bello jardín de Edén,
 ¡Oh purísima azucena!
 Duermes pacífica, sí,
 En un lecho de alelí
 Que te formen para ti
 Los ángeles del Señor;
 Y en un porvenir risueño,
 Duermes, duermes, dulce dueño,
 Y que te vele tu sueño
 Un espíritu de amor.

Y dé placer á tu oído,
 Susurrando mansamente,
 De alguna encubierta fuente
 El misterioso rüido.
 Y en tus ensueños de paz
 Te preste grato solaz,
 Con su armonía fugaz,
 Algún lejano laúd;
 Y por tu mente resbale
 Aérea ilusión que iguale
 De blanca luna que sale
 A la transparente luz.

Mientras en brazos del destino
 En las tinieblas que estoy,
 A ciegas buscando voy
 De tu morada camino.
 Y pasan las horas mías
 Como turbias ondas frías
 Que sus revoltosos días
 Sañudo invierno formó;
 Como barquilla que mece
 Ruda tormenta que crece,
 Cual se agosta y desaparece
 Flor que en la nieve brotó.





LA ORGÍA

La sombra nos cobija
Con su tapiz de duelo;
Cansado ya del cielo,
El sol se hundió en la mar.
El mundo duerme imbécil,
Vacilan las estrellas;
En torno á las botellas
Venid á delirar.

Venid, niñas sedientas
De libertad y amores,
Que fiestas y licores
Dan libertad y amor;
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.

La vida es una farsa
Hipócrita y demente,
Y el mundo, indiferente,
Se cansa del placer;
El mundo se ha dormido;
Romped vuestros papeles,
Dejad los olopeles
Que vano os prestó ayer.

Dejad dé esa comedia
El torpe fingimiento;
Ahogad el preso aliento
Con larga libación;
La sombra, si ese cielo
Su luz tiende importuna,
Envolverá la luna
En tocas de crespón.

¡Oh! Lejos de los ojos
De la curiosa plebe,
La copa en que se bebe
Nos abre un ancho Edén;

El fondo cristalino
Las luces multiplica,
Y de vapores rica,
Perfuma nuestra sién.

Los labios desfrenados,
La lengua desatada,
En larga carcajada
Prorrumpen sin cesar;
La lumbré de los ojos,
Inquieta y silenciosa,
Los ojos de una hermosa
Se afana en reflejar

Venid á los festines
Avaras de placeres,
Que el cielo en las mujeres
Ateoró el placer;
Venid, niñas, sin cuitas,
Desnudo el albo seno,
Porque quiero el veneno
De vuestro amor beber.

Cuando la inquieta mente
Con el vapor vacile,
Y revoltosa apile
Fantasma de vapor,
Veréis cómo, insensata,
El ánima delira,
Y voluptuosa aspira
El ámbar del amor.

Entonces, en la sombra,
Las pardas muselinas
Visiones peregrinas
Flotando mostrarán;
Y en cada marco de oro,
Cerradas las pinturas,
Diabólicas figuras
Al vidrio asomarán.

Entonces, cada lámpara
Parodiará una hoguera,
Que miente y reverbera
Las lámparas del sol;
Y en el balcón la luna,
Parecerá una estrella,
Donde arde una centella
Del fúlgido farol.

Cada sonoro brindis
De la animada fiesta,
Nos fingirá una orquesta
De mágica ilusión;
Un eco misterioso,
Sin canto ni instrumento,
Que irá con el aliento
A dar al corazón.

De cada ardiente beso
El lúbrico estallido,
Rasgará el sostenido
Murmullo bacanal,
Como reloj deshecho,
Que sin marcar las horas,
Sacude las sonoras
Campanas de metal.

El mundo duerme, niñas;
Bebamos y cantemos,
Que más no sacaremos
Del mundo engañador;


Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.

Venid, y mal prendidos
Los velos y los chales,
Prodiguen, liberales,
La luz de vuestra tez;
Los ondulantes rizos
Flotando por la espalda,
La mal ceñida falda
Mintiendo desnudez.

Y las de negros ojos,
Que ostenten su mirada
Altiva, enamorada,
Con infernal pasión;
Y las rubias ostenten,
Sin máscaras de tules,
Las pupilas azules
Y rojo el corazón.

La noche se desliza,
Su llama el sol enciende,
El día nos sorprende,
Va el mundo á despertar.
¡Cantemos y bebamos,
Que cuando venga el día,
El sueño de la orgía
Le volverá á apagar!





EL CANTO DE LOS PIRATAS

Traducción de Víctor Hugo.

*«Alerte! alerte! Voici les pirates
D'Ochali qui traversent le détroit.»*

LE CAPTIF D'OCHALI.

Con cien cautivos llevamos
Fletada nuestra galera,
Que en una y otra ribera
Para el harén reclutamos.
¡Al mar, al mar, marineros!
En Fez entramos mañana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.


Cabe un convento botamos
Al agua el ancla tenaz;
Linda muchacha apresamos,
Dormida en traidora paz:
Mil fantasmas hechiceros
Soñaba, á la mar cercana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

—Forzoso es, niña, callar:
Ea, ganemos el viento;
Esto no es más que cambiar
Por un harén un convento.

Os haremos mahometana
Y el Sultán ha de quereros.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.—

Huir desesperada quiso.
—¡Y osáis, hijos de Satán!.....—
Lloró, suplicó.—Es preciso—
La contestó el capitán.
Sus clamores lastimeros,
Su resistencia, fué vana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

En su dolor, parecían
Sus ojos un talismán;
Mil equies bien valían:
La hemos vendido al Sultán.
Lo debe á mis compañeros:
Ayer monja y hoy Sultana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.



ORIENTAL

De la luna á los reflejos,
A lo lejos,
Arabe torre se ve;
Y el agua del Darro, pura,
Bate obscura
Del muro el lóbreo pie.
Susurra el olmo sombrío
Sobre el río,
Dando al oído solaz,
Y en los juncos y espadañas,
Y en las cañas,
Susurra el aura fugaz.
Se abre en la arena amarilla
De la orilla,
Vertiendo aroma, la flor;
Y las plumas de colores,
En las flores,
Estremece el ruiseñor.
Vierte en gotas cristalinas,
Peregrinas,
El rocío su cristal,
Y en cada perla de plata
Se rétrata
El alcázar oriental.
Descorridas las sombrías
Celosías
Del calado torreón,
Está en la árabe ventana
La Sultana
Murmurando una canción.
Y en la atmósfera serena,
Libre suena
La melancólica voz;
Y abajo, en la hierba verde,
Al fin la pierde
Con la ráfaga veloz.

Y al compás de su garganta,
Rauda canta
Contestando el colorín,
Saltando entre los galanes
Tulipanes
Del espléndido jardín.
Y al rumor del dulce trino,
Peregrino,
De arpa, bella y ruiseñor,
Oído prestan atento:
Agua, viento,
Olmo, alcázar, campo y flor.
Así la mora decía,
Y respondía
En la rama el colorín,
Y esto el moro la escuchaba,
Que velaba
Receloso en el jardín:
«Danme el ánima de un moro,
»Perlas y oro,
»Y coronas en la sien;
»¡Dime, flor, á mi ventura
»Y hermosura
»Lo que falta en en el harén!
»Danme chales los califas,
»Y alcatifas,
»Y guirnaldas en la sién:
»¡Dime, huerto, á mi ventura
»Y hermosura
Lo que falta en el harén!
»Danme baños y festines,
»Y jardines
»Que me mienten el Edén:
»¡Dime, río, á mi ventura
»Y hermosura
»Lo que falta en el harén!

»Transparentes como espumas
 »Danme plumas,
 »Y atan velos á mi sien:
 »¡Rruiseñor, di á mi ventura
 »Y hermosura
 »Lo que falta en el harén!
 »Nada, al fin, que les dé enojos
 »Ven mis ojos,
 »Nada que arrugue mi sien;
 »Dime, luna, á mi ventura
 »Y hermosura
 Lo que falta en el harén!»
 Llegaba aquí, y una sombra,
 En la alfombra,
 La lámpara dibujó;
 A su lado, en la ventana,
 La Sultana
 Con el Sultán se topó.

«Tienes torres, dijo el moro,
 »Perlas y oro,
 »Y guirnaldas en la sien:
 »Dime, hermosa, á tu ventura
 »Y hermosura
 »Lo que falta en el harén.
 »¿Qué hay en el huerto sombrío,
 »Y en el río,
 »Y en el ave y en la flor,
 »Que al rayar el claro día,
 »¡Vida mía!,
 »No te traiga tu señor?
 »Di: ¿qué falta á tu belleza,
 »Á tu riqueza
 »Ó á tu loca voluntad?»
 «Señor, esos rruiseñores,
 »En las flores,
 »Tienen *aire y libertad.*»



LA PLEGARIA

Helos al pie de la cruz
En oración reverente;
La virtud brilla en su frente
Como la primera luz
Del sol que alumbra en Oriente.

Niños tal vez desvalidos
Que pasan desconocidos,
Con la inocencia en el alma,
Como en desiertos perdidos
Con sus racimos la palma.

Angeles acaso son
Que, el mundo sin conocer,
Llejan en el corazón
Una sublime oración
Y las virtudes de ayer.

Sus ojos ven solamente
A través del blanco velo
Que cerca el alma inocente,
Vida en la tierra inclemente,
Luz y armonía en el cielo.

Ven en el alba colores
Y en el llano hierba y flores;
Sombra, del valle en la hondura,
Y en el aire ruiseñores,
Y peñascos en la altura.

Para ellos, música el viento
Es, si las alas despliega,
Si en las secas hojas juega,

Ó entre las flores se pliega
Con lascivo movimiento.

Y son las flotantes ramas,
Del sol á las rojas llamas,
Del prado, verdes espumas,
De aérea serpiente, escamas,
De águila terrestre, plumas.

Y son los hombres hermanos,
Y oran por ellos contentos,
Hasta que los hombres vanos
Pongan, leones hambrientos,
En su inocencia las manos.

Sabe ella que es virgen bella,
Y él un ángel hechicero,
Porque no dudan él ni ella
Que *ella* es de virtud estrella,
Y *él* de inocencia lucero.

Mas ¡ay! que del pedestal
A la sombra cobijado,
Acaso un ojo carnal
Está en la virgen posado
Con una idea brutal.

Y sobre la tez de rosa
La lágrima de dolor
Que ella derrama piadosa,
El hombre la cree de amor,
Y llama al ángel ¡hermosa!

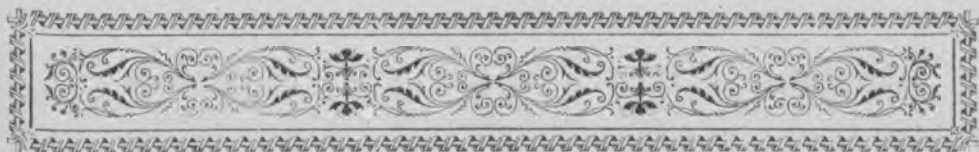
Que tal vez pintarse intenta
Aquella avara pupila,
De torpes formas sedienta,
Mil perfecciones que aumenta
En esa virgen tranquila.

Así incompletas y vanas
Las cosas del mundo son,
¡Que á turbar vienen livianas
Esa angélica oración
Con imágenes mundanas!

¿Por qué, pintor, ideaste
Una plegaria tan bella,
Si la cruz que levantaste,
Luego, pintor, la ultrajaste
Pintando al hombre tras ella?

¡No digas quién la creó!
¡Que en ambos culpa no arguya!
Tú fuiste quien la pintó,
Mas la malicia no es tuya,
Que quien la escribe soy yo.





LA JUVENTUD

Tengo ojos y no ven,
Tengo oídos y no escuchan,
Tengo manos y no tocan,
Tengo labios y no gustan;
Y en fin, sin entendimiento,
Ni albedrío que me acuda,
Tengo aliento que no alienta,
Y corazón que no pulsa.

CALDERÓN, *La vida es sueño.*

Quando á las puertas del nacer llama-
Senda de flores á los pies tenemos; [mos,
Doquier que el rostro en derredor volva-
Padres y amigos cariñosos vemos; [mos,
Doquier los brazos débiles tendamos,
Un ósculo inocente merecemos,
Y así contentos á vivir salimos
Sólo porque ignoramos que vivimos.

Quando el mundo se ve desde la cuna,
Flores se hallan en él, pero no espinas;
Se ven en él sus mares y su luna,
Sus prados y cascadas cristalinas;
Sin noche el sol, sin rueda la fortuna,
Poblado de fantasmas peregrinas,
Tocado, en fin, con el flotante velo
Del estrellado pabellón del cielo.

La paz de la niñez nos va llevando
Por senda usada, fácil y tranquila,
Donde rebelde nuestra edad brotando,
En lechos de oro víctimas apila;
Donde asombrada se dilata entrando,
De luz avara, la infantil pupila,
Do á manos llenas el placer derrama
Lo que *vida de amor* el hombre llama.

Cercada de fantasmas halagüeños,
Allí la ardiente juventud habita,
Que dando lindas formas á sus sueños,
El imperio del mundo solicita:

Como para acabar tantos empeños
Todo lo hermoso y fuerte necesita,
Presenta á nuestra mente deslumbrada
Todo el vano esplendor de su morada.

En tazas de cristales quebradizos
Nos muestra seductora en sus planteles
Las flores sin olor de sus hechizos,
El temprano verdor de sus laureles,
Y en campos de placer resbaladizos,
Sus palacios nos muestra de oropes,
Donde yacen en blandos almohadones,
Impúdicas ramera, las pasiones.

Allí están los fantásticos espejos
Que mienten la ilusión de los amores,
Pintando voluptuosos á lo lejos
Sombras de amor entre pintadas flores;
Y de engañoso sol á los reflejos,
Dando al turbio cristal ricos colores,
Nos muestra el mundo fuente de placeres
Y manantial del mundo las mujeres.

El ánima, inocente todavía,
Virtud creyendo el cenagal del vicio,
Se lanza en pos de tan brillante día
De la vida en el hondo precipicio,
Y á par que corre por la errada vía,
Comprende de la edad el artificio,
Que aquel jardín de flores peregrinas
Era el reloj no más de las espinas.

¡Juventud! ¡Fácil balanza!
 ¡Qué presto arrastras vencida
 El peso de la esperanza
 Con el pesar de la vida!
 ¡Qué presto se desvanecen
 Los fantasmas halagüeños
 Que nuestra infancia adornan
 Con raquíticos ensueños!
 ¡Qué rápida te deslizas
 Entre las horas que hechizas,
 Dejándonos tus cenizas
 Donde vamos oro á ver!
 ¡Juventud! ¡Edad de flores!
 ¡Sombras son ¡ay! tus colores,
 Artificio tus primores,
 Amarguras tu placer!

Ojos nos das, y no vemos;
 Pensamiento, y no pensamos,
 Que es falso cuanto creemos,
 Y falso cuanto ideamos.
 Es mentida tu hermosura,
 Es tu fortuna liviana,
 Tus esperanzas locura.
 Tu paz y tu gloria, vana.
 Espejo de cien cristales,
 Que mientes lo que no vales,
 Cuyas luces desiguales
 Multiplican la ilusión,
 ¡Tú doras tus arreboles
 Con lumbre de mil faroles,
 Y llamas osada soles
 A lo que pavesas son!

Sõnando á vivir venimos,
 Pero en tu región vacía,
 Cuantos más días vivimos,
 Sõnamos más cada día.
 Te sueña la pasión loca
 Y ambiciona tus laureles;
 Cuando la razón te toca,
 Maldice tus oropeles.
 La pasión juzga en su anhelo
 Que ese cristal es un cielo;
 La razón te rasga el velo
 Hasta ver tu vanidad,
 Y en vez de tus clavellinas

Y tus rosas purpurinas,
 Nos muestra al fin tus espinas
 El farol de la verdad.

Espinas son fama y gloria,
 Cuanto bien el hombre alcanza,
 Espinas de la memoria,
 Carcomas de la esperanza.

Espinas son amistades,
 Espinas ¡ay! son favores.....
 Que espinas son las verdades,
 Y son espinas sin flores.

Si espinas son solamente
 Amistad, gloria y favor,
 ¿Dónde está, suerte inclemente,
 De tanta espina la flor?

Si espinas tan sólo dan
 Lisonjas de juventud,
 Acaso espinas serán
 La nobleza y la virtud.

Y espinas estudio y ciencia,
 Pues dejan sus vanidades,
 Demencia nuestra demencia,
 Y verdades las verdades.

La fe del ánima espinas,
 Y espina el amor del hombre,
 Mentiras son más divinas
 Con más hechicero nombre.

Y si espinas solamente
 Son virtud, ciencia y amor,
 ¿Dónde está, suerte inclemente,
 De tanta espina la flor?

Edad de sombras pueriles
 Que la verdad desvanece,
 ¡Ni olvidada en tus pensiles
 Una flor tan sólo crece!

Pues espinas son tus flores
 Y espinas son tus placeres,
 Entre tan falsos colores
 Una mientes y otra eres.

Si espinas de desconsuelos
 Son horas tan peregrinas,
 ¿Dónde guardaron los cielos
 Flores de tantas espinas?





L A A M A P O L A

Flor solitaria y silvestre
Que á la luz sacas del sol
Cuatro pendones de púrpura
Que guarda tosco botón;
Pues en el campo te quedas
Y yo del campo me voy,
Tú con tus hojas de fuego
Y con mis lágrimas yo,
Dile al alma de mi alma
Que voy muriendo de amor;
Que entre tus hojas la dejo
Un ósculo y un adiós.
Porque tú, que habitas triste
En las soledades, flor,
Los espinos por abrigo,
El césped en derredor,
Por armonías, del aire
La ruda y salvaje voz,
Sin tallo que te sostenga
Cuando, á la lumbre del sol,
Brotando en agua las nubes
Se revientan en turbión;
Tú, flor, que ostentas tan sola
Tan encendido color,
Que me pareces tostada
Al calor de un corazón,
Bien puedes ser mensajera
De un enamorado adiós:
Que tan sola, pobre y débil,
Tan sin follaje ni olor,
De pasar en amargura

Tu existencia de aficción,
Más razón no se me alcanza
Que tu solitario amor.

Porque expuesta al rudo viento
Y á la intemperie olvidada,
Recuerda tu nacimiento
La soledad y el tormento
Del ánima enamorada.

Porque insensible á otra idea
Que al delirio de tu amor,
El zarzal que te rodea
Y el vendaval que te orea,
Dan encanto á tu dolor.

Ni sientes del cierzo el ala
Que te sacude y arruga,
Ni cómo el tronco te escala,
Hollando la torpe oruga
Tu tosca y silvestre gala.

Ni cómo el áspero espino
Te rasga el manto de grana
Cuando sacude sin tino
Sobre tu pompa liviana
Su ropaje campesino.

Y pues sé, triste amapola,
Que ese encendido color
Que el rojo sol tornasola
No es más que un barniz de amor,
Y por amor vives sola;

Pues yo parto por amores
¡Oh flor! muy lejos de aquí,
Y en ti no he encontrado olores
Como encontré en otras flores
Que por los jardines vi,

En tu cáliz dejo preso
Un ósculo y un adiós;
Si te agobia tanto peso,
Guárdale á mi amor el beso,
Que para *ella* son los dos.



LA NOCHE Y LA INSPIRACIÓN

Á mi amigo el artista D. Julián Romea.

I

La noche, sobre el mundo desplomada,
Tendió en él de su sombra el ancho velo,
Porque su sueño no turbase osada
La lumbre de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara
Con tan espesa red sombra importuna,
Antes que con pavor se desvelara
Trepó al cenit la transparente luna.

A la amarilla luz con que ilumina,
Cobijase la sombra en los rincones;
Y reflejan su llama peregrina
Ríos, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño
De la virgen sonríe el labio amante,
La tierra desplegó su adusto ceño
Al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,
Duerme el pastor cansado en su cabaña,
Éste tranquilo, el otro receloso
Soñando avaro la fortuna extraña

Duerme al pie de sus armas el soldado,
Duerme el mendigo tras de larga vela,
Mientras por éste vela su cuidado
Y por aquél el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,
Duerme la fiera en su morada impura,
Aquella por las ráfagas mecida,
Ésta al rumor del agua que murmura.

Deslízase la brisa temerosa,
Guardan las nubes la tormenta inerme.
Todo entre sombras á la par reposa,
El viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche um-
Al grato son del arpa melodiosa [bría
Ensayabas cantares algún día
Bajo el balcón de tu adorada hermosa,
Déjame que hoy en soledad delire,
Y á delirar contigo me aventure,
Que en tus brazos un hora en paz respire
Y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores
En insensatos himnos juveniles,
Y el arpa tosca coroné de flores
Al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,
Y con la vida en mi ilusión luchando
Orlé el mundo de falsos oropeles
Allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté: mis fábulas soñadas,
Mis delirios de amor, perdí en el viento,
Y el viento, como ramas desgajadas,
Las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera
Más que la voz un poco enronquecida,
Y el velo de la negra cabellera
Sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza
Y el afán de cantar mientras aliente,
Mientras gravite en la vital balanza
La vanidad del corazón demente.

Quédame aún altivo y vigoroso
De noble inspiración el fuego santo,
Quédasme tú, poeta generoso,
Para escuchar mi desmayado canto.

Tú, que vas á las tumbas de los hombres
A buscar un disfraz y una careta
Para escurdar con los difuntos nombres
Tus amargas creencias de poeta.

Tú, que al abrigo de ignoradas leyes,
Con la antifaz de un muerto, en gesto bra-
Parodias los esclavos y los reyes [vo
Riéndote del rey y del esclavo.

Tú, que en la farsa del ocioso mundo
Preparando otra farsa al mundo mismo,
Le das á devorar su cieno inmundo
En formas de virtud y de heroísmo.

Quédasme tú, y la noche silenciosa
Con su turbio fanal, tocas azules;
La soledad del bosque religiosa
Con su manto de pinos y abedules.

Quédame el templo con su acorde coro,
Sus capillas, sus lámparas ó altares,
Su santa cruz, sus incensarios de oro
Y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa
Que en su tablado inmenso se coloca,
Todo el teatro, en fin, sin la comparsa
Que bulle en él desenfrenada y loca.

No más la cantaré sus devaneos;
Ya se acabó mi cántico mundano,
Que me cansan sus falsos galanteos
Y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta,
Expiró mi cantar, rompí mi lira;
Sólo mi lengua mis caprichos canta,
Sólo esa farsa compasión me inspira.

Puesto que un mundo me fingí tan bello
Cuanto le encuentro descompuesto y loco,
Hoy por la turba impávido atropello
Porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy, á la lumbré de la blanca luna
Escúchame la inspiración sublime,
Que me bulle en el ánima importuna
Y el perezoso corazón me oprime.

Porque ese cielo azul y esa ancha sombra
Que mitiga la luz que el sol enciende,
Con que la noche su palacio alfombra,
Y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mudo y silencio pavoroso
Que regala el cansancio del oído,

Y en pabellón convierte de reposo
El mundo que á sus pies yace dormido,
Son una inspiración dulce, tranquila,
Vaga, armoniosa; en que se aduerme el al-
En que el dudoso corazón vacila.... [ma,
La que habló Calderón y agitó á Talma.

Ésa no la conocen los profanos
Ni revelarla osó ningún profeta: [danos
¡Oh! Ven; que mientras duermen los mun-
Yo siento en mí la inspiración inquieta.

Óyela tú, que brota solitaria
Para ti, en tu pacífico retiro,
Como amorosa y lánguida plegaria,
Como amistoso y postrimer suspiro.

II

Pende del cenit la luna,
Réverberan las estrellas,
La vida se vierte de ellas
Porque pensar es vivir.
Vacila inquieta la mente,
El pensamiento medita,
Ociosa el alma se agita
Y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña
Cristalina y mansa fuente,
Crea imágenes la mente
Que se ofuscan al brotar.
Nos presta honda, solitaria,
Una idea el pensamiento,
Y sin gozo y sin tormento
La sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,
Turbulenta, revoltosa,
Un fantasma de una cosa
Que no hemos visto jamás;
Una fosfórica llama
Que nos sigue y la seguimos,
Adelante si la huímos,
Si la buscamos, detrás.

Idea que brota informe
En la languidez del alma,
Que nace y muere en la calma
Del placer ó del pesar;
Una idea que no estorba
Para ver lo que se mira,
Que nada en el alma inspira
Y en nada deja pensar

No es mujer, demonio, ni ángel,
 No es esperanza ni gloria,
 Pero existe en la memoria
 Sin fuerza y sin voluntad;
 Si el alma padece es triste,
 Y si goza es lisonjera,
 Y si el alma desespera,
 La idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,
 Se revuelve y se acrecienta
 De la noche amarillenta
 Al silencioso rumor;
 Y el susurro de una brisa,
 El murmullo de una fuente,
 La mantienen en la mente
 Sin hacérsola mejor.

Entonces es cuando el hombre
 Piensa sin saber qué piensa,
 Y aborta una idea inmensa
 Sin concebirla tal vez;
 Entonces es cuando mira
 En la tierra un hondo foso,
 Y un pabellón de reposo
 Del cielo en la brillantéz.

La soledad y el silencio
 Exhalan vaga armonía
 Que en el oído no oiría,
 Y atenta el alma escuchó.
 Una música con formas
 Que al resbalar en la mente
 Nos deja lánguidamente
 La idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos
 En blandos sueños deliran,
 Y en torno al ánima giran
 Ilusiones mil á mil.
 El oído oye murmullo,
 El olfato aspira olores,
 Los ojos crean colores
 En delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes
 Con ruinas, templos y fiestas,
 Y oímos coros y orquestas
 Y suspirar y reir;
 Sentimos ríos que corren,
 Vistas aves que vuelan,
 Manantiales que ríelan
 Por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura
 Sotos y villas lejanas,

Y oímos de sus campanas
 El apagado doblar;
 Vemos formas misteriosas
 Que sonríen pasajeras,
 Y lumbre de mil hogueras
 Que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,
 Insectos, monstruos y flores
 Que nos dan ricos colores,
 Y movimiento que ver;
 Vemos un mundo cerrado
 En transparentes encajes,
 Entre flotantes celajes
 Cercano á desaparecer.

Y oímos dentro del pecho
 El uniforme latido
 Del corazón abatido
 Que dentro velando está,
 Como un reloj cuya péndola,
 Sorda, monótona y lenta,
 Los pasos del tiempo cuenta
 Que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre
 Ni dormimos, ni velamos,
 Vemos lo que no miramos,
 Sentimos lo que no es.
 Y á un movimiento, á un suspiro
 Que olvidados exhalamos,
 Todos nuestros sueños vemos
 Pavesas á nuestros pies.

No es dormir y se despierta,
 No es muerte y se vuelve á vida,
 Y allá en la mente escondida
 Se levanta una creación.
 Entonces el pintor pinta,
 El músico escucha y toca,
 Y el poeta halla en su boca
 Palabras de inspiración.

Entonces siente arrobado
 De fuego su pensamiento,
 De fuego el osado aliento,
 De fuego el habla mortal;
 Hay un volcán en su lengua,
 Y un volcán en su mirada,
 Y cruza el mar de la nada
 Con su mirada inmortal.

Entonces escribe Byron,
 Entonces pinta Murillo,
 Y el sol vierte escaso brillo
 Para su aborto alumbrar;

Entonces Hoffman delira,
Y en torno de su ponchera
Como en torno de una hoguera
Ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderón llama,
Y á su vigoroso acento,
Cielo, infierno, en un momento
Parecen delante de él.
Y paseando allí sus ojos,
Seres buscando inmortales,
Sus *Autos sacramentales*
Arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,
Este alcázar de ceniza
Que el ánima diviniza
Por ser cárcel de los dos,
Mientras ella, libre, ufana,
Hija de celeste prole,
De su estirpe soberana
Demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansiosa registra
Sin respetos ni barreras,
En pos de lindas quimeras
Con que hacer mundo mejor;
Y ni templos, ni palacios,
Ni presentes, ni futuros,
En la nada están seguros
De su ímpetu creador.

A su voz dejan los muertos
Sus encierros funerarios,
Envolviendo en los sudarios
Lo que queda de su ser;
Santos, criminales, niños,
Esclavos, soldados, reyes,
Sus caprichos como leyes
Se aprestan á obedecer.

Entonces la tierra es fango
Ante su origen divino,

El universo mezquino
A su noble inmensidad;
Dios es el fin de su raza,
Es la atmósfera su aliento,
Su alcázar el firmamento,
Su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos
El fuego febril del alma;
Lope, Schiller, Máiquez, Talma,
Atan el mundo á sus pies.
Y entonces ¡oh actor poeta!
En tu espíritu altanero,
Ni el poeta está primero,
Ni el actor está después.

Es el teatro tu imperio,
Es el pueblo esclavo tuyo,
Tus derechos el misterio
De tu osada inspiración;
Y nosotros, los profanos,
Asombrados te rendimos
Sonoro aplauso en las manos,
Respeto en el corazón.

Y en la altivez de tu orgullo
Llegan á ti nuestras voces
Como el imbécil murmullo
Que alza un insecto al volar;
Y á tu vista somos sólo
Nosotros, un pueblo entero,
Un revoltoso hormiguero
Que va tu planta á cegar.

Entonces, magnates, reyes,
Caudillos, conquistadores,
Privados, emperadores,
Son allí menos que tú;
Y ante tus falsos disfraces
Es tierra, harapos y talco
Cuanto ostenta altivo palco
De oro, perlas y tisú.



Un recuerdo del Arlanza.

Río Arlanza, si las fuentes
Que en Burgos te dan el ser
No cegaron sus corrientes,
Y aun en ti van á verter
Sus cristales transparentes;

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas,
Bañando las mismas rosas
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura
Hay un pardo torreón
Que pinta en el agua pura
Su descarnada figura
Como extraña aparición.

Acaso tú, río Arlanza,
No te acuerdes de su nombre,
Porque á ti no se te alcanza
Con cuánto afán compra el hombre
El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno
Entre flores susurrando,
Y pasas libre y sereno
Del triste que queda ajeno
En la ribera llorando.

Tú, río, que nunca amaste,
No guardas en la memoria
Los lugares que dejaste,
Que no te importa la historia
De los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro río,
Lo que pesa un pensamiento,
No sabes cómo en el mío
Me atosiga y da tormento
Ese peñasco sombrío.

Pero ¿qué extraño que ignores
Su nombre y el de su gente,
Si sus escombros traidores
Desplomó sobre la frente
De sus caídos señores?

Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas
Hallas un cerro cercano
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas;

Donde tu corriente clara
Entre los juncos se pliega
Y en un remanso se para
Que de los restos se ampara
De Celada y de Pampliega;

Allí, Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura;
Mírala ¡oh río! al pasar,
No te avergüence el andar
Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo
Verás sólo un torreón,
Solitario y amarillo,
Que ayer se llamó castillo
Y hoy *el alto de Muñón*.

Ya son presa del olvido
 Sus blasones y baluartes;
 Mirale, Arlanza, atrevido;
 Sus gentes, cuando han huído,
 Perdieron sus estandartes.

Mira ¡oh río! en caridad,
 Si de ese fantasma al pie
 Una afligida beldad
 Llorando tal vez se ve
 Su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda
 Las resbaladizas ondas
 Contempla llorosa y muda,
 Antes, río, la saluda
 Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!
 Por respeto ó por temor
 De su doliente desvío;
 El llanto que vierte es mío,
 Que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena
 Que sin lluvia bienhechora
 Se agosta en la seca arena!
 ¡Ay de la niña que llora
 Sobre las aguas su pena!

¡Ay de la angustiada hermosa
 Por cuyos ojos deliro,
 Por cuyos labios de rosa,
 Por cuya risa amorosa
 Enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí
 En la margen del Arlanza!....
 ¿Qué aguardas, hermosa, di,
 Sin consuelo ni esperanza,
 Tan acongojada aquí?

¿Por qué tus alegres horas
 Vertiendo lágrimas pierdes
 Sobre las ondas sonoras
 Que cruzan murmuradoras
 Por esas campiñas verdes?

Esas aguas, que hallan flores
 En la ribera al pasar,
 Por más que sobre ellas llores
 Nunca tus cuitas de amores
 Sabrán, niña, consolar.

Ni por más que tu amargura
 En són de queja las cuentas
 A la falda de esa altura,
 Movidas de tu hermosura
 Han de parar sus corrientes.

Porque ajenas de tu afán,
 Por el valle resbalando
 Indiferentes irán;
 Y nunca más volverán
 Aunque tú quedes llorando.

Ni pienses que has de venir
 A contarme el desconsuelo
 En que te vieron gemir,
 Que á darnos no alcanza el suelo
 Más placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,
 Nos dió luz, vida y calor,
 Pobló el alma de ilusiones,
 Mas negó á lós corazones
 El consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,
 Tantas galas y primores,
 Son mentira y oropel,
 Que el mundo alfombra con flores
 Los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen
 Y corrompidas no aroman,
 Los ríos furiosos crecen,
 Y torrentes se desploman
 Sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fué,
 Hoy vemos informe ruina
 Por más que el grosero pie
 Mirando su sombra esté
 Sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento
 Que levanta en el espacio
 Su esqueleto ceniciento,
 Demándale, niña, al viento
 Si fué cárcel ó palacio.

Demándale al claro río
 Que baña el valle que habitas,
 Qué hizo ayer el tiempo impío
 Del feudo y del poderío
 De esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron
 Los nobles de esa Castilla,
 Los castillos que vivieron,
 Los planteles que tuvieron
 En su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio
 Encubre esa cruz que riega,
 Cual árbol de un cementerio,
 Donde tuvo un monasterio
 Para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas
 De su bizantino muro
 Oyó las amargas quejas
 Del rey que en su templo obscuro
 Lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir
 Al monarca en su abandono
 Que un puñal le hizo subir
 Los escalones del trono,
 Y un vaso se le hizo huir.

Para escoger le llamaron
 Entre morir ó reinar;
 Los que ayer le coronaron,
 Su venia no demandaron
 El tósigo á preparar.

¡Triste Wamba! Por mancilla
 La púrpura te vistieron
 Esos grandes de Castilla
 Que tu sepulcro tendieron
 A las puertas de esa villa.

¡Río Arlanza! ¡Río Arlanza,
 Que el florido campo pules
 Derramándote en holganza,
 Tan frágil es mi esperanza
 Como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, río manso,
 Resbalando indiferente
 Hallar como tú descanso
 Cuando apilas tu corriente
 En escondido remanso!

Pues pasas murmurador
 Bordando el campo de flores,
 Arrulla, ¡Arlanza!, el dolor
 De esa niña sin amores
 Que está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido
 Quien encontró á mis cantares
 El placer que no he sentido,
 Que en ello gozo he fingido
 Por adormir mis pesares.

Dila que si suelto al viento
 Al compás del arpa loca
 Alegre y báquico acento,
 Es que cierro á mi tormento
 Los caminos de mi boca.

¡Río Arlanza! ¡Río Arlanza,
 Que el florido campo pules
 Derramándote en holganza,
 Dila que está mi esperanza
 Cabe tus ondas azules!





À ROMA

Aun niño, me contaron
Un *no sé qué* de césares y reyes,
De alcázares que alzaron,
De imperios que asolaron
Para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba,
Allá en mi débil pensamiento loco,
Cuando en Roma pensaba,
Que cuanto grande hallaba
Para fingirlo en Roma, era bien poco.

Palacios imperiales,
Circos y templos, acueductos, fuentes,
Troveos colosales,
Obeliscos triunfales,
Termas, jardines, pórticos y puentes;

Perfumes, y oro, y ruido,
Y sabios, y vestales, y guerreros,
Soñé desvanecido:
Y todo confundido,
Como los días de mi edad primeros.

¡Pobre niño ambicioso!
No conté con las sordas tempestades
Del tiempo proceloso,
Que arrebató impetuoso
Reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado,
A impulso de mi joven fantasía,
Volé desatentado
A ver lo atesorado,
Lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos
Que al ancho Tíber las espaldas doma,
Me prosterné de hinojos,
Para tornar los ojos
A sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida
Esa Roma, terror de las naciones,
Desplomada y hundida;
Ramera embrutecida,
Hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante,
Que rabiosos los tigres dividieron,
Y á su raza triunfante,
La presa palpitante
De sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano
Que dió su vida en prenda de mil muertes,
Y el esclavo villano,
Con insolente mano,
Echó sobre ella y sobre el trono suertes.

¿Qué se hicieron, señora,
Tus severos y nobles senadores?
Tu gente vencedora,
¿En dónde oculta ahora
El sitial de tus libres dictadores?

¿Dó están los ciudadanos
Que nacían señores de la tierra,
Vasallos soberanos,
Cuyas potentes manos
Daban al universo paz ó guerra?

¿Dó están esas legiones
Que á su placer la púrpura ofrecían,
Y por altas razones,
A las otras naciones
Enviaban nuevo rey cuando querían?

¿Dó están esos valientes
A quien seguían miles de soldados
A avasallar las gentes,
Arrastrando insolentes
Los vintos reyes á su triunfo atados?

¿Dó está, Roma caída,
Aquella multitud que iba serena
A tus circos, servida
Con ver cómo la vida
Jugaban sus esclavos en la arena?

¡Tú sola te perdiste!
¡Tú sola ¡oh Roma! tu grandeza hollaste,
Pues la prez que te diste
Velarte no supisté,
Y tu seno con crímenes manchaste!

Porque diste humillada
A un César un puñal y una corona,
Su raza entronizada
En tu cerviz hollada,
Por eso cantos de furor entona.

Por eso en sus salones
Tus matronas tomó por concubinas;
Por eso á sus legiones,
Con tan torpes lecciones,
Hizo á Roma poblar de Mesalinas.

Y en su embriaguez y hartura,
Contando como perros sus vasallos,
Quisiera en su locura
Esa pro genie impura,
Palacios levantar á sus caballos.

Y por eso, de flores
Coronada la sien, iban beodos
Esos emperadores,
Los crímenes mayores
A presenciar, para saberlos todos.

Por eso ardías, Roma,
Mientras Nerón al resplandor cantaba;
Y al par que se desploma
Tu grandeza, el aroma
Del humo ardiente tu señor gozaba.

Por eso en tus hogueras
Morían inocentes los cristianos,
Y tus legiones fieras,
En dobladas hileras,
Apoyaron la ley de tus tiranos.

Por eso del Oriente,
Tras el pendón del Redentor divino,
Bravo tropel de gente
Vino, y clavó en tu frente
El Lábaro triunfal de Constantino.

Y por eso más tarde,
Tu hora fatal atentos esperaban
¡Y ansiando que no tarde!
Los que en vejez cobarde
Del desierto al lindel te contemplaban.

El desierto dejaron
Los que tu fértil, opulento y rico
Imperio devastaron;
Y en sangre se bañaron
Las formidables hordas de Alarico.

Del desierto vinieron
Los hijos de esa raza que aniquila
Cuanta pompa en ti vieron;
Y tus muros se hundieron
Bajo el caballo del sangriento Atila.

«¡Sangre! ¡Exterminio! ¡Fuego!
»¡Cebaos ahí en carne de villanos!»,
Gritaba, de ira ciego.
«¡Que no se encuentre luego
»Uno con libertad de esos romanos!

»Sangre á beber vinimos.
»¡Hartaos de sangre, mis sedientos perros!
»¡Doquiera que estuvimos,
»Que muestre que vencimos
»La marca funeral de nuestros hierros!

»¡Sangre! ¡Exterminio! ¡Fuego!
»¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo
»Y hasta su templo llego,
»Venid á verlos luego
»Atados por los pies á mi caballo.»

Y así Atila clamando,
Giró en carrera rápida y violenta,
Sus tigres azuzando,
La ancha espada mostrando
Hasta el torcido gavilán sangrienta.

¡Fiesta horrible, espantosa;
Festín de sangre en tu recinto dieron!
¡Oh Roma poderosa!
La sangre generosa
De tus hijos, los bárbaros bebieron.

La compasiva luna
Requirió los cendales enlutados
De la sombra oportuna,
Por no ver tu fortuna
Hecha presa y botín de sus soldados.

¿Qué te quedó aquel día
¡Oh Roma! de tu espléndida grandeza?
¿Quién lloró tu agonía?
¿Quién, como tú, gemía,
Sosteniendo en sus brazos tu cabeza?

¡Otra amorosa gente,
Víctima del furor de tus tiranos,
Enjugó diligente
El sudor de tu frente
Con maternales y dolientes manos!

Otra raza más pura,
En vez de tus Penates y tus Lares,
Te prestó en tu amargura
Otro Dios de ventura,
Otro templo mejor y otros altares.

Mas tú, infame ramera,
Por el antiguo vicio ya estragada,
A tu maldad primera
Volvistes altanera,
Tal vez sin fuerzas, pero no cansada.

Y tornaron más fieros,
Con leyes de piedad, otros Nerones,
Que lobos carniceros,
Con pieles de corderos.
Volvieron á dar *sangre* á las naciones.

Y tornaron, profanas,
A levantarse torpes cuncubinas

Tus bellezas livianas,
Tornaron las romanas
A aprender el papel de Mesalinas.

Y tornaron ladinos,
En lugar de tus monstruos imperiales,
Otros reyes dañinos
En faz de peregrinos,
Ornados de capelos y sayales.

¡Tuya es la culpa ¡oh Roma!
Tuya es la culpa y de tu suelo ardiente
Si te hundió tu carcoma,
Del rojo sol que asoma
Por ese azul y voluptuoso Oriente!

Culpa es de esos jardines
Que brotan fuentes, y árboles, y flores,
Y toldos de jazmines,
Que inspiran los festines
Y el vértigo carnal de los amores.

Ciudad de las ciudades,
Aguila vieja, cuya frente hollaron
Las negras tempestades
En que tus mil edades
Sobre tu cana frente reventaron.

¡Adiós, con tus señores! [quila,
Y ¡guay! que mientras tú duermes tran-
No tornen vencedores
Los tigres vengadores
De las legiones del sangriento Atila.

¡Guay, no vuelva azuzando
Sus tigres de su cólera violenta,
Sin compasión clamando,
La ancha espada mostrando
Hasta el torcido gavilán sangrienta!

«¡Sangre! ¡Exterminio! ¡Fuego!
»¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo
»Y hasta su templo llego,
»Venid á verlos luego
»Atados por los pies á mi caballo.»



LA NOCHE INQUIETA

FANTASÍA

I

La última luz.

Hay unas horas sin hora
En que nuestras horas cesan,
Horas que en el alma pesan
Como inmensa eternidad.
Unas horas sin oriente,
Sin occidente y sin nombre,
En que atosigan al hombre
La mentira y la verdad.

Horas sin voz, en que quiere
Escuchar algo el oído,
Y el aire no tiene ruido
Que poderle dar á oír;
En que quiere hablar la lengua
Y se detiene medrosa,
Porque teme alguna cosa
Que la pueda interrumpir.

En que con ojos avaros
Miramos lo que no vemos,
En que delirar creemos
Y deliramos creer:
Horas en que duerme entero
Este mundo que habitamos,
Y nosotros despertamos
Su descanso á sorprender.

En los pliegues de la sombra,
Como antípodas del día,
Estas horas de agonía
Caminando amargas van:

El tiempo abortó esas horas
Para el alma que medita,
Que el cuerpo no necesita
Horas de tan noble afán.

Pasan sobre el grato sueño
Del labrador fatigado,
Sobre el sueño descuidado
Del indolente señor;
Sobre el del tranquilo esposo,
Y el del necio indiferente,
Y el de la hermosa inocente
Que sueña el primer amor.

Pasan sobre la sonrisa
De la madre cariñosa,
Que amante, madre y esposa,
En un amor goza tres:
Pasan respetando el sueño
Del olvidado mendigo,
Que al dar á la sien abrigo
Deja desnudos los pies.

Y buscan el sueño inquieto
De algún pensador profundo,
Que aguarda más ancho mundo
De este otro mundo detrás;
Buscan al hombre que piensa,
Y que al pensar que es eterno,
Cambiaría por un infierno
El posible de ser más.

Al asentarse en su lecho
A sus párpados llamando,
El ánima, despertando,
Por el párpado miró.

Presentósele la sombra
Como imagen de la nada,
A la roja llamarada
Que la lámpara brotó.

Escucha, y oye silencio,
Mira, y los ojos ven sombra,
Habla, y el eco le asombra
Sin responder á su voz:
Sólo aprende que es de noche,
Que su mente inquieta vaga,
Que su lámpara se apaga
Y que el sueño huyó precoz.

Entonces lucha afanado
El cuerpo con la costumbre,
El ojo busca la lumbre,
Busca el oído rumor;
Y el alma, sin luz ni ruido
Que su pensamiento estorbe,
Vuela libre por el orbe
En pos de mundo mejor.

Pero estando condenada
A la cárcel de la tierra,
Vuelve al cuerpo que la encierra
Para meditar en él.
Entonces, sujeta al cuerpo,
Mar que en las rocas se estrella,
Para sentir como aquélla
Sentidos le presta aquél.

Débil como el cuerpo entonces,
Por ojos de carne mira,
Y ve lo que ver delira
Por aquel turbio cristal.
Ve que la lámpara seca
La luz postrera derrama,
Y ve en la convulsa llama
Un no sé qué de infernal.

Aquellas ráfagas tibias,
Llamaradas de un momento
Que alumbran el aposento
Para ofuscarle otra vez;
Que confundiendo las formas,
Dando espacio á los objetos,
Pintan manchas y esqueletos
Que cruzan por la pared.

Aquella lumbre oscilante
Que en torno al pábilo flota
Aérea, vibrante, rota,
De indefinible color,
Dibuja en los pardos vidrios
Y en las blancas muselinas
Creaciones peregrinas
Que nos llenan de terror.

Asoma rostros deformes
De diabólicos contornos,
Que en colgaduras y adornos
Nos parece ver girar;
Ya son gigantes monstruosos
Que desaparecen livianos,
Ya ridículos enanos
Que se juntan á danzar.

Ya son pájaros flotantes,
Ya son repugnantes viejas,
Ya son fantasmas distantes,
Negras visiones *sin luz*;
Ya son vivientes que pasan,
Ya son antorchas que cruzan,
Cuyo fulgor desmenuzan
Líneas hendidas en cruz.

Ya charolado vacío
De estrellas rojas orlado,
Ú hondo hueco iluminado
Por agonizante hachón;
Ya pardos grupos de sombra,
Ya misteriosos paisajes,
Ya pabellones de encajes
O tapices de crespón.

La llama trémula, en tanto,
De un momento á otro momento
Su resplandor ceniciento
Amaga inquieta matar:
Flota en el aire exhalada
Del pábilo desprendida,
Y torna, al pábilo asida,
Segunda vez á brotar.

Ó lame blanda los bordes
Del vaso que la contiene,
Y á reconcentrarse viene
En el pábilo otra vez:

Y moribunda vacila,
Como vibra y pestaña
Mal herido en la pupila
Un ojo con rapidez.

Acaso un insecto imbécil,
De nuestro pavor objeto,
Viene á revolotar inquieto
De la llama en derredor;
Y en su fantástico vuelo
Cruzando la luz, parece
Que aumenta en formas y crece
Como ensueño aterrador.

Se desvanece un momento,
Luego flotando aparece,
Y con la llama se mece
Cual si la hiciera vivir;
Mil veces la hiende y cruza,
Cual si un espíritu fuera
Que danzara en una hoguera
Donde alguno ha de morir.

Se le ve sobre la llama
Volar errante zumbando,
Ó bien, las alas plegando,
La opaca lumbre beber;
Se le ve en el vidrio hueco,
Sobre sus pies transparentes,
Sus pasos indiferentes
De uno á otro lado mover.

Y si, del fuego aturdido,
La claridad evitando,
Y su vuelo acelerando,
Se le ve cerca pasar,
El rostro se hunde en las ropas;
Y mientras el miedo pasa,
La luz, que ilumina escasa,
Se acaba al fin de apagar.

II

El silencio y la oscuridad.

Cuando tras vela afanosa
Fatigados nos dormimos,
Soñamos con lo que vimos
Ó lo que creímos ver.

Así en tropel misterioso
Se agitan confusamente
Los delirios que la mente
Despreció velando ayer.

Por huir de ella tan sólo,
En ella se cobijaron,
Y dentro de ella aguardaron
De revelarse ocasión;
Que esos fantásticos sueños
Que turban nuestro reposo,
Del ánimo religioso
Secretos abortos son.

Porque el que cree y el que duda,
Por descuidado que viva,
En algo el creer estriba
Y en algo estriba el dudar;
Y alguna vez engañado
Por las que creyó evidencias,
En sus dudas y creencias
Ha por fin de vacilar.

El ruido y el movimiento,
La voz y la compañía
Que nos da la luz del día,
Impiden pensar tal vez;
Y entonces creencias, dudas,
Dentro del ánimo callan,
Y en él guarecidas hallan
Asilo en su timidez.

Por eso en órgia insensata
El disoluto mancebo
Dice: «En el licor que bebo,
Ahogo cuanto creí.»
Por eso, en placer sumido,
Dice el embriagado amante:
«Yo no creo en este instante,
¡Vida mía!, más que en ti.»

Por eso ante sus monedas
El jugador avariento
Dice con andaz acento:
«Creo en el oro y no más.»
Y por eso el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza,
Dice osado á su venganza:
«Honra, satisfecha estás.»

Pero si en la noche umbría
Tras sueño inquieto despierta,
Cada sentido una puerta
A sus creencias le da;
Y duda, y teme, y vacila,
Y azorado el hondo pecho,
En derredor de su lecho
Fantasmas fingiendo está.

Su lámpara ya apagada,
Al matar la última lumbre
Dejó sombra en la techumbre,
Dejó sombra en la pared;
Cerrado dentro la alcoba,
El aire falto de ruido,
Escucha en vano el oído
La voz de la lobreguez.

En vano miran los ojos
La sombra descolorida;
Con una ilusión mentida
Vienen á topar al fin;
Doquier que avaros se tornan,
Ven una masa uniforme,
Una sombra espesa, enorme,
Que no se ciñe á confín.

La mente duda medrosa,
Los sentidos se adormecen,
Y embriagados se estremecen
Con cada nueva ilusión:
Todo en la mente se agita,
Todo en la mente se embota,
Todo en torno nuestra flota
En callada confusión.

Y á tanto mirar los ojos,
A tanto oír los oídos,
Fatigados, aturcidos,
Rumor oyen, sombras ven;
El ánima se amedrenta,
Y brotan los pensamientos
Medrosos y antiguos cuentos
Que la atosigan también.

Entonces es cuando el eco
De un cabello que tropieza
Nos retumba en la cabeza
Con chasquido colosal;

Entonces semeja el roce
De la ropa mal plegada
La voz seca y prolongada
De rápido vendaval.

Entonces es cuando el ruido
De nuestro azorado aliento
Nos parece el sordo acento,
La lejana confusión
De las invisibles alas
De aves mil desconocidas,
Que van cruzando perdidas
Los aires en rebelión.

Y escuchamos á lo lejos
Huellas de pies recelosos
Y vagidos vaporosos
Que se apagan al nacer;
Y crujen en las vidrieras
Confusos sacudimientos,
Y aullidos, gritos y acentos
De rabia, espanto y placer.

Entonces fingen los ojos
A compás de estos rumores
Mil fantásticos colores,
Sombras y delirios mil;
Bultos que ruedan informes,
Círculos de luces bellas,
Vagas y raudas centellas,
Del miedo aborto febril.

Y fantasmas que en tumulto
Pasan, corren, flotan, vuelan,
Y se apagan y rielan
Sin tener luz ni color;
Y parece que, cruzando
Por las tinieblas oscuras,
Arrastran sus vestiduras
Con repugnante rumor.

Caprichos, menos que nada,
De esencia desconocida,
Delirios sin voz, sin vida;
Nada pueden, nada son:
Mas sin cuerpos ni colores,
Tienen cuerpos y semblantes
Que los ojos delirantes
Les prestan en su ilusión.

Les presta voz el oído,
Y movimientos la mente,
Y vienen confusamente
Mente y oído á acosar;
Y mente, y ojos, y oídos,
Con tan fantástico empeño
Alejan el blando sueño
Y empiezan á delirar.

Llenan entonces el aire
Peregrinas ilusiones
Y frágiles creaciones
De la duda y de la fe,
Donde entre iguales contornos,
Una en otra confundida,
La miseria de la vida
Y la religión se ve.

Allí, entre un miedo mundano
Y entre una creencia errada,
Va una idea de la nada
Ó una olvidada verdad;
Y en tan cumplidas tinieblas,
En silencio tan completo,
Se transparenta un objeto
Inmenso.....: la eternidad.

¿Quién no cree y quién no duda
Cuando á solas en su lecho,
En el reloj de su pecho
Sus horas contando está?
¿Quién no cree y no duda entonces
En el silencio y la sombra?
¿Quién pensando no se asombra
Lo que existe *más allá*?

Porque esos seres aéreos
Que en redor nuestro sentimos,
El rumor que percibimos
En torno nuestro bullir;
Aquel extraño delirio,
En que creemos dudando
Que hay quien nos está mirando
Sin podérselo impedir;

Ese rumor misterioso
Con que la sombra murmura,
Esa luz leve, insegura,
Que radia la oscuridad;

Ese temor sin objeto
Que la sombra nos infunde
Y en la mente nos confunde
La mentira y la verdad;

Ese insectillo nocturno
Que nos asalta y aterra,
Que con nosotros se cierra
Importuno á combatir;
Que en monótona algazara,
En ronco y sonoro ruido,
Acosa nuestro descuido
Sin dejar de ir y venir;

Ese insecto, á quien juzgamos
En nuestra aflicción medrosa
Un ser, un soplo, una cosa,
Que nos dice *no sé qué*,
Un *no sé qué* misterioso
Que nos traspasa de miedo,
Que de un labio revoltoso
Se derrama y no se ve;

Y aquel afanoso empeño
Con que dormir procuramos,
Y con quien tanto porfiamos,
Que hace inútil nuestro afán,
Son voces de nuestra nada
Que soñando comprendemos,
Y que á gritos—si creemos—
Preguntándonos están.

Por eso, si en orgía inmunda
El disoluto mancebo
Dice: «En el licor que bebo,
Ahogo cuanto creí»;
Por eso, si en sus placeres
Dice el insensato amante:
«Yo no creo en este instante,
¡Vida mía!, más que en ti»;

Por eso, si ante su oro
El jugador avariento
Dice con seguro acento:
«Creo en el oro y no más»;
Por eso, si el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza
Dice altivo á su venganza:
«Honra, satisfecha estás,

En la sombra de la noche,
 Con su corazón á solas,
 Luchan con las turbias olas
 De la duda y el temor:
 El uno por sus festines,
 El otro por su dinero;
 Por su honor el pependenciero,
 Y el amante por su amor.

Porque ese fugaz murmullo,
 Ese crepúsculo vago,
 Son el reflejo, el amago
 Del final de nuestro sér:
 Y dudar en el silencio,
 Temer en la sombra oscura,
 No es ni duda ni pavura,
 Es conocerse y creer.

Que la sombra y el silencio
 Reflejan la eternidad
 Como la luz de los cielos
 Reverbera en un cristal;
 Y recordando su polvo
 A la flaca humanidad,
 Son clamor de nuestra nada
 Que diciéndonos está:
 «Creed, ó velad.»

Que el no atreverse á creer
 Es decidirse á dudar,
 Y dudar es tener miedo
 De creer una verdad;
 Dudar es estar en vela,
 Creer es tranquilo estar,
 Y es fuerza por duda ó miedo,
 Puesto que tan juntos van,
 Creer ó velar.

Pues no es más el corazón
 Que un indestructible altar
 De donde nuestras creencias
 No se separan jamás;
 Y el jugador y el valiente,
 Y el disoluto galán,
 Tienen allá en la alta noche
 Un momento sin solaz
 En que sus vagos temores
 Y su inquietud y su afán

Les están diciendo á voces
 En la muda oscuridad:
 «Creed, ó velad.»

Que ese rumor del silencio,
 Y esa ráfaga fugaz
 Que deliramos que alumbra
 La callada oscuridad,
 Y ese temor sin objeto,
 Y ese insecto pertinaz
 Que zumba, y silba, y se agita,
 Sube y baja, y viene y va,
 Y ese empeño, esa porfía
 Con que en nuestro torpe afán
 Procuramos el descanso,
 ¡Vive Dios! que no son más
 Que el miedo á nosotros mismos,
 Que nos impone tenaz
 Creer ó velar.

Es la sombra incomprendible
 De ese oculto *más allá*
 Tras de cuyo pensamiento
 No alcanzamos á ver más
 Que lo que envuelve la noche:
Silencio y oscuridad.

III

El amanecer.

Y al fin de tanto temer,
 Tanto soñar sin dormir,
 Y tanto afán,
 El alba esperando ver,
 Cerrándose sin sentir
 Los ojos van.

Al menor ruido que oímos,
 Vuelven á abrirse otra vez
 Lentamente,
 Mas apenas los abrimos,
 Tornan á su lobreguez
 Muellemente.

Y todavía creemos
 Que sentimos y miramos
 Desvelados,
 Y lo que oímos y vemos
 Es sólo lo que soñamos
 Fatigados.

Todavía en la cabeza
Se agitan los pensamientos
 Confundidos,
Y con lánguida pereza
Dejamos sus movimientos
 Vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones
Que nuestro capricho loco
 Nos fingía,
Sus medrosas ilusiones
Desvanecen poco á poco
 Con el día.

Una luz tibia, insegura,
El quicio de alguna reja
 Iluminando,
Sobre la pared oscura
La luz que fuera refleja
 Va pintando.

Y en el rayo fugitivo
Que se pierde en el flotante
 Polvo leve,
Aquel insectillo esquivo,
Cruzando á su torno errante,
 La luz le bebe.

Y pasa, y se mece, y gira,
Sube y baja, y huye, y viene
 Sin recelo,
Y se pierde y se retira,
Y sobre la luz se tiene
 En ronco vuelo.

De alguna torre cercana
El esquilón nos despierta
 Un momento,
Y en una ilusión liviana
Concibe la luz incierta
 El pensamiento.

Y el rayo del sol naciente
Y el insecto pertinaz
 Que bulle en torno,

Pasan un punto en la mente
Como una sombra fugaz
 Sin contorno.

Y en la duda vacilando
Si velamos ó dormimos,
 Nos parece
Que el sueño á que nos rendimos
Nos va la luz apagando
 Que amanece.

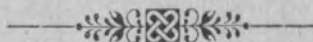
Y pasando del dudar
Al descanso del dormir,
 Olvidamos
Lo que nos vino á turbar
Y lo que pudo existir
 Ó soñamos.

Y al despertar otro día
Ya no guardamos memoria
 Ni recelo
De la inquietud y agonía,
De la fantástica historia
 De aquel desvelo.

Porque así pasan sombrías
Las horas de nuestros días
 Revoltosos,
Las noches de dudas llenas,
Los días llenos de penas
 Y azarosos.

Las noches creyendo ver
Lo que habemos de creer
 Y dudamos,
Y los días sin pensar
En lo que hemos de soñar
 Cuando durmamos.

¡Oh! Verted blando beleño,
Tardas noches, en mi sueño
 Al resbalar,
Y tras sueño inquieto y largo
No tenga un recuerdo amargo
 Al despertar.



SOLEDAD DEL CAMPO

¡Salve, fértil campiña y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas é inquietud ajeno,
Libre vagaba el pensamiento míol
¡Salve, y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosas las lluvias, te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores! [cura,
¿Quién me diera ¡ay de mí! tu sombra os-
Donde tornara al que perdí reposo?
¿Quién me tornara ¡oh soto! á la frescura
De tu arbolado suelo tan frondoso?
¿Quién me diera el pacífico murmullo
De tus olmos mecidos mansamente,
De tus palomas el sentido arrullo,
Y el grato són de tu escondida fuente?
Cuando en tu blanda hierba recostado,
Lejos de los impúdicos festines,
En apacible trino regalado
Me adormían los sueltos colorines.
Y yo les vía en las latientes plumas
Sostenerse, y picar la espesa grama,
Y turbar del remanso las espumas,
Y en el árbol saltar de rama en rama.
¡Ay, cuánto habrán los afanosos días
Hollado tanta gala y donosura!
¡Cuántas tormentas, al pasar bravias,
Habrán roto tan frágil hermosura!
¡Cuán mal sonará ya mi voz mundana
Bajo ese techo de hojas campesino,
Sobre esa alfombra espléndida y liviana
Que reverdece arroyo cristalino!
¡Ah! ¡Lejos ya de mí tan torpe empeño!
Apagaré el compás del arpa loca,

Y de tus aves el sabroso sueño
No turbarán los himnos de mi boca.
¡Contento quedaré con saludarte,
Con ver de lejos tu silvestre pompa!.....
Tal vez ¡oh fresco soto! al contéplarte,
En lágrimas de amor cansado rompa.
¡Que nada son los fáciles laureles
Con que el mundo nos brinda lisonjero,
Si al prestarnos su manto de oropelos
Rasga y desnuda el corazón primero!
Cuando seguí, desatentado y loco,
Del mundano placer las torpes huellas,
Aprendí que el placer vale bien poco.....
Siempre al pisarlas resbalaba en ellas.
Y siempre, cuando en órgia estrepitosa
La perfumada copa levantaba,
Al apartarla de la faz jugosa,
En el vaso una lágrima encontraba.
Y siempre el són de la caliente fiesta,
Las canciones, la báquica armonía,
Me hacía apetecer la blanda siesta
Y el rumor de los olmos me traía.
Y siempre en su cantar la cortesana,
Y siempre en su tañer la danza impura,
Me acordaba la música villana
Con que la amena soledad murmurara.
Que allí la hermosa con mentidas flores
La sien tocaba y el desnudo cuello,
Sin pedir á sus cálices olores
Con que aromar las hebras del cabello.
Que allí los ruiñeñores, suspendidos
Entre grillos y cárceles de oro,
Con el ronco tumulto ensordecidos
No soltaban el cántico sonoro.

Y el aire que aspirábamos pesado,
Nos abrasaba al aspirarle el pecho,
Y el inmenso salón entapizado
Érale al corazón pobre y estrecho.

Y allí también cansado, suspiraba
¡Oh deleitable soledad campestre!
Por el sosiego y paz que en ti gozaba
Bajo tu tosco pabellón silvestre.

¡Oh, que me place, soledad sabrosa,
Del fresco soto y del sombrío ameno,
La tibia luz y el aura bulliciosa
Que alumbra y riza tu enramado seno!

Allí miraba mi infantil pupila
En el fondo de lóbrega laguna,
Cuál resbalaba en ilusión tranquila,
La turbia imagen de la blanca luna.

Allí crecían las sonantes cañas,
La verde juncia y la amistosa hiedra,
Do tejen campesinas las arañas
Su estrecha red entre horadada piedra.

Allí venía el silbador mosquito,
Y en tanto que en los hilos se enredaba,
Acechábale oculta, de hito en hito,
La cazadora ruin que le esperaba.

Allí vía, constante en su fatiga,
Ir y venir por la vereda usada
A lentos pasos la afanosa hormiga
Con la futura provisión cargada.

Y allí en la rama que la noche fría
Con niebla moja y con el aura enjuga,
Yo al sol del alba columpiarse vía
En baba frágil la vellosa oruga.

Y allí también, sin fueros de jardines,
Vía huertos con parras entoldados,
Do había pabellones de jazmines
De las paredes ásperas colgados.

Y allí brotaban escondidas violas,
Lirios azules, rosas purpurinas,
Jacintos y sangrientas amapolas,
Madreselva y fragantes clavellinas.

Y sus líquidas trenzas derramando,
Cruzábale un arroyo, y amarillas,
El césped de la margen salpicando,
Mil vistosas le orlaban florecillas.

Y allí andaba la suelta mariposa,
Libre de flor en flor volando ufana,
Su librea ostentando revoltosa,
De oro y de azul, de púrpura y de grana,

Ya posaba en los altos mirabeles,
Ya esquivaba al pasar las otras flores,
Avergonzando lirios y claveles
Sus puros y magníficos colores.

Y arrastrando su alcázar en la espalda,
El perezoso caracol salía
Del fresco surco á la pintada falda
A bañarse en el sol de mediodía.

Y sobre alguna fácil eminencia
Extendiendo su cuerpo transparente,
Tornaba á bendecir la omnipotencia,
Los elásticos ojos al Oriente.

Y allí zumbando la oficiosa abeja
Entre los frutos del jardín opimos,
La blanca miel que en sus panales deja
Chupaba en los espléndidos racimos.

¡Oh silencio! ¡Oh pacífica ventura!
¡Oh soledad del campo deleitosa!
En ti, de la inquietud de su locura,
El fatigado corazón reposa.

¿Quién me tornara á la enramada umbría
Donde ecos tuvo mi cantar primero?
¡Acaso alegre el arpa sonaría
Al blando són del céfiro ligero!

Mas ¡ay! que acaso en apartados climas,
Por la importuna suerte arrebatado,
He de cantar en lamentosas rimas
La patria soledad que habré dejado.

¡Adiós, entonces, venturoso suelo
Donde libre nací, pero desnudo;
Cúbrate en paz el compasivo cielo,
En tanto que de lejos te saludo!

¡Salve, fértil colina y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas é inquietud ajeno,
Libre vagaba el pensamiento mío!

¡Salve, y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosas las lluvias, te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores!





SONETO

Con el hirviente resoplido moja
El ronco toro la tostada arena,
La vista en el jinete alta y serena,
Ancho espacio buscando al asta roja.

Su arranque audaz á recibir se arroja,
Pálida de valor la faz morena,
É hincha en la frente la robusta vena,
El picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama,
Sacude el toro la enastada frente,
La tierra escarba, sopla y desparrama;

Le obliga el hombre, parte de repente,
Y herido en la cerviz, húyete y brama,
Y en grito universal rompe la gente.





Á BLANCA

¡Oh! Que me place, Blanca,
Cerca de mí tenerte,
Cuando la noche turban
Nuestros brindis alegres.

Cuando la luz se quiebra
Trémula y transparente,
De las colmadas copas
En los cristales tenues.

Cuando los ojos húmedos,
De luz avaros hierven,
Y en cada luz, sin tino,
Vacilan y se hieren.

¡Si vieras cómo brillan
Debajo de tu frente
Tus ojos de azabache,
Y hogueras me parecen!

¡Oh! Que me place, Blanca:
Bebe, alma mía, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizos
Por los hombros de nieve,
Cual pabellón que guarda
Del rocío las sienas.

El cuello sin cendales
El aura mansa oree,
Y el calor de tu seno
Vagando en torno temple.

Y los torneados dedos
Entre las copas jueguen,
Como niños sin juicio,
Ni dueña que les vele.

Los entreabiertos labios
La roja lengua muestren,
Formando las palabras
Con el vino á traspieses.

Y la impetuosa risa,
Brotando de repente,
La blanca dentadura
Y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido,
Veré cómo, turgente,
El agitado pecho
Convulso se estremece.

¡Qué hermosa estás, mi Blanca!
Bebe, alma mía, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra
Do habitan unas gentes
Con lanzas en las manos
Y cascos en la frente.

Que sin solaz ni tregua
Se acechan y acometen,
Velando atentos unos
Mientras los otros duermen.

Que guardan las ciudades
Con torres y con puentes,
Y que cuando unos mandan
Los otros obedecen.

¡Locuras, Blanca mía,
Estar lidiando siempre
Porque los unos salgan
Ó que los otros entren!

Sin duda que han perdido
Su vino y sus mujeres,
Cuando en tales manías
Han dado aquellas gentes.

Bebamos, Blanca hermosa,
Brindemos..... Mas ¿qué tienes?
¿Por qué el cendal descienes
De la cintura leve?

¿Por qué sobre la mano
Doblas así la frente?
Acaso los licores....
¡Ay, Blanca, tú te duermes!

Besaréla en los labios;
Tal vez cuando despierte,
Mi blando beso en ellos
Acaricie y estreche.

Adiós, hermosa Blanca,
Tranquila y quieta duerme,
Y si despiertas pronto,
A los licores vuelve.

Así se goza, Blanca:
Bebe, alma mía, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.



ODA

Prestadme el dulce canto,
Aves del valle y de la selva umbría,
Y levantad en tanto,
Para arrullar mi llanto,
Frescas hojas, monótona armonía.

Y tú, sonoro viento,
Tus alas de vapor lánguido mece,
Y en blando movimiento,
Con perfumado aliento
Las hojas y las aguas estremece.

Porque estos mis cantares
De vosotros no más serán oídos,
Que el duelo y los pesares
Sólo en nuestros hogares
Ser deben, ó en los bosques, repetidos.

Que el mundo maldiciente
Murmura del que llora y del que pena,
Del que placer no siente;
Y el triste eternamente
Ha de arrastrar cantando su cadena.

Que es el mundo un tirano
Que sólo da suplicios y agonías,
Y exige soberano
Que llame el triste humano
Imperio paternal su tiranía.

Mas ¿qué vale que errante
Y sólo de los ecos atendido
Mis amarguras cante,
Y el aire se levante
Devorando mi cántico perdido?

Aquí en la selva umbrosa,
¿No cantan á la par los ruiseñores?

¿No susurra armoniosa
El agua bulliciosa,
Y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero,
Cuando el rocío de su bosque orea,
¿No suena lisonjero,
Y en murmullo hechicero
Las hierbas y los árboles menean?

¡Maldita mi locura!
¿No valdrá más cantar cual ellos cantan,
Que acrecer mi amargura
Mientras en la espesura
Tan alegres rumores se levantan?

¡Oh! Ven, arpa sonora,
Y rompe loca en himnos bulliciosos,
Cantando seductora
Al són que bulle ahora
De arroyos y de vientos sonorosos.

Pues que es breve la vida
Y es el mundo no más pompa liviana,
Y al fin la tierra hendida
Su farsa concluida,
Sepulcro universal será mañana;

Cantaré descuidado
Lo inútil de esta mísera existencia,
Ya el cielo esté nublado,
Ya en calma y sosegado,
Ya el huracán reviente con violencia.

Porque, en verdad, ¿qué importa
El mundanal orgullo y la ventura
De esta vida tan corta,
Si en igual fin aborta,
Tocando en fin igual nuestra locura?

¿De qué sirvió al valiente
Alejandro ser rey en Macedonia,
Y avasallar la gente,
Y pretender demente
Ser adorado un dios en Babilonia,

Si por extraño modo,
Sin poder apurar el hondo vaso,
Dió el aliento beodo,
Y dió por fin de todo
Desde su fiesta á su sepulcro un paso?

¿De qué sirvió la gloria
Cantar de Grecia al inmortal Homero,
Y á su nombre en la historia
Dejar alta memoria,
Si Grecia ingrata le olvidó primero?

¿De qué sirvió á Rodrigo
La hermosa Cava, el cetro de los godos,
Si huyendo al enemigo
Dichas y amor consigo
Perdió el monarca y se perdieron todos?

¿De qué sirve á Cervantes
Que esas estatuas hoy le levantemos,
De los años triunfantes,
Si sus libros gigantes
Á sola su miseria le debemos?

¿Qué sirven esos mudos
Bustos dorados de los muertos reyes,
Sus palacios y escudos,
Si sus pueblos desnudos
Ignoran por inútiles sus leyes?

¿Qué sirve á las naciones
Que sus pueblos se inmolen y combatan
Al pie de sus pendones,
Si sus nobles legiones
Han de morir al fin si no se matan?

¿Qué salvó la altanera,
La grande Roma, de su pompa y brío
Y su beldad primera.....,
Esa vieja ramera
Cuyo esqueleto duerme sobre un río?

Y ¿qué han salvado apenas
De tal desorden y tamaño estrago
Las de riqueza llenas
Tiro, Palmira, Atenas,
Tebas, Corinto, Menfis y Cartago?

¡Escombros y memorias!.....
Humo de aromas, tumba de tiranos
Que manchan las historias,
Dando en cifras mortuorias
Polvo á la tierra y casa á los gusanos.

Y si esto sólo resta,
Y esto por fin de nuestro afán nos toca,
Tonos, arpa, me apresta,
Que quiero en muelle siesta
Reir cantando vanidad tan loca.

Aquí á mis pies resbala
Claro, inquieto y sonoro un arroyuelo
Que la arenilla cala,
Y su margen iguala
Entre las flores con que borda el suelo.

Los sauces de su orilla
Le dan manso murmullo y grata sombra,
Y la caña amarilla
La alta cerviz le humilla,
Dándole al paso pabellón y alfombra.

Y le saltan trinando
Pardos mirlos y rojos colorines,
Y en su césped posando,
Las palomas pasando
Le beben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora
De ese arroyuelo que en mis versos pinto,
Cantar me place ahora,
Y quédense en buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

¿Qué importa que mi nombre
Llegue á mi gente con baldón ó fama
En la mansión del hombre,
Y al universo asombre,
Si á mí la muerte á concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,
Pues ni pierdo, ni espero;
Y otro cante altanero
La gloria de su patria y su grandeza.

Que asimismo cantaron
Tasso, Homero y Cervantes, y murieron
Y sus pueblos amaron,
Y los pueblos que honraron,
Conocerlos en vida no quisieron.

Que es la vida un camino
 Sin medida ni fin, coto ni valla,
 Do desnudo y sin tino,
 Si encuentra el peregrino
 Sombra alguna ó placer, eso se halla.

No estatuas algún día
 Cual dan á Homero y á Cervantes, quiero,
 Si hoy en la patria mía
 Fortuna tan impía
 Como Cervantes lloraré y Homero.

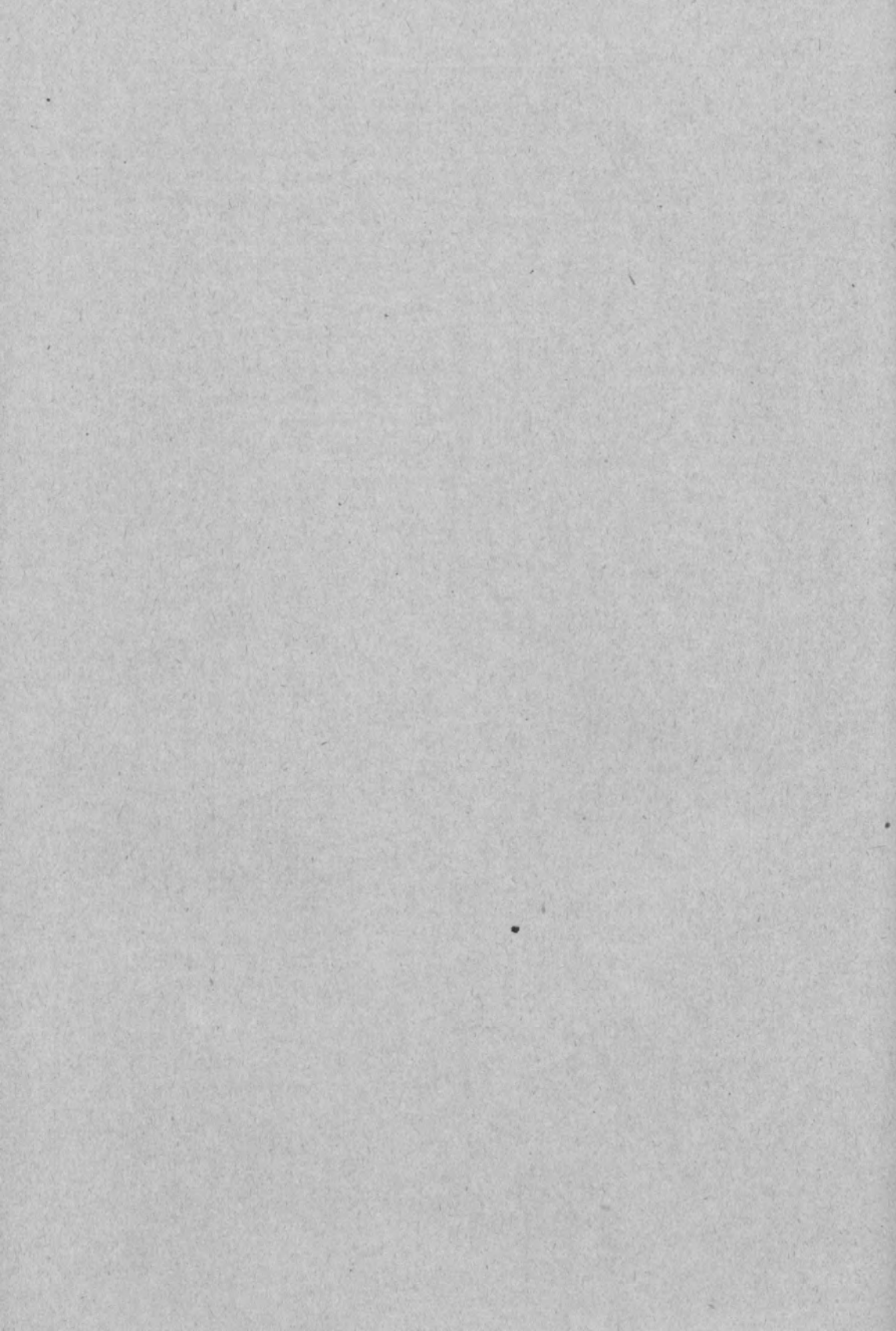
Y si el plazo cumplido
 En que esta vida y tierra se abandona,
 Libre acaso de olvido,
 Mi sepulcro escondido
 Me conserva tal vez una corona,

Eso hallará mi gente
 En mi sepulcro al encontrar mi nombre,
 Mas no dirá insolente
 Que me pesó en la frente
 Ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero
 Mi voluptuosa y lánguida pereza,
 Pues ni pierdo, ni espero;
 Y otro cante altanero
 Las glorias de su patria y su grandeza.

Junto al agua sonora
 De ese arroyuelo que en mis versos pinto,
 Cantar me place ahora,
 Y quédense en buen hora
 Con sus historias Menfis y Corinto.





La margen del arroyo.

¡Qué dulce es ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo transparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

Ver cómo la hierba blanda
En la margen se le inclina,
Y cómo crece
De violas morada banda
Que la linfa cristalina
Salpica y mece.

Los juncos de las riberas
En haz espeso apiñados
Se le encorvan,
Y las raíces someras
Evita por ambos lados
Si le estorban.

Insectos de mil colores
Con mil susurros campestres
Le dan ruido,
Y en vez de cuidadas flores
Rueda entre lirios silvestres
Escondido.

Y no han de envidiar sus olas
De cortesanos jardines
La hermosura,
Porque á cientos amapolas,
Jacintos brota y jazmines
Su frescura.

Ni han de envidiar á los ríos
Los alcázares y puentes
Que sustentan,
Porque esos monstruos sombríos,
Más que coronar sus frentes
Las afrentan.

Ni á las fuentes y cascadas
Sus tazas de jaspe y oro,
Ni sus rocas,
Aunque se vierten hinchadas
En estrépito sonoro
Por cien bocas.

Que ambas le cercan orillas,
Entre agudas espadañas
Cortadoras,
Esponjadas y amarillas,
Altas y sonantes cañas
Cimbradoras.

Ni ha de envidiar á los mares
De buques la excelsa pompa
Y gritería,
Ni sus altos alminares,
Ni de su bélica trompa
La voz impía.

Porque tiene en su remanso
Saucos y olmos corpulentos
Encopados,
Que le hacen murmullo manso
Al suspirar de los vientos
Perfumados.

Y en vez de roncós clarines
Columpia trinando amores
La ancha copa,
De mirlos y colorines
Y vistosos ruiseñores
Pintada tropa.

¡Oh, dulce es ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo transparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

¡Oh, que es dulce contemplar
El agua los pies venir
A lamer,
Y susurrando pasar,
Y al intentarla seguir,
La perder!

Y aquel bullir sin sosiego,
Y aquel seguir siempre igual
Su camino,
Y aquel transparente juego
Que hace el voluble cristal
Tan contino.

Y aquellas mil piedrezuelas
Que se arrastran y se empujan,
Y se acosan,
Y aquellas redes y telas
Que en las arenas dibujan
Do se posan.

Y aquellas cintas de plata
Que en el perfil de las ondas
Finge el sol,
Donde entre gotas redondas
Duplica, aviva y retrata
Su tornasol.

Y aquella colgada oruga
Que en hilos imperceptibles
Baja á vellás,
Y al tocarlas las arruga,
Y al sentirlas tan movibles
Huye de ellas.

Y aquel insecto que nada,
Medio mosca y medio pez,
Sobre alguna,
Siempre en la misma jornada,
Y el paso más cada vez
Se importuna.

Siempre en el mismo lugar,
En su afán sin concluir,
Noche y día,
La oruga siempre en hilar,
Siempre el insecto en seguir
Su porfía.

Y aquel entorpecimiento,
En que gozan los sentidos
Viendo tal,
Que duda el entendimiento
Si duermen al són mecidos
Del cristal.

¡Oh, dulce es ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arrollo transparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

¡Arroyo, es muy triste
Pensar junto á ti
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
Hoy tiende en tu margen
Sus flores Abril,
Tus ondas perfuman
El lirio y jazmín,
Su sombra te prestan
Tus árboles mil,
Te canta armonioso
Su amor desde allí,
Bebiendo tus aguas,
Libre el colorín,
Te arrulla sonora
La caña gentil,
Tu orilla es un fresco
Y ameno jardín
Que el sol tornasola
Del alto cenit. ...

Pero ¡ay, que es muy triste
 Pensar junto á ti
 Que así van las vidas
 Rodando á su fin!
 ¡Arroyo, así viven
 Los que que han de morir,
 Gozando embriagados
 El tiempo feliz!
 Vendrá Julio ardiente
 Tu pompa á extinguir,
 Y á impulso de oculto
 Veneno sutil
 Secarán tus lirios
 Su tallo y raíz,
 Perderá tu hierba
 Su verde turquí,
 Las rojas violetas
 Su aroma y matiz;
 Iráse estrechando
 Tu manso perfil;
 Tus cañas y juncos
 Vendrán á rendir
 Encima tus aguas
 La seca cerviz,
 Y al fin tu corriente,
 En hilo sutil,
 Su curso en la arena
 Vendrá á concluir.....
 ¡Ve, arroyo, que es triste
 Pensar junto á ti
 Que así van las vidas
 Rodando á su fin!

—
 Arroyo, sigue corriendo
 Por esa silvestre calle
 De verdura,

Que abajo te están abriendo
 Los cenagales del valle
 Sepultura.

Arroyo, sigue bañando
 Mientras te preste sus flores
 Primavera,
 Que al valle irá resbalando
 Con sus galas y primores
 La primera.

Ella nunca será más
 Que un mensaje del verano
 Fugitivo;
 Pero tú, arroyo en el llano,
 Lago en el valle serás
 Siempre vivo.

Allí no tendrás jazmines,
 Ni juncos, ni esbeltas cañas,
 Ni amapolas,
 Ni vendrán los colorines
 A tus márgenes extrañas,
 Siempre solas;

Mas yendo y viniendo días,
 Tú á merced de una fortuna
 Siempre igual,
 Tendrás suelo y ondas frías,
 Bien sea arroyo ó laguna
 Tu cristal.

Pues agua siempre has de ser,
 Sigue por la verde alfombra
 Murmurando,
 Que es dulce verla correr
 De un olmo á la fresca sombra
 Descansando.



Al último rey moro de Granada, Boadil el Chico.

I

Una ciudad riquísima, opulenta,
El orgullo y la preza del Mediodía,
Con regia pompa y majestad se asienta
En medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbré el sol de España
En hebras de purísimos colores,
Y brotan al calor con que la baña,
En vasta profusión frutos y flores.

Allí el aura sutil espira aromas,
Y la estremecen sobre cien jardines
Bandadas de dulcísimas palomas
Y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil, con turbias olas,
En su verde llanura se derraman,
Y á su confín, en playas españolas,
Del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
Fatiga de los fastos sus memorias,
Su grandeza y tesoros son sin cuento
Y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul y transparente,
Fresca la brisa, amiga la fortuna,
Fértil la tierra, y brilla eternamente
Serenó el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras más remotas,
Vense allí, como en otro Paraíso,
Los pomposos laureles del Eurotas
Y los húmedos tilos del Pamiso.

Crece allí las palmas del desierto,
De Cartago los frescos arrayanes,
Las cañas del Jordán, en són incierto,
Arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
Las vidés de Falerno allí se ocrean,
Y los de Jericó mustios cipreses,
Con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
Lúgubres sauces, altos mirabeles,
Y olivos, y granados, y morales,
Ceñidos de jacintos y claves.

El zumo de sus vides deliciosas
Tal vez la alegre Italia envidiaría;
Y por sus anchas y fragantes rosas,
Sus rosas las trocara Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales,
Se ostentan en su espléndido recinto,
Y ansiaran sus recuerdos orientales
Los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
La voluptuosa pompa del Oriente,
Que entre flores y lánguida pereza
Vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de Oriente la robaron
Para asentar en ella su morada;
Los hombres á quien de ella despojaron,
Llojaron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores,
En que el compás de berberisca zambra
Y el són de los clarines y atambores,
Estremecían á la par la Alhambra.

Y era un rey exquisito en sus placeres,
Y un pueblo en su molicie adormecido,
Que gozaba en su paz nuestras mujeres,
Esclavizando al padre y al marido.

Y era también el término llegado
Del brío y del poder de aquella gente,
Y al postrimero Rey había tocado
El sitial de las razas del Oriente.

La hora fatal á la morisca luna
Los sabios en su horóscopo leyeron,
Y tal vez mereció mejor fortuna
De la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay, Boabdil! Levántate y despierta,
Apresta tu bridón y tu cuchilla,
Porque mañana llamará á tu puerta
Con la voz de un ejército, Castilla.

Mañana, de su mengua avergonzados,
Te cercarán los tigres españoles,
Y echarán sobre ti, desesperados,
De siete siglos los sangrientos soles.

II

«¿Qué quieren esos cristianos
A las puertas de la villa?
¿Qué buscan esos villanos,
Que traen á su Rey nufanos
Tras el pendón de Castilla?

»¿No son reyes en su tierra?
¿Por qué pasan esa sierra
Talando el solar ajeno?
¿No les basta su terreno
Para sus fiestas de guerra?

»¿Por qué en confusión extraña
Levantán en esos cerros
Tantas tiendas de campaña?
¿Por qué ladran esos perros
A los pies de esa montaña?

»Si sus padres espiraron,
Y á su muerte les dejaron
En desastres tan prolijos,
¿Por qué no se contentaron,
Como los padres, los hijos?

»Frente á sus tiendas Reales,
Que brillen altas y ufanas,
En las torres principales,
Las enseñas orientales
Y las lunas otomanas.

»¡Al arma! ¡Al campo! A cambiar
Las marlotas y alquiceles
Por arneses de lidiar;
Los jinetes á aprestar
Los caballos y broqueles.

»La sed de sangre me irrita;
Que doblen los atambores,
Que cierren en la mezquita
Esa multitud que grita
En rejas y miradores,

»Los fuegos prontos estén,
Las calles libres también;
Los hombres, á la muralla;
Las mujeres, al harén.....
¡Paso y silencio, canalla!»

Tal *Muza* prorrumpie airado
Ante la puerta de Elvira,
Entre el tumulto apiñado
Del pueblo, que, consternado,
Al campo cristiano mira.

¡Ay! Él es solo el valiente
Con corazón en Granada;
El solo lleva, insolente,
Á la recia lid su gente,
Que se torna destrozada.

Solo la esperanza alienta
De su humillada nación;
Solo lidia y se ensangrienta,
Abriéndose sin afrenta
Una tumba de varón.

Mas, con ojos avarientos,
En redor de su caballo,
Sus soldados macilentos
Le están demandando, hambrientos,
Hasta el pan de su serrallo.

Y con el llanto á los ojos,
En desmayado tropel,
Su pueblo, puesto de hinojos,
Llora los yertos despojos
De los que lidian por él.

Guerrero, ¡ay de los valientes!
¿Qué vale que en tu despecho
A tus soldados alientes
Y quieras dar á tus gentes
Todo el valor de tu pecho,

Si en tanto, á pasos gigantes
Van arrastrando á su fin
Sus muy poderosos antes
Alcázares elegantes,
La Alhambra y el Albaicín?

¿Si allí está el triste Boabdil,
Sin amparo que le acorra,
Llorando sobre el Genil,
Como una cobarde zorra
Entrampada en un redil?

¿Si allá en la empinada sierra,
Amancillando tu gloria,
Cantan en compás de guerra
Los castellanos victoria,
Ensordecendo la tierra?

¡Ah! ¡Su corona usurpada
Tener en la sien no supo!....
Mal hiciste tu jornada,
¡Pobre Rey! y hora menguada
En tu horóscopo te cupo.

Los cristianos te ayudaron
Para vencerte mejor;
Y los tuyos que quedaron,
Al hundirse te llamaron
Hasta apóstata y traidor.

Las mujeres que te dieron
Sus hijos y sus preseas,
Al saber que se perdieron,
Expirando te dijeron:
—¡Cobarde, maldito seas!

Y de tu reino señores,
Los cristianos vencedores
Te pagaron tus ofrendas
Con agrio pan de dolores
Que amasaron en sus tiendas.

Porque al fin, ¿qué ha de esperar
Del vencedor el vencido,
Sino vergüenza y pesar?
¿Qué, sino burla, ha de dar
El que subió al que ha caído?

¡Oh! Esas torres orientales,
Que levantando insolentes
Sus agujas desiguales,
Mecen las auras corrientes
En trémulas espirales;

Y esas cifras misteriosas
Que, cual labor sin objeto
De esas cuadras ostentosas,
De crónicas amorosas
Guardan el dulce secreto;

Y esos anchos sicomoros,
Y esos arroyos sonoros
Que tienen marcas y nombres
Que no entendemos los hombres
Y que comprendéis los moros;

Las tortuosas galerías,
Que se derraman sombrías
Por ese fresco recinto,
En faz de intrincadas vías
De confuso laberinto;

Y esos mágicos retretes,
Y esos hondos gabinetes
Donde el ánima adormida
Pasó gozando la vida
Al vapor de los pebetes;

Con ojos desvanecidos
Los cristianos gozarán,
En conjeturas perdidos,
Sin pensar en los vencidos,
Que lo que ignoran sabrán.

Y los secretos de amor
De esos alcázares bellos,
No tendrán ¡ay! más valor
Ni más nombre para ellos,
Que el *botín* del vencedor.

Llora, Rey, llora sin duelo:
Desespérate, Boabdil,
Y ven, en tu desconsuelo,
A expirar bajo este cielo
Que flota sobre el Genil.

Que á elegir entre acabar
Y sufrir la ajena ley,
¡Vive Dios, que era acertar,
Como hombre á la lid bajar,
Para morir como Rey!

III

Así estaba escrito,
Monarca infeliz,
Que fuese tu raza
Contigo á su fin.
Así estaba escrito,
Que libre el Genil,
Corriera entre flores
Muy lejos de ti.
Por eso fué un día
Forzoso salir,
En lúgubre pompa
Y en gesto servil,
Tu cetro y tu fama
Vencido á rendir.
Y allá se quedaron
Para otro adalid,
Tu espléndido alcázar,
Tu fresco jardín.
Y allá se quedaron
¡Ay triste Boabdil!
Tu muerto por siempre
Falaz porvenir,
De blanca esperanza
Tu sueño febril,
Que fué, como el humo,
Al viento á morir.
Y allá se quedaron
Tu Alhambra gentil,
Tus altas techumbres
De azul y turquí,
Tus ricas alfombras
De gualda y carmín,
Tus pájaros presos
En jaula sutil,
Tus fuentes sonoras,

Que en fresco bullir,
Con música blanda
Murmuran allí.
Y allá se quedaron,
Cual juego infantil,
Cual copas rompidas
Después del festín,
Tus lechos clavados
De cedro y marfil,
Tus baños que exhalan
Clavel y alelí,
Rosa y azucena,
Y azahar y jazmín.
Y allá se quedaron
¡Ay triste de ti!
Las cifras y motes
Que en tiempo feliz
Mandaste en los muros
Con oro escribir,
Pensando que el tiempo,
Que corre sin fin,
Querría en tu Alhambra
Dejarte vivir.
Y allá se quedaron,
Sin fruto ni fin;
Que rotas y mudas,
Son hoy sólo allí,
Cual fleco postizo
Que afea un tapiz,
Y nada nos pueden
Valer ni decir.

¡Oh! Si un solo instante
Volvieras tú aquí,
Si un punto tornaras,
Vencido Boabdil....
¡Tú sí que leyeras
Con ansia, tú sí!
¡Tú sí que gozaras
Con calma pueril,
Aunque todo un pueblo
Volvierá tras ti!
¡Mas ya sólo resta
Llorarlo y sufrir,
Que así estaba escrito,
Y cúmplase así!

Mas ya que nos tornas
La espalda, señor,

Camina despacio
 Mientras dura el sol.
 Recoge las riendas
 Al suelto bridón ;
 Tras de esa colina
 No hay luz ni color,
 No hay cielo ni vida
 Tras ese peñón.
 ¡Camina despacio,
 Despacio, por Dios!
 Á verse aun alcanza
 Granada, señor,
 Tras esa colina,
 Más lejos..... ¡ya no!
 ¡Al fin la abandonas
 A fuerza mayor!
 ¡Al fin te la arrancan
 Con mengua y baldón
 Tu perla más rica,
 Tu joya mejor!
 ¡Oh! Vuelve por ella,
 Que aun tarde no es hoy:
 Azuza tu ardiente
 Caballo veloz,
 Fulmina el alfanje,
 Apresta el lanzón,
 Acosa á tu gente
 Con brazo y con voz:
 ¡Ah! ¡Y muera tu escaso
 Postrer escuadrón
 Con rabia á lo menos,
 Si no con valor!
 ¡Oh! Vuelve á Granada,
 Tu cara mansión,
 No llores huyendo
 Cobarde ó traidor.
 Y si al fin no quieres
 Lavar tu baldón,
 ¡Camina despacio,
 Despacio, por Dios!
 Que si aun la contemplas,
 Más lejos..... ¡ya no!
 Granada se pierde,
 Y al caer ese sol,
 La vez postrimera
 Verásla, señor.
 ¡Camina despacio,
 Despacio, por Dios!

IV

Espera, señor, espera
 Sólo un momento á llorarla,
 Sólo un instante á mirarla
 Desde el cerro del Padul.....
 ¡Oh, cuán hermosa se ostenta
 Á los últimos reflejos
 Del sol que brilla á lo lejos
 Entre la atmósfera azul!

Espera, señor, espera,
 Y ante ella puestos de hinojos,
 Volvamos los turbios ojos
 Para decirle un ¡adiós!
 Contempla que es nuestra patria,
 Nuestro dulce paraíso.....
 Aunque el Profeta no quiso
 Conservárnosla con vos.

Allí está. ¡Patria querida!
 ¡Cuán dolientes te dejamos!
 Y antes, patria, que volvamos,
 ¡Cuántos años pasarán!
 ¡Á ti, en la opuesta ribera
 De ese mar que nos divide,
 Al dejar la amarga vida
 Los ojos se tornarán!

Cuando errantes y perdidos
 Por el desierto vaguemos,
 Nuestro afán adormiremos
 Hablando, patria, de ti;
 Y los hijos que nos nazcan
 Guardarán en su memoria
 La infausta y sangrienta historia
 De los que fuimos aquí.

—Hijos míos,—les diremos,—
 Allá, lejos de nosotros,
 ¡Harto lejos!, viven otros
 En Granada, en un Edén.
 ¡Y allí tuvimos un tiempo
 Reyes, pueblos y vasallos,
 Arcabuces y caballos,
 Mezquitas, cañas y harén!

Allí el placer es la vida,
Siempre luce en calma el cielo,
Siempre hay flores en el suelo
Y en el ambiente azahar.
¡Ah! Si por dicha algún día
Tenéis lanzas y corceles,
Aprestad vuestros bajeles
Y botadlos á la mar.

Si sois muchos y valientes
Y ganáis la opuesta orilla,
¡Oh, cerrad contra Castilla
Hasta arrastrar su perdón!
No dejéis en nuestra Alhambra
Uno de esos castellanos:
¡Arrancadles con las manos
Los ojos y el corazón! —

Tal diremos, cara patria,
Nosotros á nuestros hijos
Cuando duelos tan prolijos
Escuchándonos estén
En el desierto, á la sombra
Del fardo de los camellos,
Y tal se lo dirán ellos
A nuestros nietos también.

Nosotros ya, pobres viejos,
En el umbral de la vida,
Tan sólo una despedida
Podremos darte, no más.
¡Las manos te tenderemos
A bendecirte llorando,
Como quien va caminando
Volviendo el rostro hacia atrás!

¡Y si huyendo de Noviembre
Las arrecidas neblinas
Vemos á las golondrinas
De nuestra patria volver,
Al dintel de nuestras tiendas
A saludarlas saldremos,
Y de gozo lloraremos
Mientras se alcancen á ver!.....

Señor, besad esa tierra,
Orad un punto y partamos,
¡Ó tornemos y muramos
De una vez junto al Genil!.....

¡Tenéis razón! Partid presto,
Antes que ondee en Granada
La cristiana cruz clavada
Sobre el trono de Boabdil.

Mas ¡ay! ya es tarde, que truena
La cóncava artillería,
Y el humo obscurece el día
Y roba á la tierra el sol.
¡Huid, sin tornar los ojos,
No os detenga la fatiga,
Que os es la tierra enemiga
En vuestro suelo español!

Que no oigan vuestros oídos
Ese triunfal campaneó,
Ese estruendo y clamoreo
Que á vuestra espalda dejáis.
¡Huid, sin contar los pasos
Que vais prófugos haciendo,
¡Ay! y aunque lloréis huyendo,
Desdichádos, no volváis!

¡Huid presto, huid proscritos
De vuestra patria perdida!
Y al darla la despedida
Desde el alto del Padul,
Que se pierdan á lo lejos
Los contornos vacilantes
De vuestros blancos turbantes
Entre la atmósfera azul.

Huye, Boabdil, aunque llores
El rigor de tu fortuna;
Basta la luz de la luna
Para quejarse y huir;
Traspón la tierra y los mares,
No tu desdicha te asombre,
Que nunca le falta al hombre
Madre tierra en que morir.

Huye; y si al pasar huyendo,
Tu camino te embaraza
En torvo tropel tu raza
Cercándote con afán,
Cuando ansiosos te pregunten
Por los bravos que lidiaron,
¡Ay! díles: — ¡Allá quedaron!
¡No esperéis, que no vendrán! —

V

Huye, Rey infeliz, y huyendo borra
De tu camino la cansada huella;
Huye do el agua del Genil no corra,
Ni tu blanca ciudad refleje en ella;
Donde fortuna más leal te acorra,
Donde no alumbre tan fatal tu estrella,
Donde fieras las huestes castellanas
No derriben las lunas otomanas.

Huye el brillante sol de Andalucía,
El voluptuoso aroma de sus flores,
La sonora y dulcísima armonía
De sus libres y amantes ruiñeños;
Los amenos jardines do algún día
Gozaste en soledad blandos amores,
De sus frescos arroyos al murmullo,
De sus palomas al sentido arrullo.

Tal vez haya otra tierra más serena
Do al fin te presten cariñoso asilo,
Donde aunque errante y á merced ajena,
Treguas te dé tu corazón tranquilo;
Donde en ignota soledad amena
Crezca de tu existencia el frágil hilo,
Y el blando són de la campestre zambra
No te recuerde tu perdida Alhambra

Mas ¡ay! que á cada punto más tenaces
Los duelos sobre ti se atropellaron,
Y fué en vano esperar, que en vano auda-
En Granada tus árabes lidiaron; [ces,
Que tus cansadas y sangrientas haces
En la vega sin honra se quedaron,
Y allá yacén sin tumba ni laureles
Zegries, Bencerrajes y Gomeles.

Y ancho sepulcro á tu cadáver dieron
Del Guatis ved las turbulentas olas,
Y esas aguas, Boabdil, que te sorbieron,
No azotan nunca playas españolas;
Y ni aun sin rumbo por su faz hendieron
Nuestras rojas y sueltas banderolas,
No esperes á su margen olvidada
Nuevas oír de tu gentil Granada.

Duerme, Rey sin vasallos ni corona,
Fantástica irrisión de la fortuna,
A quien ni amigo ni enemigo abona,
Ni cruz triunfante ni vencida luna;
Ya que así el cielo contra ti se encona,
Esa estrella fatal sufre importuna,
Pues quisiste, mal Rey, vasallo bueno,
Perder lo tuyo y defender lo ajeno.

Duerme si aun gozas apenas
Un sepulcro en que dormir,
Si esas húmedas arenas
Te prestan almohadas buenas
Para el sueño del morir.

Duerme en paz, y si velando
Estás por tu estrella aún,
Consuelate, Rey, pensando
Que nos es vivir llorando
Una maldición común.

Duerme, y dente descuidados
Grato murmullo, si velas,
Los pasos atropellados
De los pies acelerados
De las errantes gacelas.

Y en vez de las funerarias
Roncas preces de los muertos,
Arrullente solitarias
Con sus salvajes plegarias
Las aves de los desiertos.

Y si á ti tienden cercanas
Sus sombras árboles bellos,
Bajo sus hojas livianas
Respiren las caravanas
Y descansen sus camellos.

Mas que en tu huesa tu nombre
No lean los de tu ley,
No les humille y asombre
Que si supiste ser hombre
No alcanzastes á ser Rey.





EL VELO

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO

¿Has hecho esta tarde oración, Desdémona?
SHAKESPEARE.

LA HERMANA

¿Qué tenéis, hermanos míos?
¡Los ojos traéis sombríos
Como cirios funerales!....
¡De la faja á los dobleces
Han asomado tres veces
Las hojas de los puñales!

EL HERMANO MAYOR

¿Has alzado tus velos virginales?

LA HERMANA

Acaso.... era al mediodía....
Tal vez.... del baño volvía
En mi palanquín cubierto;
El calor me sofocaba,
Y la brisa que pasaba
Tal vez me habrá descubierto.

EL SEGUNDO

Pasaba un hombre con caftán, ¿es cier-

[to?

LA HERMANA

¡Oh! Tal vez.... un solo instante.
Yo cubrí al punto el semblante....
¿Que decís?.... ¿Qué pude hacer?
¡Habláis en secreto...., hermanos!
¡Oh! ¡Pondríais vuestras manos
En una débil mujer!

EL TERCERO

¡Sangriento estaba el sol hoy al caer!

LA HERMANA

¡Perdón! ¡Perdón! ¡Oh! ¿Qué he hecho?
¡Ah! Me desgarráis el pecho.
¿En qué, hermanos, hice mal?....
¡Sostenedme...., hermanos míos!....
Siento ya en los ojos fríos....
¡Siento.... un velo funeral!

EL CUARTO

¡Al menos no alzarás ese cendal!



Mis amigos reían y cantaban
 En lúbrico desorden junto á mí,
 Y sin tregua los brindis resonaban.....
 Todo sin tiempo y sin razón allí.

Y entre el murmullo de la fiesta im-
 Los licores, los gritos y el vapor, [pura,
 Alzábamos á impúdica hermosura
 Himnos ardientes de encendido amor.

Entre insolentes, ebrias carcajadas,
 Blasfemamos tal vez de Jehová:
 «¡Virtud!, dijimos. ¡Fábulas soñadas!.....
 Ahora el Dios que aterra ¿adónde está?

»¿Adónde está la sombra de su dedo
 Que escribe una sentencia en la pared?
 ¡Creaciones fantásticas del miedo!.....
 ¡Bebed, amigos, sin pesar bebed!»

Vino la noche, y al salir cansados,
 Hartos ya de beber y de gozar,
 Una campana en golpes compasados
 Cerca sentimos con pavor doblar.

Era un templo alumbrado en su reposo
 De diez blandones á la roja luz,
 Que velaban en círculo medroso
 El secreto fatal de un ataúd.

Quedaba en nuestra mente todavía
 El rastro de la infame bacanal,
 Y mal entre sus nieblas comprendía
 La silenciosa paz de un funeral.

Las lúgubres salmodias empezaron,
 El pueblo reverente se postró;
 Cuando con *paz* al muerto conjuraron,
 El nombre del que fué nos aterró.

En vano los sentidos se empeñaban
 En mentirnos un sueño baladí;
 Los blandones el círculo cerraban,
 Y una hermosura descansaba allí.

¡Y era hechicera, y lánguida, y liviana;
 La envidia de un salón érase ayer,
 Y á pesar de su pompa cortesana,
 Hoy hediondo cadáver pudo ser!

Faltónos ¡ay! la voz con el aliento;
 Temblónos el cobarde corazón;
 Ciertos los ojos y el oído atento,
 Nos dijimos al fin: «¡No es ilusión!»

*¡Allí estaba la sombra de ese dedo
 Que escribe una sentencia en la pared!...
 ¡Y era fiesta también!..... Llegad sin miedo,
 Cantad, amigos, sin pesar bebed.*





VANIDAD DE LA VIDA

FANTASÍA

Era un día de orgía y de locura,
De esos días de vértigo infernal
En, que embriagados de falaz ventura,
Tras el placer volamos mundanal.

Uno de aquellos vergonzosos días
En que, henchidos de vida y juventud,
Buscamos entre locas teorías
La vanidad y el polvo en la virtud.

Uno de aquellos días en que ansiosos
Despertamos de crápula y de amor,
Y manchamos los días más hermosos
De nuestra vida y nuestra edad mejor.

El sol estaba espléndido y sereno,
El aura mansa, diáfana y azul,
La luz doraba nuestro huerto ameno
Con tornasoles de flotante tul.

Posábanse las sueltas mariposas
De flor en flor con revoltoso afán,
Ya en la más ancha de las frescas rosas,
Ya en el más esponjado tulipán.

La brisa murmuraba en las acacias,
Tornábase al Oriente el girasol,
Y las violetas se doblaban lacias
Cual vergonzosas ante el rojo sol.

Alguna nube blanca y transparente
Por la serena atmósfera al cruzar,
Tiñendo los objetos suavemente,
Veníase en la hierba á dibujar.

Y en pos las aves de frescura y sombra,
Salpicaban en varia confusión
Del blando césped la mullida alfombra,
Del olmo verde el ancho pabellón.

Víanse allí las amarillas pomas
Las enramadas débiles vencer,
Y á su sombra bajaban las palomas
En el arroyo límpido á beber.

Y allí extendiendo las pomposas plu-
Le cubrían en cándido tropel, [mas,
Como si fueran trémulas espumas
Que hubiesen lecho y nacimiento en él.

Nosotros, apurando los placeres
Guarecidos de oculto cenador,
Buscábamos la vida en las mujeres,
La gloria y la fortuna en el amor.

Oíanse en tumulto desde fuera
Los brindis de la libre bacanal,
Y el rumor de una báquica quimera,
Y el crujido del beso criminal.

Yo bebía el amor, hasta apurarle,
De unos impuros labios de carmín
Que me enseñaron ¡ay! á desearle,
Y me le hicieron detestar al fin.

Dentro mi mente sin cesar bullían
Fantasmas que, al pasar con rapidez,
Ya lloraban, danzaban ó reían,
Como ilusión febril de la embriaguez.

TENACIDAD

«Serrana, ve si ha de ser,
Porque yo te he de esperar
En la fuente sin ceder;
Y ó no tienes de beber,
Ó te tengo de encontrar.

»Y que me canse no aguardes,
Que nada esperar me importa
Noches, mañanas y tardes;
Toda una vida que tardes
Será esperándote corta.

»Y á más, serrana, hay aquí
Sitio tan fresco y tan blando,
Que tengo yo para mí,
Que anhelo tardanza en ti
Por sólo estarte aguardando.

»Aquí las aguas sonoras
Rodando en la hierba van,
Y aquí las aves canoras,
Del bosque alegres cantoras,
Música dulce me dan.

»Aquí las flores campestres
Me dan los blandos perfumes
De sus cálices silvestres,
Y gozo en que no te muestres
Mucho más que tú presumes.

»Pues si al fin has de salir
Altiva asaz y enojada,
Tarda, serrana, en venir,
Que el alma te ha de fingir
Más fácil y enamorada.

»Ve, pues, lo que has de ganar
Si más piensas en mi daño
Así esquivarme y tardar,
Porque más quiero esperar,
Que saber un desengaño.

»Y bástame á mí saber
Que á cada punto te veo
Cuando yo te quiero ver;
Que mucho vale tener
De centinela al deseo.

»Tras cada tronco arrugado
En que la vista repara,
• Tras cada espino enredado,
Tras cada sitio enramado,
Estoy buscando tu cara.

»De cada hoja que se mece
A la vibración ligera,
El alma se me estremece,
Y todo el valle parece
Que tu rostro reverbera.

»Siempre estoy adivinando
Esos dos ojos crueles
Que á traición me están mirando,
Tras un haz de juncos blandos,
Tras un pie de mirabeles.

»Siempre á cada incierto ruido
Que hace el aura entre las ramas,
Vuelvo el gesto sorprendido,
Pensando que tú me llamas
De algún lugar escondido.

»A cada vago lamento
Que los olmos azotando
Alza repentino el viento,
Me finge mi pensamiento
Que tú pasabas cantando.

»Y si una tórtola bella
Suelta triste en la espesura
Su enamorada querella,
Digo:—Así llegara *á ella*
Mi amorosa desventura.

»Y todo es pensar en ti,
Todo buscarte y quererte
En tanto que aguardo aquí,
Aunque me pesa ¡ay de mí!
Desearte y no tenerte.

»Que si al fin de mi esperar,
De mi amoroso gemir,
Te dejaras ablandar,
Y saliendo del lugar
Acabaras por venir;

»Si cual las aguas hicieras
Que aquí murmurando están,
Y entre arenillas ligeras,
Bullendo en tropel parleras,
Al valle rodando van;

»Si hicieras como esas flores
Que cierran de noche al frío
Sus tocas de cien colores,
Y despliegan sus primores
Del alba al fresco rocío;

»Delicioso por demás
Fuera esperarte, serrana;
Mas si hoy al fin no vendrás
Será persuadirme más
De que tampoco mañana.

»Pero ¡no has de holgarte, á fe!
Pues tan tenaz como soy,
Al fin de buscarte, sé,
Que si no te encuentro hoy,
Mañana te encontraré.

»Que he dejado mi ciudad,
Serrana, y venido así
Tan sólo por tu beldad,
Y ya, por tu terquedad,
No he de volverme sin ti.

»Y cuenta con lo que digo,
Que he de estarme eternamente
De estos olmos al abrigo;
Y no te finjas que intente
Partirme sino contigo.

»Haréme por el verano
Un toldo con espadaña,
Y haré en el invierno cano,
Por burlar al viento insapo,
Mi hoguera en una cabaña.

»Conque así, ve si ha de ser,
Porque yo te he de esperar
En la fuente sin ceder;
Y ó no tienes de beber,
Ó te tengo de encontrar.»





SONETO

Cólmame, Juana, el cincelado vaso
Hasta que por los bordes se derrame,
Y un vaso inmenso y corpulento dame
Que el supremo licor no encierre escaso.

Deja que afuera, por siniestro caso,
En són medroso la tormenta brame,
Y el peregrino á nuestra puerta llame,
Treguas cediendo al fatigado paso.

Deja que espere, ó desespere, ó pase;
Deja que el recio vendaval, sin tino,
Con rauda inundación tale ó arrase;

Que si viaja con agua el peregrino,
Á mí, con tu perdón, cambiando frase,
No me acomoda caminar sin vino.



TEMPESTAD DE VERANO

Toledo, 23 de Julio de 1834.

FRAGMENTOS

I

Por entre moradas nubes
Derrama su lumbre el sol,
Y el valle, el monte y el llano,
Ascuas á su impulso son.

Busca el pájaro en las ramas
Abrigo consolador,
Y al pie del robusto tronco
Dormita el toro feroz.

La lengua, tinta de espuma,
Tiene de turbio color;
Secas las fauces, que tragan
Abrasada aspiración.

Tardos vagan los reptiles,
De sus grutas en redor,
Entre la tostada hierba,
Huyendo la luz del sol.

No arrulla tórtola triste
Con lastimero clamor,
Entre el follaje sombrío
Su enamorada aficción;

Ni estremeciendo las plumas,
Al dar arranque á la voz,
En dulces trinos gorjea
Armonioso el ruiseñor;

Ni se oye de los insectos
El ronco y cansado són;
Ni los olmos se columpian
Con susurrante rumor;

Ni las espigas se doblan
En vistosa confusión;
Ni entona groseras letras
Allá en el valle el pastor;

Ni trepa la suelta cabra
Por el agudo peñón,
De una vana hierbecilla,
Libre y caprichosa, en pos;

Ni ladra el mastín atento;
Ni aulla el lobo traidor;
Ni cruza por la vereda
De hormigas largo cordón;

Ni en la ciudad, ni en el llano,
Ocioso ni reñidor,
Aguarda en peña ó esquina,
Amigo, dueña ó matón;

Ni asoman dos ojos negros,
Velando en un mirador,
La estrecha y oscura calle
Con diligente atención.

Todo calla inmoble y mustio
De Toledo en derredor,
Bajo la choza pajiza,
Bajo el calado artesón.

Que al lejos, como la sombra
Del brazo airado de Dios,
Avanza con dobles alas
Nublado amenazador;

Y con él nubes y nubes
En apiñado escuadrón,
Que encapotando los cielos
Van á atropellar al sol.

Allá, en su cóncavo seno,
Brama oculto el aquilón,
El trueno encerrado muge,
Hierva el rayo asolador.

Y todo, en informe masa,
En espantoso montón,
Sin fuerzas ni ley que basten
A detener su furor,

Rueda en la atmósfera á ciegas,
Como buque sin timón,
Como peñasco gigante
Que ancho volcán vomitó.

Doblan roncacas las campanas,
Y á su colosal clamor
Se estremece el aura densa
Con rápida vibración.

El firmamento desploma,
En hálito abrasador,
Cuanto fuego en sus entrañas
El Altísimo encerró.

Sólo el monje, fatigado,
Cruza tardo el callejón,,
Hacia el silencioso templo
A alzar himnos al Señor.

Tal vez del lecho le arranca
El impórtuno reloj,
Y va acongojado y lento
Murmurando una oración

En imperceptibles voces
Y murmurante rumor,
Que entre el són de las campanas
Al elevarse se ahogó.

Al cabo desaparece,
Y apostado en el portón,
El mendigo le saluda
Con desfallecida voz.

¡He aquí el negro nublado,
Que, como hambriento dragón,
Toda la lumbre del día
De un solo empuje sorbió!

¿Quién sabe al flotante monstruo
La fuerza que ha dado Dios?
¿Quién sabe las maldiciones
Con que su vientre preñó?

¿Quién sabe, después que pase,
Lo que ha de dejar en pos?
¿Quién de los que ahora le vemos
Podrá decir que le vió?

Cuando rasgue sus tinieblas,
Cuando derrame su voz,
¿Qué luz brillará en el polvo?
¿Qué garganta hará rumor?

II

Quedaron en calma un punto,
Ambos á par, aire y tierra,
Del imponente nublado
Bajo las alas espesas,

Y á la luz de aquel crepúsculo,
Que más que ilumina ciega,
En la horrible incertidumbre
De la luz y las tinieblas.

El aire que se respira,
La avara garganta seca;
Y en el sudor de la frente
Húmedo el rostro, gotea.

Relincha el caballo inquieto
En la cuadra que le encierra;
El perro espantado aulla,
Y, receloso, olfatea.

El pájaro, de su jaula
Contra el alambre se estrecha,
Y al abrigo de sus plumas,
Escucha, mira y recela.

Sólo la afanosa araña,
Su red y su caza deja,
É inmóvil y pegada al muro,
El trueno y la lluvia espera.

Ancha, redonda, abrasada,
 Bajó una gota, que apenas
 Mojando el sitio en que posa,
 Desvaneciéndose humea.

Dobla el calor, y la calma
 Y la fatiga se aumentan,
 Y en trémula expectativa,
 Todo calla y todo vela.

Y el mundo semeja un reo
 Que mira desde una reja
 Cómo en la plaza, su cómplice,
 Al pie del cadalso llega.

Y duda, y vacila, y teme
 Que se salve y que perezca,
 Porque una palabra suya
 Ó le salva ó le condena.

III

¡Un relámpago! Al punto desatadas,
 El arenal las ráfagas barrieron,
 Y en espeso tumulto aglomeradas,
 Las nubes el crepúsculo sorbieron.

En tinieblas cerróse el aire impuro;
 El hombre, amedrentado y temeroso,
 El recio temporal llamó á conjuro
 De las campanas al doblar medroso.

Y rotas las barreras del nublado,
 La lluvia y el granizo se desploman;
 Y allá en su centro, en círculo abrasado,
 Los fugaces relámpagos asoman.

Sin tregua entonces, ni piedad, ni freno,
 Agua, granizo y viento se esparraman;
 Y al hondo són del prolongado trueno,
 Talan, devoran y en tumulto braman.

Hierve el turbión, cegáronse las fuentes;
 Los arroyos, hinchados y bravíos,
 Bajaron, convertidos en torrentes,
 A desgarrar los diques de los ríos.

Sus altaneras ondas, vencedoras,
 Los campos adelante se llevaron,
 Y envueltos en las ondas bramadoras,
 Mieses, cabañas y árboles bajaron.

Peñas, casas, ganados y pastores,
 Todos siguieron el fatal destino;
 Presa de sus esfuerzos vengadores,
 No quedó senda, ruta ni camino.

.....

Y oran allí á los pies de los altares,
 En humilde tropel, las criaturas,
 Al Dios que las tormentas y los mares
 Humilla con su voz en las alturas.

Del ronco viento al vigoroso empuje,
 Del templo gime el colosal cimiento;
 Estremecida la techumbre cruje,
 Y en sus esquinas se desgarran el viento.

Crece el turbión; las sombras del nublado
 Ancha guarida por el templo toman, [do.
 Y en el cristal del rosetón pintado,
 Rápidos los relámpagos asoman.

A veces, como grupos encendidos
 De espectros y diabólicas figuras,
 Vacilan en los vidrios sacudidos,
 Variando de contornos las pinturas.

El áspero granizo les azota,
 Y al darles luz la exhalación por fuera,
 Cada en los vidrios suspendida gota,
 Un sol y una fantasma reverbera.

Es el aire un murmullo indefinible,
 Donde sin leyes, ni prisión, ni valla,
 Los espíritus dan en ronda horrible
 Zambra impura y quimérica batalla.

Cada puerta ojival, cóncava y hueca,
 Entre su red de góticas labores,
 Una osamenta descarnada y seca
 Dibuja entre fantásticos colores.

Cada verja, una hilera de esqueletos;
 Cada capilla, un antro de vampiros
 Que columpian y doblan los objetos,
 Que lanzan ayes, cantos y suspiros.

Cada ventana, una abrasada boca,
 Que abierta en espantosa carcajada,
 Apenas el relámpago la toca,
 Respira una sulfúrea llamarada.

Hoguera horrible, á cuya luz errante,
En rauda confusión saltan y flotan
Las figuras que el vidrio vacilante
Con cuerpos de color manchan y embotan.

Y á la par, en un punto, en todas partes,
En cada vidrio que la lumbre hiere,
Gestos, hachones, cruces, estandartes....
Y el relámpago pasa y todo muere.

¡Tropa infernal de sombras vaporosas!
¡Abortos estrambóticos del miedo,
A quien da faz y formas religiosas
Crédula y fácil la oriental Toledo!

IV

Y entre nubes purpurinas,
Peregrinas,
De azulado tornasol,
Tendió el iris á lo lejos
Los reflejos
De los colores del sol.

Tendió en riquísimas bandas
Siete randas
Sobre el invisible tú,
Con que tan falaz nos miente
El manso ambiente
Ese firmamento azul.

¡Salve, ilusión de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendaval,
Levantando en su alegría
Al claro día
Arco espléndido triunfal!

¡Salve, luz tornasolada,
Delicada,
Prenda mágica de paz,
En que el cielo jura al alma
Dulce calma
Tras la negra tempestad!

¡Salve, ¡oh iris pasajero!
Mensajero
Del supremo Creador,
En cuyos colores siete
Nos promete
Solaz, y treguas, y amor!

Por ti en el rojo Occidente,
Transparente,
Vuelve el sol á levantar
La faz pura, esplendorosa
Y luminosa,
Al acostarse en el mar.

Por ti, con cánticos suaves,
Van las aves
Surcando el aura otra vez,
Loando en dulces rumores
Los primores
De tu excelsa brillantez.

Por ti en delicadas tocas,
De las rocas
Se desprende virginal
La melancólica niebla
Cuando puebla
El ámbito celestial.

Por ti á través de su vuelo
Luz da al cielo
La luna en turbio crespón,
Como reina macilenta
Que se ostenta
En magnífica ilusión.

Por ti dejan las estrellas
Blancas huellas
De su opaca reina en pos,
Como lámparas dudosas,
Ostentosas,
En el alcázar de Dios.

¡Salve, ilusión de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendaval,
Levantando en su alegría,
Al claro día,
Arco espléndido triunfal!



Recuerdo á N. P. D.

Bajad del monte al escondido valle,
Frescos arroyos, cristalinas fuentes,
Que en esas rocas anchurosa calle
Buscáis á vuestras rápidas corrientes,
Y en un remanso recogido acalle
Vuestra linfa sus ondas maldicientes,
Porque sorbiendo el valle su frescura
Cargue su espalda de eternal verdura.

Bajad, aguas, del monte susurrando
Sobre las calvas peñas destrenzadas
Los colores del sol reverberando
En gotas con el sol tornasoladas,
Que manantiales os irán prestando
Esas agudas cumbres escarchadas
Donde se está filtrando en hilos leves
La eterna plata de las limpias nieves.

Claros, sonoros, libres arroyuelos
Que vais de piedra en piedra juguetones
Césped brotando y derritiendo hielos
En curso inquieto y deleitables sonos,
Felices sois, pues que mundanos duelos
No adormís, ni raquílicas pasiones
Al compás con que os suelta y desparrama
Desde sus canas cumbres Guadarrama.

Pues naciendo en recónditos asilos,
Rodáis por esas mudas soledades,
En anchas ondas ó en delgados hilos,
Por altas rocas ú hondas cavidades,
Ya os arrullen los céfiros tranquilos,
Ya el soplo de revueltas tempestades:
¡Felices vuestras aguas transparentes,
Libres arroyos y perdidas fuentes!

Bajad del monte, y si en el valle um-
Bajo su tosco pabellón de pinos [brosos
La soledad os cansa y el reposo
De sus antros y sotos peregrinos,
Torced el suave paso rumoroso,
Trasponed puentes y cruzad caminos,
Ganando tierra y conquistando calle
Hasta los bordes del postrero valle.

Cual solitaria y lánguida palmera
Que el sol marchita y aquilón azota,
Veréis allí á Segovia la altanera
Ya por el tiempo consumida y rota,
Tal vez caduca, pero hidalga y fiera
Con su pujante antigüedad remota,
Que aun la ofrecen sus claros manantiales
Sobre torres sin tiempo arcos triunfales.

Bajad, arroyos, la veréis ufana
Raudos al deslizar vuestra corriente
Sobre esa enorme creación romana
Que al par la sirve de obelisco y puente:
Noble corona que sustenta vana
Sobre la apenas poderosa fuente;
Yugo gigante que la abruma el cuello,
De su antigua grandeza último sello.

Dejad, arroyos, la empinada cumbre,
El verde soto y soledad amena,
Y cruzaréis la inmensa pesadumbre
De la alta puente, de hendiduras llena:
De veinte siglos la continua lumbre
Su tez ha puesto pálida y morena,
Pero aun se tiene colosal y erguida
Vertiendo fuerza y ostentando vida.

Bajad, arroyos, y veréis cuán vanos
 Junto á ese eterno y portentoso escombros
 Parecen los escombros cortesanos,
 De otra más flaca edad timbre y asombro;
 Ellos al fin hundiéronse livianos,
 Mas ese aun presta infatigable el hombro,
 Mostrando audaz á la flaqueza humana
 El vigor de su estirpe soberana.

¡Oh! Esos mezquinos restos solitarios
 Que yacen por los llanos extendidos,
 Negras torres, desiertos campanarios,
 Solares sin señor, templos hundidos,
 En eriales y cuevas y calvarios
 Y en olvidado polvo convertidos,
 No pudieron guardar en la memoria
 Ni aun de sus dueños la vecina historia.

Ahí están esas góticas capillas
 Orladas de magníficos relieves,
 Cargadas de sutiles maravillas
 En sus aéreos arabescos leves;
 Ven, y en esas ruinas amarillas,
 Escrutadora edad, lee si te atreves,
 Por más que rompas al pensar los diques
 Más que confusos Álvamos y Enriques.

Avanza un siglo más en tu camino
 Y un poco más tu huella profundiza,
 Y de Álvamos y Enriques el destino
 Se hundirá con la tierra quebradiza,
 Y mañana, pasando el peregrino,
 Al topar de sus huesos la ceniza,
 Dirá por conjeturas: *¡Aquí fueron!*
 Pero podrá jurar que *aquí murieron*.

Ahí queda en ese alcázar mutilado
 Bajo los opulentos artesones,
 De reyes un espléndido senado
 Con sus cetros, coronas y blasones;
 Y hoy en su puente roto y derribado
 Y en sus pintarrajeados murallones,
 Acaso en vano el pensador profundo
 Las huellas buscará de Juan segundo.

Que aun tres siglos su faz surcan ape-
 Y tres veces tal vez le apuntalaron: [nas,
 El uno vació en lanzas sus cadenas,
 Y las lluvias del otro le minaron;

Cegó el otro de adobes sus almenas,
 Y los tres al pasar le profanaron,
 Cual copa así que en el festín rompieron
 Y por juguete á los muchachos dieron.

Doquier se tiendan los avaros ojos,
 Escombros hallan, débiles memorias
 Que apenas en estériles despojos
 Rastro dudoso dan de sus historias;
 Dondequiera en fatídicos manojos
 Huesos se hacinan y se esconden glorias,
 Sin que sepan decir tantos osarios
 Si eran romanos, godos ó templarios.

Mas id á demandar á ese coloso
 El nombre de la patria y la alta cuna
 De la raza del pueblo poderoso
 Que ató á sus pies el tiempo y la fortuna;
 Y en ese audaz esfuerzo prodigioso
 Con que á la edad fatiga é importuna,
 Con que de veinte siglos la carcoma
 Se atreve á rechazar, veréis á Roma.

En vano airado le sacude el viento,
 Y en vano el ronco temporal le moja,
 Y en vano sobre el monstruo macilento
 Tan larga edad su pesadumbre arroja;
 Que siempre altivo y grande y opulento,
 Ni el vendaval ni la vejez le enoja;
 Y siempre rico, en su ciudad derrama
 Los arroyos que bebe en Guadarrama.

Bajad del monte, frescos riachuelos,
 Aguas puras de fuentes cristalinas
 Que holláis el césped y chupáis los hielos
 En esas cumbres á la luz vecinas;
 Bajad del monte si abrigáis desvelos
 En vuestras soledades peregrinas,
 Cansados ya de la desierta sierra,
 De ver más ancha y bulliciosa tierra.

De esa colina en la escondida falda,
 Donde entre brezos de color pajizo
 Tiende la hierba trenzas de esmeralda
 Con que á sus solas sus alfombras hizo,
 Donde con flores de carmín y gualda
 Corona vuestro espejo movedizo,
 Hay una puerta en el hendido casco
 De los doblados lomos de un peñasco.

No hay á su paso impertinente estorbo
 Ni crece á su dintel adelfa amarga,
 Ni fiera alguna de talante torvo
 La linfa turba en su carrera larga:
 Torced por ella vuestro curso corvo
 Sobre el peñasco que el camino alarga,
 Hasta que vuestros rápidos cristales
 Rueden sobre los arcos imperiales.

Surquen ¡oh fuentes! en tropel sonoro
 Por la ancha espalda del excelso puente
 Reverberando las madejas de oro
 Vuestras gotas, del sol resplandeciente.
 Bajad del monte en susurrante coro
 Agitando la límpida corriente;
 Veréis el sello con que el hombre doma
 De veinte siglos la opulenta Roma

Y si pasando, desde el alto lecho
 Do el puente os presta soledad y abrigo.
 Veis por las grietas del canal estrecho
 Tal vez llorando á mi amoroso amigo;

Si es que las llagas de su herido pecho
 Consuelo admiten ó á su mal testigo,
 Decidle que hay quien su pesar agora
 Del Manzanares á la margen llora.

Frescas, puras, corrientes cristalinas,
 Fuentes sonoras, limpios arroyuelos,
 Que de esas cumbres á la luz vecinas
 Holláis el césped y bebéis los hielos,
 Si halláis en tantas flores las espinas
 De sus antiguos y cansados duelos,
 Dadle de vuestra fugitiva randa
 Con el claro compás, música blanda.

Y así reviente en matizadas flores
 Y en madreselvas vuestra verde orilla,
 Y os preste sombra, arroyos bullidores,
 La caña cimbradora y amarilla;
 Y así bajen los lindos ruiseñores,
 La suelta garza y triste tortolilla,
 A hundir en vuestras frágiles espumas
 Los tiernos picos y esponjadas plumas.



À la niña C. D. G.

Niña que creces ufana,
Flor temprana,
De la vida en el verjel,
Ostentando primorosa,
Flor pomposa,
Tus mil matices en él;

Ríe y canta mientras dura
La frescura
Y la pompa de tu abril,
Mientras luce claro el día,
¡Vida mía!,
De tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno,
Hoy sereno
Brilla espléndido tu sol,
Y con vivo lampo dora
De tu aurora
El purísimo arrebol.

Ríe y canta, que este yerto
Gran desierto
Que llamamos mundo aquí,
Aun guarda blandos olores,
Ricas flores,
Y regalo para ti.

Aun en él para tu infancia
Hay fragancia,
Calma, sombra, fresco y paz,
Sin que viento revoltoso,
Tempestuoso,
Interrumpa tu solaz.

Aun podrás colgar tu cuna
De la luna
Al tranquilo resplandor,

Mientras el aura estremece,
Y te adormece
Con su canto el ruseñor.

Aun podrás con tu sonrisa,
Blanda brisa
Conjurar para dormir,
Sin que turbe tu contento
Un pensamiento
Del dudoso porvenir.

Aun podrás en deliciosos,
Vaporosos,
Blancos sueños delirar,
Sin temer que el desengaño
Vele huracán
A tu lado al despertar.

Que los niños, mientras os dura
La ventura
De la cándida niñez,
Siempre halláis un seno amigo
Que os da abrigo,
Calma y defensa á la vez.

Ramas de amorosa hiedra
Que á la piedra
Que os ampara os acogéis,
Pagándola en fortaleza
Y en belleza
El favor que la debéis.

¡Ah! Y podéis tornar los ojos,
Sin enojos
Ni zozobra criminal,
A buscar un tierno abrazo
En el regazo
Que os sustenta maternal.

Que sois ángeles los niños,
 Como armiños
 En pureza y en candor;
 Dulces prendas de consuelo
 Que en su duelo
 Da á los hombres el Criador.

Ríe y canta, niña hermosa,
 Flor pomposa
 De la vida en el verjel;
 Ríe y canta mientras dura
 La ventura
 Y la paz que hallas en él.

Ríe y canta tú, alegre primavera,
 Mariposa de cándido color,
 Que te meces inquieta y pasajera
 De árbol en árbol, y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;
 Mientras en este yermo baladí
 La ráfaga que abrasa al que la aspira,
 Brisa te da consoladora á tí.

Goza, niña, tranquila y descuidada
 Las dulces horas que de amor te dan,
 Sin acordarte de la edad pasada,
 Ni del dudoso venidero afán.

Goza, niña, en tan mágico embeleso
 El puro halago del materno amor,
 El labio atento al regalado beso,
 La frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,
 Vivir amando, y para tí no hay más,
 En el regazo maternal dormida,
 Sin ver delante, y sin mirar atrás.

¡Oh! Ven, hermosa, á mis cansados bra-
 Yo quiero amarte y delirar también; [zos,
 Quiero gozar tus débiles abrazos,
 Besar tus labios y tu blanca sien.

¡Si tú alcanzaras á saber de un niño
 Los mimos inocentes lo que son,
 Y cuánto calma un infantil cariño
 La amargura y pesar del corazón!.....

Ven: sentada en mis rodillas,
 Tus mejillas

Amoroso besaré,
 Beberé en tus ojos bellos
 Cuanta vida encuentre en ellos,
 Y en su luz me miraré.

Si en mis brazos arrullada,
 Fatigada,
 Te plugiera dormir,
 Porque duermas muellemente
 Alzaré confusamente
 Algún lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida
 Estás, ¡mi vida!,
 Escuchándome decir,
 Te contaré lindos cuentos
 De hadas y encantamientos
 Que te halaguen al dormir.

Te diré historias tan bellas,
 Que con ellas
 Sueñes, niña, sin cesar;
 Te diré cosas tan suaves
 Como el canto de las aves,
 Y del aura el susurrar.

Ríe, niña, y canta ufana,
 Flor temprana
 De la vida en el verjel;
 Ríe y canta mientras dura
 El regalo y la ventura
 Y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta
 La tormenta
 Desgarre de una pasión,
 Ríe y canta mientras inerme
 En la paz del tiempo duerme
 Encerrado el aquilón.

Mientras lejos de ti braman,
 Y esparraman
 Las venturas del vivir
 Los mundanos vendavales,
 Tú las dichas terrenales
 Apresúrate á reir.

Ríe y canta, niña hermosa,
 Flor pomposa
 De la vida en el verjel;
 Ríe y canta mientras dura
 El regalo y la ventura
 Y la paz que hallas en él.

Á UNA CALAVERA

FANTASÍA

— ¿Conoces á ese hombre?
— No por cierto.
— Mirale bien, y tómale las señas.
— Imposible. Lleva una máscara tan impenetrable como las tinieblas.»

F. COOPER.

¡ Ahí estás tú, secreto de la vida,
Espantosa memoria de la muerte!
Cifra cuanto fatal desconocida,
¿ Quién alcanzó jamás á comprenderte?

Honda verdad donde el vivir se encie-
Jeroglífico audaz, testigo mudo, [rra,
Que incrustó en los dinteles de la tierra
Quien sostenerse á su dintel no pudo.

Ahí estás con tu irónica sonrisa,
Tus huecos ojos y tu calva frente,
Aguardando tal vez la última brisa
Que al puerto del morir lleve la gente.

¿ Qué miran, di, tus cóncavos vacíos?
¿ Qué escuchan tus oídos sin orejas?
¿ Rien de los humanos desvaríos
Con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿ Quién eres, di, desnuda calavera,
Crédito del que fué, prenda de alguno,
Que por ser una prenda de cualquiera
No como suya te querrá ninguno?

¿ Fuistes hermosa y joven y adorada,
Fuiste grande, feliz, rica y temida,
Ó cruzastes el mundo despreciada
Mendigando tu pan desconocida?

Si faiste rey, ¿ qué se hizo tu corona?
Si grande, ¿ qué se hicieron tus blasones?
¿ Quién tu nobleza y tu poder abona
Del callado sepulcro en las regiones?

¿ Oyes alguna vez esa campana
Que dobla por los vivos que murieron?
Al eco de su voz triste y lejana,
¿ Sabes tú si las almas acudieron?

¿ Alguna vez, sombría calavera,
Acaso algunos monjes te llevaron
A un templo, donde en pompa lastimera
Sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada obscura,
¿ Sin duda que gozaras cuando viera
Tantas cabezas que la tierra impura
Ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,
¿ No te halagaba en la mortuoria fiesta
En recinto común tener contigo,
Un pueblo, un trono, un ara y una orques-
[ta?

Quando á la roja luz de los blandones
En el metal del ara te veías,
Al contemplar tus cóncavas facciones,
Tu espantoso mohín, ¿ no te reías?

Al revolver tus viejos pensamientos,
Si acaso pensamientos te dejaron
Las lluvias, los gusanos y los vientos,
¿No te excitó á reir lo que pensaron?

Aquella niña hermosa que escondía
Los dedos de marfil torneados, puros,
Entre los rizos que en la sien mecía
En confusión, como la sombra obscuros,

Sus ojos de azabache, que espían
Los ojos del mancebo irreverente,
A cuyo fuego criminal brotaban
Las rosas del pudor sobre su frente,

Aquella niña bulliciosa, inquieta,
La sien ceñida de crespón y flores,
Que por ajeno parecer sujeta,
A los pies del altar soñaba amores:

Tú la veías seca y descarnada,
Sin cuanto bello en la hermosura hechiza,
Calva la frente, huera la mirada,
Los labios de coral vueltos ceniza.

¡Oh! ¡Gran cosa ha de ser sobre una tum-
Contemplar en el polvo reunida [ba
La loca multitud que se derrumba
Por el gran precipicio de la vida!

¡Gran cosa ¡vive Dios! llamar á fiesta
Con la gigante voz de las campanas,
Y encender cirio y aprestar orquesta,
Y alzar altares y entoldar ventanas,

Y convidar á celebrar su nada
A cuanta juventud, pompa y belleza
Vegeta en una tierra condenada
A acabar en la nada donde empieza!

¡Oh! ¡Gran cosa tener en una farsa
El principal papel, la voz primera,
Y ver alrededor pueblo y comparsa,
Siendo en un funeral la calavera!

¡Tener un rey y un pueblo prosternado,
Cabizbajo y sin voz, humilde y quedo,
Todo el poder del mundo arrodillado,
Lleno el cobarde corazón de miedo!

¡Oh! ¡Gran cosa tener reyes y hermosas
Descubierta y doblada la cabeza,
Sin poder en las manos poderosas,
Sin encantos ni gracia en la belleza!

¡Y en un sitial de muerte y podredumbre
Sentirle bajo el pie como un juguete,
Y reir de la esclava muchedumbre
A la sombra de sórdido bonete!

¡Gran corona imperial! ¡Grave tocado!
¡Entre un harapo inútil é irrisorio
Un esqueleto seco y cercenado
Presidiendo en un túmulo mortuorio!

¡Grave fiesta terrena! ¡Regia pompa!
¡Donde vamos los míseros mortales,
Al ronco són de la funesta trompa,
A cantar nuestros propios funerales!

¡Donde á la entrada del fatal recinto
Suenan los brindis, la algazara y grita
Que dentro del mundano laberinto
Al insensato populacho irrita!

¡Oh! Tú puedes decirle al mundo entero:
«Ríete y bebe, miserable, y danza,
Mientras en el lecho funeral te espero,
Porque yo soy tu fin y tu esperanza.»

Y ¿no ríes, sombría calavera?
¿No se te antoja descender al llano,
Y entrar en el festín como cualquiera,
Y á una hermosa ofrecer la seca mano?

¿Agitar tu esqueleto en danza loca,
Con tus huesos ceñir una cintura,
Y preparar en la desierta boca
Un ósculo á la gracia y la hermosura?

Porque si fuiste bella en otros días,
Con ojos negros, labios de corales,
Alguna vez sin duda gustarías
La dulce miel de halagos criminales.

Porque si fuiste grande y poderoso,
Sin duda que en ensayos seductores
Sondaras el secreto vergonzoso
De trastornar en duelos los amores

Porque si esclavo fuistes ó mendigo,
Ansiarías de grandes y de dueños
Los que no dividieron ¡ay! contigo
Torpes placeres y nefandos sueños.

Porque si fuiste austero solitario
Allá en la soledad de tu retiro
Alguna vez lanzaras temerario
En pos de otro placer algún suspiro

¿No se te antoja descender al llano
Engalanada y fácil y ligera,
Y en la fiesta mostrar al mundo insano
De repente tu calva calavera?

¡Oh! ¿Qué te falta para bien tamaño?
¿Una piel transparente y delicada
Que cubra el espantoso desengaño
Del secreto fatal de nuestra nada?

Y ¿qué importa la piel? Manto gastado
Que nos presta al nacer la tierra ruda,
Serás una beldad que han convidado,
Y por mostrarla más viene desnuda.

¡Oh! Ven á delirar donde deliren,
Y serás la verdad á quien adoren,
Y el espejo serás en que se miren
Cuando al tocar su fin clamen y lloren.

Y ven á murmurar donde murmuren,
A cantar donde canten, las botellas
A apurar donde en órgia las apuren
En ebria confusión ellos con ellas.

Brinda altanera cuando brinden todos,
Y con todos también jura y blasfema,
Hasta que doblen la cerviz beodos
Para alzarla á la voz de tu anatema.

—
Harapo que deja el hombre
Porque su raza al pasar
El suelo en su viaje alfombré;
Firma fatal, cuyo nombre
No se alcanza á deletrear.

Y ¿es cierto, cráneo pajizo,
Que aunque pese al corazón
Eres tú para quien se hizo
Tanta gala y tanto hechizo,
Tanta y tanta creación?

¿Es cierto que en otros días,
Con otra faz y otra tez,
Como yo vivo, vivías,
Como yo río, reías,
Ajeno de tu hediondez?

¿Que en esos cóncavos hondos
Dos ojos aposentabas
Vivos, inquietos, redondos,
Y que esos dientes hediondos
En dos labios encerrabas?

¿Que en tu roída mejilla
Brillaron matices bellos
En tu tierna edad sencilla,
Y que en tu sien amarilla
Se arraigaron los cabellos?

¿Es cierto, di, que esa boca
Sin contornos ni calor,
Que hoy sólo la muerte evoca,
Manó en tu esperanza loca
Dulces palabras de amor?

¿Que acaso el labio amoroso
En suavísimo embeleso
A un amante cariñoso
Demandaba voluptuoso
Regaladísimo beso?

¿Que tal vez sabio profundo,
Pasabas tus largas horas
Sombrío y meditabundo
Buscando avaro en el mundo
Venturas engañadoras?

¿Que tal vez el ojo atento
Sobre un libro amarillento
En tu amarga soledad,
Se agotó tu pensamiento
Pensando tu eternidad?

¿Que tal vez señor mundano
De alcázares y jardines,
Viviste torpe y liviano
Entre tropel cortesano
En impúdicos festines?

Y ese mundo baladí,
Sabio, amante, loco ó rey,
Te trajo con mofa aquí
Diciéndote: «Esta es la ley:
Cadáver, descansa ahí.»

¡Oh! ¡Nada nos deja ver
De tus historias de ayer
Tras de tu faz deleznable
Tu máscara impenetrable,
Imposible de romper!

Todo lo envuelve esa muda,
Vaga, insondable verdad
Que tu inmoble gesto escuda,
Esa verdad que desnuda
La invisible eternidad.

Y el pensamiento altanero
Viene á estrellarse ¡ay de mí!
En ese gesto severo,
Que es un centinela fiero
De lo que hay detrás de ti.

En vano dentro la mente
Se rebelan revoltosas
Las ideas locamente,
Creándose de repente
Teorías mentirosas;

Todas vienen á expirar
En tus cóncavos vacíos,
Cual las fuentes van á dar
Sus arroyos á los ríos,
Y los ríos á la mar.

En vano la vida entera
Contra tu verdad conspira,
Desdeñosa calavera,
Que todo en tu faz severa
Se desvanece ó expira;

En esa cerviz curada
Al soplo de la tormenta,
Por el tiempo descarnada,
Cuya vida inanimada
Ni el tiempo ni el sol calienta;

Y en tu mirada indecisa
Y en tu irónica sonrisa,
Y en esa hendidada y entera,
Seca y solitaria hilera
De tu dentadura lisa.

Y ahí te estás entre la arena
Como una cosa caída,
Como inútil prenda ajena
A quien nadie juzga buena
Sólo porque está perdida.

Y ¡por Dios! que si los hombros.
Que un día te sustentaran
Volvieran á estos escombros
A buscarte, ¡con qué asombros
De placer te acariciarán!

¡Oh! ¡Si alzándote una vez
Aun te pluguiera ostentar
La perdida esplendidez,
Y quisieras tu hediondez
Con tu vida engalanar;

Y prendieras en tu frente
Unos cabellos postizos
Que en madeja reluciente
Cayeran confusamente
En mil perfumados rizos;

Y el esqueleto sonoro
Velaras altiva tú
Con minucioso decoro
Entre nácar, perlas y oro
Y entre crujiente tisú;

Cubrieras el seco cuello
Entre las flotantes plumas,
Los collares y el cabello,
Velos echando sobre ello
Tan sutiles como espumas;

Y el repugnante mohín
De tu inmoble rostro viejo,
Con esa risa sin fin
Asomaras á un festín,
Tomándole por espejo!

.....

Si, acaso rey destronado,
Se te antojara salir
Para ver dó está enterrado
El ejército arrojado
Que llevaste á combatir,

Y allá en el campo desierto
Do fué tu postrer batalla,
De aquel mausoleo abierto
Tu pueblo evocaras muerto
De entre el polvo en que se halla,

Y si á tu voz poderosa
Despertando con asombro,
Tu nación volviera ansiosa,
Trayendo el arnés al hombro
En faz de guerra espantosa.....

¡Oh! ¡Diabólico senado,
Medrosa, horrible ilusión,
Ver tanto esqueleto armado
En torno un rey convocado
Al dintel del panteón!

Y si vagaran errantes
Ensondeciendo la tierra,
Combatiéndose pujantes,
Con clamores insultantes
Pregonando su impía guerra....

¡Ah! ¡Delirios son del alma,
Que no te alcanza, Señor,
En los terribles secretos
De tu infinita creación!

En los tormentosos días
De mi mundanal dolor
Medité desesperado
Sobre los sepulcros yo.

Pasé de tumbas á tumbas
De mi porvenir en pos,
Y en todas encontré polvo,
En todas polvo, Señor.

En todas esa sentencia
Que cae sobre quien nació
Desde esos gestos inmóviles
Sin miradas y sin voz.

En todos esos despojos,
En cuya horrible atención,
En cuya eterna sonrisa
De complacencia feroz.

En cuyo todo espantoso
Deletrea el corazón
La triste palabra NADA
Confundido de pavor.

Y ¿es ése, Señor, el hombre
Que de tu mano salió,
Hecho á semejanza tuya,
Aborto digno de un Dios?

¿Es ésta, Señor, la vida,
Que como una maldición
Nos carcome cuanto bello
Tu bondad nos regaló?

Entonces ¡ay! ¿qué nos vale
Que alumbre tan puro el sol
Y en la noche se refleje
La luna en su resplandor?

¿Qué sirve que allá en los bosques
En pintada confusión
Canten en bandos alegres
El mirlo y el ruiseñor?

¿Que los árboles murmuren
En melancólico són,
Y esponje á su blanda sombra
Su dulce cáliz la flor?

¿Qué sirve que en blanda arena
Tienda su curso veloz
El arroyuelo que viste
La pradera de verdor,

Y con sus líquidas perlas
Los jazmines juguetón
Salpique, con que la pródiga
Primavera le alfombró?

¿Que el mar se encorve bramando
De las playas en redor,
Y le azote y le sacuda
Revoltoso el aquilón?

¿Qué sirve ese cielo azul
En cuyo centro adunó
Mil nubes tornasoladas
En caprichoso montón,

Si todo no es más, al cabo,
Este universo, Señor,
Que de una inmensa familia
El inmenso panteón?

¿Qué sirve á esa calavera
Una existencia de honor,
Una vida de virtudes,
De crimen ó de aflicción?

¿Qué le vale todo un siglo
De penitencia ó de amor,
La corona ó la cadena
Que en este mundo arrastró,

Si el hombre que la llevaba,
Al salir de esta mansión,

Como una máscara inútil
Despechado la arrojó?

En vano la he demandado
Por la infamia ó el blasón
Del dueño que en ese osario
Entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espanta,
Su sonrisa me hace horror,
Y su boca tiene ahogada
En su garganta la voz.

¿Qué espera? Tal vez lo ignora.
Ahí está al aire y al sol,
Eternamente riendo
De cuanto pasa y pasó,

Al borde de la vereda
Que conduce al panteón,
Diciendo á cada viajero
Con eterna risa:—¡Adiós!



LAS HOJAS SECAS

Á MI MADRE

Dicen que todo al fin se desvanece,
Todo pasa, se olvida, pierde y borra....
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Un templo, un bosque, un ave que pasan-
Cruza en el viento descarriada y sola, [do
Prensan mi corazón, y á mis pupilas
Solitaria una lágrima se asoma.

Pláceme ver un claro riachuelo
Lamer su orilla con azules ondas,
Y al resplandor del trémulo sepulcro
Sentir la fuente murmurar sonora.

Pláceme ver, tras el opuesto monte,
Hundir al sol su faz esplendorosa,
Y despedirle desde el hondo valle
Al compás de las aguas y las hojas.

Y pláceme en paseos solitarios,
En dulces sueños delirando sombras,
Perderme en la floresta sin camino
Ideando quiméricas historias.

La mía es triste, cansa y no interesa;
Sin aventuras intrincadas, corta;
Es una historia solamente mía,
Como otras muchas que á la vez se ignoran.

Es la historia de un sueño fatigoso,
En que nada sucede, nada importa;

No se comprende, pero no se olvida,
Y sus vagos recuerdos nos acosan.

Yo la recuerdo con vergüenza siempre,
Temo profundizarla, y sus memorias,
Como gotas de mágico veneno,
Caen en mi corazón una tras otra.

¿Qué os hicisteis, dulcísimos instantes
De mi infancia gentil? ¿Dó están ahora
Los labios de coral que me colmaron
De blandos besos que mis ojos lloran?

¿Dó está la mano amiga que trenzaba
Las hebras mil de mi melena blonda,
Tejiéndome coronas en la frente
De azucenas silvestres y amapolas?

Era ¡ay de mí! mi madre; alegre enton-
Tranquila, amante, como el alba hermosa;
Jamás me ha parecido otra hermosura
Tan digna de vivir en mi memoria. [ces,

Apartaos, impúdicas quimeras;
Más os detesto cuanto más vosotras
Tenaces me seguís; ya no sois nada,
Cesó el festín, rompiéronse las copas.

Ella es mi madre; sus ardientes besos
Con vuestra vil presencia se inficionan;
Idos en paz, que el llanto de sus ojos,
Del alma impura vuestra imagen borra.

¡Madre, te encuentro llorando!
 ¡Ah! ¡No atiendes á mis voces!
 Mírame, ¿no me conoces?
 ¿Tan mudado, madre, estoy?
 ¿Tan pronto borrar pudieron
 Mi rostro las desventuras?
 ¡Bebí tantas amarguras!.....
 Pero al fin, madre, yo soy.

¡Cuán trémula está tu mano!
 Tu corazón, ¡cuán opreso!
 Madre, ¿no tienes un beso
 Ni una queja para mí?
 ¡Lloras! Beberé tu llanto.....
 Mas abrasan tus mejillas.....
 Heme, madre, de rodillas
 Avergonzado ante ti.

Apartas de mí los ojos;
 Sufres viéndome, lo veo;
 Mas estoy como está el reo,
 Humillado ante su Dios.
 Tornadme el rostro, señora,
 Y aunque lo tornéis severo,
 Aunque sea el favor postrero
 Porque me ausente de vos.

Lo sé: receláis acaso
 Que vendí vuestro cariño
 Por el impúdico aliño
 De otro amor más terrenal.
 Este color de mi frente
 Tal vez os parece impuro.....
 ¡Oh, Madre mía, os lo juro:
 Me habeis comprendido mal!

Soñé, y me desvanecieron
 Mis fatales ilusiones;
 Sentí mis locas pasiones
 Dentro de mi pecho arder.
 La tempestad era horrible,
 La noche lóbrega, densa,
 La mar tormentosa, inmensa,
 Mi barca débil..... ¿Qué hacer?

Lanzado al mar sin aviso,
 Déjeme llevar del viento;
 Sacóme el mar turbulento
 Á otra playa de ilusión;

Yo á lo lejos la miraba:
 Y era una tierra tan bella,
 Que el pasar, madre, por ella,
 Fué terrible tentación.

Bebí el agua de sus fuentes,
 Gocé el aura de sus flores;
 Embriagado en sus amores,
 En sus bosques me adormí;
 Allí, el placer me esperaba;
 Vos, en la opuesta ribera.....
 Horrible tentación era,
 Mas luché, madre, y vencí.

Tal vez en mi sien soñaba
 Glorioso laurel naciente;
 Yo le arranqué de mi frente;
 Pensaba en vos, y le hollé.
 Allí que ló entre la arena,
 Y, al lanzarle, dije:—Crece,
 Que si mi sien te merece,
 Más ansioso volveré.

En vano mis ilusiones
 Me acosaron tumultuosas;
 Á las ondas procelosas
 Me arrojé audaz, y volví.
 Sin fuerza, sin esperanza,
 Madre, en mi congoja fiera,
 Tu imagen fué la postrera
 Que guardé mientras viví.

¡Mas tú, inconsolable lloras
 Sin atender á mis voces!
 ¡Mi vida! ¿No me conoces?
 ¿Tan mudado, madre, estoy?
 ¿Tan pronto borrar pudieron
 Mi rostro las desventuras?
 ¡Bebí tantas amarguras!.....
 Pero, al fin, madre, yo soy.

¡Mas no me escuchas! ¡Llorando,
 La faz amorosa escondes!
 Te llamo y no me respondes:
 ¡Tanto, madre, te ultrajé!
 Te entiendo, por fin: yo solo
 No basto ya á consolarte;
 Me será fuerza dejarte,
 Y á la mar me volveré.

Mas oye: Es el otoño; rebramando,
El ábrego los árboles sacude;
De roncós cuervos el siniestro bando,
A los peñascos cóncavos acude.

Brilla sin fuerza el sol en Occidente,
Y allá en la falda de espinoso risco,
Guía el pastor, con paso indiferente,
Las humildes ovejas al aprisco.

Seco el follaje de la selva umbria,
De sus verdes doseles se despoja;
Y al empuje de ráfaga bravía,
El bosque se desnuda hoja por hoja.

El ábrego las huella y arrebatá,
Las arrastra en revuelto torbellino,
Ciega en la fuente la serena plata,
Borra los lindes del igual camino.

Triste fantasma del verjel ameno
Y esqueleto fantástico, semeja
Cada desnudo tronco, un día lleno
De la sombra magnífica que deja.

Flores, ¿en dónde estáis? Y ¿dó se esconden
Los céspedes que amenos os cercaban? [den
¿Cómo los ruiseñores no responden
Al són de las alondras que pasaban?

¿Qué es del arrullo de la mansa fuente
Donde á beber bajaban las palomas?
¿Qué es del aura que erraba suavemente,
Cargada de suspiros y de aromas?

Las galas del Abril se marchitaron,
Los céfiros errantes se extinguieron,
En ayes los murmullos se tornaron,
Y anchos arroyos las corrientes fueron.

Todo pasó. En el valle pantanoso
Hay en vez de una fuente una laguna,
Y en las ramas del álamo pomposo,
Las hojas se desprenden una á una.

—
Así, madre, van mis días,
Con las hojas de consuno,
Desprendiéndose uno á uno
Al vaivén de la pasión.

Y así van las ilusiones
De mi esperanza importuna,
Desprendiéndose una á una
De mi seco corazón.

Como esas hojas marchitas
No volverán á su rama;
El cierzo las desparrama,
La lluvia las pudrirá.
Como el bosque queda triste,
Y silencioso y desnudo,
Seco y solitario y mudo
Mi corazón siento ya.

Esas hojas amarillas
Que ayer, nos prestaron sombra,
Ni aun las querrá por alfombra
El tornasolado Abril;
Míralas, madre, cuál ruedan
Entre la arena perdidas,
Holladas y sacudidas
Por el aura más sutil.

Eso son nuestras creencias,
Nuestras miserables ficciones;
Eso son nuestras pasiones,
Nuestra vida terrenal:
Nacen, dan sombra un instante,
Suenan, se mecen, se cruzan,
Caen, ruedan, se desmenuzan,
Y las lleva el vendaval.

Si ellas al rápido soplo
Del cierzo desaparecen,
Otras en el árbol crecen
Y se apiñan otra vez;
Mas yo iré, cual hoja seca
Por el viento desprendida,
Arrastrando de mi vida
La juventud, la vejez.

Y el negro remordimiento
Irá por doquier conmigo,
Como verdugo y testigo
De mi perdurable afán.
Y cuando á su vieja llama
Encanezcan mis cabellos,
Madre, debajo de aquéllos
Jamás otros nacerán.

Porque estas hojas errantes
 Que por mi memoria vagan,
 Estos recuerdos que amagan
 No dejarme hasta morir,
 Hojas secas de mí mismo,
 Que arrancadas de mi centro,
 A mí asidas las encuentro
 Sin poderlas desasir,

No pasarán como pasan
 Esas hojas del otoño;
 No tienen otro retoño,
 Mas tampoco tendrán fin;
 Sopla el viento y no las lleva,
 Cae la lluvia y las perdona;
 Igualmente las abona
 El desierto y el jardín.

—

Dicen que todo al fin se desvanece,
 Todo pasa, se olvida, pierde ó borra.....
 ¿Soy infeliz? No sé. Mas vivo triste
 Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Madre, ¿creerás también que todo pasa
 Como en alas del ábrego las hojas,
 Como del vago céfiro los ayes,
 Como del mar las fugitivas ondas?

¿Crees tú que pasarán para tu hijo,
 Como del bosque la agostada pompa,
 Tus recuerdos, tu amor, tu sacra imagen,
 Que todo el corazón le ocupa sola?

¿Crees, madre, que al huir desesperado
 A playas extranjeras y remotas,
 Corre tras la molicie y los placeres,
 Busca una libertad cínica y loca?

¿Crees tú que anhela, en climas aparta-
 Libre gozar su juventud fogosa? [dos,
 ¿Crees que, olvidado de su madre, viva?....
 Quien lo dijo, mintió, madre y señora,

Doquier que arrastre su existencia in-
 Suerte feliz ó mísera le acorra, [útil,
 Ya duerma en los harapos del mendigo,
 Ya en blanda pluma de opulenta alcoba,

Ya espere un porvenir sin esperanza,
 Ya circunde su sien verde corona,
 En la mazmorra, en el alcázar....., madre,
 Dondequiera que aliente, allí te adora.

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu ima-
 Nunca pasa, se olvida, pierde ó borra, [gen
 Como pasan al aire del otoño,
 Del bosque umbrío las marchitas hojas.



Á BLANCA

Despierta, Blanca mía,
Que ya brillante y clara,
A largo andar se viene
Riendo la mañana.

Despierta, que ya alegres
Los ruiseñores cantan
Sus amorosas letras
Saltando entre las ramas.

Despierta, Blanca hermosa,
Y al bosque ameno baja,
A dar al campo enojos
Y avergonzar al alba.

Y baja sin recelo,
Que quien aquí te aguarda
No ha de cansarte, hermosa,
Contándote batallas.

No de su noble stirpe
Los títulos y hazañas
Te contará altanero,
Ni necias antiguallas.

Ni te dirá en prolijas
Razones estudiadas,
Costumbres y opulencias
De tierras más lejanas.

Ni en versos lastimeros,
Al ronco son del arpa,
Lamentará, fanático,
Desastres de su patria.

No; lejos de nosotros
Creencias tan livianas,
Estúpidos ensueños
Que son al cabo *nada*.

Despierta y ven al bosque,
Donde te espero, Blanca,
Por verte más hermosa
Que el sol que se levanta.

Aquí hay sombríos lechos
Con que la hierba blanda
Convida, al són acorde
De fuentecilla mansa.

Aquí las mariposas
Sobre la frente vagan,
Y las pintadas flores
Revientan en fragancia.

Y bullen los arroyos,
Y murmuran las ramas
Al compasado impulso
De las sonantes auras.

El sol tiñe las cimas
De las rocas lejanas,
Cubiertas de rocío
Sus asperezas calvas.

Aquí todo es contento,
Seguridad y calma.
¡Oh! Ven, paloma mía,
A la floresta baja.

¡Oh! ¡Cuán hermosa viene!
 ¡Qué bella estás, mi Blanca!
 Cantad, parleras aves,
 Cantad y saludadla.

Te tengo entre mis brazos.
 ¿Qué espero? ¿Qué me falta?
 La dicha de mirarte
 Me enajena y embriaga.

Y..... lejos de nosotros
 Los mundanos fantasmas,
 La gloria y el renombre,
 La grandeza y la patria.

Locuras, Blanca mía,
 Ridículas palabras;
 La gloria y la grandeza
 Son ilusiones vanas.

¿Te ríes, vida mía?
 ¿Recuerdas aún las lágrimas
 Que un día por la gloria
 Vertí sin esperanza?

¡Oh Blanca! Era otro tiempo:
 Ya más segura el alma,
 No soy más que un poeta
 Que ocio y placeres canta.

¿Aun ríes? Cómo brillan
 Tus pupilas..... Me abrasa
 No sé qué fuego en ellas.....
 ¡Oh, dame un beso, Blanca!

La gloria es un ensueño,
 Todo en la tierra pasa;
 Dame un beso y, si quieres,
 Rompe mi lira, Blanca.





CANCIÓN

Triste cantá el prisionero
Encerrado en su prisión,
Y á sus lamentos responde
Su cadena en triste són.
Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Van mis horas, van mis días
Mi esperanza carcomiendo;
El valor va sucumbiendo,
Vase helando el corazón.
Cuanto espero, desespero,
Que en destierro tan tirano
Sólo escucha el viento vano
Mi cantar y mi aflicción.
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

Si á tu oído, vida mía,
Mi canción llegar pudiera,
Yo sé bien que no muriera
Al rigor de mi prisión.
Mas tú gozas descuidada,
De mis cuitas bien ajena,
Mientras ronca mi cadena
Me acompaña en triste són.
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

¡Cuántas veces, despertando
Por el cristal del deseo
Me imagino que te veo
En amorosa ilusión!
Yo te llamo y te acaricio,
Los brazos audaz te tiendo,
Mas tú me huyes, y yo entiendo
¡Ay de mí! que sueños són.
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

Ríe y canta, y goza y vive,
Mientras sueño, y canto, y lloro
Los hechizos que en ti adoro,
Vida y sol del corazón.
Aquí, en tanto, hermosa mía,
¡Norte y faro de mis ojos!
Al rigor de tus enojos,
Y al dolor de su pasión,

Triste canta el prisionero
Encerrado en su prisión,
Y á sus lamentos responde
Su cadena en ronco són.
Abrele, viento, camino á la voz.



El crepúsculo de la tarde.

Sentado en una peña de este monte
Tapizado de enebros y maleza,
Estoy viendo en el cárdeno horizonte
Reverberar el sol en su grandeza.

Y allá esconde su luz tras la colina,
Y se cree que su sombra nos oculta
Otra region luciente y cristalina
Do airado el sol su púrpura sepulta.

Arde la cima; el horizonte extenso
Trémulo brilla con purpúrea lumbre;
Un mar de grana le circunda inmenso,
Y un piélago de sol flota en la cumbre.

El sol se va; su rastro luminoso
Ha quedado un instante en su camino:
¿Quién seguirá en su curso misterioso
La infinita inquietud de su destino?

El sol se va; la sombra se amontona;
Las nubes en opacos escuadrones
Avanzan al ocaso, y se abandona
La atmósfera á sus rápidas visiones.

Si es que despiden á la luz del día,
Si atropellan la luz porque se acabe,
Si son cifras de paz ó de agonía,
Desde el Sumo Hacedor nadie lo sabe.

El sol se va; las nieblas se levantan;
Los fuegos del crepúsculo se alejan;
Murmura el árbol y las aves cantan;
Y ¿quién sabe si aplauden ó se quejan?

Gime la fuente, y silban los reptiles
Que guarda entre sus algas la laguna,
Y las estrellas por Oriente á miles
Trepan en pos de la inocente luna.

El sol se va; ya en ilusion tranquila,
De aérea nube entre el celaje gayo
Que tras su lumbre con afán se apila,
De smayado pintó su último rayo.

Adiós, fúlgido sol, gloria del día!
Duerme en tu rico pabellón de grana;
Ora nos dejas en la noche umbría,
Pero radiante volverás mañana.

Húndete en paz, ¡oh sol! que yo te es-
Yo sé que volverás de esas regiones [pero;
Do allende el mar, como á inmortal viajero,
Te esperan otro mar y otras naciones.

Y te esperan allá porque allá saben
Que al hundirte en la playa más lejana
Les dejas en tinieblas porque alaben
La nueva luz que les darás mañana.

Yo sé que volverás, ¡luz de los cielos!
Y ese volcán con que tu ocaso llenas
Del alba al desgarrar los tenues velos,
Cinta será de blancas azucenas.

Vé en paz, y allá te encuentres bulli-
Otra feliz desconocida gente, [ciosa
Que ora tal vez pacífica reposa
Á la luz de la luna transparente.

Vé en paz, ¡oh rojo sol! si allí te esperan;
Que allí, tras otros mares y otros montes,
Derramados tus rayos reverberan
En otros infinitos horizontes.

Tú alumbras las recónditas riberas
Donde una gente indócil y atezada
Alza en medio de bosques de palmeras
Las tiendas en que duerme descuidada.

Tú alumbras las medrosas soledades
Donde no crecen árboles ni flores,
Donde ruedan las roncadas tempestades
Sobre un vasto arenal sin moradores.

Tú alumbras en sus márgenes cercanas
Un pueblo altivo que á tu luz vasallo
Te muestra sus bellísimas sultanas
En el secreto harén de su serrallo.

Tú ves el blanco y voluptuoso seno
De la europea en su niñez cautiva,
El rojo labio de suspiros lleno,
La frente avergonzada, pero altiva.

Tú ves la indiana de ébano orgullosa
Con su tostada y vívida hermosura,
Que entre dos labios de encendida rosa
Asoma de marfil su dentadura.

Tú alumbras esas danzas y festines
En que negras y blancas confundidas
Unas de otras se ven en los jardines
Cual sombra de sus cuerpos desprendidas.

Tú alumbras los recuerdos portentosos
De Atenas, de Palmira y Babilonia,
Y á par te esperan, de tu lumbre ansiosos,
Monstruos de Egipto y cisnes de Meonia.

Te esperan las cenizas de Corinto,
Las playas olvidadas de Cartago,
Y del chino el recóndito recinto,
Y el salvaje arenal del indio vago.

Te esperan de Salén los rotos muros,
Del muerto mar los ponzoñosos riscos,
Que de los pueblos de Gomorra impuros
Son á la par sepulcros y obeliscos.

Tú sabes dónde están las calvas peñas
En donde los primeros cenobitas,
De Cristo tremolaron las enseñas,
Alcázares tornando sus ermitas.

Tú sabes el origen de las fuentes,
Los mares que no surcan raudas velas,
En qué arenas se arrastran las serpientes,
Y en qué desierto vagan las gacelas.

Tú sabes dónde airado se desata
El ronco y polvoroso torbellino,
Dónde muge la excelsa catarata,
Por dónde el hondo mar se abre camino.

Mas ya en tu ocaso tocas y te alejas;
Ante ese inmenso pabellón de grana,
Cuán ciego sin tu luz ¡oh sol! me dejas...
Mas vete en paz, que volverás mañana.

¡Mañana! ¡Y en tanto crecen
Esos fantasmas de niebla
Con que el ambiente se puebla
En fantástico tropell!
Y se agolpan esas nubes
Que acaso al sol atropellan,
Se confunden y se estrellan,
Despeñándose tras él.

¡Mañana! Y de aquesta sombra
Entre el denso opaco velo,
No veo el azul del cielo,
Valles, ni montes, ni mar.
¡Mañana! Y ora encerrado
En esta atmósfera oscura,
Sé que existe la hermosura,
Sin poderla contemplar.

¡Mañana!..... Y en esta noche
Tan tenebrosa en que quedo,
Me acongojan y dan miedo
La noche y la soledad;
Doquier que vuelvo los ojos,
Doquier que tienda una mano,
Miro y toco el ser liviano
De la negra oscuridad.

Siento que á mi lado vagan
Fantasmas que no conozco;
Veo luces que se apagan
Al intentarlas seguir;
Percibo voces medrosas
Que entre la niebla se pierden,
Sin saber lo que recuerden
Ni lo que intenten decir.

Siento herirme la mejilla
Un soplo vago y errante,
Como un suspiro distante
De alguien que pasa por mí.
Tiemblo entonces, temo y dudo:
Mis años y mis momentos
Me tienen mis pensamientos
En estrecha cuenta allí.

¿Qué negro sueño es aquéste,
Qué delirio el que padezco?
Esta sombra que aborrezco,
¿Cuándo pasa? ¿Adónde va?
La siento sobre mi frente
Que en masa gigante rueda,
Y siempre sobre mí queda,
Siempre ante mi vista está.

En la sombra, me dijeron,
Se delira y se descansa,
El pesar duerme y se amansa,
La aflicción toca en placer:
En la sombra estamos solos,
No nos oyen ni nos miran,
Todos los ecos conspiran
Nuestro mal á adormecer.

Mas yo aquí conmigo mismo,
Oigo y veo, toco y siento
Á mi propio pensamiento
Y á mi propio corazón:
No estoy solo, no descanso,
Me oyen, me ven, no deliro....
Y estos fantasmas que miro,
¿Qué me quieren? ¿Quiénes son?

Oigo el agua que murmura,
Siento el aura que se mueve,
Miro y toco, y sombra leve
Hallo sólo en derredor:

Busco afanoso, y no encuentro;
Pregunto, y no me responden:
¡Ay! ¿Dó están, y dó se esconden
Los consuelos del dolor?

No sé; que el cielo encapotan
Esas nubes cenicientas
Que se arrastran turbulentas
Por la atmósfera sutil;
No sé....; mas siento que todos
Los recuerdos de mi vida,
En tropa descolorida
Me asaltan de mil en mil.

No sé....; porque ¡no es reposo
Este nocturno tormento
Que el escuadrón macilento
De mis recuerdos me da!
¡Tantas imágenes bellas
Que giran en mi memoria!
¡Tantas creencias de gloria
Que son ilusiones ya!

Flores marchitas del tiempo,
De olor exquisito y sumo,
Que pasaron como el humo,
Que no volverán jamás....
Sol, tú has hundido tu frente
Tras la espalda de ese monte;
Mañana en el horizonte
Otra vez te elevarás.

Sol, ¡mañana más radiante,
En los brazos de la aurora
Tornará tu encantadora
Soberana esplendidez!
Sol, tú ruedas por los cielos;
Mas por el cielo que pueblas,
No tropiezas con las nieblas
De esta vaga lobreguez.

Sol, tú vuelves más sereno
De tu viaje cotidiano;
Sol, tú no esperas en vano
Que volverás desde allí.
Sí, tú volverás mañana;
Mas al tocar en tu Oriente,
¿Sabes tú, sol refulgente,
Si mañana estaré aquí?

Mas vete en paz, ¡oh sol! baja tranquilo
 Por ese rastro de esplendente grana:
 Yo en esta roca buscaré un asilo
 Hasta que vuelvas otra vez mañana.

Me han dicho que en la noche silenciosa
 Los espíritus vagan en el viento,
 Que flotan en la niebla misteriosa
 Sífides blancas de aromado aliento,

Que las aéreas sombras bienhadadas
 De los que eran aquí nuestros amigos,
 Vienen sobre las brisas desatadas,
 Del nocturno reposo á ser testigos.

Me han dicho que en los bosques aparta-
 En las márgenes frescas de los ríos, [dos,
 Por el agua y las hojas arrullados,
 En torno de los árboles sombríos,

Danzan alegres, de su paz gozando,
 Y á los que en vida con afán querían,
 Desde la turba de su alegre bando
 Ilusiones dulcísimas envían.

Y dicen que esos son los halagüeños
 Fantasmas que en la noche nos embriagan,
 Esos los blancos y amorosos sueños
 Que en nuestra mente adormecida vagan.

Tal vez será verdad; vendrán acaso
 Nuestra vida á endulzar esas visiones,
 Y de una estrella al resplandor escaso,
 Entonarán sus mágicas canciones.

Sí; tal vez á sus madres amorosas
 Colmarán de purísimos cariños
 Las transparentes sombras vaporosas
 De los risueños inocentes niños.

Tal vez venga el esposo enamorado
 Al triste lecho de la esposa viuda
 A darla en paz el beso regalado
 Que en su labio agostó la muerte ruda.

Tal vez sean en voz esos suspiros
 Con que la oscura soledad resuena,
 Y su aliento esa brisa á cuyos giros
 Mausá murmura la floresta amena

Tal vez será verdad.....; pero á mí ¡triste!
 Que no me vela amante y cuidadosa
 Esa sombra que á alguno en paz asiste,
 Amigo, hermano, idolatrada esposa;

A mí, que no me cercan esos vagos
 Benéficos fantasmas de la noche,
 Que en las ondas se mecen de los lagos,
 Ó de la flor en el cerrado broche;

A mí ¡triste de mí! no me acompañan
 Esas sombras de amor, blancas y bellas,
 Porque mi adusta soledad extrañan,
 Porque yo velo mientras vagan ellas.

Yo no tengo una madre ni un amigo
 Que deje los alcázares del cielo,
 Y en nocturna visión venga conmigo
 A prestarme en mi afán calma ó consuelo.

Yo, á quien los suyos ofendidos lloran,
 A quien no deben más que su amargura,
 Recelo de los mismos que me adoran,
 Temo el misterio de la sombra oscura.

No hallo en ella ni sífides, ni magas,
 Que en esas solitarias ilusiones
 Sólo siento en redor torvas y vagas
 Las memorias de hiel de mis pasiones.

No quiero sombra. ¡Oh noche, te abo-
 Odio la luz de tu tranquila luna, [rrezcol
 Ante tus bellas sombras me estremezco,
 Porque no tienes para mí ninguna.

Yo espero al sol; baja refulgente,
 Revestido de pompa soberana;
 Yo espero al sol, que por el rojo Oriente
 Vuelve á nacer espléndido mañana.

Yo amo la luz, y el cielo, y los colores,
 Detesto las tinieblas, amo el día;
 Todas en él las auras son olores,
 Todos en él los ruidos armonía.

Entonces reverbera el manso río,
 Abren su cáliz rosas y azucenas,
 Y las lágrimas puras del rocío
 Bordan sus hojas, de perfume llenas.

Yo espero al sol; entonces se levanta
La tierra á saludarle perezosa,
Y el ruiseñor entre los olmos canta,
Y llena blando són la selva umbrosa.

Yo espero al sol, porque su luz gigante
Me deslumbra y embriaga y enloquece,
Y al seguirle en su curso rutilante,
Mi pesar en el pecho se adormece.

Sol....., ¡inmortal y espléndido viajero!
Yo como tú me perderé sin tino,
Iré, desconocido pasajero,
Sin término vagando y sin camino.

Ya bramen los revueltos temporales,
Ya murmuren las brisas perfumadas,
Ya cruce por desiertos arenales,
Ya me pierda en florestas encantadas;

En los mullidos lechos de un serrallo,
En la triste mansión de una mazmorra,
Altivo triunfador, servil vasallo,
Negra fortuna ó liberal me acorra,

Te buscaré á través de las cadenas,
Bajo los ostentosos pabellones,
Del río por las márgenes amenas
Y á través de los rotos murallones.

Yo buscaré tu lumbre soberana
Del mar tras los cristales movedizos,
Y soñando á los pies de una sultana,
En la espiral de sus flotantes rizos.

Y tal vez de un proscrito los cantares
Desde unas costas lúgubres y solas,
Lleguen, cruzando los inmensos mares,
A sus queridas playas españolas.

¡Feliz entonces si á la fin pasados
Mis locos, criminales extravíos,
De mis fúnebres cánticos tocados,
Les merezco una lágrima á los míos!

Conjuraré á los céfiros ligeros
De aquellas selvas á la mar vecinas,
Y á los rápidos bandos pasajeros
De las sueltas y pardas golondrinas.

Que ingrato á cuanto amé, solo y perdido,
Un verdugo alimento en mi memoria;
Y para hundirla entera en el olvido,
Loco deliro un porvenir de gloria.

[lante;

Gloria ó sepulcro ¡oh sol! busco anhe-
Gloria ó tumba tendrá mi audacia insana.
Si buscas mi destino, ¡oh sol radiante!
Yo estaré aquí; levántate mañana.



Á UN ÁGUILA

ODA

Sube, pájaro audaz, sube sediento
Á beber en el viento
Del rojo sol la esplendorosa lumbre;
Sube batiendo las sonantes alas,
De las etéreas salas
A sorprender la luminosa cumbre.

Bien hayas tú, que ves osadamente
Los cielos frente á frente,
Y de cerca á tu Dios, ave altanera;
Y que si el ronco torbellino crece,
Vigoroso te mece,
Siendo un impulso más á tu carrera.

¿Qué te importa que el sol ni el torbe-
Crucen por tu camino, [Ilino
Si en vuelo altivo y temerario arrojo
La tormenta te riza mansamente,
Y el sol resplandeciente
Como precisa luz vibra en tu ojo?

¿Qué te importa de pájaros la ansiosa
Confusion tumultuosa,
Que se afana en subir cuando tú subes,
Si á su impotente y torpe movimiento
Fuerza le falta y viento,
Cuan tu vuelo real hiende las nubes?

¡Salve, oh tú de la atmósfera señora,
Aguila voladora,
Que abandonando nuestra tierra oscura,
Emperatriz del viento te levantas,
Y solitaria cantas
De los lucientes astros la hermosura!

Tal vez escuches en tropel sonoro
Las cítaras de oro
De los santos y célicos festines;
Y tal vez mires en distancias sumas
Las espléndidas plumas
De los blancos y errantes serafines.

Tal vez oyes ¡oh reina soberana!
El infinito *Hosanna*,
Y en torno al cielo respetuosa giras,
Y en el cóncavo ambiente solitario
Del místico incensario
El ámbar celestial libre respiras.

Y tal vez los espíritus errantes
Que arrastran rutilantes
Esos soles que ruedan en la esfera,
En cariñosa voz y amago blando,
Te acarician pasando
Al encontrarte siempre en su carrera.

¡Bien hayas tú, del sol y el viento amiga,
Del esfuerzo y fatiga,
De arcángeles tal vez acariciada!
¡Bien hayas tú, que despreciando el suelo,
Pides osada al cielo,
Libre, tranquila y liberal morada!

¡Bien hayas tú, que lejos del inmundo
Pantano de este mundo,
No sientes el dolor de los que lloran,
Ni el vergonzoso són de las cadenas,
Ni las de angustia llenas
Quejas sin fin de los que ayuda imploran!

Ni oyes la ronca voz de la impía guerra
 Que ensordece la tierra
 Y escribe en lanzas sus sangrientas leyes,
 Ni del vasallo el desvalido lloro
 En derredor del oro
 Que brilla en el alcázar de su reyes.

Bien haces en quedarte en esa altura,
 Recinto de ventura,
 Aguila emperatriz, hija del viento,
 Y dejarnos aquí ya que no osamos,
 Pues cobardes lloramos,
 Gozar tu libertad por tu ardimiento.

Déjanos, sí, que esclavos de otros due-
 En indignos empeños [ños,
 Las ajenas hazañas aplaudamos,
 Y al ajustar nuestras contiendas fieras,
 Las ajenas banderas
 Y el extranjero pabellón sigamos;

Mientras cruzando la región vacía,
 Tú en infinito día
 La farsa ríes de la humana gente,
 Y al són de sus dementes alaridos
 Registras los perdidos
 Vaporosos espacios del Oriente.

Tú desde allí, en las ráfagas mecida,
 Segura y atrevida
 Contemplas la mezquina y baja tierra,
 La miseria del hombre y su inmundicia,
 Su orgullo y su injusticia,
 Sus vanos triunfos y ominosa guerra.

Tú, ave de libertad y de victoria,
 Del aire y del sol gloria,
 Desde la calva inmensurable peña
 Ves cómo se abre trabajosa calle
 Por el angosto valle
 La armada gente tras la rota enseña.

Césares, Alejandro, Napoleones,
 Dieron á sus legionés
 Tu vencedora imagen por bandera;
 Y tú en el viento, sin temor ni vallas,
 Al són de sus batallas
 Te adormistes ufana y altanera.

Y en vano con tu sombra se escudaron,
 Que á la fin tropezaron
 En Roma, y Babilonia, y Santa Elena;
 Y allí vencidos, la cerviz hundieron,
 Mientras al morir te vieron
 Rasgar el viento á ti libre y serena.

¡Salve, reina del viento generosa,
 Aguila poderosa,
 Ave del sol y de la luz querida!
 ¡Salve, y pluguiera que en tu raudo vuelo
 Trepar pudiera al cielo
 Una esperanza de mi amarga vida!

¡Oh, si alcanzara, cándida María,
 Perdida gloria mía,
 A enviarte con ese águila un suspiro!
 ¡Si alcanzara esa osada mensajera
 A decirte siquiera
 Que aun por tu solo amor canto y respiro!

¡Ay, fresca rosa que abrasó el estío,
 Perdido encanto mío,
 Tierna, amorosa y muerta ya María!
 ¿En qué aura vaga tu fragante aroma?
 ¿En qué escondida loma
 Me velas hoy tu cáliz, vida mía?

Tórname, hermosa, el rostro soberano,
 Y tiéndeme tu mano,
 Y dime dónde estás, para mirarte,
 Para que tengan luz los ojos míos,
 Y se acallen bravíos
 Los duelos de mi vida al adorarte.

Vuela, pájaro audaz, águila erguida,
 Por la región perdida
 Donde espléndido el sol alza su Oriente;
 Y si aun es dado á tu gigante vuelo
 Escudriñar del cielo
 La ignorada mansión resplandeciente,

Busca á mi vida y dila que aun la adoro,
 Y dila que aun la lloro
 Al ronco són de la cansada lira;
 Pregúntala si lejos de esta tierra,
 En ese que la encierra
 Alcázar celestial, por mí suspira.

Los Césares así y los Napoleones
 Leguen á sus legiones
 Tu vencedora imagen por bandera,
 Y tú en el viento, sin temor ni vallas,
 Al són de sus batallas
 Duermas ufana, libre y altanera.

Sube, pájaro audaz, sube sediento
 Á beber en el viento
 Del rojo sol la esplendorosa lumbré;
 Sube batiendo las sonantes alas,
 De las etéreas salas
 Á sorprender la luminosa cumbre.

No te importe que el sol y el torbellino
 Crucen por tu camino;
 Sigue tu vuelo en temerario arrojo,
 Que el huracán te riza mansamente,
 Y el sol resplandeciente
 Como precisa luz vibra en tu ojo.

Y si por caso encuentras en el viento
 Mi lastimero acento,
 Sigue cruzando á las etéreas salas,
 Que los roncós preludios de mi canto
 Son los ayes del llanto
 Que me arranca la envidia de tus alas.





ORIENTAL

Larga y pesada es la noche
Si de un cerrado balcón
Al pie, se guarda la lumbre
De un enamorado sol;

Si á oscuras en una calle
No se siente en derredor
Más que del aura perdida
El interrumpido són.

Larga y pesada es la noche
Para el despierto amador
Que acecha una blanca mano
Que tal vez le hace traición,

Mientras la diestra al estoque,
Ebria el ánima de amor,
De rival desconocido
Recela la condición.

Larga y pesada es la noche
Para quien tanto aguardó,
Que el alba por el Oriente
Viene á ahuyentar su pasión.

Muy larga para el mancebo
Que en Córdoba penetró,
De los ojos de una mora
Enredado en la prisión.

Está el cristiano apoyado
En las rejas donde vió,
Mientras que lloró cautivo,
A la prenda de su amor.

Y en vano á su doble seña
Una respuesta aguardó;
Las celosías tuvieron
Siempre velado el balcón.

Mas viendo que á largos pasos
Veníase alzando el sol,
Entre amorosos suspiros
Así dijo á media voz:

«He llamado á tu ventana,
Mi sultana,
Siempre fiel á mi pasión,
Y enojado me despido,
Pues dormido
Encontré tu corazón

»Adiós, mi dulce señora,
Ingrata mora,
Que pues más no he de venir,
Bien harás, de mí olvidada,
Descuidada,
En largo sueño dormir.

»No esperes, no, que tu mano
Vuelva ufano
Enamorado á buscar,
Clavando del foso oscuro,
Sobre el muro,
Una escala en qué bajar.

»No esperes que en larga vela,
Centinela
De tu cerrado balcón,
Aguarde ya entretenido,
Si dormido
He de hallar tu corazón.

»No esperes, no, que combata,
 Mora ingrata,
 De tu celosía al pie,
 Mientras en otros amores
 Tus favores
 Gozando un rival esté.

»Que si á mi voz no respondes,
 Porque escondes
 Otro amor para mi amor,
 Guarda los lances y cuitas
 De tus citas
 Para quien ha tu favor.

»Quédate, aunque yo te amaba,
 Por esclava
 De un señor y de un harén,
 Y muera con tu hermosura
 La ventura
 De tu existencia también.

»Adiós; duerme, mi sultana,
 Y tu ventana,
 Testigo de mi pasión,
 Te diga si he conocido
 Cuán dormido
 Estaba tu corazón.»

Y así el mancebo diciendo,
 De sus celos al furor,
 De un tajo las celosías
 Con la espada derribó.

Saltó del lecho la mora
 A tan descompuesto són,
 Y asomándose á la reja,
 Quién era le preguntó.

Mas él, á larga distancia
 Revolviendo un callejón,
 Tornó la espalda diciendo:
 «Dormid en paz, que soy yo.»





CANCIÓN

Música del Sr. D. S. Iradier.

CORO

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festín.

El tiempo nos roba
Las horas más bellas;
Romped las botellas
Y al baile venid,
Que al són que murmura
La danza insegura,
Sueño es de ventura
La vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festín.

Soñemos gozando
Fortuna tan vana,
Y el sol de mañana
Que vea al salir,
Que al són de la orquesta
Danzando en la fiesta,
No es carga funesta
La vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festín.

Diránnos mañana
Que somos ceniza,
Que es dicha postiza
La de este vivir;
Mas hoy gozaremos,
Dichosos seremos,
En tanto olvidemos
Origen tan vil.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festín.

Ballemos, bebamos,
La vida es muy corta,
Tal vez nos importa
Pasarla feliz;
Y si al fin perdida
Se llora la vida,
Gozando se olvida
Tan lúgubre fin.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festín.

Venid á mí, brillantes ilusiones
Que engalanáis la juventud ardiente;
Dadme, dadme fantásticas visiones
Con que embriagar la mente.

Suéñelas yo en mi necio desvarío,
Y en vistoso tropel pasen risueñas,
Como la espuma de sonante río
Resbala entre las peñas.

Dejadme, aunque ficción, ver á lo lejos
Esa radiante luz de la esperanza,
Á cuyos ricos trémulos reflejos
Un porvenir se alcanza.

Y apartad de mi mente esos crespones
Que enlutan cuanto sueño y cuanto miro,
Que tornan al compás de mis canciones
En lúgubre suspiro.

Yo, que cruzo feliz, libre y contento,
De la existencia el áspero camino,
Que ayudado tal vez de noble aliento,
Cantar es mi destino,

¿Por qué al herir ufano el arpa de oro
En amoroso són, lanza perdido,
En vez de canto espléndido y sonoro,
Fatídico gemido?

Y es en vano buscar cuanto risueño
Natura por doquier pródiga brota;
De su ventura á mi tenaz empeño,
Todo el raudal se agota.

He querido cantar, radiante y puro,
Al esplendente sol, y apelmazado,
Sorbiendo el día nubarrón oscuro,
Su disco me ha robado.

Quise cantar las danzas inocentes,
Los cándidos placeres campesinos,
Y de muertas naciones insolentes
Lamenté los destinos.

Quise cantar del águila altanera
El imperial y soberano vuelo,
Y profano, llegué tras su carrera
Á llamar en el cielo.

Quise cantar cascadas y jardines,
Los brindis y el placer, y ensangrentado,
Hice girar en torno á los festines
El féretro enlutado.

Quise cantar de púrpura y de flores
La senda del vivir entapizada,
Y caminé entre abrojos punzadores
Hasta el mar de la nada.

Mis cántigas de amor, lamentos fueron,
Y ningún amador se holgó con ellas;
Blasfemias, mis plegarias se volvieron,
Y mis himnos, querellas.

Embragado canté la amistad santa,
Soñé fraternidad, y huyó el amigo,
¡Que lleva al fin quien desventuras canta,
La soledad consigo!

¿Dónde tornar los desolados ojos?
¿Dónde tender las alas del deseo?
Truécanseme las flores en abrojos,
Y es niebla cuanto veo.

Me dijeron acaso que el bullicio
Del loco mundo las tristezas cura.....
Cada sonrisa me costó un suplicio,
Doblando mi amargura.

Tal vez la calma el corazón consuela
De la sombría noche misteriosa.....
Las noches he pasado en larga vela,
En lucha congojosa.

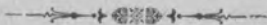
[cuento?

Flores: ¿en dónde estáis, que no os en-
vago por el jardín, y nunca os hallo;
Las raíces tal vez estarán dentro,
Mas no asoman el tallo.

¡Fúlgido sol, espléndidas estrellas,
Melancólica luna: yo os adoro!
Y al bendecir vuestras antorchas bellas,
Mudo os contemplo y lloro.

No importa que la tierra brote flores,
El mar corales y los ríos peces,
Yo bendigo sus senos creadores,
Los adoro mil veces.

Pero al volver al Dios que los ha hecho,
Jamás me pareció ni mar ni tierra,
Más que un sepulcro, cuyo borde estrecho
Nuestra miseria encierra.



Á MARIANA

CANCIÓN

Limpia es la noche y callada,
La luna en el cenit brilla,
Como lámpara colgada
En recóndita capilla.
La brisa errante y serena,
Mansa suena
Meciendo árbol, hierba y flor,
Y el mundo, en descuido inerme,
Goza ó duerme
Sus pesares ó su amor.
Yo, constante en mi porfía,
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,
¡Mariana mía!
Mas si han de expirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni día.

¡Porque me es tan delicioso
Saber cuándo al fin te roba
Al necio mundo curioso
La oscuridad de tu alcoba!....
¡Tan grato espíar atento
El momento
En que tu luz expiró,
Por poder decir ufano:
*Ora, ¡qué vano
Favorito es como yo?*
Me es tan dulce en mi agonía
Saber que en la noche umbría
Suspiro yo á tu ventana,
¡Mariana mía!....
Mas si han de expirar mis quejas
En tus rejas,
¡Oh, no me la abras, Mariana,
Noche ni día!

Yo bien pudiera mentirte
Palacios, buques, caballos;
En luengas tierras decirte
Que me respetan vasallos;
Porque de tierras ignotas
Y remotas,
Fuera muy fácil mentir;
Mas decirte, aunque quisiera,
No supiera
Si me lo hubieras de oír,
Sino que en tenaz porfía
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,
¡Mariana mía!
Mas si han de expirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni día.

Yo no soy más que un poeta
Sin otro bien que mi lira,
Un alma al amor sujeta
Y un corazón que suspira;
Y aunque es verdad que hay algunos
Importunos
Que me aplauden mi canción,
Yo nunca he de hacerles caso,
Porque acaso
Habilllas del vulgo son.
Yo paso cantando el día,
Pero la noche sombría
Paso al pie de tu ventana,
¡Mariana mía!
Mas si han de expirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni día.

Cuando en tus cándidos sueños
 Oír tal te vez parece
 De compases halagüeños
 El són que se desvanece,
 No son los tenues lamentos
 De los vientos,
 Que murmuran al pasar;
 No es el ruido de la fuente
 Transparente,
 Sino el són de mi cantar.
 Porque siempre en mi porfía,
 Paso la noche sombría
 Suspirando á tu ventana,
 ¡Mariana mía!
 Mas si han de expirar mis quejas
 En tus rejas,
 No me las abras, Mariana,
 Noche ni día.

¿Oyes la lluvia que cae,
 Y el aura en sus hilos rota,
 Que una voz triste te trae
 Mientras tus vidrios azota?
 No es la voz de la tormenta
 Turbulenta
 Que muge con el turbión;
 Es el arpa que yo toco
 Cuando evoco

Tu sueño con mi canción,
 Porque siempre en mi porfía,
 Yo velo en la noche umbria
 Suspirando á tu ventana
 ¡Mariana mía!
 Mas si han de expirar mis quejas
 En tus rejas,
 No me las abras, Mariana,
 Noche ni día.

Y si al fin de duelo tanto,
 De tan amorosas cuitas,
 Te cansa el són de mi canto
 Y te cansan mis visitas;
 Si tu sueño ó tus placeres
 Ya no quieres
 Que turbe importuno más,
 Manda que rompa la lira
 Que suspira
 Tan amoroso compás;
 Mas si has de salir impía
 Á maldecir mi porfía
 Cuando lloro á tu ventana,
 ¡Mariana mía!
 Deja que estelle mis quejas
 En tus rejas,
 Y no las abras, Mariana,
 Noche ni día.



ORIENTAL

No pude selle mudable
Á aquella cuyo nascí.

Rom. gral.

I

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

Años ha, bella señora,
Qu tu vista encantadora,
Apetecida
De Córdoba en los jardines
Matóme por darme vida.
Y en tanto que te acataban
Y tus favores gozaban
Mil paladines,
Azarque, en inútil queja,
Tus esquivaces plañía
Llorando al pie de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

¡Ah! ¡Qué importa que al Profeta
En adoración secreta
Yo bendiga,
Y adores tú al Nazareno,
Si en blanda coyunda amiga
Un solo amor nos uniera!
Cristiana más hechicera
Que el ameno

Paraíso, no te cura
De las palabras del Conde,
Que han de ser mi desventura.

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

II

Así de la luna al brillo
En tono blando y sencillo
Cantaba voz varonil,
Y del moro las querellas
Vertiendo lágrimas bellas
Oía dama gentil.

Abrió á medias su ventana,
Que con flores engalana,
La dama, y así cantó:
Triste su cántico, apenas
Perdido entre las almenas
Un solo instante vagó.

«Cristiana ¡oh moro! nací,
Y me matan con rigor
¡Ay de mí!
Mi religión y mi amor,
Y huyo á mi pesar de ti.
Huye de aquí.»

La voz se heló en su garganta,
Cayó y rompióse la lira,
Al moro extática mira,
Mas ya ni le ve ni canta.

No canta, que en llanto amargo,
Sobre el pecho la cabeza,
Ahoga tanta terneza
Un amoroso letargo.

«¿Por qué (dice desde el foso
El moro), bella cristiana,
Por qué me velas tirana
Ese rostro candoroso?»

La cristiana amada, en tanto,
Miraba y no le veía,
Sólo en el muro se oía
Triste y angustiado llanto.

Y viendo que no responde,
El moro, desesperado,
A llamar iba ya osado
En el castillo del Conde.

III

Sobre alazán de Córdoba brioso,
Ceñido el cuerpo de la doble malla,
El Conde de Tendilla llega en tanto
A su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente
Se oye cuál crujen á compás sus armas,
A par que estrepitosas se derrumban
Entre espumas las aguas.

Llegó al castillo, y al tocar al puente,
Miró en el muro pálida á su hermana,
Y volviéndose al moro, amenazóle
Con la robusta lanza.

«¡Infiel al fin! Ya yo me lo sabía»,
Dijo el Conde entre sí, lleno de rabia;
Y alzó la voz después: «Mahometano,

¿Son éstas tus palabras?

Si ya no eres cristiano, tu rodela
Y ese corcel apresta que descansa.

Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serías en batalla.»

«¿Por qué el Conde cristiano me acome-
Si amor quitó la libertad al alma?» [te,

«Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serías en batalla.»

«Yo cristiano no soy, repuso el moro,
Yo no soy sino amor para tu hermana;
Mas ¿qué importa mi fe, ni la fe suya,
Si como yo me ama?»

«No blasfemes, infiel; si en tu creencia
Tornaras á mirar estas murallas....
Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serías en batalla.»

IV

Marchó el Conde de Tend
Y del torrente en la orilla
Aguardó.

¿Qué hace el moro, que injuriado
En la muralla apoyado
Se quedó?

¿Por qué el Conde le provoca
Con voz que al honor le toca
Y con furor,

Y el moro sombrío, en tanto,
Mostrando está con su llanto
Su dolor?

Errante su mirar vaga,
Y almete, rodela y daga
Lejos de él

Con ira arrojó demente,
Y así habló con voz doliente
El infiel:

«Adiós, huri seductora,
Rosa de pensil cristiano;
Pues que por suerte traidora
Te pierdo agora,

Muere con tu Dios cristiano,
Yo moriré en mi fe mora.»
Y hacia el Conde, que le espera,

Rápida y firme carrera
Dirigió,

Y allá en el agua espumosa
La caída estrepitosa
Resonó.

V

Mientras la bella cristiana
En su gótica ventana
Exhala un ¡ay! de pavor,
Del agua allá en lo profundo
Lanza el moro en este mundo
El postrer ¡ay! de su amor.





Á MARÍA



PLEGARIA

Aparta de tus ojos la nube perfumada
Que el resplandor nos vela que tu semblante da,
Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
Donde la paz, la vida y el Paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;
Tú, flor del Paraíso y de los astros luz,
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
Por la divina sangre del que murió en la Cruz.

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,
Y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
El náufrago que anhela en el Edén tocar.

Impela ¡oh Madre augusta! tu sopro soberano
La destrozada vela de mi infeliz batel;
Enséñale su rumbo con compasiva mano,
No dejes que se pierda mi corazón en él.





POCO ME IMPORTA

CANCIÓN

Me dicen que medio mundo
Riñe con el otro medio,
Y aunque en verdad me confundo
Viéndolo así, ¿qué remedio?
Caprichos con que se nace;
Cada cual como más quiere
Vive y muere,
Y aunque algo extraño se me hace
Viendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Yo sé un elixir magnífico
Contra duelos tan extraños,
Y son con tal específico
Horas de placer mis años.
Para mí no hay amarguras,
Ni pesares ni disgustos
Me dan sustos,
Y aunque diz que surco á obscuras
El mar de esta vida corta,
Poco me importa.

Sin opulencias me paso,
Ni ambiciono honras ni oro,
Ni del poder hago caso;
Si no soy feliz, no lloro.
Conmigo mismo me basto,
Y con lo poco que tengo
Bien me avengo;
Y aunque cuanto tengo gasto,
Siendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Si leyes á nadie doy,
Nadie á mí leyes me da;
Donde no gozo no voy,
Donde estoy mi patria está.
No me acosa odio ni envidia,
Y aunque en todos los lugares
Hay pesares,
Si algún pesar me fastidia
Y amarga esta vida corta,
Poco me importa.

Un puro y una botella
Durante mi esplín consumo,
Y cuando acabo con ella,
Cigarro y pesar son humo.
Los vapores de los dos
El cerebro me revuelven,
Y me vuelven
Tan feliz, que ¡vive Dios!
Esta vida, larga ó corta,
Poco me importa.

Celestes apariciones
Gozan entonces mis ojos,
Y dichosas ilusiones
Satisfacen mis antojos.
En las vagas espirales
Fermentan del humo vano
De mi habano
Visiones tan celestiales,
Que una vida larga ó corta
Poco me importa.

Y ¿en qué entonces me aventaja
 Ningún sultán con su opio?
 Si á su alma el Edén se baja,
 A mí me pasa lo propio.
 A él le exalta la cabeza
 Su ámbar, su pipa y su vaso;
 No hace caso
 De sí mismo en su pereza,
 Y una vida larga ó corta
Poco le importa.

Y á mí el licor jerezano,
 Del puro entre el humo azul,
 Me hace igual al soberano
 De la soberbia Stambul.
 Y en el insomnio dichoso
 De la embriaguez le tuteo,
 Y me creo
 Otro sultán poderoso,
 Y como á él, la vida corta
Poco me importa.

¿Qué diablos va de él á mí?
 Llévanle al harén eunuco
 Á que la desuelle allí
 Velado por mamelucos,
 Y á mí me arrastra á mi lecho
 Una mujer cariñosa,
 Que afanosa
 Se desvela en mi provecho,
 Con quien la vida, por corta,
Poco me importa.

Él enamora á una esclava
 Que hacia él sólo miedo abriga,
 Y á mí de aplomarme acaba
 Dulce beso de mi amiga;
 Á él las caricias le roba
 Su esclava durante el sueño,
 Y mi dueño
 Me vela en mi misma alcoba,
 Porque mi vida, aunque corta,
Mucho le importa.

A él le hace el opio tal vez
 Soñar con alguna hurí,
 Y ver me hace una el Jerez
 En cada mujer á mí;
 Él reina en Constantinopla,
 Y yo, mísero coplero,
 Cuando quiero
 De él me río en una copla,
 Y de su rabia, si aborta,
Poco me importa.

Y á él, opio excesivo acaso
 Le hace ponzoña mortal
 De su café, y le abre paso
 A su sepulcro imperial,
 Mientras yo, libre de afán,
 Despierto al placer mañana
 Con más gana,
 Y aunque reviente el sultán
 Y deje á la Europa absorta,
Poco me importa.





HIMNO

á S. M. la Reina Doña Isabel II, en sus días.

(MÚSICA DEL MAESTRO IRADIER)

CORO

*El sol abre su oriente
Detrás de tu dosel,
Y ve la hispana gente
Su sol en ti, Isabel.*

ESTROFA 1.^a

En pos de largos años de belicoso duelo
Tu cándida sonrisa nos vienes á mostrar
Cual muestra sus colores el iris en el cielo,
Cual sus rosadas luces el alba sobre el mar.

CORO.—*El sol, etc.*

ESTROFA 2.^a

Tú, estrella de esperanza en nuestras sombras eres,
Tú, de mejores días apetecido sol,
Tú, el ángel que nos brinda la paz y los placeres,
Tú, escudo á cuyo amparo se acoge el español.

CORO.—*El sol, etc.*

ESTROFA 3.^a

Por ti nos olvidamos de la feroz pelea
De las sangrientas horas del tiempo que pasó,
Por ti tranquilo y solo nuestro pendón ondea,
Que ayer en dos jirones contrarios tremoló.

CORO.—*El sol, etc.*

ESTROFA 4.^a

Por él, de hoy más, osados con fe pelearemos:
De hoy más, al campo unidos iremos detrás de él;
Bajo él, como españoles, con honra moriremos,
Los nombres invocando de España y de Isabel.

CORO

*El sol abre su oriente
Detrás de tu dosel,
Y ve la hispana gente
Su sol en ti, Isabel.*



A D. Wenceslao Ayguals de Izco.

EPÍSTOLA

(EN VERSO PROSAICO)

Tienes ¡oh Wenceslao! cosas diabólicas,
Ocurrencias fatales, como tuyas;

Y desdichas ¡ay Dios! tan hipérbolicas [yas
Traen para mí, que aunque de oírlas hu-
Te las voy á encajar, porque á mi antigua
Y cerril libertad me restituyas. [gua

¿Dónde habrá ¡oh caro Izco! más ambi-
Situación que esta ruin en que me pones,
A los trabajos de Hércules contigo?

¿Escribir en *La Risa* me propones
Y hacer reír? ¡A mí, que siempre he sido
El cantor de la sangre y las visiones!

¡A mí que en todas partes me han teni-
Por el buho más negro y melancólico [do
Que del furor romántico ha nacido!

¡A mí, cuyo estro bárbaro y diabólico
Espanta al sano público en la escena
Con obras que espeluznan á un católico!

¿Yo hacer reír? ¡Pues la aprensión es
Con que te firme yo tu semanario [buena!
No queda al punto un suscriptor, y truena.

Mira lo que haces, Izco temerario,
Mira que te lo ruego por los cielos;
Ve tu empresa con ojos de empresario.

Porque si yo, cumpliendo tus anhelos,
Tiendo por tu papel mi negra pluma,
Te has de tirar muy pronto de los pelos.

Alívame este peso que me abruma
Renunciando á mis versos montaraces,
Que es lo que á entrambos nos conviene en
[suma.

Mas.... áspero mohín veo que me haces
Esto leyendo.... ¿En tu opinión te cierras?
No me resisto más, tengamos paces.

Escribiré en *La Risa*, pues te aferras
En ello, Ayguals; mas sobre ti los daños,
Que mis jovialidades desentierras.

Horrendas cosas escribí en cinco años;
Más nueva luz en mí desde hoy sintiendo,
De mano voy á dar á mis engaños.

Voy á reirme yo, reír haciendo
Al que no haga llorar, ridiculeces
Del mundo en que vivimos descubriendo.

Voy á hacerte reír, pero tus preces
Dirige al cielo, Ayguals, porque te juro
Que te voy á mostrar las desnudeces

De la verdad, en castellano puro;
No correcto tal vez, pero tan claro, [duro.
Que ha de entenderlo el montañés más

Y aqueste empeño para hacer más raro,
Por mí voy á empezar, ante tus ojos
Mostrándome cual soy bien sin reparo.

Perdona si tal vez te causa enojos
Mi ruin y flaca aparición barbuda;
Resultado es no más de tus antojos.

Contempla, pues, mi humanidad des-
[nuda,

Y piensa que cual yo te me presento
Voy á poner á los demás sin duda.

Yo soy un hombrecillo macilento,
De talla escasa, y tan estrecho y magro,
Que corto andando, como naípe, el viento.

Y protegido suyo me consagro,
Pues son de delgadez y sutileza
Ambas á dos, mis piernas un milagro.

Sobre ellas van mi cuerpo y mi cabeza
Como el diamante, al aire; y abundosa,
Pelos me prodigó Naturaleza,

De tal modo, que en siesta calurosa
Mis melenas y barbas extendidas
A mi persona dan sombra anchurosa.

Mi cara es como muchas que perdidas
Entre la turba de las otras caras,
Se pasean sin ser apercibidas.

Mofadora expresión si la reparas
Muestra á veces, las más, indiferencia,
Y otras melancolía, aunque muy raras.

Cual soy me tienes, pues, en tu presencia
Visto por fuera, Wenceslao amigo;
Pero visto por dentro hay diferencia.

Que aunque soy en verdad, como te digo,
De hombre en el exterior menudo cacho,
Alma más rara bajo de él abrigo.

Serio á veces, á veces vivaracho,
Tengo á veces arranques tan exóticos,
Que rayan en tontunas de muchacho.

Y otras veces los tengo tan despóticos,
Que atropello razones y exigencias
Por cumplir mis caprichos estrámbóticos.

Poco alcanzo en las artes y en las ciencias,
Y eso que *allá* los padres Jesuítas
Me avivaron un tanto las potencias.

Mas yo, dificultades infinitas
En las ciencias hallando, echéme en bra-
De las Musas. Mujeres y bonitas [zos

Ellas, muchacho yo, caí en sus lazos;
Y á fe que sus cariños me valieron
Inútiles, mas sendos sermonazos.

Tantos fueron, que al fin me condujeron
A oírlos con glacial indiferencia,
Y en mí esta indiferencia produjeron

Con que miro las cosas (y en conciencia,
Aunque cual gran calamidad la lloro,
No la puedo oponer gran resistencia).

Alabo el bien y á la verdad imploro;
Mas despierto con otra ventolera,
Y el mal ensalzo y la mentira adoro.

De esto viene el llamarme calavera;
Mas si un día en razón meterme debo,
¿Quién duda que lo haré como cualquiera?

Oscura vida, por mi gusto, llevo;
Mas si llevarla del revés importa,
Lo hallo tan fácil cual comerme un huevo.

La existencia no me es larga ni corta;
En paz la paso sin placer ni pena;
Como no tengo plan, nunca me aborta.

Si una buena alma investigar serena
Quiere lo que yo soy, por mil caminos
Irá, y tal vez de la verdad ajena;

Que (abreviando discursos peregrinos)
No sirve cuanto digo y cuanto hago
Para atar dos ochavos de cominos.

Porque soy todo yo tan raro y vago,
Que ni nadie me entiende ni me entiendo.
Lo que hice ayer, mañana lo deshago;

Dejo hoy tal vez lo que mañana em-
Y así salen mis obras á mi antojo, [prendo,
Aunque digas ¡oh Ayguals! «No lo com-
[prendo.»

Tal soy, como te he dicho, y algo flojo
Tal vez anduve: mi retrato es éste.

Si á firmar tu periódico me arrojo,

Voy á ser más dañino que la peste;
Y he de sacar la pluma de mal año
Aunque tu misma enemistad me cueste.

Y pues donde cortar no falta paño
En esta injerta sociedad de ahora,
Do el ridículo sólo no es extraño,

Si me quieres así, sea en buen hora:
Reír me place, mas á costa ajena,
Que es más dulce reír cuando otro llora.

Tú dirás que esta epístola no es buena,
Y que si ha de ser tal cuanto te escriba,
Renuncias mis artículos sin pena.

Más aunque bien dirás, en esto estriba
La excelencia mayor de estos renglones,
Pues de justicia es ley distributiva

Que si critico de otros las acciones,
Me exponga yo á su crítica primero,
Y les dé la razón de mis razones.

Con esto, Ayguals, contestación espero
Recibir de tu puño, en versos fríos
Y ásperos como clavos; lo que infiero

No de uno de mis muchos desvaríos,
Sino porque contestes dignamente
A versos tales como son los míos.

Contesta, pues, y riase la gente:
Que nos llame *La Risa* sus apóstoles,
Y aunque nos diga el vulgo irreverente

Que *esto es tocar el órgano de Móstoles.*



Á MI AMIGO WENCESLAO AYGUALS

Director de LA RISA

¿Conque ni puertas ni rejas
De ti me pueden librar?
¡Maldito Ayguals, no me dejas
Un momento reposar!
Ya encanece mis guedejas
Lo que me haces cavilar,
Zumbándome las orejas
Con los ayes y las quejas
Que me envías sin cesar.

Irrita, pues, escorpión,
Mi lengua de basilisco
Con uno y otro arañón,
Con uno y otro mordisco.
Duréceme el corazón
Hasta dejarle hecho un risco
Para el duelo y compasión;
Mas ¡ay, si rompe el turbión!
¡Ay, si te coge el pedrisco!

Y ¿quién habrá que lo impida?
¿Quién ¡vive el cielo! me estorba
Darte una buena batida
Con esta peñola corva,
En tu propia hiel teñida!
Nadie.... El coraje me encorva;
Y.... óyeme, Ayguals, por tu vida,
Que con tu misma medida
Voy á templar mi tiorba.

Y pues, luchador atlántico,
En composición esdrújula
Retas á mi estro romántico,
Ayguals, yo rompo mi brújula,
Y así te vuelvo tu cántico.

Ya que persigues *frenético*,
Wenceslao, mi numen *lírico*,
Que rabia por lo *patético*,
Y para hacerme *satírico*
Me amenazas con lo de *ético* (1),
Seguiré tu plan *diabólico*:
Desde hoy agrio, amargo y *ácido*,
Mi zumbido *melancólico*
Será són alegre y *plácido*
Aunque me cueste un buen *cólico*.
¿Temes que mis fuerzas *bélicas*
Cedan y me quede *exánime*?
Dudas tienes bien *angélicas*;
Verdades oye *evangélicas*,
Que contigo voy *unánime*.

Quien no sea hoy un *estólido*,
Gran dosis de *metafísico*
Ha de llevar en su *físico*,
Que no es de moda lo *sólido*
Ya: lo elegante es lo *tísico*.

Veme á mí: influencia *mágica*
Ejerzo en todo *espectáculo*;
Y el vulgo, al verme con *báculo*
Caminar, y con faz *trágica*,
Me tiene por un *oráculo*.

Mas ¿á Bretón? ¡Santa *Brígida*!
Al ver su panza de *ecónomo*,
Le darán horchata *frígida*,
Le pondrán á dieta *rigida*
Como al más fiero *gastrónomo*.

(1) Y aquí, si yo fuera empírico,
Te regalaba un cosmético,
Y si encontrara otro en *írico*,
Te daba tártaro emético.

La magrura es un *vehículo*
 Para hacer doctor en *fárragos*
 Al ético más *ridículo*;
 Para sabios es de *artículo*
 Ser tan secos como *espárragos*.

Tal es nuestro siglo: *encárate*
 Con cualquier autor *dramático*;
 No hablemos de Gil y *Zárate*,
 Con Príncipe y yo *compárate*....
 ¡Bah! ¡Tú eres un buey *Asiático*!
 ¿Qué hermosa mira con *ánimo*
 Vuestros contornos *exóticos*,
 Si los destinos *despóticos*
 Dan siempre á vientre *magnánimo*
 Los gustos más *estrambóticos*?

Y si á cuestión *pantomímica*
 Lo reduces, ¿cuál más *árida*
 De la de un gordo? La *Química*
 A voces una *cantárida*
 Recetará á vuestra *mímica*.

Si á una mujer (¡Santa *Mónica*!)
 En sitio público (¡*cáscaras*!)
 Diriges seña *lacónica*,
 Se quedará como en *máscaras*,
 Tendrá por risa *sardónica*,

Por amenaza *satánica*,
 La seña amante y *volcánica*,
 Y te tendrá por un *tíbano*,
 Que con torpeza *mecánica*
 No quiere soltar el *vábano*.

¡Bah! Sé en lo gordo *metódico*,
 Y te jura tu *vulpecula*,
 Que aun á precio menos *módico*,
 Más de moda tu *periódico*
 Ha de ser, per omnia *secula*.

El *amén* tú lo dirás,
 Que de derecho te *tocás*,
 Pues fuera me le coloca
 Tu metro de Barrabás.

Y pues te devuelvo exactos
 Tus esdrújulos malditos,
 Ya ves, me cuesta tres pitos
 El cumplir con nuestros pactos.

Mas si en encomiar los gordos
 Tú te me cierras fanático,
 Pese á mi interés apático,
 Nos habrán de oír los sordos. [des

Porque, Ayguals, ni aquí ni en Flan-
 Ha habido un gordo grande hombre,

Que á los gordos, no te asombre,
 Les llama el vulgo hombres grandes.

Tal es el siglo en que estamos,
 Siglo montado al vapor:
 Cuanto más peso, peor;
 Conque los flacos ganamos.

Y da gracias á que hoy
 No me siento para el paso,
 Que si no, os diera un repaso
 Que hiciera ¡por San Eloy!

Vuestra derrota patente;
 Mas porque no echés á broma
 Lo que voy diciendo, toma,
 Con lo que sigue entretente.

Sois un puro inconveniente
 Vosotros los mofetudos;
 Y haceros en la piel nudos
 Fuera, á mi ver, muy prudente.

Prescindamos del apodo
 Preciso de un barrigón,
 Aquello de San Antón,
 Pero con el cerdo y todo;

Prescindamos de que Utrilla
 No sabe cómo ajustaros
 Un chaleco sin ahogaros
 Ó un pantalón con trabilla;

De que él se desacredita,
 Y con fatal desengaño
 Ve que no le queda paño
 De vuestro frac ó levita;

Prescindamos de lo caros
 Que sois y poco económicos,
 Vamos á los lances cómicos
 En que tenéis que encontraros.

Pues señor: que eres feliz
 Y que tu cara hermosura
 Te recibe en noche oscura
 Y os veis nariz con nariz:

¿Dónde os esconde una trampa
 Del tutor atrabiliario?
 En baúl, balcón ó armario
 Ni á pechugones se os zampa.

No hay asilo que se os dé,
 No hay hueco en que estéis holgados;
 Si os cierran, morís ahogados,
 Y si no os cierran, se os ve.

¿Y si vais de formación?
 El fusil y fornituras
 Os presnan las asaduras
 Y sudáis el corazón.

¿Si vais á un duelo? ¡Qué azar!
Aunque el contrario sea manco,
Como oponéis tanto blanco,
Por fuerza os ha de tocar.

Pues digo ¿si es á pistola
Y os toca el tiro segundo?
¡Bah! Despedíos del mundo
Y que carguen su arma sola.

¿De qué os valdrá la fatiga
Que empleéis en perfilaros?
La bala al fin ha de entraros
Por mitad de la barriga.

Pues ¿si viajáis en carruaje?
Basta solamente veros
Para que los compañeros
Pronostiquen un mal viaje.

Cualquier asiento es escaso
A vuestras asentaderas,
Y los puentes y escaleras
Rechinan á vuestro paso.

Si os caéis, ¿quién os levanta?
Pues casados y dormidos
Os supongo: ¡qué ronquidos!
La pobre mujer se espanta.

Y si coge al fin el sueño,
Sueña con un terremoto,
Y es que mugen como un choto
Las narices de su dueño.

Pues ¿si hacéis el alma tierna?
¡Qué cariños tan brutales!
¡Como que son diez quintales
Cada brazo ó cada pierna!

Y paro aquí por lo grave
Del asunto, que si no,
Hasta dónde fuera yo
Dios solamente lo sabe.

Por cuyas dos mil razones
Os llevamos gran ventaja
Los hombres como una paja
A los hombres barrigones.



VIGILIA

«Misterios del alma son.»

Moreto.

Pasad, fantasmas de la noche umbría,
De negros sueños multitud liviana,
Que columpiados en la niebla fría,
Fugitivos llamáis á mi ventana.

Pasad y no llaméis. Dejadme al menos
Que en la nocturna soledad dormido,
Los lentos días de amargura llenos
Calme, y repose en momentáneo olvido.

Pasad y no llaméis. La sombra oscura
Vuestro contorno sin color me vela;
Ni sé quién sois, ni vuestra faz impura
El más leve recuerdo me revela.

Mil veces al oír vuestros gemidos
Mis ventanas abrí por consolaros,
Os busqué en las tinieblas, ¡y erais idos!...
¿A qué llamar si nunca he de encontraros?

Id á turbar el sueño indiferente
Del que entre plumas sin afán reposa,
Del que la vida en su risueña mente
Ve placentera y celestial y hermosa.

Y si venís con rostros halagüeños,
Mensajeros de rápidos placeres,
Avaras hallaréis de vuestros sueños
Por doquiera bellísimas mujeres.

Llamad donde á la lumbre vacilante
De alguna tibia y oportuna estrella
Puedan al fin gozaros un instante,
Y ver un punto vuestra blanca huella.

No á mí, que en vano por la sombra
Los turbios ojos, me invoquéis perdidos; [tiendo
No á mí, que acudo, vuestra voz oyendo,
Y al registrar la sombra, ya sois idos.

No á mí, que presa de secretos males,
Tal vez la triste soledad me inspira
Tiernas endechas y amorosos vales
Que ensayo á solas en mi pobre lira.

No á mí, que al són de vuestras vagas vo-
Siento otra voz que me repite insana [ces
Dentro del corazón esos veloces
Ecos que murmuráis á mi ventana.

¡Ah! Yo os respondo y suspiráis pasando
Sin que baste á entender vuestro suspiro;
Os llamo á mí, y os alejáis volando,
Gemís si duermo, y os veláis si os miro.

Si á vuestras tristes misteriosas quejas
Mis rejas abro y vuestro bien deseo,
Sólo á través de mis macizas rejas
Cruzar las nubes en silencio veo.

¡Oh de la noche incomprensibles ruidos!
Ayes que hervís en la tiniebla oscura....
¿Quién sois? ¿Dó vais? ¿De dónde sois ve-
[nidos?
¿Qué voz ajena en vuestra voz murmura?

¿Sois el rumor del agitado viento,
Los ayes de las almas sin reposo,

Ó la voz del tenaz remordimiento,
Del descanso enemigo y envidioso?

Quienquiera que seáis, almas ó nieblas,
Pasad, y en vuestra confusión liviana
Seguid vuestro camino en las tinieblas
Y no llaméis jamás á mi ventana.

Porque es triste ¡muy triste! un aposen-
Donde á la luz de lámpara que expira [to
Se oye el crujir del tumultuoso viento
Que fuera en torno de las torres gira.

Es triste, sí, muy triste y muy medroso,
Velar sobre un volumen carcomido,
La frente ardiendo, el alentar penoso,
Las llamaradas aumentando el ruido;

Viendo las letras en las turbias hojas
A su dudosa vibración mezclarse,
Negras, azules, amarillas, rojas,
A la afanosa comprensión negarse.

Y leer en vez de religiosas voces
Ó de amorosa y métrica armonía,
Cifras que borran, cifras más veloces,
De sentido infernal, de raza impía.

Pasad, fantasmas de la noche oscura,
Quienquiera que seáis, almas ó nieblas;
Pasad, y en mis vigilias de amargura
No llaméis á mi reja en las tinieblas.

No llaméis, que enemigo de la sombra,
Odia el cantor vuestra armonía vana;
Dejad al trovador á quien asombra
El oíros llamar á su ventana.

¡Pasad, sombras sin cuerpos, aires va-
Pobres de luz, de voz desconocida, [nos,
Esquivos á los ojos y las manos,
Extraños á la fe de nuestra vida!

Pasad, y no turbéis de mi sosiego
La dulce calma ó la nocturna vela:
No creó en vuestro ser; pasad os ruego,
Seguid al aire que os arrastra y vuela.

¿Pensáis que á esos aúllos y suspiros
Con que llenáis la oscuridad tranquila,

Como á silbos de brujas ó vampiros
Mi amedrentado corazón vacila?

¿Pensáis ¡oh! que por miedo de escucha-
Con voz pujante entonaré canciones, [ros,
Y al arpa acudiré para ahuyentaros
Con dulces trovas de amorosos sonos?

¡Mentís, abortos de la sombra vana!
Yo sé bien que si fuerais más que viento,
Holgarais en montón en mi ventana
Al blando són de mi amoroso acento.

Mentís, hijos del aire y de las nieblas,
Mentís: yo tengo sin cesar conmigo
Un talismán que alumbrá las tinieblas
Del desdichado protector y amigo.

Mirad cuál radia en mi tugurio estre-
La limpia luz de la esperanza mía; [cho
Mirad cuál vela en mi desierto lecho
Con su cariño maternal MARÍA.

Todas las noches mi dolor la implora,
Y amiga de mi llanto solitario,
Todas las noches mis engaños llora
Con el raudal que reventó el Calvario.

Pasad, remordimientos tentadores:
Ya sé quién gime mi falaz desvío,
Ya sé quién riega las marchitas flores
Con tierno llanto, del recuerdo mío.

¡Ya sé quién «hijo» en soledad me llama,
É «hijo» á su voz la soledad responde!....
¡Ah! Cuanto más tras la ovejuela clama,
Más á sus quejas y á su afán se esconde.

Tierna, amorosa, celestial MARÍA,
Rosa inmortal del Gólgota sangriento,
Faro infalible que mi rumbo guía
Entre la furia de la mar y el viento;

Librame de esos ecos misteriosos
Que me atormentan en la sombra vana,
Aleja esos fantasmas vaporosos
Que vienen á llamar á mi ventana.

¡Y tú, perdida y bella,
Fugaz y última estrella
Que viertes á deshora
Delante de la aurora
Con perezosa huella
Dudoso resplandor!
¡Oh! ¡Tráeme la hermosura,
La calma y la frescura
Del alba transparente,
Que este tropel ahuyente
Con que la sombra oscura
Me cerca en derredor!

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Huirá de mi ventana
Esa confusión liviana
Que despierta mi aflicción

¡Lámpara de consuelo
A cuya lumbre velo,
Que escuchas solitaria
Mi tímida plegaria,
Si acaso llega al cielo
Mi súplica mortal!
Tráeme la luz del día
Que calme la agonía
De esos remordimientos
Que bogan turbulentos
Sobre la niebla umbría
En ilusión fatal.

Ven, estrella matutina,
Y tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Ahuyente de mi ventana
Esa infernal caravana
Que huella mi corazón.

Recuerdos son dañinos
Que cruzan peregrinos
El arenal desierto
Del corazón incierto,
Buscándole caminos
Que acaso no hay en él.
Que nunca ven tranquilo
Recóndito un asilo,
Y que jamás se amansan,
Y que jamás descansan,
Corrientes que hilo á hilo
Desbordan su nivel.

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Luminosa aparición,
Huyan las sombras livianas
Que llaman á las ventanas
De mi triste corazón.

Dejadme, negros sueños,
De aterradores ceños,
De fuerza irresistible,
Ya sé que es imposible
Vencer vuestros empeños.....
Ya vuestro nombre sé.
Dejadme que respire,
Que viva y que delire:
Pues mis errores lloro,
Dejadme, yo os imploro:
¡Dejad que en paz suspire
Lo que insensato hollé!

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Huyan las sombras livianas
Que llaman á las ventanas
De mi triste corazón.





GLORIA Y ORGULLO

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,
Á quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,
Sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
Más fatigosa cuanto más se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,
Que velas el harén de las mujeres,
Opio letal que el sueño facilitas
Al ebrio de raquíticos placeres.

Lejos de mí. No basta á mi reposo
El rumor de una fuente que murmura,
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa
Del báquico festín, libre y sonoro,
De esclavos viles la menguada tropa,
Sin las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;
Tengo aliento de estirpe soberana;
Por llegar á gigante, enano vivo;
No sé ser hoy y parecer mañana.

Yo no acierto á decir «la vida es bella»,
Y descender estúpido al olvido;
Amo la vida porque sé por ella
Al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasión que llaman gloria
Brotó en mi corazón ardiente llama,
Luz de mi ser me abrasa la memoria,
Voz de mi ser inextinguible clama.

Gloria, ilusión magnífica y suprema,
Ambición de los grandes en quien quiso
Velar Dios esa mística diadema
Que nos dará derecho al Paraíso,

Nada es sin ti la despreciable vida,
Nada hay sin ti ni dulce ni halagüeño;
Sólo en aquesta soledad perdida
La sombra del laurel concilia el sueño.

Sólo al murmullo de la excelsa palma
Que el noble orgullo con su aliento agita,
En blando insomnio se adormece el alma,
Y en su mismo dormir crea y medita.

Zeusis, Apeles, Píndaro y Homero,
Bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleón y Atila fiero,
Bajo ese pabellón se despertaron.

Por ti el delirio del honor se adora,
Por ti el hinchado mar hiende el marino,
Por ti en su gruta el penitente llora,
Y empuña su bordón el peregrino.

Por ti el soldado se vendió á sus reyes,
Y lidia agora con porfía insana,
No por esas que ignora pobres leyes,
Por comprar una lágrima mañana.

Por ti le canta el orgulloso amante
Dulces trovas de amor á una querida
Porque tal vez un venturoso instante
Tenga en su canto prolongada vida.

Por ti del negro túmulo en la piedra
Ambicioso el mortal graba su nombre,
Porque tal vez entre la tosca hiedra
Otro día al pasar le lea un hombre.

Por ti acaso el cansado centinela
Que incendió una ciudad en la batalla,
Su cifra indiferente ó mientras vela,
Pinta con un tizón en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma,
Por ti con templos y palacios pisa;
Por ti su gesto satisfecho asoma
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por ti vencida se incendió á Corinto,
Por ti la sangre en Maratón se orea,
Por ti una noche con aliento extinto,
Tumba Leonidas demandó á Platea.

Por ti trofeos el cincel aborta,
Y álzanse torres con tenaz porfía;
Porque es la vida deleznable y corta,
Y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche obscura
Sobre un volumen carcomido y roto,
Y un mañana me sueño de ventura,
Y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
El blando son del agua me adormece,
Y entre pardos y errantes nubarrones,
De la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
Del aura que los árbole menea,
De la tórtola triste el ronco arrullo,
Y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
Los antiguos y góticos castillos,
Y el granizo se estrella en sus cristales,
Ó azota sus escombros amarillos.

¡Oh! Si sentís esa ilusión tranquila,
Si creéis que en mis cánticos murmura
Ya el aura que en los árboles vacila,
Ya el mar que ruge en la tormenta obscura;

Si al son gozáis de mi canción, que miente
Ya el bronco empuje del errante trueno,
Ya el blando ruido de la mansa fuente
Lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si cuando llamo á las cerradas rejas
De una hermosura, á cuyos pies suspiro,
Sentís tal vez mis amorosas quejas,
Y os sonreís cuando de amor deliro;

Si cuando en negra aparición nocturna
La raza evoco que en las tumbas mora,
Os estremece en la entreabierta urna
Respondiendo el espíritu á deshora;

Si lloráis cuando en cántico doliente,
Hijo extraviado, ante mi madre lloro,
Ó al cruzar por el templo reverente,
La voz escucho del solemne coro;

Si alcanzáis en mi pálida mejilla,
Cuando os entono lastimosa endecha,
Una perdida lágrima que brilla
Al brotar en mis párpados deshecha;

Todo es una ilusión, todo mentira,
Todo en mi mente delirante pasa,
No es esa la verdad que honda me inspira;
Que esa lágrima ardiente que me abrasa,

No me la arranca ni el temor ni el duelo,
No los recuerdos de olvidada historia:
¡Es un raudal que inunda de consuelo
Este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! Madre feliz de la esperanza,
Mágico alcázar de dorados sueños,
Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisajes halagüenos,

¡Dame ilusiones! Dame una armonía
Que arrulle el corazón con el oído,
Para que viva la memoria mía
Cuando yo duerma en eternal olvido.

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,
Fábulas sin color, forma, ni nombre,
Á quién un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza, sin cesar conmigo
Templo en mi corazón alzaros quiero,
Que no importa vivir como el mendigo
Por morir como Píndaro y Homero!





PEREZA

¡Cuán descansadamente,
Lejos del vano mundo, se reposa
A la orilla de límpida corriente
Ó de un moral bajo la sombra hojosa!

En el césped mullido,
Sin luz los ojos, sin vigor los brazos,
De la tranquila soledad el ruido
Se pierde por la atmósfera á pedazos.

El ánima descansa
De la ciega pasión y su braveza,
Y el cuerpo, presa de indolencia mansa,
Se goza en su pacífica pereza.

Entonces, no el tesoro
Ni la sed del placer el alma aviva;
El más rico licor, en copa de oro,
Entonces se desprecia y no se liba.

La mente no se inquieta
Por pensamientos de dolor cercada:
Que á su honda languidez yace sujeta,
Y á su propia impotencia encadenada.

Sin luz el ojo vago,
Sin un sonido sobre el labio abierto,
Pasa la vida cual por hondo lago
De incierta luz el resplandor incierto.

Así vuelan las horas,
Y así pasan pacíficas y bellas,
Cual las aves del viento voladoras,
Cual la cobarde luz de las estrellas.

Así el pesar se aduerme,
Y al grato son de una aura que murmura,
Tal vez se goza del reposo inerme
Que confunde el pesar con la ventura.

Así mis horas quiero
Que pasen sin valor y sin fortuna,
Ya al manso son del céfiro ligero,
Ya al resplandor de la amarilla luna.

Ven, amorosa Elvira,
Ven á mis brazos, que de amor sediento,
El perezoso corazón suspira
Por ver tus ojos, por beber tu aliento.

Ven, adorado dueño,
Sepa que estás, en mi descanso inerte,
Cerca de mí para velar mi sueño;
Cerca, hermosa, de mí cuando despierte.

Yo, en la hierba tendido,
En la sombra de un álamo frondoso,
Entreveré, con ojo adormecido,
Cuál velas mi descanso silencioso.

El sol, á lento paso,
Hundió en el mar su faz esplendorosa,
Marcando su camino en el ocaso
Vivo arrebol de púrpura y de rosa,

El agua, mansamente,
Con monótono arrullo le despide;
Y arrastrando sus ondas lentamente,
El ancho espacio de sus ondas mide.

Sólo queda en la tierra
El vapor del crepúsculo dudoso,
Y el vago aroma que la flor encierra,
Se esparce por el aire vagaroso.

Y las fuentes corriendo,
Y las brisas volando, se estremecen,
Y su soplo en los árboles creciendo,
A su soplo los árboles se mecen.

Trémulas van las olas
Bajo sus alas mansas y ligeras,
Reflejando las sueltas banderolas
De las naves que el mar surcan veleras.

Y la luna argentina,
La bóveda al cruzar del firmamento,
La inmensidad del Bósforo ilumina,
Color prestando al invisible viento.

Y al son del mar vecino,
Y al murmullo del viento caluroso,
Y al reflejo del éter cristalino,
Se aduerme el cuerpo en lánguido reposo.

En la quietud amiga
De la callada noche macilenta,
Hasta la misma languidez fatiga,
Y el ánima se rinde soñolienta.

¡Oh! Bien haya el estío
Con su tranquila y bochornosa calma,
Que roba al corazón su ardiente brío
Y en blanda inercia nos aduerme el alma.

Ya de ese insomnio presa,
Me faltan voluntad y pensamiento,
Y hasta mi cuerpo sin valor me pesa,
Y el son me cansa de mi propio aliento.

Dadme deleites, dadme;
Henchidme de placeres los sentidos;
Venid, eunucos, y al harén llevadme
En vuestros brazos, al placer vendidos.

Abridme esas ventanas,
Dadme á beber el aura de la noche
Y á saborear las ráfagas livianas
Que á la flor rasgan su aromado broche.

Quiero al son de las olas
Secar un corazón en solo un beso;
Traedme mis esclavas españolas,
Que el mío tienen en sus ojos preso.

Venid, venid, hermosas,
Divertidme con danzas y canciones;
Venid en lechos de fragantes rosas,
Venid, blancas y espléndidas visiones.

Quemad en mis pebetes
Cuanto aroma encontréis en mi palacio,
Y respiren sus anchos gabinetes
Ambar opreso en reducido espacio.

Ven, voluptuosa Elvira,
Trézname con tu mano mis cabellos;
Y tú, Inés, por quien Málaga suspira,
Nardo derrama y azahar en ellos.

Traedme á esos esclavos
Que aportan mis bajeles viento en popa;
Presa que hicieron mis piratas bravos
En un rincón de la dormida Europa.

Vengan á mi presencia,
Y al son de sus extraños instrumentos
Sirvan á mi poder y á mi opulencia,
Si no con su canción, con sus lamentos.

Dadme deleites, dadme;
Cúbreme, Elvira, con tu chal de espumas,
Y las tostadas sienes refrescadme
Con abanicos de rizadas plumas.

Suene en mi torpe oído
Su suave son como murmullo blando
De arroyo que á la mar baja perdido,
De peña en peña juguétón rodando;

Cual tórtola que llama,
Con lento arrullo que en el viento pierde,
La descarriada tórtola á quien ama,
De árbol sombrío en el columpio verde.

Danzad mientras reposo,
Cantad en derredor mientras descanso,
Y no sienta en mi sueño voluptuoso
Más que murmullo lisonjero y manso.





CADENA

I

Nace la rosa, y su botón despliega
Orlada en torno de punzante espina,
Y sobre el agua que los pies la riega,
Fresca se inclina.

Más altanera cuanto más hermosa,
Su imagen mira en el tranquilo espejo,
Y el sol, del agua sobre el haz dudosa,
Pinta el reflejo.

El aura errante que al pasar murmura,
El dulce aroma de su cáliz bebe;
La sorda abeja que su esencia apura,
Néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,
Del césped brilla sobre el verde manto;
Libre á su sombra, el colorín exhala
Rústico canto.

[orgullo,

No hay flor más bella..... Mas ¿á qué su
Si el cierzo helado su botón despoja,
Y el agua arrastra su infeliz capullo
Hoja tras hoja?

II

Huye la fuente al manantial ingrata,
El verde musgo en derredor lamiendo,
Y el agua limpia en su cristal retrata
Cuanto va viendo.

El césped mece y las arenas moja,
Do mil caprichos al pasar dibuja,
Y ola tras ola murmurando arroja,
Riza y empuja.

Lecho mullido la presenta el valle,
Fresco abanico el abedul pomposo,
Cañas y juncos retirada calle,
Sombra y reposo.

Brota en la altura la fecunda fuente:
Y ¿á qué su empeño, si al bajar la cuesta
Halla del río en el raudal rugiente
Tumba funesta?

III

Lánzase el río en el desierto mudo,
La orilla orlando de revuelta espuma,
Y al eco evoca, cuyo acento rudo
Hierva en su bruma.

Su imagen ciñe pabellón espeso
De áspera zarza y poderoso pino,
Y entre las rocas divididas preso,
Busca camino.

Lecho sombrío, el rústico ramaje
Que riega en torno, misterioso ofrece;
Y el pardo lobo y el chacal salvaje,
Dél se guarece.

La tribu errante, el viajador perdido,
La sed apaga en su raudal corriente,
Y el arco cierra que sobre él partido
Cuelga del puente.

Mas ¿qué la sombra, el ruido y el perfu-
Valen del cauce que recorre extenso, [me
Si el mar le cava, cuando en él se sume,
Túmulo inmenso?

IV

¡El mar, el mar! Remedo tenebroso
De la insondable eternidad, espera
De la trompa final el son medroso
Para romper hambriento su barrera.

Abismo cuyos senos insaciables
Jamás encuentra su avaricia llenos;
De misterios conserva inmensurables
Siempre preñados sus gigantes senos.

¡Eso es el mar! Gemelo de la *nada*,
Cinto que el globo por doquier rodea,

Centinela fatal, que encadenada,
La tierra guarda que sorber desea.

¡El mar! Como él, hondísimo y obscuro
El misterioso porvenir se extiende,
Y tras su negro impenetrable muro,
Nada, mezquina, la razón comprende.


El cerco de un sepulcro es su portada;
Tras él, se baja un escalón de tierra;
Pasado el escalón, la puerta hollada
Se abre, sorbe la víctima y se cierra.

Y allá van sin cesar, conforme nacen,
A morir uno y otro pensamiento;
Brotan unos donde otros se deshacen,
Bullen, caen y se hunden al momento.

V

Rosas la fuente en la montaña brota,
Sécense, caen y bajan con la fuente
Al río, que se va gota tras gota
Al hondo mar, que sorbe su corriente.





EN UN ÁLBUM

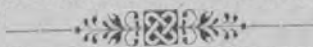
No sé si por el valle de la vida
Cruzaré, fatigado peregrino,
Acabando cual flor que consumida,
Se seca entre los brezos de un camino.

No sé si en pos de inspiración ardiente,
Rico y sediento el corazón de gloria,
Le cruzaré cual rápido torrente,
Rastro dejando de inmortal memoria.

Mas ya rueda cual hoja que arrebatada
Sonante y revoltoso torbellino,
Ya baje como excelsa catarata,
Ufano con mi espléndido destino,

Cuando al borde de tumba solitaria
Desparrame mis pobres pensamientos,
De mustias flores muchedumbre varia,
Secas entre mis últimos alientos,

Fiad, señora, que en tan triste lecho,
Siempre leal y generoso amigo,
Al ocupar mi cabezal estrecho,
Vuestra memoria dormirá conmigo.



MISTERIO

A mi amigo D. Antonio García Gutiérrez.

¡Ay! Aparta, falaz pensamiento,
Que eterno en el alma bulléndome estás,
Falsa luz que al impulso del viento,
En vez de guiarme perdiéndome vas.

Tras de ti por las sombras camino,
Ni noche ni día descanso tras ti;
Es seguirte tal vez mi destino,
Y acaso es el tuyo guardarte de mí.

Misteriosa visión de mi vida,
Más vaga que el caos en forma y color,
Te comprendo en mí mismo perdida,
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Ya tu blanda amorosa sonrisa
Me presta esperanza, me aviva la fe;
Cual flor eres que aroma la brisa
Y en seco desierto olvidada se ve

Ya tu imagen sombría y medrosa
Me ciega y me arrastra en su curso veloz,
Como nube que rueda espantosa
En brazos del viento al compás de su voz.

Ya cual ángel de paz te contemplo,
Y ya cual fantasma sangrienta y tenaz;
En el valle, en la roca, en el templo,
Te alcanzo á lo lejos hermosa y fugaz.

Por doquiera te encuentran mis ojos;
No miro ni tengo más rumbo doquier,
Ya te muestras preñada de enojos,
Fantasma enemiga ó risueña mujer.

Yo no sé de tu esencia el misterio,
Tu nombre y tu vago destino no sé,
Ni cuál es tu ignorado hemisferio,
Ni adónde perdido siguiéndote iré.

Mas no encuentro otro fin á mi vida,
Más paz, ni reposo, ni gloria que tú,
Que en el cóncavo espacio perdida,
Tu alcázar es su ancho dosel de tisú.

Por su rica región las estrellas
Á veces brillante camino te dan,
Y otras veces tus místicas huellas
Por mares de sombras perdiéndose van.

Una brisa en las ramas sonando,
Que dice tu nombre imagino tal vez,
Y un relámpago raudo pasando,
Tu forma me muestra en fatal rapidez.

Yo, postrado al mirarte de hinojos,
Doquier que apareces levanto un altar,
Y arrasados en llanto los ojos,
Tal vez insensato te voy á adorar,

Mas al ir á empezar mi conjuro,
Mi torpe blasfemia ó mi casta oración,
El Oriente en su cóncavo impuro
Me sorbe irritado mi blanca visión.

Y tu imagen me queda en la mente
Informe, insensible, cual bulto sin luz
Que se crea el temor de un demente,
De lóbrega noche entre el negro capuz.

Sueño, estrella ó espectro, ¿quién eres?
 ¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?
 ¿No hay sin ti ni dolor ni placeres?
 ¿No hay lecho, ni tumba, ni mundo sin ti?

¿No hay un hueco do esconda mi frente?
 ¿No hay venda que pueda mis ojos cegar?
 ¿No hay beleño que aduerma mi mente,
 Que hierve encerrada de sombra en un
 [mar?.....

¡Oh! Si gozas de voz y de vida,
 Si tienes un cuerpo palpable y real,
 Deja al menos, fantasma querida,
 Que goce un instante tu vista inmortal.

Dame al menos un sí de esperanza,
 Alguna sonrisa, fugaz serafín,
 Con que espere algun día bonanza
 El golfo del alma que bulle sin fin.

Mas si es sólo ilusión peregrina
 Que el ánima ardiente soñando creó,
 ¡Ay! deshaz esa sombra divina
 Que viene conmigo doquier que voy yo.

Sí, deshazla, que en vano la miro
 En torno á mis ojos errante vagar,
 Si cual débil y triste suspiro
 Se pierde en los vientos al irla á abrazar.

Sí, deshazla, que torpe mi mano,
 Su mano en la sombra jamás encontró,
 Ni el más flébil lamento liviano,
 Avaro en mi oído su labio posó.

Muere al fin, ¡oh visión de mi vida!
 Más vaga que el caos en forma ó color,
 A quien siento en mí mismo perdida,
 Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Mas ¿qué fuera del triste peregrino
 Que cruzando sediento el arenal
 No encontrara jamás en su camino
 Mansa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa,
 ¿Qué rumbo ni qué término seguir?
 Sin tu vaga presencia misteriosa,
 Sin tu blanca ilusión, ¿cómo vivir?

Abriéranse mis ojos á mirarte,
 Mis oídos tus pasos á escuchar,
 Y al fin, desesperados de encontrarte,
 Tornáranse en tinieblas á cerrar.

Despertara en la noche solitaria
 De tus palabras al fingido son,
 Y sólo respondiera á mi plegaria
 El latido del triste corazón.

¡Sombra querida, sin cesar conmigo
 Mis lentas horas hechizando ven,
 Y el desierto arenal será contigo,
 Huerto frondoso y perfumado Edén!

No expires, misterioso pensamiento
 Que dentro oculto de mi mente vas,
 Aunque no alcance el corazón sediento
 Tu tanta esencia á comprender jamás.

No sepa nunca tu verdad dudosa;
 Vélame, si lo quieres, tu razón;
 Disípate á lo lejos vagarosa,
 Mas sé siempre mi cándida ilusión.

Al fin sabré que junto á ti respiro,
 Que estás velando junto á mí sabré,
 Y que aun brilla oscilando en lento giro
 La consumida antorcha de mi fe.

¿Qué me importa tu esencia ni tu nom-
 Genio hermoso, ó quimérica ilusión, [bre,
 Si en esta soledad, cárcel del hombre,
 Dentro de ti te guarda el corazón?

¿Qué me importa jamás saber quién eres,
 Astro de cuya luz gozando voy,
 Término de mi afán y mis placeres,
 Dios que sin fin idolatrando estoy?

Quienquier que seas, vano pensamiento,
 Mujer hermosa que soñando vi,
 Ó recuerdo ó tenaz remordimiento,
 Ni un solo instante viviré sin ti.

Si eres recuerdo endulzarás mi vida,
 Si eres remordimiento te ahogaré,
 Si eres visión te seguiré perdida,
 Si eres una mujer yo te amaré.



COMPOSICIÓN

Leída por los actores en el teatro del Príncipe en los días 6 de Septiembre y 11 de Octubre de 1839.

Hermanos como españoles.

Hartas ¡oh patria! lágrimas corrieron,
De sangre fraternal hartos arroyos,
De hartos valientes el sepulcro fueron
Charcas extensas y profundos hoyos.

Hoy, que calmada la sangrienta lucha
Tremolan á la par ambas banderas,
Blando suspiro en derredor se escucha,
Corren de paz las lágrimas primeras.

Con ellas, sí, los párpados preñados,
Ha largo tiempo reventar querían,
Mas en la lid los ojos ocupados,
A vista de la sangre no podían.

Himnos de triunfo y de placer alcemos,
Y ya amigos y libres ciudadanos,
La sangre de esas lizas olvidemos
Que quema el corazón, mancha las manos.

Libres como españoles.

Libres también como nosotros eran;
No más su mengua tolerar pudieron,
Y helos aquí que con orgullo esperan
Bajo la enseña á que contrarios fueron.

Tended los brazos, de matar dolidos,
Libres tended las callecidas manos,
Que no hallaréis traidores escondidos
Tras el disfraz de libres y de hermanos.

Aquí está el trono que amparar debemos,
Aquí la Patria y Religión y Leyes;
Que aquí igualmente repartir sabemos
Libertad á los pueblos y á los reyes.

Generosos como españoles.

No hay más que un pabellón y una ban-
Un sol alumbra, un ídolo se adora; [dera;
La frente ante él humillan altanera
Ambas huestes, vencida y vencedora. [mea,

De ambas la sangre en la montaña hu-
Tumba á entrambas común dió la montaña,
De ambas la sangre con honor se orea,
Que á ambas dió sangre la orgullosa Espa- [ña.

Ambas al fin de libertad reciben
Sin mengua ni mancilla el blando yugo,
Ambas con leyes fraternales viven,
Y donde no hay traición sobra el verdugo.

Venid, hermanos; á la par nacimos,
Al par dejamos la contienda fiera:
¿Quereis más?..... Olvidamos que vencimos;
No hay más que un pabellón y una ban- [dera.

Aquella antigua raza de valientes
Cuyo brío español sembró el espanto
Por medio de las huestes insolentes
Que atropelló en Clavijo y en Lepanto;

Los que á Roma absoluta dieron leyes,
Los que sus velas por la mar tendieron,
Dando á otro mundo religión y reyes,
Hijos de España y nuestros padres fueron.

Si sujetos á error, como nacidos,
En contienda civil se desgarraron,
Ellos solos en bandos divididos,
Después que se batieron, se abrazaron.

Hijos de España y con valor nacimos;
Por arreglar nuestras contiendas fieras,
Harto como valientes combatimos;
Pleguemos de una vez nuestras banderas.

A ello nos brindan con tranquila sombra
De nuestras flores las silvestres calles,
De nuestras mieses la pajiza alfombra,
Y el verde pabellón de nuestros valles.

Que vale más gozar en la pobreza
Paz que á fuerza de sangre nos compremos,
Que á otro pedir con criminal pereza
La libertad que conquistar podemos.

¡Sí, ciudadanos, raza de valientes
Cuyo brío español sembró el espanto
Por medio de las huestes insolentes
Que huyeron en Clavijo y en Lepanto,

No olvidéis que por premio merecido
Esos extraños, de la paz carcoma,
Querrán lo que salvar hemos podido
De las garras hipócritas de Roma!

No más de sangre bajarán teñidos
Los manantiales que la cumbre brota,
A contar á los pueblos afligidos
En cada infausto triunfo una derrota.

No más luchando con el rudo viento,
De cuervos roncós agorero bando,
Vendrá á mecerse donde el son violento
Del cóncavo cañón le esté llamando

No más al rayo de amarilla luna
Vagarán por la noche en la montaña
Las sombras de los héroes sin fortuna
Que gloria piden y sepulcro á España.

La gloria y el sepulcro que no hallaron
Cuando la vida por su patria dieron;
La gloria y el sepulcro que compraron
Cuando á los pies de su pendón cayeron.

¡Víctimas santas! ¡Sombras doloridas
Que insepultas dormís en la llanura,
Ya á través dejan ver vuestras heridas
Un sol de libertad y de ventura!

Ya podéis sin temor á la vergüenza
Alzar los ojos del sangriento caos;
No queda ya quien huya ni quien venza;
¡Fantasmas de los héroes, levantaos!

No receléis que al levantar la frente,
Tras rota peña ó desplomado muro
Quede algún campesino irreverente
Que os aseste traidor plomo seguro.

Alzaos, sí; la paz de que gozamos,
Nosotros solamente nos la dimos,
No de extranjera grey la mendigamos,
Que á nadie juez de nuestra gloria hicimos.

Nuestra es la sangre que en la lid se orea,
Nuestra es la santa ley que obedecemos;
Grande ó mezquina nuestra gloria sea,
Obra fué nuestra, y nuestra la queremos.

¡Atrás las lises de la intrusa Francia!
¡Atrás los mercaderes de Inglaterra!
Mientras valor nos quede y arrogancia,
No ha de faltarnos libertad ni tierra.



Á LA LUNA

Bendita mil veces la luz desmayada
Que avaro te presta magnífico el sol;
Bendita mil veces ¡oh luna callada!
Tu luz, que no enturbia dudoso arrebol.

En buen hora vengas, viajera nocturna,
Que el mundo en silencio visitando vas,
Esposa que viene constante á la urna
Que guarda los restos del bien que amó
[más.

En buen hora vengas, amante Lucina,
En pos de tu bello dormido Endimión,
Celosa asomando la faz argentina
Por ese estrellado y azul pabellón.

[ra
¡Oh! Miente quien dice que velas traído
Cubriendo del crimen el réprobo afán,
Que aguardan inquietos tu luz bienhechora
Los que al sol fraguando delitos están.

No, no eres ¡oh luna! la lámpara opaca
Que trémula vierte siniestra su luz
En bóveda impura do nunca se aplaca
El alma á quien prensa su losa y su cruz.

No, no eres la tez que alumbraba maldita
Las manchas de sangre de regio panteón,
A cuyos reflejos soñando se agita,
Aun de ella sedienta, rabiosa visión.

[terio
No, no eres la hoguera del gran cemen-
Que guarda el del mundo secreto final,
Que en esa morada de sangre y misterio
Sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las voces medrosas
Que hierven y turban la sombra doquier,
No vienen contigo las nieblas odiosas
Que doblan el ruido y nos roban el ver.

No vienen contigo los vagos ensueños
Que acosan y hieren el ruin corazón,
Las torvas fantasmas de tétricos ceños
Que cruzan los aires en pos del turbión.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,
Cual blanca creencia de casta niñez,
Cual ángel que espía la triste plegaria
Que eleva al empíreo llorosa viudez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,
Fanal de consuelo, de paz y de amor,
En alas de suave balsámico viento
Que arraga las aguas y mece la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,
Las lindas quimeras de antiguo placer,
Las sombras queridas que alegre retrata
La mente, olvidada del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,
Los besos que expiran del labio al salir,
Las bellas historias de efímeras cuitas
Dichas á una reja que temen abrir.

Y vienen contigo los himnos errantes,
La seña embozada con una canción
Que atrae á los ojos osados y amantes
Un rostro que aguarda la seña á un balcón.

Y vienen contigo las dulces memorias,
La audaz esperanza, la gloria inmortal,
Fantásticas luces que van ilusorias
Al soplo expirando de ráfaga real.

¡Ah, todo es consuelo, regalo y ventura,
Fanal misterioso delante de ti!
Suspiran las fuentes, el río murmura,
Aquí te gorjean, te arrullan allí.

Los juncos se mecen, los árboles sueñan,
El bosque se puebla de sombras de paz,
Y el aire sonidos dulcísimos llenan
Que lleva invisible la brisa fugaz.

¡Luna! Cuántas veces tu luz ha alumbrado
Mi larga vigilia, mi breve ilusión; [do
¡Luna! Cuántas veces con ella ha sonado,
Perdida en el viento á mi triste canción.

Y aún cuantas veces allá todavía
En playas remotas tal vez sonará.
Entonces ¡oh luna! la cítara mía
¿Qué oído en sus ayes ó risas tendrá?

Tal vez entre el recio menudo ramaje
Que ciñe del ancho desierto el lindal,
Responda á mis voces un ave salvaje
Huyendo á lo largo del seco arenal.

Tal vez á la orilla del mar tempestuoso
Tu pálida imagen por él seguiré;
Tal vez con las ondas del mar proceloso
Mis lágrimas turbias mezclarse verá.

Y acaso mis ojos, del agua que broten
Por entre el ardiente confuso cristal,
Verán, sin que nunca sus fuentes se ago-
huir por los cielos tu errante fanal. [ten,

¡Luna! Si esa noche de angustia llegara,
Si huyera esquivando mi pueblo español,
¡Luna, más valiera que el sol te prestara
Un rayo que apague mi gloria y mi sol!

Mas no, clara y celeste peregrina,
Luz de los bosques, de los tristes luz,
A cuyos rayos el amor camina
É invoca al justo que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,
Amiga del cantar del trovador,
Tú que refrescas el modesto broche
Que á tu luz pliega la silvestre flor;

Tú me darás magníficos cantares,
Grandes como tu Dios y como tú,
Como esos que, del cielo luminares,
Orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás á mi sonante lira
El fuego del profeta que lloró

El peligro de Pérgamo y Thyatira,
La rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,
Cuya rápida y trémula ilusión
Pinta el mar y el arroyo y la laguna
En vistosa y flotante aparición;

De cuya imagen en redor tranquila,
Allá en bosques de conchas y coral,
De errantes peces multitud se apila
Que te besan tu imagen de cristal;

Tú, á quien un ángel invisible guía
Y millares de estrellas van en pos,
Tú me darás palabras de armonía
Con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana
Que del bosque en la obscura soledad,
En brazos de un mortal busca profana
Misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros
De ese bello y perdido cazador
Que los valles audaz cerró seguros
Con barreras de fábulas de amor.

Yo te adoro, magnífica lumbrera,
Tan sólo por tu tibia brillantez,
Y no veo en tu espléndida carrera
Más que la mano del eterno Juez.

Surca ¡oh Luna! esos techos de topacio
Que él te señala por camino á ti,
Mientras que preso en reducido espacio,
Su voz espero cuando venga á mí.

A mí, que ingrato y prófago poeta,
Creo en el Dios á cuyo soplo fué
Cuanto en la tierra y en la mar vegeta,
Cuanto no he visto ni jamás verá.

¡Ah! Cuando el mundo en su erial de-
Me dé un lecho de tierra en que dormir,
Y vayan, presa del destino incierto,
Conmigo mis cantares á morir,

¡Oh Luna! si en mi túmulo no brilla
De humana gloria la extinguida luz,
Cuelga al menos tu lámpara amarilla
Sobre su rota y olvidada cruz.

HORIZONTES

I

[blas

Lanzó al mundo en mitad de las tinie-
El soplo del Señor, y empezó el mundo
A rodar en un piélago de nieblas,
Cercado del silencio más profundo.
Miró la creación el que la hizo,
Mas no le satisfizo;
Y rasgando sus negras colgaduras,
Sacudió con su planta el firmamento;
Brotó una chispa, se inflamó en el viento,
Y el sol se derramó por las alturas.

II

«Tú girarás, le dijo, eternamente;
Cuatro estaciones marcarás iguales,
Y será tu fanal resplandeciente
La sombra de mis ojos inmortales.»
Giró el sol, y á su vista, alborozado
El mundo iluminado,
En himno universal rompió sonoro,
Y cuanto tuvo un soplo de existencia
Exhaló sonoro en su presencia
Música dulce en acordado coro.

III

Mecióse el mar con colosal murmullo,
El viento resonó por las montañas,
Murmuró el bosque soñoliento arrullo,
É hirió el arroyo sus sonantes cañas.
Ensayaron sus cánticos las aves;
Armoniosos y graves,
Los acentos del hombre resonaron;

Y con notas más roncadas y severas,
Su voz alzaron sin compás las fieras,
Y los ecos salvajes la imitaron.

IV

Fuente de luz y manantial de vida,
El sol fecunda nuestra madre tierra,
Y en arroyos al llano convertida,
Vierte la nieve que apiló en la sierra.
Brotan á su calor hierbas y flores;
Sus manchas y colores
Da á cuanto dora con su lumbre pura,
Y mil insectos que las auras hienden,
A separar solícitos atienden
Del semen virgen la semilla impura.

V

Mas ó vacilan mis cansados ojos,
Ó yo he visto en Oriente y en Ocaso
Lagos de sangre, cuyos pliegues rojos
Al sol alfombran el gigante paso.
Y jamás comprendió mi entendimiento
El misterio sangriento
Que ese color del horizonte vela;
Y por más que lo pienso y lo medito,
Nada el arcano que conserva escrito
Ese renglón de sangre me revela.

VI

He visto al sol posarse en el Oriente
Al derramar su esplendorosa lumbre,
Y le he visto posar en Occidente
Al transponer la postrimera cumbre.

Magnífico á su vuelta y su partida,
 Su marcha y su venida
 Mudo y absorto cada vez contemplo;
 Él recoge sus rayos ó los suelta,
 Y siempre á su venida y á su vuelta,
 De Dios concibo al universo templo.

VII

Sí, siempre posa un punto en el Oriente
 Y otro punto al doblar la última cumbre;
 Mas siempre ciñe en su alba y su occidente
 Banda sangrienta su radiante lumbre.
 Entrambos los crepúsculos clarean,
 Mientras al sol rodean
 Ráfagas anchas de color sangriento;
 Y al irse y al venir, su última tinta
 Ese triste color siniestro pinta
 En el confín del azulado viento.

VIII

¿Qué guarda ese rojizo cortinaje
 En los remates de la luz prendido?
 ¿Un torbellino no hay que le desgaje
 Si á alcance de los vientos va perdido?
 Si es un vapor que se desprende lento,
 Espeso y turbulento
 De la esencia del sol, en su camino,
 ¿No hay solícito un ángel cuyo brazo
 Arranque de la luz ese pedazo
 Que mancha al sol su resplandor divino?

IX

Si es de los aires ilusión dudosa,
 Que la distancia en el azul suspende,
 ¿Por qué no pinta su ilusión de rosa,
 Y no ese rojo pabellón que ofende?
 ¡Necio de mí, gusano de la tierra,
 Que quiero lo que encierra
 Saber el mundo en su invisible centro,
 Y demando á su autor omnipotente,
 Cuando nací á adorarle solamente,
 Y para amarle por doquir le encuentre!

X

Al hundirse la luz detrás del monte,
 Sorbida entre las nubes y las breñas,
 Lumbre vomita el trémulo horizonte,
 Que en sangre tiñe las enormes peñas.
 Faja de sangre, inmensa banderola
 Que en su alcázar tremola
 El que hizo el mundo de ceniza vana,
 Cual rojo lienzo que pirata osado
 Despliega ante el bajel atribulado
 Que á todo trapo por huir se afana.

XI

Que era el sol un espejo transparente
 Donde el Señor su creación veía,
 Y desde él derramaba, omnipotente,
 Dulce vida de amor y de armonía.
 Y hubo un instante en que, amoroso, quiso
 Al hombre abrir su santo Paraíso
 Tras aquella existencia de ventura:
 Mas á Dios usurpando su derecho
 De deshacer lo hecho,
 Sangre vertió la necia criatura.

XII

La tierra se manchó; Dios, indignado,
 Quitóse del cristal, y su reflejo,
 Con los ojos de Dios iluminado,
 Pintó la mancha y sombreó el espejo.
 Volvió asimismo Dios al sol mandando:
 «Tú seguirás rodando;
 Su raza alumbrará y que lidiando crezca;
 La tierra empape con su sangre impura;
 Mas cuando quede con la sangre obscura,
 No la reflejes más, y que perezca.»

XIII

Dijo Dios, y cerróse en su santuario,
 Y al rudo golpe que sus puertas dieron,
 La madre tierra, con impulso vario,
 Monstruos sedientos de matar cubrieron.

XIV

Nino, Nembrot, Sesostris y Cambises,
De sangre á Egipto con furor regaron;
Alejandro, Conón, Jerjes y Ulises,
En sangre á Grecia sin piedad bañaron.
Grecia tragó al Egipto, á Grecia Roma,
Y en Roma, que desploma
Sus legiones doquier, y ansiosa apila
Montones de coronas sin cabezas,
Metió á pisar su gloria y sus grandezas
Su negro palafrén el torvo Atila.

XV

¡Y eso es la gloria, y las hazañas eso!
Los héroes nacen, y la tierra tinta,
Por do queda su pie con sangre impreso,
La negra mancha en el espejo pinta.
Venid, guerreros, degollad sin tino,
Que el sol va su camino
La luz menguando, sin cesar siguiendo,
Y cada estatua á vuestra gloria alzada,
Es una sombra que la luz menguada
Del moribundo sol va carcomiendo.



Impresiones de la noche.

Hay pensamientos que en la mente viven
En un rincón de la memoria echados,
Cual los insectos que su ser reciben
De los arbustos á que están pegados.

Duermen al parecer; mas como aquéllos
Al soplo de una brisa se levantan,
Crecen, vuelan, y al fin toman, cual ellos,
Formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo, y de la fe contrarias,
Vagas visiones de la noche umbría,
Ballir las vemos en la niebla fría,
Nada en la esencia, y en la forma varias.

[moria
Quimeras que hallan siempre en la me-
Silenciosa mansión, gracias postizas,
Y que reciben faz, cuerpo é historia,
En los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,
Y con murmullos infinitos suenan,
En las alas del viento van livianas,
Y el alma, el viento y el espacio llenan.

¡Paso, de cieno fábulas impuras,
Paso dejad al noble pensamiento
Que anhela respirar auras más puras
En el cóncavo azul del firmamento!

¿Piensas, turba de sueños impostora,
Hacerle por el miedo tu vasallo,
Como al son de la fusta cimbradora,
Jinete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones:
Si el corazón cobarde os dió aposento,
Hoy necesita, imbéciles visiones,
Todo mi corazón mi grande aliento.

Con la noche venís, y osáis con ella
Turbar al corazón que en paz reposa;
Mas de la noche en el poder se estrella
Vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso! Mis ojos, en su azul tendidos,
La paz que les robáis otra vez hallan,
Y en los misterios de la fe perdidos,
Vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impía,
Á la influencia celestial acudo,
Y de la noche silenciosa, umbría,
La solitaria inmensidad saludo.

I

¡Salve tienda magnífica colgada
De polo á polo sobre el aire manso,
Del caduco universo destinada
A proteger el funeral descanso!
¡Salve á quien mora en la escondida altura,
Detrás de esa estrellada colgadura!
¡Salve á quien vela el agitado sueño
De esos gusanos, que á sus pies tendidos,
Manchan con sus alientos corrompidos
La orla imperial del manto de su dueño!

II

Sí, que á mis ojos se resiste en vano
De la insondable eternidad el velo,
Y yo veo, Señor, tu inmensa mano
Tras el azul del transparente cielo.
Infinita, Señor, tu omnipotencia,
Infinito el abismo de tu ciencia,
Infinito tu ser, y Tú infinito,
NO HAY MÁS QUE TÚ; y tu soplo poderoso,
Que anima el mundo, presta generoso
Vida á la alma virtud, vida al delito.

III

Que Tú, amasando el polvo de la nada,
Con tu suprema voluntad un día
Diste al hombre esta espléndida morada,
Igual para el que fué y el que sería.
«¿Quieres vivir? Tu aliento es el espacio.
¿Quieres tener? El orbe es tu palacio.
¿Quieres mandar? Al señalarlo nombre,
Puedes gozarlo é invadirlo todo.
Yo, que á mi gloria te saqué del lodo,
Fe y libertad te doy», dijiste al hombre.

IV

Y el hombre fué; y el hombre, envane-
Olvidando al Señor que le formara, [cido,
No partió por igual lo recibido,
Se armó insolente y le volvió la cara.
Oídos dando al corazón villano,
El hermano lidió con el hermano,
El hijo con el padre, en torpe guerra,
El alma en las entrañas se buscaron,
Y uno de otro en la sangre se bañaron
Por un pie más de la heredada tierra.

V

De tu obra entonces, gran Señor, corri-
Ingrata viendo á tu mejor hechura, [do,
Sobre el mundo tendistes ofendido
La espesa sombra de la noche oscura.
Volviéndote á tu carro rutilante,

Empuñaste las bridas de diamante;
Tus caballos de fuego se lanzaron
Por el espacio, y caminando á obscuras,
Al choque de sus recias herraduras
Miles de estrellas en su azul brotaron.

VI

Al ceño de tu cólera divina
Los mundos con pavor se estremecieron,
Confundióse su esencia peregrina,
Y las miserias y la muerte fueron.
Brotó la tempestad. Sorbió el nublado
Las ondas de la mar, y desbocado,
En hombros cabalgando de las nieblas,
Su pedrisco doquier vertió sin tino,
Y borrando los lindes del camino,
Tierra y mar embozó con las tinieblas.

VII

¿Quién osará, Señor, en la memoria
La idea renovar de tu honda ira?
El mundo sabe la tremenda historia,
Y aun, al mentarla, de terror suspira.
La obra de tu poder atropellando,
Seguías Tú la creación cruzando
Sin término, ni objeto, ni vereda,
Y tus ojos, Señor, relampagueaban,
Y las nubes errantes reventaban,
De tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII

Todo cayó á tus pies; todo en pedazos
Á volver se aprestó á su antigua nada;
Pero su polvo tropezó en tus brazos,
Y á ser tornó la fábrica empezada.
Te volviste á mirar sobre tus huellas,
Y al ver que de tus ojos las centellas
Lo iban todo á incendiar, compadecido,
La noche hicistes, que tendió en el cielo
Su pabellón azul de terciopelo,
Que en medio del cenit quedó prendido.

IX

Tras él está velando tu pupila;
Mansa tras él la creación pasea,
Y el universo de terror vacila
Á su gran resplandor si pestaña.
Las nubes con su luz se tornasolan,
El Oriente y Ocaso se arrebolan
Con sus puros y espléndidos colores,
Y á su dulce calor se alza indecisa
La perfumada y soñolienta brisa
Que susurra en las hierbas y en las flores.

X

¡Salve otra vez, magnífica cortina,
Que ante los ojos de tu Dios colgada,
La lumbre de sus ojos te ilumina
Sobre el desierto del dolor plegada!
Yo sé en mi corazón, noche sombría,
Que es tu manto de rica argentería
Prenda de que nacimos sus vasallos,
Que al salpicarte Dios con tus estrellas,
Nuestro orgullo alumbrió con las centellas
Que brotan de los pies de sus caballos.



FE

I

«En manos del placer adormecido,
Sin otro porvenir que los placeres,
El oro y las mujeres
Mi solo Dios y mi esperanza han sido.
¡Lindas quimeras de mi edad pasada
Que me dejáis el alma emponzoñada,
Decid, ¿dónde habéis ido?»

»Lancéme á los deleites avariento,
Gocé con ansia y apuré su hartura;
Mi Dios y mi ventura
Asentó en el placer mi pensamiento.
Otro esperar mi corazón no quiso;
Y hoy, ¿dónde hallar el dulce paraíso .
Que edificué en el viento?»

»¿En dónde estás, riquísimo tesoro
De placer y de amor, lánguida Elvira,
Con cuyo amor respira
Mi corazón, y cuya sombra adoro?
Elena, Inés....., bellísimas traidoras, [ras
¡Ay! ¿qué habéis hecho de mis dulces ho-
Y mis montones de oro?»

ellos,

»¿Qué he de hacer sin vosotras y sin
Solo afán ¡ay de mí! con que he vivido,
Solo Dios que he creído?
Fe de mi juventud, delirios bellos,
¿Qué he de creer ni de esperar ahora
Que tornándose van hora por hora
Más blancos mis cabellos?»

»Y ¿dó encender la lámpara apagada
De mi dudosa fe, dó ir por consuelo,
Si yo del santo cielo

En el escrito azul no sé leer nada?
¡Si en su vieja impiedad endurecida,
No ve tras dél el alma envilecida
Su fin y su morada!

»¡Imposible creer! Pero ¡ay! cuán duro
En duda pertinaz ir caminando,
Sin creencia esperando
Un negro más allá nunca seguro!
¡Ay del que nada cree y en nada espera,
Y no encuentra una luz que alumbre fuera
De caos tan obscuro!

»No, no me sé amparar del cielo santo,
Que perdón no tendrá tanto delito.
Y el castigo infinito,
Si me le atrevo á imaginar, me espanto.
¡Mejor es no creer! Triste es la duda,
Mas no hay puerto mejor adonde acuda
Por entre escollo tanto.»

Así pensó el ateo, y ¡cuán en vano!
Que al olvidar su celestial esencia,
De la tenaz conciencia
Dentro del corazón sintió el gusano.
Tornóse al cielo en su árida agonía,
Mas nada en él deletrear sabía
Su corazón profano.

Ciego que sabe que la luz existe,
Que oye elogiar el resplandor del cielo
Y no le es dado desgarrar el velo
Que ante sus ojos á la luz resiste,
¡Mira!, le dicen, y en su audaz deseo
Tórnase á ver, y exclama: ¡Nada veo!
Desesperado y triste.

¡Mejor es no creer! Y abandonado
 Sin esperanza en brazos de sí mismo,
 Por el obscuro abismo
 De la duda fatal va despeñado:
 ¡Mejor es no creer! Y en su agonía
 Siente que llega el postrimero día:
 Y ¡ay dé! si se ha engañado!

¡Ay del jardín donde las zarzas crecen!
 ¡Ay del palacio que las aves moran! [ran
 Y ¡ay de los siervos que impiedad implo-
 Cuando en presencia del Señor parecen!
 Y ¡ay, ay de los que cruzan el desierto
 Y no conocen el camino cierto,
 Y en la mitad del arrenal parecen!

II

Espíritu blanco y puro
 Que con tu fanal seguro
 Por el lóbrego recinto
 Del mundano laberinto
 Mis pasos guiando vas;
 Angel que invisible velas
 Mi existencia, y me consuelas,
 Y en la noche sosegada
 A la orilla de mi almohada
 Mi sueño guardando estás;

Tú que con alas de rosa
 De mi mente calurosa

Benigno apartas y atento
 El mundano pensamiento
 Y la torpe tentación,
 ¡Ay, nunca de mí te alejes,
 Nunca en soledad me dejes
 Sin que tu fanal me alumbré,
 Y esa ruin incertidumbre
 No me roa el corazón!

Espíritu soberano,
 Tiéndeme siempre tu mano,
 Y mi afán, mi pensamiento
 Enderiza al firmamento,
 ¡Oh espíritu tutelar!
 Y en la noche silenciosa,
 Si brota mi fe dudosa
 Alguna plegaria impía,
 Con tu aliento de ambrosía
 Purificala al pasar.

Angel cuya sombra adoro,
 Cuyo nombre santo ignoro,
 Cuyo semblante no veo,
 Y en cuya presencia creo,
 Y cuya existencia sé,
 Muéstrame el camino cierto
 De este mundo en el desierto,
 Y ¡guay que sin fin no vague
 Y con los vientos se apague
 La lámpara de mi fe.





Á ESPAÑA ARTÍSTICA

SONETO

¡Torpe, mezquina y miserable España,
Cuyo suelo, alfombrado de memorias,
Se va sorbiendo de sus propias glorias
Lo poco que ha de cada ilustre hazaña:

Traidor y amigo sin pudor te engaña,
Se compran tus tesoros con escorias,
Tus monumentos ¡ay! y tus historias,
Vendidos llevan á la tierra extraña.

¡Maldita seas, patria de valientes,
Que por premio te das á quien más pueda
Por no mover los brazos indolentes!

¡Sí, venid ¡voto á Dios! por lo que queda,
Extranjeros rapaces, que insolentes
Habéis hecho de España una almoneda!





IRA DE DIOS

EL ÁNGEL EXTERMINADOR

En un confín recóndito del cielo,
De una selva viviente circundado,
Dense y confuso y misterioso velo,
Que le tiene del orbe separado,
Hay un alcázar de azabache, obscuro,
Que en un hondo torrente ensangrentado
La sombra pinta de su inmenso muro
En contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
Que en los jardines del Edén murmura,
En tal lugar estremeció perdida
Del rudo bosque la hojarasca dura,
Ni el sol radió con fugitiva lumbré,
Ni sonó por la lóbrega espesura,
Ni retumbó la cóncava techumbre
Más que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmoble
Que aquel recinto por doquier rodea,
Hace el pavor de quien se acerca doble,
Y doble el caos á quien ver desea;
Sólo se alcanza entre las altas puntas
Que el recio vendaval nunca cimbreá,
Entre dos torres del alcázar juntas,
Un faro que en la sombra centellea.

Ni ser alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente;

Ni arcángel sabio, ni profeta diestro,
De este sitio alcanzó confusamente
Más que la lumbré del fanal siniestro
Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
En este alcázar negro y escondido,
Donde nunca llegó pie temerario,
Ni descansó jamás ojo atrevido,
Ni más sol alumbró que el rayo rojo
Del fanal en sus torres suspendido,
Tiene el Señor las arcas de su enojo
Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
Que al son de aquellas aguas se adormece,
Y á los ojos de Dios sólo visible,
Al acento de Dios sólo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro,
Cuando deja el lugar do se guarece,
El rayo ardiendo y el carcaj al hombro,
Pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento,
La eternidad existe en su memoria;
Él solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia;
Y al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria,
Del firmamento en las eternas salas
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
 Arcángel torvo que las vidas cuenta,
 Vela de Dios el arsenal ardiente
 Y los ultrajes del Señor asienta.
 El carro guarda allí, cuya cuadriga
 Relincha con la voz de la tormenta,
 Y allí está con su lanza y su loriga
 La copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve, con fragor horrible,
 El ancho vaso hasta los bordes lleno,
 El tremendo licor incorruptible
 De las iras de Dios; y en su hondo seno
 Se fermenta la esencia del granizo
 Y de la peste el infernal veneno,
 Y el germen del relámpago pajizo,
 Y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
 El zumo allí de la cicuta hendida,
 La sed del tigre que la sangre huele,
 Y de la hiena la intención torcida.
 Y allí bulle en el fondo envenenado,
 La única de furor lágrima hervida
 Con que lloró Luzbel, desesperado,
 Su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inexpugnable,
 Instrumentos de la ira omnipotente
 Germinan en rebaño formidable
 Las mil desdichas de la humana gente.
 Y los vicios, en torpe muchedumbre,
 Se apiñan á beber la luz caliente
 De aquel fanal de cuya viva lumbre
 Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza, con horrible estruendo,
 A ejecutar la voluntad divina
 El misterioso espíritu tremendo
 Que en este alcázar funeral domina.
 Arcángel fiero, portador de enojos,
 Ase la copa, y por doquier camina,
 El aire inflaman sus airados ojos,
 Y las estrellas con los pies calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco
 Bajo sus alas cruje; desgrenada,
 De armas y quejas con estruendo bronco,
 La guerra detrás de él va despeñada;
 Y asidas á las orlas de su manto,
 Van tras él con la muerte descarnada,
 La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
 Y la ambición, de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece
 Y entolda su magnífica apariencia,
 El disco de la luna se enrojece,
 Y mancha el sol su fulgurante esencia.
 Doquier las nubes que su sombra evitan,
 Se chocan y se rompen con violencia,
 Y cometas doquier se precipitan,
 Presagios ¡ay! de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,
 Y con gigante voz muge y atruena;
 La planta de sus pies torna en ceniza
 La limpia concha y la esponjosa arena.
 El monte huella y la cerviz le inclina;
 Pisa en el valle y de feter le llena;
 Y en la ciudad que á perecer destina,
 Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ése el arcángel fué que, inexorable,
 Lanzó al desnudo Adán del Paraíso,
 Y de su raza en él junta y culpable,
 Fijó á la vida término preciso.
 Él arrancó en el Gólgota empinado
 El ¡ay! postrero que exhaló sumiso
 El Dios que de la mancha del pecado
 Borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
 Del pueblo santo ante el becerro impuro;
 Sentenció á Baltasar y á Babilonia
 Con tres palabras que pintó en el muro;
 Inspiró al receloso Ascalonita
 El degüello fatal, y abrió seguro
 Nicho á Faraón, que con su gente habita
 Del indignado mar el fondo obscuro.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma,
Llevó á Jerusalén á Vespasiano,
En una noche convirtió á Sodoma
En lago impuro y en vapor insano.
Rompió las cataratas del diluvio,
Cegadas al impulso soberano,
Y encendió las entrañas del Vesubio,
Que busca sin cesar otro Herculano.

Y ése será el espíritu tremendo
Cuya gigante voz sonará un día,
Y á su voz, de la tierra irá saliendo
La triste raza que en su faz vivía.
La creación se romperá en sus brazos,
Y cuando toque el orbe en su agonía,
Cuando á su soplo el sol caiga en pedazos,
¿Qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.



ROMANCES

ROMANCE

La noche no tiene ruido,
En la sombra no hay color,
No hay en los viejos cuidado,
Las dueñas no tienen voz;
Pero cuando todos duermen
Estamos velando dos:
Ella, en la reja sentada,
Y al pie de la reja, *yo*.

Mis ojos no ven sus ojos,
No ven su tez transparente,
No ven su rosada frente
Ni su sonrisa de amor;
No ven el rubor de virgen
Que sus mejillas colora;
Tiene quince años ahora.....
Las niñas tienen rubor.

No ven mis ojos avaros
Su casi desnuda espalda,
Ni entre la revuelta falda
Asomado el blanco pie:
Como en la orilla de un río,
Rompiendo la inquieta espuma,
Tender la flotante pluma
Nevado un cisne se ve.

Ni en su garganta y sus hombros
El alto pecho imagino,
Ni por su rostro adivino
Del corazón la inquietud;
Y tiene la áspera reja
Centinela desvelado:
Delante el amor osado,
Detrás la frágil virtud.

Mas ¡pese á la densa reja,
Pese á la noche sombría,
Ya tengo ¡paloma mía!
El alma bañada en ti!
Tengo mis labios de fuego
Sobre tus labios de rosa,
Y en tu pecho late, hermosa,
Un corazón para mí.

¡Adiós!, que por el Oriente
La luz importuna sube,
Y envuelto en húmeda nube
Las tinieblas rasga el sol,
Y para una niña en vela
Y el galán que la enamora,
Mucha luz tiene la aurora
En el brillante arrebol.

Vierte el alba en su sonrisa
Su armonía y su color,
Y se columpia la brisa
En el cáliz de la flor;
De rosa, lirio y claveles,
Robando el fragante olor,
Cuelga en los anchos laureles
Gemido murmurador.

Y gime la fresca fuente
Bajo el manto de cristal,
Y gime lánguidamente
La tórtola angelical;
Y enamorada paloma
Bebe la luz matinal,
Meciendo el aura de aroma
Con arrullo desigual.

En tanto el noble mancebo
El ancho jardín cruzó,
Murmurando por lo bajo
Enamorada canción.
«¡Oh! Vuelve, noche sin ruido,
Con tu sombra sin color,

Con tus viejos sin cuidado
Y con tus dueñas sin voz;
Porque, cuando todos duerman,
Volvamos á velar dos:
Ella, en la reja sentada,
Y al pie de la reja, *yo*.»





Là sorpresa de Zahàrà.

ROMANCE DE 1841

I

Está Zahara en una altura
entre montaña y colina
sentada en la peña dura,
que asoma la cresta obscura
por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos
de noche hogueras en ella,
no distinguen los paisanos
si son sus fuegos lejanos
luz de atalaya ó de estrella.

Y al bajar al Occidente
confunde la luz del sol
las lágrimas de la fuente
y el arnés resplandeciente
del centinela español.

Y si alguna nube errante
del valle exhalada sube,
parece el pendón flotante
hijo de la blanca nube
que va saltando delante.

Allí los moros pusieron
sus atalayas un día;
un foso después abrieron,
y la villa concluyeron
porque el invierno venía.

Tuviéronla muchos años
de los cristianos guardada,

y con mil modos extraños
causáronles muchos daños
en guerra tan prolongada.

Que á la sombra guarecidos
de las huertas y olivares,
bajaban como bandidos,
y robaban atrevidos
alquerías y lugares.

Los cristianos toleraban
con rabia tales desmanes
y vengarse meditaban,
mientras ufanos ocupaban
la villa los musulmanes.

Éstos, por cierto, valientes,
eran pocos, confiados
en el brío de sus gentes;
los otros, que eran prudentes,
los cogieron descuidados.

Con fosos y torreones
guarda hoy la morisca villa
en sus pardos murallones
los sobrepuestos blasones
de Aragón y de Castilla.

Que los nuestros la asaltaron,
y guardarla no supieron
los moros que la fundaron;
cinco veces la ganaron
y otras cinco la perdieron.

Por eso los vencedores
alzaron doble muralla,

y alzaron torres mayores
para quedar los mejores
en el sol de la batalla.

Por eso una sola senda
dejaron en todo el cerro,
porque más fácil se atiende
la sola puerta de hierro
si se empeña la contienda.

Por eso están los cristianos
malamente entretenidos
en casa de los villanos,
en pensamientos livianos
con las mozas divertidos.

Que osados y licenciosos
son además los soldados
cuando en puestos apartados
les dejan vivir ociosos
por fuertes ó por cansados.

Pero avaros de venganza,
mas advertidos los moros,
hicieron punta á su lanza
mientras ellos en holganza
jugaban zambras y toros.

«De más á esos perros ya
la villa estuvo sujeta,
dijeron; vamos allá,
que por nosotros está
la voluntad del Profeta.»

Misteriosa expedición
propusieron á tal fin;
y para aquesta ocasión
dieron gentes en unión
la Alhambra y el Albaicín.

Salió el viejo rey Hazem
con gente muy escogida,
y dicen los que le ven:
«Alá te lleve con bien,
y vuelvas con honra y vida.»

Saludóles al pasar
el musulmán con la mano,
diciendo el arco al cruzar:
«Le tengo de festonar
con cabezas de cristiano.»

—
La tarde estaba nublada,
el viento ronco mugía,
y gruesa lluvia pesada,
la noche apenas entrada,
en anchas gotas caía.

Veló medrosa la faz
la luna entre nubes pardas,
y brilló en la obscuridad
el relámpago fugaz
en broqueles y alabardas.

Caídos los martinetes
sobre las mojadas telas
revueltas en los almetes,
caminaban los jinetes
el lodo hasta las espuelas.

Mohino el Rey por demás,
iba escuchando el rumor
de los pasos á compás;
después iba un atambor,
y los soldados detrás.

Iban entre los peones,
en vez de picos y palas
y estrepitosos cañones,
muchos moros con escalas
para entrar los torreones.

La luz del siguiente día
apenas cumplida fué,
ya Zahara se descubría;
llegó la noche sombría
y la tocaron al pie.

Contó el Rey cuidadosamente
las hogueras y señales;
consultando diligente,
sus espías y su gente
partió en dos bandas iguales.

Guardando el cerro dejó
los jinetes y escuderos,
y él mismo después trepó
con algunos caballeros
y soldados que tomó.

Seguía la tempestad,
zumbaba agitado el viento
rodando en la obscuridad
y azotando la ciudad
con temeroso concento.

Se oía caer bramando
la lluvia de las montañas,
de peña en peña chocando,
á la llanura arrastrando
espinos, olmos y cañas.

Y en el alto torreón
aturdido el centinela,
murmuró humilde oración
acurrucado al rincón
de la covacha en que vela.

Y al calor de su gabán,
con el monótono arrullo
que allí las aguas le dan,
durmió rendido su afán
oyendo el vago murmullo.

Soltó la lanza su mano,
fijó el rostro en la rodilla,
y así soñó el veterano
una aurora de verano
en un lugar de Castilla.

II

Es grato en el blando lecho
oir el viento que brama,
y el agua que se derrama,
sobre los techos rodar;
oir en la estrecha calle
el rumor acelerado
de las armas del soldado
que acaban de relevar.

Y en confuso remolino
oir crecer la tormenta,
que cambia, al pasar violenta,
las veletas de metal;
y oír zumbar sacudida
la mal sujeta campana,
y oír en la ancha ventana
temblar hendido el cristal.

El desvelado maldice,
el tímido infante llora,
la madre le mece y ora
con religioso pavor;
el enfermo se acongoja
y el amante desespera,
que acaso vela y le espera
entre las rejas su amor.

Los de Zahara, silenciosos,
ó velaban ó dormían;
sólo en la villa se oían
en la densa obscuridad,
el agua de las goteras,
el vago mugir del viento
y el ronco y medroso acento
de la negra tempestad.

Sólo en apartada torre
del mal guardado castillo,
con el fulgor amarillo
de una lámpara al morir,

velan algunos soldados,
y se siente desde fuera
el rumor de una quimera
y jurar y maldecir.

Se sienten sus carcajadas,
sus apodos insolentes,
que en todo hallan tales gentes
contentamiento y placer.
Se juntan en borracheras
para acabarlas riñendo,
y vuelven, en concluyendo,
desde reñir á beber.

Y en el calor de la orgía
y el vapor de los licores,
disertan de sus amores
en obsceno platicar;
que su lengua irreligiosa,
sin respetos y sin vallas,
sólo de sangre y batallas
ó mujeres ha de hablar.

De éstas se miran algunas
con los soldados más mozos,
en impúdicos retozos
y deshonesto ademán,
que osadas y descompuestas
ó blasfemando ó riñendo,
hasta embriagarse bebiendo
desatinadas están.

La trémula llamarada
de una hoguera agonizante
presta á su rudo semblante
una expresión más feroz;
y recibiendo la bóveda
la algazara en su ancho hueco,
remeda con largo eco
la desentonada voz.

Harto de vino y de amores,
en dos bancos apoyado,
cantaba un viejo soldado
al son de un roto rabel,
é hiriendo á compás la mesa
con plato, copa ó cuchillo,
aullaban el estribillo
ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis
insensatos blasfemaban,
y reían y danzaban
completando la embriaguez;
y sus sombras en silencio,
gigantescas, agitadas,

cual fantasmas convidadas
erraban por la pared.

«¡A ellos!», gritaron voces,
y entraron el aposento
diez á diez y ciento á ciento
los moros del rey Hazem,
y apenas á las espadas
acudieron los cristianos,
les cercenaron las manos
y las cabezas también.

Lidiaron acaso algunos,
pero tantos les entraron,
que al fin les acuchillaron
con las hembras á la par.
A los gritos de los moros,
los cristianos despertaban;
pero ¡los tristes se hallaban
cautivos al despertar!

La soñolienta pupila
prestaba crédito apenas
á las cuerdas y cadenas
con que atados dos á dos
por los árabes se vieron,
á quienes con lengua y ojos
pedían piedad de hinojos
en el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,
de los niños los sollozos,
los esfuerzos de los mozos,
el dolor de la vejez,
son inútil resistencia,
porque á todos los infieles,
atados como lebreles
los arrastran á la vez.

En vano lucha la virgen
desesperada con ellos,
que con sus propios cabellos
mordaza ó cordel la dan;
en vano niños y enfermos
yacen sin fuerzas postrados;
en tropel, como ganados,
todos á los hierros van.

Fueron ¡por Dios! tristes horas
las de noche tan sangrienta:
¡á quien de allá pidan cuenta,
malas cuentas ha de haber!
que si hay justicia en los cielos,
de tanta vida inocente,
una vida solamente
ha muy mal de responder.

III

Medrosa de tanto duelo
subió al Oriente la aurora
entre cortinas de nubes
que la apagan ó la embozan.
Lloraba el cielo por ellas
hilo á hilo y gota á gota,
sin que el sol tornasolara
las lágrimas con que lloran.
Andaba el aire aturdido
sin hallar sitio en la atmósfera,
que asaltada por la lluvia,
entre la lluvia se ahoga;
y tanta gala los cielos
ostentan cuando la acosan,
que con mundos de cristal
la bloquean y la toman.
Lloraba el cielo por Zahara,
que acaso por pecadora
la castiga, y ver no quiere
los males con que la azota.
Cerróse en agua, y con ella
cerró su misericordia;
vendó con nieblas sus ojos,
y su clemencia hizo sorda,
por no ver al rey Hazem,
que en medio la gente mora
amarra dos mil cristianos
al carro de su victoria.
Cabalgaba el agareno
sobre una yegua de Córdoba
con la crin hasta el estribo,
y hasta la tierra la cola;
y como el cielo la empapa
en las aguas que la mojan,
la cola y la crin parecen
de espumas, algas y esponjas.
La plaza cercan los moros,
donde dos á dos arrojan
los cristianos que cautivan,
los cautivos que sollozan.
Allí mujeres y ancianos,
allí vírgenes y esposas,
juntan á golpes y á gritos
entre algazara y chacota.
Casi desnudos los llevan
á todos por más deshonra

hasta el centro de la plaza,
 donde á la intemperie opongan
 la desnudez de las carnes,
 su temblor y sus congojas;
 y á los ojos de los moros
 los defectos de las formas
 ó las castas perfecciones,
 que con torpes ojos hozan.
 El noble rostro hacia el suelo
 los tristes vencidos tornan,
 por ocultar en los ojos
 las lágrimas con que lloran;
 que la libertad perdida
 sin infamia nos agobia,
 pero mata y avergüenza
 perder libertad y honra.
 Cañales por los hombros
 el agua, porque furiosas
 en su cabeza las nubes
 reventadas se desploman;
 que cuando al fin Dios castiga,
 muestra su justicia toda,
 pues la maldad de los hombres
 toda su clemencia agota.

Mandó Hazem que los cristianos,
 guardados por buena escolta,
 vayan delante á Granada
 por la vereda más corta;
 mas viendo que los ancianos
 y los enfermos le estorban,
 á su guardia de gomeles
 dijo impaciente en voz ronca:

«Llegarán los que llegaren;
 los mozos á las mazmorras,
 las muchachas al serrallo,
 y los viejos á la horca.»

Preparan los granadinos
 bohordos en Bibarrambra,
 torneos para los nobles,
 para el pueblo luminarias.
 Cuelgan de púrpura y blanco
 miradores y ventanas,
 y el populacho á las puertas,
 al Rey impaciente aguarda.
 En la vega están los ojos
 y en la vía de Zahara,

que el Rey envió corredores
 á decir que está ganada.
 Añafiles y atabales
 por honra y por fiesta sacan,
 y en corros moros y moras
 gritando y riendo saltan.
 «¡Viva el Rey!» dicen algunos,
 y otros gritan: «¡Muera Zahara!»,
 y todos á los vencidos
 insultan, mofan é infaman;
 que siempre quien vence grita
 porque los vencidos callan,
 porque las lenguas se sueltan
 donde las manos se atan;
 porquè la risa provoca
 tal vez la ajena desgracia,
 y al que nace desdichado,
 hasta compasión le falta;
 que quien cae pone á los otros,
 para que pasen, la espalda,
 y maldición es que lloren
 algunos lo que otros cantan.
 Así ondean los pendones
 en las torres de la Alhambra;
 así Granada la bella
 se viste imbécil de gala,
 cantando hoy loca las glorias
 que ha de maldecir mañana.

Venir se ven los cautivos
 entre la neblina parda
 á pasos descompasados,
 como los cautivos andan;
 que como el alma les pesa,
 así les tiembla la planta.
 Delante y detrás los moros,
 y por los lados, los guardan,
 los alfanjes en la diestra,
 los broqueles á la espalda.
 Siguen después los jinetes
 y nobles con el Monarca,
 los lanzones en la cuja,
 en el arzón las adargas;
 mostrando bien los caballos
 en su perezosa marcha
 la fatiga del camino,
 lo largo de la jornada;
 que traen el arnés mohoso,
 deslucidas las gualdrapas,
 hasta las crines el lodo,
 desde las crines el agua.

Cuando á la puerta de Elvira
 los zahareños llegaban,
 cantaba el pueblo su triunfo
 con vítores y algazara.
 Aplaudían con las manos,
 con panderos y sonajas,
 al son de los duros hierros
 que los otros arrastraban.
 Cesó de pronto el aplauso,
 susurraron en voz baja
 palabras que nadie oía,
 pero todos murmuraban.
 Ojos había en la turba
 oscurecidos con lágrimas,
 y ojos que con luz sombría
 para maldecir miraban.
 Desnudos y á la intemperie
 los prisioneros entraban,
 ancianos, madres y niños,
 entre broqueles y lanzas,
 sin respeto á su inocencia,
 á su sexo y á sus canas.
 Las madres, sus muertos hijos
 traían desesperadas
 en los maternales brazos
 y en los brazos de su alma.
 Movidos á compasión
 los moros de pena tanta,
 sus ojos de los cautivos,
 indignados, apartaban.
 Las madres libres, llorando,
 atropellando los guardias,
 á las cristianas cautivas
 sus propias telas regalan,
 y parten los alimentos
 que á los moros preparaban,
 entre los tristes esclavos,
 que los devoran con ansia.
 Algunos, más altaneros,
 acaso los rehusaban,
 que el pan de la esclavitud
 entre los labios amarga.
 Alzóse Muley Hazem
 en los estribos de plata,
 viendo la piedad del pueblo
 y la miseria cristiana.
 Rabioso de que la plebe
 le eche su crueldad en cara,
 atropelló con su yegua
 por la turba aglomerada,

dividiendo así los moros
 y los esclavos de Zahara.
 «¡Adelante! gritó airado,
 con la voz ronca de rabia.
 Todos son esclavos míos:
 al serrallo las muchachas,
 los mozos á las mazmorras,
 donde más á luz no salgan,
 y los viejos, que los maten,
 pues no me sirven de nada.»

Calló el pueblo amedrentado,
 obedecieron los guardias,
 y el Rey subió con los nobles
 á toda rienda á la Alhambra.

IV

Sentado está el rey Hazem
 en un morisco almohadón,
 y muchos moros se ven
 cruzar el ancho salón
 para darle el parabién.

A las puertas, reverentes,
 delante su Rey se paran,
 doblando humildes las frentes;
 que al Rey miran tales gentes
 como al mismo Dios miraran.

Mirra y esencias de flores
 arden en pebetes de oro,
 y el sol de los miradores
 anubla el humo de olores
 que avaro respira el moro.

El aire colman de ruido
 dos fuentes azafranadas;
 y en su murmullo perdido,
 se oye el trinar dolorido
 de las aves enjauladas.

Porque en nichos de cristal
 cerradas, las hay tan bellas
 en la bóveda oriental,
 que el aire parece mal
 sólo porque está sin ellas.

Las miró el viejo Muley,
 Y, viéndolas, suspiró:
 «En vano me llaman rey,
 dijo, si como ellas yo
 esclavo soy de mi ley.

»Que penan ellas así
en ese encierro, imagino;
mas ellas placen ahí,
y en eso quiso el destino
diferenciarlas de mí.»

Volvió, con tal pensamiento,
á suspirar otra vez;
bajó el rostro macilento,
pero repuesto al momento,
demandó con altivez:

«Los cristianos, ¿qué se hicieron?»

«En las mazmorras están
en cadenas», respondieron.

«Los condenados, ¿murieron?»

«Si no han muerto, morirán.»

Volvió el Rey á meditar,
de los suyos recelando,
y siguieron á la par,
las fuentes su susurrar
y los pájaros cantando.

«Alá nos dió la victoria,
siguió el Rey; ¿qué dicen de ella?»

Todos callaron. «Fué gloria
ganarles villa tan bella.»

Tendránlo, á fe, en la memoria.

Harto el rey Hazem habló;
los cortesanos callaron,
que el pueblo indignado vió
que los cautivos entraron
como perros que él ató.

Y los moros presentían
que, la tregua quebrantada,
los cristianos entrarían
por las vegas de Granada
y á Zahara no olvidarían.

Por eso, ante el Rey estaba
la turba sin contestar,
que mal con su Rey andaba
desde que vido que mandaba
á los viejos degollar.

Callaba Muley Hazem,
sin hallar paso mejor;
que sabe el Príncipe bien
que sangre mancha también
el laurel del vencedor.

Corrían entrambas fuentes,
trinaban los ruiseñores,
y el sol, en ambas corrientes,
sus rayos más transparentes
deshacía en mil colores.

Los vidrios de las ventanas,
contornos dando á sus sombras,
estampan las formas vanas
de sus historias livianas
en las moriscas alfombras.

El silencio á interrumpir
vino una voz de dolor:
«Preparaos á morir»,
se oía á gritos decir
á un hombre en un corredor.

Todos el rostro tornaron
impacientes á la entrada,
y repetir escucharon:
«Tus glorias se marchitaron.
¡Ay de ti, bella Granada!»

Entró el hombre en el salón,
de musulmanes cercado;
érase el tal un santón
que vivía en la oración,
del tumulto retirado.

Pasó la noche corriendo,
gritando en la obscuridad:
«Granada, los estoy viendo.
¡Ay de la hermosa ciudad!
¡Tus muros están cayendo!»

Los moros, viéndole entrar,
delante se le inclinaron,
y él siguió en su predicar:
«¡Los estoy viendo llegar,
y vuestros días contaron!

»¡Ay de ti, la desdichada
ciudad reina de ciudades!
Por el cimientto horadada,
los cielos en ti, Granada,
lloverán calamidades.

»Es en vano resistir.
¡Ay de ti, reina de Oriente!
¡Alá te manda morir!
Los estoy viendo venir.
¡Ay ciudad! ¡Ay de tu gente!»

Harto ya Hazem de escucharle,
furioso le preguntó:
«¿Quién eres?» Sin contestarle,
gritando el santón siguió;
y el Rey volvió á preguntarle.

«Enviado soy de mi Dios,
dijo el moro, y dióme el cielo
un mensaje para vos.»
Y el Rey: «Pues ve que en el suelo
no hay más oídos que dos.»

Siguió entonces el santón,
muy loco ó muy confiado,
su doliente relación,
con el Monarca encarado
y á guisa de inspiración:

«La tregua está quebrantada,
y á muerte al traidor sujeta.
¡Ay de ti, bella Granada!
¡Cayó en ti, desventurada,
La maldición del Profeta!

»Borrada su suerte hallé
del pensamiento divino:
por ti, ciudad mucho oré;
y para leer tu destino,
hasta el cielo penetré.»

Oyóle Hazem un momento,
y enfurecido además,
dijo, dejando su asiento:
«¡Quien leyó en el firmamento,
no puede llegar á más!»

La turba ve estremecida
la rabia del Rey, y calla,
y el Rey dijo á su salida:
«Quitad á ese hombre la vida
en lo alto de la muralla.

»Cuando vengan los cristianos,
siguió volviendo á los moros,
lanzas tenéis en las manos:
¡cerrad con ellos, villanos,
como cerráis con los toros!





Príncipe y Rey.

ROMANCE HISTÓRICO

Está la noche serena;
la luna, sin pardas nubes
que la empañen, limpia y clara
en el firmamento luce.
En derredor las estrellas,
con multiplicadas lumbres
tachonan del aire vano
los pabellones azules.
Eresma por entre peñas
su escaso raudal conduce
á las plantas de un alcázar
que en sus arenas las hunde;
y ya en montones de espuma
revoltoso se derrumbe,
ya con transparentes ondas
manso y humilde murmure,
nunca es más que un corto espejo
que adula la excelsa cumbre,
porque permita al palacio
que en su cristal se dibuje.
Está la noche serena,
y á pasos rápidos huye
sobre la choza pajiza
y la espléndida techumbre.
Calla el viento; el aura apenas
suelta ráfaga que ondule;
Eresma hace que sus ondas
no desvelen, sino arrullen,
y si algún pájaro errante
hay que el silencio interrumpe,

avergonzado se duerme
por no tener quien le escuche.
Mas no es tan hondo el silencio
que el aura á veces no crucen
los incompletos compases
que danza vecina arguyen.
Oyese el rumor lejano
de contenta muchedumbre
que entre cánticos y brindis
el sueño tenaz sacude.
La danza es en el alcázar,
que el príncipe Enrique cumple
hoy años, y á malgastarlos,
junta los más que le ayuden.
La copa de los placeres,
para que ansiosos apuren
cuantas damas y galanes
hay en Castilla, reune.
La vida es corta; los días
se menguan y disminuyen;
la molicie es cortesana,
y los placeres son dulces.
¿Qué importa que el rey don Juan
contra los rebeldes luce?
El Príncipe vive y goza,
que como á quien es le cumple.
¡Fiestas y danzas! Los reyes
no son hidalgos comunes
en cuya frente se ostentan
el valor y las virtudes.

Una frente coronada
 radia sólo tantas luces,
 que los ojos atrevidos
 á sus destellos sucumben.
 Por eso suenan alegres
 las chirimías y adules,
 haciendo que sus compases
 de sala en sala retumben;
 por eso amoroso abrazo,
 despertador de inquietudes,
 los talles de las hermosas
 al ceñidor sustituyen;
 por eso el cendal flotante
 gira en círculo voluble,
 revelando lo escondido
 tras lo que traidor descubre.
 ¡Oh! Hermosas son las hermosas
 cuando, aspirando perfumes,
 mas ocultos sus hechizos
 entre transparentes tules,
 sueltos los cabellos de ébano
 en espirales y en bucles,
 de amar y gozar sedientas
 á los salones acuden.
 Aquel aliento que envía
 un suspiro á que se cruce
 con un suspiro que deja
 que aquél su lugar ocupe;
 aquel murmullo continuo
 que hace que el aura susurre
 con mil acentos sin forma,
 que entre sus pliegues confunde;
 aquella blanda sonrisa
 que vida en un alma influye,
 mientras aguarda favores
 en penada incertidumbre;
 aquellos húmedos ojos
 á cuya luz se destruyen
 los hielos del corazón
 cuando de esquivo presume;
 tantos acaso pensamientos
 que en rodeos mil conducen
 al revuelto laberinto
 de amantes solicitudes;
 y todo ello en un palacio
 donde tormentosa bulle
 cuanta pompa, intriga y gala
 la faz de un Príncipe influye,
 hacen que los corazones
 tan embriagados se ofusquen,

que deliren paraísos
 bajo el cieno que les cubre.
 Espléndido está el salón,
 y aunque mucho disimulen
 las damas, están contentas
 cuando los maridos sufren.
 El Príncipe galantea,
 y las damas de más lustre
 le deben hoy tantas flores
 cuanto algunos pesadumbres.
 Porque él, con una en los brazos,
 toda una danza interrumpe,
 haciendo que en raudos círculos
 mil veces el salón cruce.
 Pie con pie, mano con mano,
 al muelle, lánguido empuje,
 la lleva en pos blandamente,
 la suspende y la sacude.
 Ella, adormecida, suelta,
 sobre brazo tan ilustre,
 más se abandona y descuida,
 porque más él la asegure.
 Flotan los rizos de entrambos,
 los alientos se confunden,
 crúzanse los pies veloces,
 vagan los mantos volubles;
 el labio pide á los ojos
 osadía, amor y lumbre,
 y los labios á los ojos
 suplican que no pronuncien.
 Los ojos suplen las voces,
 la sonrisa el fuego encubre,
 y así al amor y al placer
 todo sirve y todo suple.
 ¡Espléndido está el salón,
 todo el aire son perfumes,
 música, citas, suspiros,
 murmullo, plumas y luces!
 Mas hay un hombre sombrío
 á quien todos llaman Duque,
 y á quien ninguno aventaja
 en la gala que le cubre,
 cuyos dos ojos tenaces,
 sin que se aparten ó muden,
 en el Príncipe están fijos
 cual si temiera que le hurten:
 si algún importuno acaso
 su tenacidad reduce,
 siempre á su objeto ambiciosos,
 rápidos se restituyen.

Al acero se parecen,
que por más que se procure
doblarle contra el imán,
siempre hacia el imán resurte:
mientras, descuidado el Príncipe,
sin que su gozo perturben,
con una dama en los brazos,
por el salón baja y sube.
Es cierto que alguna vez
mira de reojo al Duque;
mas éste, firme y tranquilo,
ni le busca ni le huye.
Es verdad que alguna vez
el primogénito ilustre
su voluptuosa pareja
por delante dél conduce;
y tal vez, aunque no altivo,
de distinguirle se excuse,
no se alcanza á comprender

si es que le honre ó que le injurie;
mas el Duque no por ello
en desmán alguno incurre:
siempre el respeto le sobra,
ya le responda ó le escuche.

Cesó la danza y la música,
que ya el albor se descubre
del alba, que por los vidrios
asoma sus turbias luces:
quedó el alcázar tranquilo,
despejó la muchedumbre,
sonó un beso, y don Enrique
entregó su dama al Duque.
Aquél dijo: «Hasta mañana.»
Contestó éste: «Si á Dios cumple.»
Y don Enrique, volviéndose,
siguióle la servidumbre.



La cortina verde.

Son unas horas después,
y vense en su gabinete,
Inés en un taburete,
y don Enrique á sus pies.

Testigos de sus deslices
en aquel retrete obscuro,
están colgados del muro
de Flandes cinco tapices.

Toda sorpresa exterior
previenen las celosías
y dos dueñas, de vigías,
que están en el corredor.

Lucha la luz con la sombra;
el rojo sol de Occidente
colora confusamente
las labores de la alfombra.

Las flores, desde el jardín,
prestan al aura perfume,
y otro al fuego se consume
en el mismo camarín.

Todo es paz, calma y quietud
en el retrete oriental;
mas si no es paz criminal,
no es la paz de la virtud.

Don Enrique está hechicero;
doña Inés como una estrella;
voluptuosa está la bella,
y galán el caballero.

En los ojos de la hermosa
se está mirando el galán,
y ambos atizando están
hoguera tan peligrosa.

Ella, en recreo infantil,
destréñzale los cabellos,

bucles haciéndole de ellos
con sus manos de marfil.

Él, con sonrisa liviana,
en acento adulador
dulces palabras de amor
la dice á la cortesana.

Ella de orgullo suspira
gozando el favor Real,
aunque él interpreta mal
la vanidad que la inspira.

Él mancebo y sin consejo,
en su amor se está abrasando;
pero ella está contemplando
su contorno en un espejo.

Él la dice: «Hermosa estás»;
y en silencioso desdén
dice ella: «Lo sé tan bien,
que advertirlo está de más.»

Él, con el dulce reclamo
del silencio engañador,
traduciéndolo mejor,
añade: «Inés yo te amo.»

Ella, culpando su exceso,
cuando más cerca la estrecha,
le da de sí satisfecha,
por cada palabra un beso.

Y en larga conversación,
ella altiva, él importuno,
demuestra bien cada uno
el afán del corazón.

Así el Príncipe decía
enajenado á la hermosa;
y astuta y voluptuosa,
ella así le respondía:

DON ENRIQUE

Un reino me aguarda, sí;
con él media vida diera
por gozar, Inés, siquiera
la otra media junto á ti.

DOÑA INÉS

Siendo Príncipe, señor,
dierais, existiendo un año,
cada mes un desengaño
á vuestro constante amor.

DON ENRIQUE

Pasiones fueran livianas,
pasatiempos nada más;
que no encontrara quizás
sino amor de cortesanías.

Mas, Inés, viéndote á ti,
esquivarte fuera en vano.

DOÑA INÉS

Hoy me aduláis cortesano,
que estáis delante de mí.

DON ENRIQUE

Te lo juro, hermosa Inés:
diera mis Reales palacios,
mis coronas de topacios,
por vivir siempre á tus pies.

DOÑA INÉS

¿Tan bella, Enrique, os parezco?

DON ENRIQUE

Como tú no nacen dos,
y por ello, ¡vive Dios!
sufro mal que no merezco.

DOÑA INÉS

¿Vos por mí males?

DON ENRIQUE

Si á fe.

DOÑA INÉS

No os entiendo.

DON ENRIQUE

¿Me amas? Dí.

DOÑA INÉS

En mi alma, de vos á mí
si hay diferencia no sé.
Mas....

DON ENRIQUE

¿Qué, Inés?

DOÑA INÉS

¿Habéis oído?

Jurara que algo sonó.

DON ENRIQUE

Nada he percibido yo.....
ilusión tuya habrá sido.

Quedó Inés un punto en pie
escuchando perspicaz,
y asíola el Príncipe audaz
repitiendo: «Nada fué.»

Y á fe que era la quietud
de aquel ansioso momento
tan honda en el aposento
como en desierto ataúd.

Ningún rumor la turbaba,
ningún susurro se oía,
si alguna vez se eximía
la brisa que murmuraba.

Los vapores del perfume
que exhala el ancho pebete,
aroman el gabinete
y el aire que los consume.

La rica tapicería
inmóvil en el muro está,
y á sitio seguro da
cada puerta y celosía.

Hay en el fondo una alcoba
que, aunque en la sombra se pierde,
espesa cortina verde
al ojo su interior roba.

Tal vez el aura sutil
un instante la movió,
y eso sin duda causó
á Inés su terror pueril.

Mas repuesta y sosegada
junto al Príncipe otra vez,
díjole con candidez:

«Tenéis razón: no fué nada.

»Mas perdonad que haya sido
tan fácil para el temor,
que aunque os tengo mucho amor,
tengo miedo á mi marido.»

DON ENRIQUE

No me le nombres, Inés,
que hasta su nombre me irrita.

DOÑA INÉS

La vida, señor, me quita
con tan celoso como es.

DON ENRIQUE

¡Ah! ¡Inés mía, ese es el mal
que lamentaba hace poco!.....
Tengo de volverme loco
con un hombre tan cabal.

No hay cortesano mejor
ni más puntual caballero,
en la obediencia el primero,
y el primero en el valor.

No hay medio de hallarle infiel
ni falta que acriminar,
ni encuentro qué castigar
por más que lo busco en él.

En la primera excepción
en que incurra, ha de morir.

DOÑA INÉS

Señor, ¿eso osáis decir?

DON ENRIQUE

Alma mía, celos son.

No puedo pensar en paz
que él goza de tu hermosura,
cuando por igual ventura
me lamento sin solaz.

¿Te parece digna traza
de un Príncipe que osa amarte,
esperar por sólo hablarte
á que él se salga de caza?

¿Es digno de mi ambición
que cuando él parte tu lecho,

me dé yo por satisfecho
con verte por un balcón?

DOÑA INÉS

Pero yo, Enrique, os adoro.

DON ENRIQUE

Sí; y en ese amor sobrante
me arrebatas el diamante,
¡dándome el arillo de oro!

DOÑA INÉS

Os doy cuanto puedo dar.
No podéis más exigir.

DON ENRIQUE

Aunque él haya de morir,
tu amor sólo he de alcanzar.

Ronco, ahogado, comprimido,
sonó un fugitivo acento,
como el rumor del aliento
largo tiempo detenido.

Perdió la dama el color,
púsose el Príncipe en pie,
recelando ambos que esté
alguno en el corredor.

Mas por el mismo lugar,
con muy recatada seña,
oyóse á la astuta dueña
por el corredor llamar.

—Adiós, señor, dijo Inés,
que de partiros es hora.

—¿Hasta cuando?

—Por ahora.

Si gustáis, hasta después.

—¿Tanta ventura es verdad?

—Os lo había prometido;
de caza está mi marido
válganos la obscuridad.

¿Vendréis?

—¿Cómo no?

—Atended;

no hagáis confianza vana,
abierta está la ventana
y es áspera la pared.

—Os entiendo: vendré solo.
—Sí, que la noche es oscura.
—¡Oh! Y por tamaña ventura,
fuera yo de polo á polo.—

Salió el Príncipe, y la bella,
orgullosa por su amor,
saliendo hasta el corredor,
dejó el camarín tras ella.

Todo en él fué soledad,
y la cortina arrugando,
vióse al Duque murmurando,
inmóvil en la obscuridad:

«He aquí que todo lo pierde
por no pensar mi mujer
que yo me puedo esconder
tras esta cortina verde.»



Justos por pecadores.

Es Clara una hermosa niña
que en la faz muestra gentiles
de sus diez y siete abriles
los encantos á la vez.
Sencilla, mas sin que el mundo
la sobrecoja ni empache;
las pupilas de azabache,
y de azucenas la tez.

Suelta y libre la cintura,
como la noche el cabello,
transparentes en el cuello
venas de virgen azul.
Pie breve y aéreo paso,
más inquieta y más ligera
que en la fértil primavera
las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce
la llamó un árabe errante;
sol, azucena y diamante,
las gitanas que la ven.
El árabe en sus desiertos
con su memoria camina;
Egipto la vaticina
infinito amor y bien.

Sus ojos brillan tranquilos
como una noche serena;
su alma en ellos se ve ajena
de temor y de inquietud.
El Duque la dice «amiga»,
doña Inés la dice «hermana»,
los mancebos «soberana»,
y «hermosa» la multitud.

Si se reclina cansada
junto á la fuente sonora,
la náyadē protectora
parece de su cristal.

Si corre de los jardines
por las sendas desiguales,
semeja entre los rosales
una silfide ídeal.

Si sonríe, es su sonrisa
tan pura y tan hechicera
cual la blanca luz primera
del alba limpia de Abril.
Su voz es á quien la escucha
red amante, oculta vira,
y el aliento, si suspira,
aura olorosa y sutil.

El Duque parte con ella
todo el amor de su esposa;
doña Inés procura ansiosa
con ella olvidarse dél.
Y es Clara, partiendo entrambos
su purísimo cariño,
para aquélla un tierno niño,
y un serafín para aquél.

Pasó toda aquella tarde
en el huerto entretenida,
con una dueña que cuida
sus caprichos de cumplir.
Cayó el sol; enlutó el cielo
la impalpable sombra inmensa;
la noche lóbrega y densa
amagó el mundo cubrir.

Guardó Clara sus cabellos
con un velo, del rocío;
cruzando el jardín umbrío,
hacia el camarín tornó.
Y asida á un ramo de flores
que robó á la primavera,
por una obscura escalera
hasta el corredor llegó.

Allí doña Inés, posada
la mano en el antepecho,
miraba un camino estrecho
que oculto á la calle da.
Y en el jardín, tras la dueña
que recatada le guía,
por la misteriosa vía,
rápido el Príncipe va.

Clara entonces, silenciosa,
viendo á Inés tan distraída,
de su estancia la salida
ganó á su espalda veloz,
Cayó la puerta de golpe
con estrépito violento,
y oyóse en el aposento
del Duque ronca la voz.

Tornóse Inés aterrada:
oyóse dentro un gemido;
aplicó atenta el oído,
y dijo temblando: «El es.»
Rápida, desalentada,
por el corredor saltando,
dió al jardín, encomendando
su salvación á sus pies.

Trémulo, descolorido,
el Duque de allí á un momento,
saliendo del aposento,
embozado apareció.
Caló el sombrero á los ojos,
y dando vuelta á la llave,
con paso callado y grave
la escalerilla bajó.



Un apéndice á las ventanas de la Duquesa.

Triste y lóbrega es la noche;
no está en el cielo la luna
colgada como una antorcha
entre la niebla nocturna.
No es azul el firmamento;
que le encapotan y enlutan
informes masas de nubes,
que á paso tardo le cruzan.
Todo es silencio en Segovia;
las ráfagas no murmuran,
que el aire denso y pesado,
vecina tormenta anuncia.
Triste y lóbrega es la noche;
yace la ciudad á obscuras
en brazos del primer sueño,
inmóvil, opaca y muda.

Con precaución cautelosa
que intento secreto anuncia,
corrió una mano el cerrojo
de un postigo que se ofusca
en un lado del alcázar,
entre prolijas molduras.
Por ella dos embozados
salieron: ya que la alumbra
débil luz de una linterna,
por defuera la aseguran.
Como mucho se recatan
y es la sombra tan confusa,
no se percibe á lo lejos
ni su faz ni su figura.
Porque es la sombra un cristal
que los recelos enturbian,

y el objeto que se mira
se disminuye ó se abulta.
Tan velozmente caminan,
que pueden dejar en duda
si su acelerada marcha
es persecución ó fuga.
Doblan esquinas y calles,
plazuelas y plazas cruzan;
dijeran que van perdidos
sin encontrar lo que buscan.
Mas tan decididos siguen
la dificultosa ruta,
que bien se ve que no yerran
ni se desorientan nunca.
El ferreruero cruzado,
á los ojos la capucha,
la barba sobre los pechos;
el morterete sin pluma,
van su camino en silencio
con planta firme y segura,
y el uno delante el otro,
ni se paran ni se juntan.
Debajo de unas ventanas
que con labores difusas
cercan muchos arabescos
de primorosa escultura,
detúvose el de delante
diciendo: «Vela y escucha,
esperando que yo vuelva
sin que nadie me descubra.»
Replicó el otro en voz baja,
saludando con mesura:
«Y si una ronda....

—Que pase,
que mi grandeza te escuda.

—¿Y si un curioso?.....

—Que vuelva

Atrás.

—¿Y si me importuna?

—Requiere, si no eres manco,
la razón de tu cintura.»

Siguió adelante, esto dicho,
y primero que él acuda
á dar, prevenido y cauto,
ó noticia ó seña suya,
abriéndose una ventana,
lanzó de su sombra muda
con una escala de seda
una voz que dijo: «Suba.»
Subió el galán; mas llegando
veloz á la cuerda última,
un brazo que sacó un hombre
que esconde la catadura,
dándole aprisa un saquillo,
dijo: «Tome lo que busca.»
Y cerrando la ventana,
mano, voz y hombre se ocultan.
A tal momento, en la calle,
con voz de duelo y angustia

un ¡ay! lanzando una dama,
de la escala se asegura.

Bajó el caballero, y ella,
jadeando le pregunta:

«¿Vivís?», y asiendo el estoque,
él replicó: «¿Quién lo duda?»

Llegó en esto el apostado
con la linterna, y á una,
dama y galán prorrumpieron:

«¡Don Enrique!» «¡Inés!» «Alumbra.»

Abrió el Príncipe el saquillo,
y sintiendo la tela húmeda,

metió la mano, y asiendo
con asombro lo que oculta,

sacó de la hermosa Clara
la cabeza infantil, mustia.

«¡Santos del cielo! ¡Mi hermana!»

«Su sentencia era la tuya,
dijo á doña Inés el Príncipe;

válgate, pues, tu fortuna.»

Y dando á la dama el brazo,
tomando su antigua ruta,

entraron en el alcázar
por la puertecilla oculta.



A luengas edades luengas novedades.

1

El Príncipe pasó á Rey,
y, como era de esperar,
todo debió de cambiar,
sujeto á distinta ley.

Era la Reina muy bella;
mas, como bella, celosa;
y otra alguna, por hermosa,
no tiene igualdad con ella.

Así que, el Rey don Enrique,
si no adquirió más virtud,
de su ociosa juventud
puso á los vicios un dique.

De sus amigas livianas,
mucho el número menguó,
y á la Reina encomendó
sus más lindas cortesanas.

Es verdad que, á las dos leguas,
doña Guiomar, cada día,
entretenerle solía,
dando al matrimonio treguas.

Y es cierto que, tan leal
á su Príncipe como ella,
de su amor le hace querella
Catalina Sandoval.

Mas pecados Reales son,
que tachar fuera imprudencia:
son del cetro una exigencia,
excesos del corazón.

Que es mezquino, á nuestro ver,
que mandando tanta gente,
un monarca se contente
con tan solo una mujer.

Si Dios condena el amor
á la mujer del vecino,
no habla el precepto divino
con él con tanto rigor.

Y sin duda alguna es bien
que, pues la ley dan los reyes,
sean ellos con las leyes
privilegiados también.

Por eso, en una alta torre
que al campo del moro cae,
por do Manzanares trae
sus corrientes, cuando corre,
se oye en la noche callada,
sobre las alas del viento,
un dulcísimo lamento
y un arpa bien acordada.

Por eso, en la noche oscura,
dice el necio centinela,
que en aquella parte vela
la bruja que el Rey conjura.

Pues de tiempo inmemorial,
por entre el vulgo se suena
que allí encontró el de Villena
un colega espiritual.

Distinto habitante mora
hoy en la torre precita;
mas quiénes ó quién la habita,
el vulgo y la Corte ignora.

Porque aunque á veces en ella
se oye que en trova confusa
la voz de quien canta acusa
los rigores de su estrella,

Se oye también que suspira
tan amantes cantilenas,
que si canta entre cadenas,
no canta, sino delira.

A veces, una voz blanda,
en estribillo amoroso,
de un amador licenciado
nuevas al viento demanda.

Y es tan suave, y tan flexible,
y tan tierna en su cantar,
que intentarla remedar
fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,
ya trémula, ya segura,
como la fuente, murmura;
como la tórtola, llora.

Ya es un canto ronco y vago,
sin tema sobre que acuerde,
como un aura que se pierde
entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina
una voz tan infantil,
que no envidia, en lo sutil,
tonos á la golondrina.

Y á veces, en la alta, obscura,
larga noche, allí resuena
varonil, pujante y llena,
otra voz sin su dulzura.

Mas también con su vigor,
la voz dulce se amalgama,
que el aire las desparrama
en dobles himnos de amor.

Una de amor se querella,
y otra canta sus victorias;
ésta adora sus memorias,
y las diviniza aquélla.

Quien de lejos las escucha
en la negra obscuridad,
duda si sueña, en verdad,
y consigo mismo lucha.

Teme la superstición
maleficio en el cantar,
pero se mueve á escuchar
temerario el corazón.

Es una noche tranquila,
de esas azules, serenas,
en que de la luna apenas
la pálida luz vacila.

Dentro de aquel torreón
que cae al campo del moro,
se escucha el compás sonoro
de la femenil canción.

Envuelta en obscuro velo,
emblema claro del luto,
torna el rostro mal enjuto
una mujer hacia el cielo.

Y brilla más la tristeza
de su encantadora faz,
con el llanto que tenaz
destila de su tristeza.

Y en su angustia solitaria,
demandársela pudiera
si canción tan lastimera
es cántico ó es plegaria.

En un sitial, á su lado,
con un laúd la acompaña
Enrique cuarto de España,
de su corona olvidado.

Pero ella ensaya tan mal
la endecha triste que canta,
que mohino el Rey aguanta,
mal sentado en su sitial.

Viendo la poca virtud
que su canto ejerce en ella,
pues los tonos de la bella
no aciertan con su laúd,

Soltando al fin de la mano
el inútil instrumento,
dijo con severo acento,
entre brusco y cortesano:

«Para tal torpeza, Inés,
que no cantes es mejor.»

DOÑA INÉS

Cuanto pude hice, señor,
Y os lo ofrezco tal cual es.

Dos meses ha que venís
á gozaros en mi afán
con el nombre de galán,
mas como señor pedís.

Sin curar de mi dolor,
mandáisme cantar, y canto,
no llorar, y enjugo el llanto,
no amar....., y muero de amor.

DÓN ENRIQUE

Inés, importuna estáis.

DOÑA INÉS

Y vos, por demás severo.

DON ENRIQUE

Que estáis muy celosa infiero.

DOÑA INÉS

Yo infiero que no me amáis.

DON ENRIQUE

¡Siempre dudas de mujer!
¡Siempre igual reconvención!

DOÑA INÉS

Amando de corazón,
amar es obedecer.

Todas las noches traéis
la desazón en el gesto,
siempre á enojaros dispuesto,
y no hay de qué os enojéis.

El tiempo os parece largo
que pasáis siempre conmigo;
nunca, señor, os lo digo,
y lo lloro, sin embargo.

DON ENRIQUE

Mas todas las noches vengo,
Inés, y no se te oculta
que siempre lo dificulta
el grave cargo que tengo.

DOÑA INÉS

Mas yo, señor, noche y día
en esta torre encerrada,
os espero enamorada
sin tener otra alegría.

Veo la noche importuna,
de la aurora el arrebol,
nacer y morir el sol,
nacer y morir la luna.

Y todo el tiempo se va
en inútiles querellas,
demandando á sol y estrellas
que me digan dónde está.

Veo todas las mañanas,
así que el sol reverbera,
partirse en fuga ligera
las avecillas livianas.

Todas las noches las veo
al crepúsculo volver,
fatigadas, puede ser,
mas cumplido su deseo.

Y á mí el tiempo se me va,
en esas rejas vecinas,
pidiendo á las golondrinas
que me digan dónde está.

Callaba el Rey, interés
prestando á sus voces poco,
y en delirio amante y loco
lloraba á su lado Inés.

Él, la barba sobre el pecho,
cruzadas ambas rodillas,
sus querellas sin oillas,
distráido ó satisfecho.

Ella, en más bajo lugar,
mal prendido el luengo velo,
las mangas de terciopelo
deshilando sin cesar.

El Rey, como quien tolera
algo que le mortifica;
ella, como quien suplica
algún favor que no espera.

Al fin, como quien despierta
de un sueño que le acosó,
así don Enrique habló,
con trémula voz incierta:

«Mucho te amé, bella Inés;
mucho te amo, mas perdona
que no pueda mi corona
rendir amante á tus pies.

»Casado estoy, en verdad,
y de mi cetro en honor,
no cuidaré de tu amor,
sí de tu seguridad.

»El Duque no sé qué es dél,
y pues se habla de ello mal,
partirás á Portugal
con un mensajero fiel.»

Calló el Rey, é Inés, transida
de dolor tan impensado,
de espaldas cayó á su lado,
cercana al fin de la vida.

En sus brazos la sostuvo,
y á merced de un elixir,
la vida volvió á latir,
camino el aliento tuvo.

Volvió á herir su corazón
su altivez ó su mancilla,
y dijo al Rey de Castilla
con la voz de la aflicción.

«Fué amaro orgullo en mí;
hizolo amor la porfía,
mas pues la culpa fué mía,
castigada quedo así.»

Y tornándola á faltar
segunda vez el aliento,
salió el Rey del aposento
tras quien la vengá á ayudar.

II

Allá, por do Manzanares
en humildosas corrientes,
antes de entrar cortesano
en Madrid, sus aguas vierte,
hay un sitio en que fundaron
un alcázar otros reyes.
Pardo en el nombre, y perdido
en verdad en sus placeres,
en un despejado campo
que á su entrada el lugar tiene,
con grande rumor levantan
á toda prisa un palenque.
Dispónense aparadores,
aparéjanse banquetes;
doquier se aprestan vajillas
y se despitan toneles.
Guirnaldas en los balcones,
tapices en las paredes,
pabellones en los techos
y en las alfombras pebetes.
Doquiera, en el campo tiendas
con banderas diferentes;
andamios para la Corte,
y andamios para los jueces.
Y en el palacio tumulto,
y tumulto en el palenque;
y en las calles y en las plazas,
los que van y los que vienen.
Por allá suben literas,
por acullá palafrenes;
por allí, de Real mandato,
de su Real guardia jinetes;
por un lado arcabuceros,

por otro lado donceles,
que ganando tiempo y tierra,
buscando aposentos vienen.
Músicos, dueñas, rateros,
saltimbanquis y corchetes,
tamboriles y danzantes,
curiosos é impertinentes.
Aquí una moza devota,
que el brazo á una vieja tiene,
se ajusta en son de maitines
con un majo matasiete.
Allí un dominico obeso
abultado de mofletes,
en una niña de quince
puso los ojos ardientes,
sin duda alguna admirando
al Dios que hace aquellos seres
de ojos negros, manos blancas,
cintura escasa y pie breve.
Más allá, bajo un sombrero
que en la oreja se mantiene,
alto y torcido el bigote,
larga espada, y entre el leve
rizado de ancha valona
escondido hasta los dientes,
de pie derecho, y la mano
sobre la cintura siempre,
está, á través escupiendo,
apercebido un valiente
de esos que dicen: «Miradme,
que hay indulgencias en verme.»
Y sobre todo el murmullo
que tan sin término hierve,
en cóncavo estruendo ronco
por pueblo y campo se sienten
los mazos de los peones
que levantan el palenque,
y el martillo del armero
sobre golas y broqueles.

Grandes fiestas se preparan,
y según dice la gente,
son por los embajadores
que de la Bretaña vienen;
así también lo confirma
la conversación siguiente
de dos judíos que aromas,
joyas y armaduras, venden:

—Buen agosto os habéis hecho,
Rubén, á lo que parece.

—No estoy quejoso, en verdad.
—Y aun contento.
—Ciertamente.

—Sed franco.
—¿Más he de ser?

—Y por nuestros intereses,
vayamos ambos á una,
que espero que no nos pese.
—Sea así, hermano Daniel,
y escuchadme atentamente.
El Rey me compró en secreto,
para lujo en sus valientes,
las armaduras mejores
del torneo.

—¿Cuántas?
—Trece.

—¡Santos del cielo! ¿En monedas
os pagó?

—Al punto y corrientes.

—Feliz sois, Rubén.
—Veamos

Vuestra fortuna.
—Yo siempre

Por enemiga la tuve.

—Pero yo sé que igualmente
el Rey, Daniel, os buscaba.

—Sí, mas fué ganancia leve:
aplazóme los caballos

de mejor sangre que hubiese,
y díle, blancos y negros,

Los mejores.

—¿Cuántos?
—Trece.

—¿Y os quejáis?
—¡Santa Sión!

Pagó dos; los once debe.—
Callaron ambos un punto,

y á Rubén Daniel volviéndose,
díjole:—Mas ya hay quien cubre

lo que pierdo en los corceles:
don Beltrán armó los suyos,

pródigo con mis arneses.

—¡Oiga! ¿También don Beltrán
campo en el cerco mantiene?

—No por cierto; mas levanta
en Madrid otro palenque,

para una segunda fiesta
á la vuelta de los Reyes.

A la parte de Alcalá
tiene apostada su gente,

para tomar de las damas
la brida á los palafrenes.
—¡Atrevido es el pagano,
y ardua causa la que emprende!
Los galanes victoriosos
se opondrán reciamente.

—Pues don Beltrán de la Cueva
aun se está tan en sus trece,
que diz que hasta el mismo Rey
le hará campo, aunque le pese.

—Mucho puja
—Es conde y rico.

—Y el Rey es rey.
—Y él valiente;

y tiene consigo un hombre
que recata el rostro adrede,
que es capaz de armar batalla
el solo con diez y siete.

—¿Un soldado?
—Un caballero.

—¿Que es quien paga?
—Lo parece.

Que es un extranjero dicen
que de aventurero viene.

—¿Trae gente en su compañía?

—Lanzas hasta veintinueve.

—¿Es francés?
—Flamenco.

—¿Amigo
de las batallas?

—No debe.
—¡Cómo!

—Dél se cuentan cosas
bien extrañas cabalmente.

Dicen que, en vela continua,
no se sabe cuándo duerme;

que es sobrio como una monja.
—Mas ¿su nombre?

—No le tiene;
sólo el Flamenco le llaman;

siempre anda solo y le temen.
—Mas ¿no se conoce de él.....

—Nada más que lo que él quiere;
y que es alto, recio, osado,

y á lidiar dispuesto siempre.—

Callaron ambos judíos,
y en rauda tropel la gente
se agolpó sobre el camino
á vitorear á sus Reyes.

III

Como seis días después,
y hacia las dos de la tarde,
en el prado que en Madrid
por San Jerónimo sale,
armados hasta los dientes
y cubiertos los semblantes,
estaban dos caballeros
de una ancha tienda delante.
Detrás de ellos, apostados
en hilera formidable,
hay hasta treinta jinetes,
potentísima falange.
Y otros treinta caballeros,
cuanto valiente galanes,
en varios grupos conversan,
de su pompa haciendo alarde.
Donceles tienen sus lanzas;
sus caballos tienen pajes,
siendo á la par todos ellos
soldados y capitanes.
Detrás hay una barrera
que guardan, con antifaces,
otros doce caballeros
sobre doce yeguas árabes.
A los lados dos andamios,
uno con las armas Reales,
y otro con las de Bretaña,
coronados de sitiales.
Otro andamio casi enfrente,
y en él los jueces y grandes
que han de pesar la justicia
y la ley de los combates;
y el resto cerca una valla,
hasta dos arcos triunfales,
en que remata una liza
que por la barrera se abre.
Banderas de mil colores
se estremecen en el aire,
que embalsaman ramilletes
de jazmines y azahares.
Lindísimas cortesanas
de cabellos de azabache,
tez pálida y ojos negros,
bajan el prado adelante;
porque ¿qué son los jardines
en que las flores no salen,

sino lo que son las fiestas
en que las damas no caben?
De ambas las tropas que aguardan
el duro y próximo trance,
hablan en voces secretas
ambos los jefes audaces;
uno es Beltrán de la Cueva,
del otro nada se sabe,
sino que con treinta lanzas
con don Beltrán hizo parte.
Es de talla aventajada,
de nunca visto semblante,
vigoroso asaz de miembros
y de fuerza sin iguales;
un hacha de armas esgrime
y una espada formidable,
que los arneses más recios
desencajan y deshacen.
Cabalga un potro normando
como sufrido pujante,
que obedece á los impulsos
de dos largos acicates;
y acostumbrado á la guerra,
en que ha tiempo que le traen,
mal le reprime el jinete
al oír los atabales.
Á su vez el caballero
le acosa con voz tonante,
como si el mismo caballo
á la misma par lidiase;
y dicen que tan á tiempo
la segunda, vuelve y parte,
que un solo cuerpo lidiando,
caballero y corcel hacen.
Así Beltrán de la Cueva
le hablaba á este personaje,
y el flamenco respondía
con razones semejantes:

DON BELTRÁN

¿Seréis firme?

FLAMENCO

Como un roble.

DON BELTRÁN

¿Lidiaréis?

FLAMENCO

A toda sangre.

DON BELTRÁN

¿Nadie pasará?

FLAMENCO

Ninguno
con espada ni con guante.

DON BELTRÁN

¿Y si el mismo Rey se empeña?

FLAMENCO

¡Al Rey vive Dios que mate,
y lleve su guantelete
en una pica hasta Flandes!

DON BELTRÁN

Si como decís obráis,
temo que el campo no os baste.

FLAMENCO

Al tiempo lo recomiendo;
y si la suerte me vale,
veréis que mejor amigo
no hallaréis para este trance.

DON BELTRÁN

¿Qué mote sacáis?

FLAMENCO

Ninguno.

DON BELTRÁN

Pues he visto á vuestro paje
un broquel con una letra.

FLAMENCO

Esa letra dice: «Nadie.»

DON BELTRÁN

¿Es orgullo?

FLAMENCO

Es una historia.

DON BELTRÁN

¿De amoríos?

FLAMENCO

Y de sangre.

DON BELTRÁN

¿Sois príncipe?

FLAMENCO

No por cierto.

DON BELTRÁN

¿Sois huérfano?


FLAMENCO

Lo acertasteis
porque, á ninguno sujeto,
soy libre, y la tierra grande.

Oyóse en esto el tumulto
de pífanos y atabales,
y vióse la polvareda
que por el campo adelante
envuelve á los que se acercan
tras los pendones Reales,
que acabados los torneos,
á Madrid vuelven triunfantes.
Cabalgó al punto Beltrán,
y cabalgando el de Flandes,
asió broquel, lanza y brida,
diciendo con voz pujante:
«¡Á caballo!, ¡voto á Dios!
y en torneo ó en combate,
no hay que dejar con espada,
desde San Miguel, á nadie!







El paso de armas de Beltrán de la Cueva.

I

¡Espléndida cabalgata!
¡Caballeresco tropel!
La Reina viene montada,
y el Rey, la brida dorada
asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas
las cortesanas más bellas,
y á su vez los caballeros
sirven de palafreneros
á los palafrenes de ellas.

Detrás las literas vienen
sobre esclavos orientales;
los pajes detrás se tienen,
y el orden, al fin, mantienen
mil arcabuceros Reales.

Todo es luego en derredor
y detrás, pueblo y tumulto;
en el centro va el valor,
y en la fiesta, mal oculto,
el orgullo y el amor.

Al valor pruebas le dan
las cotas hechas pedazos;
orgullosos todos van,
y el amor probando están
las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes
asidos á las cimeras
de los ufanos jinetes,
y usurpan tocas ligeras
el lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golas
y de rojas banderolas,
flotan en suelto equipaje

los velos blancos de encaje
de las damas españolas.

Y de las sillas de guerra
fornadas de limpio acero,
hasta tocar con la tierra,
cuelga, el que de amor encierra
misterios, cendal ligero.

No aprisionan los corceles
guanteletes ni escarcelas,
sí terciopelos y pieles,
y ellos van libres y fieles
sin temor á las espuelas.

Solamente mas severos,
aunque no siendo mejores,
tras el Rey van altaneros,
pacíficos caballeros,
los nobles embajadores.

Y á sus personas prestando
las atenciones Reales,
en rico y vistoso bando,
sobre mulas van pasando
obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,
todo es oro cuanto brilla,
y osténtanse allí á la vez
los hidalgos de más prez
de León y de Castilla.

Todas las mejores lanzas
de ambos reinos acudieron,
y, descuidando sus danzas,
osados en esperanzas,
diz que hasta moros vinieron.

Que, para ostentar valor,
cualesquiera liza es buena;
y el moro batallador

sabe siempre que es mejor lidiar en cristiana arena.

Allí en los andamios miran sin máscaras las hermosas; sus alientos se respiran, y á sus miradas aspiran las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros sobre sus negros corceles diez árabes caballeros, silenciosos y severos, envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto, la negra barba crecida, el corcel, de oro cubierto, todo muestra la atrevida generación del desierto.

Y aunque cuanto audaz, cortés, culta en usos y lenguaje, siempre se alcanza á través de su magnífico arnés algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla Rey, pueblo y embajadores, y al son del clarín que estalla, van á ofrecer la batalla al Rey los mantenedores.

Llegó á sus pies don Beltrán, y díjole audaz: «Señor, aquí mis nobles están, que sus lanzas medirán con vuestra lanza mejor.

»Y pues por encarecellos vuestra Real esplendidez, fiestas quiso concedellos, para no ser menos que ellos, he aquí campo á nuestra vez.

»Como tan buenos vasallos, de las damas requerimos las bridas de los caballos; y pues á aquesto venimos, ó combatir ó soltallos.»

Y echando el guante en la arena, brida volviendo á su gente, el campo en torno resuena con largo aplauso, que llena cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el Rey; y los vientos, rasgando los atabales, fueron ocupando atentos,

la multitud sus asientos, y los Reyes sus sitiales.

Puestos los embajadores á un lado, y á otro los jueces, al son de los atambores, á los nuevos lidiadores requirieron por tres veces.

Lanzáronse hacia la liza hasta cuarenta jinetes, y en su línea movediza el aura estremece y riza, crestones y martinetes.

Tascan espumoso el freno impacientes los bridones, henchir queriendo su seno con los belicosos sonos de que el aire tragan lleno.

Entonces, desde una tienda de los que el campo mantienen, al lugar de la contienda un caballo por la rienda dos pajes bajando vienen.

Por si quisiera lidiar, al Rey le ofrecen cortesés; advirtiéndole á la par, que mejor no le ha de hallar ni con mejores arneses.

Partieron los lidiadores el sol de la liza igual, y al son de los atambores, retados y retadores aguardaron la señal.

II

Con la visera cala la y los lanzones en ristre, los broqueles ante el pecho, sobre los estribos firmes, cerráronse á toda brida los lidiadores insignes, los unos contra los otros, á la voz de los clarines. Todo fué polvo un instante; no se oye ni se distingue más que el son que los aceros en fiero compás despiden. En honda y ansiosa duda, en angustia indefinible,

almas con ojos esperan
 á que el polvo se disipe.
 Es en vano que las damas
 al turbio palenque miren;
 todo entre el espeso polvo
 está en el campo invisible.
 En vano sobre su escaño
 se levanta don Enrique;
 el polvo oculta á sus ojos
 los que vencen ó se rinden.
 Se oye que abajo en la liza
 la recia contienda sigue,
 porque los gritos no cesan
 y los golpes se perciben.
 Unos gritan: «¡Flandes! ¡Nadie!»
 «¡Al Rey, al Rey!», otros dicen;
 y las lanzadas se doblan
 y los tajos se repiten.
 Ayes, lamentos, insultos,
 maldiciones, lelilíes,
 relinchos y cuchilladas,
 todo á un tiempo se concibe;
 todo en tumulto espantable,
 todo en confusión horrible.
 Todos los gritos se mezclan,
 y á gran pena se distinguen
 los de: «¡Cierra!» «¡Hierel!» «¡A ellos!»
 «¡Alá!» «¡Flandes!» «¡Don Enrique!»;
 creyéndose al mismo tiempo,
 por los «cierra» y los lelíes,
 que flamencos y cristianos
 contra sarracenos riñen.

Rodó al fin el polvo denso
 con las ráfagas sutiles.
 descubriendo la vergüenza
 de los que la arena miden.
 Pocos pudieron bizarros,
 al encuentro resistirse;
 su mismo impulso fué causa
 del azar que les aflige.
 Quedaron de entrambas partes
 tan sólo trece que lidien,
 son los seis mantenedores,
 los otros siete del Príncipe.
 De ellos hasta tres son moros
 que á los del Rey bien asisten,
 con los alfanjes sangrientos
 y los palafrenes libres.
 Donde una espada se rompe,
 donde un yelmo se divide,

doquier que un palmo se pierde
 ó un caballo se reprime,
 allí la lanza de un moro,
 allí un alfanje invisible,
 hiere, acosa, rompe, vence,
 antes que se le adivine.
 Algunos de entrambos bandos
 que levantarse consiguen,
 con los pomos y los puños
 en el combate persisten.
 Dan, cían, avanzan, vuelven,
 y ligeros como tigres,
 soltando el inútil hierro,
 con los brazos se reciben.
 Se abrazan y se sacuden,
 y se cruzan y se oprimen,
 quedando un momento inmóviles
 en duda de si respiren.
 Y al fin de afanosa lucha,
 sin vencer y sin rendirse,
 ruedan abrazados ambos,
 y cuartel ninguno pide.
 Perdidos entre el tumulto,
 tal vez aún se distinguen
 sus desesperados esfuerzos,
 sus convulsiones horribles,
 hasta que el tropel sangriento
 de los jinetes que viven,
 los envuelve enteramente,
 los separa ó los persigue.

Tocó el sol en Occidente;
 y á la voz de don Enrique,
 pajes entran en la liza,
 que los heridos retiren.
 Despejado un poco el campo,
 la liza de estorbos libre,
 quedaron lidiando siete,
 sobre los estribos firmes,
 don Beltran con el de Flandes
 y un flamenco que le sigue,
 con un hacha á cuyos filos
 mal los broqueles resisten.
 Lidian por el Rey valientes,
 los ventajados en lides,
 el Marqués de Santillana,
 que negra armadura viste;
 don Juan Pacheco, que el mando
 lleva á medias con el Príncipe,
 y el buen Conde de Treviño,
 del solar de los Manriques.

Con ellos guerrea un moro,
 de cuya opulenta estirpe
 dan testimonio y no escaso
 el negro corcel que rige,
 el corvo alfanje que empuña
 y el arnés con que se ciñe.
 Mas todo está deslucido,
 sin que oro ni acero brillen,
 que todo en polvo y en sangre
 á puro lidiar se tiñe.
 Don Beltrán, rota una brida,
 con esfuerzos increíbles,
 contra el moro y Santillana
 ve su salvación difícil.
 Las damas le vitorean
 mostrando bien cuánto es triste
 que caballero tan bravo
 con tal desventaja lidie.
 Los jueces están inquietos,
 é indeciso don Enrique,
 duda si el bastón de mando
 á tiempo en la arena tire.
 Mas antes que esto suceda,
 se oyó pujante y terrible
 el grito con que el flamenco,
 «¡Flandes y Nadie!» repite.
 Y revolviendo el caballo,
 con ímpetu se dirige
 hacia el noble Santillana,
 que el campo á su empuje mide.
 Entonces, al de Treviño
 volviendo, «¡Aquí Flandes!», dice;
 y alzándose en los estribos,
 de entrambas manos se sirve.
 Cayó del caballo el Conde;
 y volviendo el que le rinde
 al soldado que le ayuda,
 le manda que se retire.
 Quedaron, pues, dos á dos,
 cuatro valientes que piden
 una corona los cuatro,
 para los cuatro difícil.
 Y bien merecen que en ellos
 su honor sus partidos cifren,
 porque no hay mejores brazos
 para que le depositen.
 Pacheco y Beltrán cayeron;
 Pacheco, asido á las crines,
 debajo está del caballo,
 incapaz de desasirse.

Vino don Beltrán sobre él;
 mas los jueces que presiden,
 dan por vencido á Pacheco,
 y escuderos le permiten.
 Mientras, agotando esfuerzos
 que parecen imposibles,
 el árabe y el de Flandes
 la lucha tenaces siguen.
 Grita el flamenco: «¡Aquí Flandes!»,
 y el árabe, á cada quite
 entra y sale huyendo y dando,
 siempre en duda y siempre libre.
 En vano el flamenco acude
 á cuanta fuerza le asiste;
 el moro hace que el caballo
 pase, cruce, salte y gire.
 Mas cansada su fortuna,
 á tiempo que ambos se embisten,
 al dar una huída el moro,
 hace que el caballo pise,
 tan en vago, que aunque diestro
 le levanta y le reprime,
 dobló las manos en tierra,
 tocándola con las crines.
 Esto que viera el flamenco,
 con empuje irresistible
 para adelante se viene
 sin que el moro alcance á herirle.
 Cayó el de Flandes encima,
 y aunque el caballo le oprime,
 asíó con tal fuerza al moro,
 que le acogota y le rinde.
 Tiró su bastón el Rey,
 y al son de los añafles
 mandó que por los del campo
 la victoria se publique.

III

Mientras á los pies del Rey
 de hinojos Beltrán se pone,
 y el Rey le tiende la mano
 porque con ella se honre,
 á las puertas de la liza
 la multitud agolpóse,
 para ver la cabalgada
 cuando á palacio se torne.
 Bajaron de sus andamios
 el Rey, la Reina y la Corte,

damas, caballeros, pajes,
 obispos y embajadores.
 De manos de los donceles
 recibiendo los bridones,
 conducir de allí á las damas
 como enantes se proponen.
 Asidos brida y estribo
 porque más fáciles monten,
 por las hermosas esperan
 los caballeros mejores.
 Púsose el primero el Rey,
 y ya cortés se dispone
 á dar la mano á la Reina,
 cuando con audacia un hombre,
 cejar haciendo al caballo,
 sin respeto se la coge.
 «¿Quién se atreve?.....», dijo el Rey;
 y en el rostro los colores
 tornando el gesto alterado,
 delante su vista hallóse,
 la brida asiendo, al flamenco,
 que así osado le responde:
 «Si pasáis sin combatir,
 será sin guante ni estoque,
 que he lidiado en el palenque
 bajo de estas condiciones.»
 El rey Enrique, indeciso,
 de arriba abajo miróle,
 dudando si por quien sea

se lo tolere ó se enoje:
 pero por más que á sus solas
 su pensamiento recorre,
 como él su rostro recata,
 no sabe si le conoce.
 Al fin, fingiendo respetos
 por sus derechos, cedióle,
 ya su razón otorgando,
 ya por secretas razones.
 Tendióle la mano y dijo:
 «¡Loor á los vencedores!
 Tomad lo que habéis ganado,
 que en efecto anduve torpe.
 ¿Quién sois?»

—*Nadie*. Esa es mi empresa
 —¿Es vuestra cifra?

—Es mi nombre.
 —Sois valiente, y no os atañe,
 por vida mía, ese mote.
 —Ya dije que es nombre propio,
 y no le merezco noble.
 —¿Cómo, pues?

—Porque he vendido
 mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el Rey,
 y tras cortas reflexiones,
 con sonrisa ambigua dijo:
 «Id adelante»; y siguióle.





RECUERDOS

Es una noche tranquila,
de esas azules, serenas,
en que de la luna apenas
la pálida luz vacila.

Algunas nubes errantes
por medio el espacio flotan,
que así de la luna embotan
los resplandores brillantes.

La brisa fresca que vaga,
los árboles estremece,
y según se extingue ó crece,
crece el murmullo ó se apaga.

Noche espléndida y serena
que al hombre á pensar convida,
y en que resbala la vida,
de gozo y pesar ajena.

En que, absorto el pensamiento
en vaga meditación,
halla una blanca ilusión
en cada arruga del viento.

Nada ve el ojo, aunque mira,
oye el oído y no escucha,
y consigo en débil lucha,
triste el corazón suspira.

Una noche clara y pura
en que, contemplando el cielo,
crece en el alma el consuelo,
y hechiza hasta la amargura.

Noche en que se ve á lo lejos,
con el fulgor de la luna,
la ilusión de la laguna
en argentinos espejos.

En que se ve el bosque umbrío
cual un escuadrón gigante,
y cual rastro centellante
la cinta blanca de un río.

Noche en que prestan á una
blando perfume las flores,
música los ruiseñores
y resplandores la luna.

De esas noches que una vez
todos los hombres gozaron,
y á cuya luz recordaron
los sueños de la niñez.

De esas noches cuya historia
dura en el alma escondida,
página de nuestra vida
pegada á nuestra memoria.

Oyendo el tropel sonoro
con que en murmullos sùaves
aduermen hojas, y aves,
y aguas, el campo del moro,
un hombre sobre una peña,
se alcanza en la obscuridad,
mas no se alcanza, en verdad,
si aguarda, medita ó sueña.

Se percibe, allá en la obscura
sombra negra, alguna vez,
la movible brillantez
de su límpida armadura.

Se oye entre las hierbezuelas,
á cada sacudimiento,
el brusco estremecimiento
de sus ásperas espuelas.

Dolientes suspiros lanza
del ánima dolorida,
tal vez por la antigua vida
ó acaso por su esperanza.

En esto, en una alta torre
que al campo del moro cae,
por do Manzanares trae
sus corrientes, cuando corre,

Vagó sobre el aura leve
voz tan dulce y lastimera,
que atenta el aura ligera,
por oilla no se mueve.

A aquel suavísimo son,
el caballero escondido
ansioso prestó el oído,
hízose toda atención.

Lá voz que oye limpia y blanda
en estribillo amoroso,
de ún amador licenciado
nuevas al viento demanda.

Y es tan suave, y tan flexible,
y tan tierna en su cantar,
que intentarla remedar
fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,
ya trémula, ya segura,
como la fuente murmura,
como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago,
sin tema sobre que acuerde,
como un aura que se pierde
entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina
una voz tan infantil,
que no envidia en lo sutil
tonos á la golondrina.

¿Es ilusión mentirosa,
ó es tremenda realidad
ese sueño de otra edad
más bella y más dolorosa?

¿Por qué estremecido miras
esa torre solitaria,
y al rumor de esa plegaria
con pesadumbre suspiras?

¿Qué oyes, caballero, di,
en ese son misterioso,
que el céfiro vagaroso
arrastra ufano hasta tí?

¿Ese que gime en el viento
sonido despertador,
es un recuerdo de amor
ó es tenaz remordimiento?

¡Ah! El pensamiento perdido,
incapaz de decidir,
vacila entre el porvenir
y las sombras del olvido.

Y aunque aquella voz se exima
de más cercana inspección,
bien sabe su corazón
que aquella voz le lastima.

¿Quién vivirá en esa torre,
que canta tan dulcemente,
mientras suena mansamente
el Manzanares que corre?

Porque aunque á veces en ella
oyó que, en trova confusa,
la voz de quien canta acusa
los rigores de su estrella;

aunque á veces triste canta
lastimado son de duelo,
cual queriendo enviar consuelo
al corazón la garganta,
oyó también que suspira
tan amantes cantilenas,
que si canta entre cadenas,
no canta, sino delira.

Cesó la voz de repente,
y sobre el césped mullido
oyóse un pie contenido
que va cautelosamente.

Cada vez más cerca está.....
Púsose en pie el caballero,
y requiriendo el acero,
preguntó firme: «¿Quién va?»

Á sus rayos argentinos,
la luna dejóle ver
un paje, que echó á correr
dando vuelta á unos espinos.

—¿Sois vos (le dijo llegando),
nadie en Flandes, mucho aquí?

—Mucho te han dicho de mí.
—Pues á vos vengo buscando;
Seguidme.

—¿Adónde?

—¿Teméis?

Dijeron que erais valiente.
—Mas fiarse no es prudente
del primero....

—Bien hacéis.

Dios os guarde. A decir voy
que os propuse una aventura,
y desechó por mesura
vuestra prudencia la de hoy.

—Mucho sabes, pajecillo.
Vé delante.

—Pues de mí

no os separéis: por aquí.

—¿Dónde vamos?

—Al castillo.

Y de un torreón en el centro,
postigo oculto buscando,
entraron ambos, cerrando
la portezuela por dentro.



FAVOR DE REY

En medio de un aposento
que el rey Enrique eligió
para secreto teatro
de sus comedias de amor,
él y Beltrán de la Cueva,
á quien con prisa llamó,
están; don Beltrán en pie,
y él tendido en su sillón.
Decora del gabinete
el magnífico interior,
cuanto de rico y espléndido
monarca jamás juntó.
Cuelga una lámpara de oro
del cincelado artesón;
ferrados en terciopelo
los muros en derredor;
el pavimento, de alfombras
exquisitas se vistió,
y sobre el Rey pende inquieto,
de plumas un pabellón.
Delante tiene, á una fiesta
preparado un velador,
cual le anhelaran cubierto
la codicia y la ambición,
copas y cubiertos de oro,
vajilla que cinceló
diestro artista, á quien por ella
dieron riquezas y honor;
y á su lado, entre perfumes,
en pródiga ostentación,
doble y superior servicio
sobre un ancho aparador.
Siguiendo el Rey y el privado
su rota conversación,

el vasallo respondía,
preguntándole el señor.

—¿Conque lloraba?

—Doliente,

en mis brazos se arrojó
diciendo: «¿Es él quien lo manda?»

—Y ¿qué respondisteis vos?

—Que en ello vuestros mandatos
no admitían dilación.

—Muy bien dicho. Y á esa orden,
ella, ¿qué dijo?

—Señor.....

—Sin escrúpulo decid,
Beltrán, que en esta ocasión,
si alguien debiera tenerlos,
vos, cabalmente, no sois.
Mas os juro por mi vida,
que no me acosa el menor;
por el bien de mis vasallos
tengo en esto obligación.
Conque ¿qué dijo?

—En injurias

su lengua se desató.

—¡Hola, hola!

—Lamentando

vuestra inconstancia en amor.

—No fué mucho, don Beltrán;

pero ya, gracias á Dios,
tenemos algo de mundo
y ha tiempo uso de razón.

Y ¿qué más?

—Roja de rabia,
mal caballero os llamó,
indigno de vuestra stirpe,

hipócrita y seductor.

—Ése ya es otro cantar, buen Beltrán; mas tengo yo para mí, que el injuriarme era pedirme perdón.

—A vuestro Real pensamiento sin oponer la menor contradicción, yo os dijera que me asiste otra opinión.

—¿Cómo? Decid.

—Doña Inés, por ultrajada se dió, y serenándose al punto, «Bien, caballero. ¿Sois vos (me dijo con voz resuelta) mi guarda, ó mi conductor?» —¿Y vos?

—Señora, la dije, otro el Rey os preparó.

—¿Y ella?

—Añadió: «Pues decidles de mi parte á ambos á dos, que apresuren nuestro viaje, que estoy pronta y noble soy; y al Rey, en particular, que excuse toda ocasión de sincerarse; que sienta tal desprecio por su amor; que si al paso se me pone, ni aun he de mirarle yo.

—Bravamente lo ha pensado; no lo hiciera yo mejor. ¡Pobre muchacha! En las redes que la he tendido, cayó.—

Callaron por un instante el privado y el señor, en consulta cada cual con su propia reflexión. En esto, confusamente, del muro en el interior, con misteriosa cautela llamada ó seña sonó.

—¿Han llamado?

—Sí por cierto. —Ellos serán.

—Sí, señor. —Abrid, y en mis conjeturas ayúdeme el vino y Dios.—

Con un oculto resorte don Beltrán la puerta abrió,

y entraron por ella un paje y el flamenco vencedor. Tendió el flamenco la vista sin señal de turbación, por todo cuanto le alumbran las luces en derredor. Y sereno, altivo, inmóvil, en la misma posición, con la visera calada callando se conservó.

—Venid, le dijo dejando el Monarca su sillón, venid al igual conmigo, ilustre batallador. Aliviaos de esos hierros, ocupad ese sillón, y tendedme vuestras manos, que á fe que me harán honor. Beltrán, que sirvan la cena; y en tan dichosa ocasión, Chipre, el Vesubio y Falerno nos presten gozo y valor. ¿No os sentáis?—El desconocido, sin moverse respondió: —Yo soy un aventurero que por mis desgracias voy cumpliendo una penitencia que me han impuesto, señor. No puedo mostrar mi rostro, mi nombre, ni mi blasón, sino al hombre que me venza, en las armas superior; y entonces será pidiéndole en nombre del sumo Dios, que me pase compasivo con la daga el corazón. —Caballero, pues que todo me convence que lo sois, díjole el Rey, ¿no pudieran alzar ese voto en vos la voluntad de los reyes, ni aun por haceros honor? Porque en verdad que me aflige al daros por galardón mi amistad y mi palacio, no saber á quién los doy, —Por respeto á mi rey solo, voy sin ventura, señor; ved si estimo vuestras dádivas como de quien ellas son.—

Miró al caballero el Rey
con ojo escudriñador,
y comprimiendo los labios,
á don Beltrán los volvió
diciendo:—¡Cómo ha de ser!
La voluntad es de Dios;
mas ya, señor caballero,
que la suerte me privó
del placer que me esperaba,
pediros quiero un favor.

—Será mandato, y cumplirlo,
en mí será obligación.

—Jurad que lo cumpliréis.

—Jamás he jurado yo;
que tengo en más mi palabra
que el juramento mejor.

—Dispensad, que anduve torpe;
concededme por perdón
un brindis.

—Eso más bien,
con mil amores, señor.—

Llenó don Beltrán las copas,
una cada cual tomó,
y alzándose la visera
el flamenco lidiador,
encubiertas las mejillas
con un antifaz mostró.

—Engañásteis mi esperanza,
díjole el Rey.

—¡Ah, señor,
para encubrir mi desdicha
es doble mi precaución!

—Y ¿quién tanta penitencia
á imponeros alcanzó?

—Mi vergüenza.

—Y ¿por qué trazas....

—De una mujer se valió.

—Basta y brindad, caballero;
el que buscaba sois vos.—

Bebieron ambos: la mano
el Monarca le tendió,

—Y ahora, le dijo, escuchadme,
si os place, con atención.

¿Queréis llevar en secreto
una dama de alto honor
á Portugal?

—Á la misma
Constantinopla, señor,
centellándole los ojos
el hidalgo respondió.

—Está bien. Beltrán, mis órdenes
llevad á esa dama vos;
que al punto partan.—Tomad;
en ese pliego que os doy
encontraréis, caballero,
mi voluntad superior.

En pasando la frontera
le abriréis, y en tanto no;
ni vos ni nadie á la dama
mantenga conversación.

Ved que en ello os va la vida,
pues gentes os daré yo
que os velen y os acompañen
por mi reino.

—Eso, señor,
más es castigo que premio.

—Negocios de corte son,
en que á par necesitamos,
yo prudencia, y vos valor.
De vuestros treinta jinetes,
hasta diez irán con vos;
los demás á la frontera
los enviaré luego yo.

¿Comprendisteis?

—Comprendí.

—¿Prometéis?

—Delante á Dios
os aseguro que nunca
mi ventura fué mayor.

—¡Ah! Mirad; se me olvidaba:
este pequeño cajón
llevaréis á su destino.

—Decidme su dueño.

—Vos.

Es un presente que os hago,
que os probará, salvo error,
que es mi memoria tan larga
cuanto la vida en los dos.
Conque si os cumple, brindemos
á vuestra vuelta.

—Señor,
nadie cuenta con su suerte.

—No me la aseguro yo;
mas si á mi España volvéis,
tal vez halléis lidiador
que os arranque vuestro nombre
sin ver vuestro corazón.

Á vuestra salud, hidalgo,
y á que nos ayude Dios.—

El Rey apuró su copa,

y apartando el pabellón,
por una puerta secreta
del gabinete salió.

CONCLUSIÓN

Es una tarde nublada
que espléndido el sol no alumbra,
velado entre las neblinas
que el cielo cóncavo enlutan.
Recio y norte sopla el viento,
é interceptada y confusa,
la vista á distancia corta
los objetos no columbra.
Es un estrecho camino
do entre la arena menuda
brota á pedazos un césped
que la marcha dificulta,
y por entrambos sus lindes
mecen sus ásperas puntas
zarzas que guardan con ellas
frutos que nunca maduran.
Por él á rápidos pasos,
temiendo la noche oscura,
las fronteras españolas
en triste silencio cruzan
una dama en su litera
á la merced de dos mulas,
un caballero que el rostro
bajo el capacete oculta,
y hasta cuarenta jinetes
que les custodian la ruta.
Apenas en Portugal
fijaron planta segura,
oyóse del caballero
la pujante voz robusta.
«Alto, dijo; nadie pase.
Cada cual consigo cumpla:
los españoles á España,
y mis gentes aquí juntas.»

A este mandato obedientes,
como cosa en que no hay duda,
los de España, saludando,
tornan á su España grupas,
y á la espalda los flamencos
de su capitán se agrupan.
Éste, entonces, con la risa
en sus labios insegura,

exclamó: «Ya está en mis manos
su secreto y su fortuna.
Enrique, si en esta dama,
que en verdad lo será tuya,
á aclararme tu vergüenza
no sirve cuanto discurra,
me libro de mi palabra,
pues mi razón me disculpa,
y á recibir te prepara
por tus injurias, injurias.»
Y rasgando el sello Real
que el pergamino le oculta,
leyó estas negras palabras,
escritas de la Real pluma:

«Mi valiente aventurero,
don Rui Pero Sandoval,
pues según me son testigos
las justas de don Beltrán,
tanto os place los corceles
de nuestras damas guiar,
ahí lleváis á doña Inés,
á quien, en Dios y en verdad,
podéis adonde os contente
desde este punto llevar.
Y porque memoria mía
no os falte desde hoy jamás,
el regalo que me hicisteis
en ese cajón lleváis.
Mas os prevengo que cauto
no entréis en Castilla más,
que en ella os espera una horca
más alta que la de Amán.»

Los ojos desencajados,
la lengua en la boca muda,
contemplando el pergamino,
que entre las manos estruja,
quedó el duque don Rui Pero
sin intención que le acuda.
Volviendo al fin en su acuerdo,
víctima de interna lucha,
con que le acosan á un tiempo
los recuerdos y las dudas,
á la litera lanzóse,
y asiendo las vestiduras
de la dama, á viva fuerza
sacándola, la pregunta.
«¿Quién sois? ¡Por Cristo bendito,
que lo diga y se descubra!»

Ella, de dolor transida;
á tales voces se turba,
y el Duque la arranca el velo,
cogiéndole de las puntas.
Blasfemó el Duque; y asiendo
con mano audaz é iracunda
el cajón que le dió el Rey,
le estrella en la tierra dura.

Rodó por el campo estéril

una cabeza insepulta.
Desmayóse doña Inés,
corrió una lágrima turbia
por los párpados del Duque,
más amarga que cicuta;
y en el solemne silencio
de aquella tragedia muda,
de entre un pabellón de nubes
pálida asomó la luna.





Los borcéguies de Enrique II.

Riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron,
que fuera Cain el vivo
á no haberlo sido el muerto.

.....
Valiente llaman á Enrique,
y á Pedro tirano y ciego,
porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.

(Romancero general.)

I

Después de la cruel tragedia
en que murió el rey don Pedro
á manos de una traición
de serviles extranjeros,
su matador don Enrique
gozó en calma largo tiempo
la corona de su hermano
por la fuerza ó por derecho.
Aunque de sangre bastarda,
cuentan de él famosos hechos,
liberalidades grandes,
de Real corazón ejemplos.
Dicen que á Castilla dió
gran prez y engrandecimiento,
en paz viviendo con todos
por la fuerza ó el ingenio.
Y Aragón, Francia y Navarra
y Portugal, le temieron,
y le temblaron los moros
aun teniéndole tan lejos.
¡De la voluntad de Dios
incomprensibles secretos,
mas donde van siempre juntos
los castigos y los premios!

Vivió dichoso este Rey
tras el fratricidio horrendo,
fama conquistando y nombre
de liberal y de recto.
Lo cual celebran los malos
y desespera á los buenos,
que no hay más ley que la fuerza,
ni más justicia creyendo.
Mas bien se ve en don Enrique
por la muerte que le dieron,
de Dios la recta justicia
y la igualdad de los cielos.
Con hierro mató á su hermano,
y él acabó con veneno;
por extranjeros matóle,
y á él matáronle extranjeros.

—
Veía el Rey de Granada,
ayudador de don Pedro,
del reino de don Enrique
la prez y acrecentamiento.
Veíalo, recelando
que la memoria de aquello,
y el rencor que produjera
de don Enrique en el pecho,

aún en él se alimentaran,
 fermentando en el silencio;
 y el moro pensó en sí mismo
 y pensó con mucho acierto.
 Veló, inquirió con astucia,
 de sus espías por medio,
 el grande apresto de guerra
 que el de Castilla iba haciendo.
 Y al ver la paz asentada
 con los inmediatos pueblos,
 y á los monarcas cristianos
 en amistad y sosiego,
 penetró del rey Enrique
 el oculto pensamiento,
 y otro pensamiento oculto
 pensó oponerle resuelto.
 «Amigo fuí de su hermano
 (dijo el moro); él es soberbio,
 y el ultraje no ha o'vidado,
 y está á volvérmelo atento.
 Ganémosle por la mano;
 y astutos al defendernos,
 vengüemos con sangre suya
 la sangre del rey don Pedro.»
 Dijo esto el moro una tarde
 por los jardines amenos
 del alto Generalife
 en solitario paseo.
 Y enderezando los pasos
 al alcázar opulento
 de la Alhambra, mandó al punto
 que llamaran en secreto
 á un moro de grande ciencia
 y en medicinas muy diestro,
 el mejor de sus amigos
 y el más leal de sus deudos.
 Vino el moro, y encerrándose
 con él en un aposento,
 en larga plática oculta
 hasta el alba se estuvieron.
 Nadie lo que hablaron supo,
 nadie jamás cayó en ello;
 los hechos lo revelaron
 y lo aclaró sólo el tiempo.
 Sólo se dijo en Granada
 con recatado misterio,
 que el sabio huía del Rey,
 y el Rey le echaba del reino.

II

En Santo Domingo estaba
 don Enrique, y muy ufano
 celebraba con festejos
 sus paces con el navarro.
 Todo era gozo en la corte,
 todo en la ciudad saraos,
 y luminarias y músicas,
 cañas, toros y caballos.
 Andaban los caballeros
 con las bandas y penachos
 de los colores del gusto
 de ambos á dos soberanos.
 Y andaban los trovadores
 con cantares regalados
 las grandezas de ambos reyes
 en sus rimas encomiando.
 Y andaba el rey don Enrique
 con largueza Real premiándolos,
 ya elogiándoles los versos,
 y ya con oro pagándoselos.
 Y andaba Villa Sandino (1),
 poeta el más afamado,
 entre la gente de corte
 vestido á lo cortesano.
 Y andaba Pero Ferrús
 sus dulces trovas cantando
 desde el alba hasta la noche,
 desde la choza al palacio.

Y en una tarde serena
 del mes de Abril, á caballo
 con su corte el rey Enrique
 quiso salir por el campo.
 Ya comenzaban entonces
 las florecillas del prado
 á salpicar de los céspedes
 el verde y tendido manto;
 ya iba el tomillo oloroso
 sobre los juncos brotando,
 llenando el aura de aromas
 cuanto más puros más gratos;
 ya empezaban á vestirse
 de frescas hojas los álamos,

(1) Véase la nota 1.^a, pág. 312.

y las rojas amapolas
 á crecer en los sembrados.
 Y todo la primavera
 por doquier iba anunciando,
 con su hierba la campiña
 y con sus trinos los pájaros.
 Cabalgaba don Enrique
 con sus nobles platicando
 por fuera de la ciudad
 en paseo sosegado,
 cuando, jinete seguro
 sobre un potro jerezano,
 vió que hacia ellos llegaba
 solo un árabe gallardo.
 Sobre el almete de acero
 rollaba turbante blanco,
 y espesa malla vestía
 bajo el almaizal legado.
 Corvo alfanje y lanza aguda
 llevaba en opuestos lados,
 y con cadenas de plata
 el negro potro arrendado.
 Y en fin, las prendas que usaba
 la opulencia iban mostrando,
 y su bizarra apostura
 lo noble del africano.
 Detuvo el Rey su trotón
 un punto para mirarlo,
 y su potro el sarraceno
 tuvo también, saludándolo.
 Quedáronse unos momentos
 mirando uno á otro entrambos
 hasta que así dijo el Rey,
 y así dijo el africano.

EL REY

Vengas en paz, sarraceno.

EL MORO

Alá te gaardé, cristiano.

EL REY

¿Adónde va el agareno?

EL MORO

Á buscar al castellano.

EL REY

Pues qué, ¿no da ya Granada
 A los creyentes asilo?

TOMO I

EL MORO

Mina una lengua dañada
 el corazón más tranquilo.
 No hay moro que más resuelto
 servido haya á su señor;
 mas el semblante me ha vuelto
 Mahomad, como á un traidor.
 Sin lealtad y sin fe
 se olvidó de mi amistad,
 y allí á Mahomad dejé,
 ¡Alá guarde á Mahomad!

EL REY

¿Y qué espera del cristiano?

EL MORO

Diz que es un Rey caballero
 el vuestro Rey castellano
 y á ofrecerle voy mi acero.

EL REY

¿Y si te recibe mal?

EL MORO

Continuaré mi camino.

EL REY

¿Y si osa á ti desleal?

EL MORO

Me avendré con mi destino.
 Mas de ello estoy bien ajeno;
 ¿para mí malo ha de ser
 quien para todos fué bueno?
 ¿Ante él me podéis poner?

EL REY

Moro, en su presencia estás;
 y tu acendrada opinión
 no desmentirá jamás
 la fe de su corazón.

EL MORO

¿Tú eres don Enrique?

EL REY

Sí.

EL MORO

Dame los pies á besar.

EL REY

No; cabalga junto á mí,
que quiero contigo hablar.

Picó espuelas don Enrique,
é imitóle el africano,
y atravesando la puente,
en Santo Domingo entraron.

III

Ó el bueno de don Enrique
fué crédulo por demás,
ó el moro fué por su parte
sutilísimo y sagaz,
porque en menos de dos días
entre los dos de tratar,
entre ambos á dos había
estrechísima amistad.
Ya fuera que el africano
descubriese desleal
á Enrique graves secretos
del rey moro Mahomad;
ya fuera que el rey Enrique
se los quisiera arrancar
con una sagaz política
á la del árabe igual;
ya fuera que ambos á dos
se intentaran engañar,
ó ya que los dos obrasen
con hidalga lealtad,
ello es cierto que aquel moro,
del Rey empezó á gozar
muy repetidos favores
y muy grande intimidad,
que hizo á todos los privados
ante su favor cejar,
por más que el vulgo y la corte
murmuró de este desmán.
Decían, y con justicia,
que le sentaba muy mal
á todo un Rey castellano,
con moros tanta amistad;
que quien nació su enemigo,
era al cabo de esperar

que tuviera allá en su pecho
poca ó ninguna verdad.
Todo ello dicho en razón
y sin respeto quizás,
pero dicho todo en balde,
pues no lo quiere escuchar
el Rey, que por su capricho
ó por recóndito plan,
hacia el gallardo africano
inclina la voluntad,
y ya por secretas causas
ó por afición real,
festejábanse uno á otro
con correspondido afán.
Dábale el Rey privilegios
y rentas que disfrutar,
dábale estancia en palacio
y aun en su mesa sitial.
Y el moro, á quien cada día
remitían sin cesar
desde Granada sus deudos,
sus amigos desde Orán,
tesoros inestimables
y presentes sin igual,
al Rey se los ofrecía
con gran liberalidad.
Y apenas día pasaba
sin que le fuera á llevar,
ya el damasquino mandoble,
ya el cordobés alazán;
y siempre, entre sus regalos,
solían ir á la par,
ya el velo para la Reina,
ya para la dama el chal,
ya la armadura dorada
para el príncipe don Juan,
ya el perro de mejor rastro,
ya el azor más perspicaz.
Todo era el moro larguezas
y el Rey prodigalidad;
si el Rey el más generoso,
el árabe el más galán.
Todo era fiesta el palacio:
tañer, danzar y trovar;
todo festejos el día,
toda la noche rondar.
Todo festines y amores
en la gente principal,
todo embriaguez y rondallas
el vulgo hambriento y audaz.

Si en una apuesta ó torneo
 pláciale al Rey bajar
 á correr en el palenque
 con un noble á trance igual,
 bajaba el moro tras él
 á lucir su habilidad
 en los bohordos y cañas
 y juegos de uso oriental.
 Y nadie rompió una lanza
 con tanta seguridad,
 ni nadie montó á caballo
 con una destreza tal,
 ni nadie metió en el blanco
 tantos dardos á la par,
 ni nadie en cortesanía
 logró alcanzarle jamás.
 Si diez sortijas ganaba,
 si ocho lazos alcanzar
 lograba una misma tarde,
 cual diestro, siendo galán,
 al Rey y á la Reina al punto
 ofrecía la mitad,
 entre las damas más bellas
 repartiendo las demás.
 Y así se pasaba el tiempo,
 y así, en escándalo asaz,
 de don Enrique y el árabe
 se estrechaba la amistad.
 Y ó el bueno de don Enrique
 crédulo era por demás,
 ó era por su parte el moro
 sutilísimo y sagaz.

IV

Corrió todo el mes de Abril
 para el conñado Enrique,
 uno de los más gloriosos
 y uno de los más felices.
 La tierra empezó con Mayo
 con sus flores á cubrirse,
 y el cielo fué despejándose
 de nubes y nieblas tristes.
 El viento henchían de aromas
 los cefirillos sutiles
 recogidos en las ramas
 de los huertos y jardines.
 Veía el Rey favorable

estación tan bonancible
 para realizar los planes
 que supo allá concebirse
 en su corazón y juicio,
 y que á poder él cumplirles,
 fuera acaso el Rey más grande
 y el mejor de los Enriques (1).
 Pero no hay cosa que el hombre
 para su bien imagine,
 que no le estorbe la suerte
 que por su bien la realice.
 Ya ha días que el sarraceno,
 tan pródigo en los festines
 y en los regalos, ninguno
 á su nuevo Rey dirige.
 Ya ha días que de su parte
 el Rey ninguno recibe,
 ni el Rey le manda sus pajes
 con prenda alguna que estime.
 Y unos dicen que ya en ellos
 no está la amistad tan firme,
 y otros que dió á sus tesoros
 fin el africano, dicen.
 Pero desmentidos vieron
 sus murmullos los malsines
 en la mañana de un martes,
 día aciago entre gentiles.
 Gozaba el Rey todavía
 blando reposo apacible,
 cuando al dintel de su cámara,
 un negro que al moro sirve,
 se presentó, demandando
 si la entrada le permiten;
 y como saben los pajes
 que el Rey dondequiera admite
 al esclavo y á su dueño,
 ninguno el paso le impide.
 Franqueáronle, pues, la puerta,
 y apartando los tapices,
 en la cámara del Rey
 entró en silencio el etíope.
 Quedó tras él el ambiente
 lleno de oloroso admizcle,
 que un azafate que lleva
 entre las manos, despide.
 Mas no pudo nadie ver
 lo que en él se deposita,
 porque cubierto lo trajo

(1) Véase la nota 2.^a, pág. 314.

con la hermosa piel de un tigre.
 Sintióse con el esclavo
 hablar al Rey don Enrique;
 sintiéronse las ventanas
 á la voz del rey abrirse;
 y tras de breves momentos,
 con su semblante impasible,
 como una siniestra sombra
 volvió á salir el etíope.
 Quedó el Rey con el regalo
 sobre su lecho, y posible
 no siéndole contenerse,
 levantó la piel de tigre
 que cubría el azafate,
 y no es fácil de escribirse
 su sorpresa, al ver en él
 dos moriscos borceguíes.
 Eran de una piel más blanca
 que la pluma de los cisnes,
 abotonados con perlas
 y un hebillón de rubíes.
 Mil exquisitos bordados
 la piel finísima visten
 de mil caprichosos ramos,
 mil arabescos perfiles,
 con cuyo primor y gusto
 en tejidos y en matices,
 los encajes y las flores
 inútilmente compiten.
 Obra del Oriente sólo
 y de moriscos artífices,
 que hacen palacios de piedra
 cómo el encaje sutiles.
 Trabajo de aquellas manos
 que para que al mundo admire,
 nos dejaron una Alhambra
 del Darro en la orilla humilde.
 La Alhambra, ante quien Europa,
 ya desengañada, dice:
 «No fué de bárbaros raza
 la que alzó el Generalife.»

—

La primorosa labor,
 la pedrería que ciñe,
 orla, corona y enlaza
 los moriscos borceguíes;
 el suave aroma que exhalan,
 su piel dócil y flexible,

lo bien que al pie se le ajustan
 sin dañarle ni oprimirle;
 la novedad del regalo
 y el traer del moro origen,
 fueron razones de gozo
 para el buen rey don Enrique.
 Mandó entrar, pues, á sus pajes
 á tocarle y á vestirle,
 para ostentar dignamente
 los preciados borceguíes.
 Bizarramente atavióse,
 y al ver cuán brillante sigue
 su curso sereno el sol,
 y el día en púrpura tiñe,
 pensó en celebrar del moro
 el rico regalo insigne
 con improvisada fiesta
 que su placer le atestigüe.
 Llamó, pues, al africano,
 y mandando que le ensillen
 los caballos, y que apresten
 los azores y neblíes,
 una partida de caza
 y un campesino convite,
 para el árabe y sus nobles
 rápidamente apercibe.
 Y hora, y sitio, y compañía,
 señala, busca y elige,
 y alegremente cabalga;
 parte, y la corte le sigue.

V

Está el sol resplandeciente
 y purísima la atmósfera,
 y el azul del firmamento
 sombrías nubes no entoldan.
 Sólo á trozos le salpican
 de ráfagas voladoras,
 al impulso arrebatadas
 nubecillas caprichosas;
 vapores tornasolados
 que así varían de forma
 como varían de sitios,
 hasta que al fin se evaporan.
 Risueño está el día, amena
 la campiña, encantadora
 la caza de cetrería,

en que los del Rey le gozan.
 A inmenso trecho en el aire
 los neblíes se remontan,
 sin que los pierdan de vista
 los cazadores. ¡Qué airosa
 se cierne libre en los aires
 sobre sus alas, y esponja
 su fina y rizada pluma,
 la garza provocadora!
 ¡Cómo se burla del vuelo
 de las aves temerosas
 que la huyen, y á quien persigue
 revolando juguetera!
 ¡Cómo en torno de su presa
 gira, y revuelve, y la acosa,
 y en su derredor circula,
 de su torpeza por mofa!
 Ya, al parecer, libre y salva
 dejándola, el vuelo acorta;
 ya á perseguirla volviendo,
 le precipita afanosa.
 Tiembla la avecilla débil,
 canta el ave triunfadora,
 y en espiral rapidísima
 caen á la tierra una y otra,
 y el lance á juzgar alegres
 los cazadores se agolpan,
 y con aplausos y risas
 á celebrar la victoria.
 Contentísimo está el Rey,
 contenta la corte toda,
 y las damas que esto miran
 desde una empinada loma.
 El halcón negro de Enrique
 es quien lleva por ahora
 el honor de la partida.
 ¡Con qué humildad tan donosa
 hace la presa, la abate,
 á los pajes la abandona,
 y á don Enrique volviéndose,
 en la mano se le posa!
 Y ¡cómo el Rey le acaricia,
 y en su palma le coloca,
 y esponja el ave sus plumas
 agradecida y gozosa!
 Lánzala, y rauda se eleva;
 la llama, y se abate pronta:
 dijeron que oye y comprende
 las palabras de su boca.
 El sarraceno, que el arte

de la cetrería ignora
 porque no es arte seguido
 por la raza de Mahoma,
 su incomparable destreza
 prueba, con dardos que arroja,
 que desde el caballo lanza
 y desde el caballo toma.
 Hienden el aire silbando
 con rapidez prodigiosa,
 y tan certeros los tira,
 que á los más diestros asombra.
 Su esclavo negro le sigue
 sobre yegüecilla torda
 de ruin estampa, mas fuerte,
 incansable y corredora.
 Y éste recoge los dardos
 de su amo que al suelo tocan,
 al estilo de los árabes,
 con mano segura y pronta,
 sin abandonar el lomo
 del animal en que monta,
 el cual lleva en su carrera
 la tierra al vientre tan próxima,
 que inclinándose el jinete,
 sin que apenas se conozca
 ase el dardo que está en tierra,
 aun sin mirar si lo cobra.
 ¡Tanto puede la costumbre,
 tanto la práctica logra,
 y tanto á los castellanos
 por eso entrambos asombran!

En esto, y cuando en los aires
 mirada firme y ansiosa
 todos clavada tenían
 en una torcaz paloma
 que, de un halcón perseguida,
 iba á la herida traidora
 del dardo del sarraceno
 á caer, si le era próspera
 como siempre su certeza,
 cubrióse la tierra toda
 de obscuridad tan espesa,
 que el día fué noche lóbrega.
 Sintiéronse al punto todos
 presa de mortal congoja,
 sin que pudieran sus ojos
 penetrar aquellas sombras.
 Barrió el suelo un viento rápido
 y helado, y cuando á la atmósfera

obscura se hizo la vista,
 con hondísima zozobra,
 vieron lucir las estrellas
 que el firmamento tachonan,
 creyendo que de repente
 menguaba el día seis horas.
 Faltó el aliento en los pechos,
 faltó la voz en las bocas,
 y todos ante el prodigio
 callando tiemblan ú oran.
 Sólo el árabe y su esclavo
 que están platicando notan,
 y aquel fenómeno aplauden
 con una alegría loca;
 y escuchando los cristianos
 su algarazara escandalosa,
 por sortilegio lo juzgan,
 por brujería la toman.
 Hasta que á pocos minutos
 asomando luminosas
 del encapotado sol
 las resplandecientes orlas,
 volvió poco á poco el día,
 volvió á ausentarse la sombra,
 y el moro explicó el eclipse (1)
 á la comitiva absorta.
 Mas aunque entendieron todos
 que esas señas espantosas,
 de este vistoso fenómeno
 son las circunstancias propias,
 á nadie arrojar fué dado
 del corazón la congoja,
 ni nadie siguió tranquilo
 en caza tan azarosa.
 Tornaron, pues, en silencio,
 con faz decaída y torva,
 á la ciudad que dejaron
 con risa tumultuosa.
 Quejóse el Rey de cansancio,
 y tras noche asaz incómoda,
 no pudo al día siguiente
 salir por sí de su alcoba.
 Vinieron con tal noticia
 los sabios de la redonda,
 y declararon unánimes
 que el mal del Rey *era gota*.

VI

Pasáronse así dos días,
 y así se pasaron seis,
 y así se contaron nueve,
 y rayaron en los diez:
 y en ellos las medicinas
 sólo sirvieron al Rey
 para entender que la muerte
 le asaltaba por los pies.
 Llorábale su hijo el Príncipe,
 y la Reina su mujer,
 y más que todos el moro
 se hacía al llanto por él.
 Iba y venía afanado,
 los calmantes á traer,
 y á preparar los remedios
 con cuidadoso interés:
 y como era hombre entendido
 y el Rey le quería bien,
 murmuraban de ello muchos,
 mas le dejaban hacer.
 Mirábanle los doctores
 con ojeriza también,
 mas á raya se tenían
 respetando su saber.
 Que era el árabe en su ciencia
 hombre de tan alta prez,
 que no hubo quien en Castilla
 se le supiera oponer.
 Y en las juntas que les plugo
 reunir alguna vez,
 siempre que él tomó la suya,
 fuerza á los demás les fué
 convenir exactamente
 en lo propuesto por él,
 y á sus opiniones siempre
 y á sus razones ceder.
 Y con tanta confianza,
 con tan recta sencillez
 la enfermedad explicaba,
 y daba su parecer
 con tanta y tan sana lógica,
 con tan candorosa fe,
 que nadie que le escuchaba
 le dejaba de entender.
 Y los remedios servía

(1) Véase la nota 3.^a, pág. 315.

al Real enfermo después
 con tan sincero cariño,
 con exactitud tan fiel,
 que nadie le pudo tacha
 en su servicio poner.
 Y en el tiempo que duró
 aquella dolencia cruel,
 todas las noches velando
 estuvo el árabe al Rey.
 Sus largas noches de insomnio
 le sabía entretener
 con orientales historias
 más sabrosas que la miel.
 Los monteros le escuchaban
 embebidos á su vez,
 y el más suspicaz no supo
 desconfiar ni temer.
 Si alguna vez don Enrique
 le miró con esquivaz
 á impulso de los dolores
 que le hacían padecer,
 mesaba el moro su barba
 y le trataba de infiel,
 de triste y desventurado,
 y sin tenerle merced,
 decía que de aquel mal
 él solo la causa fué
 con la maldecida caza
 dispuesta en obsequio de él.
 En fin, de aquella dolencia
 al rayar el día diez,
 el Rey se sintió mortal,
 y á Manrique el canceller
 demandando á toda prisá,
 y á su confesor después,
 á concluir se dispuso
 como católico y Rey.
 Entonces, cruzando el moro
 de las puertas el dintel,
 de la turba cortesana
 cruzó sombrío á través.
 «Doctor (le dijeron muchos),

¿creéis que viva?—Tal vez,
 les dijo, dure cuatro horas.»
 Pero no llegó ni á tres.

VII

Murió don Enrique en lunes
 treinta de Mayo, á las dos,
 como á un caballero cumple,
 como á un monarca español.
 Fama de bueno y de justo
 y de liberal dejó,
 mas juzgó mal de su muerte
 el vulgo murmurador.
 De aquella dolencia incógnita
 el fatal estrago atroz
 en breves días, sin tregua,
 al sepulcro le arrastró.
 Y aquel agüero funesto
 de haberse apagado el sol;
 y hacer noche al mediodía
 en el que él adoleció;
 la amistad con aquel moro,
 tal vez secreta ocasión
 de la enfermedad traidora,
 á muchos les recordó
 lo bastardo de su sangre
 y la sangrienta traición
 con que en Montiel á su hermano,
 el rey don Pedro, mató.
 Unos lo dan por prodigio,
 otros por falsa invención.
 ¿Quién, pues, lo cierto averigua
 á través de tanto error?
 Las conjeturas son rectas;
 y el moro desapareció,
 y el Rey empezó á sentir
 en las plantas el dolor
 desde el día en que sus ricos
 borceguíes se calzó.
 La causa, pues, de su muerte
 la sabe quien la hizo y Dios.

NOTAS

1.^o Alfonso Alvarez de Villasandino y Pero Ferrús, poetas del tiempo del rey don Enrique II, cuyas cantigas recogió en un cancionero (con las de otros muchos poetas) Juan Alfonso de Baena, escribiente del rey D. Juan, primero de este nombre.—Fué este Villasandino el poeta más celebrado de su época, no sin razón, y alcanzó los reinados de Enrique II, Juan I, Enrique III y Juan II. Largas son de citar las buenas canciones de este poeta: véanse, sin embargo, dos, la primera suya y la segunda de Ferrús, que manifiestan además la buena fama de que gozaba en vida y en muerte el fratricida D. Enrique, razón principal que me mueve á citar éstas y no otras:

«Decir que fiso Alfon Alvarez de Villasandino para la tumba del rey don Enrique el viejo.

Mi nombre fué don Enrique,
rey de la hermosa España.
Todo ombre verdat publique
sin lisonja por fasaña.
Pobre andando en tierra estraña
conquisté tierras é gentes.
Agora parad bien mientes
quel yago tan sin compañía
so esta tumba tamaña.

Con esfuerzo é lozanía
É orgullo de corazon
fui rey de grant nombradía
de Castilla é de Leon.
Puse freno en Aragon,
En Navarra é Portugal:
Granada miedo mortal
ovo de mí esa sazón,
reclando mi opinion.

A los mios é á estraños
fui muy franco é verdadero.
Poco mas de dose años
me duró este bien entero.
Nunca creí de ligero.

Bien guardé sus privilejos
á fidalgos é concejos:
conosciendo á Dios primero,
de quien galardón espero.

Mi alma va muy gozosa
por dejar tal capellana,
tan complida, é tan onrosa
la muy noble doña Juana,
muy onesta, é sin ufana,
reina de liña real,
mi muger noble, leal,
en todo firme é cristiana,
quita de esperanza vana.

Dejo á los castellanos
en riquezas, sin pavor:
de todos sus comarcanos
hoy le lievan lo mejor.
Por su rey é su señor
les dejo muy noble infante
don Juan mi fijo, bastante,
bien digno é merescedor
para ser emperador.

«Decir de Pero Ferrús al rey don Enrique.

Don Enrique fué mi nombre,
rey de España la muy gruesa,
que por fechos de grant nombre
meresco tan rica fuesa.
Grave cosa nin aviesa
nunca fué que yo temiese,
porque el mi loor perdiere;
ni jamás falté promesa.

Nunca yo cesé de guerras
treinta años continuados.
Conqueré gentes é tierras,
é gané nobles regnados.
Fis ducados é condados,
é muy altos señoríos:
é di á extraños é á míos
mas que todos mis pasados.

En peligros muy estraños
muchas veces yo me vi,
é de los míos sosaños
sabe Dios cuántos sufrí.
Contemprarme sope así
con esfuerzo é mansedumbre.
El mundo por tal costumbre
sojuzgar yo lo creí.

Sabed que con mis hermanos
siempre yo quisiera paz,
adoviéronme tiranos
buscándome mal asaz.
Quísolo Dios, en quien yaz
el esfuerzo é poderío,
ensalzar mi poderío
é á ellos di mas solaz.

Con todos mis comarcanos
yó paré bien mi fasienda:
quien al quiso, amas manos
ge lo puse á contienda.

É bien así lo entienda
el que fué mi coronista,
que de paz ó de conquista
onrosa quis la enmienda.

En la fe de Jesu-Cristo
verdadero fuí creyente,
é á la iglesia bien quisto,
muy amado é obediente.
Fis onra muy de talante
cuanto pude á sus prelados,
seyendo de mí llamados
señores ante la gente.

Con devocion cuanta pud
yo serví á Santa María,
preciosa Virgen, salud,
nuestra dulzor, é alegría.
Por saña, nin por follía,
á santa jamas, nin santo,
nunca yo dije mal, cuanto
los ojos me quebraría.

É teniendo yo mi imperio
en paz muy asosegado,
que cobré con grant laserio
por onrar el mi estado,
plogo á Dios que fuí llamado
á la su muy dulce gloria,
do estó con grant vitoria.
El su nombre sea loado.

La mi vida fué por cuenta
poco mas que el comedio;
cinco años mas de cincuenta (1)
é cuatro meses é medio.
Púsome Dios buen remedio
á mi fin, que yo dejase
fijo noble que heredase
tal que non ha sin medio.

(1) Acaso deberá ser *cuarenta*, pues el cronista dice que murió de cuarenta y seis años y cinco meses.

Deben ser los castellanos
por mi alma rogadores,
ca los fis nobles, ufanos,
guerreros, conquistadores:
é á Dios deben dar loores
por los dejar yo tan presto
mi amado fijo onesto,
de liña de emperadores.

Yo le deixo bien casado
con la infante de Aragon;
porque partí consolado
al tiempo de mi pasion.
A este viene bendicion
é los regnos por linages.
Los que de estoria son sages
saben bien esta razon.

Dejo noble muger buena,
que es la reina doña Juana,
que por todo el mundo suena
su grant bondat sin ufana.
Non cesa noche é mañana
facer por mí sacrificios,
que son deleites é vicios
á mi alma que los gana.

Ella sea heredada
en paraíso conmigo,
do le tien presta morada
Jesu-Cristo, su amigo.
De hoy mas á vosotros digo,
vasallos, é mis parientes,
é yo deixo á todas gentes
este escripto por castigo.

Quien muy bien escuadriñare
las razones que en el dis,
é cobdicia en sí tomare
de los fechos que yo fis,
non engruese la cervis
echándose á la vilesa,
nin se paguen de escasesa,
que á todo mal es raís.

Quien vivir quiere en ledicia
é del mundo ser monarca,
desampare la cobdicia,
que todos males abarca.
Franqueza sea su arca,
esfuerzo é bien faser,
que lo tal suele tener
mucho bien á su comarca.»

2.^a «Fué su muerte (la de D. Enrique) muy plañida de todos los suyos; é non sin razon, ca pues tenia sus paces, é tratos, é casamientos, é sosiegos fechos en Francia, é Portugal, é Aragon, é Navarra, de fecho trataba é lo mandaba ir guisando, que si viera era su intencion de armar grand flota, é tomar la mar del estrecho á Granada. É despues que él toviese tomada la mar, que de allende no se pudiesen ayudar los moros, facer en su regno tres cuadrillas, una él, otra el infante don Juan su fijo, é otra el conde don Alonso su fijo: é en su cuadrilla irian tres mil lanzas con él é quinientos ginetes, é diez mil omes de á pie: é las otras cuadrillas cada dos mil lanzas, é cada mil ginetes, é cada diez mil omes de á pie: é entrar cada año tres entradas de cuatro á cuatro meses, é andar todo el regno, é non cercar logar, mas falcara cuanto fallasen verde. É que irian las cuadrillas de guisa que en un día se pudiesen acorrer, si tal caso recreciese: é despues salir á folgar á Sevilla é Córdoba, é otro logar do tenían sus bastecimientos. Que desta guisa, fasta dos ó tres años le darian el regno á pura fuerza de fambre, é faria de los moros cuanto quisiese. É Dios non quiso que se cumpliese ca tomóle la muerte....», etc.

(Crónica de D. Enrique II.)

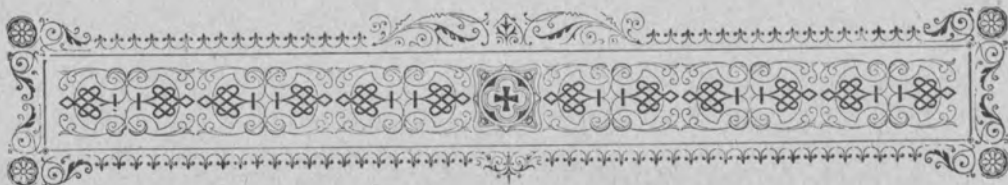
Tales eran los planes de este Rey, y por los cuales digo de él:

y que, á poder él cumplirles,
fuera acaso el rey más grande,
y el mejor de los Enriques.

3.^a «á diez y seis del mes de mayo un lunes despues de visperas, fizo el sol eclipse é se oscureció todo él, que non se veian los omes unos á otros, é aparecieron las estrellas en el cielo, asi como si fuera media noche: é duró aquella oscuridad una hora.... é falleció el rey el lunes á treinta del mismo mes.»

Esto dice la crónica de este eclipse; la sola variación que hay en el romance es el atraso de un día, porque yo lo he fijado en martes y no en lunes, como aconteció.





Una aventura de 1360.

En las frondosas campiñas
que con sus ondas serenas
fecunda el Guadalquivir
antes que en el mar se pierda,
sentada está una ciudad,
que majestuosa ostenta
lo atrevido de sus torres,
lo antiguo de sus almenas.
El río su bella imagen
en su corriente refleja,
pasando enorgullecido
por pasar tan junto á ella.
Y ella se mira en sus aguas,
contemplando allí altanera
su antigüedad y poder
y su proverbial belleza.
Espesos muros la ciñen,
y frondosísimas huertas,
y apiñados olivares,
y fertilísimas vegas.
Radiante sol la ilumina,
y la bordan sus laderas
altos y copudos árboles
y olorosas flores bellas.
Alegre gente la vive,
que las calurosas siestas
y sus perfumadas noches
pasa al son de la vihuela,
ya en sus entoldados patios
entre fuentes y macetas,

ya en sus floridos jardines
gozando sus auras frescas.
Ciudad de hermoso recuerdo,
ciudad bella entre las bellas,
de los moros es envidia,
de los cristianos soberbia.
Sevilla, en fin, y esto basta,
que todo el nombre lo encierra,
y hablando de la hermosura,
todo es una cosa mesma.
En Sevilla, pues, y en una
noche azulada de aquellas
en que derrama la luna
tranquila claridad trémula,
y en lo cóncavo del aire
resplandecen las estrellas,
y más allá, con más brillo,
los luceros reverberan;
en una de aquellas noches
en que todo se presenta
blanco, pacífico, hermoso,
y que la mente embelesa,
y los sentidos embriaga
y el corazón enajena;
noche de aventuras propia
en mil trescientos cincuenta
(edad en que esto pasaba,
si mi memoria no yerra),
por la calle de la Sierpe,
media noche siendo apenas,

dos hombres en la ancha plaza con prisa y silencio se entran. Largas capas les envuelven, no porque precisas sean, sino porque bien les cubran de las personas las señas. Por el lado de la sombra, punta á punta la atraviesan, de la calle de la Sierpe hasta la calle de Génova, y el bulto de sus espadas que bajo la capa llevan, las plumas de sus birretes y el rumor de sus espuelas, por hidalgos les acusan, por más que entrambos se empeñan en pasar como personas de común raza plebeya. Al fin, cuando ya contaban tomar una callejuela que al alcázar los llevase sin pasar frente á la iglesia, paróse el más alto de ellos, diciendo: «¿Qué sombra es ésa que tras el pilar se oculta, Benavides? Yo dijera que es un hombre.»

Y Benavides, al que pregunta contesta: «Llegad, señor, sin cuidado, que ya imagino quién sea, y hará paso al conocerme, que es hombre que me respeta porque me debe favores é hicimos juntos la guerra.» Siguió andando Benavides, siguió el otro, por respuesta dándole sólo el silencio, que satisfacerle muestra, y frente al hombre llegando que junto al pilar espera, mostrándose Benavides, dejó franca la carrera. «Dios te guarde, Andrés», le dijo el que va, pasando cerca. «Buenas noches», dijo el hombre, saludando con llaneza. Y pasaron los hidalgos y siguió el otro en su espera; y entre los dos que se van

por la obscura callejuela, conversación en voz baja se entabló de esta manera: —¿Quién es ese hombre?

—Un soldado

que entró poco hace en la regla de San Francisco, cansado del servicio y de la guerra.

—Y ¿por qué preciamente en tal ocasión lo deja, pudiendo darle fortunas estos tiempos de revueltas?

—Dice que al rey don Alonso sirvió de grado, y por fuerza no quiere servir á nadie.

—Ya entiendo.

—Señor.....

—Le lleva

la opinión del vulgo necio, que mal de don Pedro piensa.

—Ya veis, señor, pues al claustro se acoge, con su conciencia se lo habrá mirado bien.

—Y á tales horas, ¿qué espera solo, en mitad de la plaza, sin el traje de su regla?

—Señor, es historia larga.

—Tal cual es, quiero saberla.

—Son cosas que importan poco.

—Á mí todo me interesa; decid, pues.

—Pues escuchad.

Ya sabéis que representan al Rey los monjes Franciscos, que habiendo en su casa mesma un manantial necesario para el buen servicio de ella, el derecho á los vecinos se les quite de que puedan servirse de él en su daño, porque sin agua les dejan. Los vecinos, como tienen aquella fuente más cerca, para tomarla á su gusto su viejo derecho alegan. —Y tienen razón, y el Rey se la da.

—Por esa muestra de su Real benignidad, de los vecinos se aumenta

la osadía, y de los monjes
el trabajo y la impaciencia.
De aquí nacen las hablillas,
las voces y las quimeras:
los vecinos á los monjes
tal vez obligar intentan
á que de noche y de día
les tengan franca la puerta.
Los monjes quieren cerrarla
como lo manda su regla,
y esto ocasiona denuestos
y escandalosas pependencias.
Los vecinos traen soldados,
gente de su parentela;
los frailes sacan domésticos
y deudos que les defiendan.
Y como ven que su Rey
lo que le piden les niega,
los del pueblo cobran bríos,
y los frailes se exasperan.
Esto duró hasta que Andrés,
hombre á quien nada amedrenta,
hombre que usa de las armas
con asombrosa destreza,
con sus escrúpulos dando
de una sola vez en tierra,
asíó su espada, saliendo
de los suyos en defensa.
Burlábansele al principio;
mas él se ha dado tal priesa
en asentar cintarazos
con tal fortuna y destreza,
que del manantial los monjes
son dueños á la hora de ésta.
—¿Tan bizarro es ese Andrés?
—Tan bizarro y tan á prueba,
que él solo guarda la plaza,
y ninguno se le acerca.
—El miedo de los villanos
es quien su valor pondera.
—De quien queráis informaos:
veréis que nadie lo niega.
Es hombre que si le dicen
que una calle por apuesta
guarde una noche, es seguro
que nadie pasa por ella.
—Y ¿no hay justicia en Sevilla,
un hombre que le contenga?
—Ya veis, se acoge á sagrado,
y los bravos le respetan.

Murmuró el que preguntaba
unas palabras inciertas
que expiraron en murmullo,
cual pronunciadas apenas,
y como á un postigo oculto
que da al alcázar se llegan,
callaron ambos á dos,
llamando á espacio á la puerta.
Abrióles un pajecillo,
y entrando los dos por ella,
quedó en silencio en el aire
y en soledad la plazuela.

—
Está la siguiente noche
tocando en la misma hora,
y desde el cenit vertiendo
la luna luz melancólica.
Ni una ráfaga de viento
la soledad silenciosa
interrumpe, ni una nube
del cielo el azul entolda.
Toda Sevilla es silencio,
reposeo Sevilla toda,
que duerme al son que la arrullan
del Guadalquivir las ondas.
Apenas de tarde en tarde
atravesaba una persona
las calles á largos pasos,
ó en una reja se apostaba.
Y los grandes edificios
que la extensa plaza forman,
sobre el suelo de la plaza
tienden su gigante sombra.
En un pilar apoyado
de una callejuela angosta,
por do un largo pasadizo
en la plaza desemboca,
hay un hombre que está en vela,
y á quien la noche medrosa
vagos contornos le presta
y faz amenazadora.
Inmoble en la obscuridad,
no parece que le importan
ni el relente de las noches
ni el ver que pasan las horas.
Si espera á alguien, nadie acude
á la cita misteriosa;
si aguarda algún hora fija,

su venida fué bien pronta.
 Frente por frente al convento
 de San Francisco se aposta,
 cuya puerta se ve franca,
 como abandonada y sola.
 ¿Es que aquel hombre la guarda,
 ó es que en acecho la ronda?
 Porque él, la guarda ó la acecha
 con una intención incógnita.

En esto, la plaza adentro,
 por la calle de la Sierpe
 un hombre desembocando,
 á largos pasos se mete.
 Un solo punto los ojos
 en su derredor revuelve,
 y viendo al hombre que aguarda,
 vase á él rápidamente,
 el sombrero hasta las cejas
 y el embozo hasta los dientes:
 llegó al que esperaba, y plática
 entablaron de esta suerte:

—¿Andrés?

—¿Quién me llama?

—Un hombre.

—¿Me conoce?

—Si.

—¿Qué quiere?

—Que tenga para tu aljibe
 un privilegio mi gente.
 Me han dicho que tú tan solo
 á tu convento defiendes,
 y que cejan los villanos
 y la canalla te teme.

—Y te han dicho la verdad.

—Por eso precisamente
 he venido aquí esta noche,
 por si al cabo empacho tienes
 en dejarme hacer de día
 lo que de noche no entiende
 ninguno en el barrio.

—Hidalgo,

si eso trae, errado viene;
 todos han de tomar agua,
 ó nadie absolutamente.

—¿Conque contra el Rey te opones,
 que lo contrario te advierte?

—Yo contra el Rey no me opongo,
 mas cuido mis intereses;

y pues por ellos no cuidan
 siendo inútiles, sus leyes,
 hombre á hombre, y fuerza á fuerza,
 aquí has de encontrarme siempre.
 Será injusticia y escándalo,
 será cuanto se quisiere,
 mas á quien osados cargan,
 necio es si no se defiende.
 —Hazlo, pues.

—Enhorabuena,
 hidalgo, y tened presente,
 que habéis venido á buscarme.
 —Menos hablar, y defiéndete.

Y esto diciendo, uno y otro
 á cuchilladas se meten
 con tanto brío, que chispas
 de las espadas encienden.
 El caballero le carga
 tan fiera y bizarramente,
 que el hacerle cara el otro
 hasta milagro parece.
 Dan, vuelven, paran, reciben;
 ni uno ceja, ni otro cede:
 Andrés con calma y acierto,
 el otro como una sierpe.
 Mas es inútil; el monje
 es tan diestro y es tan fuerte,
 que aunque es el hidalgo un hombre
 que como un tigre revuelve,
 y cuyo brazo muy pocos
 á resistirle se atreven,
 de poco ó nada le sirven
 lo que sabe y lo que puede.
 Al fin, el monje, mirando
 que el intento con que viene
 es tal, que mucho peligra
 si no se concluye en breve,
 lanzóle tal multitud
 de tajos y de reveses,
 que el otro cejó seis pasos,
 diciendo: «¡Demonio, tente!»
 Túvose Andrés, y el incógnito,
 la mano franca tendiéndole,
 dijo:—Lo que quieras pídemme,
 que todo te lo mereces.
 —Yo nada de vos espero.
 ¿Qué podéis vos ofrecerme?
 —Á todo, por tu valor,
 el rey don Pedro se ofrece.

—Señor, exclamó el buen monje,
ante sus plantas rindiéndose,
perdonad si anduve osado.....

—Andrés, obraste valiente;
concédote lo que quieras

para que de mí te acuerdes.

—Señor, de nuestra agua os pido

la propiedad solamente.

—Desde esta noche, á los monjes
anuncia que la poseen.—

Y tomando el rey don Pedro
por el callejón de enfrente,
volvióse al convento el fraile
agradecido y alegre.



Las estocadas de noche.

I

Las lágrimas de los ojos
disimuladas apenas,
mal prendidos los cabellos,
mal tocada y mal compuesta,
está en un sillón Elvira,
la faz y las manos trémulas,
como criminal que incierto
visita del juez espera;
y los pasos de don Lope
escuchando en la escalera,
más se turba cuando cauta
en disimular se empeña.
Entró en la estancia don Lope,
y al apercibirse de ella
la dijo con voz pausada,
entre amorosa y severa:
«¿Tú lágrimas en los ojos?
¡Por los cielos, que me admira!
¿Quién pudo en ellos, Elvira,
herirte con tal rigor?
¡Oh! Ven, Elvira, á mis brazos,
ven á contarme tus duelos,
que si no admiten consuelos,
admitirán vengador.
La faz escondes turbada,
la frente pálida inclinas;
esas rosas purpurinas,
¿Quién aja traidor así?
¿No me respondes, y lloras?
Pues te obstinas en callarlo,
ve que acaso averiguarlo
me toque después á mí.

Pudiera serme un secreto
lo que tu labio confiese;
mas puede ser que nos pese
lo que yo sepa, á los dos.
Pero á través de esa reja
han pronunciado tu nombre.....
¡Oh! Dime, Elvira, el de ese hombre;
dilo, ó mueres, ¡vive Dios!»

Así don Lope diciendo,
asióla de las muñecas,
y entornando la ventana,
mató de un revés la vela.
Resistió, mas sujetóla;
quiso gritar, mas apenas
lanzó una voz, la garganta
contra el almohadón la aferra.
Sonó por segunda vez
desde la calle la seña,
y con acento fingido
dentro don Lope contesta.
A poco oyéronse pasos
de alguno que sube á tientas,
con los rotos escalones
tropezando en las tinieblas.
Y en el silencio solemne
de aquella medrosa escena,
del corazón de don Lope
todos los golpes se cuentan.
«Elvira», dijo el que entraba;
mas viéndose sin respuesta,
volvió á repetir el nombre
dentro de la sala mesma.

Todo allí es sombra y silencio,
 todo es soledad en ella;
 sólo una chispa encendida
 dentro del pábilo humea,
 que no ardiendo sino un punto,
 la lobreguez más se aumenta;
 y el humo con que se ahoga,
 fétido el pábilo deja.
 Las manos tendió adelante,
 y avanzando así el que llega,
 con el rostro de don Lope
 en la obscuridad tropieza.
 «¿Quién va?», preguntó; y su acento
 siguiendo mano certera,
 de una robusta puñada
 tendióle de espalda en tierra.
 Asidos ambos á dos,
 en la sombra forcejean,
 y el duro son de la lucha
 confuso en la sombra suena.
 Y sin duda á ambos importa
 el secreto y la cautela,
 porque trabajan las manos
 y se recata la lengua.
 A cóncavos resoplidos
 ambos los pechos alientan,
 mas no lanzaron los labios
 una exclamación siquiera.
 Así, en contados instantes
 los dos combatientes ruedan,
 hasta que á verse alcanzaron
 gente y lucés que se acercan.
 Abriéronse las mamparas,
 y casi en el linde de ellas
 hallóse un hombre en silencio
 y embozado hasta las cejas.
 Miróle un punto don Lope,
 y vuelto, con voz resuelta
 á los que acudieron dijo:
 «Paso»; y ganando las puertas,
 llevósele por delante
 medio á bien y medio á fuerza.

II

Negra es la noche, y el cierzo,
 que en son revoltoso gime,
 rasgándose en las esquinas,
 de miedo la sombra viste.

Por un callejón estrecho
 que de pasadizo sirve
 á una iglesia, va don Lope
 con el otro, que le sigue.
 Sin duda tras de un farol
 que medio agoniza y vive,
 colgado en un esquinazo
 ante un cuadro de la Virgen,
 túvose bajo él don Lope,
 y en voz imperiosa y firme,
 desenvainando la espada,
 esto al incógnito dice:
 —Ó quién sois ó qué valéis
 he de saber; elegid.
 —Enhorabuena; reñid,
 que quién soy ya lo veréis.
 —¿No tenéis otra disculpa?
 —Vuestro empeño será en vano;
 las espadas en la mano,
 entrambos tenemos culpa.—
 Y así diciendo, uno á otro
 con tal denuedo se embisten,
 que brotan chispas las hojas
 con los tajos y los quites.
 Ambos en el mismo sitio,
 ninguno vence ó se rinde;
 ni en uno temor se alcanza,
 ni á otro más valor asiste,
 según á la luz incierta
 desde luego se distinguen
 de entrambos á dos las sombras,
 que en tierra clavadas riñen.
 Mas el rumor temeroso
 de la lucha se percibe,
 sin que un ¡ay! ni una palabra
 se oiga en trance tan difícil.
 Dijérase al ver lo inmóviles
 que ambos en ello persisten,
 que son dos sombras de un sueño
 que á alguno en la noche aflige.
 Tal vez de dos enemigos
 que un mismo ataúd divide,
 creyéranse las fantasmas,
 que juzgándolo imposible
 partir un mismo sudario
 ni el suelo estrecho partirse,
 alzáronse despechadas
 en aparición visible.
 Abrióse en esto una reja,
 otra á poco se oyó abrirse,

luego otras muchas, y luego
cerca pasos se perciben.
Alumbróse de repente
la calle, y al lejos dicen:
«Ténganse al Rey»; y en un punto
la justicia les divide.
Cercáronlos desatentos
soldados y ministriles,
que al tomarlos los estoques,
por ellos derechos piden.
Y tanto crece la zambra
y los confusos lelés
de unos que dicen: «¡Soltarles!»,
y otros que «¡A la cárcel!» dicen,
que echando mano al embozo
el que con don Lope riñe,
partió el tropel de por medio,
y en alientos varoniles
gritando: «¡Lugar al Rey!»,
hace que á su voz se inclinen,
cayendo en tierra de hinojos,
cuantos alcanzan á oírle.
«Señor.....», murmuró don Lope,

la faz con rubor humilde;
y el Rey, con blanda sonrisa,
levantándole le dice:
«Valiente sois, caballero,
y en despecho de la ley,
supisteis que siendo Rey,
he sido hidalgo primero.
Libre estáis y afecto os soy:
venid mañana á palacio
y hablaremos más á espacio
de las cuchilladas de hoy.
Pero no volváis á vella,
ó por infame os tendré,
que os juro, don Lope, á fe,
que no sabéis quién es ella.»
Esto dicho, el Rey volvióse;
á la ronda se dirige,
y ante las rejas de Elvira
así en voz alta prosigue:
«Aquí hay presa de la ley;
entrad la casa en mi nombre,
y cubrid mi error de hombre
con mi justicia de Rey.»





Justicias del Rey D. Pedro.

I

Cuando su luz y su sombra
mezclan la noche y la tarde,
y los objetos se sumen
en la sombra impenetrable,
en un postigo excusado
que á una callejuela sale,
de una casa cuya puerta
principal da á la otra calle,
dos hombres que se despiden
se ven, aunque no se sabe
ni cuál de los dos se queda,
ni cuál de los dos se parte.
Ambos mirándose atentos,
ambos un pie hacia adelante,
parados en el dintel
están, y entrambos iguales.
Por fin, el más viejo de ellos,
hundiendo el mustio semblante
entre el sombrero y la capa
en ademán de marcharse,
torció la cabeza á un lado,
pronunciando un *no* tan grave,
que bien se vió que era el fin
de las pláticas de entandos.
Sin duda el otro, entendido,
no encontró qué replicarle,
pues bajando la cabeza,
callóse por un instante.
«Buenas noches», dijo el viejo;
tartamudeó un «Dios le guarde»

el otro, mas decidiéndose,
hizo hacia el viejo un avance:
—Mírelo bien, y cuidado
no se arrepienta, compadre.
—Nunca eché más que una cuenta.
—Piénselo bien, y no pase
sin contar lo que va de él
á don Juan de Colmenares.
—Señor, replicó el anciano,
en tiempos tan deplorables,
ya sé que lo pueden todo
los ricos y los audaces.
—Pues mire lo que le importa,
que rico y audaz, señales
son con que marca la fama
á los que en mi casa nacen.—
Callaron por un momento,
y continuando mirándose,
dijo el viejo tristemente,
aunque en tono irrevocable:
—Nunca lo esperé de vos,
mas tampoco vos ni nadie
puede esperar más de mí.
—Pues entonces, adelante;
idos, buen viejo, con Dios,
que estoy de prisa y es tarde.—
Cerró la puerta de golpe,
á escuchar sin esperarse
una respuesta que el viejo
tuvo tentación de darle;
y acaso por su fortuna
quedó á tal punto en la calle,

para dársela á la puerta,
 donde la deshizo el aire.
 Volvió el anciano la espalda,
 y en dos golpes desiguales,
 sus pasos descompasados
 pueden de lejos contarse;
 porque sus pies, impedidos,
 deben á su edad y achaques
 una muleta que marcha
 un pie que los suyos antes.
 La esquina á espacio transpuso,
 y á poco, otro hombre más ágil,
 saliendo por el postigo,
 siguió en silencio su alcance;
 túvose al volver la esquina,
 tendió los ojos sagaces
 y enderezó los oídos
 atento por todas partes;
 mas no oyendo ni escuchando
 de qué poder recelarse,
 tomando el rastro del viejo,
 echó por la misma calle.

II

En un aposento ambiguo,
 medio portal, medio tienda,
 que hace asimismo las veces
 de cocina y de despensa,
 pues da su entrada á la calle,
 y en confuso ajuar ostenta
 camas, hormas y un caldero
 colgado en la chimenea,
 hay seis personas distintas,
 que hacen al pie de la letra
 (salvo el padre, que está ausente)
 una raza verdadera.
 Un mozo de veinte abrilés,
 una muchacha risueña
 de diez y seis, tres muchachos
 y una anciana de sesenta.
 Y aunque á las veces nos turban
 engañosas apariencias,
 zapateros son de oficio,
 si á espacio se considera,
 que está la estancia aromada
 con vapores de pez negra,
 que ribetea la moza,
 y que el mozo maja suela.

—Mucho tarda, dijo el último,
 padre esta noche, Teresa.
 —Ya ha tiempo que ha anochecido.
 —Muchacho, atiza esa vela
 y deja quieto ese bote.—
 Y esto diciendo en voz recia
 el mozo, siguió en silencio
 cada cual en su tarea:
 el chico sitiando al bote,
 ribeteando la doncella,
 majando el mozo á compás,
 y dormitando la vieja.
 Con monótonos murmullos
 arrullaban esta escena,
 el son de la escasa lluvia
 de un aguacero que empieza,
 el no interrumpido son
 con que hierve la caldera,
 y el tumultuoso chasquido
 con que la luz chisporrea.
 —¿Las nueve son? dijo el mozo.
 —Eso las ánimas suenan
 con sus campanas, repuso
 santiguándose Teresa.
 —¡Las ánimas, y aun no viene!—
 Y echando atrás la silleta,
 se puso el mancebo en pie
 y encaminóse á la puerta.
 Al ruido que hizo en el cuarto,
 despertándose la vieja,
 dijo: —¿Rezáis á las ánimas?
 —Sí, señora; estése queda.—
 Asíó el mancebo la aldaba,
 mas la había alzado apenas,
 cuando un espantoso golpe
 venció la puerta por fuera.
 —*Muerto soy!* dijo una voz;
 cayó un embozado en tierra,
 y vióse un hombre que huía
 al fin de la callejuela.
 En derredor del caído
 se agolparon, que aun conserva
 algún resto de la vida
 que le arrancan á la fuerza;
 mas no bien le desenvuelven
 por ver, piadosos, si alienta,
 un grito descompasado
 lanzó.... la familia entera.
 Blasfemó el mozo con ira,
 desmayóse la doncella,

y la anciana y los muchachos
 en llanto á la par revientan.
 —Padre, ¿quién fué? preguntaba,
 sosteniendo la cabeza
 del anciano moribundo,
 el hijo, que llora y tiembla.
 Echóle triste mirada
 su padre, como quien lega
 su razón y su justicia
 en quien se fija con ella.
 —*Juan.....*

—¿Qué Juan?

—*De Colmenares,*

balbuceó con torpe lengua;
 y sobre el brazo del hijo
 dobló la faz macilenta.

Reinó un silencio solemne
 por un instante en la escena,
 y á reunirse empezaron
 vecinos de ambas aceras.
 Llegó la justicia al punto,
 y mientras *justicia* ella,
 partió por la turba el mozo
 en faz de intención siniestra.
 —¿Dónde va? dijo un corchete.
 —Siendo yo su sangre mesma,
 ¿adónde, sino al culpable?
 —Soy con vos.

—Enhorabuena.

—(Por si acaso, va seguro),
 dijo para sí el de presa,
 mientras el mozo, resuelto,
 ganó á una esquina la vuelta.

III

Son treinta días después,
 y el mismo lugar y hora,
 la misma vieja y los chicos,
 con mesa, mancebo y moza.
 Cada cual en su tarea
 sigue en paz, aunque se nota
 que todos tienen los ojos
 del mancebo en la faz torva.
 Él, sin embargo, en silencio
 prosigue atento su obra
 sin levantar la cabeza,
 que sobre el pecho se apoya.

Tan doblada la mantiene,
 que apenas la llama roja
 que da la luz, alumbrarle
 las cejas fruncidas logra;
 y alguna vez que el reflejo
 las negras pupilas toca,
 tan viva luz reverberan,
 que chispas parece brotan.
 La verdad es que, una lágrima
 que á sus párpados asoma,
 viene anunciando un torrente
 en que el corazón se ahoga.
 Y el mozo, por no aumentar
 de los suyos la congoja,
 á duras penas le tiene
 dentro el pecho y le sofoca.
 Largo rato así estuvieron
 en atención afanosa,
 todos mirando al mancebo,
 y éste mirando á sus hormas;
 hasta que, al cabo, Teresa,
 más sentida ó más curiosa,
 le dijo: —¿Estás malo, Blas?—
 Y á su voz limpia y sonora,
 siguió otro largo intervalo
 de larga atención dudosa.
 Nada el hermano responde,
 mas ella su afán redobla,
 que no hay temor que la tenga
 la valla de una vez rota.
 —¡Como estás tan cabizbajo!...—
 Y aquí Blas interrumpióla:
 —Y ¿qué tengo que decir
 á quien sin padre y sin honra
 debe vivir para siempre?—
 Y aquí la familia toda
 rompió en ahogados sollozos
 á tan infausta memoria.
 Sosegóse, y siguió Blas
 en voz lamentable y honda:
 —Él rico y nosotros pobres,
 débil la justicia y poca,
 y el Rey en caza y en guerra,
 ¿qué puede alcanzar quien llora?
 —Qué, ¿por libre se atrevieron....
 —Poco menos, pues sus doblas
 pudieron más con los jueces
 que las leyes.

—¡Las ignoran!

dijo indignada Teresa.

—No, hermana: ¡las acogotan!
contestó Blas, sacudiendo
su mazo con ciega cólera.

Signió en silencio otro espacio,
y otra vez Teresa torna.

—Mas la sentencia, ¿cuál fué?
dijo, y calló vergonzosa.

—¿La sentencia? gritó Blas,
revolviendo por las órbitas
los negros y ardientes ojos.
¿La sentencia pides? Óyela.—

Todos se echaron de golpe
sobre la mesilla coja,
que vaciló al recibirles,
á oír lo que tanto importa.

—Sabéis que el de Colmenares
hoy pingüe prebenda goza
en la iglesia, y que, á Dios gracias
y á mi diligencia propia,
se le probó que dió muerte
á padre (que en paz reposa).
Pues bien; no sé por qué diablos
de maldita jerigonza,
de conspiración que dicen
que con su muerte malogra,
dieron por bien muerto á padre,
y al clérigo.....

—¿Le perdonan?

—No, ¡vive Dios! le condenan;
mas ¡vez qué dogal le ahoga!
Condénanle á que en un año
no asista á coro, mas cobra
su renta; es decir, le mandan
que no trabaje y que coma.

Tornó á su silencio Blas
y á sus sollozos la moza;
ella cosiendo sus cintas,
y él machacando sus hormas.

IV

Está la mañana limpia,
azul, transparente, clara,
y el sol, de entre nubes rojas,
espléndida luz derrama.
Toda es tumulto Sevilla,
músicas, vivas y danzas;
todo movimiento el suelo,
todo murmullos el aura.

Cruzan literas y pajes,
monjes, caballeros, guardias,
vendedores, alguaciles,
penachos, pendones, mangas.
Flota el damasco y las plumas
en balcones y ventanas,
y atraviesan besamanos
donde no caben palabras.
Descórrense celosías,
tapices visten las tapias,
los abanicos ondulan
y los velos se levantan.
Cuantas hermosas encierra
Sevilla, á su gloria saca;
cuantos buenos caballeros
en sus fortalezas guarda;
ellos porque son galanes,
y ellas porque son bizarras;
las unas porque la adornen,
los otros para admirarlas.
Óyense al lejos clarines,
y chirimías y cajas,
y á lengua suelta repican
esquilones y campanas.
Mas no vienen los hidalgos
armados hasta las barbas,
ni el pálido rostro asoman
las bellas amedrentadas;
que no doblan los tambores
en son agudo de alarma,
ni las campanas repican
á rebato arrebatadas;
que es la *procesión del Corpus*
que ya transpone las gradas
del atrio, y el rey don Pedro
acompañándola baja.
Padillas y Coroneles
y Alburquerque se adelantan
con Osorios y Guzmanes,
pompa ostentando sobrada.
Y bajo un palio don Pedro,
de ocho punzones de plata,
descubierta la cabeza
y armado hasta el cuello, marcha.
En torno suyo el Cabildo,
diez individuos encarga
que de escuderos le sirvan
en comisión poco santa;
mas tiempos son tan ambiguos
los que estos monjes alcanzan,

que tanto arrastran ropones
 como broqueles embrazan.
 Entre ellos se ve á don Juan
 de Colmenares y Vargas,
 que deja por vez primera
 la reclusión de su casa;
 no porque el año ha cumplido,
 sino porque el año paga,
 y doblas redimen culpas
 si se confiesan doradas.
 Rosas deshojan sobre ellos
 las hermosísimas damas,
 y toda es flores la calle
 por donde la Corte pasa.
 Envidia de las más bellas,
 salió á un balcón del alcázar
 la hermosísima Padilla,
 origen de culpas tantas.
 Hízola venia don Pedro,
 y al responderle la dama,
 soltó sin querer un guante,
 y ¡ojalá no le soltara!
 Lanzóse á tomar la prenda
 muchedumbre cortesana;
 muchos llegaron á un tiempo,
 mas nadie tomarla osaba,
 que fuera acción peligrosa,
 aparte de lo profana.
 Partiendo la diferencia,
 salió de la fila santa
 el bizarro Colmenares
 con intención de tomarla.
 Mas no bien dejó su mano
 del palio el punzón de plata,
 y puso desde él al Rey
 cuatro pasos de distancia,
 cuando un mancebo iracundo,
 con irresistible audacia,
 se echó sobre él, y en el pecho
 le asestó dos puñaladas.
 Cayó don Juan; quedó el mozo
 sereno, en pie entre los guardias
 que le asieron, y don Pedro
 se halló con él cara á cara.
 La procesión se deshizo;
 volvió gigante la fama
 el caso de boca en boca,
 y ya prodigios contaban.
 Juntáronse los soldados
 recelando una asonada;

cercaron al Rey algunos,
 y llenó al punto la plaza
 la multitud, codiciosa
 de ver la lucha empezada
 entre el sacrílego mozo
 y el sanguinario Monarca.
 Duró un instante el silencio,
 mientras el Rey devoraba
 con sus ojos de serpiente
 los ojos del que le ultraja.

—¿Quién eres? dijo por fin,
 dando en tierra una patada.
 —Blas Pérez, contestó el mozo
 con voz decidida y clara.
 Pálido el Rey de coraje,
 asíóle por la garganta,
 y así en voz ronca le dijo,
 que la cólera le ahogaba:
 —Y yendo tu Rey aquí,
 ¡voto á Dios! ¿por qué no hablaste,
 si con ocasión te hallaste
 para obrar con él así?—

Soltóse Blas de la mano
 con que el Rey le sujetaba,
 y, señalando al difunto,
 repuso tras breve pausa:
 —Mató á mi padre, señor,
 y el tribunal, por su oro,
 privóle un año del coro,
 que en vez de pena es favor.
 —Y si vende el tribunal
 la justicia encomendada,
 ¿no es mi justicia abonada
 para quien justicia mal?
 —Cuando el miedo ó la malicia,
 dijo Blas, tuercen la ley,
 nadie se fía en el Rey,
 medido por su justicia.

Calló Blas, y calló el Rey
 á respuesta tan osada,
 y los ojos de don Pedro
 bajo las cejas chispeaban.
 Tendiólos por todas partes,
 y al fuego de sus miradas,
 de aquellos en quien las puso
 palidecieron las caras.
 Temblaron los más audaces,
 y el pueblo ansioso esperaba

una explosión en don Pedro,
 más recia que sus palabras.
 Rompió el silencio por fin,
 y en voz amistosa y blanda,
 el interrumpido diálogo
 así con el mozo entabla:

—¿Qué es tu oficio?

—Zapatero.

—No han de decir ¡vive Dios!
 que á ninguno de los dos
 en mi sentencia prefiero.—

Y encarándose don Pedro
 con los jueces que allí estaban,
 dando un bolsillo á Blas Pérez,
 dijo en voz resuelta y alta:

—Pesando ambos desacatos,
 si con no rezar cumple él
 en un año, cumples fiel
 no haciendo en otro zapatos.

Tornóse don Pedro al punto,
 y brotó la turba osada
 murmullos de la nobleza
 y aplausos de la canalla.

Mas viendo el Rey que la fiesta
 mucho en ordenarse tarda,
 echando mano al estoque,
 dijo así, ronco de rabia:

—La procesión adelante,
 ó meto cuarenta lanzas
 y acaban ¡voto á los cielos!
 los salmos á cuchilladas.

*Y como consta á la iglesia
 que es hombre el Rey de palabra,
 siguieron calle adelante
 palio, pendones y mangas.*



LEYENDAS

Para verdades el tiempo y para justicias Dios.

TRADICIÓN

I

Juan Ruiz y Pedro Medina,
dos hidalgos sin blasón,
tan uno del otro son
cual de una zarza una espina.

Diz que Pedro salvó á Juan
la vida en lance sangriento;
prendas de tanto momento,
amigos por cierto dan.

Pasan ambos por valientes
y mañeros en la lid,
y lo han probado en Madrid
en apuros diferentes.

Ambos pasan por iguales
en valor y en osadía,
pero en fama de hidalguía
no son lo mismo cabaes,

Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
silencioso por demás,
que no alzó noble jamás
el gesto meditabundo.

Ancha espalda, corto cuello,
ojo inquieto, torvas cejas,
ambas mejillas bermejas,
y claro y rubio el cabello.

Y aunque lleva en la cintura
largo hierro toledano,
dale, brillando en su mano,
más villana catadura.

Y aunque arrojado y audaz
en la ocasión, rara vez
carece su intrepidez
de son de temeridad.

Agil, astuto ó traidor,
hijo de ignorada cuna,
debe acaso á su fortuna
mucho más que á su valor.

Presentóse ha pocos años
de Indias advenedizo,
diz que con nombre postizo
cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero
en festines y placeres,
aunque fué con las mujeres
más falso que caballero.

Hoy pasa, pobre y obscuro,
una existencia común,
y medra ó mengua según
los dados le dan seguro

Hombre de quien saben todos
que vive de mal vivir,
mas nadie sabrá decir
por cuáles ó de qué modos.

Modelos en amistad
ambos para el vulgo son,
mas con Pedro es la opinión
menos rígida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante
y orgulloso en demasía,
mozo de más cortesía
y más bizarro talante.

De ojos negros y rásgados
con que á quien mira desdeña,
nariz corta y agulleña,
con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona
colgando la cabellera,
y alto en gesto en tal manera,
que cuando cede perdona.

Mas si sombras de matón
tales maneras le dañ,
tiénela más de galan
por su noble condición:

Que no hay en Madrid mujer
que un agravio recibiera,
que á su espada no tuviera
satisfacción que deber;

Ni hay ronda ni magistrado
que en revuelta popular
no le haya visto tomar
ayuda y parte á su lado.

Tales son Ruiz y Medina,
de quienes, por concluir,
fáltame sólo decir
que amaban á Catalina.

Es ella una moza obscura,
de talle y de rostro apuesta,
mas tan gentil como honesta,
y como agraciada pura.

Amala Ruiz, pero calla,
acaso porque su amor,
para mujer de su honor
palabras de amor no halla.

Él con ansia la contempla
al abrigo del embozo,
pero el ímpetu de mozo
ante su virtud se temple;

Que es tan dulce su mirar,
que su luz por no perder,
cuando se quiso atrever
sólo se atrevió á callar.

Y es tan flexible su acento,
que para no interrumpirle,
tener es fuerza, al oírle,
con los labios el aliento.

Medina, que fué soldado
sobre Flandes por Castilla,
y á los usos de la villa
de más tiempo acostumbrado,

Suplicóla tan rendido,
tan cortés la enamoró,

que ella amor le prometió
como él fuere su marido.

«Eso sí, ¡por San Millán!»,
dijo Pedro con denuedo;
y la calle de Toledo
tomó en resuelto ademán.

II

Contento Pedro Medina
con su amorosa ventaja,
más á carreras que á pasos
iba cruzando la plaza.

Saltábale el corazón
á cada paso que daba,
y frotábase ambas manos
bajo la anchurosa capa.
Los labios le sonreían,
y los ojos le brillaban
al reflejó que en el pecho
despide la amante llama.
Las gentes le hacían sitio
porque cerca no pasara,
que según iba resuelto
que fuese audaz recelaban.

Mas él va tan divertida
en sus amores el alma,
que ni ve dónde tropieza,
ni cura de los que pasan.
Topó al volver una esquina
una vieja, y al dejarla
derribada en tierra dijo:

«Nos casaremos mañana.»

Enredósele el estoque
en el manto de una dama,
y rasgándole una terciá,
echóla un voto de á vara.

Así dando y recibiendo
encontrones y pisadas,
dió por fin con la hostería
donde su amigo jugaba.

Fué á la mesa, y preguntando
á Juan si pierde ó si gana,
pidió vino y añadióle:

«Cuando acabes, dos palabras.»

Recogió Juan sus monedas,
y terciándose la capa,
sentóse al lado de Pedro,
diciendo bajo:—¿Qué pasa?

—Me caso, dijo Medina.

Miróle Juan á la cara,
y frunciendo entrambas cejas,
tosió, sin responder nada.

—¿Qué piensas? preguntó Pedro.

—En ti y tu mujer pensaba,
contestó Juan suspirando,
con voz ronca y apagada.

—¿Supondrás que es Catalina?

—Y lo siento con el alma.

—¡Cómo!

—Porque tengo celos.

—¡Por San Millán!

—Yo la amaba.

—¿Y ella?

—Nunca se lo dije;
pero ocurrióseme....

—¡Acaba!

—Para decirle mi amor
escribirla hoy una carta.

Callaron ambos: Medina
remedio al caso buscaba,
el codo sobre la mesa,
sobre la mano la barba.
Al fin, como quien resuelve
negocio que aflige y cansa,
pidió papel y tintero,
diciendo á Juan:—¡Por mi alma,
que en mi vida en tal apuro
vacilar tanto pensaba;
y á no serte tú quien eres,
metiéralo á cuchilladas;
pero escribe, y que responda
á cuál de nosotros mata!
Escribió Juan, mas rasgando
al mejor tiempo la carta,
—Echemos, dijo, los dados,
y al que la mayor le caiga,
si es á mí, la escribo al punto,
si es á ti, Pedro, te casas.
Tiró Juan y sacó nueve;
y asiendo el vaso con rabia,
tiró Pedro y sacó doce,
con que los dos se levantan.
Y atravesando la turba,
que curiosa los cercaba,
parten la calle en silencio
dándose entrambos la espalda.

III

Son, á mi pensar, los celos
delirio, pasión ó mal,
á cuyo influjo fatal
lloraran los mismos cielos.

A manos de tal pasión,
el más cuerdo desespera,
pues quien con celos espera,
atropella su razón.

Si con celos esperar
es importuna porfía,
ceder celoso en un día
cuanto se amó, no es amar.

De celos verse morir,
y en silencio padecer,
son celos tan de temer,
cuanto duros de sufrir.

Y así, con celos amar
vale casi aborrecer;
pero con celos ceder,
es igual que delirar.

Y si otro favorecido
goza el bien que se perdió,
se habrá el disfavor sentido,
mas perdido el amor no.

Porque en quien goza favor
sobrá tal vez confianza,
y celos sin esperanza,
suelen guardar más amor.

Si favor nunca tuvimos,
aun es suerte más cruel,
porque vemos ahora en él
cuanto bien haber pudimos.

Y así, pienso que son celos
delirio, pasión ó mal,
á cuyo influjo fatal
lloraran los mismos cielos.

Por eso llora Juan Ruiz,
celoso y desesperado,
el bien que Pedro ha ganado,
más galán ó más feliz.

Por eso en la soledad
se mesa barba y cabellos,
sin mirar que no está en ellos
su amante fatalidad.

¡Oh! ¡Que no fueron antojos
sus amorosos desvelos,

que el amor que hoy le da celos,
entróle ayer por los ojos.

«Y ¿por qué no me atreví?
clama el triste en su aflicción,
¡y hoy acaso esta pasión
pudiera arrancar de mí!

»Mas volveré, ¡vive Dios!
Pero ¿qué he de conseguir,
si la he dejado elegir
marido de entre los dos?»

Y á su despecho tornando,
semejábase, en su afán,
una fiera á quien están
dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz,
cruzaba el cuarto sin tino,
pero no hallaba camino
de dar al ánimo paz.

Silbaba al dejar rabioso
paso al comprimido aliento,
y hollaba con pie violento
el pavimento ruinoso.

Iba adelante y atrás
sin reflexión que le acuda,
á la par pidiendo ayuda
á Cristo y á Satanás.

Túvose un momento al fin,
y en el temblor que le aqueja
se ve bien que se aconseja
con un pensamiento ruin.

Volvió á girar otra vez,
y otra á tenerse volvió;
en esto dobló un reloj
en una torre las diez.

Entonces, quedando fijo,
exclamó en la obscuridad:
«Hoy se casan, es verdad,
hace un mes que me lo dijo.»

Ciñó con esto el acero
con desdén á la cintura,
y salióse á la ventura,
la vuelta del matadero.

IV

Es una noche sin luna,
y un torcido callejón
donde hay en un esquinzazo
agonizando un farol.

Un balcón abierto á medias,
por los vidrios de color
arroja al aire en tumulto
de danza el confuso son.
Se oye el compás fugitivo
que llevan con pie veloz
los que danzan descuidados
dentro de la habitación,
y se ven cruzar sus sombras
una á una y dos á dos,
en fantástica carrera
y monótona ilusión.
La casa es la de Medina,
que en ella á fiesta juntó
sus amigos y parientes
después de transpuesto el sol.
Allí con franca algazara
festeja á la que adoró,
de quien aguarda esta noche
prendas de cumplido amor.
Está la niña galana
cual nunca el barrio la vió,
suelto en rizos el cabello,
que exhala fragante olor;
la falda de raso blanco,
y acuchillado el jubón,
con vueltas de terciopelo
azul, de cielo el color;
con una hebilla de plata
ajustado el cinturón,
de donde baja en mil pliegues
un encaje en derredor;
y de un lazo de corales,
que Pedro la regaló,
lleva en una cruz de oro
la imagen del Redentor.
Tanta ventura en un día
nunca Pedro imaginó,
y así anda desatentado
girando en la confusión.
A cada vuelta se mira
en los ojos de su amor,
y en la luz de aquellos soles
se le quema el corazón.
Y en fin, para concluir,
se cantó, cenó y bailó,
como es costumbre en las bodas
desde entonces hasta hoy;
hasta que, cansados unos
del baile, otros del calor,

las viejas del tardo sueño,
 los músicos de su son,
 los muchachos de la bulla,
 y los novios del honor
 que les hacen sus amigos
 en tan preciosa ocasión,
 despidiéronse uno á uno
 echando sobre los dos
 más bendiciones que plagas
 causó á Egipto Faraón.
 Quedáronse entrambos solos
 la amada y el amador,
 por vez primera en la vida
 á merced de su pasión.
 Mirábala embelesado
 el amoroso español,
 trémulo el rostro de gozo
 y de dicha el corazón;
 mirábale ella anhelante,
 encendida de rubor,
 húmedos los negros ojos
 con ternísima afición;
 él, diciéndola: «¡Alma mía!»,
 diciéndole ella: «¡Mi sol!»,
 entre el son de ardientes besos
 de regalado sabor.
 En esto, en la estrecha calle
 temible ruido sonó
 de voces y cuchilladas
 en medrosa confusión.
 Y al angustiado lamento
 de uno que grita: «¡Favor!
 ¡Ayudadme, que me matan!»
 Pedro á la calle bajó
 con el estoque en la diestra
 y en la siniestra el farol.
 Asomóse Catalina
 amedrentada al balcón,
 llamando á Pedro afanosa,
 de algún daño por temor.
 Alzó Medina la cara,
 y la luz con ella alzó,
 pero apenas el reflejo
 dió en el rostro de su amor,
 una estocada traidora
 por el costado le entró.
 Lanzó un grito el desdichado
 que partía el corazón;
 lanzó la hermosa un gemido
 de intensísimo dolor,

y el moribundo Medina,
 volviendo el gesto á un rincón,
 hacia una imagen de Cristo,
 de quien devoto vivió,
 dijo expirando: «Soy muerto.
 ¡Acorredme, santo Dios!»,
 y quedó tendido en tierra
 sin movimiento y sin voz.
 Alzóse á su lado un hombre,
 y diciendo en ronco son:
 «¡Maldita sea mi alma!»,
 mató la luz y escapó.

V

Tuvieron así los años,
 uno, dos, tres, hasta siete,
 embozada en el misterio
 aquella impensada muerte.
 En vano acudieron pronto
 vecinos á socorrerle,
 para vengarle los hombres,
 para mentir las mujeres.
 En vano salieron unos
 casi desnudos á verle,
 y otros salieron jurando,
 armados hasta los dientes.
 Nada sirvieron entonces
 ni jubones ni broqueles;
 Medina quedó sin vida,
 y sin justicia el aleve.
 En vano son las pesquisas
 de los irritados jueces,
 en vano son los testigos,
 las citas y los papeles.
 En vano el caso averiguan
 una, dos, tres, quince veces;
 cada vez más se confunden
 los golillas y corchetes.
 En vano sobre la rastra
 anduvieron diligentes,
 olfateando la presa,
 los alanos de las leyes;
 porque todos son testigos,
 todos declaran contestes,
 todos son los agraviados,
 mas ninguno delincuente.
 Hubo alborotos por ello,
 y pependencias más de veinte,

mas Pedro quedó sin vida,
y sin justicia el aleve.
Catalina le lloraba,
desconsolada y doliente,
minutos, horas y días,
noches, semanas y meses.
Un año estuvo en el lecho
con accesos de demente,
y un año á su cabecera
veló Juan Ruiz sin moverse.
Dió con la puerta en los ojos
á padrinos y parientes,
diciendo: «Mientras yo viva,
no faltará quien la vele.»
Y en vano le murmuraron
de tal conducta las gentes;
Juan se mantuvo constante
á la cabecera siempre,
sin que á sondear su alma
alcanzara algún viviente
á través de la reserva
y el misterio que mantiene.
Curóse al fin Catalina,
y el tiempo, que tanto puede,
siendo rémedio y sepulero
de los males y los bienes,
volvió la luz á sus ojos,
y el pudor volvió á su frente,
y el talismán de la risa
á sus labios transparentes;
y salió ufana diciendo
á cuantos por verla vienen,
que la vida con que vive,
sólo á Juan Ruiz se la debe.
Este, á pretexto de amigo
del triste que en polvo duerme,
no se aparta de su lado
hasta que la noche viene.
Entonces, á lentos pasos
la esquina inmediata túerce,
y en las revueltas del barrio
como un fantasma se pierde.
Mas no faltó en él alguno
que á media voz se atreviese
á decir que cuando pasa
por ante el Cristo, se tiene,
y el embozo hasta los ojos,
el sombrero hasta las sienes,
cruza azaroso la calle
como si alguien le siguiese.

En estas conversaciones,
cada vez menos frecuentes,
pasaron al fin los años,
uno, dos, tres, hasta siete.

VI

Pagada la Catalina
de amistad tan firme y tierna,
de tanto afán y desvelos,
de tan rendida fineza,
escucho á Juan una tarde,
los ojos fijos en tierra,
dulces palabras de amores
de la balbuciente lèngua.
Instó un día y otro día,
quedó siempre sin respuesta;
volvió á sus ruegos Juan Ruiz,
volvió á su silencio ella.
Pasóse un mes y otro mes,
y tornó Ruiz á su tema,
y tornó á callar la niña
entre enojada y risueña.
Mas tanto lidió el galán,
tanto resistió la bella,
que al cabo la linda viuda
dijo á Juan de esta manera:
«Puesto que es muerto Medina
(¡Dios en su gloria le tenga!),
y por siete años cumplidos
mi fe le he guardado entera,
y él ha visto nuestro amor
allá de la vida eterna,
os daré, Juan Ruiz, mi mano,
y mi corazón con ella.
Amigo de Pedro fuisteis,
y yo os debo la existencia,
conque es justo, á mi entender,
os cobréis entrambas deudas.»
Púsose Juan Ruiz de hinojos
á los pies de la doncella,
y asiéndola las dos manos,
humildemente la besa.
Acordáronse las bodas,
mas Catalina aconseja
que sean cuando él quisiese,
pero que sin ruido sean.
Las malas mañas ó antojos,
ó tarde ó nunca se dejan,

y Juan en su mocedad
 gustó de bulla y de fiesta.
 Así, aunque pocos convida
 para que á las bodas vengan,
 buscó unos cuantos amigos
 que le alegraran la mesa.
 Trajo vinos los mejores
 y viandas las más frescas,
 y apuntó por hora fija
 de noche las diez y media.
 Gustaba Juan sobre todo
 de cabezas de ternera,
 y asábalas con tal maña,
 que á cualquier gusto pluguieran.
 Gozaba en esto gran nombre
 entre la gente plebeya,
 de tal modo, que le daban
 el apodo de *Cabezas*.
 Ocurrióle á media tarde
 darse á luz con tal destreza
 y embozándose en la capa,
 salió en busca de una de ellas.
 Mataban aquella tarde
 en el Rastro una becerra;
 compró el testuz, y cubrióle,
 asido por una oreja.
 Volvió á doblar el embozo,
 y contento con la presa,
 de la calle en que vivía
 tomó rápido la vuelta.
 Iba Juan Ruiz con la sangre
 dejando en pos roja huella,
 que marcaba su camino
 sobre las redondas piedras.
 En esto, entrando en su barrio,
 al doblar una calleja,
 dos ministros de justicia
 le pasaron muy de cerca.
 Él siguió y pasaron ellos,
 advirtiéndolo con sorpresa
 la sangre con que aquel hombre
 el sitio que anda gotea.
 Él siguió y tornaron ellos
 por sobre el rastro que deja,
 hasta entrar en otra calle
 obscura, sucia y estrecha.
 En un rincón embutida,
 á la luz de una linterna,
 de Cristo crucificado
 se ve la imagen severa.

Paróse Juan; los corchetes,
 que en el mismo punto llegan,
 viendo que duda y vacila,
 en faz de preso le cercan.
 —¡Fuera el embozo! gritaron.
 Muestre á la luz lo que lleva.—
 Volvió los ojos al Cristo
 Juan, y helósele en las venas,
 á una memoria terrible,
 cuanta sangre hervía en ellas.
 —¡Fuera el embozo! repiten,
 y él, acogojado, tiembla,
 sintiendo un cambio espantoso
 que pasa en su mano mesma.
 Quiso hablar, y atropellado,
 un «¡dejadme!» balbucea.
 Deshicieronle el embozo,
 y mostrando Ruiz la diestra,
 sacó asida del cabello,
 de Medina la cabeza.
 —¡Acorredme, santo Dios!
 grita aterrado, y la suelta;
 mas la cabeza, oscilando,
 entre los dedos le queda.
 —¡Yo le maté, clamó entonces,
 hoy ha siete años, por ella!—
 Y sin voz ni movimiento
 cayó desplomado en tierra.

CONCLUSIÓN

Y así fué que aquella noche
 de sangrienta confusión,
 en que al ruido de una riña
 Pedro á la calle bajó
 con el estoque en la diestra
 y en la siniestra el farol,
 no era en ella otro que Ruiz
 quien llevaba lo mejor.
 Como un imán á una aguja
 arrastra constante en pos,
 como una serpiente á un pájaro,
 á un paloma un halcón,
 entorpecen y fascinan
 sin que ala ni pie veloz
 para huirle les acudan,
 á impulsos de su pasión
 anduvo así Juan vagando
 de la fiesta en derredor.

Y oía por las ventanas
de danza el confuso son,
y vía cruzar las sombras
una á una, y dos á dos,
en fantástica carrera
y monótona ilusión.
Así lloraba acosado
de sus celos y su amor,
cuando oyó de una pendencia
vivo y cercano rumor:
cerróse en ella á estocadas
tan sin acuerdo y razón,
que á cuantos hubo á las manos,
adelante se llevó.
En esto acudió Medina,
y Catalina al balcón,
de la suerte recelando,
acelerada salió.
Mas al ver cuál afanosa

curaba ella de otro amor,
cegaron á Ruíz los celos,
el despecho le embriagó,
y al tiempo que alzaba Pedro,
el brazo con el farol,
matóle á la faz de Cristo,
como villano, á traición.
De entonce, en los siete años
después del hecho traidor,
ni una sola vez, de miedo,
por ante el Cristo pasó.
Llegó la primera al cabo,
y en ella al cielo ocasión
de mostrar que hay infalibles
tribunales sólo dos,
de irrevocables sentencias
sin cotos ni apelación.
Para verdades, el TIEMPO,
y para justicias, DIOS.





Honra y vida que se pierden, no se cobran, mas se vengan.

INTRODUCCIÓN

En un rincón de Castilla,
 allá en el fondo de un valle,
 sobre tres cerros distintos
 hay tres torres semejantes.
 Castillos los llaman unos,
 otros atalayas árabes,
 mas su origen positivo,
 á la verdad no se sabe.
 Un río humilde, el *Esgueva*,
 la falda á los cerros lame,
 y entre huertas y majuelos
 lleva á rastra sus cristales.
 Entre los ólmos y vides
 con que tapiza su margen,
 y ambas filas de colinas
 que le interrumpen el aire,
 hay derramados sin orden
 más de un ciento de lugares
 que, amasados todos ellos,
 un pueblo tal vez no valen;
 pues los pueblos con el río,
 y las huertas de la margen,
 las colinas que le cercan
 en dos bandas desiguales,
 y los tres cerros distintos
 con tres torres semejantes,
 de tal modo unos en otros
 vegetan, pasan ó yacen,
 que todo el conjunto entero,
 sin que esto lo dude nadie,
 tomando nombre del río,
 forma sin disputa el valle.

PRIMERA PARTE

I

Está la noche expirando,
 y allá en el fin de la sombra,
 en vacilante crepúsculo
 tiñe el Oriente la aurora.
 La luna en el Occidente
 su pálida luz ahoga,
 y las estrellas la siguen,
 luz reflejando medrosa.
 Silba el cierzo entre las ramas
 de los árboles sin hojas,
 y con espejos de hielo
 Esgueva sus aguas orla.
 Ostenta el campo escarchado
 trémula, alumbrada alfombra,
 que á veces parece el alba,
 y agua á veces silenciosa,
 que allá en las sombras, confusa,
 humeando se evapora.
 Se oye el murmullo del río,
 que por la pesquera rota
 se filtra, tornando el agua
 en espuma bulliciosa.
 Ya en copos blancos se eleva
 trenzada y murmuradora,
 ya cae en hebras de plata
 y se arrastra tumultuosa;
 ya trepando por las piedras
 se columpia de una en otra,

ya, por evitar un canto,
 serpenteando se encorva,
 y ya, tornando á ser agua,
 susurra en la hierba tosca.
 Allá, en la opuesta ribera,
 se alcanza una torre octógona
 con que la frente de un cerro
 entre brezos se corona.
 Un pueblo frente por frente,
 junto á las aguas sonoras,
 con casas de tierra y ramas,
 de hidalgo y leal blasona;
 y una casa que más lejos
 de la orilla y de las otras
 puede pasar por alcázar,
 según aumenta en las formas,
 yace al pie de una colina,
 olvidada, triste y sola,
 con lienzos en las ventanas,
 que honores de vidrios gozan.
 Entre una luz y los lienzos
 cruza á veces una sombra
 que, sobre ellos destacada,
 parece bien que se asoma;
 y á veces, inmóvil y fija,
 cubre la ventana toda,
 cual si estorbar pretendiera
 paso á la vista curiosa;
 á veces semeja un hombre
 que, vuelto el rostro á la antorcha,
 dibuja un bulto sin gesto
 que descansa en una gola;
 y á veces, rauda pasando,
 de un rostro el perfil contorna,
 de agudo y crespo bigote
 que con la gorguera toca.
 Mas puede á veces dudarse
 si es una ó son dos las sombras,
 si pasean ó si danzan,
 si luchan ó si retozan;
 porque hay puntos en que cruzan
 dos bultos de varia forma,
 una cabeza con rizos,
 con barba y bigotes otra.

Casi al pie de la colina
 en que la casa se apoya,
 hacia el pueblo más cercano
 una senda desemboca.
 Un hidalgo á pasos lentos
 la vuelta del cerro toma;

un mozo trae adelante,
 debajo una yegua torda,
 y un largo ropón oculta
 lo demás de su persona.
 Tendió á la casa la vista,
 tembló, paróse y tendióla
 por todo cuanto en el valle,
 abarca, sombría y torva,
 Echó pie á tierra, y á poco,
 la mirada escrutadora
 alcanzó la luz movible
 por entre la puerta rota,
 En faz de asombro y de duda
 ó de vergüenza y de cólera,
 la planta trémula tuvo,
 y agachándose en la sombra,
 clavó en la puerta los ojos,
 y el puño en la tierra fofa.
 Se abrió la puerta; un mancebo,
 la faz envolviendo toda
 de un gabán entre las pieles,
 en apostura amorosa
 de una mujer se despide
 que á despedirle se asoma.
 Juró airado el escondido
 en voz sofocada y ronca,
 sonó en el umbral un beso,
 cerró la puerta la moza,
 y el galán, pasando el vado,
 hacia la torre se torna.
 Cuando él llegó al pie del puente,
 ya con mano vigorosa
 á sendas aldabonadas
 el otro á su puerta dobla.
 Abrióla al fin la mujer,
 y al cerrarla cuidadosa,
 ya por Oriente venía
 la tornasolada aurora.

II

El codo sobre la mesa,
 sobre la mano ambas sienes,
 entrambas cejas fruncidas,
 arrugada la ancha frente,
 la otra mano en la cintura,
 los pies en un taburete,
 en un sillón de vaqueta
 está meditando Pérez.

Una lámpara de hierro
 á un lado en la mesa tiene,
 cuya luz, lucha oscilando,
 con el día que amanece.
 Al otro lado un tintero,
 y en el centro unos billetes
 cuya firmá está abrasando
 con pupilas de serpiente.
 Desigual suelta el aliento
 por los apretados dientes,
 y mal ahogados suspiros
 dentro del pecho le hierven.
 «¡Mendo Abarcal.... Que me place.
 Un día tras otro viene,
 y honra con honra se paga,
 vida por vida se pierde.»
 Esto en voz baja diciendo,
 asío la luz de repente,
 y á voces en la escalera
 llamó á Margarita, Pérez.

Subió al punto la muchacha
 tranquila, hechicera, alegre,
 mostrando en la tez de rosa
 sus abriles diez y nueve.
 Y es la niña un embeleso,
 una hermosura de Oriente,
 cogido el cabello en trenzas
 que con dos agujas prende;
 cintura escasa y flexible
 que cimbreo y se estremece,
 tez morena, negros ojos,
 paso resuelto y pié breve.
 Con la sonrisa en los labios,
 y con la paz en la frente,
 rebosando amor y hechizos
 que irresistibles parecen,
 entró por el aposento
 preguntando:—¿Qué me quieres?—
 Pérez, bajando los ojos
 contestóla:— Que te sientes.—
 Sentóse, y siguió el marido:
 —¿Tienes, querida, presente
 cuánto tiempo ha nos casamos?
 —Sí por cierto: treinta meses.
 —Pues eso ha que nuestra honra
 nos prestamos mutuamente.
 —Y ahora, ¿á qué recordarme....
 —Dime, ¿y esto, cuántas veces
 si se pierde se recobra?

—¿Á qué viene esto, Rui Pérez?
 —¿Sabes, Margarita mía,
 que cada sentido tiene
 una puerta por do sale
 nuestra honra y nunca vuelve?
 —¡Pero.....

—¿Y sabes, Margarita,
 que no sois más las mujeres
 que un alcázar donde la honra
 guardada los hombres tienen?
 —¡Por Dios, Pérez, que no alcanzo
 lo que con esto pretendes!
 —¿Sabes que un alma con honra
 otra alma con honra quiere,
 porque es justo que se guarden
 las reinas para los reyes?
 —¡Pero.....

—¿Y sabes, Margarita,
 que el marido que la pierde,
 compra una marca de infamia
 que lleva en el rostro siempre?
 —¡Pero.....

—¿Y sabes, Margarita,
 que en tanto que no la vengue,
 ni de hidalgo ni de hombre
 el vano nombre merece?
 —¡Pero.....

—¿Y sabes, Margarita,
 que si por ella no vuelve,
 hasta las dueñas escupen
 de su blasón los cuarteles?
 —¡Mas yo.....

—¿Y sabes, Margarita,
 que nació hidalgo Rui Pérez,
 y no ha de vivir sin honra
 aunque al mismo Dios le pese?
 —¡Cielo.....

—¿Y sabes, Margarita,
 que un remedio hay solamente
 para dolencia tan grave....
 —¡Pero escucha.....

—Y que es la muerte?
 —¡Pero.....

—¡Silencio!

—¡Oye.....

—¡Calla!

Más hablando no me afrentes,
 y lee, si te queda aliento,
 Margarita, esos papeles.—
 Y esto diciendo, á la cara

tiróla Rui los billetes,
y ella cayó de rodillas
clamando: «¡Cielos, valedme!»

Pasaron unos instantes
en silencio tan solemne,
que de entrambos corazones
contarse los golpes pueden.
Pérez, crispados los puños,
atenazados los dientes,
amoratados los labios,
fuego por los ojos vierte.
Margarita, de rodillas,
doblada al pecho la frente,
cruzadas las blancas manos,
pálida como la muerte,
correr por ambas mejillas
deja una lágrima ardiente,
que resbalando hasta el suelo,
en vapor se desvanece.
Pérez, inmoble de rabia
en el sillón se mantiene,
y ella, de miedo y vergüenza,
convulsiva se estremece.
Al cabo, con voz sombría
dijo á Margarita, Pérez:
—Mujer, yo adoraba en ti;
por tu capricho más leve,
por solo un cabello tuyo
hubiera muerto mil veces.
¿Y el amor que compré un día
con vida y con alma ¡imbécil
hollandando tus juramentos,
así en mi ausencia me vendes?
—Perdón, clamó Margarita,
¡Oh, me detesto!.....
—Detente,
que con que tú te aborrezcas,
él mi honra no me vuelve.
Pero ¡por Dios! que no es tarde
—¡Cielo santo! ¿Qué pretendes?
¡Perdón, perdón! ¡A tus plantas
me arrastraré eternamente!
—Y el polvo en que tú te arrastres,
¿podrá mi honra volverme?
—¡Lloraré al pie de tu lecho,
velando mientras tú duermes!
—Y ¿qué sueño ha de acudir
á quien sin honra se acueste?
—¡Seré menos que tu esclava!

¡Besaré el polvo que huelles!
—Y ¿qué harás con esas manos
que toman estos billetes?
—¡Perdón!
—Pídesele al cielo,
que él solo dártelo puede.

III

Es un salón cuadrilongo
dentro de la antigua torre
en que desterrado habita
don Mendo Abarca y Quiñones.
Sobre un tapiz toledano
bordado en torno de flores,
hay una imagen de Cristo
colgada de dos cordones.
De la alta bóveda ojiva,
por medio una argolla corre
otro cordón que sustenta
una lámpara de cobre.
En una de las paredes
hay un nicho y dos balcones,
y el sol pasa macilento
por los vidrios de colores.
Allá en el opuesto lado,
gigantesca en dimensiones,
hay, á guisa de herrería,
una chimenea, en donde
se exhala en llamas y en humo,
tendido en seis pies de bronce,
amenazando un incendio,
muy cerca de medio roble;
y de cara hacia la llama,
magro, silencioso, inmóvil,
entre enterrado y tendido
dentro de un sillón, un hombre.
Una mujer no muy lejos
en silencio borda ó cose
una alfombrilla de sedas
que sobre un cojín recoge.
Entre ellos el ruido sordo
de la chimenea se oye,
y afuera el cierzo que zumba
en los ángulos del Norte.
En cuanto á ambos personajes,
siguen sus meditaciones
sin que al parecer al uno
nada del otro le importe.

Cada cual en su trabajo
su atención entera pone,
ella contando sus hebras,
él contando sus tizones.

Al fin, rompiendo el silencio,
dijo la mujer al hombre:

—¡Estás triste!

—No; cansado

de velar toda la noche.—

Y como volviendo en sí,
el que respondió turbóse.

Rápida, mas de hito en hito,
ella un punto contemplóle;
mas él siguió:—¿No lo sabes?

Volveremos á la corte.—

Soltó la alfombra Leonor,

y acariciando á Quiñones,

le dijo:—¡Y me lo ocultabas!

—Quise sorprenderte: el Conde
me escribe ayer que á mi antojo
la vuelta de Madrid tome

—Y ¿será pronto?

—Muy pronto,

que ya me cansa esta torre,
donde hemos estado un año
escondidos como hurones.

—¡Cuánto he rezado á ese Cristo
porque á este día nos torne!—

Don Mendo se puso en pie

al escuchar este nombre,

y llorando de contento,

ella del cuarto salióse.

En esto, por otra puerta
entró el paje Diego López,
y ante su señor llegando,
cortésmente saludóle.

—¿Que tenemos? en voz baja
preguntó al mozo Quiñones.

—Nada, señor; ha seis días
que huyeron ambos.

—¿Adónde?

—Imposible adivinarlo:

la casa registré anoche.

—¿De quién hubiste las llaves?

—La escalé por los balcones.

—¿Y qué?

—La casa desierta,

las camas hechas, los cofres

cerrados, no falta nada;

todo en silencio y en orden.

—¿Y nadie responde de ellos?

—¡Imposible! Unos pastores

dicen que le vieron solo

pasar el puente ha dos noches,

pero que al ponerse el sol

iban los dos por el bosque.

—¿Los dos, y volvía Pérez....

—Solo.

—¡Es bien extraño!.... López,

dentro de muy pocos días

volveremos á la corte.

—Está bien, señor.

—Escucha:

para lo de ayer disparte.

—¿Dos caballos?

—Por supuesto.

—¿A qué hora será?

—A las doce.—

Dejó el aposento el paje,

y entre sí mismo Quiñones

murmuró: «¡Si volvió Pérez,

y sospechando... ¡Oh entonces,

mañana mismo á Madrid,

y ahí se las haya el buen hombre!»

Y al calor de la fogata

sobre la mano durmióse.

VI

Está la torre que habita
don Mendo, junto al Esgueva,
en una colina obscura,
sin árboles y sin hierba,
sin foso que la circunde,
sin torres que la defiendan,
desmantelados los muros,
derribadas las almenas.
Asido con dos argollas
entre dos postes de piedra,
tiene un puente levadizo
suspendido en dos cadenas.
Oprime al caer este puente
otra torre más pequeña,
en cuyo centro macizo
hay torcida una escalera,
y alzado el puente de noche,
aislada la torre deja,
de modo que á un tiempo mismo

sirve de puente y de puerta.
 Por inútiles, sin duda,
 sus ventanas y luceras
 hanlas tornado en balcones
 y suprimido las rejas;
 y es justo, á nuestro entender,
 que tal mudanza sufrieran,
 pues sirven de algo en la paz
 y eran estorbo en la guerra.

Era la noche siguiente,
 y la media noche apenas;
 el cierzo airado zumbaba
 del olmo en las ramas secas,
 y murmuraban las aguas
 azotando las riberas,
 atropellando, sonoras,
 raíces, algas y piedras,
 haciendo con sus espumas
 espejos, lazos y trenzas.
 El cielo, entre opacas nubes
 velando luna y estrellas,
 el valle, el río y la torre
 encapotaba en tinieblas.
 No brillaba en los linderos
 la luciérnaga rastrera,
 no había parleras aves
 que cantaran en la selva,
 ni insectos que susurraran
 entre la flexible hierba;
 no había pajizas flores
 que en los céspedes crecieran,
 ni pastores que velaran,
 ni silbadoras culebras,
 ni lobos que con la luna
 cruzaran por la pradera;
 que es la noche, sobre obscura,
 de Diciembre, opaca y negra,
 y húmeda, gruesa y pesada,
 acosa al aire la niebla.
 Bajóse en la torre el puente,
 y, transponiendo la cuesta,
 dos hombres hacia los vados
 echaron por una senda.
 —¿Traes las llaves? dijo el uno.
 —Sí, señor.

—Y allá, ¿quién queda?

—Martín Muñoz, en la escala;
 durmiendo, la camarera,
 y Lucas, con los caballos,

aguarda junto al Esgueva.
 Los demás, hacia la corte
 irán ya lejos, y apenas....—
 Una ráfaga, silbando,
 el resto arrastró con ella.

Entonces, de entre la sombra
 alzóse, callada y lenta,
 una figura embozada
 que mucho á un hombre semeja.
 Tanto guarda de fantasma
 como de humano conserva,
 porque ella anda ó se desliza
 sin que al moverse se sientan
 el compás de sus pisadas
 ó el rumor de sus espuelas;
 y el murmullo que se escucha
 dentro de su boca mesma,
 no se sabe si es que gime,
 conjura, amenaza ó reza.
 Pero hombre, ilusión ó duende,
 al pie de la torre llega,
 y sin vacilar un punto,
 con una escala de cuerdas
 asiendo el balcón más bajo,
 desembozándose trepa,
 y de un corredor desierto,
 se pierde por las revueltas.

En una apartada alcoba,
 á la luz de una linterna,
 la esposa de Mendo Abarca
 sola y destocada sueña;
 y los labios la sonríen,
 y la lengua balbucea,
 y toda la paz del alma
 la faz dormida refleja.
 Con el fin de su destierro
 descuidada devanea,
 y la pasan por la mente
 viajes, luminarias, fiestas;
 y con sus mil armonías
 de campanas y pependencias,
 obras, caballos y carros,
 se finge una corte entera.
 Los nobles que la visitan,
 las damas que la contemplan,
 los lacayos que la aguardan
 y los pajes y las dueñas;
 los billetes de convite,

las joyas y las preseas,
todo la pasa en tumulto
en ilusión halagüeña.

En esto, el mismo fantasma
asomó osado en la puerta,
corrió por dentro el cerrojo,
contempló un punto á la bella,
y luego, ahogando la luz,
dejó la estancia en tinieblas.

Se oyó en la sombra un suspiro.....

Y en faz de rauda tormenta,
signió estrellándose el cierzo
en las pintadas vidrieras.

Las puertas, estremecidas,
sobre los quicios retiemblan;
y silba, y cruje, y se rasga
con ímpetu en las troneras;
y ni gemidos, ni pasos,
tornan á oirse, ni quejas;
todo el viento lo devora,
lo mata, sofoca ó lleva.

Á poco, don Mendo y López
tornaron la misma senda,
y tornó á oirse del puente
rechinando la cadena,
y oyóse que el uno hablaba
y el otro daba respuesta.

—¡Cogió las cartas!

—Sin duda.

—Más vale así.

—Que no vuelvan:

pasado mañana, López,
á Madrid damos la vuelta.

Cruzaron ambos el puente,
volvió á sonar la cadena,
y siguió el viento zumbando
por los ángulos y rejas.
Y en esto, en el balcón mismo,
la misma escala de cuerdas
cayó al campo, y el mismo hombre
bajó embozado por ella.

Llegó al suelo, y percibióse
de Pérez la voz severa,
que á lo lejos murmuraba
como quien conjura ó reza:
«Quien á hierro mata, es justo
que igualmente á hierro muera:
HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN,
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.»

V

Vino un día, y otro día,
y vino un mes, y otro mes,
y año tras año venía;
el segundo concluía,
y pasaron hasta tres.

Pérez desapareció,
su casa quedó en escombros,
don Mendo á Madrid volvió,
y con estruendo y asombro
la torre se desplomó.

Contaron de ello, medrosas,
las gentes varias consejas
y fábulas espantosas;
de amoríos las hermosas,
y de visiones las viejas.

Quién dijo (y á tal contar
el más valiente se pasma)
que vió, el alba al despuntar,
junto á la torre vagar
blanca y sola una fantasma.

Quién dijo que, atravesando
de noche por la pradera,
la colina coronando,
vió hasta cien almas danzando
en derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno concejo
un hidalgo de lugar
que, arrugando el entrecejo,
contara que un moro viejo
huyó de verla pasar.

Ni un muchacho revoltoso
á quien, por calmar el llanto,
contaran en son medroso
aquel cuento tan famoso;
y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella
con un espectro galán,
y que una devota bella
le alcanzó á ver después de ella
en casulla ó balandrán.

Todo eran apariciones,
raros acontecimientos,
secretas conversaciones,
todo ruidos y visiones
y diabólicos portentos.

Los unos vieron gigantes,
otros toparon enanos,
otros hogueras volantes,
otros mágicos errantes,
y otros brujas y gitanos.

Y alguno, más entendido,
más ducho ó más suspicaz,
creyó allí haber sorprendido
algún amor protegido
con el marmullo falaz.

Vino un día, y otro día,
y vino un mes, y otro mes,
y el tercer año corría;
el segundo concluía,
y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,
y olvidadas las consejas,
los mozos las despreciaron,
las muchachas se casaron,
y se murieron las viejas.

Con esto, el miedo pasó
y el valle quedóse en calma;
Mendo Abarca no volvió,
ni á nadie se apareció
Pérez en cuerpo ni en alma,

SEGUNDA PARTE

VI

En un salón adornado
con alfombras toledanas,
con pabellones de sedas,
con mecheros y con lámparas,
vestido de terciopelos
festonados de oro y plata,
cercado de taburetes

y de cojines de grana,
hay hasta cuatro personas
en plástica sosegada,
que esperan como en familia
alguna cosa que tarda.
Una es don Mendo Quiñones,
otra es una antigua dama,
otra es doña Leonor,
y otra un clérigo, que calla.
Está Leonor cual lo exige
la ceremoniosa usanza
de aquellos revueltos tiempos
de fiestas y de batallas.
corpiño y falda turquí
bordados de seda blanca,
con dos filas de botones
de costosa filigrana;
desnudo el cuello y los hombros
bajo un collar de esmeraldas,
con un lazo de brillantes
que por una cruz remata;
los cabellos divididos
en dos trenzas derribadas,
que á ambos lados se recogen
en dos agujas de plata;
y en la mano un abanico
con que la faz del sol guarda,
tras de cuyo varillaje
mira á salvo y no es mirada.
Con igual lujo y riqueza
está engalanado Abarca:
el jubón de terciopelo,
acuchilladas las mangas,
capotillo carmesí,
calzón negro y gola blanca,
y en un cinturón de seda
colgados estoque y daga.
De aquestos tres personajes,
Quiñones y las dos damas,
el cuarto los atavíos
está contemplando en calma.

Empieza en una corona,
y en un acicate acaba;
tanto conserva de monje,
como de soldado guarda.
El gesto tiene severo
y la frente despejada,
empinados los bigotes,
espesa y luenga la barba.

El jubón negro y sin cuello,
 el ropón tocando en capa,
 la gola negra y sencilla,
 botas, espuelas y espada.
 Si fija en otro sus ojos,
 no pueden con sus miradas;
 si habla, le escuchan atentos;
 no le importunan si calla.
 Mas su mirada es modesta,
 contenidas sus palabras;
 si reconviene no ofende,
 y si aconseja no cansa.
 Los valientes le saludan,
 los pordioseros le aguardan,
 las damas le reverencian,
 los cortesanos le halagan.
 Y algunas lenguas mordaces
 sólo un defecto le achacan:
 ser celoso en demasía
 de la honra y buena fama.
 Es capellán de Quiñones,
 con quien tiene mesa y casa,
 y á quien salvó vida y honra
 dicen que en una batalla.
 De entonces, él y don Mendo
 un punto no se separan;
 son un cuerpo y una sombra,
 cuerpo y sombra con un alma.
 Es á un tiempo secretario,
 consejero, amigo y guarda;
 don Mendo, sin su presencia
 ni come, ni abre las cartas;
 á un sermón y á un desafío
 igualmente le acompaña.
 Procura evitar contiendas,
 pero una vez empeñadas,
 el cáliz por el estoque,
 por la malla el ropón cambia;
 y á pretexto de padrino,
 da la postrer cuchillada.

Ni es de extrañar que esto sea,
 porque en los tiempos que alcanza,
 los obispos son alcaldes,
 y sus palacios son plazas;
 no pagan pecho á sus reyes,
 mantienen á sueldo lanzas;
 antes de prestarle ayuda,
 juzgan despacio su causa,
 y como más les va en ello

le acuden ó se desmandan;
 y viven entre placeres
 con familiares y damas.

Así como es el espejo
 es la imagen que retrata,
 y así como andan los reyes,
 la corte y vasallos andan.

Tales son los personajes
 que en plática sosegada
 esperan como en familia
 alguna cosa que tarda.
 Al fin, al doblar sonoro
 de una ligera campana,
 abriéronse los balcones,
 entró el sol de la mañana,
 y de galanes y hermosas
 fuése llenando la sala.
 Oyóse el rumor del pueblo
 que abajo se agita y pasa,
 y el capellán y Quiñones,
 haciendo venia á las damas,
 salieron hacia la iglesia
 donde doblan las campanas,
 porque es el día del Corpus
 y está la corte de gala.

VII

Al doble y revuelto son
 de campanas y atabales
 hierve y bulle un pueblo entero
 en plazas, rejas y calles.
 Es un bello sol de Junio
 que derramado se esparce
 por techos, plazas y torres,
 gran farol de fiesta grande.
 Sus rayos de grana y oro
 se quiebran y se deshacen,
 se estremecen y reflejan
 en pizarras y cristales.
 De los sueltos pabellones
 de los tapices brillantes
 que orlan, visten y coronan
 los balcones desiguales,
 en cada hebra de oro y plata
 y en cada lazo ondulante
 reverberan mil colores

que tornasolan el aire.
 Entre guirnaldas de flores,
 entre velos y cendales,
 entre abanicos de plumas,
 entre dueñas y entre pajes,
 decoran las celosías,
 que recorren fiestas tales,
 cuantas damas de Castilla
 dentro de la villa caben.
 La luz de un sol tan alegre,
 la interposición del aire,
 los suntuosos atavíos
 y el placer de los semblantes,
 hacen que de cada hermosa
 finjan en ensueño un ángel
 los enamorados ojos
 de los felices galanes.
 ¡Cuántos hidalgos osados,
 deteniendo el paso errante
 al pie de unos miradores,
 contemplan un gesto grave!
 ¡Cuánto celoso mancebo,
 al revolver de una calle,
 el sombrero hasta los ojos
 aguarda amoroso trance!
 ¡Cuánta dueña en una reja,
 en tanto la dama sale,
 espera en faz compungida
 que el audaz citado pase!
 ¡Cuántos suspiros se ahogan
 entre el son interminable
 con que el gentío murmura,
 cuando del pecho se parten!
 ¡Cuánta ardorosa mirada
 intercepta el velo frágil,
 de una pluma que un tercero
 cruzó entre ambos un instante!
 ¡Cuántos ojos arrobados,
 en otros del cielo imagen
 se topan, detrás de aquellos
 otros ojos centellantes!
 ¡Cuántas citas amorosas
 camino á escondidas se abren
 entre aquel rumor confuso
 que un millón de bocas hace!

Calmando al fin del gentío
 la voz sorda y susurrante,
 diez maceros á caballo
 la gente por medio parten.

Bajáronse los sombreros,
 y tornáronse anhelantes,
 impacientes y curiosos,
 mil rostros hacia una calle.
 Pasaron lanzas y cruces,
 alabardas y estandartes,
 cirios, clérigos, soldados,
 mangas y comunidades;
 pasaron urnas, reliquias,
 chirimías y ciriales,
 congregaciones y escuelas,
 nobles, juntas y hermandades.
 hasta que al fin, de improviso,
 levantó su voz gigante
 el pueblo, que vió á lo lejos
 la engalanada falange
 de hidalgos, condes y duques,
 obispos y cardenales,
 que en torno del rey Enrique
 traen á su Dios por delante.

Quedábale á Enrique cuarto,
 por don de sus mocedades,
 el fastidio y la osadía
 de placeres y desmanes;
 que aun niño, rompiendo el yugo
 del respeto al Rey su padre,
 tuvo en Segovia una corte
 con pueblo y leyes aparte.
 Y allí, anegado en deleites,
 sin conocer vasallaje,
 pasó los años primeros
 siempre en faz de rebelarse.
 Hoy, ya Rey, abrió su corte
 á cuanto ilusorio y grande
 quiso con sus Reales culpas
 de las suyas escudarse.
 Vinieron aventureros
 sin más haber que su sable,
 y vinieron cortesanas
 que allá en países distantes
 fueron nobles y duquesas
 de Real solar y Real sangre,
 á quien echan de su patria
 opiniones populares;
 vinieron monjes robustos,
 todos rectores y abades,
 de costumbres de gran peso
 y profesión impalpable.
 Y entre discordia y licencia,

entre amores y combates,
 andando allí confundidos
 los soldados y los frailes,
 logróse sin gran trabajo
 que fuesen en tiempos tales
 las audiencias galanteos,
 los amores liviandades,
 y las damas cortesanias,
 y los clérigos galanes;
 que así como es el espejo,
 es la retratada imagen,
 y hacen, si andan mal los reyes,
 que mal los vasallos anden.
 Los monjes á par alternan
 las mallas y los sayales,
 y el que ayer era prelado,
 mañana á campaña sale.
 Tales gentes y tal fiesta
 bajan la calle adelante,
 y hasta doscientos jinetes
 dan á la función remate.

Entre las gentes que al Rey
 prestan honra y homenaje,
 ni cerca de su persona
 ni lejos del Condestable,
 van dos nobles caballeros,
 que en severos ademanes,
 entre secretas palabras,
 secretas razones traen.
 Tan por lo bajo las cruzan,
 que, en verdad, no fuera fácil
 que pudiera algún curioso
 alcanzar de lo que traten.
 Mas que es cosa de importancia
 bien pudiera asegurarse,
 pues á veces hace el uno
 que el otro los ojos baje,
 y á veces, levantando éste
 la mirada penetrante,
 torna á bajarla irritado,
 cual devorando un ultraje
 que el otro le recordara
 y mucho á su honra tocase.
 Cuanto más uno se turba,
 sigue el otro imperturbable,
 y ambos miran de continuo
 á un balcón, luego á la calle.
 Es el uno Mendo Abarca,

que, inclinado hacia delante,
 con su capellán conversa
 en razones semejantes:

—Pero, padre, ¡eternamente
 la misma conversación!

—Señor, siempre esta ocasión
 me está en el alma presente.

—¡Maldita ocasión la vuestra,
 que en todas partes la veis!

—Señor, que fué bien sabéis
 la experiencia mi maestra.

—Y lo que os sucede á vos,
 ¿ha de acontecerme á mí?

—¡La honra, señor, que perdí
 no basta á dárme la Dios!

Y cuando vos la perdáis.....

—Yo mismo la cobraré.

—Yo también me lo pensé,
 pero como yo, la erráis,

que es la mujer un cristal
 que si se empaña una vez,
 la mancha ó la palidez
 se lavan luego muy mal.

Mirad, don Mendo, al balcón
 y á la calle atentamente.

—Padre, padre, ¡eternamente
 la misma conversación!

—Si os salvé, señor, la vida,
 la honra os he de salvar;
 yo por ella he de velar
 si vuesa merced la olvida.

—Ved que vos podéis muy bien
 dar camino á una sospecha.

—Ved que en cuenta tan estrecha
 podéis vos errar también.

—¡Ved que soy yo su marido!

—¡Ved que ella es vuestra mujer!

—Sé que me ama.

—Puede ser.

—Y pudiera.....

—Haber mentido.

—Mas, padre, vos.....

—Vedla allí,

y aunque así á vos no os ofende,
pensad que á todos atiende
menos á vos.....

—¡Eso sí!

—Pues si os ama, ¿cómo á vos
es á quien busca el postrero?

—¡Ay! Triste del que altanero
me compita, ¡vive Dios!

Así en voz baja platican
aquellos dos personajes,
al ir de su propia casa
avistando los umbrales;
y saludando á Leonor,
que al balcón á verlos sale,
con la procesión siguieron
toda la plaza adelante.

VIII

En un estrecho aposento,
al amarillo fulgor
que por entre seis cristales
despide un turbio farol,
el capellán y don Mendo,
en tenue y secreta voz,
tienen de alta consecuencia
trabada conversación.
Don Mendo está pensativo,
encendido de color,
la mano puesta en la frente,
mal sentado en un sillón,
los cabellos en desorden,
luchando con su interior,
y retratando en el gesto
la inquietud del corazón.
El capellán tiene el rostro
entre hipócrita y feroz,
y contempla el de Quiñones
con ojo escudriñador.
Al abrigo guarda el suyo
de la sombra del farol,
cuidando de que á don Mendo
ilumine el resplandor.
Entre ambos hay extendido
un macizo velador,

en que, para estar más cerca,
se apoyan tal vez los dos.

A una pregunta de Abarca
de extremada concisión,
con otra pregunta idéntica
el capellán contestó:

—Y su tristeza y despego,
¿no veis de entonces, señor?

—Mas ved, padre.....

—Y ¿no decís

que al, saber vuestro perdón,
casi loca de alegría
vuestra vuelta aceleró?

—Es verdad.

—Y ¿no decís

que advertisteis variación
desde la misma mañana
en que en la corte se vió?

—Y ¿eso padre.....

—Y ¿no decís

que un ensueño aterrador
la atosiga desde entonces
y la pone en aflicción?

—Es verdad.

—Y ¿no decís

que de aqueste torcedor
nunca la secreta causa
vuestra esposa os reveló?

—Y eso prueba.....

—Que en su pecho

hay secretos para vos,
y las mujeres no tienen
más secretos que el amor.

Don Mendo apretó los puños
cuando tal respuesta oyó,
y en la inquietud de sus ojos,
que revuelve en derredor,
se ve bien que busca el triste
otra disculpa ó razón.
En tanto, el cura le atiende
con sonrisa de traidor,
y rebosan sus pupilas
sangrienta satisfacción.
Por fin, como quien despliega
todo el último valor,
con hondo y trémulo acento
Mendo Abarca replicó:
—Tal vez de mujeres, padre,
secretos caprichos son,

que sólo consultar deben
allá con su confesor.

—Los caprichos mujeriles
ya os dije, don Mendo, yo,
que si al marido se celan,
no son más que otra pasión.

—Callad, padre, porque me hacen
vuestras palabras pavor,
y es tan profunda esta herida,
que me duele, ¡vive Dios!
—Pues buscad presto remedio,
don Mendo, porque si no
la herida se os hará cáncer
que gangrene vuestro honor.
Mañana tal vez....

—¡Por cierto
que es tremenda precisión!
Dejadme que bien pensado
el tiempo....

—¡Tiempo veloz,
tiempo rápido, que el tiempo
carcome la reflexión!

—Pero, padre, ved que errarlo
¡no fuera....

—Nunca peor,
que en cuidar mucho su honra
jamás hidalgo pecó.

Ved que yo he perdido el mío,
y aunque hice venganza atroz,
ni le he cobrado, ni el tiempo
me ha quitado este borrón.

—Pues bien; si es cierto, á impedirlo
ó á vengarle pronto estoy.

—Pues el remedio, ó venganza.
Ved que urge.

—Tenéis razón;
y pues sabéis la dolencia,
buscadme el remedio vos.

Guardaron ambos silencio
en torva meditación:
Don Mendo fijos los codos
sobre el ancho velador,
las sienas entre las manos
y el cabello en confusión,
como quien devora y siente
secreto afán interior.
Su sombrío compañero,
de espaldas en el sillón,
es un hombre á quien se puede

partir la figura en dos:
unas veces es un monje,
ministro santo de Dios,
cuya presencia es consuelo
á mundanal aflicción,
cuyo rostro da franqueza,
cuya majestuosa voz
aconseja dulcemente,
dando calma al corazón;
otras es un hombre osado,
duro, hipócrita ó traidor,
que aguarda en faz misteriosa
una pensada ocasión;
un tigre que acecha oculto
la presa que descubrió,
y hace que duerme tranquilo
para asaltarla mejor.
Si baja al suelo los ojos,
dirían que hace oración,
mas arde, cuando los alza,
en fuego fascinador;
y al fijarlos en don Mendo
tan horrible es su expresión,
que más que monje, dijeran
que semeja un salteador.
A veces pintan la ira
y á veces la compasión,
y á veces pintan los celos,
y otras veces el furor;
y el orgullo y la vergüenza,
y el duelo y la confusión,
y la venganza y la rabia,
la constancia y el valor,
á un tiempo brillan en ellos....
Mas todo cambió veloz
cuando don Mendo la frente
de entre las manos alzó:
fué otra vez el mismo monje
amigo y consolador
que la existencia de Abarca
en el combate salvó.
La mirada que Quiñones
tendió angustiado en redor,
á la del monje pedía
más que justicia, perdón.
Mas el clérigo, inflexible,
en sorda y siniestra voz
así dijo, entre los dedos
deshilachando el ropón:
—Escuchadme, Mendo Abarca:

en negocios como el de hoy,
 hasta que todo se aclara
 disimular es mejor.
 Sólo un medio se me alcanza:
 pues que capellán soy yo,
 disponed que á vuestra esposa
 oiga un día en confesión.

Y esto diciendo, brillaban
 sus ojos con tal fulgor,
 que semejaron la lumbre
 de enrojecido carbón.
 El marido, que, turbado,
 Tal vez nó le comprendió,
 replicóle:—¡Entonces, padre,
 lo alcanzaréis sólo vos!—
 A lo que el clérigo dijo:
 —Muy torpe, don Mendo, sois;
 pues se oye desde una alcoba
 lo que se habla en un salón.
 —Cierto, padre; pero.... hay puntos
 que en ofensa son de Dios.
 —Cierto, Abarea; mas hay prendas
 que encierran tanto valor....
 —No os comprendo.

—Concluyamos

tan necia conversación:
 si sois hidalgo, don Mendo,
 curad bien de vuestro honor,
 ó sufrid que el pueblo ría
 á vuestra faz....

—¡Eso no!

¿Decís que el pueblo se ríe?
 —¿Quién lo duda?

—Y ¿tal baldón

llevará junto mi nombre....

—El de marido, señor.

—¿Y mi esposa....

—Ha de infamaros

si es cierto que os engañó.
 Iréis con ella á la corte,
 y han de mofarse de vos,
 el Rey os hablará de ella,
 y ha de mofarse de vos:
 la verán al lado vuestro,
 y han de mofarse de vos,
 y os tendrán, á no vengaros,
 por necio ó encubridor.
 —¡Basta, padre, ó con la lengua
 os arranco el corazón,

que verdades tan amargas,
 las tolera sólo Dios!
 ¡Basta, á fe!.... Fingiré un voto
 de una peregrinación;
 su confesión en voz alta
 la tomaréis, padre, vos;
 pero, dentro de la alcoba,
 la he de escuchar también yo.

Y alzándose del asiento,
 tomó don Mendo el farol,
 dirigiéndose á una puerta
 que da paso á un callejón.
 El clérigo le seguía
 en ademán triunfador,
 y al transponer los umbrales,
 entre dientes murmuró:
 —Este mes hace tres años;
 mañana, al salir el sol,
 un crimen y un duelo mismo
 tendremos que llorar dos.—
 Tornóse Mendo, y pensando
 que dudaba, preguntó:
 —¿Que decís, padre?

—Rezaba.

Id adelante, señor.

IX

En una sala cuadrada,
 con tres tapices cubierta,
 al pie de un reclinitorio
 de cincelada madera,
 ante un monje de rodillas,
 con un velo en la cabeza,
 doña Leonor de Quiñones
 cristianamente confiesa.
 El rojo sol de Occidente,
 reflejando en las vidrieras,
 por las entornadas hojas
 con trémula luz penetra,
 y en los tapices tendiendo
 una ráfaga postrera,
 con paso incierto, al huirse,
 pasa de una en otra hebra.
 Hay á un lado de la sala,
 con un cerrojo una puerta,
 y en el otro un gabinete
 con una cortina negra.

La mujer en faz humilde,
 el monje en faz altanera,
 seguían la confesión
 en preguntas y respuestas.
 Pregunta el monje en voz alta,
 responde en voz débil ella:
 él pregunta: «¿No es así?»,
 y ella, «sí, padre», contesta.
 Parece, según lo exacto
 con que pregunta y acierta,
 que está el confesor leyendo,
 la pregunta en la conciencia.
 Decía el monje:

—¿Una noche?

—Sí, padre.

—¿Las doce eran?

—Sí, padre.

—¿Zumbaba, airada,
 en las torres la tormenta?

—Sí, padre.

—¿Amáis á don Mendo?

—Sí, padre.

—Y ¿sabéis que es fuerza
 guardar entera la honra
 que un hombre á su esposa entrega?

—Ved, padre, que yo dormía.

—¿Y quién guardaba las puertas,
 que así osó llegar un hombre
 hasta la cámara vuestra?

¿Sabéis que no bastan llaves,
 murallas ni centinelas,
 para guardar dignamente
 la fama y la honra ajena?

¿Sabéis que son las mujeres
 sólo un arca donde cierran
 todo su honor los maridos
 con candados de vergüenza?

¿Sabéis que mujer sin honra
 es sólo un padrón de afrenta,
 que eternamente en el rostro
 el vendido esposo lleva?

—Ved, padre, que yo dormía:

¡No fué crimen, sino fuerza!

—Y ¿no pedisteis á Mendo
 venganza horrorosa y presta?

—Faltóme, padre, el valor.

—¡Luego! fué traición completa,
 pues que lanzasteis el dardo
 y escondisteis la ballesta!

Trémula, medrosa, ahogada,
 la frente contra la tierra,
 el rostro entre las dos manos,
 clamó acelerada ella:

—¡Callad, padre, y si pequé,
 imponedme penitencia!—

En esto alzó la cortina
 don Mendo, que tal oyera,
 y asiéndola del cabello,
 la dijo:— ¡Pues que confiesas
 que cometiste la culpa,
 sufre, traidora, la pena!

Y escondiéndola la daga
 dentro la garganta misma,
 luchando con la agonía,
 sobre la alfombra la suelta.

A su espalda en este punto,
 horrible, insultante, hueca,
 oyóse una carcajada,
 y el capellán, con violencia
 poniendo mano al estoque,
 gritó á don Mendo en voz recia:
 —Yo asesiné á Margarita,
 y lavé mi honra en la vuestra.
 Don Mendo, yo soy *Rui Pérez*,
 que ha tres años que os acecha,
 que os acosa y os persigue,
 porque sabe, aunque le pesa,
 QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN,
 NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.



Recuerdos de Valladolid.

TRADICIÓN

I

DON TELLO

Señora, por vida mía
que os dí siete meses más,
y es un plazo que quizás
concederos no debía.
¿Paréceos aún poco?

DOÑA ANA

No.

DON TELLO

Pedisteis un año.

DOÑA ANA

Sí.

DON TELLO

Si año y medio os concedí,
¿qué más hacer pude yo?
Don Juan de Vargas no viene.

DOÑA ANA

Harto, por mi mal, lo sé.

DON TELLO

Pues que tanto os aguardé,
no esperar más me conviene,
que fuera lance fatal
que mi imprudencia pudiera
dejar que don Juan volviera
con derecho al mío igual.

DOÑA ANA

Tenéis, don Tello, razón.
Pedí por término un año,
pues tan fiero desengaño
no aguardó mi corazón.
Prometí que si en todo él
el de Vargas no volvía,
con vos me desposaría:
¡creíle menos infiel!
Año y medio me esperó,
don Tello, vuestra nobleza,
y en tan hidalga grandeza
no habré menos de ser yo.
A mi padre responded
lo que os dije; vuestra soy;
mas si don Juan vuelve hoy....

DON TELLO

Doña Ana, el labio tened,
ó mirad lo que decís.

DOÑA ANA

Si acabar no me dejáis....

DON TELLO

No, que ó todo lo negáis,
ó todo lo consentís.
Vuestra fe daréis entera,
como os la pide, á don Tello,
que si Vargas vuelve, en ello
yo sé bien lo que me hiciera.

DOÑA ANA

¿Que decís, Tello?

DON TELLO

Doña Ana,
yo os pedí para mujer;
mirad si lo habéis de ser,
y vuelva Vargas mañana.

DOÑA ANA

Que sí os dije; pero si hoy
viniera Vargas, ya no.

DON TELLO

Ya en eso me veré yo,
pues vuestro marido soy.

DOÑA ANA

Pues, don Tello, si viniera.....

DON TELLO

¡Vive Dios, que le matara,
pues porque yo os esperara
no era justo que os perdiera!

DOÑA ANA

¡Don Tello!

DON TELLO

Miradlo bien,
que pues más no he de esperar,
conmigo habéis de casar
si viene, y si no, también.

DOÑA ANA

Don Tello, pues ha de ser,
no haré en ello oposición:
ya que tenéis la razón,
mirad lo que habéis de hacer.

Esto hablaban una tarde,
ya muy cercana la noche,
doña Ana Bustos Mendoza
y don Tello Arcos de Aponte.

Iguales en lustre ostentan
sus heredados blasones;
ella envidia de las damas,
él galán entre los hombres.

Y ella hermosa, y él valiente,
por especiales razones
unirlos en casamiento
sus parientes se proponen.

Don Tello adora á doña Ana,
mas como valiente noble,
ha más de un año que espera
que su afán se le malogre,
porque ha tanto que la niña
tiene asentado en otro hombre
el pensamiento amoroso,
y ni sosiega ni come.

Es su amor don Juan de Vargas,
que á Italia oculto fugóse
por no sé qué muerte oculta
en las sombras de la noche.

Mas don Juan desde aquel día
tan de veras ocultóse,
que de su estado y persona
cartas ni amigos responden.

En vano tras nuevas suyas
se rastrearon en la corte
mil exquisitas pesquisas,
mil cortesanos favores.

La justicia dióle libre,
el mismo Rey perdonóle;
pidieron á todas partes
cartas y noticias dobles;

mas en todas fueron vanos
al misterio que le esconde,
los parabienes presentes,
las antiguas precauciones.

De todas partes los pliegos
vuelven bajo el mismo sobre,
porque en ninguna parece,
ni en ninguna le conocen.

Cansado por fin don Tello
de plazos y condiciones,
y recelando que al cabo
parezca don Juan y torne,
resuelto y tenaz decide

que, pues año y medio corre,
de grado ó de valimiento
se cumpla cuanto pactóse.

Y la verdad, que doña Ana,
más tibia ya en sus amores,
no con enojos escucha
de don Tello las razones,
ni estorba que la festeje,
ni que vista sus colores,

ni entre en su casa de día,
ni que sus rejas la ronde;
porque en esto de firmezas
en ausencias y en amores,
era sin duda lo mismo
que en nuestros tiempos, entonces.

Quedó, pues, dicho y jurado
que, excusadas dilaciones,
la boda se concluyera
dentro de la misma noche.

Y en todo Valladolid,
cuantos hay vecinos nobles,
á dar sus enhorabuenas
á los novios se disponen.

Mas es preciso advertir
que mientras en los salones
danza y festejos preparan
juntos Mendozas y Apontes,
las puertas del Campo Grande
cruza á resuelto galope,
embozado en una capa,
sobre un potro negro, un hombre.

Es una noche de Octubre
que la atmósfera encapota
entre las dobles cortinas
de la niebla y de la sombra.

En ráfagas desiguales
el cierzo á intervalos sopla,
quebrándose en las esquinas
con voz destemplada y bronca.

Lucen en ellas apenas,
como sombras vaporosas,
mas esparcidos, faroles
que entre la niebla se ahogan.

Y á su esplendor vacilante,
por las calles tortuosas
apenas á ver se alcanza
de los que pasan la forma;
que no es tan tarde, que en sueño
la ciudad repose toda,
ni tan pronto, que aun excusen
los rondadores su ronda.

Óyese el sordo murmullo
de las fugitivas ondas
con que el revuelto Pisuerga
ambas orillas azota;

y entre su son temeroso,
la voz compasada y ronca

con que las huecas campanas
al toque de ánimas doblan.

Allá por sobre las cercas
que el Campo Grande aprisionan,
turbias luces se perciben
por entre ventanas rotas,
á cuya opaca lumbrera
algún penitente ora,
y con el llanto del monje
las culpas del hombre borra;
ó algún sabio solitario,
en meditación más honda,
del vano mundo desprecia
la mal olvidada pompa.

¡Cuán grato es ir sin camino,
con el corazón á solas,
en la deliciosa calma,
de la noche silenciosa,
sin testigos que sorprendan
sobre la faz melancólica
las lágrimas que se escapan
de los ojos gota á gota!

Noche, consuelo del triste,
bendita tu amiga sombra,
entre cuyos densos pliegues
no se avergüenza quien llora.

Yo también, triste poeta,
al compás del arpa ronca
te rindo tributo en lágrimas,
plegarias de mis memorias;
y una y mil veces bendigo
tu espesa tiniebla lóbrega,
desciñendo las guirnaldas
que el arpa cansada adornan.

Noche, consuelo del triste,
bien haya tu amiga sombra,
entre cuyos densos pliegues
no se avergüenza quien llora.

Cruzando del Campo extenso
la soledad misteriosa,
á lentos pasos camina
un hombre, de cuya forma
se distingue solamente
la pluma que en alto flota,
las espuelas en que acaba,
y la espada que le abona.

Lo demás de su figura
lo velan, guardan y embozan

los secretos de una capa
en que envuelve la persona.

Ganó la vuelta á la plaza
por una calleja corva,
de casa en casa pasando,
señas tomando de todas.

Delante de una al tenerse,
que de palacio blasona,
«Ésta es», dijo, y en la puerta
la mano atrevida posa.

Mas no bien dentro del patio
el son de la aldaba dobla,
corriendo dentro un cerrojo,
un hombre al dintel asoma.

Haciendo paso al que sale,
el que iba á entrar se reporta,
y al tiempo mismo en su rostro
reflejó la luz dudosa.

—¡Don Juan! —¡Don Tello! —exclama-
en voz descompuesta y honda [ron
ambos á dos personajes,
como quien duda y se asombra.

—¿A don Juan mirando estoy?

—¿A quien veo es á don Tello?

—¡Por Dios, que no erráis en ello!

—Ni vos en mí: don Juan soy.

—Seguidme.

—¿Adónde?

—A reñir.

—Vamos; mas reñir, ¿por qué?

—Seguidme, don Juan, que á fe
Que os lo tengo de decir.—

Calló don Juan, y don Tello,
en faz decidida y torva,
«por aquí», dijo, y airado
la vuelta del Campo toma.

Los estoques en la mano,
sueltas en tierra las capas,
están dos hombres á punto
de cerrarse á cuchilladas.

DON TELLO

Reñid, don Juan, ó vos mato.

DON JUAN

Grande será vuestra causa,
don Tello; mas, ¡vive Dios,
que yo en saberla me holgara!

DON TELLO

Reñid, don Juan.

DON JUAN

Vos, parece
venís á reñir con rabia;
mas yo, que ignoro.....

DON TELLO

Ó reñís,
ú os asesino á estocadas.

DON JUAN

¡Tello!

DON TELLO

Reñid, ¡voto á Cristo!

DON JUAN

Mas decid una palabra,
una razón, un pretexto,
y riño.

DON TELLO

¡Pese á mi alma!
¿En Valladolid no estáis?

DON JUAN

Bien se ve.

DON TELLO

Y ¿á quién buscabais?

DON JUAN

A doña Ana de Mendoza.

DON TELLO

Reñid, pues, que esa es la causa.

DON JUAN

¡Doña Ana! ¿Qué.....

DON TELLO

Esposa mía.....

DON JUAN

¿Es?

DON TELLO

Será.

DON JUAN

¿Cuándo?

DON TELLO

Mañana.

DON JUAN

Defendeos bien, don Tello,
que la razón es sobrada.

Cruzáronse los estoques,
adelantaron las dagas,
y empezaron los aceròs
do acabaron las palabras.

El ruido de entrambas hojas
en la obscuridad sonaba,
sin que en la sombra se alcance
cuál es más feliz de entrambas.

El aliento á resoplidos
ambos, fatigados, lanzan;
mortales golpes se tiran,
mortales golpes se paran.

Sin duda que corre sangre,
sin duda el brazo se cansa,
porque los golpes son menos,
la respiración más tarda.

Y sin duda que es temible
la contienda solitaria;
don Tello no cede un paso,
don Juan un paso no avanza.

No suena un golpe que á fondo
recto al corazón no vaya;
no hay un quite que no pare
la postrimera estocada.

Es el brazo que defiende
tan fuerte como el que ataca,
que á acertar un solo golpe,
con él la lid acabara.

Jura el uno, calla el otro,
ni uno cede, ni otro avanza;
con más arrojo don Tello,
don Juan con mejor constancia;
y en vano son los ardides,

los esfuerzos y las mañas,
los amagos engañosos,
las embestidas trocadas.

Siempre un golpe encuentra un quite,
siempre un estoque una daga,
y un esfuerzo inesperado
una defensa pensada.

Entrambos desfallecidos,
pierden tierra, y tierra ganan;
mas en ganar y en perder,
siempre es igual la ventaja.

Desesperado don Tello,
don Juan en siniestra calma,
así igualmente se estrechan,
é igualmente se rechazan.

Y está la muerte dudosa
en ambos aposentada,
la mano en entrambas vidas
sin atreverse con ambas.

Abrasado al fin don Tello
en el volcán de su rabia,
no mirando ya su honra,
sino sólo su venganza,

viendo que don Juan no cede,
y que él tampoco adelanta,
pensó en ganar por traidor
lo que por audaz no gana.

Y cerrando más brioso
con tan traidora esperanza,
como si alguno amagase
á don Juan por las espaldas,
gritó: «¡Tente! ¡No le mates!»
y al volver don Juan la cara,
hasta la cruz escondióle
dentro del pecho la espada.

Cayó don Juan, y don Tello,
ganando apenas su casa,
guardó en la vaina su estoque,
y su secreto en el alma.

II

Lejos del mundo y de su pompa vana,
harto de juveniles devaneos,
el polvo hollando que la raza humana
encierra en sus placeres y deseos,
renunciando su gala cortesana
y de su clara estirpe los trofeos,

en celda estrecha y solitaria habita
un austero y humilde cenobita.

Pasó su juventud en ardua guerra
derramando su sangre generosa
por ensanchar los lindes de su tierra
y engrandecer su patria poderosa.
En el valle acampó, saltó la sierra
tremolando la enseña victoriosa,
y los vencidos le debieron leyes,
conquistas su nación, oro sus reyes.

Hoy, porque al mundo su valor asombre,
ó porque su valor ponga en olvido,
vela en el claustro el opulento nombre
con que ha valiente capitán vivido;
y olvida con lo mísero de hombre
cuanto de grande é ínclito ha tenido,
curando en santa y religiosa calma
las hondas cicatrices de su alma.

Que entre ásperas y crudas penitencias,
buscó su Dios el alma atormentada
por el revuelto golfo de las ciencias,
por el desierto de la inmensa nada;
así avivó su fe con sus creencias,
así acalló su carne macerada;
mas en lucha tenaz consigo mismo,
en sus creencias encontró un abismo.

Crejó y dudó; y en duda irreverente,
tornó á creer, y recayó en la duda;
hundió en el polvo la humillada frente,
en su cuita á su Dios pidiendo ayuda;
crejó segunda vez, pero igualmente
dudó segunda vez el alma ruda;
oró, su pertinacia castigando,
mas creyendo dudó, y crejó dudando.

Doquier su incertidumbre y su imperi-
el orden de las cosas reprochaba; [cia,
la virtud presa, impune la malicia,
doquier de sus creencias recelaba;
mal segura y torcida la justicia,
de la justicia celestial dudaba,
y de los males del viciado suelo,
culpa argüía en el dormido cielo.

Con sus dudas así y con sus creencias,
arrastraba el severo capuchino
su vida entre recónditas dolencias,
y dudaba tal vez de su destino.
En vano con austeras penitencias
pedía al cielo su favor divino;
siempre acosaba al pensamiento adusto
la duda de lo justo y de lo injusto.

Siempre sus penitentes oraciones,
y su estudio, y sus horas solitarias,
turbaban sus incrédulas ficciones,
siempre con causas ó con hechos varias;
ni el turbulento mar de sus razones
sosegaban su llanto y sus plégarias,
que cuanto más oraba penitente,
se rebelaba el corazón demente.

El pueblo, al contemplar su faz severa,
que con el tosco capuchón ceñía,
el paso grave, la mirada austera,
la barba que á los pechos le caía,
su misteriosa forma pasajera,
que tan sólo en el templo aparecía,
reputación de justo le otorgaba,
y por justo varón le respetaba.

El sabio que en su cámara medita,
en un confuso libro amarillento,
las ideas que el sabio cenobita
creó en la soledad de su convento,
viendo que su honda creación gravita
sobre su aventajado pensamiento,
ambas razones balanceando, cede,
y el renombre del sabio le concede.

Mas tal es la mundana inconsecuencia
y el frágil peso del consejo humano,
que yerra el corazón, yerra la ciencia
en el juicio más fácil y liviano:
en medio de su airada penitencia,
presa á su vez del pensamiento humano,
bajo el sayal del hombre penitente,
el incrédulo habita impunemente.

Doquiera le mantiene arrebatado
honda meditación que le divierte
por el gran laberinto en que, obcecado,
razones busca á la insensata suerte;
y el mundano doquier cura engañado
de que en su arrobo el justo no despierte
y la sagrada inspiración no acuda;
mas el sabio no adora, sino duda.

Es una mañana clara
de una fresca primavera;
la brisa arruga ligera
la hierba, el agua y la flor.
El sol asoma al Oriente
su cabellera inflamada,
y alza el ave en la enramada
dulces himnos al Criador.

Orlan el campo las perlas
que ha derramado el rocío,
murmura allá abajo el río
la orilla al acariciar;
y en niebla azulada y tenue
que remeda al limpio cielo,
vapores exhala el suelo
de jazmines y azahar.

La inquietas mariposas
despliegan sus cien colores,
columpiándose en las flores
con revoltoso bullir,
posando en todas livianas;
sólo al lindel dejan sola,
sin sus besos, la amapola
el tosco vaso al abrir.

Ostenta cuantos primores
en su ancho tapiz encierra
á la luz del sol la tierra
respirando juventud.
Todo es calma, luz y vida
en la dulce primavera;
mas ¡ay, cuánto es pasajera
su belleza y su quietud!

También gozó de su infancia,
su vigor y su opulencia,
esa ciudad, de existencia
más remota y más feliz;
mas si no alcázar de reyes,
aun conserva la nobleza
en que muestra su grandeza
lo que fué Valle-de-Olid.

.....
.....

A un lado del Campo Grande,
en un balconcillo estrecho,
el codo en el antepecho,
sobre la mano la sien,
un austero capuchino
el campo está contemplando,
la baja tierra mirando
con religioso desdén.

Si sufre, goza ó medita,
si bien ríe ó males llora,
si desespera ó si ora,
es difícil de atinar.
Los ojos fijos en tierra,
la tez rugosa, amarilla,

en la palma la mejilla,
siempre en el mismo lugar,
siempre en la misma postura,
en el mismo arrobamiento,
sin voz y sin movimiento,
sin aparente razón;
insondable el alma viva
tras aquella estampa muda,
una cifra es de la duda
de imposible comprensión.

Al pie del mismo convento,
en paseo solitario,
desde la iglesia al osario
vagar un hombre se ve;
ambos brazos á la espalda,
hasta la ceja el sombrero,
larga daga, agudo acero,
y espuela dorada al pie.

Su pensamiento no aclaran
su talante ni su paso;
tal vez estará al acaso
y sin voluntad allí;
creeráse que reconoce
el lugar en que se mira;
se tiene, calla, suspira,
viene y va, y constante así.

Del cementerio á la iglesia,
de la iglesia al cementerio,
siempre en el mismo misterio,
siempre en el mismo vagar,
ni él ve al monje que á su reja
asomado ora ó medita,
ni se cura el cenobita
su ocupación de acechar.

Seméjase el capuchino
á un ilustre prisionero,
y semeja el caballero
el vencedor capitán;
mas el uno en su ventana
en imperturbable vela,
y el otro en su centinela,
indiferentes están.

En esto, del fin del campo
que ambos á espalda tenían,
uno tras otro venían
dos hidalgos á la vez.
La del primero era fuga,
la del otro seguimiento,
y víase bien su intento
en su tenaz rapidez.

Desarmado el de delante
y la faz desencajada;
en la derecha la espada,
ya cerca el perseguidor.
Ambos á par se empeñaban
en su fuga y su denuedo;
el de delante era miedo,
el de atrás era furor.

«¡Detenerlos!», gritó el monje:
tornó el caballero el gesto,
y un punto en el mismo puesto
viéronse iguales los tres.
Mas antes que el más cercano
acudiera al homicida,
el otro cayó sin vida,
bañado en sangre, á sus pies.

Seguir al vivo era en vano;
como una sombra fugóse;
al desplomado tornóse,
mas era inútil también;
y antes que reconociese
de la herida la malicia,
llegó á punto la justicia
gritándoles que se den.

Prestó atención exquisita
desde lo alto el capuchino:
«¡Éste es, éste, el asesino!»,
á la ronda oyó decir.
Requirió el preso su espada
para dar final respuesta,
pero otra mano más presta
vino su intento á impedir.

—Déjese sin fuerza, hidalgo,
y hacia la cárcel se apronte.
¿Quién es?

—Don Tello de Aponte.

—Préndanle y vengan en pos.—
Cerró el monje la ventana,
la prisión injusta viendo,
con voz cóncava diciendo:
«Si no hay justicia, no hay Dios.»

III

Tras una mesa cubierta
con un terciopelo verde,
en tres sillones de brazos
están sentados tres jueces.

En más infimo lugar,
y de ellos frente por frente,
espera en silencio un hombre
sentado en un taburete.

Serenos tiene los ojos,
alta y tranquila la frente,
el rostro descolorido,
y ambos pies en un grillete.

Mas nada hay en su persona
que á imparciales ojos muestre
que tan orgulloso porte
acompañe á un delincuente.

Que es noble, se ve en su nombre;
que es criminal, en las leyes;
que no es traidor, en su rostro;
y en su talle, que es valiente.

Mas que importa su custodia
se ve bien en los mosquetes
que esparcidos por la sala
las entradas la defienden.

Por las puertas y tapices
se alcanzan confusamente
las cabezas apiñadas
de la multitud que atierde.

Y en el inquieto murmullo
que discurre entre la gente
se ve que todos escuchan,
pero que pocos entienden.

Confusas, distantes, rotas,
concebirse apenas pueden
de preguntas y respuestas
las razones diferentes.

El juez pregunta, y el reo
responde; los escribientes
escriben; los guardias guardan,
y el pueblo murmura siempre.

EL JUEZ

¿Quién sois?

EL REO

Un hombre.

EL JUEZ

¿Su nombre?

EL REO

Don Tello de Aponte soy.

EL JUEZ

Levantaos.

DON TELLO

Bien estoy.

EL JUEZ

Ved que soy el juez.

DON TELLO

Yo el hombre.

EL JUEZ

Ved que es fuerza obedecer.

DON TELLO

Que me desaten decid,
ó en preguntar proseguid,
que así os he de responder.

EL JUEZ

¿Matasteis á un hombre?

DON TELLO

No.

EL JUEZ

Con el muerto os sorprendieron,
y os acusan.

DON TELLO

Pues mintieron.

EL JUEZ

Fué la justicia.

DON TELLO

Mintió.

EL JUEZ

Esta espada, ¿de quién es?

DON TELLO

Si en esta mano estuviera,
mejor ella lo dijera.

EL JUEZ

¿No os la hallaron?

DON TELLO

Sí, á los pies.

EL JUEZ

¡Bañada en sangre!

DON TELLO

Es así.

EL JUEZ

Y un hombre teníais muerto
junto á vos.

DON TELLO

También es cierto.

EL JUEZ

Luego fuisteis....

DON TELLO

Yo no fui.

EL JUEZ

Decid, pues, ¿quién le mató?

DON TELLO

Un hombre que le seguía.

EL JUEZ

¿Cuyo nombre?

DON TELLO

El lo sabría

Y si no se huyera, yo.

EL JUEZ

Luego ¿huyó?

DON TELLO

Dije que sí.

EL JUEZ

¿Le conocerais á verle?

DON TELLO

Mal pudiera conocerle
si nunca el rostro le vi.

EL JUEZ

¡Bien lo fingís!

DON TELLO

Bien lo cuento,
que esto solo aconteció.

EL JUEZ

¿Confesáis el crimen?

DON TELLO

No.

EL JUEZ

Pues ponedle en el tormento.

DON TELLO

Vedlo bien.

EL JUEZ

Lo vi.

DON TELLO

Pues voy;
pero mirad que inocente.

EL JUEZ

Vos nombraréis delincuente.

DON TELLO

Puede ser, pues hombre soy.
Mas si el dolor da por mí
alguna declaración,
anulo mi confesión,
y en cuanto diga, mentí.

Sacáronle de la sala,
y en sus sillones los jueces
callaron, mientras susurra
en son siniestro la plebe.

A verse en la puerta alcanza,
que en el fondo el salón tiene,
una alfombra de cabezas
que bullen eternamente;

un montón desordenado
de ojos de hombres y mujeres,
que giran en muchos gestos,
ya curiosos, ya impacientes.

Acá y allá algunas damas,
que en los tupidos dobleces
de un velo en que acaba un manto,
la faz ruborosa envuelven.

Y esta multitud inquieta
cuchicheando sordamente,
esperando alguna cosa
de otra cosa que sucede;

ya de parte de don Tello,
ya de parte de los jueces,
y ya bien, como en comedia,
aguardando lo siguiente.

Dispuesta del mismo modo
á escuchar lo que dijeren,
á partir cuando se acabe,
y á esperar mientras la dejen,

forma un susurro monótono
que por el aire se extiende,
y un acento sin palabras
en la atmósfera mantiene.

Los centinelas pasean,
el escribano se duerme
con la barba sobre el puño,
y el puño entre los papeles.

Los galanes, rostro á rostro
plática entablada tienen,
que amantes, serán amantes
dondequiera que se encuentren.

Los muchachos, la paciencia
con aquel silencio pierden,
y hacen los viejos á solas
comentarios de las leyes,
en favor de la justicia

que andaba allá en sus niñeces,
porque sin duda es muy bueno
lo malo que se nos pierde.

Así en paciencia ó enojo
mantuviéronse igualmente,
en son confuso de muchos,
jueces, soldados y plebe.

Alzóse al fin la cortina;
impusieron los corchetes

silencio, y todos los ojos
tornáronse de repente.

Retratada en el semblante
la agonía de la muerte,
salió el primero don Tello,
que apenas basta á tenerse.

Alzáronse en el salón
vagos murmullos al verle,
que más que á satisfacciones,
á amenazas se parecen;

mas á una señal airada
de los irritados jueces,
y á la vista de vecinas
alabardas y mosquetes,

reinó el silencio en la sala
capitulando la plebe,
que cuanto más atrevida,
es tanto menos valiente.

EL JUEZ

(¿Confesó?)

UNO

(Confeso está.)

EL JUEZ

Decid, pues, ¿quién le mató?

DON TELLO

El asesino soy yo,
si no estáis cansados ya.

EL JUEZ

Hablad más claro.

DON TELLO

El tormento
dejó menos fuerza en mí;
á todo digo que sí,
pero en cuanto digo miento.

EL JUEZ

¿Le matasteis?

DON TELLO

Le maté.

EL JUEZ

¿Por acaso ó por razón?

DON TELLO

Por intento y á traición.

EL JUEZ

¿La razón?

DON TELLO

Yo me la sé.

EL JUEZ

Decidla si la tenéis.

DON TELLO

¿No basta que le matara?

EL JUEZ

Sí, por cierto, que bastara.

DON TELLO

Ruégoos, pues, que despachéis.

EL JUEZ

Sobre ese libro jurad
que por traición le habéis muerto.

DON TELLO

Dadme el libro; todo es cierto;
jurado está, y despachad.

Entró en esto, atropellando
por los guardias y la gente,
sin que curiosos ni guardias
bastasen á detenerle,
un capuchino severo,
de luenga barba, ancha frente,

claros ojos, talle erguido,
grave paso y voz solemne.

Sin duda por sus virtudes
alto respeto merece,
porque todos en silencio
aparentan conocerle.

Díjole el juez: «Perdonadnos,
porque, en veta de las leyes,
somos por nuestro destino
hombres afuera, aquí jueces.»

Y con acento más firme,
al capuchino volviéndose,
en ademán imperioso
díjole: «Padre, ¿qué quiere?»

El religioso, sereno,
en faz y gesto imponente,
contestó: «Apoyo del justo,
que la justicia no yerre.»

EL JUEZ

Si erró la justicia acaso,
nos fuera ayudarla en gozo.
Decid dónde.

EL MONJE

En este mozo,
que ya con ánimo escaso
habló á impulsos del dolor,
y en cuanto dijo ha mentido.

DON TELLO

Padre, tarde habéis venido,
y que os volváis es mejor.

EL MONJE

Escuchadme.

EL JUEZ

Ya es en vano.

EL MONJE

Oidme.

EL JUEZ

Dije que no.
Como reo confesó,
y juró como cristiano.

EL MONJE

Ved que ha de saberlo el Rey,
y que en ello soy testigo.

EL JUEZ

Yo no soy quien le castigo,
que escrita me dan la ley.

EL MONJE

Mirad que él no le mató,
que desde un balcón lo vi;
no es el reo.

EL JUEZ

Será así.

EL MONJE

¿Condenáisle?

EL JUEZ

Confesó.

EL MONJE

Ha mentido.

EL JUEZ

No lo sé.

Don Tello, otra vez jurad.

DON TELLO

¿Queréis matarme? Acabad;
juro que á un hombre maté.

EL JUEZ

Pues veis que otorga el delito,
dejadle sufrir la pena.

EL MONJE

¡Ved que el miedo le condena!

EL JUEZ

Padre, en la ley está escrito.

Quedó el monje meditando
del reo la confesión,
inmóvil en el salón,
de lo que mira dudando.

Firmó la sentencia el juez,
y del estrado al bajar,
en voz alta á preguntar
volvióle el monje otra vez:
—¿Conque muere?

—Vedlo vos,
contestó el juez: y aun dudando,
fuése el monje murmurando:
«¡Si no hay justicia, no hay Dios!»

El sol, en trémulas hebras,
tornasolando los aires,
tranquilo, radiante y puro,
en colores se deshace.

Doquier el pueblo se agolpa,
doquier los balcones abren,
en faz de ver ó esperar
lo que pasa, ó lo que pase.

Doquier bellas en las rejas,
doquier hidalgos galanes,
doquier desenvueltas mozas,
clérigos y militares.

Todo es turba y movimiento,
tropezar y atropellarse;
todos van hacia la plaza,
ganando esquinas y calles.

Todos por bajo platican
cual si una historia contasen
que preguntándola todos,
todos á la par la saben.

Comprenderse apenas pueden
en razones desiguales,
la razón de lo que á todos
tan afancosos los trae.

Óyense en palabras sueltas,
entre otras mil estas frases:

- Es justicia.—Son las doce.
- ¡Quien tal hace, que tal pague!
- Del Rey aguardan indulto.
- Ya daban vuelta á la cárcel.
- Hace ocho días.—Es noble.
- ¡Sálvele Dios!—¡Pobre fraile!—

Y á veces, allá á lo lejos,
en lastimosos compases,
otra voz reza ó pregona
con acento suplicante.

Hierve en la plaza la gente,
puertas cierran, rejas abren,

y á un tiempo todos los ojos
se vuelven hacia una calle.

Por ella, en orden siniestro,
muchos soldados delante,
de dos en dos muchos hombres,
á otro hombre á la plaza traen.

Atadas tiene las manos,
descolorido el semblante,
descubierta la cabeza,
desaliñado en el traje;
sin valona y sin espada,
capotillo ni acicates,
sobre una enlutada mula,
y acompañado de un fraile.

Van detrás algunos monjes
de varias comunidades,
con cirios que al sol del día,
aunque no le alumbran, arden.

Los ministros de justicia,
el reo y el pueblo parten,
y elregonero decía
en lúgubre son delante:

«Esta es la final sentencia
que hoy debe de ejecutarse
en don Tello Arcos y Aponte
por mano de Luis Hernández,
ejecutor por el Rey.....»

Y al transponer una calle,
perdióse con el bullicio
la sentencia con la frase.

Abrióse la muchedumbre
y entraron con paso grave
dentro de la plaza juntos
los que vienen y el que traen.

Llegados á una escalera
con que unos maderos hacen
ancha subida á un cadalso,
dijo una voz: «Que le bajen.»

Bajó el reo, y en la escala
el religioso sentándose,
díjole con voz inquieta
que de hinojos se postrase.

Así fué, y ambos quedaron
en posición semejante,
sin que sus ténues palabras
alcanzara osado nadie.

Mas sobre el hombro del reo
algún ojo penetrante,
á saberlo, ver pudiera
el ojo atento del fraile.

Y en su inquietud confiada,
más bien que reconciliarle,
viase que era dar tiempo
á que tiempo se ganase.

Avisóle la justicia;
se alzó el reo, calló el padre;
llegaron hasta el cadalso,
y tornaron á postrarse.

Tornó á avisar la justicia
y á la confesión el fraile,
y más de las doce y media
señalaba ya el cuadrante.

—Don Tello, decía el monje,
dad tiempo á que el tiempo pase,
que fuera mengua en el Rey
que su perdón os negare.

—¡Pluguiera, buen monje, al cielo,
que así tan ciego no errarais!

—Siendo testigo.....

—¿Qué importa?

—Fuera otro crimen.

—¡Quién sabe!

—Yo sé que sois inocente,
puesto que no le matasteis.

—Secretos del cielo son,
como el cielo impenetrables.

—¡Imposible!.....

—Padre, pronto.

—¡Que tanto el indulto tarde!

—¡Padre, es vano!

—¡Oh, que no hay cielo,
cuando acudiros no sabe!—

Y el capuchino, azorado,
las miradas suplicantes
desesperado tendía,
sin aliento, á todas partes.

Por vez postrera volvieron
con más empeño á avisarle,
y el reo dijo:—¡Es inútil!
¡Padre, que muera dejadme!

—No, don Tello, ¡por mi vida!
Y volviéndose anhelante
el monje á la multitud,
así rompió á voces grandes:

«¡Está inocente!.....» En tumulto
impidió que terminase,
la turba, que por oírle
gritaba á su vez: «¡Dejadle!»

«¡Está inocente!», decía
el monje, y en voz pujante

decía el pueblo en tumulto,
sofocándole: «¡Dejadle!»

Gritaba el pueblo, y el monje
gritaba, y palabras tales
se le oían: «¡Dios.... Testigo....
Indulto.... El Rey!» ¡Todo en balde!

Unos decían: «¡Oidle!.....»
Otros decían: «¡Salvadle!.....»
Pero cuando todos hablan,
es cuando no escucha nadie.

Arrodillado don Tello,
y el ejecutor delante,
hizo la justicia seña,
y el verdugo hizo su parte.

Calló el pueblo; calló el monje;
y al ver la cabeza en sangre
bañada, desesperado
se perdió en la turba el fraile.

Y allá en el fin de la plaza,
volviendo el rostro un instante,
«¡Si no hay justicia, no hay Dios!»,
dijo y transpuso la calle.

IV

CONCLUSIÓN

Coronada de juncos y espadañas
hay en un soto cristalina fuente,
donde al abrigo de sonantes cañas,
en arroyo se cambia mansamente.

Espérala el Pisuerga, y de sus olas
la abre amoroso el transparente seno,
con silvestres espigas y amapolas
de su margen bordando el cerco ameno.

A su amoroso halago nunca ingrata,
la fresca y sonora fuentecilla
mezcla constante su raudal de plata
con la del padre río agua amarilla.

Y allá á lo lejos, por la angosta calle
que la abren en dos bandas cien colinas,
Valladolid dibújase en el valle,
velada entre las pálidas neblinas.

Y la vieja Simancas, más ufana,
alza á su espalda la torreada frente,

que pintan á la par en la onda vana
los tres ríos que abarca con su puente;

Do empiezan á tender los arenales
su enmarañado pabellón de pinos
por donde abren en grietas desiguales
sus engañosos lindes los caminos.

Era la hora en que, cansado acaso
de su rauda y magnífica carrera
el moribundo sol hunde en ocaso
su universal espléndida lumbrera.

Dábale el ruseñor su despedida
desde el olmo sombrío que le oculta,
alegre adiós á la gloriosa vida
del astro rey, que en sombra se sepulta.

Despídenle las auras y las hojas
y las sutiles auras que adormecen,
y las coronas de los pinos rojas,
á su luz, despidiéndole, se mecen.

Todo era paz y lánguido sosiego
en la fresca pradera y soto umbrío,
todo aspiraba el esplendente fuego
en derredor de fuente, soto y río.

La luz tendiendo de los ojos vagos
sobre el rápido arroyo campesino,
del llanto preso resistiendo amagos,
velaba el solitario capuchino.

Y allí con él su exasperada duda
revolviéndose audaz dentro del pecho,
hondo tormento daba al alma ruda,
sitio en el corazón hallando estrecho.

Continuo presentábase su mente
la ensangrentada imagen de don Tello,
á quien de un crimen defendió inocente,
y á quien la injusta ley mató por ello.

Y allá en su alma, á quien vicia
de lo humano la miseria,
así la ruda materia
luchaba con su impericia:
«No hay Dios donde no hay justicia,
porque á ser de otra manera,

ó Tello no pereciera
con tan clara sinrazón,
ú oyera el Rey mi razón,
ó el matador pareciera.

»Que Tello al cabo murió,
ojalá no fuera cierto;
que no es reo en lo del muerto,
por mis ojos lo vi yo.
Si la ley le condenó
con ignorancia ó malicia,
manifiesta la injusticia
en entrambos casos fué,
que si Dios existe, á fe,
no está Dios do no hay justicia,

»Porque hacer el bien y el mal,
y negar al mal el bien,
arguyera error también
en la justicia eternal;
que amparar al criminal
é ir del inocente en pos
contra el justo de los dos,
fuera en Dios ley bien tirana;
luego, en consecuencia llana,
do no hay justicia, no hay Dios.

»Y puesto que si es, no es justo,
siendo así Dios no cabal,
en obrar el bien ó el mal
cuerdo es no forzar el gusto.
Pues no es Dios un Dios injusto,
no quiero por mi impericia
tener un Dios de injusticia,
de sus hechuras ajeno;
que en este mundo terreno
no está Dios, pues no hay justicia.

»Y si niegas, Dios, aquí
tu justicia, aquí no estás,
y donde no estés, de hoy más
quiero vivir para mí;
que si hijo tuyo nació,
es bueno y justo á los dos
que el hijo te vaya en pos,
y que tú acudas al hijo,
ó mintió quien tal nos dijo,
pues sin justicia, no hay Dios.»

Así pensaba el monje vacilando,
sin razón ni creencia que le acuda;
cuanto más convencido, más dudando
por entre el laberinto de la duda;

Y triste, y macilento, y sin destino,
sin fe en el mismo Dios que á par confiesa,
sentóse á las orillas del camino,
como fardo á posar que mucho pesa.

Miserable reptil, busca en la tierra
lo que la tierra misma no merece;
y el ciego pensamiento se le cierra,
y el atrevido pensamiento crece.

Acosado de amargos pensamientos,
de negras dudas entre turbias nieblas,
nave presa de ciegos elementos,
hasta en su propia luz halla tinieblas.

Y así, al dulce rumor del agua mansa,
son de las hojas, trino de las aves,
en fatigado corazón descansa
á los murmullos lánguidos y suaves.

Tal vez abriendo los cansados ojos,
la moribunda luz goza un momento,
y la imagen de Tello le da enojos,
y el sueño se la roba al pensamiento.

Tal vez aún en duda congójosa,
razones sueña y vanidad delira,
la claridad fingiendo misteriosa
de lo que le huye más cuanto más mira;

Que así lo muestra el fatigado aliento
que el pecho en sueño atosigado lanza,
revuelto mar que el torvo movimiento
del gran volcán del pensamiento alcanza.

Sorbió el falaz crepúsculo la noche,
ganó el espacio la callada sombra,
la flor cerró su perfumado broche,
veló la tierra su pintada alfombra.

Allá á lo lejos, tras el negro monte,
á tardos pasos asomó la luna,
tibia alumbrando el lóbrego horizonte,
rasgando el vuelo que la sombra aduna.

Vagaba el aura y susurraba el río,
murmuraba la fuente que corría,
y de ella al pie, con ademán sombrío,
el capuchino su pesar dormía.

Iba la parlera fuente
resbalando entre la hierba,
en son acorde lamiendo
la parda y menuda arena,

Y á la fugitiva lumbre
que en sus ondas reverbera,
la luna en su espejo errante
la pálida faz refleja.

Brotaba espumas de plata
el ronco y turbio Pisnurga,
bañando en corvos cristales
entrambas á dos riveras,

Y al compasado murmullo
de aguas, hojas, aura y presas,
en insomnio inquieto el monje,
tendido á la orilla sueña.

Alzando á veces los párpados,
como quien duerme y le pesa,
la luz se pinta en sus ojos
entre cendales de niebla.

Siente el agua que murmura
y el aura que bulle apenas,
y en vago adormecimiento,
oye, ve, respira y piensa.

Á través del agua mansa
que el límpido arroyo lleva,
algún objeto confuso
la luna blanca le muestra.

Duda y mira, y, fatigoso,
otra vez los ojos cierra,
y anda el torpe pensamiento
en lucha con una idea.

Tornó á descorrer los párpados,
y allá en el agua serena,
entre las sombras del sueño,
un rostro á mirar acierta.

Tornó á dudar acosado
entre si duerme ó si vela,
contemplando aquel semblante
de igual color que la tierra,

Fantasma, ilusión ó ensueño,
que minucioso semeja
al muerto don Tello Aponte,
que finó la tarde mesma.

Tornó á dudar, mal despierto
y mal dormido en su vela,
al ver detenida el agua
y apilada en las riberas,

Y en el lecho del arroyo,
al nivel de las arenas,
todo el cadáver de un hombre
asido con su cabeza.

Alzóse despavorido
el monje, mas teme y tiembla

cuando el cuerpo de don Tello
le dice así en voz severa:

—¿Conocéisme, padre?

—Sí.

—A que me siente ayudad.
Bajo mi cuerpo mirad
lo que hay debajo de mí.—

Miró el monje, y con asombro
halló la faz macilenta
de otro á quien Tello cubría
pie á pie y cabeza á cabeza.

Temblaba el monje aterrado,
de rodillas en la hierba,
y don Tello en voz solemne
dijole de esta manera:

«En duelo injusto los dos,
á traición le asesiné:
no preguntéis el porqué
de la justicia de Dios.»



Á BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO

TRADICIÓN DE TOLEDO

I

Entre pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo
la baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,
y unas en otras las sombras
confandidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran,
como lanzas de soldados
apostados en la altura.
Reverberan los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las rocas
ríela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
parecen en espesura,
de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida
gotea pesada lluvia,
que no despierta á quien duerme,
ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
entre la sombra confusa,
y el Tajo, á sus pies pasando,
con pardas ondas la arrulla.

El monótono murmullo
sonar perdido se escucha,
cual si por las hondas calles
hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
cuando á lo lejos susurran
los álamos que se mecen,
las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste endulzan,
y en tanto que sueña el triste,
no le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
como la noche que enluta
la esquina en que desemboca
una callejuela oculta,
se ve de un hombre que aguarda
la vigilante figura,
y tan á la sombra vela,
que entre la sombra se ofusca:
frente por frente á sus ojos,
un balcón á poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro le alumbra;
mas ni en el claro aposento,
ni en la callejuela oscura,
el silencio de la noche
rumor sospechosos turba.
Pasó así tan largo tiempo,
que pudiera haberse duda
de si es hombre, ó solamente
mentida ilusión nocturna;

pero es hombre, y bien se ve,
 porque con planta segura
 ganando el centro á la calle,
 resuelto y audaz pregunta;
 «¿Quién va?»; y á corta distancia
 el igual compás se escucha
 de un caballo que sacude
 las sonoras herraduras.
 «¿Quién va?», repite, y cercana
 otra voz menos robusta,
 responde: «Un hidalgo: ¡calle!»;
 y el paso el bruto apresura.
 «¡Téngase el hidalgo!», el hombre
 replica, y la espada empuña.
 «Ved más bien si me haréis calle,
 repusieron con mesura,
 que hasta hoy á nadie se tuvo
 Ibán de Vargas y Acuña.»
 «Pase el Acuña, y perdone»,
 dijo el mozo en faz de fuga,
 pues teniéndose el embozo,
 sopla un silbato, y se oculta.
 Paró el jinete á una puerta,
 y con precaución difusa
 salió una niña al balcón
 que llama interior alumbra.
 «¡Mi padre!», clamó en voz baja;
 y el viejo en la cerradura
 metió la llave, pidiendo
 á sus gentes que le acudan.
 Un negro, por ambas bridas
 tomó la cabalgadura;
 cerróse detrás la puerta
 y quedó la calle muda.
 En esto, desde el balcón,
 como quien tal acostumbra,
 un mancebo por las rejas
 de la calle se asegura.
 Asió el brazo al que apostado
 hizo cara á Ibán de Acuña,
 y huyeron, en el embozo
 velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena,
 pasa la siguiente tarde,
 y el sol, tocando su ocaso,
 apaga su luz gigantes.

Se ve la imperial Toledo
 dorada por los remates,
 como una ciudad de grana
 coronada de cristales.
 El Tajo, por entre rocas
 sus anchos cimientos lame,
 dibujando en las arenas
 las ondas con que las bate;
 y la ciudad se retrata
 en las ondas desiguales,
 como en prendas de que el río
 tan afanoso la bañe.
 Á lo lejos, en la vega
 tiende galán por sus márgenes,
 de sus álamos y huertos
 el pintoresco ropaje,
 y porque su altiva gala
 más á los ojos halague,
 la salpica con escambros
 de castillos y de alcázares.
 Un recuerdo es cada piedra
 que toda una historia vale,
 cada colina un secreto
 de príncipes ó galanes.
 Aquí se bañó la hermosa
 por quien dejó un Rey culpable,
 amor, fama, reino y vida,
 en manos de musulmanes.
 Allí recibió Galiana
 á su receloso amante,
 en esa cuesta que entonces
 era un plantel de zahares.
 Allá, por aquella torre
 que hicieron puerta los árabes,
 subió el Cid sobre Babieca
 con su gente y su estandarte.
 Más lejos se ve al castillo
 de San Servando, ó Cervantes,
 donde nada se hizo nunca
 y nada al presente se hace.
 Á este lado está la almena
 por do sacó vigilante
 el conde don Peranzules
 al Rey que supo una tarde
 fingir tan tenaz modorra,
 que, político y constante,
 tuvo siempre el brazo quedo
 las palmas al horadarle.
 Allí está el circo romano,
 gran cifra de un pueblo grande,

y aquí la antigua basílica
 de bizantinos pilares,
 que oyó en el primer Concilio
 las palabras de los Padres
 que velaron por la Iglesia
 perseguida ó vacilante.
 La sombra en este momento
 tiende sus turbios cendales
 por todas esas memorias
 de las pasadas edades,
 y del Cambrón y Visagra
 los caminos desiguales,
 camino á los toledanos
 hacia las murallas abren.
 Los labradores se acercan
 al fuego de su hogares,
 cargados con sus aperos,
 cansados de sus afanes.
 Los ricos y sedentarios
 se tornan con paso grave,
 calado el ancho sombrero,
 abrochados los gabanes;
 y los clérigos y monjes,
 y los prelados y abades,
 sacudiendo el leve polvo
 de capelos y sayales.
 Quédase solo un mancebo
 de impetuosos ademanes,
 que se pasea ocultando
 entre la capa el semblante.
 Los que pasan le contemplan
 con decisión de evitarle,
 y él contempla á los que pasan
 como si á alguien aguardase.
 Los tímidos aceleran
 los pasos al divisarle,
 cual temiendo de seguro
 que les proponga un combate;
 y los valientes le miran
 cual si sintieran dejarle
 sin que, libres sus estoques,
 en riña sonora dancen.
 Una mujer, también sola,
 se viene el llano adelante.
 la luz del rostro escondida
 en tocas y tafetanes;
 mas en lo leve del paso
 y en lo flexible del talle,
 puede á través de los velos
 una hermosa adivinarse.

Vase derecha al que aguarda,
 y él al encuentro la sale,
 diciendo..... cuanto se dicen
 en las citas los amantes.
 Mas ella, galanterías
 dejando severa aparte,
 así al mancebo interrumpe
 en voz decisiva y grave:

—Abreviemos de razones,
 Diego Martínez; mi padre,
 que un hombre ha entrado en su ausen-
 dentro mi aposento sabe; [cia
 y así, quien mancha mi honra,
 con la suya me la lave:
 ó dadme mano de esposo,
 ó libre de vos dejadme.—

Miróla Diego Martínez
 atentamente un instante,
 y echando á un lado el embozo,
 repuso palabras tales:
 —Dentro de un mes, Inés mía,
 parto á la guerra de Flandes;
 al año estaré de vuelta,
 y contigo en los altares
 honra que yo te desluzca,
 con honra mía se lave,
 que por honra vuelven honra
 hidalgos que en honra nacen.
 —Júralo, exclamó la niña.
 —Más que mi palabra vale
 no te valdrá un juramento.
 —¡Vive Dios, que estás tenaz!
 —Dalo por jurado, y baste.
 —No me basta, que olvidar
 puedes la palabra en Flandes.
 —¡Voto á Dios! ¿Qué más pretendes?
 —Que á los pies de aquella imagen
 lo jures como cristiano,
 del santo CRISTO delante.

Vaciló un punto Martínez,
 mas porfiando que jurase,
 llevóle Inés hacia el templo
 que en medio la vega yace.
 Enclavado en un madero,
 en duro y postrero trance,
 ceñida la sien de espinas,
 descolorido el semblante,

víase allí un crucifijo
teñido de negra sangre,
á quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martínez
los sagrados pies tocase,
preguntóle:

—Diego, ¿juras
á tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:

—¡Sí juro! —
Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés,
su vuelta aguardando en vano,
oraba un mes y otro mes
del crucifijo á los pies
do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
después de transpuesto el sol,
y á Dios llorando pedía
la vuelta del español,
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
sin dueña y sin escudero,
en un manto una mujer,
el campo salía á ver
al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume
su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
que el duelo con que él se abruma
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
precioso y funesto don,

pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en celos
que abrazan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,
es un consuelo en verdad;
pero siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quien espera, desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba,
y su llanto se secaba
para volver á brotar.

En vano á su confesor
pidió remedio ó consejo
para aliviar su dolor,
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano á Ibán acudía
llorosa y desconsolada;
el padre no respondía,
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella,
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
á sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y el tercer año corría;
Diego á Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena;
doraba el sol de Occidente
del Tajo la vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
 las riberas azotando
 bajo las murallas solas,
 musgo, espigas y amapolas
 ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
 creció entre la hierba blanda,
 sobre las aguas tendido
 se reflejaba perdido
 en su cristalina banda.

Y algún ruiñeñor colgado
 entre su fresca espesura,
 daba al aire embalsamado
 su cántico regalado
 desde la enramada obscura.

Y algún pez con cien colores,
 tornasolada la escama,
 saltaba á besar las flores
 que exhalan gratos olores
 á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
 el torreón se dibuja,
 como el contorno redondo
 del hueco sembrío y hondo
 que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
 el rigor de su fortuna,
 y así la tarde pasaba,
 y al horizonte trepaba
 la consoladora luna.

A lo lejos, por el llano,
 en confuso remolino,
 vió de hombres tropel lejano,
 que en pardo polvo liviano
 dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
 y llegando recelosa
 á las puertas del Cambrón,
 sintió latir, zozobrosa,
 más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero,
 dejó ver la escasa luz
 por bajo el arco primero,
 un hidalgo caballero
 en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
 banda azul, lazo en la hombrera,
 y sin pluma, al diestro lado
 el sombrero derribado,
 tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
 bota de ante, espuela de oro,
 hierro al cinto suspendido,
 y á una cadena prendido
 agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete,
 sobre potros jerezanos,
 de lanceros hasta siete,
 y en adarga y coselete
 diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés,
 gritando: —Diego, ¿eres tú!—
 Y él, viéndola de través,
 dijo: —¡Voto á Belcebú,
 que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
 tal respuesta al escuchar,
 y á poco perdió el sentido,
 sin que más voz ni gemido
 volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas,
 encomendóla á su gente,
 diciendo: —¡Malditas viejas,
 que á las mozas malamente
 enloquecen con consejas!

Y aplicando el capitán
 á su potro las espuelas,
 el rostro á Toledo dan,
 y á trote cruzando van
 las obscuras callejuelas.

IV

Así, por sus altos fines,
 dispone y permite el cielo
 que puedan mudar al hombre
 fortuna, poder y tiempo.
 A Flandes partió Martínez
 de soldado aventurero,
 y por su suerte y hazañas,
 allí capitán le hicieron.

Según alzaba en honores,
 alzábase en pensamientos;
 y tanto ayudó en la guerra
 con su valor y altos hechos,
 que el mismo Rey, á su vuelta,
 le armó en Madrid caballero,
 tomándole á su servicio
 por capitán de lanceros.

Y otro no fué que Martínez
 quien ha poco entró en Toledo
 tan orgulloso y ufano
 cual salió humilde y pequeño.

Ni es otro á quien se dirige,
 cobrado el conocimiento,
 la amorosa Inés de Vargas,
 que vive por él muriendo.

Mas él, que olvidando todo
 olvidó su nombre mesmo,
 puesto que Diego Martínez
 es el capitán don Diego,

ni se ablanda á sus caricias,
 ni cura de sus lamentos,
 diciendo que son locuras
 de gentes de poco seso;

que ni él prometió casarse,
 ni pensó jamás en ello.

¡Tanto mudan á los hombres
 fortuna, poder y tiempo!

En vano porfiaba Inés
 con amenazas y ruegos:
 cuanto más ella importuna,
 está Martínez severo.

Abrazada á sus rodillas,
 enmarañado el cabello,
 la hermosa niña lloraba,
 prosternada por el suelo.

Mas todo empeño es inútil,
 porque el capitán don Diego
 no ha de ser Diego Martínez,
 como lo era en otro tiempo.

Y así, llamando á su gente,
 de amor y piedad ajeno,
 mandóles que á Inés llevaran
 de grado ó de valimiento.

Mas ella, antes que la asieran,
 cesando un punto su duelo,
 así habló, el rostro lloroso
 hacia Martínez volviendo:
 —Contigo se fué mi honra,
 conmigo tu juramento;

pues buenas prendas son ambas,
 en buen fiel las pesaremos.

Y la faz descolorida
 en la mantilla envolviendo,
 á pasos desatentados
 salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo,
 por el Rey, Gobernador
 el justiciero y valiente
 don Pedro Ruiz de Alarcón.
 Muchos años por su patria
 el buen viejo peleó;
 cercenado tiene un brazo,
 mas entero el corazón.
 La mesa tiene delante,
 los jueces en derredor,
 los corchetes á la puerta
 y en la derecha el bastón.
 Está, como presidente
 del tribunal superior,
 entre un dosel y una alfombra,
 reclinado en un sillón,
 escuchando con paciencia
 la casi asmática voz
 con que un tétrico escribano
 solfea una apelación.
 Los asistentes bostezan
 al murmullo arrullador;
 los jueces, medio dormidos,
 hacen pliegues al ropón;
 los escribanos repasan
 sus pergaminos al sol;
 los corchetes, á una moza
 guiñan en un corredor,
 y abajo, en Zocodover,
 gritan en discordes son
 los que en el mercado venden,
 lo vendido y el valor.
 Una mujer en tal punto,
 en faz de grande aflicción,
 rojos de llorar los ojos,
 ronca de gemir la voz,
 suelto el cabello y el manto,
 tomó plaza en el salón,

diciendo á gritos: —¡Justicia, jueces; justicia, señor!—
Y á los pies se arroja, humilde,
de don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agitan alrededor.
Alzola cortés don Pedro,
calmando la confusión
y el tumultuoso murmullo
que esta escena ocasionó,
diciendo: —Mujer, ¿qué quieres?

—Quiero justicia, señor.

—¿De qué?

—De una prenda hurtada.

—¿Qué prenda?

—Mi corazón.

—¿Tú le diste?

—Le presté.

—Y ¿no te le han vuelto?

—No.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—¿Y promesa?

—Sí, ¡por Dios!

que al partirse de Toledo
un juramento empeñó.

—¿Quién es él?

—Diego Martínez.

—¿Noble?

—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán,
que cumplirá si juró.—

Quedó en silencio la sala,
y á poco, en el corredor,
se oyó de botas y espuelas
el acompasado son.

Un portero, levantando
el tapiz, en alta voz

dijo: —El capitán don Diego.—

Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.

—Sois el capitán don Diego,
díjole don Pedro, vos?—

Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis á esta muchacha?

—Ha tres años, salvo error.

—¿Hicisteisla juramento

de ser su marido?

—No.

—¿Juráis no haberlo jurado?

—Sí juro.

—Pues id con Dios.

—¡Miente! clamó Inés, llorando
de despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que dices!

—Digo que miente: juró.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios,
y dispensad que, acusado,
dudara de vuestro honor.—

Tornó Martínez la espalda
con brusca satisfacción,

é Inés, que le vió partirse,
resuelta y firme gritó:

—Llamadle: tengo un testigo.

¡Llamadle otra vez, señor!—

Volvió el capitán don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,

la multitud aquietóse

y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo á quien nunca
faltó verdad ni razón.

—¿Quién?

—Un hombre que de lejos

nuestras palabras oyó,

mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No, que estaba en un suplicio,

donde ha tiempo que expiró.

—Luego ¿es muerto?

—No, que vive.

—Estáis loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?

—El CRISTO de la Vega,

á cuya faz perjuró.—

Pusiéronse en pie los jueces

al nombre del Redentor,

escuchando con asombro

tan excelsa apelación.

Reinó un profundo silencio

de sorpresa y de pavor,

y Diego bajó los ojos

de vergüenza y confusión.

Un instante con los jueces

don Pedro en secreto habló,

y levantóse diciendo

con respetuosa voz:
 —La ley, es ley para todos;
 tu testigo es el mejor,
 mas para tales testigos
 no hay más tribunal que Dios.
 Haremos.... lo que sepamos:
 escribano, al caer el sol,
 al CRISTO que está en la vega
 tomaréis declaración.

VI

Es una tarde serena,
 cuya luz tornasolada
 del purpurino horizonte
 blandamente se derrama.
 Plácido aroma las flores,
 sus hojas plegando, exhalan,
 y el céfiro entre perfumes
 mece las trémulas alas.
 Brillan abajo en el valle
 con suave rumor las aguas,
 y las aves en la orilla
 despidiendo al día cantan.
 Allá por el *Miradero*,
 por el Cambrón y Visagra,
 confuso tropel de gente
 del Tajo á la vega baja.
 Vienen delante don Pedro
 de Alarcón, Ibán de Vargas,
 su hija Inés, los escribanos,
 los corchetes y los guardias;
 y detrás, monjes, hidalgos,
 mozas, chicos y canalla.
 Otra turba de curiosos
 en la vega les aguarda,
 cada cual comentando
 el caso según le cuadra.
 Entre ellos está Martínez
 en apostura bizarra,
 calzadas espuelas de oro,
 valona de encaje blanca,
 bigote á la borgoñesa,
 melena desmelenada,
 el sombrero guarnecido
 con cuatro lazos de plata,
 un pie delante del otro,
 y el puño en el de la espada.

Los plebeyos, de reojo
 le miran de entre las capas,
 los chicos al uniforme,
 y las mozas á la cara.
 Llegado el Gobernador
 y gente que le acompaña,
 entraron todos al claustro
 que iglesia y patio separa.
 Encendieron ante el CRISTO
 cuatro cirios y una lámpara,
 y de hinojos un momento
 oraron allí en voz baja.
 Está el CRISTO de la Vega
 la cruz en tierra posada,
 los pies alzados del suelo
 poco menos de una vara.
 Hacia la severa imagen
 un notario se adelanta,
 de modo que con el rostro
 al pecho santo llegaba.
 A un lado tiene á Martínez,
 á otro lado á Inés de Vargas,
 detrás al Gobernador
 con sus jueces y sus guardias.
 Después de leer dos veces
 la acusación entablada,
 el notario á Jesucristo
 así demandó en voz alta:

*«Jesús, Hijo de María,
 ante nos esta mañana
 citado como testigo
 por boca de Inés de Vargas,
 ¿juráis ser cierto que un día
 á vuestras plantas divinas
 juró á Inés Diego Martínez
 por su mujer desposarla?»*

Asida á un brazo desnudo,
 una mano atarazada
 vino á posar en los autos
 la seca y hendida palma;
 y allá en los aires, «SÍ JURO»,
 clamó una voz más que humana.
 Alzó la turba medrosa
 la vista á la imagen santa....
 los labios tenía abiertos,
 y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y espantado de sí propio,
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando,
dieron de esta escena fe,

firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre,
y en cada un año una vez,
con la mano desclavada
el crucifijo se ve.



LAS DOS ROSAS

En un escondido valle
hay todavía una torre
vecina al Carrión, que corre
de chopos entre una calle.

Castillo dicen que fué
poderoso, mas ya apenas
á través de dos almenas,
su ilustre origen se ve.

Tendidos sobre una altura
vense un torreón y un muro,
pero en montón tan obscuro,
que medrosa es su figura.

Brota á sus pies sin respeto
espeso zarzal salvaje,
cuyo espinoso ramaje
vegeta al peñón sujeto.

Ya no hay ni mojón ni senda
que á su rastrillo conduzca,
ni puerta en que se deduzca
que hay dentro quien le defienda.

Allá por algunos trigos
que crecen en derredor,
de su ruina y su dolor
imperturbables testigos,

hay paredes que á pedazos
están mostrando que ayer
pudieran bien mantener
un pueblo sus rotos brazos.

Hoy en pajiza cabaña
vela un pastor el misterio
de aquel corto cementerio
que el agua del Carrión baña.

Allí una generación
duerme tal vez escondida.....

así de la amarga vida
las cosas frágiles son.

Sin curar de historias viejas,
al son de toscó estribillo,
él encierra en el castillo
por la noche sus ovejas.

El agua y el tiempo pasa,
y él no pasa de pastor;
pues no ha de ser su señor,
poco le importa la casa.

Al preguntarle qué fué
la techumbre á que se acoge,
hombros y labios encoge,
la mira y dice: «No sé.»

Los días que van pasando,
la colina gustarán,
y al cabo concluirán
el castillejo enterrando.

Entonces, ya de la historia
del edificio primero,
ni el pastor ni el pasajero
tendrán confusa memoria.

Apiñada en un hogar
en derredor de la lumbre,
desvelada muchedumbre
acaso la oirá contar.

Contarála un peregrino,
á quien tal vez por su cuento,
darán escaso alimento
para seguir su camino.

Y yo, que siempre miré
como un viaje nuestra vida,
por historia entretenida,
del olvido la saqué.

Si rebelde vuestra alcoba,
mal que pese á vuestro empeño,
os ahuyenta el blando sueño,
yo voy á entonar mi trova.

Escuchadla; y si al calor
os dormís de vuestra almohada,
de una noche sosegada
sois deudores al cantor.

El sol, del medio del cielo,
brillantes rayos despide,
que del Carrión reverberan
entre las ondas humildes.
Engrosadas van ahora
con las nieves que derrite
en las crestas de las sierras
con que Castilla se ciñe;
y entrambas riberas bordan
con duros hielos, que oprimen
los restos que dejó Mayo
de sus céspedes sutiles.
Altos y desnudos chopos
las orillas le dividen,
que al agua las ramas tienden
porque en el agua se miran;
y ellas ufanas pasando,
por la sombra que reciben,
con blando murmullo lamen
los troncos y las raíces.
Es un día puro y diáfano,
cuanto Diciembre permite
que en su mustia presidencia
el sol del invierno brille.
Alegre, cuanto alegrarse
es permitido á los tristes;
diáfano, cuanto la niebla
á un sol sin fuerza se rinde.
Y es un pueblecillo oculto
tras una peña, en que firme
estriba un alto castillo
que de protector le sirve.
Dos esquilonos agudos
en disonante repique
el toque de mediodía
al aire en calma despiden,
y en medio están de la plaza
cuantos hidalgos la viven,
los sombreros en la mano,
inclinadas las cervieces.

Las mujeres, apartadas
sus labores mujeriegas,
esperan devotamente
que los hombres se santigüen,
Los muchachos, impacientes,
á hurtadillas se sonríen,
por más que les amonestan
los viejos que les imiten.
En un balcón de una casa
que más alto nombre pide,
por los roídos escudos
con que sus paredes viste,
por los vidrios que al sol dejan
que su interior ilumine,
y los calados de un arco
que mal al tiempo resiste,
hay dos personas que, vueltas
de espaldas al sol, impiden
que se alcance desde abajo
si recen ó si platiquen.
Una es (con soles por ojos,
y por labios alelías)
la más hermosa villana
que con hidalgas compite;
Rosa nacida en el campo
entre zarzales y mimbres,
pero á quien ceden vencidas
las rosas de los jardines.
Ufanos la engalanaron
á porfía los Abriles,
con cuantas juntaron gracias,
uno tras otro hasta quince.
Diéronla negros cabellos,
cutis que afrenta á los cisnes,
dentadura igual y enana,
cuello torneado y flexible.
Orlan sus párpados blancos
largas pestañas sutiles
coronadas por dos cejas,
arcos que enojan al iris.
Cintura escasa, alto pecho,
pie breve, resuelto y libre,
y dos manos que semejan
ramilletes de jazmines.
Bellísima es la tal *Rosa*,
por más que el pueblo critique
el orgullo con que ostenta
sus encantos juveniles.
Las mozas, que se recata
de sus amistades dicen:

que es la inconstancia excesiva
 con que desprecia á quien rinde.
 Las viudas, que es demasiada
 la libertad con que vive,
 y muchos los forasteros
 cuyas visitas admite,
 y las viejas, de su madre
 murmuran que las recibe
 con audacia escandalosa
 y confianza reprehensible.
 Mas Rosa y Brígida en ellas
 con tan poca cuita siguen,
 que si estos murmullos oyen,
 se deleitan en oírles.
 Por eso tan cortésano
 baja don Bustos Ramírez
 diariamente á su casa,
 del castillo en que reside.
 Barón altanero, y mozo
 afortunado en las lides,
 cuyas riquezas exceden
 á lo ilustre de sus timbres,
 dejó ha poco de la corte
 la perezosa molicie,
 las damas voluptuosas
 y los ruidosos festines,
 por la calma de sus tierras,
 donde su presencia exigen
 los negros ojos de Rosa,
 que diz que en los suyos viven.
 Es cierto que se susurra
 que un mancebo que la escribe,
 palabra de casamiento
 tiene de ella, y que es difícil
 que la renuncie si vuelve,
 lo que es tal vez muy posible.
 Mas don Bustos es mancebo
 de nobilísima estirpe;
 Barón que manda vasallos,
 á quien escuderos sirven,
 á quien pajes acompañan,
 y á quien mucho el Rey distingue.
 Es señor de horca y cuchillo,
 rey en aquellos confines,
 y á quien plebeyos é hidalgos
 pecho y homenaje rinden.
 Y no es otro el que con Rosa
 sobre el balconcillo sigue
 dando á la plaza la espalda
 mientras que dura el repique.

Al fin, santiguado el monje
 que el templo del lugar sirve,
 cada cual tornó á su espera,
 y á sus requiebros Ramírez.
 Apoyado sobre el codo,
 deja que el cuerpo se incline,
 guardando tras una mano
 una mejilla invisible;
 y á favor de esta postura,
 al pueblo curioso impide
 que le aceche las palabras
 que á la muchacha dirige.
 En la expresión inefable
 con que Rosa le sonríe,
 bien se ve que, en vez de enojos,
 satisfacciones recibe;
 ni menos de sus palabras
 el castellano se aflige,
 pues cuanto ella más tolera,
 más él confiado insiste.
 Él platica: ella le escucha
 sin que altanera le esquive,
 y él más se la acerca osado
 cuanto ella oyéndole sigue.
 Hubo un instante de aquellos
 que el amor llama felices,
 que con el alma se sienten
 y con el alma se miden,
 en que los ojos de Rosa
 tomaron indefinible
 una expresión que imitaba
 el gozo en los serafines.
 Brotáronle de ambos ojos
 sobre los puros matices
 de ambas mejillas, dos lágrimas
 ardientes, irresistibles;
 y apenas aparecieron,
 cuando, rápido Ramírez,
 secando una con sus labios,
 así imprudente la dice:
 —Mañana serás mi esposa
 —¡Señor!

—Mañana.

—¿Es posible?

—Aquí mi palabra empeño.
 Mañana es fuerza que brille
 mi castillo con tus ojos,
 con tu hermosura mi estirpe.—

Bajó, esto dicho, á la plaza
 el impetuoso Ramírez,

y al monje y al pueblo atento estas palabras dirige:
 «Esta noche pueblo y valle, con hogueras se ilumine; que redoblen los panderos y las campanas repiquen; que se remedien los pobres, que se consuelen los tristes, y todos á mis festejos desde ahora se conviden. Mis aparadores cerquen, mis anchas cubas despiten, mis tesoros se repartan y se embriaguen con mis brindis. Vasallos, de hoy por tres años quedáis de tributos libres, y de este modo mis bodas se dispongan y publiquen.»

Rompió en aplausos la gente, que su largueza bendice, y los vivas se redoblan y las gracias se repiten. «Dádselas á la hermosura», dijo don Bustos Ramírez, señalando á las ventanas de donde ella le despide. Y aplicando las espuelas al negro potro que rige, hace que en rápido escape al parque le precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe agradecida y humilde, y Rosa, aun en sus ventanas, muy mal su orgullo reprime.

Algunas horas después, ya bien entrada la tarde, la tierra entregada en brazos de las nieblas impalpables, de una lámpara de cobre á los rayos desiguales, lee Rosa unos pergaminos que acaba de darla un paje. Pasaban sus negros ojos de orgullo y placer radiantes de un renglón á otro renglón sin apenas descifrarles. Los labios le sonreían, y trémulos dilatándose por lo bajo murmuraban

sonidos de cada frase. Una caja de olorosa madera tiene delante. y de un cordoncillo de oro pende en su diestra una llave. Dobló alegre el pergamino, y agradeciendo el mensaje, despidió al buen mensajero y á voces llamó á su madre. Subió la vieja asustada, recelosa de algún lance que en parientes ó en amigos la fatal carta anunciase; mas apenas en el cuarto puso los pies vacilantes, Rosa, cerrando la puerta, díjola palabras tales:

—Entrad. Nuestra es la fortuna: de contento no me cabe en el pecho el corazón, ni atino cómo explicarme.—
 Brígida exclamó angustiada:
 —¡Por Dios, muchacha, que acabes, que tengo el alma en un hilo!
 —Esta llavecita la abre.
 —Pero ¿qué se abre?

—Esa caja.

—¡Válgame el cielo! ¡Diamantes!

—Sí, por cierto.

—Y ¿quién....

—Es mía.

—¿Quién te la ha dado?

—Ese paje.

—¿De don Bustos?

—De don Bustos.

—Y tomarla es....

—Indudable.

Es el regalo de bodas que el de Ramírez me hace.

—¡De bodas!

—¡Pues si me caso!

—¡Muchacha, vas á matarme con tanto rodeo! ¡Acaba!

—¡Por Dios, que sois torpe, madre! Si la caja es de don Bustos, ¿con quién queréis que me case sino con él?

—¿Con tan alto

Barón piensas enlazarte?

—¿Qué me falta para ello?

¿No son mis ojos bastante para que pueda mi frente con su corona igualarse?

¿No soy hermosa?

—Eso sí.

—¡Oh! Y no porque yo me alabe; pero si encuentra otra Rosa, no digo yo en todo el valle, sino en la corte, en España, si la encuentra....., que se case.—

Y así diciendo, á un espejo de reojo contemplándose, desplegaba una sonrisa que diera envidia á los ángeles. Víala la pobre vieja sin que apenas la bastasen, para darla entero crédito, ni su acción ni su lenguaje. Rosa, en tanto, alta la frente, los ojos de una á otra parte inquietos y desdeñosos, altivos los ademanes, despreciando hosca y soberbia cuanto en torno suyo trae, la majestad ensayaba que es forzoso que acompañe á quien ha de ver un día sus vasallos humillarse, y hacer á la plebe grupos para verla cuando pase.

Después de largo silencio que duró por ambas partes cuanto bastó á su esperanza para alzar torres al aire, y amasar en sus adentros tan rápidas novedades, á Rosa para engreirse, á la otra para asombrarse, asíéronse de la caja, y dando vuelta á la llave, atónitas empezaron á gustar las realidades: Allí ricos brazaletes y diademas y collares; allí amatistas y perlas, cornalinas y corales; probáronse los anillos, las pulseras de brillantes. No quedó nada por verse ni nada por admirarse;

todo pareció á propósito hecho para aquel instante; todo era espléndido y rico, nada pequeño ni grande.

—Esta guirnalda, decían, para el día en que te cases.

—Sí; el collar por la mañana, la diadema por la tarde.

—¡Linda estarás!

—Ya veréis

la vez primera que baje á visitar á mi pueblo.

—¡Hechicera!

—¡Oh, admirable!

—Y ¿qué dirán esas ñoñas de hidalguillas?

—Dejad que hablen.

Ya me besarán la mano.

—Eso sí, por más que rabien.

—Se arañaran por un dije si yo se le regalase.

—Mal hicieras.

—¡Ah, ni un hilo

para esas villanas, madre!—

Aquí llegaban gozosas, cuando oyeron en la calle un caballo que en la plaza entraba á resuelto escape. Paróse á su misma puerta, sintióse después el grave rechinar de los portones, y volver luego á cerrarse.

—¡Él es!

—¿Quién?

—Don Bustos.

—¡Vaya!

—Pronto. Salid á alumbrarle. Mandad que el potro le tengan, que le piensen y descansen.— Y asiendo la lamparilla, temiendo que el tiempo falte, fuése hacia la puerta Rosa que hasta la escalera sale; pero antes que al picaporte la linda mano llegase, abriéronla por defuera, y con pena de hija y madre entró, cubierto de lodo, sangrientos los acicates y armado hasta los bigotes,

su pariente Pedro Ibáñez.
 Quedó estúpida la vieja;
 tornóle Rosa el semblante,
 y él, tendiéndolas los brazos,
 dijo:—Yo soy; abrazadme.—
 Dejó la luz la muchacha,
 y del mozo retirándose,
 replicóle:—Bien venido;
 pero has llegado muy tarde.

Asentados en silencio
 en derredor de la mesa,
 están Ibáñez y Rosa,
 él triste, y mohina ella:
 Rosa, los ojos clavados
 en el techo, airada muestra
 el disgusto con que á Ibáñez
 en aquel punto contempla.
 Y en vano del bello mozo
 la vaga mirada inquieta,
 las miradas de la ingrata,
 porque se encuentren, acecha.
 En vano tras de la lámpara
 se ampara en la sombra negra,
 y la ocasión esperando,
 los ojos le reverberan.
 En vano sobre el asiento
 se revuelve y se impacienta,
 haciendo á cada postura
 que rechine la madera.
 En vano, desenlazando
 del almete las correas,
 sacudió como al descuido
 de la gola entrambas piezas.
 En vano al asir la espada
 tropezó con las espuelas,
 y retumbó el aposento
 en rápido són de guerra.
 Rosa, ni por reprenderle,
 ni por saludarle atenta,
 sobre el mancebo los ojos
 bajó un instante siquiera.
 De la habitación en torno,
 de uno á otro objeto los lleva,
 cual si fuese inventariando
 todos cuantos hay en ella.
 Viga á viga midió el techo,
 listón á listón la estera,
 contó al parecer los vidrios
 de la alcoba y de las puertas,

los pliegues de su cintura,
 las rayas que hay en la mesa,
 y las líneas que sus manos
 por ambos lados presentan.
 Escuchó el silbar del cierzo
 que revuelve la veleta,
 el rumor de los que pasan,
 la bulla de las hogueras.
 Todo lo que no es Ibáñez
 parece que la interesa;
 hasta el son con que la lámpara
 húmeda chisporrotea.
 Pero el mozo allí se está
 y arrobado la contempla,
 y dos lágrimas de fuego
 por las mejillas le ruedan.
 Cansado ya de esperar,
 y desesperado de ella,
 díjola con voz tan blanda,
 que contestaran las piedras:
 —¿Qué es aquesto, vida mía?
 Rosa, ¿qué mudanza es ésta?
 Tú al partirme me llorabas,
 ¿y te enojas con mi vuelta?—

Rosa callando seguía,
 y él signió de esta manera:
 —Heme aquí que vuelvo honrado,
 más tal vez que lo merezca,
 amigo de los valientes,
 querido en la corte mesma.
 Pensé merecerte ahora,
 y he conseguido licencias
 para casarme contigo
 y alejarme de la guerra.—

Rosa callando seguía
 como á quien oír le pesa,
 dando entre las blancas manos
 á los ceñidores vueltas.
 Ibáñez, apenas dueño
 de su rebelde paciencia,
 entre ofendido y colérico
 aguardaba una respuesta,
 hasta que viendo que Rosa
 toda agotársela intenta,
 con sordo acento la dijo,
 celosos ojos tendiéndola:
 —Si las nuevas que hube tuyas
 cuerdo estimase por ciertas,
 ¡vive Dios que no tornara,
 Rosa ingrata, para verlas!

Si pensara yo que imbécil
el oro te enloqueciera,
trajera cuanto mi lanza
para los cobardes deja;
y si que ansiabas supiese
honras de vana nobleza,
prendiera yo al condestable,
y conde ó marqués volviera;
pero yo te quise, Rosa,
aunque altiva, no opulenta,
y pensé que por valiente
simple hidalgo me quisieras.—

Rosa á este punto, dejando
el sillón en que se asienta,
díjole:—Ibáñez, dejemos
semejantes controversias:
si te quise y no te quiero.....
—¡Por Dios vivo!.....

—Ten la lengua.

Mañana mismo me caso;
y por súplica postrera
espero que de este pueblo
partas esta noche mesma.
Seré inconstante, traidora,
liviana....., cuanto tú quieras,
pero lo tengo pensado
y estoy, Ibáñez, resuelta.
—Pero.....

—Tu empeño es inútil.

Mi voluntad es aquí.

—Y tus votos.....

—Fueron falsos.

—Y tus caricias.....

—Quimeras.

—Y ¡tantos años perdidos
en ilusiones risueñas!

¡Tantos sudores y afanes!

¡Tantos peligros por ella!

¡Virgen santa, yo deliro!

¿Qué infernal visión es ésta?

Porque á juzgarla posible,
tanto tiempo no viviera.—

Y así Ibáñez exclamando,
se asía de las melenas,
desencajando los ojos
como á quien sueños aquejan.
Rosa, la luz en la mano,
caminando hacia la puerta,
miraba el dolor de Ibáñez
con expresiva impaciencia.

En esto, en el aposento,
la faz amante, risueña,
el ferreruelo forrado
de blanca y crujiente seda,
dorado estoque, y de plumas
linda gorra en la cabeza,
entró don Bustos Ramírez
en apostura altanera.

—Linda Rosa....., dijo; y viendo
á Ibáñez que le contempla
con ojos entumecidos,
tornó la vista severa.

Rosa, apresurada, dijo:

—*Es un pariente que llega
de la ciudad.*—Y don Bustos
prosiguió así:—Norabuena.

Seáis, hidalgo, bien venido:
asistiréis á la fiesta,
y recibirán mis bodas
honra con vuestra presencia.—

Tendió al soldado la mano,
y él, sin mirar lo que hiciera,
con el recio guantelete
la suya al Barón presenta.
La asió don Bustos y dijo:

—A no saberlo, creyera
que fuera, en vez de amistad,
de reto esta mano prenda.—

Miróle Ibáñez un punto,
y en insondable reserva
velando el gesto, repuso:

—Tomadla como os convenga.
Y tornando las espaldas,
tomó á obscuras la escalera.

De brindis y carcajadas
estrepitoso rumor

Se levanta de don Bustos
en un inmenso salón.

Alúmbranle mil bujías
suspensas en derredor,
entre guirnaldas de flores
que hábil mano entrelazó.

Vistiéronle de tapices
exquisitos en valor,
y cubriéronle de alfombras,
de un califa regio don.

En ricos aparadores
remeda la luz del sol

vajilla espléndida de cro
de magnífico primor.
Rueda el cristal por la mesa,
y en no interrumpido son
gotea de vaso en vaso
dulce y sabroso licor.
La fiesta es libre, opulenta,
porque pródigo el Barón,
á todo el pueblo de Rosa
bodega y festín abrió.
Es cierto que á los principios
el respeto á su señor,
conteniendo á los vasallos,
las lenguas les refrenó;
mas al fin, de los manjares
el succulento vapor,
la libertad y la audacia
á los villanos volvió:
alzaron desordenados
una voz sobre otra voz,
un brindis sobre otro brindis.
Crecía la confusión,
aumentábase el tumulto,
y con discorde clamor
cruzaban de una á otra punta
osada conversación.
Ocupaban los hidalgos
en la parte superior
escaños de terciopelo,
casi á los pies del Barón;
y éste, más alto, con Rosa
usaba otro aparador
bajo un dosel de brocado,
do se ostenta su blasón.
Pajes les sirven; doncellas
les escancian el licor,
y el contento les atiza
la insolencia del bufón.
Al testero de la mesa,
y en preferente sillón,
está el capellán sentado,
y síguete luego en pos
el ilustre Ayuntamiento
en gregüescos y en jubón.
Enfrente, entre otros hidalgos,
en ademán pensador,
se ve al serio Pedro Ibáñez,
que bocado no gustó.
Hinchados tiene los ojos,
los cabellos sin olor,

la espada y la daga al cinto,
y el duelo en el corazón.
El resto ocupan sin orden
los que, de Busto á la voz,
el mejor sitio encontraron
al entrar en el salón.
Los que en aquél no cupieron,
acomodarlos mandó
en otra mesa tendida
en un largo corredor,
y allí gritan y disputan,
harta apenas su ambición
con los sabrosos manjares
que devoran sin temor.
 Toda la fiesta es tumulto,
todo murmullo el salón,
todo embriaguez y locura
los vasallos y el señor;
y á pesar de los secretos
con que á la conversación
dan impulso las mujeres,
murmurando á media voz,
Rosa está linda, hechicera,
como jamás se mostró
caprichosa su hermosura,
vertiendo gracia y amor.
Mirándose está en sus ojos
el fortunado Barón,
olvidando ante su amada
cuanto hasta entonces gozó.
Y ella, radiante de orgullo,
alimenta en su ilusión
los hechizos que le embriagan,
con estudiado primor.
Con lujosos atavíos
astuta se engalanó,
que acrecientan el deseo
del turbado corazón.
Guirnalda de blancas perlas
á sus cabellos ciñó;
escotado hasta los pechos,
bordado de oro, el jubón;
el cuello, de marfil, orla
collar de bajo color,
del que pende, de brillantes,
la señal de redención;
y están sus brazos desnudos,
cuyo brillo tentador
ostenta en sus movimientos
exquisita perfección.

Don Bustos, á quien anima
la eficacia del licor,
decía en son de mandato,
fuerza añadiendo á la voz:
—Agotadme las bodegas,
que si dejáis ¡vive Dios!
una gota, habéis de hacerme
de todo restitución.
A eso os llamé á mi castillo
y á mis fiestas, que si no,
conforme me caso solo
gozara solo.—Al rumor
de estrepitosos aplausos
estremecióse el salón,
y por sobre el ronco ruido,
así don Bustos siguió:
—¡Eh! Don Pedro, mi pariente,
Capitán, ¿que os hacéis vos?
¿Estáis enfermo, ó acaso
os dijo algún impostor
que el mayordomo, envidi so,
mis cubas envenenó?
Si tal pensáis, os ofrezco
completa satisfacción.
Y á propósito.....—Así hablando,
su inmensa copa apuró.
Tornaron las carcajadas,
los aplausos, y el Barón,
encarado aún con Ibáñez,
en voz de mofa siguió:
—Puesto que vos no habéis hecho
á mis venenos honor,
os encargo que si muero
me enterréis como á quien soy.—
Volvieron á los aplausos,
y á tan tumultuoso son
asomaron por la sala
las gentes del corredor,
que aumentaron el desorden
preguntando en pelotón:
—¿Qué es aquesto?
—Entrad, amigos,
don Bustos ronco clamó,
veréis un anacoreta.....
¡Por la cruz del Redentor,
capitán, brindad conmigo
á mi venturosa unión.....!—
Ibáñez la inmensa copa,
levantándose tomó,
mostrando el sombrío gesto

más que contento, furor;
y afectando complacerse,
—Brindemos....., dijo, Barón.—
Mas don Bustos, atajándole
el brindis, le interrumpió:
—A mi embriaguez de esta noche,
que me emborracho por dos.—
A estas palabras de Bustos,
de emponzoñada alusión,
Ibáñez, soltando el vaso,
cayó, vertiendo el licor.
—¡Bravo! ¡Sin haber bebido,
el sueño le acogotó!
Capitán, ¡voto á mi sangre,
que sois un mal bebedor!—
Seguía Ibáñez tendido
de espaldas en el sillón,
cogidos todos sus miembros
de congojoso temblor.
Mofáronle los villanos,
el gesto Bustos frunció,
palidiecieron las mozas,
y en visible turbación,
Rosa sobre el blanco pecho
pálida la faz dobló.
Don Bustos, rompiendo un vaso,
alzó iracundo la voz:
—¿Os pesa, por vida mía,
Capitán, mi dicha á vos?—
Alzóse sobre su asiento,
y el pueblo entero calló,
porque los ojos de Bustos
centellaban de furor;
temblaba en su escaño Rosa,
y así decía el Barón:
—Brindad, capitán, conmigo
á mi boda, ó ¡vive Dios,
que esta noche mis lebreles
os desgarran el jubón!—
A tan brusco llamamiento,
Pedro Ibáñez requirió,
poniéndose en pie, su espada,
con semblante tan feroz,
que oyóse entre las mujeres
un ¡ay! sordo de pavor,
y á sus espaldas la turba,
cobarde retrocedió.
Don Bustos Ramírez, puestos
ambos pies en su sillón,
la izquierda sobre la mesa,

que al recibirle crujió,
mirábale de hito en hito;
y el áspero ahogado son
que le hervía dentro el pecho,
el borrascoso color
de sus ojos, la melena,
que le cuelga en confusión,
uniéndose con la barba,
que le cerca en derredor
todo el rostro, le semejan
á un formidable león
que acecha sobre una roca
la vida del cazador.

Pedro Ibáñez, frente á frente,
sin muestras de turbación,
fijó en sus ojos los ojos
y á la lid se apercibió.

Pasó un momento angustiado
en que nadie de los dos
con movimiento ó palabra
la contienda provocó.

La turba tenía ahogado
el aliento de terror,
y de ambos podía oirse
el latir del corazón.

Al fin don Bustos, en hondo
gemido, torvo exclamó.

—Brindad, hidalgo, á mis bodas,
y os juro á mi salvación,
que en la escarpia de una almena
os ahorco como á un traidor.—
Ibáñez, á estas palabras,
como una tigre veloz
saltando sobre la mesa,
ligero una copa asíó.

De un paso salvando el trecho
que le aparta del Barón,
—Brindemos, dijo.

—A esta noche,

Bustos repuso; á mi amor.

—A mi cabeza, don Bustos,
que clavada en un lanzón,
os recuerde á todas horas
toda una noche de amor.

—¿Es un insulto?

—Es un brindis.

¿No le aceptáis?

—Sí, ¡por Dios!

Bebed, y aquesa cabeza
sea la última ilusión

que alcancen á ver mis ojos,
de mi féretro en redor.

—¡Sea!

—¡Sea!—Y afirmando
tan sacrílega intención,
todo el licor se sorbieron
de un solo trago los dos.

Está la noche serena;
melancólica la luna,
reverbera en la laguna,
y manso el aire resuena.

Murmura en la parda sombra
inquieta el Carrión pasando,
con limpios hielos orlando
del campo la árida alfombra.

No se alcanza en la ribera
ni césped, ni flor, ni espiga,
que brote á la sombra amiga
de alguna encina altanera.

Todo el campo es soledad,
silencio y vapor confuso,
que en todo el invierno puso
viudez y esterilidad.

Vese á lo lejos la sierra
como aparición extraña,
que en la escarpada montaña
la nieve esconde la tierra.

Y entre las breñas se escucha
la ronca voz del torrente,
cuyo ancho raudal rugiente,
conquistando espacio lucha.

Tal vez del mastín atento
resuena el tenaz ladrido,
oliendo el lobo escondido
que acecha el redil hambriento.

Al pie de la alta colina
yace el lugar solitario,
acogido el vecindario
al cerro que le domina.

Sobre él, el negro castillo
de don Bustos se columbra,
del astro de paz que alumbraba
al resplandor amarillo.

Y aun vomitan sus ventanas,
en confusión infernal,
las cantigas que, profanas,
respira la bacanal.

Aun puede oirse por ellas,
con el brindis del Barón,

el seco y discorde son
del vino y de las querellas.

Viénense allí á dibujar,
con la luz de las bujías,
mil medrosas fantasías
espantosas de mirar.

Y los vidrios de colores
radian en la lobreguez
la movible brillantez
de fugaces resplandores.

—

Al pie del áspero muro,
inmóvil en la sombra está,
contemplando las ventanas
con desesperado afán,
torvo el semblante y lloroso,
sin apenas alentar,
el triste y burlado Ibáñez
en insufrible ansiedad.
Crispados tiene los puños,
desencajada la faz,
y el cuerpo todo acosado
de una convulsión mortal.
Vese en el húmedo ambiente
su aliento á veces vagar,
como sombras que, brotando,
viven un punto no más.
Por los espesos bigotes,
filtrando el rocío va,
y mojándolas, sus ropas
azota el aire fugaz.
Amante desventurado
y desdeñado galán,
está en su mente midiendo
la infinita eternidad.
Porque, ¿qué vida le aguarda
ni qué vida ha de esperar
quien no halla en sus negros días
más que tedio y soledad?
Tantos sueños de ventura,
tanta ilusión celestial,
tanta esperanza engañosa
perdida en la realidad;
tantos afanes por ella,
tanto sufrir y lidiar,
mirando la luz lejana
de un mentiroso fanal,
que fué tan sólo el reclamo
que anunció un puerto falaz,

para mirarle más cerca
engañado zozobrar.
¿Dó están las fragantes flores,
las bendiciones dó están,
con que el amor deliraba
en la juvenil edad?

Él fué á la sangrienta guerra
como valiente, á buscar
premio y fortuna de hidalgo,
de que se sintió capaz.

Pródigo vertió su sangre,
de su vida sin piedad,
por volver ante su Rosa
digno de su amor fatal;
y ella, en tanto, deslumbrada
ó acaso liviana asaz,
en los brazos de otro dueño
se dispone á reposar.

¡Oh! ¡Que esas risas confusas
que oye á través del cristal,
desde el infame castillo

á la atmósfera brotar,
le parecen los aullidos
con que una turba infernal
aplaude atroz los tormentos
que alambica Satanás.

Ellos, celebrando alegres,
en ruidosa bacanal,
el bien que en despecho eterno
infeliz él llorará;

ellos, brindis y cantares,
y amor y felicidad;
y él, lágrimas y dolores
que nunca se acabarán.

¡Oh! Y eobarde, aunque ofendido,
resignado dejará,
aunque él su ofensa no olvide,
que la olviden los demás.

Mas ¿qué escucha el desdichado
con esa atención tenaz,
que hacia delante tendido
al borde del foso está?

Los ojos le brotan fuego,
creciendo el aliento va,
y atenazados los dientes,
déjanle apenas lugar.

Calmado el rumor lejano
de la impura bacanal,
oyóse un canto dulcísimo
en el salón murmurar.

Era una voz amorosa
y de enloquecer capaz
al corazón más hundido
en torpe incredulidad.
Del arpa del trovador
al misterioso compás,
suena á pedazos, perdido
en la distancia, el cantar.

«Mi vida, Busto, y mi alma
no tengo en mi mano yo;
no tengo qué darte, Busto,
sino cuanto guarda de fe el corazón.
»Yo te le doy todo entero;
vida y alma vuelva á Dios
cuando le plazca, y tú, Busto,
hasta á mi sepulcro disputa mi amor.»

Cesó el cántico, y se oyeron
largos aplausos sonar,
que estremecieron el aire
en prolongada espiral.
Ibáñez, como viajero
qué harto ya de caminar
se sienta á buscar reposo
donde ha de abrirse un volcán,
retrocedió de aquel canto
al desgarrador compás,
despierto á la voz de Rosa
su mal adormido afán.

«Dale, ya que está en tu mano,
¡ingrata! ese corazón,
dijo, y el alma y la vida
que vuelvan torpes á Dios;
dásele, que por un soplo
con que tornaros carbón,
toda el alma y media vida,
á Satanás diera yo.»
Y aguesto diciendo Ibáñez
en agonía mortal,
revolvábase en la arena
hiriéndose sin piedad.
Lanzaba del hondo pecho
bramido tan gutural,
tan feroz, que aun á las fieras
alcanzara á amedrentar;
y dijeran, escuchando,
el ruido que haciendo está,
que luchaba alguna de ellas
con otra en la obscuridad.

Rueda entretanto la argentina luna
del vago cielo en el espacio azul,
sombra dejando y niebla que importuna,
mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja,
deshaciéndose en gotas de cristal,
y cada espino que aquilón rebaja,
perlas por fruto transparentes da.

En confusa ilusión todo se ostenta
en la estéril llanura del país,
entre el velo de nieblas que se aumenta,
cual pabellón colgado del cenit.

Allá en un valle do la niebla impura
tarde se posa, el rápido Carrión,
frágil rodando, en soledad murmura
con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salón se mengua
la báquica algazara del festín,
torpe tal vez con el licor la lengua,
cuyo peso no alcanza á resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido
el brindis tumultuoso del Barón, [pido
con el cantar de Rosa entretenido
y el arpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja
de alguna sombra la ilusión fugaz,
como al conjuro de andrajosa bruja,
el diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibáñez todavía,
lanza celoso en iracunda voz
los ayes postrimeros de agonía
con que se extingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama
sanguinosa, alumbrándole al morir,
su negra antorcha vigorosa inflama
la venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida
mil fantasmas de impúdico placer,
que embellecen sin fin la ajena vida,
la suya desgarrándole á la vez.

La imagen del altivo castellano
entre sus sueños por doquiera está;
doquier del sueño entre el tumulto vano,
amor se juran, ósculos se dan.

Doquier en ellos, de su ingrata Rosa
la blanca sombra que la esquiva ve,
á otra fantasma presentando ansiosa
los labios, que arden de amorosa sed.

«¡Maldita, entonces desolado exclama,
maldita seas, infernal visión!»
Y el llanto que en su cólera derrama,
la hoguera apaga del antiguo amor.

«¡Oh! ¿Qué me importa, el infeliz decía,
tarda opulencia y mentirosa prez,
si la mitad de la existencia mía
nunca con ella dividir podré?

»¡Venga el infierno, y por la vida y alma
mi vengauza me dé, si no mi amor!
Por ese instante de sangrienta calma,
lleve el infierno cuanto fué de Dios.»

Más se espesaba cada vez la niebla,
menos radiaba en derredor la luz,
el aura de honda obscuridad se puebla,
nada se vé del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante,
cual rayo de relámpago fugaz,
creyó Ibáñez que viera por delante
la sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,
sensible solamente á la visión,
como reflejo que sombrío lago
de un fuego fatuo á la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida
no necesita luz para nacer,
cual nube que en el éter va perdida
sin auxilio de plumas ni de pies.

Los ojos no conciben su contorno,
no reducido á forma aquel vapor;
tal vez en él deformidad y adorno,
galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido
por el húmedo suelo al resbalar,
mas sintió el corazón sin el oído
del triste ser la inmediateción fatal.

Tocóse Ibáñez la ardorosa frente,
y la ancha mano se inundó en sudor:
razón y ayuda demandó á su mente,
y no estaba en su mente su razón.

Tendió la mano á la segura tierra,
el cuerpo que vacila á sostener,
y en vez del césped, en sus dedos cierra
áspero hierro que se aprieta á él.

En vano, abierta la medrosa mano,
le abandona á su propia gravedad;
las palmas hacia sí retira en vano:
siempre tras ellas el objeto va.

Ásele al fin, le oprime: es una llave.
¿Quién en aquellos sitios la perdió?
¿Un peregrino? ¿Un trovador? ¿Quién sabe!
Tal vez del cinto la perdió el Barón.

Ibáñez la guardó. Siniestro y lento
era su paso, y tardo el caminar;
parecía que el solo pensamiento
empujaba á la muerta voluntad.

Él tenía un secreto repentino
que jamás hasta entonces comprendió;
sólo en la mente le abortó el destino,
no lo supo jamás el corazón.

Ibáñez ni se acuerda ni lo sabe,
que con su mente su intención no va;
sólo percibe que al llevar la llave,
crece en el pecho vengativo afán.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente,
ignora acaso su intención cuál es;
mas ni duda á la par ni se arrepiente
de lo que llegue á consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso obscuro
en una grieta de la peña está,
metió la llave, y recediendo el muro,
postigo oculto le convida á entrar.

Hundióse Ibáñez por el muro hendido,
silencioso, sombrío, audaz, traidor,
como un remordimiento mal dormido
entra en el descuidado corazón.

Quedóse en soledad el campo mudo,
y entré la lobreguez tornóse á oír
la voz del aquilón salvaje y rudo,
y el murmullo apagado del festín.

Quien mirara á Pedro Ibáñez
ir caminando á deshora
por las cuevas del castillo
al resplandor de una antorcha,
erizados los cabellos,
la faz amenazadora,
los pasos desatentados,
creyérale alguna sombra
que alzando de su sepulcro
la fría y maciza losa,
de Dios á los vivos trae
sentencia exterminadora.
Sus lentos pasos retumban
por las olvidadas bóvedas,
y de una en otra perdidos,
cual gemidos, se prolongan.
En las grietas de las piedras,
las arañas hiladoras,
al resplandor de la luz
los negros cuerpos asoman,
y á la inflexión de la llama
que vacilante y dudosa
reverbera por los muros,
que viste tiniebla lóbrega,
fantasmas de luz se pintan,
cuya aparición diabólica,
en el punto que se muestra
vuelve á perderse en la sombra.
En cada rincón obscuro
en que la vista se posa,
parece que amedrentadas
quimeras le desalojan.
A cada puerta ó esquina
que se pasa ó que se dobla,
parece que allá á lo lejos
vuelan en fúnebre tropa.
Todas las manchas y bultos,
rostro y movimiento toman,
y ya miran, ya amenazan,

ya ríen, temen ó mofan.
Visiones descoloridas
que el alma crédula aborta
en la niñez, atacada
de fábulas mentirosas.
Á pasos lentos Ibáñez
caminando incierto, topa
ahecho salón embutido
de madera hasta la bóveda.
Allí, de pez y de plomo
y materias resinosas,
inmenso almacén juntaron,
que para defensa propia
en tiempos tan turbulentos,
precaución ninguna sobra.
Como obedeciendo Ibáñez
á oculta causa imperiosa,
ó de antiguo pensamiento
á la fuerza tentadora,
debajo los combustibles
metió resuelto la antorcha.
Brotó la seca madera
espesa, turbia y sonora
nube de volátil humo,
con que el fuego se corona.
Cerrando entonces la puerta,
Ibáñez á tientas toma
la ruta por donde vino,
hasta una escalera rota.
y en lucha áspera y difícil,
asaltando una tras otra,
llegó á la torre en que Bustos,
señor del castillo, mora.
Era una torre capaz,
circundada á la redonda
de un terrado que rematan
las almenas protectoras.
Á su amparo, y defendidas
de exterior ofensa, toman
la luz dos anchas ventanas
que rejas robustas orlan.
Corrió Ibáñez á una puerta
una barra ponderosa
que impide abrirla por dentro,
y la faz pálida y torva,
asiéndose de una reja,
por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas
de la multitud curiosa,

que grosera é imprudente,
hasta cuando aplaude estorba,
en delicioso retiro

Rosa y don Bustos á solas,
de sus amores platican
en su cámara ostentosa.
Ella aparece cual nunca
halagüeña y seductora,
suelto el cabello y los lazos,
aliviada de las joyas.

Él en sus brazos la aduerme
en ilusión amorosa,
más que nunca embebecido
en las gracias que la adornan.

Ella en silencio le mira,
y las lágrimas le borra
que de amor y de esperanza
de los párpados le brotan.

Él los labios encendidos,
la mirada borrascosa,
que aun turba el licor ardiente
cuyos vapores le embotan.

Y ella, con ósculos tiernos
templando la abrasadora
sed de sus labios, le besa
entre osada y ruborosa.

Una cortina de seda
que entera cubre la alcoba,
vela á los profanos ojos
la escena voluptuosa,
aunque la luz de una lámpara
cuanto olvidada traidora,
trémula dibuja en ella,
si no los gestos, las sombras.

Si los ojos de un celoso,
cuando las dudas le acosan,
pudieran salvar los muros
en las alas de su cólera,
bien pudieran los de Ibáñez
hacer jirones ahora

la impertinente cortina
en donde atento los posa.
Dos barras de la ancha reja
ase, que casi las dobla,
y los ojos de serpiente
se le saltan de las órbitas.

Sin perder línea ni pliegue
de la tela tembladora,
sigue el movimiento fácil
de las proyectadas sombras.

Y ajenos de aquel testigo,
Bustos Ramírez y Rosa
sus amorosas caricias
en la soledad redoblan.
Crujían los blandos besos
en la morada recóndita,
y afuera, del triste Ibáñez
las aspiraciones roncas.
Á cada amante palabra
que en el aposento brota,
responde en la oculta reja
una blasfemia espantosa;
y entretanto que uno sufre,
y libres los otros gozan,
doblar se oyó la campana,
que á fuego y rebato toca.
Interrúmpese el placer,
y el sufrimiento se corta,
y el que antes gozaba, sufre,
y el que antes sufría, goza.
Al ronco empuje del cierzo,
que con dobles alas sopla,
crece el incendio y revientan
la llamas devastadoras.
Caen las techumbres de cedro,
las almenas se desploman,
estremécense las torres,
y se derumban las bóvedas.
Cada sala es una hoguera,
cada ventana una boca
que humo y resplandor vomita
y brama en tormenta sorda.
En vano piden de dentro
que en su angustia les socorran;
en vano aterrados gritan,
gimen, blasfeman ú oran;
sordos están cielo y tierra;
denso el humo les ahoga,
y con el son del incendio
sus lamentos se sofocan.

De aquella terrible hoguera
á la trémula luz roja,
se ve de los campesinos
la turba triste y medrosa,
como viajeros curiosos
que contemplando se asombran
una erupción del volcán
que fuego y peñascos brota;
y allá, del Carrión humilde
á la margen de las ondas,

Ibáñez también lo mira
 con indiferencia torva.
 Apoyado está en un tronco,
 asida una mano á otra,
 y en una almena los ojos
 que ruina amenaza pronta.
 Al fin de afanosa lucha
 desesperada y dudosa,
 cayó en el foso la almena;
 y tras de la piedra rota
 quedó una ventana, en donde,
 como ilusión dolorosa,
 los brazos al cielo tienden
 por la reja dos personas.
 No se sienten sus lamentos,
 ni se alcanza de su forma
 más que la expresión horrible
 en su profunda congoja.
 Llamas voraces les cercan
 en irresistible tropa,
 de cuya rabia es inútil
 implorar misericordia.
 La inmensa torre rodean,
 puertas y muros devoran,
 y ¿cómo esperar perdón
 de quien ni piedras perdona?
 Una llamarada inmensa
 la cerró en sus pliegues toda,
 y se borró para siempre
 la aparición congojosa.

Dejó la ribera Ibáñez,
 y al despuntar de la aurora,
 á todo escape, en un potro,
 valle y castillo abandona.

Del espléndido palacio
 que ocupa en Valladolid
 el rey don Juan el segundo,
 ya de su reinado al fin,
 están recordando alegres
 su antigua amistad pueril
 dos bizarros cortesanos
 en oculto camarín.
 Y en el continuo abrazarse
 y en el continuo reir,
 se ve que en hallarse tienen
 satisfacción infantil,

y que cada cual se goza
 la ajena historia en oír,
 como en recordar la suya,
 tal vez triste para sí.
 Están en el propio punto
 en que, de entrambas al fin,
 tornan á identificarse
 y su gozo á repetir.

DON RODRIGO

¿Conque ¡voto á Beleebú!
 aquel antiguo soldado
 que tanto lidió á mi lado
 por mejor causa, eres tú?

IBÁÑEZ

Yo mismo sin duda alguna:
 aquel Ibáñez soy yo.

DON RODRIGO

Mucho á entrambos acudió
 compasiva la fortuna.

IBÁÑEZ

Compáranla á una veleta
 por tan inconstante ser.

DON RODRIGO

Dejara de ser mujer
 fortuna, á no ser inquieta.

Mas otro abrazo me da,
 que aun dudo si estoy soñando.

IBÁÑEZ

Abrazos te iré yo dando
 si éste te despertará.

DON RODRIGO

Mas ¡por Dios! que rico te hallo,
 Ibáñez, y, á lo que veo,
 no ayudó mal tu deseo
 tu lanza con tu caballo;
 pues si no me acuerdo mal,
 era tu única riqueza.

IBÁÑEZ

Expatrióse mi pobreza
 merced al favor Real.

Dijeron de mi valor
 No sé qué, y conde me hicieron.

DON RODRIGO

Bien con tu valor cumplieron.

IBÁÑEZ

No, sino con mi favor.

Debióme la vida el Rey
en Navarra, y no fué más.

DON RODRIGO

¡Oh! Pues ¡voto á Barrabás,
que fueron hombres de ley!

Y ¿qué hacen, viéndote rico,
esos parientes hambrientos?

IBÁÑEZ

Don Pedro llaman atentos
al que llamaban Perico.

Yo les dispenso el cumplido
y les abrazo cortés.

Pídenme, niego, y después,
se van por donde han venido.

Pero á ti, por vida mía,
que tampoco mal te fué.

DON RODRIGO

Tanto, Ibáñez, porfié,
que salí con mi porfía.

No me tocó, como á ti,
condado ni valimiento;
pero en oro puro cuento
cuanto basta para mí.

IBÁÑEZ

Y á bien que si la memoria,
de tu ambición no me engaña,
no te basta toda España.

DON RODRIGO

Aquí paz, y después gloria.

Poseo lo que me basta
para tener envidiosos,
amigos menesterosos
y una numerosa casta.

Aturdido me dejaron
á mi vuelta tales gentes;
no sé cuándo mis parientes
así se multiplicaron.

IBÁÑEZ

Y ¿consiguen de su afán....

DON RODRIGO

Lo que los tuyos de ti:
pídenme, niego, y así,
por donde vienen se van.

IBÁÑEZ

¡Justo! Así, beso por beso
y puñada por puñada.

DON RODRIGO

Cual ella me fué obligada,
por mi gente me intereso.

Pero bien está, y responde:
¿En qué tu amor se quedó?
¿En humo se disolvió
con el resplandor de Conde?

IBÁÑEZ

El antiguo, hace seis años
humo es, como bien has dicho;
que vienen tras un capricho
un millón de desengaños.

Pero hoy....

DON RODRIGO

Oyéndote estoy,
concluye. ¿Por de contado,
que estarás enamorado?

IBÁÑEZ

Rodrigo, nunca como hoy.

DON RODRIGO

¿Será hermosa?

IBÁÑEZ

Como un oro.

DON RODRIGO

¿Niña?

IBÁÑEZ

Diez y ocho quizás.

DON RODRIGO

Pues ya no la falta más
que ser rica como un moro.

IBÁÑEZ

Lo cierto en ello no sé;
pero en la corte introdujo
su llegada tanto lujo,
que casi escándalo fué.

DON RODRIGO

Pues ¡por Dios, que la fortuna
no se cansa en tu favor!
Pero tendrás de su amor
prendas que.....

IBÁÑEZ

Indignas, ninguna.

DON RODRIGO

Pero ¿rívalas un ciento?

IBÁÑEZ

No, por cierto, mi Rodrigo,
yo solo soy quien consigo
finezas y valimiento.

Es cierto que no hay barón,
hidalgo, conde ó marqués,
que no rindiera á sus pies
su fortuna y su blasón.

No hay trovador ni galán
que en cantares y torneos
no se exceda en galanteos
á Rosa de Montalván.

Todos los ojos en ella
detiene la multitud,
porque tiene de virtud
cuanto de rica y de bella.

Mas ella, por importunos
acredita sus festejos:
todos los ojos, de lejos
la gozan; cerca, ninguno.

Y te aseguro en verdad,
que aunque la amo como un loco,
no estimo, Rodrigo en poco,
por ello mi vanidad.

DON RODRIGO

De tu fortuna me admiro,
Pedro Ibáñez, envidioso;
y más estoy de orgulloso,
cuanto más feliz te miro.

Mas ¿quién es esa hermosura
tan sin tacha de mujer?

IBÁÑEZ

No pude tanto saber.

DON RODRIGO

Pues á fe que es aventura.

IBÁÑEZ

Porque nada se concilia
de haber nacido en la Galia,
y en Aragón y en Italia
tener hacienda y familia.

Su apellido es castellano,
Rodrigo, como tú ves.

DON RODRIGO

Y pienso que también es
hasta francés é italiano.

Pero, pues es rica y bella
y os amáis los dos así,
tanto es ella para ti,
como eres tú para ella.

Cuando estemos más á espacio,
Pedro, me la mostrarás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás.
que ha de venir á palacio.

Por mujer la he de pedir,
y esta noche he de saber
si puede y cómo ha de ser,
que ella me lo ha de decir.

DON RODRIGO

¿Tan pronto?

IBÁÑEZ

Estoy decidido.

Tanto en sus ojos me abraso,
que este mismo mes me caso
si consiente en lo que pido.

DON RODRIGO

Prodigio será en lo bello,
según de perdido estás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás
y decidirás en ello.

Entretanto, hasta después,
que el Rey sale.

DON RODRIGO

Vete en paz,
y que en verla habré solaz
no te olvides.

IBÁÑEZ

Adiós, pues.

Tomó Ibáñez la escalera
que daba al cuarto del Rey
sin que Rodrigo los ojos
un punto apartara de él.
Doblóse detrás de Ibáñez
la mampara en la pared;
el ruido de sus pisadas
se acabó al fin de perder,
y aun le parece que le oye,
que le abraza y que le ve;
tanto el encuentro de Ibáñez
fué á don Rodrigo placer.
Pasaron unos momentos
en que, perdido tal vez
en recuerdos deliciosos,
quedó distraído en pie,
los ojos en la mampara
que cerró al salir aquél,
y una sonrisa en los labios
de verdad y sencillez.
Al fin, soltando un suspiro,
exclamó, el rostro al volver:
«¡Por la Virgen, que me alegro!
¿Quién lo imaginara de él?»

—
Por la plaza de San Pablo,
ya bien entrada la noche,
del palacio Real volviéndose,

van platicando dos hombres;
y á la luz que reverberan
dos moribundos faroles,
aunque no se ven sus rostros,
sus figuras se conocen.
A corto trecho delante,
y á lentos pasos, recorre
vía igual una litera
seguida de dos hachones;
y entre las verdes cortinas,
á los rojos resplandores
se divisan dos mujeres
sentadas en los sillones.
Atravesaba todo ello
por la obscuridad informe
como de los sueños pasan
fantásticas las visiones.
Y en los criados que alumbran,
y en los oscuros colores
que viste la comitiva
de las cortesanas nobles,
un no sé qué se trasluce
de rápidas precauciones,
que todo parece envuelto
en invisibles vapores.
Al reflejo de las luces
se ven los rostros inmóviles,
los ojos cristalizados
de los negros servidores.
Y algún crédulo dijera
que en tal misterio se esconde
un cumplimiento severo
de las celestiales órdenes.
Mas fuera vano temor
de la ilusión de la noche,
porque entrados en un patio,
los hidalgos se disponen
á recibir á las damas,
á quien parece que ronden,
según del alcázar fueron
detrás de ellos hasta entonces.
—¡Rosa mía! exclamó el uno,
prestando, en los escalones
primeros, el brazo á una,
al parecer la más joven.
—Estáis, don Pedro, servido,
ella pronta respondióle,
abandonando en las suyas
una mano que él recoge.
Mi madre consiente en ello,

y excusando dilaciones,
 en vos está la tardanza.
 —Porque tal dicha se logre,
 perdiera cuanto poseo.
 Sueño parece esta noche
 que no he de olvidar jamás.—

Aquí á los anchos salones
 llegaban de su palacio,
 en cuyos ricos primores
 es bien que, audaces los ojos,
 se admiren cuando se posen.
 De finísimos tapices
 toda la sala vistióse,
 mullida en el pavimento
 alfombra de vivas flores.
 Candelabros de oro y plata
 por las mesas y rincones,
 y vajillas y preseas
 doquiera en aparadores.
 Rosa y don Pedro, sentados,
 esperaron á que torne
 don Rodrigo, que acompaña
 á la madre desde el coche,
 delante una chimenea,
 cuyos morillos de bronce,
 teniendo están, disolviéndose
 en ceniza, medio roble.
 Entre las llamas volubles,
 lanzan los rojos tizones
 chispas que, naciendo espléndidas,
 desaparecen veloces.
 El humo elástico asciende
 en espirales deformes,
 despedido por las llamas,
 que brotan á borbotones;
 y por doquiera que el tronco
 lentas ó voraces orlen,
 hierve la savia que mana,
 resistiendo sus furores.
 Entró por fin don Rodrigo,
 y apenas Ibáñez vióle,
 tomándole de la mano,
 delante Rosa le pone.
 —Ésta es mi esposa, le dijo.
 Alzó Rodrigo la noble
 frente, y la beldad de Rosa
 viendo, en verdad asombróse.
 Saliéronse del salón,
 y al cruzar por los portones,
 á Rodrigo que le sigue,

Pedro Ibáñez preguntóle:
 —¿Qué te parece de Rosa?
 ¿Otra más linda conoces?
 —¡Por Dios, contestó Rodrigo,
 que no la hay entre los hombres!
 Y así permitan los cielos
 que tantos años la goces,
 como ella tiene de deudas
 á los cielos de favores.

—
 Era Rosa de célica hermosura,
 rica de gracias, rebosando amor,
 trasunto de la esbelta criatura
 que hizo en el fértil Paraíso Dios.

Soles los ojos, rosas la mejilla,
 risa los labios y marfil la tez,
 donde la calma de la infancia brilla,
 rica á pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosura y gala
 á género, ni siglo, ni país,
 ni terrena beldad llega ni iguala
 de la alma Rosa á la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra
 la leve huella del enano pie,
 y tiene más de vaporosa sombra,
 de inefable visión, que de mujer.

Flota el cabello en perfumados rizados
 al impulso de céfiro fugaz,
 velando de la espalda los hechizos
 su voluble y espléndida espiral.

Cáenla en la mórbida cintura,
 en grupos que sujeta el cinturón,
 los pliegues de la blanca vestidura,
 que agita ligerísima en redor.

Como las aguas de elevada fuente,
 caen en hebras de líquido cristal,
 y el aura con mansísima corriente
 las mece confundidas al bajar.

Doquier que está la delicada Rosa,
 en la corte, en el baile, en el festín,
 no hay ojos ni atención para otra hermosa:
 toda la absorbe poderosa en sí.

Por eso pasa solitaria vida
en medio de ruidosa sociedad,
de las damas sin duda aborrecida,
y respetada del amante audaz.

Y por eso á los pies de sus balcones,
guardias perennes embozados son;
y óyese de estocadas y canciones,
en la alta noche desigual rumor.

Siempre á sus puertas en misión de
dueñas y pajes aguardar se ven, [amores,
ya ramilletes de tempranas flores,
ya amorosos billetes á traer.

Pero nunca se abrió puerta ó ventana,
ni billete ni flor á recibir;
del palacio jamás la soberana,
canto pagó de trovador gentil.

Jamás oído de varón dichoso,
el eco suave de su acento oyó;
ni una mirada por su afán penoso,
gozó de Rosa parecido á amor.

Ninguno supo su pasada historia,
nadie el solar en que nació cuál es;
nadie de su beldad tiene memoria,
nadie pudo á su gente conocer.

Si algún osado su familia y tierra
de sus esclavos á inquirir llegó,
el secreto tenaz en que se encierra
no supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos,
corren de ello tal vez en la ciudad,
mas posan en tan vanos fundamentos,
que apenas nacen, cuando en tierra dan.

Un hombre solo su palacio abierto,
libres sus salas encontró tal vez,
y de su audacia y su fortuna incierto,
pasó el umbral con receloso pie.

Ibáñez solo de la linda maga
tocó la mano y escuchó la voz;
Ibáñez solo de placer se embriaga,
cediendo irresistible á la pasión.

No exhaló en vano sus amantes quejas.
velado en la nocturna obscuridad,
que cuando ronda sus doradas rejas,
ella amorosa á responderle va.

Nunca enojada de su amante exceso,
por un cariño le volvió un desdén,
porque con fácil y abrasado beso,
una mirada le pagó tal vez.

Solo testigo de su amor demente
fué don Rodrigo, y admiró su amor. •
Sólo con él su mercenaria gente,
la fortuna de Ibáñez defendió.

Mas que á despecho de la corte fuera,
él la idolatra á cada instante más;
y por desprecio de la corte entera,
su boda Ibáñez preparando está.

Era una noche de aterida niebla,
en que refleja tan dudosa luz,
que entre la sombra que el espacio puebla,
nada se ve del firmamento azul.

En un salón henchido de riqueza,
un inmenso cercando aparador,
los vasallos están de más nobleza
que el rey don Juan entre su corte halló.

Acogotando allí su envidia toda,
damas é hidalgos en el Real festín,
brindan y cantan á la ansiada boda,
mal recatando su despecho así.

Suenan las copas y las arpas suenan
con largo y libre interminable son,
y el aire denso y perfumado llenan
de blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibáñez de su linda esposa,
ebrio de amor y de ventura está;
y cuando admira la beldad de Rosa,
crece en el pecho su amoroso afán.

Toda su vida le parece un sueño,
entre cuyos vapores nada ve,
más que el camino que, tras largo empeño,
le trajo de esta noche hasta el edén.

Rosa se muestra como nunca bella,
cual nunca Ibáñez por azar la vió,
aunque hoy encuentra perspicaz en ella,
algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la expresión incierta
de una vaga ilusión de otra mujer,
con cuya oculta realidad no acertaba
y cuyo tipo conoció tal vez.

A veces piensa que la faz de Rosa
no es de su Rosa la continua faz,
y aun le parece que su frente hermosa
muestra á intervalos palidez mortal.

Pero es un sueño: de la alegre fiesta
y de los brindis los efectos son;
mas su cariño á su ilusión se presta,
crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza,
más le contenta y satisface más;
y aunque, ebrio acaso, la razón no alcanza,
hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta: libre el aposento,
todo en desorden por final quedó,
y ambos á paso vacilante y lento,
van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla
cruzaba apenas tan dudosa luz,
que entre la sombra que el espacio puebla,
nada se ve del firmamento azul.

CONCLUSIÓN

Ya libres de las miradas
de la multitud curiosa,
que envidiosa ó imprudente,
hasta cuando aplaude estorba,
en delicioso retiro
don Pedro Ibáñez y Rosa,
enamorados platican
en el altar de su alcoba.

Ella parece cual nunca
halagüeña y seductora,
suelto el cabello y los lazos,
y aliviada de las joyas.

Él en sus brazos la aduerme
en ilusión amorosa,
más que nunca embebecido
en los encantos que adora.
Ella en silencio le mira,
y las lágrimas le borra
que de amor y de esperanza
de los párpados le brotan.
Él, los labios encendidos,
la mirada borrascosa,
que aun turba el licor ardiente
cuyos vapores le embotan,
y ella, con ósculos tiernos
templando la abrasadora
sed de sus labios, le besa
entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
que entera cubre la alcoba,
vela á los profanos ojos
la escena voluptuosa,
aunque la luz de una lámpara
cuanto olvidada, traidora,
trémula dibuja en ella,
si no los gestos, las sombras.

¡Noche de amor y esperanza,
que de la modesta esposa
queda como blanco sueño
para siempre en la memoria!
La de Ibáñez, ¡vive Dios
que olvidó su vida toda,
sus placeres y sus cuitas,
su deshonor y su gloria!
No hay más pasado en su mente,
más porvenir no ambiciona;
vendiera por esa noche
toda su existencia á Rosa,
aunque un frío involuntario
todo su cuerpo aprisiona,
cual si en sepulcro pudiera
convertírsele la alcoba.
Algunas veces, mirando
los ojos de la que adora,
creyó alcanzar dentro de ellos
alguna imagen diabólica.
Alguna vez, embriagado
en su risa encantadora,
creyó que los labios puros,
tomando distinta forma,
mostraban por un momento,
en negra ilusión dudosa,

de un monstruo desconocido
la áspera y sangrienta boca.

—¿Qué piensas, Ibáñez mío?
¿Qué mal, dime, te acongoja,
que vas el color perdiendo?
dijo al esposo la esposa.

Al contemplarla el semblante,
su espanto y asombro doblan,
é Ibáñez con ambas manos
entrambos ojos se frota.

Ella tornó á su pregunta,
y él á su silencio torna,
como quien tiene delante
un espectro que le acosa.

—¿Qué sientes?

—¡Oh! Nada, nada;

mas la vista se me borra,
los objetos me vacilan.

¡Cielos! ¿Qué es aquesto, Rosa?

—¿Qué dices, que no te entiendo?

—¡Ah! ¿Eres tú, niña? Perdona;
mas ¡tal vez mi fantasía
se me está volviendo loca!

No sé por qué, mas el miedo
que de mí se posesiona.....

¡Oh, ciégame con tus labios,
ven á mis brazos, oh Rosa!—

Echóse en ellos la niña;
ansioso Pedro abrazóla,
mas al tocarla dió un grito,
como quien espinas toca.

—¡Quemas! la dijo espantado;
y soltándola en la alfombra,
se miró el triste los dedos,
con que sostuvo su forma.

Ella seguía diciéndole
con sonrisa seductora

—¿Qué tienes, Ibáñez mío,
que cuanto dices me asombra?—

Y él, con ojos aterrados,
continuaba en su congoja,
contemplándola sin habla
en convulsión espantosa.

Al fin, con hondo cariño
ella las manos le toma,

diciendo con voz más suave
que el murmullo de las hojas:

—Amor mío, vuelve en tí;

yo soy, mírame, tu Rosa;

tú me lo has dicho, ¡alma mía!

soy tu amor, tu Dios, tu gloria.—

Sonrió apenas Ibáñez,
y medroso preguntóla:

—¿He soñado, no es verdad?
Tú me despiertas ahora.

—Sí, por cierto, esposo mío:
tú me has dicho tantas cosas.....,
tantos delirios....., que casi
temí contigo estar sola.

—Oh ¡sigue, sigue!..... ¡Qué dulce
me suena tu voz hermosa!
Sigue.

—¿Quieres que te cuente
para adormirte una historia?

—Sí, sí, dime cuanto quieras
con tal que tu acento oiga.

—Pues escucha, que tal vez
se disipe tu congoja.—

Ibáñez, como quien sale
de pesadilla penosa,
su voz escuchaba atento,
suave, argentina, sonora,
sin acertar á entender
la sensacion dolorosa
que un momento antes le hacía
su presencia encantadora.
Él recostado en el lecho,
ella á su lado en la sombra,
esto á Ibáñez le decía
risueña y voluptuosa:

«En un toseo pueblecillo,
aunque no recuerdo dónde,
vivía un Barón ó un Conde,
que es igual, en su castillo.

En este pueblo vivía
una villana: ¡oh hermosa!
la reina más orgullosa,
por ella se trocaría.

Rosa, como yo me llamo,
la villana se llamaba,
y un pobre hidalgo la amaba
tanto como yo te amo.»

Ibáñez, en su embeleso,
dulcemente sonrióla,
y besándola en los labios,
siguió la niña su historia:

«Vióla el Barón cierto día,
y al contemplarla tan bella,
ciego de amores por ella,
sólo por su amor vivía.

Pródigo la regaló,
y tal su cariño fué,
que por prenda de su fe,
su mano la prometió.

Ella, avara ó inconstante,
casóse al cabo con él.

¡Fué una noche bien cruel
para el olvidado amante!

Éste llegó, de la boda
el mismo día anterior;
alas le prestó el amor.....
¡vana diligencia toda!

De su ventura testigo,
solo él llorando su duelo,
no halló para su consuelo
un pariente ni un amigo.»

A estas palabras, Ibáñez
embebido interrumpióla:

—Tu voz me encanta, mas pienso
que es triste ese cuento, Rosa.

—Oísele á un peregrino
en una sentida trova;
mas deja que te le cuente,
por que es muy linda la historia:

«Despechado, en su aflicción
maldiciendo su fortuna,
dejó la fiesta importuna,
y abandonando el salón,
en que los brindis doblaban,
bajó, en su afán amoroso,
á llorar al pie del foso
lo que en la torre cantaban.

Era una noche serena,
en que la brillante luna
reflejaba en la laguna,
con la luz de Enero llena

Todo estaba en soledad
velado en vapor confuso,
que en todo el invierno puso
huellas de esterilidad.

Hervía el río á lo lejos,
medroso el viento sonaba,

y el aire espeso vibraba
del agua con los reflejos.

El negro y alto castillo
allá en la sombra se vía,
del blanco fanal que huía
al resplandor amarillo.

Y aun en murmullo infernal
lanzan sus rojas ventanas
las cantigas que profanas
respira la bacanal.

Aun puede oirse por ellas,
con el brindis del Barón,
el ronco y discordante son
del vino y de las querellas.

Y sus vidrios de colores
radian en la lobreguez
la movible brillantez
de fugaces resplandores.

El amante desdeñado,
sin poder con su dolor,
pensó, en su amargo furor,
en verse al menos vengado.

«Por ese breve placer,
exclamó, diera al infierno
cuanto Dios puso de eterno
en mi despreciable ser.»

Tembló pavoroso Ibáñez
á estas palabras de Rosa,
palideciendo al impulso
de una sangrienta memoria.
Y ella, con triste sonrisa
entre doliente y sardónica,
siguió, á los ojos de Ibáñez
cambiando su imagen propia:

«Á su sacrílego ruego,
diz que el infierno le dió,
por el alma que perdió,
una venganza de fuego.

La torre há poco altanera,
brotó llamas de su centro;
quedó la venganza dentro,
mas el vengador afuera.

Años esta noche hará
que el castillo se incendió;
media vida el galán dió,
y ahora mediándose está.»

—¡Cielo santo! clamó Ibáñez
con voz despechada y ronca,
arrancándose del lecho
y de los brazos de Rosa.
¿Qué es esto? ¡La luz me falta,
el ambiente me sofoca!.....—
Y asiendo de la ventana
abrió á un tiempo las dos hojas.
Entró á tal punto por ellas,
sonante, negra, espantosa,
una llamarada inmensa
que lamió el suelo y la bóveda.
Corrió á la puerta, y en vano
con ímpetu sacudióla;
por fuera la sujetaba

resistencia poderosa.
Tendió, desolado y triste,
los ojos, y allá en la alcoba
vió sentada sobre el lecho,
prendiendo fuego á las ropas,
una aparición horrible
que en su vacilante forma
mostraba al par su contorno,
mitad monstruo y mitad Rosa,
y al son de la ardiente llama,
en voz le decía cóncava:
—¡Alma entera y vida media!
El alma la tengo toda;
diez años eran de vida,
y están mediándose ahora.





EL NIÑO Y LA MAGA

FANTASÍA

¡Cuán risueña es el alba de la vida,
esa mágica edad de la ilusión,
en que vegeta el alma adormecida,
ajena de inquietud y de ambición!

¡Cuánto se vive alegre y sin recelo,
cuánto se goza lejos del pesar,
llevando nuestro débil barquichuelo
de la existencia por el negro mar!

Entonces, sin pensar en quien nos hizo
ni el vano mundo y su placer traidor,
gozamos por el día tanto hechizo,
y dormimos la noche sin temor.

Que es el niño atrevido marinero
que al mar se lanza, si inexperto, audaz,
satisfecho con ver cómo, ligero,
va por las ondas su batel fugaz.

¿Qué le importa el murmullo de la brisa,
á quien sigue tal vez el aquilón?
—Navegaré, le dice, más aprisa,
del blando viento al compasado son.

¿Qué le importa que el agua se alborote,
tormentosas alzando olas sin fin?
—Irá, se dice, mi extraviado bote
á dar como el que dejó á otro jardín.

¿Qué le importa que bajen las tinieblas,
la noche desplomando sobre el mar?
Él dice:—Cuando pasen estas nieblas,
ya me vendrá otro sol á despertar.

¿Qué importa que en espejos quebradi-
hiervan los lomos del gigante azul? [zos
Él mira en ellos sus flotantes rizos,
de la neblina entre el espeso tul.

¡Cuánto es alegre la niñez sencilla,
que en el bajel de su inocencia va
libre y segura, sin perder la orilla
del mar que al lejos rebramando está!

Duelos, dejadme que los lindos sueños
loco recuerde de la edad pueril,
que mire de la vida los empeños,
desde su verde y delicioso abril.

Dejad que vaguen mis cansados ojos
de árbol en árbol y de flor en flor;
del sol brillante á los destellos rojos,
que al universo dan vida y color.

¡Vida! Blanco y risueño panorama
para el que nace en virgen ilusión;
desierto, do eternal el cierzo brama
para el que lanza en él su corazón.

¡Vida! Fantasma bello y mentiroso,
cuanto halagüeño en tu ilusión fatal,
yo miraré con ojo receloso
la luz de tu fantástico cristal.

Cantaré tus estériles placeres,
y entre tus flores escondida red,
la loca tentación de tus mujeres,
corrientes que no templan nuestra sed.

Que si nacemos á la amarga vida
 riendo lo que habemos de llorar,
 yo quiero mi existencia dolorida
 gozar llorando, y mi dolor cantar.

I

Es una bella aurora,
 fresca, purpúrea y clara,
 en que va murmurando
 por la floresta el aura.
 Las hojas estremece
 con las sonantes alas,
 cruzando fugitiva
 por una y otra rama.
 Ya por el blando césped
 silenciosa se arrastra,
 robando sus perfumes
 al tomillo y la grama;
 Ya en torno de los troncos,
 de las encinas altas,
 columpia en sus cortezas
 las ramitas enanas.
 ya de la limpia fuente,
 en la repleta taza,
 arruga, trenza y riza
 los hilos con que mana.
 Es un jardín florido,
 henchido de fragancia,
 que á par enriquecieron,
 con afanosa maña,
 naturaleza fértil
 con su silvestre gala,
 y la incansable industria
 con su rica elegancia.
 Aquí, por los linderos,
 las violetas moradas
 matizan de los céspedes
 la vívida esmeralda.
 Allí, de clavellinas
 entumecida mata,
 sus infinitos hijos
 á sostener no basta.
 Allí, las anchas rosas
 su pabellón de grana
 extienden, afrentando
 las azucenas blancas.
 Allí, el cárdeno lirio
 se eleva con audacia,

de azules pensamientos
 su raíz tapizada.
 Más lejos, un geranio
 que aroma el aura mansa,
 envidia á los ranúnculos
 las tintas soberanas.
 Y allá, entre sauces verdes
 que humedecen las aguas,
 entre sonantes hojas
 y retorcidas varas,
 en cargados racimos,
 madre selva olvidada
 convida con sus flores
 amarillas y blancas.
 Ni faltan en macetas
 y transparentes jarras,
 pomposos tulipanes
 que sus capullos rasgan.
 Sobre ellos, cuidadosos,
 tienden sus hojas anchas
 los fértiles naranjos,
 las corpulentas hayas.
 Hay en su bosquecillo
 de mirtos y de acacias,
 en una placetuela
 de rosales cercada,
 una anchurosa fuente
 que en torno se derrama.
 Está el pilón colmado,
 y en medio se levanta,
 sobre dos pies de jaspe,
 de alabastro una taza;
 y mil vistosos peces
 en su remanso nadan,
 que asoman, atrevidos,
 la fugitiva espalda.
 Se escuchan desde lejos
 la música liviana
 con que murmuran leves
 las revoltosas aguas;
 y en su cristal inquieto,
 el sol que alumbra el alba,
 saliendo reverbera
 con luz tornasolada.
 Sentado en las orillas
 por do la linfa clara
 desde la limpia fuente
 bullendo se derrama,
 deshojando unas flores
 que el arroyuelo arrastra,

miraba el niño Adolfo
 cómo las lleva el agua.
 Su imagen la corriente
 trémula le retrata,
 los ojuelos alegres,
 las manitas nevadas,
 la blonda cabellera
 tendida por la espalda,
 la frente ruborosa
 y la sonrisa cándida.
 Soñaba, desvelado,
 inocentes fantasmas,
 que á la niñez tranquila
 espléndidos halagan;
 de esos delirios puros
 que fugitivos pasan,
 y aduermen los sentidos
 sin que los sienta el alma:
 ilusiones magníficas,
 con cuyas sombras mágicas
 los gozos se deshacen
 de nuestra breve infancia.
 Ceñida de una nube
 de vaporosa gasa,
 que el aire llena en torno
 de suavísimo ámbar,
 de rosas y azucenas
 la frente coronada,
 prendida en ricos pliegues
 la vestidura blanca,
 salió de entre los mirtos,
 con cautelosa planta,
 una ilusión dichosa
 de paz y bienandanza.
 Las flores en sus tallos,
 por donde aérea pasa,
 se esponjan y enderezan
 y doble aroma exhalan.
 La brisa en torno suyo
 murmuradora vaga,
 y entre las hojas verdes
 se enreda y desparrama.
 Colúmpianse las copas,
 los ruiseñores cantan,
 las tórtolas arrullan
 en amorosas cláusulas,
 y todo en los jardines,
 al paso de la Maga,
 respira la ventura
 de juventud colmada.

Tomó la mano de Adolfo,
 que sobre el césped descansa,
 quien, al verla tan hermosa,
 entre sus brazos se lanza.
 Los negros rizos la coge,
 la besa la frente casta,
 en sus pupilas se mira
 y en su sonrisa se embriaga.
 Ella á su seno le estrecha,
 le acaricia y le regala,
 no como madre afanosa,
 sino como amante hermana;
 no como en signo de albricias
 de un hijo perdido que halla,
 como quien se alegra hallando
 con quien dividir sus galas.
 Adolfo se la sonrío
 y el blanco cuello la abraza,
 admirando su hermosura
 con infantil confianza.
 —Óyeme, Adolfo, le dijo
 halagándole la Maga:
 Si tú quisieras conmigo
 vivir....., tengo una morada
 llena de fuentes y flores
 y de deleites y galas;
 tengo palacios de oro
 suspendidos en montañas,
 en un país no lejano,
 á quien *Existencia* llaman.
 —¡Oh! ¡Por cierto que eres rica!
 —Lo que imaginas es nada:
 todo el universo es mío.
 —Pues ¿quién eres?—La Esperanza.
 —Y ¿estarás siempre conmigo?
 —Iré siempre donde vayas.
 —Pues vamos donde quisieres.
 —Sígueme, pues, que ya tardas.—
 Siguióla contento Adolfo
 y á una señal de la Maga,
 de aquella anchurosa fuente
 dividiéndose la taza,
 tornóse en un canastillo
 que se columpia y resbala
 de un claro y tranquilo río
 por sobre las ondas mansas;
 y entrándose confiados
 en tan vacilante barca,
 dejáronse ir sin recelo
 á los caprichos del agua.

II

Audaces surcando las aguas serenas
al lánguido impulso del aire sutil,
tocaron opuestas las limpias arenas
que el río aprisionan al otro confín.

Posaron la planta donde ancho camino
el paso les abre de vasta región,
que pródigo y rico regala el destino
y espléndido viste de ocioso primor.

Allí, en los linderos, vistosos jardines,
de cuyas florestas el fin no se ve,
empiezan, y orlados de azahar y jazmines,
alfombras de flores encuentran los pies.

La luz es continua, de un alba rosada,
que presta al ambiente purísimo azul,
y un céfiro el aire, cuya ala aromada
refresca la tibia ilusión de la luz.

Doquiera en las hojas del árbol florido
se siente escondido
al mirlo trinar;
doquiera en la hierba menuda se siente
la rápida fuente
saltando brotar.

Doquiera volando sutil mariposa
columpia una rosa,
sacude un clavel,
las alas ufana mostrando á las flores,
de ricos colores
pintadas también.

Dóquiera arrastrando su casa con pena,
sobre una azucena
se ve al caracol,
que tiende los ojos al sol generoso
pidiéndole ansioso
consuelo y calor.

Doquiera en las ramas colgada la oruga
sacude y arruga el sonoro cristal,
que en claros espejos, ó en líquidos hilos,
en lagos tranquilos posándose va.

Doquiera en las ramas del álamo verde
á lo alto se pierde en movible ilusión,
meciendo la bella oropéndola el nido,
que anima tendido, benéfico el sol.

Despliega pomposa á la luz con que brilla
la pluma amarilla,
que ostenta fugaz,
abriendo esponjado y en círculo rico
el triple abanico
que tiende al volar.

Aquí no se encuentran ni sauces lloro-
ni en lúgubres sonos [nes,
agita el ciprés
la fúnebre punta, cual hacha mortuoria
que alumbró la historia
pasada de ayer.

La espléndida lumbre del sol nose apaga;
sin término vaga
la brisa sutil;
la noche carece de sombra importuna,
ni deja la luna
jamás de lucir.

Del mar á lo lejos se siente el murmullo,
cual lánguido arrullo
del aura no más,
cual banda de plata que el puro horizonte
tendió sobre el monte,
tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas
á do pasajeras
se van á perder
las ondas sonoras, en tiendas de armiños,
tan sólo los niños
alegres se ven.

En lechos de rosas, jazmín y claveles,
bajo almos doseles
de plumas de luz,
reposan tranquilos sin noche ni día,
sin miedo á la impía
desdicha común.

No acosa su mente recuerdo pasado,
que sólo han gustado
la dicha y placer,

porque es la ribera del mar de la vida
la casta, florida,
tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino
do puso el destino
tras linde feliz,
de nuestra existencia tristísimo aciago,
el árido y vago
desierto país.

¡Oh! Cuando dormimos al pie de la cuna,
es todo fortuna
deleites y paz;
el día es tranquilo, la noche serena,
la selva es amena,
frondoso el erial.

Las lágrimas puras que entoncesse vier-
acaso divierten [ten,
en vez de doler....
¡Vereda dichosa! ¡Portada florida
por do entra en la vida
la dulce niñez!

Adolfo y la Maga cruzaban por ella,
y el niño, tan bella,
tan llana la halló,
que andaba embebido de un lado á otro
gustando la fruta, [lado,
doblando la flor.

Ya el vuelo seguía de pájaro errante,
ya el ala brillante de insecto sutil,
ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo
que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reía sin pena ni enojos,
gozaban sus ojos
la alegre visión,
sus tiernos sentidos la suave frescura
y el son que murmura
del aura veloz.

Vagaba contento, ¿qué importa por dón-
su infancia le esconde [de?
la negra verdad.
¿A qué preguntarla? Si es plácido el sue-
¿á qué con empeño [ño,
querer despertar?

La ruta siguiendo, los blancos jazmines,
la luz, los jardines,
llegaban allí;
ya el sol es ardiente, más duro el camino,
no hay ya peregrino,
plantel ni jardín.

Al paso que avanza por otra vereda
detrás de quien queda
la alegre región,
sentía en el pecho que, audaz caminando,
cobraba ganando
firmeza y vigor.

La Maga, amorosa, seguía ligera,
fantasma hechicera
vagando tras él;
más joven y hermosa conforme adelanta,
dejando su planta
detrás la niñez.

III

ADOLFO

¿Qué sitio es éste, señora?
¿Dónde estamos? Que si no
mienten mis ojos, ya es ésta
otra distinta región.

LA MAGA

Estamos, al fin, Adolfo,
en un país superior,
en donde nada caduco,
nunca imbécil vegetó.

ADOLFO

Y esos alcázares de oro
que se ven en derredor,
esos pensiles colgados,
esos bosques, ¿cúyos son?

MAGA

De una emperatriz hermosa
tan alegre como el sol,
en cuyos vastos dominios
no hay lágrimas ni dolor.
Vive en ociosos festines,
de blanda música al son,

en brazos de los placeres,
de la gloria y del amor.

Tan poderosa y tan rica,
que á su audacia y su ambición,
ni los mares ponen coto,
ni los peligros pavor.

Tan bella y tan cortesana,
pues que cómo ella no hay *dos*,
no hay fuerza á quien no atropelle,
ni grandeza la asombró.

Poco á sus delirios fueron
ambos mundos en redor:
«Todo ó nada», dijo ansiosa,
y sobre ambos se asentó.

Y celebrando insensata
su destino triunfador,
llamó al placer y á la vida
y con ellas le partió.

Trajo á sí cuantas hermosas
les siguen á ambos en pos,
cuantos galanes y ociosos
en ambos mundos halló.

Dióles galas y palacios,
campos de inmensa extensión,
trovadores que les canten,
baños de exquisito olor.

Y al hacer de tanto lujo
desigual repartición,
dijo: «Gozad y pedidme,
que si hay dioses, yo soy dios.»

ADOLFO

Y ¿quién es tan atrevido
espíritu protector,
á quien nada se resiste
y á quien nada se igualó?

MAGA

La JUVENTUD.

ADOLFO

¡Dama ilustre!
Envidiable en su favor.

MAGA

¿La sirvieras?

ADOLFO

La adorara.

MAGA

¿Fuera su amigo?

ADOLFO

El mejor.

MAGA

Pues alguien hay que pudiera
concedértelo.

ADOLFO

¿Quién?

MAGA

Yo.

ADOLFO

¿Quién eres, que tal poder
alcanzas?

MAGA

Su hermana soy;
que JUVENTUD y ESPERANZA
nacidas á un tiempo son.

ADOLFO

Pues lleguemos al palacio,
porque ya siento, por Dios,
por sus ilustres favores
perdido mi corazón.

MAGA

¿Esperas vencer?

ADOLFO

Lo espero,
que he de conquistar su amor.

MAGA

Bien haces en esperar,
puesto que contigo voy.

Dió Adolfo el brazo á la Maga,
y ambos con paso veloz
doblaron hacia el palacio
en coloquios de ambición.

Doquiera en su sacro recinto se oía
 la ronca alegría
 del loco festín;
 los besos y brindis que en torno se exhalan
 al alma regalan
 con música dulce, esperanza feliz.

Las bóvedas altas, de perlas vestidas,
 do están suspendidas
 centellas de sol,
 duplican la luz transparente
 en ancho torrente,
 vertiendo en las salas cambiante color.

Los ricos tapices que ocultan los muros
 remedan los puros
 espejos del mar,
 sutiles dejando á través de sus hilos
 mirar los tranquilos
 reflejos del muro de limpio cristal.

Doquiera la rosa, el clavel, los jacintos,
 en lazos distintos,
 en cifras de amor,
 anuncian, orlando las blandas alfombras,
 las mágicas sombras
 que al hombre adulando, le siguen en pos.

Amor dice en ésta, en aquélla *Fortuna*,
Valor dice en una,
 y en otra *Amistad*;
Placer dice aquélla, y esotra *Riqueza*,
 más lejos *Belleza*,
Ventura en aquésta, *Virtud* más allá.

Doquiera repiten los anchos salones
 ardientes canciones
 de gloria y de amor;
 y allí en los clarines, allá en las botellas,
 con cláusulas bellas
 acaso acompañan el báquico son.

Allá en los secretos de oculto retrete,
 del ancho pebete
 al humo fugaz,
 de lindas mujeres que están voluptuosas,
 sonando amorosas,
 las notas se escuchan de amante cantar:

«Los labios hierven en besos,
 quemándose están de sed;
 venid á templar su hoguera, [cer.
 no hay más recompensa ni Dios que el pla-

Y ¿á qué Dios más poderoso
 acudiréis que al amor?
 Apurad, pues, sus deleites,
 que fuera de ellos no hay Dios.

¿Cómo resistir la herida
 de su ballesta sutil?
 Venid á beber deleites
 hasta embriagaros, venid.

Los labios hierven en besos,
 quemándose están de sed;
 venid á templar su hoguera, [cer. »
 no hay más recompensa ni Dios que el pla-

Al son de las lanzas y trompas de guerra
 que asordan la tierra,
 en extenso salón
 se sienten los himnos ardientes de gloria,
 de noble victoria,
 que entona el soldado con áspera voz:

«Bajad al campo sangriento,
 sólo la gloria está allí;
 y sin gloria y sin laureles,
 ¿quién es el imbécil que acierta á vivir?»

»Á amar y á lidiar naciones,
 y sin triunfos, ¿cómo amar?
 ¿Qué llevar, si no, en ofrenda
 á los pies de una beldad?

»Si amor corona la frente,
 nuestras batallas también;
 sus coronas son de rosas,
 y las nuestras de laurel.

»Bajad al campo sangriento,
 solo la gloria está allí;
 y sin gloria y sin laureles,
 ¿quién es el imbécil que acierta á vivir?»

Más lejos, en otra morada hechicera
do el sol reverbera
con lumbre tenaz,
do llenan las perlas los largos espacios,
los ricos topacios,
el jaspe y el oro, la seda y cristal,

se siente el tumulto de báquica orgía,
que en cántiga impía,
discorde clamor,
la mesa en desorden, manchadas las ropas,
al son de las copas
rameras levantan, sin alma y sin Dios:

«Venid: la gloria es un sueño;
amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.

»Vamos la tierra con vino,
embriagados, á amasar;
vamos al templo de Baco
en lúbrica bacanal.

»No hay más altar que la mesa,
no hay más Dios que la embriaguez;
el vino confunde el tiempo,
el morir con el nacer.

»Cuando caemos beodos,
mendigo ó rey, ¿qué más da?
todos bebemos sedientos
arroyos de libertad.

»¡Qué dulces son nuestros pechos
empapados de licor!
¡Qué sabrosos nuestros labios,
y qué inmenso el corazón!

»Venid: la gloria es un sueño;
amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.»

Allá en otra estancia do en torno mur-
lejana, insegura, [mura
la voz popular,
cantor instigado del Dios que le inspira,
de cóncava lira
la suya levanta al acorde compás:

«Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz,
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cieno sepulcro común.

»Venid á beber sedientos
los raudales del saber;
en sus márgenes se cogen
las coronas de laurel.

»El pueblo escucha al poeta;
venid, venid al cantor.
¿Qué es el amor ni la gloria
sin la ciencia y la razón?

»¿De qué os vale de placeres
ese miserable afán?
Si no los canta mi lira,
¿quién os los ha de envidiar?

»Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz;
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cieno sepulcro común.»

Adolfo, indeciso, consigo luchaba,
sin tino vagaba
detrás del placer;
doquiera anhelante y ansioso corría
cruzando la orgía,
la gloria gustando, el amor, la embriaguez.

Y en voz afanosa,—¿Dó estás, di, mur-
altiva hermosura, [mura,
falaz juventud?
Doquiera te veo, siguiéndote avanzo,
mas nunca te alcanzo....
Yo siempre en tu busca, y huyéndome tú!

¡Oh! Dime, Esperanza, mi fiel compa-
¿dó está esa altanera [ñera,
cobarde mujer? —

La Maga le sigue, mas no le responde.

—¿Por qué se me esconde?

¿Lo sabes?—La Maga repuso:—No sé.

—¿No sabes? Mentira. ¿Me engañas, trai-
me mientes ahora [dora,
que la amo por fin?

¡Oh! Ciego por ella, tras ella camino....

¡Fantasma divino,

te adoro insensato, después que te vi!

IV

Cansado de su rápida carrera
siguiendo la fantástica visión,
de un verde montecillo en la ladera,
Adolfo sollozando se sentó.

Iba el camino por estrecha calle
una suave colina á transponer,
partiendo por mitad un triste valle
do la estéril colina sienta el pie.

Á su lado la Maga todavía,
blanca, risueña y cariñosa está,
cual viva estrella que al piloto guía
y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura
del aura de la tarde á la merced,
y derramaba su mirada pura
por la campiña que delante ve.

Al lejos, entre pálida neblina,
alcánzanse tal vez á distinguir
torres y muros en informe ruina,
y escombros que salpican el país

Hay doquiera ciudades desoladas,
cuyo hendido esqueleto humea aún,
manchando con espesas bocanadas
la claridad del firmamento azul.

No hay fuentes, ni palacios, ni verjeles,
ni cantan en amena soledad,
saltando entre jacintos y claveles,
aves que gozan con alegre afán.

Hay algunas estériles palmeras
nacidas al azar aquí y allí,
y águilas surcan libres y altaneras
el hueco de la atmósfera sutil.

Aun se sienten, perdidos á lo lejos,
los himnos de la alegre juventud,
cuyo alcázar se ofusca en los reflejos
de una impotente y moribunda luz.

Todo es verdad allí, todo se ostenta
sin ilusorio engañador cristal,
por todas partes sin temor se asienta
la rebelde y desnuda realidad.

—Las fuerzas, dijo Adolfo, me abando-
llena de sombras mi memoria está; [nan,
dame el brazo, Esperanza: en mis oídos
esos cantares tentadores van.—

Y era así, que á pedazos por el viento
llegaban en sonora confusión,
ya el mentiroso ó el blasfemo acento
del placer, de la gloria ó del amor:

«Los labios hierven en besos,
quemándose están de sed;
venid á templar su hoguera, [cer.
no hay más recompensa ni Dios que el pla-

»Bajad al campo sangriento,
sólo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
¿quién es el imbécil que acierta á vivir?

»Venid: la gloria es un sueño;
amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.

»Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz;
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cieno sepulcro común.»

—¡Oh, cuán felices son en sus placeres,
ellos cantando, y sin aliento yo!
Fiestas allí, cristal, oro y mujeres,
y aquí conmigo soledad y error!

V

ADOLFO

¿Dónde estamos, Esperanza?

MAGA

Selva es aquésta que ves
de razón y de recuerdos.

ADOLFO

¿Tiene nombre?

MAGA

La VEJEZ

ADOLFO

¿Y aquellas alegres damas,
y aquel palacio, y aquel
festín espléndido y cánticos
de ventura y de placer?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

¿Y la hermosa
de que un instante gocé,
y tras quien corro insensato?

MAGA

Allá se queda también.

ADOLFO

¿Conque por fin la he perdido?
¿Conque en verdad la soñé?

MAGA

El perseguirla es perderla,
que es verdad, é ilusión es.

ADOLFO

¿Mis amigos?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

De mis soldados, ¿qué fué?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

¿Y mi gloria,
mis timbres?

MAGA

Allá también.

ADOLFO

¿Conque todos me dejaron?
¿Qué resta en la vida, pues?

MAGA

Tu Esperanza está contigo,
Siempre acudiéndote fiel.

ADOLFO

Tú sola no me abandonas.

MAGA

A tu lado siempre iré,
alumbrándote el camino
que tomastes al nacer.
Reposa y vamos.

ADOLFO

Me canso.

MAGA

Yo la mano te daré.

ADOLFO

Dame un manto, tengo frío;
Agua dame, tengo sed.

MAGA

Vamos á buscar la fuente.

ADOLFO

¿Está muy lejos?

MAGA

Tal vez.

ADOLFO

¿No tiene fin el camino?

MAGA

Sí.

ADOLFO

Pues vamos.

MAGA

Tras mí ven.

ADOLFO

¡Oh, cuán distinto, Esperanza,
este camino es de aquel
por donde yo te tendía
mi brazo ligero ayer!

MAGA

Lo que pasó no recuerdes;
mirando adelante vé.

ADOLFO

Sólo de recuerdos vivo.

MAGA

Olvida.

ADOLFO

No puede ser.

Así con cansado paso
va caminando tal vez
el hombre con su esperanza,
eterno sol de su fe.
Y así la Maga y Adolfo,
ya el día al obscurecer,
caminan hacia el desierto
de la arrugada vejez.

Tristes y á espacio caminan
al crepúsculo del sol,
por medio de un campo estéril,
sin ave, fuente, ni flor.

Las cumbres están nevadas,
y en espantoso turbión
se oyen bramar los torrentes
con honda y cóncava voz.

Silba el cierzo entre las peñas,
que ostentan en derredor
entre la nieve, á pedazos,
en lastimosa ilusión,

allí una choza arruinada,
allá un templo que se hundió,
más allá un puente abrasado
ó un hendido murallón;

rastró del peso del tiempo
que fué pasando veloz,
descabezando en sus crestas
cuantas puntas encontró;
áspera y postrer jornada,
dura peregrinación,
por donde nada se encuentra
amigo ó consolador.

Apenas en los escombros
de arruinada población,
algunos pobres ancianos
dan á la vida un adiós;
apenas entre los brezos
se topa un viejo pastor,
que apacienta unos ganados
que sólo esqueletos son.

Mas nadie sabe la historia
de lo que allí vegetó;
todos lloran los recuerdos
de su propio corazón;

todos miran el risueño
alcázar encantador,
que al pasar por sus dominios,
la juventud les mostró.

¿Qué dejan? Sus ilusiones.
¿Qué lamentan? Su valor.
Nada de cuanto gozaron
al desierto les siguió.

Alguna vez aun deliran
con la halagüeña visión
de aquel palacio encantado
que falaz les hospedó.

Pero al pensar en los cantos
que el deleite seductor

les murmuró en los oídos
 en soñada predicción,
 doblan al suelo la frente
 con incrédulo dolor,
 diciendo al ir su camino:
¡Mentira! ¡Todo pasó!

Así, por entre la nieve,
 cruzando el desierto van
 Adolfo y la Maga, en lento
 paso, por quebrado erial.

Cada vez más se avencinan
 á las riberas de un mar
 que al confín de aquella tierra
 tendido en silencio está.

Es el agua turbia, inmoble,
 cuyo fin se pierde allá,
 en un caos de profunda,
 insondable obscuridad.

ni el viento, al pasar, la arruga,
 ni en espumas de cristal,
 en las húmedas arenas,
 se viene á desmenuzar;

ni escupe conchas de nácar,
 ni en su extensa soledad
 saltan avaros los peces
 el ambiente á respirar.

No se alcanza de la playa,
 por el perdido arenal,
 más que una choza mezquina
 de estrecha concavidad,

cuya puerta desquiciada,
 ya mohosa y desigual,
 como párpado sin ojo,
 mirando hacia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:
 —No puedo, Esperanza, más;
 entremos en esa choza
 un momento á descansar.—

Entraron en la cabaña,
 y á la débil claridad
 con que alumbraba todavía
 un crepúsculo fagaz,

hallaron un ancho espejo,
 en cuyo limpio cristal,
 Adolfo vió con espanto
 una sombra reflejar.

—¿De quién es aquella imagen?
 preguntó, en duda tenaz,

con su memoria luchando,
 recelando la verdad.

—Esa imagen es la tuya.
 —Pues ¿cómo mi frente ya
 calva y arrugada miro,
 y tan gastada mi faz?

¿No era ayer niño y hermoso
 contigo, Esperanza, al dar,
 cuando á despertar viniste
 mi infantil curiosidad?

—Entonces naciste al mundo,
 y el canastillo en que audaz
 conmigo bogastes, era
 tu cuna, Adolfo, no más.

Las brisas de mis promesas
 llevaronte á desear,
 y entraste por el camino
 de la loca vanidad.

Así el valle de la vida
 has venido á atravesar
 entre pensiles de flores
 y palacios de cristal.

—¡Ay! clamó Adolfo llorando,
 que no los puedo olvidar,
 ni á aquella reina orgullosa,
 á quien ya no veré más.

—Así se pasa la vida
 en gemir y en esperar
 lo que buscamos en ella
 ó lo que perdimos ya.

Esta choza es una puerta
 de la obscura eternidad;
 ese espejo es la razón,
 y la nada es ese mar.

Todo aquí se desvanece,
 nada hay delante y detrás,
 allá se queda la vida,
 y los deleites allá.

Este es el punto por donde
 se descubre la verdad,
 y aquí sólo la esperanza,
 aun con nosotros está.

VI

PLEGARIA

¡Blanca ilusión! ¡Benéfica esperanza!
 Triste y última luz del corazón,
 á cuyo tibio resplandor se alcanza
 un *más allá* en el hondo panteón.

Tú sola nos alivias el camino
en que entramos al tiempo de nacer;
nuestro amargo destino es tu destino,
siempre amiga te hallamos por doquier.

Delante de ese espejo misterioso,
de nuestra nada ante el extenso mar,
aun vienes con semblante cariñoso,
nuestra seca razón á consolar.

¡Oh! Tú nos doras la niñez tranquila,
enciendes nuestra ardiente juventud,
la vejez nos sostienes, que vacila,
y aun ardes en el cóncavo ataúd.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,
siempre nos vienes asistiendo en pos;
y amiga fiel, nos dejas al perderte,
al pie del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! Sin cesar conmigo,
mis lentas horas alumbrando ven;
no apagues, no, tu resplandor amigo
mientras mis ojos en vigilia estén.

¡Lámpara de mi nicho solitario!
Baja conmigo al negro panteón,
y séanme los pliegues del sudario,
de sueño eterno santo pabellón.



EL CABALLERO DE LA BUENA MEMORIA

LEYENDA TRADICIONAL

INTRODUCCIÓN

Perdidas de Villalar
en la sangrienta jornada,
de los bravos comuneros
las últimas esperanzas,
sus gavillas por doquiera
rendidas ó derrotadas,
el arzobispo Merino
á Toledo gobernaba.
Doña María Padilla
aun con briosa arrogancia,
digna de mejor fortuna
y de más dichosa causa,
á pesar del Arzobispo
y las tropas castellanas,
teníase con sus gentes
defendida en el alcázar,
pues en someterse al Rey
Toledo la más rehacia
ciudad siendo, á ella acudieron
de todas partes de España
cuantos comuneros fieles
á su partido quedaban.
Avivaban en secreto
con astucia y con audacia
la fe de doña María,
y gentes la reclutaban,
noticias proporcionándola,
con dineros y con armas,
los que en la ciudad vivían
y en su fortuna esperaban.

Distinguíase entre todos
doña Elvira de Montadas,
fanatizada al extremo
por políticas patrañas.
De la mujer de Padilla
del valor enamorada,
otra heroína como ella,
llegar á ser anhelaba.
Hermosa y rica, de amantes
y galanes rodeada,
mucho la Elvira podía,
mucho la Elvira lograba.
Después que muchos prosélitos
logró inducir por sus gracias,
á un mozo rico y gallardo
con doble intento escuchaba.
Era don Juan de Zamora
mancebo de noble casa,
hijo de una noble viuda
que en el mancebo adoraba.
Seguido había éste siempre
del Emperador la causa,
y contra los comuneros
combatido en cien batallas;
mas ciego de amor por ella,
y poco ducho en las cábalas
de cortesanos amaños,
en ganarle no dudaba.
Tan sencilla en otro tiempo
como hermosa y como ingrata
esta engañosa sirena,
esta fanática dama,

á don Pedro de Guzmán
 tenía muy empeñada,
 con mil promesas de amor,
 de casamiento palabra.
 Mas de ilustrísimo tronco
 el de Guzmán siendo rama,
 al rey don Carlos primero
 asistía en Alemania,
 al servicio de un magnate
 que iba en boga en la privanza
 del bizarro Emperador,
 que con su amistad le honraba.
 Así las cosas del mundo
 se trastornan y se cambian,
 y así mudan á las gentes
 el tiempo y las circunstancias.
 Don Pedro, en la imperial corte
 del bullicio se cansaba,
 y se doblaba su amor
 con el tiempo y la distancia,
 y la distancia y el tiempo
 el de su Elvira menguaba,
 y el diablo de la política,
 de su alma se apoderaba.
 Á su patria y á su amor,
 Guzmán con volver soñaba,
 y ella soñaba quimeras
 de libertad y de patria.
 Él, por volver á Toledo
 y á los pies de su adorada,
 honor, ambición y dicha
 desatinado olvidaba.
 Ella, por dar con sus hechos
 á su nombre eterna fama,
 pensaba con necio orgullo
 en quiméricas hazañas.
 Recordaba su hermosura
 él, en ausencia adorándola,
 y ella olvidaba su amor
 por quien no se lo estimaba.
 Servíase la Padilla
 y la gente á ella allegada,
 de su influencia en el pueblo,
 de sus amaños y cábalas;
 y creía ser Elvira
 el faro de su esperanza,
 la fe de sus corazones,
 la alcadesa de su alcázar.
 Creía que á una voz suya,
 en la ocasión arriesgada,

como por doña María
 por ella se levantarán;
 que todos los comuneros,
 en el peligro mirándola,
 la regia soberanía
 dividirían entrambas.
 Y en estos sueños de gloria
 la doña Elvira embriagada,
 perdía cuanto tenía
 y las leyes provocaba.
 Así son todos los necios,
 á cuanto ignoran se lanzan,
 lo que les importa olvidan
 y sólo el desprecio ganan.

Y mientras en la rebelión
 ella á don Juan empeñaba,
 enamorado don Pedro
 se volvía para España.

En oculto gabinete
 de la habitación de Elvira,
 á deshora de la noche
 con ella don Juan platica,
 y aunque él no entiende palabra
 de su enredada política,
 porque la adora fanático,
 á cuanto exige se obliga.

DOÑA ELVIRA

¿Lo entendéis, don Juan?

DON JUAN

Sí á fe.

DOÑA ELVIRA

Lo entendiera un escolar.
 De todo se os ha de dar
 el cuándo, el cómo y por qué.

DON JUAN

Yo, Elvira, soy un soldado,
 que entre soldados metido,
 nunca otra cosa he sabido
 que combatir como honrado.
 Desde muy niño os amé,
 y como os juzgué perdida,
 en poner fin á mi vida
 como soldado, pensé.

Hoy otra vez me llamáis en secreto á vuestro lado, y siento no haber cambiado de ser, como vos cambiáis. ¿Qué queréis? Si no sé más que amaros y combatir, así me habéis de admitir, ó habéis de volver atrás.

DOÑA ELVIRA

Así os quiero; que á fe mía, que cortesanos amores son sólo amaños traidores para vencer algún día. Yo os quiero, don Juan, así, porque me basta un galán á quien servir con afán y de algo me sirva á mí.

DON JUAN

Cuánto lo hayáis meditado, cuánto la suerte os ayuda, está bien claro sin duda; pero ¿á qué me habéis llamado?

DOÑA ELVIRA

Bien se conoce ¡por Dios! que sois un soldado bueno; el plan es, don Juan, ajeno, lo que os manden haréis vos.

DON JUAN

Y ¿queréis que yo consienta que á la primera demanda....

DOÑA ELVIRA

Cuando Elvira es quien os manda, obecerla os va en cuenta. Pues ella arriesga en un día cuanto vale y cuanto tiene, á vos, don Juan, os conviene fiar causa que ella fia. Ó ¿no la amáis?

DON JUAN

¡Por los cielos!

¿Dudaréis de mi cariño, cuando por vos desde niño estoy muriendo de celos?

¿Pensáis que la injusta ley de una opinión me amedrente, cuando por vos solamente soy desleal á mi Rey?

DOÑA ELVIRA

Así os quiero, así va bien. ¿Pensáis que sobran ahora vuestros castillos de Illora, de Montilla y de Jaén? Vos, don Juan, sois un valiente y un honrado castellano, mas no habéis de cortesano ni un cabello solamente. Conque dejaos guiar por quien sabe más que vos, y así podremos los dos hasta la orilla llegar. Vuestra madre, ya lo sé, con vuestro amor se disgusta.

DON JUAN

Sin duda, Elvira, la asusta que comprometáis mi fe. Siempre de los comuneros fué enemiga.

DOÑA ELVIRA

Sí, lo ha sido; mas ya habéis, don Juan, salido de la niñez; y os da fueros para obrar á vuestro antojo la ley.

DON JUAN

Sí que me los da; mas mi madre....

DOÑA ELVIRA

Callará si logramos nuestro arrojo ¿Disponéis de mucha gente?

DON JUAN

De hasta unas cincuenta lanzas.

DOÑA ELVIRA

Y ¿son gente de esperanzas?

DON JUAN

Aguerrida y obediente.

DOÑA ELVIRA

Y ¿las tenéis muy distantes?

DON JUAN

Traerlas mañana puedo.

DOÑA ELVIRA

Pues cuidado de que en Toledo no os vean curiosos antes. No salgáis, don Juan, de día y esperad á mi mandato; si pudiera un mentecato sospecharlo, nos perdía. Mas siento gente, aquí entrad; espero á un hombre que puede, cuando todo en sombra quede, sacaros de la ciudad. Por esa escala moruna, á una torre vais á dar, y allí podéis esperar ocasión más oportuna.

Y así diciendo, mostróle una entrada doña Elvira, por do guiaba á la torre la excusada escalerilla; y oyendo seña secreta que por la opuesta la hacían, abrió y dió paso á un tercero, siguiendo la escena misma. Era el tal un hombre viejo, cuyo exterior parecía de soldado y mercader composición peregrina. Negra y cumplida una capa, todo su cuerpo envolvía, mostrándose bajo de ella el espadón de su cinta. Y nadie acaso mirándole, asegurar osaría si era sangriento bandido ó usurero prestamista, pues en su torvo semblante á un mismo tiempo se pintan la audacia del bandolero y el temor de quien conspira.

Saludó brusco á la dama, que á adelantarse le invita, y plática tal trabóse entre aquel hombre y Elvira:

DOÑA ELVIRA

Entrad.

EL HOMBRE

Dios os guarde.

DOÑA ELVIRA

Gabriel, bien venido.
¿Venís azorado?

GABRIEL

Sí, á fe.

DOÑA ELVIRA

¿Qué tenéis?

GABRIEL

Tal vez no nos pierde, por poco, un desmas no ha sido nada. [cuido;

DOÑA ELVIRA

¡Por Dios, que acabéis!

GABRIEL

Apenas volvía la calle tortuosa que entrada secreta nos da al callejón, la huella de un hombre sentí recelosa; la faz con la capa cubrí á precaución. Seguí decidido, mas frente por frente, con un embozado maldito me dí. Miró, recatéme, seguí indiferente, paróse, y á poco, volvió tras de mí.

DOÑA ELVIRA

¡Dios mío!

GABRIEL

Yo, astuto, temiendo que un corte me diera al camino, la esquina gané; hallé apresurado el oculto resorte, deshice en la sombra mi sombra, y entré.

DOÑA ELVIRA

Mas ¿no conocisteis....

GABRIEL

Algún hidalguito
que habrá á mis hermanos pedido, á pagar
con un vinculejo ó mohoso castillo,
y al paso me pudo por otro tomar.

DOÑA ELVIRA

Mas ¿dar con la puerta pudiera?

GABRIEL

¡Imposible!

Vi que sin sospecha adelante pasó.
Mas ¿qué hay de aquel hombre?

DOÑA ELVIRA

Ya está.

GABRIEL

Y ¿es posible
que fiel....

DOÑA ELVIRA

Como un muerto.

GABRIEL

Tal le quiero yo.

Y ¿es hombre....

DOÑA ELVIRA

Bizarro.

GABRIEL

¿Su gente?

DOÑA ELVIRA

Segura.

GABRIEL

Y ¿cuándo....

DOÑA ELVIRA

Mañana podrá estar aquí,
con tal que la noche, con nieblas obscura,
le ayude al secreto.

GABRIEL

Sin duda que sí.

Mas ¿quién me responde....

DOÑA ELVIRA

Yo misma.

GABRIEL

Adelante.

DOÑA ELVIRA

Amores me tuvo....; niñeces.

GABRIEL

¿Será....

DOÑA ELVIRA

Un buen castellano, soldado ignorante,
que cuanto amorosa le mande, lo hará.

GABRIEL

Mirad que los necios....

DOÑA ELVIRA

Son medios muy buenos,
que pueden á planes ajenos servir,
y luego se apartan cual muebles ajenos.

GABRIEL

Pensáis cuerdamente, verdad á decir.
Mas pronto veamos á ese hombre, que en
serános la astucia sin fuerza mayor. [vano

DOÑA ELVIRA

Veréisle, y con maña traedle á la mano,
y no olvidéis nunca que el cebo es mi amor

—

Abrió la dama á don Juan
la puerta do se escondía,
y anudóse, terciando él,
la plática interrumpida.

DOÑA ELVIRA

Don Juan, llegó ya el momento
de probar vuestra afición,
que abriros mi corazón,
esta misma noche intento.
Delante de vos tenéis
quien órdenes os dará
y las puertas abrirá
á las lanzas que traéis.

Con él lo trataréis todo,
y pues que sois tan mi amigo,
tratar con él ó conmigo
del caso, es lo mismo todo.

DON JUAN

No hay cosa, señora mía,
que yo no arriesgue por vos;
mas pluguiérame ¡por Dios!
otra mejor compañía.

DOÑA ELVIRA

Mas si, firme en vuestro amor,
como me decís me amáis,
que en sus manos os pongáis
paréceme lo mejor.

DON JUAN

Si el fin habéis de ser vos,
me pongo sin vacilar,
y si en ello he de pecar,
que me lo perdone Dios.

GABRIEL

(¡Sandio de él! Razón tenía
la Elvira.) ¿Sabréis decir
en cuánto tiempo venir
vuestra gente aquí podría?

DON JUAN

Dentro de veinticuatro horas,
aunque hubieran de asaltar
las murallas para entrar.

GABRIEL

Como salgan vencedoras
vuestras lanzas, aseguro
que podrá cada soldado
llevar el sable colgado
en cadena de oro puro.

DON JUAN

Y no les vendrá muy mal,
porque las contribuciones
hacen que de sus raciones
deba un mes á cada cual.

GABRIEL

Y os juro que bien haréis,
que dineros dan soldados.

Hablaron unos momentos
la dama y el prestamista,
y volviéronse á don Juan
con irónica sonrisa.

DOÑA ELVIRA (*Á Gabriel.*)

¿Me entendéis?

GABRIEL (*A Elvira.*)

Está muy bien.
¿No os parece á vos, don Juan,
que si presa al león le dan,
tomará la que le den?

DON JUAN

De esas razones no entiendo,
buen viejo, y á todo andar,
yo me ofrezco á pelear;
lo demás os lo encomiendo.
Y sólo una condición
pongo.

GABRIEL

Podéislá decir.

DON JUAN

Es que tengo de reñir
cara á cara, y no á traición.

GABRIEL

¡Oh! Sólo tendréis que hacer
centinela un poco larga,
y, á lo más, dar una carga
si es que se osan defender.

DON JUAN

Eso sí.

DOÑA ELVIRA

Y por premio de ello,
si es que me dejáis contenta.....

DON JUAN

Esa esperanza me alienta,
con que por todo atropello.
Rubor me cuesta decillo,
mas por vos, con mi pesar,
la vida pensé pasar
encerrado en mi castillo.

Vuestra afición cortesana
 maldiciendo, solamente
 salí á lidiar con mi gente,
 por no hacer vida holgazana.
 No quise ya ver ni oír
 más que lanzas y caballos,
 y al cabo, con mis vasallos,
 como soldado morir.
 Diréis que este amor silvestre
 mejor estorba que obliga,
 mas necesito ó mi amiga
 ó mi compañía ecuestre.
 Pues en el campo, aun muy niño
 os adoré, no os asombre
 que, aunque sin ventajas, hombre,
 aun os conserve cariño.

DOÑA ELVIRA

Así os amo yo, don Juan;
 que, á la fin, me he convencido
 que vos habéis merecido
 solo mi amoroso afán;
 porque el amor cortesano
 es humo, si bien presumo,
 y el vuestro es fuego sin humo,
 que quema si está cercano.

GABRIEL

Vamos, que el tiempo es preciso.

DOÑA ELVIRA

El cielo, don Juan, os guarde.

DON JUAN

¿Volveré á veros?

DOÑA ELVIRA

Más tarde;
 para ello os enviaré aviso.

(*A Gabriel.*)

(¿Elegí bien?)

GABRIEL

Lo confieso;
 de ese tronco se hace el puente,
 y vadeada la corriente,
 le arruina su propio peso.

DOÑA ELVIRA

Cuidado con que se arruine.

GABRIEL

Pues yo le he de fabricar,
 ya veis que le he de dejar
 de modo que á caer se incline.

Y dando en estas palabras
 fin á tal conversación,
 salió Gabriel, y tras él,
 don Juan Zamora salió:
 aquel soñando quimeras
 de política ambición,
 y estotro soñando hazañas
 para conseguir su amor.
 Mas ¡cuánto los pensamientos
 del hombre efimeros son;
 un soplo de viento puede
 desbaratar el mejor!

Por un estrecho postigo
 que da á obscuro callejón,
 de casa de doña Elvira
 salían ambos á dos,
 Gabriel y don Juan Zamora,
 con extrema precaución,
 para no hacer al salir
 innecesario rumor,
 cuando, volviendo la esquina,
 ante ellos se presentó
 un caballero embozado,
 que les dijo en ronca voz:
 «Sin pasar más adelante,
 muestren, hidalgos, quién son,
 ó cuerpo á cuerpo conmigo
 en campo aquí mismo sois.»
 Y echando mano al acero,
 en medio se colocó
 del espacio que dejaba
 entre ellos el callejón.
 Entre los tres un momento
 grave silencio reinó,
 que al cabo rompió Gabriel
 dando tal contestación:
 —Seáis quien fuereis, buen hombre,
 necio es tal arrojó en vos,
 pues está de parte nuestra,
 con la fuerza, la razón.
 —Caballeros, está dicho,
 repuso el otro: yo estoy

en guardar ese postigo,
 pues interesa á mi honor.
 —Ved que os podéis engañar.
 —Mirad que conozco yo
 toda la gente que habita
 esta casa; y si no sois
 ó amigos, ó deudos de ella,
 contrarios en conclusión
 sois míos: conque mostraos,
 ú os doy por tales si no.
 —Como queráis, don Juan dijo;
 y asiendo de su espadón
 para el embozado fuése,
 que á tajos le recibió.
 Signióle Gabriel á poco,
 con la pérfida intención
 de embestirle de repente
 fingiéndose mediador,
 mas el caballero incógnito,
 conociendo la traición,
 y siendo sin duda ducho
 en tales lances, se echó
 contra la tapia, quedando
 cara á cara con los dos.
 Don Juan se bate hartó bien,
 que es muy diestro reñidor,
 y lo que en seso le falta,
 le sobra en el corazón.
 El tiempo de acometerle,
 Gabriel aguarda traidor,
 cuando le tenga en apuro
 de don Juan la decisión;
 mas vano, pese á su astucia,
 el intento le salió,
 porque es mucha la destreza
 del osado retador,
 y en el momento en que acaso
 toca cerca la ocasión
 un buen tajo de revés
 la muñeca le alcanzó.
 Soltó Gabriel un ¡ay! ronco
 al repentino dolor;
 volvió don Juan la cabeza,
 pero tiempo no le dió
 el bravo desconocido
 para entender la razón
 de su grito, porque el pecho
 atravesado sintió.
 De una distracción el punto
 aprovechando veloz,

metióse á fondo el incógnito
 y en tierra á don Juan tendió.
 Reinó el silencio un momento,
 pero al alarmante son
 de los gritos de Gabriel,
 el barrio se alborotó.
 Asomaron por las rejas
 ya una antorcha, ya un farol,
 diciendo diversas voces:
 «¡Al asesino! ¡Al ladrón!»
 Y una rápida mirada
 al caballero bastó
 para ver que era don Juan
 víctima de su valor.
 Echóse, pues, al postigo
 por donde salir los vió,
 mas encontrando cerrado
 por dentro el grueso portón,
 y ya de cerca sintiendo
 de armas y gentes rumor,
 con rapidez silenciosa
 la opuesta esquina ganó.

—
 De política aquí, lector querido,
 la narración cansada interrumpamos,
 y del cuento en mis libros prometido
 á la historia más plácida volvamos.
 Tan larga introducción precisa ha sido,
 para que desde aquí nos entendamos,
 pues anudado á ella lo restante,
 sigue mi tradición de aquí adelante.

—
 En una granja que las ondas riegan
 del espumoso Tajo, y do los daños
 de la revuelta popular no llegan,
 doña Inés de Zamora hace dos años
 que vive retirada,
 de mundanos placeres olvidada.
 Viuda de un caballero
 de ilustrísima cuna,
 madre no más de un joven heredero,
 y dueña de una pródiga fortuna,
 sus bienes administra rectamente,
 y cuida el porvenir del hijo ausente.
 Noble matrona de costumbres puras
 y pensamientos graves,
 da gracias al Señor por sus venturás,
 y él de su corazón tiene las llaves;

y de su hijo el amor tan solamente
entra en su corazón, vive en su mente.
El hijo, como hidalgo
y en la opulencia y el poder nacido,
pues es forzoso que se ocupe en algo,
sus vasallos valiente ha reunido,
y en el distrito de su misma tierra
á favor de su Rey hace la guerra.
Pérfidas compañías
y torpe inexperiencia,
malearon tal vez, hace ya días,
la política fe de su conciencia,
y, acaso indignos de él, necios amores
le aprestan venideros sinsabores.
Doña Inés no lo ignora,
y aunque mil veces le advirtió severa
el precipicio adonde va, le adora,
y de los años y experiencia espera
que, visto de su amor el desatino,
entre de su deber en el camino.
En la fe de sus padres educada
y ciega lealtad de sus mayores,
teme que su alma joven, conquistada
por los principios sea innovadores,
y engañado su hijo, acaso olvide
lo que su religión y Rey le pide.
Y en este pensamiento embebecida
estaba como siempre, en aposento
de su alquería oculto, y combatida
tal vez por interior presentimiento,
cuando dentro escuchó de su alquería
confuso estruendo y sorda gritería.
De su fiel mayordomo en tono recio
oyó la voz que á alguno amenazaba,
y otra que desconoce, y con desprecio
á sus justas preguntas contestaba;
y abriendo de su cámara la puerta,
salió á ver del rumor la causa cierta.
En los hombres sin capa, sin sombrero
en la cabeza, y agua destilando
de sus ropas, hallóse á un caballero
con sus fieles sirvientes disputando;
mas el supuesto de éstos desmentía
su traje militar y gallardía.
—¿Qué es esto? preguntó la noble viuda.
—Desventuras, señora,
de un amante infeliz, á quien no ayuda
ni el cielo, ni la ingrata á quien adora,
respondió el caballero
en tono de dolor, triste y severo.

—Veo que sois hidalgo en vuestro porte
y arreo militar; mi esposo en vida
lo fué también y frecuentó la corte.
Vuestro afán decid, pues, y si salida
puede dar una dama á vuestro apuro,
de mi escaso favor estad seguro.
—Á solas ha de ser, porque aventuras
de nobles caballeros
no fio mucho yo que estén seguras
en lenguas de pecheros;
y acaso serán tales,
que á quien me ayude ser podrán fatales.
—Despejad.—Y saliendo de la estancia,
dentro de ella con él á su señora
dejaron los criados, y á su instancia
ella volvió, diciendo:—Hablad ahora,
señor soldado; vuestro duelo sepa,
y fiad en que haré cuanto en mí quepa.
—Señora, oidme, pues: Ha un año largo
que con mi Rey partí para Alemania,
al lado suyo con honroso cargo;
y una ingrata mujer dejé en España,
por quien ciego de amor lloré al partirme,
jurándola volver al despedirme;
mas mudóla mi ausencia, y un amigo
que desde la niñez me fué constar
del hecho me escribió, como testigo,
que ocupó mi lugar pronto otro amante,
y que en tramas políticas metida,
su suerte á la política va unida;
y otras razones mil, señora, excuso,
pues de vuestra atención veo que abuso.
Volvíme á España enamorado, y ciego
de celos y furor, mas esperando
en volver á encender su amante fuego,
y aun á mi amigo crédito negando.
Llegué á Toledo, y por mis propios ojos
la razón quise ver de mis enojos:
de las nocturnas sombras al abrigo,
entré en su calle y espíe su casa.
Señora, perdonad si esto que os digo
aún los ojos en lágrimas me arrasa.
—Seguid.

—Vi las ventanas de su cuarto;
mas verlas ¡ay de mí! pesóme harto.
Las sombras vi cruzar tras los cristales
de un hombre que con ella platicaba,
y noté, para colmo de mis males,
que un embozado la mansión rondaba,
y en ella por postigo entró secreto

que en mi ausencia se abrió: y ¡ay! ¿con
[qué objeto?

En un obscuro callejón desierto
les esperé gran trecho, y aguardara
años cabales hasta verle abierto,
y hasta que tal infamia ver lograra.
Parecieron, por fin, dos juntamente,
y atájelos el paso airadamente.
Yo no sé qué les dije, mas fui breve,
y mi enojo no bien satisfaciendo
(como á todo un celoso audaz se atreve),
á estocadas con ambos emprendiendo,
ya fuera mi razón, ya fuera el arte,
á uno de ellos pasé de parte á parte.
—¡Desdichado de vos!

—Estoy muy cierto

de que yace sin vida.

Mas las voces del vivo junto al muerto
trajeron gente, y apelé á la huída;
mas sin duda mi pérfido destino
les marcó en las tinieblas mi camino.
—¿Os siguen?

—Sí: corrí sin guía alguna;

pero vi que era inútil mi trabajo
y que me abandonaba la fortuna,
cuando á la orilla me encontré del Tajo.
La justicia detrás y éste delante,
muerte por muerte, la elegí al instante.
Al agua me arrojé desesperado,
y sacóme mi esfuerzo á la otra orilla,
mas al tocarla, en el opuesto lado
vi llegar de corchetes la cuadrilla.
Por las peñas trepé, y á esta alquería
llegué por fin. Tal es la historia mía.
Ahora, si noble sois, si habéis amado
algún día, señora,
por cuanto hayáis en vida idolatrado,
no me desamparéis en esta hora;
ved que es ciega la furia de los celos,
y vuestra compasión premien los cielos.
—¿Al muerto conocéis?

—No.

—Fué un arrojó;

mas no temáis, que si el Señor me auxilia,
salvo seréis, y lograré el enojo
callar y la razón de su familia.
Venid: voy á ocultaros diligente,
que tal vez oigo ya rumor de gente.
Dineros os daré con un caballo;
partid en cuanto partan, por opuesto

camino, y medio tomaré, si le hallo,
para apartar de vos fin tan funesto.
Venid: pues que fiáis en mi nobleza,
no burlaré ¡por Dios! vuestra franqueza.

Y hablando así la viuda generosa,
en camarín secreto le escondía
mientras entraba en turba tumultuosa
la justicia del Rey por su alquería.

—

Con grandes voces se meten
por los cuartos adelante
los corchetes y ronderos,
con antorchas y con sables.
«¡Hacia aquí tomó camino!
¡Aquí debió de ampararse!
¡No quede un rincón por versel!
Muchachos, ¡que no se escape!»
Esto en varias direcciones
se oía por todas partes,
y á pretexto de justicia,
se aprestaban al pillaje.
Hormigueaban los curiosos
y los valientes que salen
á ayudar á los que vencen
sin que los avise nadie.
Ya por la atrevida turba
empezaba á susurrarse
si son ó no comuneros
los dueños de aquel paraje,
y ya entre ellos empezaba
el caso á comentariarse,
diciendo que el muerto es noble
y de las tropas Reales,
y pues que aquí dan amparo
al que logró asesinarle,
traidores son y rebeldes
los que allí capa le hacen.
Y comenzaban con esto
los villanos á arrimarse
á los objetos que vían
de peso y transporte fácil.
Ya con voces imperiosas
alborotaba el alcalde
con lo de «entregarle al Rey»,
cuando, de él mismo delante,
por dentro abriendo una puerta,
doña Inés salió á atajarle,

vistiendo luto y cercada de domésticos y pajes. Al ver su bizarro porte y su severo semblante,uviéronse respetuosos, y ella rompió en voces tales:
 —¿Qué busca el Rey en mi casa?
 ¿Por qué tanta gente trae, cual si fuera mi alquería castillo que va á asaltarle?
 ¿Desde cuándo se acostumbra que así á los nobles se trate, y en el nombre de las leyes sus aposentos se allanen? La justicia, enhorabuena, en nombre del Rey, que pase; mas los villanos del vulgo que se esperen en la calle. Señor golilla, al momento esa gente despejadme, porque desde vos abajo no he de responder á nadie.— Quedó el alcalde aturdido, de repente al encontrarse con una noble matrona donde supuso jayanes; y haciendo salir la gente, con ella á solas quedándose, en tono de desagravio empezó por «perdonadme.....» mas la generosa dama interrumpióle la frase diciendo:—Oigo á la justicia: ¿Qué tiene el Rey que mandarme?
 —Un asesino, señora, que ha conseguido fugarse vadeando el río, esconderse debe por estos parajes.
 —Supongo que la justicia tan poco honor no me hace que crea que yo le oculto, contra el Rey por auxiliarle.
 —Señora.....
 —Podéis entrar mis cámaras adelante, y prender á ese asesino dondequiera que le hallareis.
 —Me basta vuestra palabra: vuestro nombre y vuestra sangre conozco, y en quien sois vos

tamaño crimen no cabe; mas tenéis muchos criados; sus aposentos dejadme mirar, por si alguno de ellos es conecedor del lance.
 —Todos son criados viejos, de quien salgo responsable, mas cumplid vuestro deber como quiera que gustareis. La casa tiene bodegas, y horno, y pajar, y corrales; registrad una por una sus divisiones, alcalde.— Partió el golilla, por obra á ponerlo, y saludándole gravemente doña Inés, volvió en su cuarto á encerrarse.

Mientras abajo el alcalde la casa revuelve toda, y registrando las cuadras va pasando de una en otra, doña Inés, en su aposento con el caballero á solas, de esta manera le dice con baja voz cautelosa:
 —Tomad, caballero, ese oro, que os bastará por ahora para poner con la fuga en cobro vuestra persona. Un potro abajo os aguarda que os sacará en pocas horas del alcance de las leyes: buscad tierra que os esconda, que yo quedo tras de vos. Mas decidme, por la honra de vuestra fama, ¿le heristeis en liza leal?

—Señora, Pedro de Guzmán me llamo, y nunca en lid alevosa tomaron parte Guzmanes.
 —Con vuestro nombre me sobra, Guzmán; por un asesino preguntaron, y mi boca no mintió cuando os negaba, ni obré de la ley en contra.
 —Señora, podéis jurarlo

sobre las sagradas hojas
del Evangelio; le he muerto
cara á cara, y sin dolosa
estratagema ó ventaja
que me fuera valedora;
dos eran en contra mía;
ved si la razón me abona.

—Está bien; y pues la casa
ya esas gentes abandonan,
partid por el lado opuesto,
Guzmán, y el cielo os acorra.

—Y si algún día....

—Ya basta,
partid.

—Adiós, pues, señora.

—

Con una mano en la llave
y una lámpara en la otra,
delante del caballero
la dama, á guiarle pronta;
envuelta en cumplida capa
la descompuesta persona,
pronto á seguir el hidalgo
á su noble bienhechora,
sin movimiento quedaron
ambos á dos, tumultuosas
voces oyendo en el patio,
sin que la razón conozcan.
Ayes y gritos de espanto
y maldiciones rabiosas
al mismo tiempo escuchaban,
y conocen que se agolpa
la gente otra vez, pues oyen
de las pisadas monótonas
el rumor, que va creciendo,
y del murmullo la ronca
armonía; y por los vidrios
ven crecer de las antorchas
la luz, que ilumina el patio
do pasa la escena incógnita.
—¿Qué es esto? dijo la dama.
—Sábelo Dios, en voz sorda
la contestó el caballero,
presa de angustia recóndita.
—Esperad, añadió ella;
y acudiendo temerosa
á un corredor que da al patio,
por la ventana se asoma.

Dió un grito que heló en las venas
de Guzmán su sangre toda,
diciendo: «Es él.... ¡Hijo mío!»,
la desdichada matrona.

Corrió el caballero ansioso
á la vidriera, y la atónita
mirada al patio tendiendo,
vió su desventura toda.

En hombros de los criados,
de la ancha herida en la boca
brotando aún la roja sangre,
yace don Juan de Zamora,
y de su traje y su rostro,
por las señas que le toma
con ojos desencajados
de las inmóviles órbitas,
reconoce el de Guzmán
en el mancebo á quien lloran,
el mismo á quien en la calle
mató por su mano propia.

Cayó en un sillón la viuda
bajo el dolor que la agobia,
de amargo llanto en los ojos
con dos abrasadas gotas,
y de rodillas ante ella
cayó en silencio en la alfombra
el matador caballero,
víctima á inmolarse pronta.

—¿Qué hacéis? le dijo la dama,
así mirándole absorta.

—Matadme, dijo Guzmán;
y en esta palabra sola
comprendiendo por entero
aquella trágica historia,
«¡Maldito seas!» le dijo
la horrorizada matrona.

Duró un momento el silencio
de aquesta escena angustiosa,
que al fin rompió el caballero
con voz apenada y cóncava,
diciéndola:—Dios lo quiere;
cumplid con su ley, señora,
y entregadme á la justicia,
pues en sus manos me arroja.

—Sí, sí, repuso la dama,
desatinada y furiosa,
levantándose: es muy justo,
y cualquier pena es muy corta
para tamaño delito;
caiga en ti su sangre toda.—

Y al corredor dirigióse
para ponerlo por obra;
mas tuvóse de repente,
y con calma, aunque en faz torva,
dijole:—Jamás un noble
recuerda lo que perdona.
Caballero, levantaos;
la vista consoladora
de ese santo crucifijo
en el corazón me toca;
pues os ampararé ignorando
vuestra culpa y mi congoja,
no es justo que conociéndolas
os abandone traidora.
En nombre de Jesucristo,
que dió su vida en el Gólgota
por salvarnos á los dos,
id libre, Guzmán.

—Señora....

—Id, y que en cuenta me tome
resolución tan heroica,
al llamarme ante su juicio
en mi postrimera hora.

Atónito el caballero,
quiso hablar, mas imperiosa
abrió la dama la puerta
que fuga le brinda cómoda,
y mostrando con un gesto
una escalerilla lóbrega,
tomóla, asiendo la lámpara,
y el caballero siguióla.

Volvió á los pocos momentos
pálida y acongojada,
y cayendo arrodillada
ante la imagen de Dios,
exclamó, oyendo á don Pedro
que escapaba á toda brida:
«Señor, si ese hombre lo olvida,
tenédmelo en cuenta vos.»

Todo lo devora el tiempo,
todo; y el bien como el mal,
como el vicio la virtud,
se hundén en su obscuridad.

Todo se borra y se olvida,
todo al cabo viene á dar
en la sima del silencio,
en el caos de la edad.
No porque la noble viuda
pudiera olvidar jamás
al hijo de sus entrañas,
al desdichado don Juan;
no, ¡por Dios! En su hora última,
luchando el alma tenaz
por desasirse del cuerpo,
fué éste su postrer afán.
Mas del hijo y de la madre
ninguno respira ya,
que á aquél le mató don Pedro,
y á ésta la mató el pesar.
Mas queda el autor del duelo,
y años transcurridos van
desde aquella horrible noche;
y aquel suceso fatal,
y aquel perdón que debió
del cielo á la gran piedad,
¿quién sabe si en su memoria
borrados al cabo están?
¿Quién sabe si los recuerda
como una aventura más
de su existencia azarosa,
de su vida militar?
¡Tal vez á la corte vuelto
tras largos años Guzmán,
ni de Toledo se acuerda,
ni pensó en volver allá!
De todo el mundo ignorada
la mano que audaz, oculta,
causó la muerte de un hombre
provocándole á lid tal,
preséntase por doquiera
don Pedro, y doquier que va,
recibido es cual merece
caballero tan cabal.
Bien mirado por su Rey,
de grandes en amistad,
sin más familia allegada,
ni deudos por quien mirar
que un mozo de quince abriles,
hermano suyo carnal,
con buen humor, libre tiempo
y oro largo que gastar,
se encuentra en el apogeo
de la dicha mundanal;

y dicen los que le tratan:
«¡Dichoso es el tal Guzmán!»

Y si no lo es, ¡vive Dios
que lo sabe aparentar!
porque es la vida que lleva
un continuo carnaval.
Siempre de un festín en otro
va pasando sin cesar:
ó amigos se los aprestan,
ó él á amigos se los da.
Las damas de más belleza
le quieren por lo galán;
los hombres más envidiosos,
por lo franco y liberal.
Nadie tiene más apuros
ni aventuras que contar,
nadie más oro prestado,
que nunca cobrar podrá;
mas nadie tiene un amigo
más sincero y más leal,
ni á nadie se halla más pronto
en cualquier necesidad.
Salúdanle los mendigos
con silencioso ademán,
porque saben ya que en él
es no tener el no dar.
Y como en gastar dineros
no va nunca más allá
de lo que pueden sus rentas,
vive sin necesitar
pedir lo que dió prestado
á sus amigos, lo cual
hace que eterna le guarden
incólume su amistad.
Y envidíanle los soldados
su brío y porte marcial,
y los cortesanos todos
su noble afabilidad.
Recibe su hermano de él
educación bien cabal,
mas como la suya propia,
educación militar.
Las armas y los caballos
predilección especial
gozan en ánimo de ambos,
y las fiestas de lidiar.
Los toros son y las cañas
su diversión familiar,

la caza y el ejercicio
su remedio universal
para matar el fastidio
y el dolor para calmar.
Y como en tales recreos
aliciente es principal
la compañía de gentes
de activa jovialidad,
todos sus amigos se hacen
alegres hasta cansar,
y á prestarle compañía
todos dispuestos están.
Don Pedro, que hombre es de mundo
y de mente perspicaz,
lo ve, lo calla y lo aprecia
en lo que vale no más;
mas no don Félix, su hermano,
que el mundo conoce mal,
y aun en la amistad se fía,
y fía en la lealtad
de cuantos quieren venderle
un cariño fraternal.
Y aunque sus potros le montan
y usan sus armar, y van
á todas partes con él,
de él dejándose obsequiar,
ni interés sospecha en ellos,
porque de él es incapaz,
ni sus frases, con sus obras
pondera en balanza igual.
Y este fué su paso en vago,
este el impulso no más
que á triste fin le condujo
con violencia fatal.

Alto, robusto y de gentil talante,
aunque apenas aún le apunta el bozo,
es, franco de alma y de jovial semblante,
don Félix de Guzmán un bravo mozo.
Sencillo en el vestir, mas ataviado
de la corte á la usanza,
de las damas alcanza,
tal vez, favores, y en secreto amado
es de alguna beldad, sin esperanza.
Tal vez pagado él mismo
de su belleza juvenil, aspira
á un imposible amor que loco admira
á través de dorado idealismo.
Doña Ana de Alarcón, noble doncella,

es en su corazón la preferida;
mas ésta, desdichada cuanto bella,
á un milanés muy noble prometida
por su familia está, por lazo que ate
políticas discordias elegidas,
aunque la fuerza del dolor la mate.
Hombre es el milanés en tramas ducho,
y hay quien le juzga de su patria huído,
y que ocultos amaños ha traído,
y en favor de Milán maquina mucho.
Bien recibido de la Corte se halla,
gasta con profusión, y que no tiene
con el Gobierno en sus antojos valla,
dicen, y se susurra por lo bajo
que mucho á España su amistad conviene,
aunque cuesta creerlo harto trabajo.
Don Félix, á quien nadie da pavura,
y que en el milanés ve solamente
una cualquier humana criatura,
va adelante en su amor, harto imprudente,
y prudente anduviera
si á sí mismo no más se lo fiara
y á su lengua pusiera
un candado, que á fe que lo acertara.
Mas tenía un amigo
de quien fiaba sus secretos todos,
que era de él como eterno compañero,
sabedor de sus hechos ó testigo.
Joven como él, como él sin experiencia,
de otros varios fiaba sus secretos
y los del buen don Félix. ¡Imprudencia
á que están muchos jóvenes sujetos!
Contaba, pues, sus necios amoríos
é inventaba amorosas aventuras,
y entre sus mal fraguados desvaríos
contaba de don Félix las venturas,
contaba de una dama misteriosa
las encubiertas citas,
y contaba, en la noche silenciosa,
del dichoso don Félix las visitas.
Contaba cómo él solo
el compañero de esas citas era,
y en la inmediata calle,
por si lance fatal aconteciera
por acaso ó por dolo,
quedaba las espaldas á guardalle.
Y aunque jamás nombraba la persona
á quien don Félix por la reja hablaba,
en tan nimias señales se paraba,
que á poco que el discreto discurría,

por el sitio y las señas que citaba,
la casa de doña Ana conocía.
Y sabedor en tanto del suceso,
á él nada más don Félix suponía,
y de franqueza le perdió el exceso.

—
En una lóbrega noche
en que las nieblas ofuscan
la opaca luz que la prestan
las estrellas y la luna;
de esas noches en que el aire
con sordas ráfagas zumba,
por las esquinas rasgándose
y por las torres agudas;
de esas noches que parece
que en hondo caos sepultan
al universo dormido,
y el cielo y la tierra enlutan;
de esas noches que recuerdan
las espantosas y absurdas
consejas de las nodrizas,
con que á los niños asustan;
noches que traen á la mente
los concilios de las brujas,
los conjuros de los magos
y las sombras insepultas,
como tales, en silencio,
á pasos rápidos cruzan
don Félix y el necio amigo
una callejuela obscura,
de la calle de doña Ana
y del Real palacio junta.
En silencio van los dos,
porque á los dos les ocupan
melancólicas ideas,
cual no las tuvieron nunca.
—¿Sabes lo que pienso, Félix?
dijo al pararse en la última
esquina el otro.
—¿Qué piensas?
replicó Félix.
—Que es mucha
necedad ir esta noche
de nuestra doña Ana en busca.
—¿Por qué?
—Porque es imposible
que ella á la ventana acuda.
—¿Por qué?
—Porque supondrá

que con legítima excusa
no vendrás en una noche
en que formidables luchan
airados los elementos.

—Y no lo yerras, sin duda;
mas ya que estamos aquí,
volvemos también, en suma,
sin ver si sale ó no sale,
también fuera en mí locura.
—Como quieras.

—En tu sitio
queda, pues.

—Félix, escucha:
¿Ves allí un bulto parado?
—Qué, ¿tienes miedo?

—¿Te burlas,
Félix?

—No; mas como veo
que ese embozado te turba....
—Dejémosle que se aparte.
—Juzgo cosa más segura
que le hagamos apartar.
—¿Á la fuerza?

—¡Qué pregunta!
Si no se aparta de agrado,
á ella es fuerza que recurra.
—Vamos, pues.

—Tú queda inmóvil,
que no necesito ayuda.
—Entiendo.—Y así diciendo,
fuése con planta segura
don Félix al embozado,
que de situación no muda.
Paróse á tres pasos de él,
y con gentil apostura
dirigióle estas palabras
con voz ajena de injuria:
—Hidalgo, si grave empeño
tal vez no os lo dificulta,
dejadme libre un momento
la calle.

—Y ¿qué es lo que busca
en ella vuestra merced?
—Busco una casa.

—¿La suya
tal vez?

—Estime el hidalgo
la cortesía que se usa
con él, y responda atento,
que mi paciencia se apura.

—Perdone el buen caballero,
y eche adelante si gusta.
—Es que os habéis de apartar.
—Si haré.

—Gracias.—Hizo punta
el embozado hacia arriba,
tomando en la calle ruta,
y echó hacia abajo don Félix
hasta ver por las junturas
de la reja de doña Ana
la luz que en el cuarto alumbraba.
Pasó por frente á la reja,
volvió á pasar; hizo, en suma,
para llamar su atención
cuanto no fuera hacer pública
con la presencia de un hombre
de doña Ana la conducta;
mas ni se abrió la ventana,
ni se oyó señal alguna.
Ya el corazón se le prensa
de los celos con la furia,
ya negros y pavorosos
presentimientos le turban,
y ya dudaba afanoso
entre si era ó no cordura
el volverse ó el quedarse
hasta que verdad descubra,
cuando hacia él, calle adelante,
vió correr con gran premura
á su amigo, que le dice:
—¡Huye, don Félix!

—¡Que huya!
¿De qué?

—El milanés maldito
tenía su gente oculta
para dejarte pasar,
y con mano más segura,
encerrado en esta calle,
abrirte en su centro tumba.
—¿Estás seguro que es él?
—Sí, Félix; sin duda alguna.
—Ganemos, pues, la otra esquina,
que fuera cosa harto dura
morir aquí como perros
á las manos de tal chusma.
Pero mañana, la mía
será la primer figura
que á sus ojos se presente,
y veremos si su astucia
de su corazón desvía

de mi tizona la punta.
 Vamos.—Y así pronunciando,
 á alejarse se apresuran.
 Mas no bien á la otra esquina
 tocaban, cuando á ellos juntas
 dos espadas se vinieron,
 que toparon con las suyas.
 Duró la lid un instante,
 y ya vencer se figuran,
 pues á estocadas los llevan
 los dos mancebos con furia,
 cuando corriendo llegaron,
 con las espadas desnudas,
 otros tres por sus espaldas.
 Siguió momentos la lucha,
 como valientes lidiando;
 mas ¿qué el valor les ayuda
 donde á traición contra ellos
 cinco cobardes se juntan?
 Cayó primero don Félix,
 y aunque en la tapia se escuda
 para lidiar cara á cara,
 los ojos ¡ay! se le anublan
 con la sangre que derrama,
 y á cuchilladas le abruman.
 Riñó como bravo el otro,
 mas fué inútil su bravura,
 pues todos en torno suyo
 villanamente se agrupan,
 y al cabo de unos momentos
 cayó con heridas muchas,
 de boca, á impulsos de un tajo
 traidor, sentado en la nuca.
 Tomaron la calle arriba
 los viles, y en voz confusa,
 unos á otros, marchando,
 que muertos son se aseguran

Amanecía apenas
 el inmediato día,
 cuando sus horas de quietud serenas
 á don Pedro Guzmán interrumpía
 siniestra y tumultuosa vocería.
 De su casa en la puerta
 con alabadas dobles,
 á cuyo impulso sus macizos robles
 resistencia oponían, pero incierta,
 llamaban tenazmente;

y ya en tropel juntábase de gente,
 y ya don Pedro presto,
 con prisa airada y soñoliento gesto,
 las ropas se vestía,
 porque ningún doméstico lo hacía.
 Ya de su larga bata
 las puntas coge y las presillas ata;
 y al balcón se dirige,
 cuando un viejo criado
 que ha muchos años que su casa rige,
 llegó á él con semblante desolado.
 —Fermín, ¿qué es lo que pasa,
 dijo don Pedro, para ruido tanto,
 que parece que á hundirse va la casa?—
 Y amargo llanto derramando el viejo,
 —No salgáis dijo, ¡por el cielo santo!
 —Mas ¿qué pasa? ¿Quién es?
 —Es la justicia.
 —Y en mi casa, ¿qué quiere?
 —¡Oh! Con vos nada,
 señor, nada con vos.
 —Pues, á quién busca?
 Fermín, sea cualquiera la noticia
 que al fin me has de decir, por desastrada
 que sea, dila pronto.
 —¡Sosegaos, señor!
 —¡Voto á los cielos,
 que valen más que el susto tus recelos!—
 Y tal diciendo con airado tono,
 dirigióse á la puerta;
 mas el viejo Fermín interponiéndose,
 con sollozos le dijo interrumpiéndose:
 —Vuestro hermano, señor, hoy no ha dor-
 [mido
 dentro de casa.—Y comprendiendo al pun-
 don Pedro lo demás, lanzó un gemido [to
 arrancado al dolor y la ira junto.
 Y apartando al anciano suplicante,
 lanzóse por los cuartos adelante.
 Al pie de la escalera,
 en hombros de unos hombres compasivos,
 yacía, desgarrando de los vivos
 el corazón, y de su muerte fiera
 con horrendas señales mutilado,
 don Félix desdichado.
 De siete anchas heridas
 por las sangrientas bocas
 la vida se le huyó, y compadecidas
 de tan triste espectáculo, pudieran
 en lágrimas romper las duras rocas.

La horrible escena de dolor y saña
 á que don Pedro se entregó, sin duda
 que es á mi pluma extraña:
 que á períodos poéticos acuda
 para pintarte con verdad, en vano
 será, ¡oh caro lector! Llama en tu ayuda
 tu propio corazón, y pesa el duelo
 que fuera en él si un padre ó un hermano
 de modo tal te arrebata el cielo.

Con tan grande dolor, con pena tanta
 don Pedro de Guzmán enloquecido,
 largo rato anudada en su garganta
 sintió la voz, y se esquivó el sonido;
 y sobre los despojos
 del infeliz hermano

llanto vertieron sus nublados ojos;
 trémula y fría separó su mano,
 á su dolor cediendo sus enojos;
 mas luego que en su mente
 volvieron á ordenarse las ideas,
 y al corazón ardiente
 volvió el valor, un punto adormecido,
 su centelleante vista, de repente
 tendió por el concurso enmudecido,
 diciendo con acento enronquecido.

—¿Quién fué el traidor cobarde
 que en un mancebo imberbe todavía
 de tan salvajes iras hizo alarde?—
 Y en derredor tendió fiera mirada
 Guzmán, mas nadie le repuso nada. ran?
 —¿Todos, dijo don Pedro, aquí lo igno-
 ¡Todos callan! ¡Pardiez! ¿Dónde fué
 muerto?

¿No hallaron la verdad los que le lloran,
 los que le traen á domicilio cierto?

¿Quién le reconoció? ¿Quién pudo acaso
 de quien le recogió guiar el paso?—
 Volvió á tender en torno su mirada
 Guzmán, y nadie le repuso nada.

Entonces, ya con tono descompuesto
 y semblante iracundo,

hijo de su pesar justo y profundo,
 á un Alcalde de corte que con gesto
 imparable y severo le había oído,
 cuya ronda á su hermano ha recogido,
 dirigióse Guzmán así diciendo:
 —Amigo soy del Rey, y pues tan necia
 en los crímenes anda la justicia,
 sabrá el Rey que su ley se le desprecia,
 y que el miedo la tuerce ó la malicia.—

Y volviendo la espalda Guzmán, fiero
 pidió á Fermín su capa con su acero;
 viendo lo cual el juez, tras él echando,
 y á Guzmán de los otros apartando,
 díjole:—Oídme, pues, buen caballero.—
 Y de la estancia fuera,
 platicaron los dos de esta manera.

DON PEDRO

Decid.

ALCALDE

Con vuestro hermano
 otro joven hallé, que al par herido
 fué con don Félix por la misma mano.

DON PEDRO

Y ¿quién es?

ALCALDE

Fué don Carlos de Aguilera.

DON PEDRO

¿Murió también?

ALCALDE

También.

DON PEDRO

¡Oh suerte fiera!

ALCALDE

Mas vivió lo bastante
 para decir con hálito expirante,
 y jurar por la fe de caballero,
 y de la eternidad por el gran paso,
 de tan traidor y lastimoso caso
 el autor verdadero.

DON PEDRO

Y ¿quién es, vive Dios!

ALCALDE

Antes, don Pedro, de saber su nombre
 juradme que escondido en vuestro pecho
 le guardaréis, que es hombre
 que por bueno pasar puede lo hecho;
 y que al Rey solamente
 lo habéis de revelar secretamente.

DON PEDRO

Sí juro; mas si fuese
el mismo Rey, señor Alcalde, habría
de hacer justicia en sí, ó ¡por vida mía,
que puede que me oyese
lo que de nadie oír esperaría!

ALCALDE

A la venganza yo no os pongo coto;
mas si no sois del Rey muy grande amigo,
no mováis con quien fué mucho alboroto;
y esto, Guzmán, que os digo,
lo que os puedo decir es, y es mi voto.

DON PEDRO

Mas ¿quién es? Acabad.—Y aquí al oído
de don Pedro acercándose el Alcalde,
dijo, y de nadie pudo ser oído:

ALCALDE

El milanés que habita en la Embajada
de Inglaterra.—Y don Pedro,
tal nombre oyendo, al lado de la espada
llevó la mano, y con feroz mirada,
— Bien está, dijo al juez: lo entiendo todo.

ALCALDE

¿Solo el Rey lo sabrá?

DON PEDRO

Solo, y de modo
que á la historia añadir no podrá nada.

Y los dos apartándose
para dejar la historia bien redonda,
desde allí cada cual siguió entregándose,
don Pedro á su dolor, y él á su ronda.
Pero puede el discreto
imaginar, que en calma
no podría encerrar dentro del alma
don Pedro de Guzmán este secreto,
y que á vueltas y á solas andaría
más segura buscando
del autor del delito tan infando
fiera venganza en oportuno día;
y que el día fatal quedó aguardando.

—
Y á la mano en pocos días
la ocasión le vino pronta,

que quien para el mal la busca,
siempre se la encuentra próxima.
Seguido de un escudero
por honor de su persona,
y por ayuda en un caso
de una asechanza traidora,
por fuera de Recoletos
una tarde nebulosa
el de Guzmán se pasea
rumiando tristes memorias.
Víasele entre los árboles
como una siniestra sombra,
el monasterio cruzando
desde una esquina á la otra,
la larga espada en la cinta,
embozada la persona,
deseolorido el semblante
y con la mirada torva.
Todo su exterior, en fin,
revela que su alma á solas
en los cálculos se abisma
de meditaciones hondas,
y que una idea inmutable,
íntima y desoladora,
lastima su inquieta mente
y el corazón le acongoja.
Piensa en su hermano don Félix
y en la más fácil y próspera
ocasión de la venganza
de muerte tan elevosa.

En esto, el Prado adelante,
por dos yeguas voladoras
que le pacieron la grama
al Guadalquivir en Córdoba,
arreatada venía
sin camino una carroza,
pues torpe mano, á las yeguas
acosando, desbocólas.
Al punto vió la impericia
Guzmán, cuya generosa
sangre á ayudar le impelia
al que así necio se arroja;
y conociendo que pronto,
dejando la arena cómoda,
se entraran por los vallados
las dos bestias poderosas,
con su escudero lanzóse
por si contenerlas logra,
y aquel peligro desvía
de quien la muerte provoca.

Los que en el carruaje vienen,
 gritaron en voces roncacas:
 «¡Fuera! ¡Fuera!», por si acaso
 con el espanto empeoran
 los animales, y alcanzan
 caída más desastrosa.
 Mas á sus voces haciendo
 Guzmán las orejas sordas,
 como hombre sereno y ducho
 en semejantes maniobras,
 colocándose á ambos lados,
 la vista y la mano prontas
 caballero y escudero,
 al enfiar la carroza
 con un instantáneo arrojó
 asiendo las bridas rotas,
 á una yegua el caballero,
 y el escudero á la otra,
 consiguieron, lastimándolas,
 pararlas, y á mucha costa.
 Saltó en tierra un caballero
 á la más estricta moda
 equipado, y de presencia
 muy bizarra y muy airosa.
 Mas al llegarse á don Pedro
 á darle gracias, la gola
 le aferró con ambas manos
 el de Guzmán, con furiosa
 voz diciéndole: «¡Asesino,
 caiga en ti su sangre toda!»
 El milanés (que no era otro),
 que aquella sangrienta historia
 recordó viendo á don Pedro,
 dióse por puesto en la horca.
 Mas soltóle el de Guzmán,
 y treguas dando á su cólera,
 le dijo: «Hacia aquí apartaos;
 veamos si vuestra hoja
 corta igualmente de cara
 como por la espalda corta.»
 Echaron á Recoletos,
 y de tapia protectora
 amparándose, sacaron
 al aire sus dos tizonas.
 Perdió el milanés la suya
 con muchísima deshonra,

y yendo á herirle don Pedro,
 como una espantada zorra
 á quien los perros persiguen,
 tomó fuga vergonzosa.
 Indignado el de Guzmán
 viendo con alma tan poca
 á quien tan traidoramente
 asesina entre las sombras,
 echó tras él, ya resuelto
 á darle muerte alevosa.
 El milanés, conociéndolo,
 con intención previsoramente
 ganó á la iglesia la puerta,
 y la capilla más próxima.
 Entró tras él Guzmán, ciego,
 mas á una imagen devota
 de Cristo viéndole asido,
 de la mujer generosa
 se acordó que dió la vida
 al matador de Zamora.
 Soltó su mano la espada,
 con voz descompuesta y cóncava
 diciendo al otro, que le oye
 con alma y con faz atónitas:
 «Idos, que yo os dejo libre;
 válgao la buena memoria
 de una mujer que por mí
 osó hasta acción tan heroica.»

Y saludando á la imagen
 con reverencia piadosa,
 dijo: «Hasta aquí mi venganza:
 ¡Dios me la tenga en memoria!»
 Dudándolo todavía,
 ve el milanés que abandona
 la iglesia, mas de ello al cabo
 sus sentidos se cercioran.
 Y á su carroza volviendo,
 por hazaña milagrosa
 contó en la corte el suceso,
 que admiró la corte toda.
 Y por verdadera hazaña
 contada de boca en boca,
 á don Pedro apellidaron
El de la buena memoria.



À mi amigo D. Juan Eugenio de Hartzenbusch.

Mi querido Juan Eugenio:
Mi tomo octavo publico,
y al cabo te lo dedico
en holocausto à tu ingenio.

Ve si contigo me porto:
un cuento te he prometido,
y un tomo te doy cumplido;
no me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra
destinos ó protecci6n;
yo no gravo à la naci6n,
conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor
versos y libros pidiendo,
iré libros escribiendo,
que lo tengo por mejor

que pedir al poderoso,
mendigar del ignorante,
y rogar al arrogante,
que soy yo muy orgulloso.

Buscar un crítico enfático
que alabe mi obra, no quiero,
que tan bien como el primero
puedo ser yo catedrático.

Y à más, para entre los dos,
los criticones de hogaño
no nos harán mucho daño;
saben poco, ¡vive Dios!

No se echan muchas vigalias
hoy en críticos estudios;
tras poquísimos preludios,
hoy de crítico te filias.

Con ir un mes à París
y almorzar con Victor Hugo,
vuelves y pones el yugo
literario à tu país.

¡Las letras están fatales!
vienen diciendo de allá.

Las artes....., ¡lástima da!
¡No están en el Congo tales!

Pues ¿los teatros? ¡Da grima!
¡Ni de talento hay destellos!.....

Y escriben comedias ellos
como maestros de esgrima.

Tajo aquí, cercén allá,
ora à la regla, ora al gusto,
cada escena nos da un susto
si calambre no nos da.

Y viendo al fin que no atinan
por medio ninguno humano,
cortar el nudo gordiano
ex cathedra determinan.

Con nuevas nomenclaturas
sus disparates bautizan.....;
y tanto la luz atizan
que nos dejarán à obscuras.

Quien de la *escuela moderna*
genio innovador se llama,
barba, galán, paje y dama
despacha à la vida eterna.

Quien se dice de la *antigua*,
en cánticos pobrecitos
de la otra cambia los gritos,
y que da sueño averigua.

Yo, que tal veo, me digo:
¡Tanto valen, à fe mía!
Con que firme en mi manía
de andar con entrambas sigo.

En lo que no hago ¡por Dios!
mas que, con maña oportuna,
tentar à la par fortuna
por cualquiera de las dos.

A veces, de sangre un río
vierto, en situación acerba,
y á veces, con una hierba
como un tonto me extasío.

Y en esto, sin duda alguna,
con sesudo estoicismo,
pruebo que me da lo mismo
por las dos que por ninguna:

Sin embargo, de mi afán
me daré por satisfecho
si no te enfada lo hecho
en *Montoya el Capitán*.

El pueblo me lo contó
sin notas ni aclaraciones;
con sus mismas expresiones
se lo cuento al pueblo yo.

Inútil es que me pidas
para medirle compás;
el pueblo tiene no más
el compás con que le midas.

La gente crítica y docta,
que por decidir se muere,
califíquele si quiere
de milagro ó de aneodota.

Se me da, Eugenio, un ardite
que lo juzgue bien ó mal,
que lo llame obra inmortal
ó de necia la acredite,

porque según lo que vemos,
no hay obra, y más siendo ajena,
que sea á su juicio buena....

Conque pregunto: ¿y qué hacemos?

Escucha los silogismos
con que vengo á deducir

que debemos escribir
sin miedo á nosotros mismos.

Si apenas entre unos y otros
hay un buen libro que hojear,
fácil es de remediar,
escribámosle nosotros.

Tal vez en el *item* demos,
y si no damos, peores
que los demás escritores
á fe que no quedaremos.

Y además, si es el placer
de los sabios *mal-decir*,
si damos en no escribir,
¿qué mil diablos han de hacer?

Yo soy terco, y lo confieso,
pues lo que escribo critican,
escribo porque se pican,
y ambos roemos el hueso.

Que al cabo va convenciéndome
la experiencia por de pronto,
de que no faltará un tonto
que se divierta leyéndome.

Y concebirse no puede
que no tenga un solo amigo
que aplauda lo que yo digo,
como á muchos les sucede.

Yo sé que en ambas escuelas
habrá quien haga á este prólogo
allá á solas un monólogo
como á una fluxión de muelas.

Mas yo vivo, por fortuna,
en tan dulce escepticismo,
que se me importa lo mismo
por las dos, que por ninguna.



EL CAPITÁN MONTOYA

I

LA CRUZ DEL OLIVAR

Muerta la lumbre solar
iba la noche cerrando,
y dos jinetes cruzando
à caballo un olivar.

Crujen sus largas espadas
al trotar de los bridones,
y vense por los arzones
las pistolas asomadas.

Calados anchos sombreros,
en sendas capas ocultos,
alguien tomara los bultos
lo menos por bandoleros.

Llevan, porque se presume
cuál de los dos vale más,
castor con cinta el de atrás,
y el de delante con pluma.

Llegaron donde el camino
en dos le divide un cerro,
y presta una cruz de hierro
algo al uno de divino.

Y es así, que si los ojos
por el izquierdo se tienden,
sotos se ven que se extienden
enmarañados de abrojos.

Mas vese por la derecha
un convento solitario,
en campo de frutos vario
y de abundante cosecha.

Echóse à tierra el primero,
y al dar la brida al de atrás,
«Aquí, dijo, esperarás»,
y el otro dijo: «Aquí espero.»

y hacia el convento avanzando
del caballero la obscura
sombra, se fué la figura
hasta perderse menguando.

Quedó el otro en soledad,
y al pie de la cruz sentado,
siguió inmoble y embozado
en la densa obscuridad.

Mugía en las cañas huecas
en son temeroso el viento,
rasgándose turbulento
por entre las ramas secas,
y en los desiguales hoyos
con las lluvias socavados,
hervían encenagados,
sin cauce ya, los arroyos.

Ni había una turbia estrella
que el monte alumbrara acaso,
ni alcanzaba à más de un paso
ciega la vista sin ella;

ni señal se apercibía
de vida en el olivar,
ni más voz que el rebramar
del vendaval, que crecía.

Y al hierro santo amarrados
ambos caballos estaban,
y allí en silencio aguardaban,
à esperar acostumbrados.

Ni de la áspera maleza
pisada, al agrio rumor,
les volvió su guardador
sólo una vez la cabeza.

Un pie sobre el otro pie,
embozado hasta las cejas,
metido hasta las orejas
el sombrero, se le ve

como un entallado busto
de alguno que allí murió,
y allí ponerse mandó
por escarmiento ó por susto.

Ni incrédulo faltaría
que si cerca dél pasara,
medroso se santiguara
dudando lo que sería.

Que á quien suele con la luz
y en compañía blasfemar,
bueno es hacerle pasar
de noche junto á una cruz.

Mas esto se quede aqui;
y volviendo yo á mi cuento,
digo que, dudoso y lento,
gran rato se pasó así.

Y ya se estaba una hora
de espera á expirar cercana,
cuando sonó una campana
de lengua aguda y sonora.

Y aun duraba por el viento
su vibración, cuando el guía,
alguien notó que venía
por el lado del convento.

Sacó la faz del embozo,
y oyendo el son más distinto,
echóse la mano al cinto,
y *¿quién va?* el amo y el mozo

preguntaron á la par;
mas conocidos los sones,
asieron de los bridones
y volvieron á montar.

Y es fama que, menos fiero
el señor con el criado,
dejóle andar á su lado
como digno compañero.

Y éste, al ver cuán satisfecho
volvió de su expedición,
así la conversación
introdujo de lo hecho:

—Señor, ¿cómo está la monja?

—Y ¿cómo ha de estar, Ginés?
Atortolada á mis pies
y más blanda que una esponja.

—Y ¿pensáis dejarla así?

—¡Dejarla, ni por asomo!
No sé todavía cómo,
mas la sacaré de allí,

que según lo que yo he visto,
más quiere la tortolilla

volar libre por Castilla,
que estar en jaula con Cristo.—

Y aquí el recio vendaval,
en voz y empuje creciendo,
puso lo que iban diciendo
para escucharse muy mal.

Y ellos, temiendo que acaso
les cogiera la tormenta,
sacaron por buena cuenta
los caballos á buen paso.

II

CUCHILLADAS EN LA CALLE

En una noche de Octubre
que las nieblas encapotan,
ahogando de las estrellas
la escasa lumbre dudosa,
de la ciudad de Toledo
en una calleja corva
que el paso desde el alcázar
á Zocodover acorta,
es fama que se apostaron
seis hombres, que grupo forman,
de una de las dos esquinas
á la prolongada sombra.
Murmuraron por lo bajo
algunas palabras cortas;
cortas, porque á ellos les bastan,
bajas, por si hay quien las oiga.
Repartieron sus puestos
con precaución previsora,
favorable á los que esperan,
y á los que lleguen dañosa;
y quedaron en silencio
casi por un cuarto de hora,
tan ocultos y pegados
á la tapia en que se apoyan,
tan hundidas en la niebla
sus desvanecidas formas,
que hubo quien pasando entre ellos
juzgó la calle muy sola.
Caía desde las tejas
desprendida gota á gota
la niebla, que do halla sitio,
calladamente se posa,
y alguna ráfaga errante,
con tenue voz melancólica

cruzaba de alguna reja
 las hendiduras angostas.
 Se oían de cuando en cuando
 sonar por la calle próxima
 puertas y aldabas de casas,
 pasos y voz de personas.
 Mas nada á los apostados
 mueve, anima ó impresiona,
 ni voces ni transeuntes
 parece que les importan.
 Inmóviles permanecen,
 y las sospechas se agotan
 al ver que por ellos pasan
 tanta gente y tantas horas;
 y es imposible atinar
 con el intento que forman,
 cogiendo la calle á espacios
 por ambas aceras toda.
 Marcó las once un reloj,
 sonaron tardas y cóncavas
 de las once campanadas
 las once pesadas notas,
 y al par que en la callejuela
 los cinco se desembozan,
 alumbrándola por dentro,
 luz á una puerta se asoma.
 Corriéronse los cerrojos,
 rechinó la llave sorda,
 y un cuadro de luz voluble
 vaciló en piedras y losas.
 Transpusieron los umbrales
 tres bultos, y una tras otra
 se oyeron tres despedidas
 que murmuraron tres bocas.
 Quitó la luz el de dentro,
 dobló á la puerta la hoja,
 quedó en tinieblas la calle,
 y dijeron fuera: «¡Ahora!»
 «¡Viles!» gritó el que salía;
 los que esperaban, «¡La moza,
 dijeron, cuenta con ella!»
 Y á esta palabra traidora,
 en dos pedazos la calle
 partida, en música ronca
 crujieron y en lid confusa
 de las espadas las hojas.
 «Asirla», dicen los unos;
 «¡Hija, á mi espalda!», en voz torva
 decía el recién salido,
 que las cuchilladas dobla.

«¡Cómo, decían los unos,
 son dos y tenernos osan!»
 «¡Cómo, murmuraba el otro,
 villanos tientan mi honra!»
 «¡Mueran!», dicen de una parte;
 «¡Vengan!», dicen de la otra;
 y crece de la contienda
 la confusión temerosa.
 Llueven los tajos sin tino,
 y aunque se tiran con cólera,
 como tirados á ciegas,
 la mayor parte malogran.
 Pero valientes parecen,
 porque se buscan y acosan
 con terquedad tan resuelta,
 que unos de otros se asombran.
 Dan, hieren, cubren, atajan,
 tierra ganan, tierra cortan,
 y al ruido de los aceros
 la vecindad se alborota.
 Sacaron luces por alto,
 gritaron: «¡Fuego! ¡La ronda!
 ¡La guardia!» Mas todo inútil,
 porque los tajos redoblan.
 Las mismas luces que sacan
 son de los menos en contra,
 y por doquiera cercados,
 en sus postrimeras tocan.
 En esto, la calle arriba
 llegó un mozo á quien abona
 por noble la larga pluma
 con que su sombrero adorna,
 que excusándose palabras
 y revelándose en obras,
 echó la capa por tierra
 y por aire la tizona.
 Púsose en pro de la dama
 como quien hidalgos goza
 pensamientos, y ha nacido
 de noble sangre española;
 y anuncióse con tal furia
 de cuchilladas, que á pocas
 tendió en la calle dos hombres
 en las postreras congojas.
 Y tan rápido revuelve
 contra los cuatro que afronta,
 que con una sola espada
 para los cuatro le sobra.
 Con tiempo y valor apenas
 para su defensa propia,

dijo uno de ellos: «¡A tanto,
sólo el demonio se arroja!»
Y al escucharle el mancebo,
dijo con voz poderosa:
*Con una legión no basta
para el capitán Montoya.»*
Y haciendo el último esfuerzo,
la calle entera despoja,
por donde entraba á tal punto
á todo correr la ronda.

III

OFERTAS

Cuando llegó la justicia
de la contienda al lugar,
halló asido de la mano
con un hombre al Capitán.
Desmayada una doncella,
de él se veía detrás,
por otro hombre sostenida
con intensísimo afán.
Y cuando ufanos quisieron
meter su tardía paz,
oyeron en esta guisa
al desconocido hablar:
—Fadrique soy de Toledo,
Montoya, no os digo más:
mi honor os debo y mi hija;
si tienen precio mirad.
Y vedlo bien, que aunque entrambos
me demandéis á la par,
os juro á Dios desde ahora
que son vuestros, Capitán.
—Lo hecho, dijo Montoya,
pagado en exceso está
con la amistad de un Toledo;
ésta es mi mano, tomad:
hice lo que debe un noble;
no hablemos en ello más.—
Y asiéndola don Fadrique,
dijo:—Montoya, apretad.—
Tornóse después á su hija,
y volviéndose á nombrar,
paso le dieron y gente
con que ir en seguridad.
Tomó cartas la justicia,
y empezando á *justiciar*,
llevóse en prenda los muertos,

y citó ante el tribunal
á los testigos que hubiere,
incluyendo al Capitán,
quien calándose el sombrero
replicóles:— ¡Bien está!
Póngame, seor corchete,
esa capa en caridad,
y tome esa friolera
con que entierren á ese par.—
Y echando un bolsillo de oro
de la justicia en mitad,
fuése, dejando en la turba
admiración general.

Y justamente admirado
merece ser en verdad
quien da tales cuchilladas
y tales bolsillos da.

IV

EL CAPITÁN DON CÉSAR

—¡Esa gente es un tesoro!
Él generoso y valiente,
ella hermosa; ¡y juntamente
la ofrecen pesada en oro!
¿Qué te parece, Ginés?
Cuatro millones la dan.
—¡Gran presa, mi Capitán!
¿La aceptaréis?

—¡Fácil es!

—¿Y la monja?

—¡Eso te aflige!

¡Buenas son ambas, por Dios!
Y quien de dos toma dos,
como hombre avisado elige.

Dicen que parece mal
que hombre de mi condición
viva siempre solterón
derrochando su caudal.

Y á mí también me parece
que quien tanto tiene y vale,
pues de lo vulgar se sale,
más de lo vulgar merece.

La consecuencia te toca:
sí una me dan y otra quito,
que con dos puedo acreditar;
conque, Ginés, punto en boca.—

Esto dijo el Capitán,
y pidiendo de vestir,
anunció que iba á salir
á cierto asunto galán.

Colgóse al cinto la espada,
de plata en doble cadena,
tendió la negra melena
sobre la gola plegada.

Caló el chambergo de lado,
y retirando el espejo,
tornó su postrer consejo
á repetir al criado.

Doblóse este siervo fiel
en presencia del señor,
y ganando un corredor,
cruzóle delante de él.

Abrióle de par en par,
una tras otra, tres puertas,
que se quedaron abiertas
mucho después de pasar.

Venia le hicieron gran pieza
siervos que al paso topó,
y un paje tras él salió
descubierta la cabeza.

Y á fe que se colegía
mirando tal homenaje,
que era mucho personaje
quien con tal pompa vivía.

Mas ya es tiempo ¡vive Dios!
de que dé el lector discreto
con quién es este sujeto
que anda ha rato entre los dos.

Sepa, pues, que el capitán
don César Gil de Montoya
es de las armas la joya,
y de las hembras imán.

Nadie se atreve á afrontallo,
ni hay quien resista su lanza;
nadie su poder alcanza,
sea á pie, sea á caballo.

En liza donde él se mete
por empeño ó por favor,
nunca falta justador
para el último jinete.

En fiesta ó lance que él entra,
toda opulencia es escasa;
nadie en lo galán le pasa,
ni más bizarro se encuentra.

Favorece á quien pregunta,
obliga á quien aconseja,

enloquece á quien corteja,
y avasalla á quien se junta.

Audaz con quien enamora,
manda, cela, acosa, exige,
y al cabo del mes elige
nuevo amor, nueva señora.

Un filtro lleva en los ojos
que fanatiza á quien ama,
deleite su voz derrama,
y fuego sus labios rojos.

Mujer que cayó en su red,
su corazón dejó preso,
que sorbe con cada beso
un corazón cada vez.

No hay puerta que le resista
ni reja que le desaire,
que entra su amor como el aire;
con sólo mirar conquista.

Como un sultán opulento,
como un Adonis hermoso,
sin par en lo generoso,
sin igual en ardimiento,
sol que mata las estrellas,
la fama arrebatada toda;

y es siempre el galán de moda
entre las damas más bellas.

Resuena desde Toledo
su nombre por toda España;
los nobles le tienen saña,
los bravos le tienen miedo.

Los golillas le desdoran,
los clérigos le aborrecen,
los soldados le apetecen,
y los villanos le adoran.

Mas á él le importa un ardite
de tan varia voluntad,
y toma por la ciudad,
donde le encuentra, desquite.

Que no hallando ningún Cid
ni topando una Lucrecia,
cuantas conquista, desprecia,
mata cuantos vence en lid.

Tiene un palacio por casa,
da fiestas por afrentar,
que no hay quien sepa igualar
sus profusiones sin tasa.

Sin amigos y sin deudos,
vive sólo para sí,
y le mantienen así
sus herencias y sus feudos.

Tan rico y gran bebedor,
no hay medida á sus deseos,
y pasa entre devaneos
una existencia de amor.

Y para ahogar su indolencia
y ocultar que se fastidia,
juega sin afán ni envidia
pedazos de su opulencia.

Si gana, sin ver recoge;
si pierde, paga sin ver;
y ni en ganar ni en perder
hay medio de que se enoje.

Y según derrama el oro
cuando pierde ó cuando presta,
parece que tiene puesta
cada mano en un tesoro.

Hay quien de impío le trata,
y juzga que es mal ejemplo
que un paje le lleve al templo
cojín con borlas de plata,

y que es audacia inaudita
hincarse al pie de la grada
y esperar á una tapada
para darla agua bendita.

Y aun corren de sus amores
susurros por la ciudad,
que á ser ciertos, en verdad
pueden tornarse clamores,
que anda entre ellos una llave
con que se abre un presbiterio....
Mas el caso es un misterio
y la verdad no se sabe.

Él sigue ufano y galán,
y los rumores de que hablo,
si los sabe, los da al diablo
satisfecho el Capitán.

Tal es, amigo lector,
el don César de mi cuento:
si le crees malo, lo siento;
mas no fué mucho mejor.

V

INSUFICIENCIA DEL POETA

Casa don Fadrique á Diana,
y en su palacio reúne
cuanto hay en Castilla entera
en armas y amor ilustre;

que es don Fadrique muy rico
y á origen de reyes sube,
y sólo el Rey le aventaja
cuando sus empeños cumple.
Ofreció una noche su hija
en lance que aun hoy encubre
el misterio de las sombras,
á un hombre á quien atribuye
tantos misterios el vulgo,
como al lance que produce
el repentino consorcio
que amor y razones une.
Mas aunque pasa la noche
y ya su presencia urge,
el novio no está en Toledo,
lo que á sospechas induce.
Mas buenas tiene sin duda
razones que le disculpen,
porque aunque le echan de menos
nadie de falso le arguye.
Todos aguardan que llegue,
y no hay un alma que dude
que se hallará al dar las diez
en los salones del Duque.
Que él ha marcado esa hora,
y tal confianza infunde
su palabra, que no hay prenda
que más valga ni asegure.
Prosiguen, pues, de la boda
las fiestas, los brindis crujen,
y suenan los instrumentos
voluptuosos y dulces.
Nunca tal gala ostentaron
los que de grandes presumen,
ni vió jamás tanta pompa
la asombrada muchedumbre.
Inútil es ponderarla,
y querer pintarla inútil,
que fiestas como ésta mía,
contándolas se deslucen.
Harto lo llora el poeta,
Mas ¡ay, que por más que luche
con su voz y con su lira,
la realidad no le suplen!
Hará que sus *creaciones*
en bellos versos murmuren,
que canten báquicos himnos
cuando su festín concluyen.
Podrá, cuando más se afane,
de quien su cuento le escuche

lograr que se finja apenas
 el rostro, las actitudes,
 la situación ó el carácter
 de los seres que dibuje;
 todo ello pesado y débil,
 aunque á lo vano renuncie.
 Podrá trazar en un cuadro,
 aunque sombras se le enturbien,
 las principales figuras
 de que su historia se ocupe;
 mas la luz, y el movimiento,
 y el todo que las circuye,
 la multitud, las comparsas
 que en torno de ellas agrupe,
 que giran, hablan, murmuran,
 van, vienen, bajan y suben,
 las cercan ó las desvían,
 y con ellas se confunden,
 y respiran con su aliento,
 y con impulsos comunes
 con ellas gozan, esperan,
 ríen, cantan, lloran, sufren.....
 ¡Imposible que lo pinten
 y en la mente lo acumulen
 con voz, movimiento y vida
 fácil, palpable, voluble!
 ¿Cómo contar el tumulto
 que en un momento produce
 en un salón donde danzan,
 un lance que lo interrumpe?
 La voz de «¡Ahí está, señores,
 ahí está!», que brota y bulle
 de boca en boca rodando
 y en derredor se difunde;
 y el son de las herraduras
 del bridón que le conduce,
 que al detenerse en el patio
 hace que el patio retumbe;
 que en las puertas y ventanas
 los que bailaban se agrupen,
 y por ver mejor se empinen
 se encaramen y se empujen;
 los muchos que, prodigando
 serviles solicitudes,
 bajan á asirle el estribo
 porque les mire ó salude,
 y el salón que dejan solo
 con la alfombra y con las luces,
 y la chimenea, en donde
 chisporretea la lumbre,

¿con qué voz, ni con qué lira
 se pinta ó se reproduce,
 de modo que quien escucha
 lo conciba y no se ofusque?
 ¿Cómo el satisfecho porte
 contar con que se descubre
 al apetecido novio
 que por la escalera sube,
 mientras se agolpa por ella
 la aturdida servidumbre,
 y al peso de los curiosos
 por ambas barandas cruje?
 Avanza, pues; por la sala
 la gente se distribuye,
 y este es el lance más crítico
 que en toda la noche ocurre.
 Corre confuso murmullo
 y ancho movimiento cunde,
 mientras, asiendo un instante,
 á sí cada cual acude.
 Quién se compone la gola,
 quién los vuelillos se sube,
 quién desencaja una hebilla
 porque el cinturón le ajuste;
 quién se revienta unos guantes,
 y del placer en la cumbre,
 las hermosas se sonríen,
 y aunque astutas disimulen,
 la vista á un espejo tienden,
 la mano á la flor ó al bucle.
 La que gracias ó riquezas,
 bien que la pesa, no luce,
 busca á una bella la espalda,
 que aunque la humille la oculte.
 Aquí asoma un pie pequeño,
 allí unos ojos azules,
 acá una falda de encaje,
 allá un airón de tisúes;
 aquí un cuello alabastrino,
 y allí una mano que pule
 un centenar de brillantes
 que por mano y dueño arguyen.
 Todo esto en viviente masa,
 con movimientos comunes,
 con existencia uniforme
 que en todo fermenta y bulle,
 que gira ó que vaga á un tiempo,
 se dispersa ó se reúne,
 danza ó se asoma, y el ruido
 cesa, aumenta ó disminuye:

este momento de atenta
y afanosa incertidumbre,
¿quién lo cuenta ó quien lo canta,
por más que á la par se junten
la voz y el arpa, sin ver
que es fuerza al fin que renuncien
la voz y el arpa, humilladas;
á empresa donde sucumben?

Desisto, pues, de mi empeño,
y aunque me da pesadumbre,
el salón de don Fadrique
quien pueda que se figure.

VI

EL NOVIO

Todos los ojos clavados
en la puerta del salón,
toda la gente del baile
agolpada en derredor,
en impaciente y atenta
duda un instante quedó,
esperando la llegada
del venturoso amador.

Don Fadrique, Diana y todos
los parientes que juntó
en su fiesta el noble Duque,
de sus huéspedes en pos,
están al dintel parados,
que el danzar se interrumpió,
y ahogaron los instrumentos
su ya no escuchado son.

Todos inciertos callaban,
y allá en confuso rumor,
del novio por la escalera
se percibía la voz,
como si alguno á su paso,
demandándole atención,
recibiera una respuesta
de superior á inferior.

—¿Comprendiste? dijo al fin
en voz clara.—Sí, señor,
repuso otra voz humilde;
y él á replicar volvió:

—La hora, las dos en punto;
la gente, nosotros dos.—
Y de sus anchas espuelas
áspero compás se oyó.

Cundió general murmullo
de gente por el montón,
la masa de mil cabezas
adelantándose hirvió,
moviéndose á un tiempo todas
para ver y oír mejor;
y á tal punto, por la sala
con paso resuelto entró
el buen capitán don César,
cual siempre fascinador.
Echó los brazos al cuello
de don Fadrique, tomó
la mano á Diana, y besóla
con acendrada pasión,
y por la estancia avanzando,
en tal guisa les habló:
—Señor Duque, hermosa Diana,
si tardé, mirad que estoy
pronto desde este momento
á demandaros perdón.

—Capitán, en vuestra casa
nadie exige sino vos.

Id, venid cuando os pluguiere,
sin pena y sin restricción,
que en todo lo que gustareis
nos daréis gusto y honor.

—Pues cuando os venga en agrado,
señor Duque, la ocasión
del notario aprovechemos,
con la ley cumplamos hoy;
y atendiendo á ambos mandatos
de justicia y religión,
hoy nos casarán las leyes,
mañana temprano, Dios.
¿Os place?

—¡Sí, por mi vida!

—¿Y á vos, Diana?

—¿Tengo yo
más voluntad que la vuestra,
mi esposo y libertador?

—Pues de ese modo, abreviemos,
que aunque por ello aflicción
siento en el alma, esta noche
aun mi ausencia no acabó.—

Volvióse á tales palabras
el Duque, y conversación
siguieron de esta manera
por lo bajo ambos á dos:
—Don César, ¿lleváis espada?
—Solamente á precaución.

—Sabéis, Capitán, que os debo....

—Gracias, Duque; aunque de honor,
no es asunto de estocadas,
sino de tiempo.

—¡Por Dios,
que tomara por agravio
que en caso de exposición
reclamarais el auxilio
de otro que no fuera yo!
—Dormid sin cuidado, Duque,
que en todo evento hombre soy,
y os despertaré mañana.
Volved esta noche vos
al baile desde la mesa;
danzad, Duque, sin temor,
y no os acordéis de mí
hasta que despunte el sol.—
Y así el Capitán diciendo,
la mano de Diana asió,
y á otro aposento pasaron
con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente
los contratos en unión,
volvióse á la danza luego
y á la mesa se volvió.
El Duque estuvo gozoso,
el Capitán decidor,
y Diana hermosa y radiante
y hechicera como el sol.
Y aunque no faltó un misántropo
que admirado se mostró
y auguró mal de esta boda,
cenando como un león,
desde la cena, la danza
tercera vez empezó,
Más que nunca bullicioso
y pacífico el salón.
mas justo será añadir
como fiel historiador,
que mientras seguía el baile
y de los brindis el son,
el Capitán y Ginés
salían al dar las dos,
de la empinada Toledo
por las puertas del Cambrón.

VII

DOÑA INÉS

Cerraron en un convento
á doña Inés de Alvarado,
y obraron con poco tiento,
porque jamás fué su intento
tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,
de noble estirpe nacida,
pensó, libre mariposa,
de volar de rosa en rosa
por el jardín de la vida.

Con dos ojos que hallan poca
la luz del brillante sol,
y una mente inquieta y loca,
¿quién puso bajo una toca
corazón tan español?

¿Qué valen las celosías
que la aprisionan el ver,
si en sus bellas fantasías
adora todos los días
sus delirios de mujer?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!
que algunos doctores viejos
nieguen el mundo para ella,
si presintiéndose bella,
se encuentra con los espejos?

Y ¿qué la importan los sonos
del salterio sacrosanto,
si las lindas tentaciones
de otro dios y otras canciones
se la acuerdan entretanto?

¿Cómo abrazar las espinas
del ayuno y la oración
como exigencias divinas,
si hay otras que están ladinas
punzándola el corazón?

¿Para qué son sus sentidos
si de nada han de gozar?
¿Qué fué para los nacidos
el mundo á que son venidos,
si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos
los mal mutilados rizos,
si no ha de prender en ellos
una flor, que hará más bellos
sus ojos antojadizos?

Doquier que su sombra alcanza,
curiosa va tras su sombra
con afanosa esperanza,
y el pie se ensaya en la danza
doquiera que halla una alfombra.

Doquier que hablan de virtud,
la causa secreta estudia
de su secreta inquietud;
doquier que encuentra un laúd,
un himno de amor prelude.

Tal vez á solas mirando
de su mansión los cerrojos,
las horas pasó soñando,
y se encontró, despertando,
con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana
al ver la inmensa campiña
donde cruza una aldeana,
trocar su sayal de lana
quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja
y al bordar un santo nombre,
la santa labor estruja;
que audaz tentación la empuja
á delinear el de un hombre.

Y así se la van los días
en suspirar y gemir,
por las bóvedas sombrías
de las largas galerías
que la habrán dé ver morir.

Y sus ojos se marchitan,
y sus labios palidecen,
y sus pies se debilitan,
y sus delirios la irritan,
y sus pesadumbres crecen.

¡Oh, que al abrir un convento
á doña Inés de Alvarado,
obraron con poco tiento,
que bien se ve que su intento
no la llamaba á su estado!

—

Pero ¿qué han visto sus ojos,
que serenos y radiantes,
ha días que sin enojos
moderaron los antojos
tras de que corrieron antes?

Ella, que ayer esquivaba
del templo el cantar sonoro
y la oración la cansaba,

hoy de rodillas se clava
ante las rejas del coro.

Ella, que ayer distraída
asistía al gran misterio
del Redentor de la vida,
hoy no quita, embebecida,
los ojos del presbiterio.

Ella, que ayer con el son
del importuno esquilón
dejaba el lecho tardía,
hoy madruga con el día
y adora la creación.

Ella, que ayer descuidada
olvidaba sus labores,
hoy, noche y día afanada,
multiplica delicada
sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento
ofrendas del sentimiento
bajo formas infinitas,
sus labores exquisitas,
que orgullo son del convento.

Mutación inesperada
que á sus hermanas admira;
*y la oveja descarriada,
dicen, del pastor llamada,
ya á su redil se retira.*

*Ya vuelve al dulce reclamo
de la dulce compañía,
y á los cuidados de su amo,
la blanca oveja que huía
tan salvaje como el gamo
nacido en la selva umbría.*

Y en secretas reuniones
dándose la enhorabuena,
doblaban las oraciones,
pidiendo á estas intenciones
perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!
¡Oh necias, sin duda alguna,
las pobres siervas de Dios,
si no alcanzasteis ninguna
lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto,
su tez la color recobra,
sus ojos brillo y encanto.....
Y ¿pensáis que el fuego santo
tales maravillas obra?

¿Pensáis que el alma prensada
en la seca soledad

vuelve á una niña apenada
la pura tez sonrosada
y el contento y la humildad?

¡Oh necias, que sin recelos
cubris el mundo y los ojos
con vuestros benditos velos,
cuando á la luz de los cielos
se ven muy mal sus abrojos!

¡Necias! La blanca ovejuela
que se vuelve á su pastor,
y cuya vuelta os consuela,
es tórtola que se vuela
al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban
clavados en el altar,
el altar no contemplaban,
que otros ojos no cesaban
sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,
pero, pese á los cerrojos,
lenguas en ojos residen,
y los espacios se miden
con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,
y un hombre la devoraba
con sus ardientes pupilas,
y doña Inés se abrasaba,
y vosotras.... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su exceso,
ni de la reja á una esquina
visteis que, perdido el seso,
tendió la mano, y que un beso
crujió en la mansión divina.

Ni visteis que, en vez de andar
al toque de los maitines
desde su celda al altar,
solía más tarde entrar
al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una
que, del paseo ce'osa,
abriese ventana alguna,
y viese huir con la luna
una sombra sospechosa.

Ni hubo ningún jardinero
que, al primer canto del gallo,
viese acercarse rastro
un rondador caballero,
que atrás dejaba un caballo.

Ni os ocurrió que sus flores,
sus vistosos ramilletes

que encontraban compradores,
pudieron de sus amores
guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiondo
el sueño de la tornera,
las llaves manoseando,
abierta afición mostrando
del manajo á la tercera.

¡Oh! Que al abrir un convento
á doña Inés de Alvarado,
obraron con poco tiento,
pues ni han mirado su intento,
ni en el Capitán pensado.

VIII

AVENTURA INEXPLICABLE

Tras grave asunto, á juzgar
por lo que van espoleando,
corren dos hombres, cruzando
á caballo un olivar.

No está la noche muy clara,
mas bien se ve al pie de un cerro
una cruz grande de hierro
que dos caminos separa.

Y de advertir fácil es,
aun á los ojos peores,
que son dos los corredores,
y los caballos son tres.

Echó pie á tierra el primero,
y al dar la brida al de atrás,
le dijo: «Aquí esperarás»;
y el otro dijo: «Aquí espero.»

Y hacia el convento avanzando,
del caballero en la obscura
sombra se fué la figura,
hasta perderse, menguando.

Y aquí, ¡oh mi lector amigo!
fuerza será que convengas
en que es preciso que vengas
hacia el convento conmigo.

Signe mi camino, pues,
y de una verja detrás,
un atrio acaso hallarás
á pocos pasos que des.

Sube tres gradas, si puedes,
da un paso más, y con él

tocarás en el cancel,
donde es fuerza que te quedes.

¿Ves un hombre que, embozado,
encorvando la figura,
por la estrecha cerradura
en mirar está ocupado?

Acércate sin temor,
que lo que alcanza por dentro,
no hace temible el encuentro
del Capitán reñidor.

Tú, lector, preguntarás:
—¿Conque el Capitán es ése?—
El mismo, mas que te pese;
pero hazte un poquito atrás,
porque levantando el brazo,
empuja á espacio la puerta.
Entró, y dejándola incierta,
sopló el aire y dió un portazo.

Mas veo, lector, que dices,
sin que pueda replicarte,
que esto es, llamándote, darte
con la puerta en las narices.

Mas tu impaciencia sosiega,
todo lo presenciarás,
que del poeta, á eso y más
el poder mágico llega.

Está el Capitán en pie
en medio de la ancha nave,
y á la verdad que no sabe
ni qué pasa, ni qué ve.

El templo mira enlutado
con lúgubre terciopelo,
muchacha haciendo duelo,
y un féretro en medio alzado.

Vense en el paño del túmulo
entrelazados blasones,
y á la luz de los blandones
un cadáver en su cúmulo.

Monjes le rezan en coro
tristísimos funerales,
y le alumbran con ciriales
pajes de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste,
y que la tumba rodea,
dado que bien no se vea,
se ve que de noble viste.

Y parece que al bajar
el que ha finado á su nicho,
memoria tuvo capricho
de su opulencia en dejar.

Y al par que su eterna calma
las oraciones consuman,
mirras y esencias perfuman
la despedida del alma.

Música triste le aduerme,
salmodias le santifican,
é hisopos le purifican
el cuerpo, que yace inerme.

Mas aquellas oraciones
y responsorios precisos,
llevan de anatema visos
y planta de maldiciones.

Á veces son sus compases
hondos, siniestros, horribles,
murmurando incomprensibles,
negras é incógnitas frases.

En son lento, ronco y quedo
se hacen oír otras veces,
y entonces aquellas preces
hielan los huesos de miedo.

Otras semejan aullidos
discordes, desesperados,
lamentos de condenados
de los infiernos salidos.

Otras lejanos rumores,
cual de tormentas, se escuchan,
ó de ejércitos que luchan,
los espantosos clamores.

Y siempre siendo los mismos
los sonos que se levantan,
responsos á un tiempo cantan
y murmuran exorcismos.

Atónito de la escena
extraña y aterradora
que encuentra tan á deshora
y le asombra y enajena,

don César, con paso lento,
entre la turba mezclado,
dirigióse á un enlutado
que oraba en aquel momento.

—¿Quién es el muerto, sabéis,
dijo, á quien rezando están?—
Y él respondió:—*El capitán
Montoya: ¿le conocéis?*—

Mudo quedó de sorpresa
don César oyendo tal,
mas no lo tomó tan mal
como tal vez le interesa.

Volvióle la espalda, pues,
diciendo:—*Me ha conocido.*

*y burlárseme ha querido;
mas luego verá quién es.—*

Siguió la iglesia adelante,
y una capilla al cruzar,
vió un sepulcro preparar,
entre otros varios vacante;

y á un personaje que halló
de luto, y que parecía
que el trabajo dirigía,
el Capitán se acercó.

—*¿Para quién abren la hoya?*
le dijo; y el enlutado
le contestó de contado:

—*Para el capitán Montoya.—*

Mudósele la color
á don César; mas repuesta
su calma, al de la respuesta
volvió entre risa y furor.

Miróle de arriba abajo,
pero no le conoció;
segunda vez le miró,
pero fué inútil trabajo.

Ni recordó que quizás
le hubiese visto la cara,
ni imaginó que la hallara
tan repugnante jamás,

que encontró en ella tal gesto
de aterradora hediondez,
que por no verla otra vez,
dejó caviloso el puesto.

Fuése á otro punto á situar,
diciendo:—*¡Ese hombre estremece!*
*De aquel sepulcro parece
que le acaban de sacar.—*

Uno tras otro se puso
á contemplar los que vía,
mas á nadie conocía,
de lo que andaba confuso.

Tenían todas las caras
descoloridas y secas,
y dijeran que eran huecas,
á más de antiguas y raras.

Cansado de fiesta tal,
y á impulso de una aprensión,
llegóse á un noble varón
que oraba con un cirial.

Cabe él la rodilla apoya,
y dícele ya con miedo:

—*¿Quién es el muerto?*—y muy quedo
contestó el otro:—*Montoya.—*

Del catafalco á los pies
llegó entonces decidido,
de aquella duda impelido,
á ver el muerto quién es.

Por los monjes atropella,
tropa al túmulo, la caja
descubre, ase la mortaja,
y él mismo se encuentra en ella.

Miró y remiró, y palpó
con afán hondo y prolijo,
y al fin consternado dijo:
—*¡Cielo santo, y quién soy yo!*

Miró la visión horrenda
una y otra y otra vez,
y nunca más que á sí mismo
en aquel féretro ve.
Aquel es su mismo entierro,
su mismo semblante aquel:
no puede quedarle duda,
su mismo cadáver es.
En vano se tienta ansioso;
los ojos cierra, por ver
si la ilusión se deshace,
si obra de sus ojos fué.
Ase su doble figura,
la agita, ansiando creer
que es máscara puesta en otro
que se le parece á él.
Vuelve y revuelve el cadáver
y le torna á revolver;
cree que sueña, y se sacude
porque despertarse cree,
y tiende el triste los ojos
desencajados, doquier.
Mas ¡nuevo prodigio! Mira
á las puertas, y al dintel
ve que despiden el duelo,
de duelo henchidos también,
don Fadrique y doña Diana,
que arrastran luto por él.
Baja, les tiende los brazos,
les nombra, cae á sus pies.
—*Miradme*, les dice atónito,
Montoya soy, vedme bien.—
Y ellos le miran estúpidos
sin poderle conocer,
é inclinando las cabezas,
replican:—*Montoya fué.—*

Entonces, desesperado
con angustia tan cruel,
vase otra vez hacia el muerto
demandándole quién es.
—*¿No hay quien sepa aquí quién soy?*
¿No hay á salvarme poder?—
Y allá desde el presbiterio,
de las rejas al través,
oyó una voz que decía:
—*Sí, te conozco, mi bien:*
abre; ¿qué tardas? Partamos:
yo soy tu amor, soy tu Inés.—
Y los brazos le tendía
la de Alvarado también,
de la reja tentadora
tras el cuádruple cancel.
Mas viéndola cual espectro
que le persigue á su vez,
gritaba él:—*Aparta, aparta;*
¿que sñy cadáver no ves?—
Y apenas palabras tales
pronunció, cuando tras él
vió llegarse aquel fantasma
cuyo gesto de hediondez
le hizo miedo, y no le pudo
recordar ni conocer.
Contemplóle de hito en hito,
le asió del brazo después,
y así con voz espantosa
vió que le dijo:—*¡Pardiez!*
Tú eres quien cambia conmigo;
á mi sepultura ven.—
Y á esta horrorosa sentencia,
ya sin poderse valer,
cayó en el suelo Montoya,
falto de aliento y de pies.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es de mi vida?
¿Respiro aún? exclamó
Montoya abriendo los ojos,
con desfallecida voz.
—Señor, estáis en mis brazos.
—¿Eres tú, Ginés?
—Yo soy.
—¿Dónde estamos?
—En la cruz.
—¿Del olivar?
—Sí, señor.

—¿No estuve yo en el convento?
Pues ¿quién de allí me sacó?
—Yo fui, señor.
—¡Tú, Ginés!
—Perdonad; temí por vos,
y viendo que el tiempo andaba
y ni seña ni rumor
esperanza me infundían,
tras vos eché.
—¡Santo Dios!
¿Y llegastes....
—A la iglesia.
—¿Atraído por el son?
—Señor, no he oído nada.
¿No os lo dije?
—¿Cómo no?
¿Dentro la iglesia no vistes
los enlutados en pos
De mi cadáver?—Miróle
absorto de admiración
el mozo, y dijo:—Soñamos,
ó vos, don César, ó yo.
Ni vi, ni oí cosa alguna.
—¿Conque es mía esa visión?
¡A mis ojos solamente
horrenda se presentó!
¿No vistes conmigo á nadie?
—Os juro á mi salvación,
que solo os hallé tendido
al pie del altar mayor;
y viendo el peligro doble
del sitio y la situación,
ni me detuve á pensar
si estabais herido ó no;
cargué con vos y me vine:
ni oí ni vi más, señor.—
Calló Ginés, y don César,
á estas palabras quedó
distráido y abismado
en honda meditación.
Mirábale de hito en hito
Ginés, que aterrado vió
de la faz del Capitán
la extraña transformación.
Desencajados los ojos,
palidecido el color,
torvo el mirar, parecía,
más que vivo, aparición.
Sentado en el pedestal
de la cruz, do él le posó,

inmóvil permanecía
 sin fuerza y sin intención,
 amarrado á un pensamiento
 que bullía en su interior,
 y que se vía que todas
 las potencias le absorbió,
 como quien mira aterrado
 negra y horrible visión
 que le borra de los ojos
 cuanto existe en derredor.
 Temeroso el buen criado
 por su juicio y su razón,
 dirigióle atentas frases
 con afán consolador.
 Mas él ni tornó los ojos
 ni á sus voces respondió,
 ni agradeció sus cuidados,
 que en nada puso atención:
 y al cabo de largo trecho,
 con repentino vigor
 levantándose en silencio,
 en su corcel cabalgó.
 Hincóle los acicates,
 y el poderoso bridón,
 tras un poderoso brinco,
 á todo escape salió.
 Santiguóse el buen Ginés,
 y en su ruin superstición,
 dijo: —¿Si tendrá los malos?—
 Y á escape tras él echó.

IX

Por una puerta secreta
 que de los salones sale
 á un secreto gabinete,
 puede á estas horas mirarse
 á don Fadrique y don César,
 que, pálidos los semblantes,
 plática tienen trabada
 de asunto en verdad muy grave.
 Demanda con vehemencia
 don Fadrique, y contestarle
 resiste el otro, en su empeño
 ambos por demás tenaces.
 El Capitán, asentado
 en un sillón, torvo yace,
 guardando, pésele al otro,
 un silencio inalterable;

y don Fadrique, colérico,
 en pie á su lado, las frases
 le dirige más violentas
 que halló para provocarle.
 Dejábale el Capitán
 que la ira desahogase,
 como si con él no hablara
 ni pudieran escucharles.
 Y al fin, de calma en su cólera
 aprovechando un instante,
 dirigióle la palabra
 con razones semejantes:
 —Todo es inútil, denuestos,
 súplicas, amagos, ayes;
 el mundo entero no puede
 á que os lo diga obligarme.
 Un secreto es que conmigo
 quiero que al sepulcro baje,
 y no ha de saberlo nunca,
 desde el sol abajo, nadie.
 Si es sueño ó delirio mío,
 quiero de él aprovecharme:
 si es un aviso del cielo,
 es imposible excusarle.—
 Tornó al silencio don César,
 y el Duque, que aunque no alcance
 la razón, sospecha alguna,
 díjole sin ira casi:
 —Don César, noble he nacido,
 y por mucho que yo os ame,
 llevar no puedo en paciencia
 sin una excusa un desaire.
 Por misterioso ó fatal,
 por precioso ó repugnante
 que el secreto sea, ¿creéis
 que no sabré yo guardarle?
 —Sabéis quién soy, don Fadrique,
 y por excusa esto baste,
 que no hablaré más en ello
 si santos me lo rogasen.—
 Y aquí, ya de don Fadrique
 la cólera desbordándose,
 dijo al capitán Montoya
 con voz resuelta y pujante:
 —¡Vive Dios, señor don César,
 que esto nó es más que un ultraje
 que hacer queréis á mi casa,
 y que está pidiendo sangre!
 Si no podéis el motivo
 descubrirme que deshace

vuestra boda, satisfecho de un modo ó de otro dejadme. — Señor Duque, ya está dicho. Si lo dejo de cobarde, pues que me debéis la vida, nadie como vos lo sabe; pero os juro que, aunque osado lleguéis hasta abofetearme, no haréis que por causa alguna la espada más desenvaine, ni más me la he de ceñir, ni más me harán que la saque cuantas honras y razones en el universo caben: mirad, señor don Fadrique, si el secreto será grande; y pues veis á lo que obliga, si hidalgo sois, respetadle. — Callaron ambos á dos y continuaron mirándose como hombres en sus propósitos igualmente imperturbables. Al fin dijo don Fadrique por la estancia paseándose, como quien duda si debe satisfacerse ó vengarse: — Señor capitán Montoya, vida y honor me salvasteis una noche, y aunque en ésta me los habéis vuelto tales que no será mucho tiempo á restablecerlos fácil, váyase lo uno por lo otro, de nada quiero acordarme. Estamos en paz, don César. — Y continuó paseándose, y atarazándose un labio hasta revocar la sangre. Entonces el Capitán, con paso medido y grave, en mitad del aposento fué decidido á encontrarle; tendióle la mano, y dijo: — Pensad, Duque, si es bastante á dejaros satisfecho de este misterioso ultraje mi resolución postrera: tomad, señor, esas llaves; de mis inmensos tesoros haced con justicia partes:

una á Ginés por servirme, con cuantos muebles hallare; un hospital ó convento fundad con otra, si os place, y otra á don Luis de Alvarado, que gana la apuesta infame que hice de robar á Dios la mejor prenda al casarme. ¿Me comprendéis, señor Duque? Obedecedme y dejadme. Entregad al de Alvarado lo que hoy de perder me place; pero cuidado, don Fadrique, que no sepa el miserable que era Inés, su propia hermana, la prenda que iba á jugarse. — Y así el Capitán diciendo, un pliego sin letras ase, escribe algunas palabras, lo firma, lo sella y parte.

Quedó don Fadrique atónito, Ginés rompió en voces y ayes y en llanto amargo, que al punto cambió en lágrimas el baile. Cundió la noticia rápida, y el escándalo fué grande, aunque al culpar los efectos, no acierta la causa nadie.

X

HECHOS Y CONJETURAS

Todo era hablillas Toledo, y todo interpretaciones, cada cual forjó un enredo, y hablaron todos con miedo de espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron por Toledo al Capitán, mil fábulas le colgaron, y los que las inventaron, por hechos las creen y dan.

Quién dijo, que anocheciendo, le vió desde un corredor allá en los aires cerniendo un cuerpo alado y horrendo cual fué bello el anterior.

Quién dijo que un día oraba
ante un devoto retablo,
y vió al Capitán que daba
ayuda y defensa brava,
contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que don Fadrique
á su escribano mandó
que en su nombre ratifique,
firme, selle y testifique
lo que don César firmó.

Que se partió su tesoro
algunos días después,
que se dió á los pobres oro,
y que, rico como un moro,
partió á la corte Ginés.

Ni más descubrirse pudo,
ni puede decirse más,
y este es el hecho desnudo,
pábulo, origen y escudo
de las mentiras de atrás.

Mas hay entre todas una
que, fábula ó tradición,
en escritura oportuna
encontrarla fué fortuna
separada del montón.

El vulgo á su vez la cuenta
como innegable verdad,
y de quien dudarla intenta,
dice que de Dios atenta
al poder y majestad.

Yo, trovador vagabundo,
la oí contar en Toledo,
y de aquel pueblo me fundo
en la razón, y así al mundo
contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;
como á mí me la contaron
fielmente la contaré,
y á ser falso, juro á fe
que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,
cada cual lleno á su vez
de azares y desengaños;
mas á nuestro cuento extraños,
no hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron
de hervir en la muchedumbre;
Diana y otras se casaron;
y en fin, según es costumbre,
al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino
ya pronto á romper el dique,
diz que al linde del camino
de la vida, don Fadrique
pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable,
con la faz descolorida,
vino un varón venerable,
al Duque á hacer tolerable
la tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,
y cuando á solas quedó
con el noble moribundo,
la religión con el mundo
así plática entabló:

MONJE

¿Don Fadrique?

DON FADRIQUE

Bien venido,
padre; concluyendo estoy.

MONJE

A ayudaros he venido
á ir en paz; prestad oído
á lo que deciros voy.

Ha diez años que, arrastrado
por intención criminal,
hollé de un templo el sagrado,
y á Dios me sentí llamado
de una visión infernal.

Los muertos vi que salían
de las urnas sepulcrales
y blandones me encendían,
y con gran pompa me hacían
en vida los funerales.

Visión de los cielos fué;
mas ¿quién creyera mi historia?
A contarla me negué,
y haberla determiné
encerrada en mi memoria.

Tan sólo existía un hombre
á saberla con derecho;
porfió, porfié; y no os asombre,
no me la arrancó del pecho:
don Fadrique era su nombre.

Mas lo que excusar no pude
al noble á quien ofendía,
vengo; ¡y así Dios me ayude!

á que mi razón escude
la fe de vuestra agonía.—

Y esto el buen monje diciendo,
cayó ante el lecho de hinojos,
las manos del Duque asiendo,
quien, sus palabras oyendo,
al monje tornó los ojos.

Contemplóle de hito en hito
con acongojado afán,
y exclamó al fin con un grito:
—¡Sois vos! ¡Dios santo y bendito!
Abrazadme, Capitán.—

Y los brazos enlazaron,
y á solas ambos á dos
por largo tiempo quedaron,
y largo tiempo lloraron
ante la imagen de Dios.

Y al fin de la confesión,
hénchido el Duque de fe,
díjole:—A aquella visión
debéis vuestra salvación,
que aviso del cielo fué.—

En cuyo punto, sintiendo
llegar el trance fatal
del paso duro y tremendo,
—ADIÓS, DON CÉSAR,—diciendo,
lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada
del buen monje la misión,
y el ánima encomendada,
con voz exclamó mudada
al darle la absolución:

—¡Vé en paz! Y, si como espero,
el llanto ante Dios se apoya
de un corazón verdadero,
¡ruega á Dios, buen caballero,
por el capitán Montoya!—

Y dando al mundo un momento,
al muerto besó en la frente,
y á paso medido y lento,
triste volvió á su convento
el Capitán penitente.

Y ha poco había en sepultura humilde,
de la maleza oculta entre las hojas,
una inscripción borrada por los años,
que todo al fin sin compasión lo borran.
Único resto de opulenta stirpe,
único fin de la mundana pompa,
montón de polvo, en soledad yacía
quien hizo al mundo con su audacia som-
Y apenas pueden los avaros ojos [bra.
leer en medio de la antigua losa:
*Aquí yace fray Diego de Simancas,
que fué en el siglo el capitán Montoya.*

NOTA DE CONCLUSIÓN

Y por si alguno pregunta
curioso por doña Inés
y opina que queda el cuento
incompleto, le diré:
que doña Inés murió monja
cuando la tocó su vez,
sin su amor, si pudo ahogarle,
y si no pudo, con él.
Porque destino de todos,
vivir de esperanzas es:
quien las logra, muere en ellas;
quien no las logra, también.

Conque ya sabe el curioso
de mis héroes lo que fué,
y sólo añadir me resta
dos palabras de Ginés:
Hizo en la corte fortuna,
casóse al cabo muy bien
con una dama muy rica
y hermosa como un clavel;
y aunque dieron malas lenguas
en alzarla *no sé qué*,
ella no alzó las pestañas
para al vulgo responder.
Dió á Ginés un hijo zurdo,
y dijo su padre de él
que había nacido en casa,
y en esto sólo habló bien.



EL ESCULTOR Y EL DUQUE

Cuento dedicado á la Señora Doña Matilde O'Reilly de Lorrilla.

Empecé la publicación de mis poesías conociéndote, y las concluyo con tu nombre.
Madrid, Octubre 10 de 1840.

(Nota del autor á su mujer.)

I

Año de más ó de menos,
si no miente mi memoria,
mil quinientos veintidós
corren, y una tras de otra
por la preferencia luchan
las muy exquisitas obras
con que un escultor de Italia
admira á Sevilla toda.
Sin dar tiempo á que se olvide
la fama que una le cobra,
reputación y caudales
siempre la última le dobla.
Siempre dél espera el vulgo,
y siempre el vulgo se asombra
al ver el nuevo prodigio
de su mano creadora.
No hay rico que no le encargue,
ni comunidad, por corta
ó pobre que sea, á quien
una efigie no se rompa,
que habiendo por precisión
de buscar quien la componga,
más vale hacer otra nueva,
siquiera por la mejora.
Aquí tienen una Virgen,
pero es de mano muy tosea;
allí un crucifijo, y bueno,
pero la cruz es muy corta;

acá un San Juan de rodillas,
¡cosa estupenda! mas sobran
dos líneas de la peana,
y nunca bien se acomoda;
allá hay una Magdalena,
¡soberbia estatua! ¡gran cosa!
mas dicen que por desnuda
no es imagen muy devota.
Y así cada cual encuentra
pretextos que le ocasionan
del taller del Florentino
la visita rigurosa;
y así su fecunda mano
sin darse descanso brota
para uno un San Aquilino,
para otro una Dolorosa.

Y no es que maña ó agrado
emplee, pues fama goza
que dar crédito pudiera
al pirata Barbarroja.
Alto, vigoroso, altivo,
aire audaz, mira la torva,
barba crecida hasta el pecho,
aliento recio y voz ronca,
mejor que artista parece
bandolero, y más importa
guardarse de él, que guardar
sus estatuas primorosas.
Alcanza fuerzas hercúleas,
cólera mucha y muy pronta,

y son de largos sus hechos
 lo que sus frases de cortas.
 No se acompaña con nadie,
 ni á nadie contó su historia;
 ni los valientes le arredran,
 ni á los que callan provoca.
 Es con las damas cortés,
 y aunque frío con las mozas,
 no es con ninguna grosero,
 y retrata á las hermosas.
 Es largo con los soldados,
 que las armas le enamoran;
 saluda siempre que alcanza
 las banderas españolas;
 y aunque con todos severo,
 jamás los chicos le enojan,
 aplaude á los revoltosos
 y acaricia á los que lloran.
 Lo mismo el sayo se ciñe,
 que se revuelve la cota;
 lo mismo sacude el mazo,
 que sacude la tizona;
 y sin que aperciba grande
 diferencia de uno á otra,
 lo mismo sierra un madero
 como una cabeza corta.
 Extranjero, y sin su gente
 que en su lengua le responda,
 que le recuerde sus gustos
 ó le llore sus zozobras,
 ni conoce jerarquías,
 ni distingue de personas;
 jamás su trabajo lleva
 quien pródigo no le compra.
 Ni tiene ni quiere amigos,
 que por experiencia propia
 sabe que, muy raras veces,
 los que no cansan, no estorban.
 Y si los negros recuerdos
 de sus pesares le acosan,
 obscureciéndole el alma
 como tempestades torvas
 que con negros nubarrones
 al son del viento se agolpan,
 con la fatiga del cuerpo
 los duelos del alma ahoga.
 Y el pensamiento en Florencia,
 la ambición puesta en su gloria,
 para vivir solo y triste
 todo lo demás le sobra.

II

En un claustro de un convento,
 como á las tres de una tarde,
 hay gran reunión de gente,
 toda atenta y toda grave.
 Tornados tienen los ojos
 todos á la misma parte,
 los nobles y el populacho,
 los soldados y los frailes.
 De cuando en cuando se escucha
 murmullo y cortadas frases
 de los que no han visto y llegan
 y de los que ven y parten.
 Unos dicen: «¡Brava pieza!»
 Dicen otros: «¡Cosa grande!»
 y se empujan y encaraman
 los de atrás en los de adelante.
 Uno alaba los contornos,
 lo leve otro del ropaje,
 otro las manos del niño,
 otro el rostro de la madre.
 Quién dice que la cabeza
 es un prodigio; admirable
 dice otro que es la invención,
 citando reglas del arte,
 y todos al par confiesan
 que ella es de las más cabales
 obras que á pública vista
 se han puesto cien años hace.
 El que no entiende, ve y calla,
 y en ver hace lo bastante,
 que al buen callar llaman Sancho,
 y sobre ver, esto baste.
 Lo más que á alguno le ocurre
 de los muchos que *no saben*,
 es, volviéndose á algún monje,
 preguntar: —¿Quién lo hizo, padre?—
 A lo que con voz sonora
 dice satisfecho el fraile:
 —Se le encargó á un italiano,
 y ¡es gran cosa! Bien lo vale.—
 Como quien dice: —¿Se compra
 porque no habrá quien lo pague!—
 Y el vulgo, que atento lo oye,
 se queda á obscuras como antes.
 Fuése al fin disminuyendo
 la concurrencia, y la imagen

quedó cercada en el claustro de unos cuantos personajes, todos ellos gente hidalga si se exceptúan los padres del convento, que les ríen, y lo que dicen aplauden. Mas entre todos hay uno cuyo exterior respetable decoran altas insignias civiles y militares, que con mirada severa y desabrido semblante mirando estuvo gran trecho la escultura venerable, y recogidos los párpados, frunciendo el ceño, fugándose las miradas de los ojos cual si mucho le pesase que sospechen de la estatua lo que piensa ó lo que sabe, está en situación confusa, difícil é inexplicable. Mostráronle una tras otra las bellezas y bondades de la estatua, lo armonioso de la escultura y lo fácil, la expresión y el movimiento del conjunto, y de las partes el desempeño y estudio, todo á cual más estimable. Mas él, á las advertencias contestando con señales de atención poco expresivas, contemplábala el semblante. Y á fe que el de la Madona era cosa de admirarse, rostro peregrino y bello en efigie cuanto cabe. Representóla el artista sonriendo al tierno infante que la colocó en los brazos á su pecho alimentándose. Reía el niño y mirábala, sonreía ella mirándole, y revelaban entrambos el placer más entrañable, él libando de sus pechos néctar dulcísimo y suave, ella dándole la esencia de su purísima sangre,

y en situación tan sencilla, verdadera é inefable, que era imposible sin lágrimas á sangre fría mirarles. Por último, anocheciendo y necesaria faltándoles luz, se apartaron del claustro los hidalgos y los frailes. Cerraron cuidadosamente la puerta con dobles llaves, y hasta el pórtico salieron tras el frío personaje, que devolvió sus saludos con atentos ademanes, como quien tal los merece y harto en recibirlos hace. Quedaron en pie los monjes hasta que volvió la calle, y él dió el brazo á un caballero que deja que le acompañe.

III

Cerraba espesa la noche, fría y amagando lluvia, por lo que aprietan el paso y los embozos se cruzan. Y entre el rumor de sus huellas, entrecortada y confusa de los dos nobles á trozos la conversación se escucha.

—¿Qué os ha parecido, Duque?

—Exquisita es la escultura.

—Mucha atención la pusisteis.

—¿Lo echasteis de ver?

— Sin duda.

—Más de una hora habéis estado delante de ella.

— Me gusta;

y os lo confieso, Marqués, á estar hoy en venta pública.....

—¿Eso os detiene? Pedidla. Vos sois en Sevilla.....

—Nunca; eso fuera prevalerme de mi posición, segura mi ganancia; y pues los monjes la obra encargaron, ya es suya.—

Siguieron cruzando calles,
tomando señas en unas,
equivocándose en otras,
como quien camino busca,
y al cabo de muchos pasos
y equivocaciones muchas,
llegaron frente una casa
de una callejuela obscura.

—Aquí vive, dijo el Duque.

—¿Quién?

—¡Alabo la pregunta!

—¿Me habéis dicho adónde vamos?

—¿No?

—No.

—Pues muy oportuna
es la ocasión para verlo.—

Y á una violenta y ruda
aldabonada, la puerta
estremecida retumba.

Oyéronse en la escalera
pasos, y por las junturas
penetró la luz movable
con que por dentro se alumbran.

—*¿Quién es?* preguntó dulcísima
una voz suave que anuncia
una mujer, cuya forma
aun á la vista se oculta.

—*Hidalgos*, dijo el de fuera.

—*Y ¿á quién los hidalgos buscan?*

—Al escultor Torrigiano.

¿Vive aquí?

—Sin duda alguna.—

Se abrió la puerta, y entrando
los dos hidalgos á una,
sus dos ánimas quedaron
estupefactas y mudas.

Y aunque expresión muy diversa
muestran sus rostros, acusan
los dos el asombro interno
con que sus afectos luchan;
y á fe que asombro merece
lo que á contemplar se agrupan,
lo que aun á creer no aciertan
pasmados de la ventura;
porque asida al picaporte
y á la luz trémula y turbia
de una bujía, que al soplo
del aire brilla insegura,
delante sus ojos tienen
bella aparición nocturna,

de la Madona del claustro
la exactísima figura.

Aquel peregrino rostro,
aquella trenzada y rubia
cabellera, aquellos ojos
que al cielo el color anublan,
aquella sonrisa de ángel
tan celestial y tan pura,
aquellos brazos tornátiles
y aquellas manos menudas,
son ¡vive Cristo! las mismas
de la divina escultura;
y ello será brujería,
pero ambas á dos son una.
Mirábanse el uno al otro
los hidalgos, y confusa
mostrábase ella, su espanto
sin saber á qué atribuya,
hasta que el Duque, el embozo
bajando, la faz ceñuda
mostró á la luz, y la niña
conociéndola se turba.

—¡Hola! dijo aquél subiendo.

Mucho de casas te mudas.—

Y ella contestó cerrando:

—Ya veis, don Juan, que era mucha
la exposición de vivir
á solas con mi fortuna.

—¡Hem! dijo el Duque lanzando
una tos seca y profunda.

*No es mala tu compañía
si mucho tiempo te dura.*—

Y mascullando otra tos
que la garganta le anuda,
llegó á una sala cuadrada
donde el Florentino estudia.

Púsose en pie el escultor,
y arrimando dos sitials,
excusó ceremoniales
hablando en este tenor.

TORRIGIANO

¿Á qué fortuna merezco
el honor de esta visita?

DUQUE

Á un señor que necesita
una obra, y os la ofrezco.

TORRIGIANO

Acepto, si la sé hacer
á gusto de esa persona

DUQUE

Es copia de una Madona
que habéis concluído ayer.

TORRIGIANO

¿El tamaño?

DUQUE

Á vuestro gusto
como me la hagáis igual;
la semejanza cabal
es en ella lo que ajusto.
¿Aceptáis la condición?

TORRIGIANO

Si no es como la prometo,
á dáosla me someto
sin gozar retribución.
Pero si igual ha de ser,
francamente os quiero hablar,
tengo allí que retratar
á mi hijo y mi mujer.

DUQUE

¿Cómo!

TORRIGIANO

Tuve ese capricho
en la que ayer concluí,
y á no ser la estatua así,
es imposible lo dicho.

DUQUE

¿Y ese amante desvarío
puedo yo culparos? No.
Haré vuestro gusto yo
si vos me cumplís el mío.

Callaron por un momento
como quien recela ó duda,
y un punto consigo mismo
su resolución consulta.
Y el hidalgo y el artista,
que uno de otro se aseguran,
al mismo tiempo dejando
su actitud meditabunda,

cambiaron como por prendas
de la confianza última
esta respuesta el hidalgo,
y el artista esta pregunta:

TORRIGIANO

Pues que no anduvimos parcos
de explicaciones los dos,
¿me diréis si es para vos?

DUQUE

Llevádsela al Duque de Arcos,
que no os pesará, ¡por Dios!

IV

Y yendo y viniendo días,
y sin tregua el escultor
trabajando, á los cuarenta
la Madona se acabó,
copia completa y exacta
de la Madona anterior,
hija de la misma mano
y la misma inspiración.
Cifra en que el fogoso artista
su cariño formuló,
fué el suspiro postrimero
que exhaló su corazón;
porque el arte es un amigo
benigno y consolador,
que paga con un instante
muchos años de aflicción;
es un suave y encantado
y aromático licor
que el brío rejuvenece
de la perdida ilusión,
que provoca el entusiasmo,
la esperanza y el amor,
y vuelve á encender el fuego
de la fe que se apagó;
es un bálsamo escondido
del ánima en un rincón,
que cicatriza las llagas
que la desventura abrió.

Y hay un sacro y absoluto
momento de bendición
en que el placer del artista
lo concibe sólo Dios,

pues no halla la mariposa
 con tanto gusto una flor,
 ni halla una floresta el ave
 que de la jaula escapó,
 ni halla afanada la abeja
 la miel de que vaga en pos,
 ni halla el mísero cautivo
 la luz que ver no esperó,
 con tan intensa y tan pura
 celestial satisfacción
 como halla el cansado artista
 lo que él á solas creó.
 Es un sueño venturoso
 que en alas de la ilusión
 muestra al alma un ignorado
 paraíso encantador;
 es el beso de una madre
 al hijo que le nació,
 por cuya vista ha sufrido
 largas horas de dolor;
 que le ama más cuanto más
 le cuesta su posesión;
 y.... no hay símil de ambas cosas
 más exacto ni mejor.

Y pues su linda Madona
 Torrigiano concluyó,
 en ese cielo del arte
 dejemos al escultor.

A la mañana siguiente
 la preciosísima efigie
 esperaba al Duque de Arcos
 que acabara de vestirse;
 y mientras miran y admiran
 lacayos y ministriles
 la verdad y la hermosura
 de la inanimada Virgen,
 en la retirada calle
 donde el Torrigiano vive
 está pasando otra escena
 que no es justo que se olvide.
 Dejemos al noble Duque,
 en armas y amor insigne,
 que la divina escultura
 enamorado acaricie;
 dejemos al Florentino,
 que de su mano recibe
 repleto saco, que augure
 horas tras su afán felices,

y entrémonos en su casa,
 donde su amorosa Tisbe
 está á la reja esperando
 que dé la vuelta el artífice.
 No se sintió por su ausencia
 la esposa nunca tan triste,
 ni de su inquietud secreta
 la extraña razón concibe;
 mas su ardiente pensamiento
 mil sobresaltos la finge,
 y el corazón con mil ansias
 no acierta qué vaticine;
 y ello es un hondo misterio
 y un arcano incomprensible;
 mas tiene presentimientos
 el corazón infalibles.
 Mirando estaba impaciente
 de la calle los confines
 por ver si llega más pronto
 ó más pronto le apercebe,
 cuando un hombre que se acerca
 rápido, con mano firme
 tira un papel por la reja
 y contestación la pide.
 En vano tal osadía
 querido hubiera impedirle,
 y en vano algunas palabras
 de justo enojo le dice.
 El hombre pasa y no escucha;
 le llama....., le grita, y sigue,
 y allá hacia el fin de la calle
 vuelve á pararse impasible.
 A poco rato, el mismo hombre
 paso á paso se dirige
 otra vez á la ventana;
 y esto que advierte la Tisbe,
 toma la carta del suelo,
 aguarda que se aproxime,
 y con desprecio trándosela,
 que despeje le repite.
 Cerró los vidrios de golpe,
 pero ni tiempo consigue
 para encajar la falleba,
 porque el hombre, que se sirve
 de ambas manos, deteniéndolos
 con vigor irresistible,
 volvió la carta diciendo:
 —Sin respuesta no he de irme.—
 Y al ir palabras más duras
 colérica á dirigirle,

apareció el Torrighiano
y palideció la Tisbe.

TORRIGIANO

¿Qué es eso, Tisbe?

TISBE

Un infame
que dos veces ha pasado
y ese papel ha tirado
por la reja.

TORRIGIANO

El papel dame,
que, á lo que veo, él ha huído;
mas ¿qué tiemblas, alma mía,
no ves que de su osadía
tú la culpa no has tenido?

TISBE

¡Ay, Pedro, que ese papel,
me da recelos fatales,
y me parecen puñales
cuantas letras hay en él!

TORRIGIANO

¡Calla, inocente!

TISBE

No le abras,
Pedro.

TORRIGIANO

¿Saber no es mejor
de qué mal es portador?
Y al fin, son cuatro palabras.
(Abriendo la carta, á Tisbe:)
Pero, Tisbe, es para ti;
tu nombre al principio viene....
Veamos lo que contiene,
y escucha, que dice así:

(Lee.)

«Tisbe, elige; está en tu mano
mi ventura y su sentencia:
*un día de resistencia
da la muerte al Torrighiano.»*

TISBE

¡Ay, Torrighiano, ay de mí,
que con mi negra hermosura

te traje la desventura
y acaso muerte te dí!

TORRIGIANO

Mas ¿qué misterio penetras
en ese papel, que á voces
mi muerte auguras? ¿Conoces
quién hizo, Tisbe, esas letras?

TISBE

No; lo adivino no más:
de un villanc que en tu ausencia
con inaudita insolencia
me enamoró, son quizás.
Toda Sevilla corrí,
de casas mudé esquivándole,
y logré, desorientándole,
vivir escondida aquí.
Cobréle un horror intenso
desde el momento de verle,
y sólo supe temerle,
y no lo bastante, pienso.

TORRIGIANO

Y ¿por qué no me has mostrado
á ese traidor cara á cara,
y en mis manos acabara,
que era morir muy honrado?

TISBE

A verte una noche vino,
y en mi cuarto me encerré
como quien siente y no ve
los pasos de un asesino.
Y ni escucharos osaba,
porque tal horror sentía,
que aun de su voz, si la oía,
no sé qué me recelaba.

TORRIGIANO (*Desesperado.*)

¡Y yo, necio, se la dí;
se la llevé yo en persona!....
(*A Tisbe.*)

Y viendo aquella Madona
que se parecía á ti,
¿no lo adivinabas tú?

TISBE

Temí, Pedro, que tus celos....

TORRIGIANO

¡Cargue, voto va á los cielos,
 con tu miedo Belcebú!
 ¡Ira de Dios, y qué á punto
 con mi maldita escultura
 yo mismo, de tu hermosura
 fuí á presentarle el trasunto!
 ¡Por ella su lengua fatua
 me hará de irrisión objeto!.....
 ¡Maldito si no le meto
 en el cerebro la estatua!

Y esto el escultor diciendo,
 la espada en el cinto pone,
 y desatinadamente
 la mano en el picaporte.
 No basta que de rodillas
 ante él la hermosa se postre,
 ni que las suyas abraza,
 pues sus intentos supone;
 que ni advertencias admite,
 ni fríos consejos oye,
 ni lo que intenta concibe,
 ni ve lo que se propone.
 El hombre en aquel momento
 sólo necesita un hombre,
 y pues encontrarle es fuerza,
 sin duda que sabe en dónde.
 Quedóse la Tisbe sola
 y á los vidrios asomóse,
 los ojos llenos de lágrimas
 y el corazón de temores.
 Así estuvo largo tiempo,
 sin que distraerla logren
 de sus pensamientos tristes
 y negras cavilaciones,
 ni de la luz reflejada
 por el cristal los colores
 brillantes, ni las figuras
 de la calle, ni las voces,
 hasta que, vuelta á sí misma,
 de los cristales quitóse,
 y viendo aún en el suelo
 el papel infausto, asíole.
 Tendió, sin ver lo que hacía,
 los ojos por sus renglones,
 y helóse al ver estos cuatro,
 no leídos hasta entonces.

«Esta profana escultura
 diviniza una pasión,
 y enviada á la Inquisición,
 os abre la sepultura.»

Lanzó la infeliz un grito,
 y como el tiro conoce,
 hacia el palacio del Duque
 desataleada corre.

V

El sombrero hasta las cejas,
 fiera y sombría la cara,
 atezados los dientes
 y echada al hombro la capa,
 como una sombra fatídica
 de algún panteón escapada,
 por la escalera del Duque
 audaz Torrigiano avanza.
 De cuatro en cuatro las sube,
 y un tramo tras otro gana,
 cual si en trepar con tal brío
 alguna apuesta ganara.
 Las salas resuelto cruza,
 y á detenerle no bastan
 las señas de los porteros
 y las voces de los guardas.
 Al uno con un bufido
 de ira ó desprecio le espanta,
 al otro de una embestida
 le tumba en tierra de espaldas.
 Y así, sin más miramientos,
 llegó, de una en otra estancia,
 del gabinete del duque
 hasta tocar la mampara.
 Asíola del picaporte,
 y por si en abrirse tarda,
 con sacudida violenta
 del quicio la desencaja.
 Sintió el estrépito el Duque,
 y al ir á volver la cara,
 ya el Torrigiano tenía
 la mano en su hombro posada.
 —¿Qué me queréis, señor mio?
 —Mi escultura.
 —Está comprada.
 —Ahí tenéis vuestro dinero,
 no quiero venderla, dádmela.—

Y el Torrigiano en la mesa
 tiró el saquillo de plata
 que en precio de la escultura
 recibió por la mañana.
 Rióse el Duque, y le dijo:
 —¿Sabe, buen hombre, á quién habla?
 ¿Sabe que sólo mi voz
 para aniquilarle basta?—
 Rugió el Torrigiano de ira,
 y dijo con voz ahogada:
 —Será si la deajo yo
 que pase por la garganta;
 y no piense que eso es sólo
 lo que á mi cólera basta.
 Ahora venga la escultura;
 luego, pues dagas y espadas
 tenemos, y hombres nacimos,
 saldrá de aquí lo que salga.—
 Y abalanzándose rápido
 á las puertas que la estancia
 tras de la mampara cierran,
 con resolución exclama:
 —Ó defendeos, ú os mato,
 que os juro que vuestra carta
 otra respuesta no tiene
 que un párrafo de estocadas.—
 Y ya sin otro remedio,
 asió el Duque espada y daga,
 y trabóse la contienda,
 que ¡por Dios! que fué empeñada.
 El artista, que se sirve
 cual del cincel de su arma,
 el pecho de su contrario
 á cada momento amaga.
 Y aunque de audaz y valiente
 con reputación sobrada,
 no se dió por muy seguro
 el Duque, que ya pensaba
 en ganar tiempo, aunque acaso
 toda la honra costara;
 mas la rapidez del otro
 hasta la voz le embargaba,
 y se perdían sus ojos,
 y sus manos no bastaban
 á parar tan recios golpes
 y tan recias cuchilladas;
 y aunque muy bien se defiende,
 que al fin le va vida y fama,
 ya en el rincón de una puerta
 el escultor le acorralla;

y ya el feroz Torrigiano,
 que ve cerca su venganza,
 en coserle contra el quicio
 con negra intención pensaba,
 cuando tremendo tumulto
 que por defuera se alcanza,
 llegó en confuso desorden
 hasta la pieza inmediata.
 Crujía asida la puerta,
 y caer amenazaba,
 y miedo el Duque perdía,
 y el Torrigiano esperanza.
 Aquél ganaba terreno,
 y así la lid comenzada,
 cambió de aspecto en un punto
 de consecuencia y de causa,
 porque al dar el Torrigiano
 en una pared de espalda,
 se abrió al empuje, de lienzo
 una puertecilla falsa.
 Cayó en aquel aposento,
 cerró el Duque, y en la estancia
 donde quedó el escultor
 topó con su efigie infausta.
 y rebosando despecho,
 y de otro enemigo á falta,
 «¡Maldita seas!», la dijo,
 y dióla una cuchillada:
 á cuyo momento, entrando
 pajes, corchetes y guardias,
 dijo, señalando el Duque
 los pedazos que rodaban:
 —Á la Inquisición llevadle,
 las imágenes maltrata;
 si se resiste, amarrarlo;
 y si grita, una mordaza.—
 Lanzáronse al Torrigiano,
 que en la triunfante mirada
 que le lanzó su enemigo
 vió bien lo que le restaba.
 Tomaron, pues, los pedazos
 de la destruida estatua,
 y desgarrado el vestido,
 las manos atrás atadas,
 sacáronle del palacio
 entre broqueles y lanzas,
 y echaron al Santo Oficio
 atravesando la plaza.

CONCLUSIÓN

¿Qué te valió, buen soldado,
 con noble empeño lidiar
 para comprar con tu sangre
 el sol de tu libertad,
 si Pisa y el Garigliano
 sólo en tu memoria están
 como bajeles perdidos
 en la llanura del mar?
 ¿Qué te valieron, artista,
 tus largos días de afán,
 tus largas noches de vela
 y de esperanza tenaz,
 si en tus cadenas traidoras
 tu gloria se va á estrellar,
 y no habrá en tu sepultura
 de tu nombre una señal?
 ¡Sueños de la juventud,
 sueños de gloria fugaz
 que en un negro calabozo
 fuisteis al fin á parar;
 cifras con que fulminaron
 una sentencia fatal,
 su acongojada memoria
 no tiranicéis jamás!
 ¡Delirios de amor dichosos
 que vinisteis á alumbrar
 de su tormentosa vida
 el continuo vendaval,
 id á vuestras alas viento
 en otra ánima á buscar,
 y en sus cadenas dormido
 al pobre artista dejad!
 Dejad que duerma un instante,
 y ese instante pueda hallar,
 entre sus sueños febriles,
 de triste felicidad.
 ¡Ay, cuán duro, Torrigiano,
 te va á ser el despertar
 al rumor de los cerrojos
 y á la odiosa realidad!
 Duerme tranquilo, soldado,
 reposa un momento más,
 que al cabo así no es tan duro
 con el castillo volar.
 Duerme sin temor, artista,
 que los nudos del dogal,

el laurel de tu corona
 no han de poder deshojar.
 Duerme, despechado amante,
 que á morir por tu amor vas,
 y no temas de tu Tisbe
 un olvido criminal.
 Duerme, mientras sollozando
 bajo tus rejas está,
 y sus suspiros te roba
 al airecillo fugaz.
 En vano á tus carceleros
 ansiosa fué á preguntar;
 en vano oró largas horas
 en la santa catedral;
 en vano quiso á tus jueces
 con lágrimas conquistar,
 que ni la tierra ni el cielo
 oído á sus penas dan.
 Sí; mientras tú te resuelves
 á morir en soledad
 y á darles muerta la carne
 que quieren ver palpar,
 ella resuelve contigo
 llegar á la eternidad,
 y al pie de tu calabozo,
 cuando expires, expirar;
 que está segura que su alma
 saldrá tu alma á buscar,
 y cuando aliento te falte,
 aliento la faltará:
 tierna paloma que el grano
 no sabe sola encontrar,
 y expira cuando la falta,
 quien alimento la da.
 Duerme, Torrigiano, duerme,
 que es muy duro despertar
 al rumor de los cerrojos
 y á la odiosa realidad.
 Oyéronse por defuera
 rudamente rechinar,
 y abrió el escultor los ojos
 á la negra obscuridad,
 y aun de los lazos del sueño
 sin poderse desatar,
 el ruido oyó, y el soldado
 preguntó altivo: «¿Quién va?»
 Pero al ver con sus linternas
 la gente del Tribunal,
 la noble cerviz al pecho
 tornó el mísero á doblar,

y para oír su sentencia,
dada sin juicio quizás,
aguardó en mustio silencio
á que quisiesen hablar.

—¿Cómo os llamáis?

—Torrignano.

—¿Sois de Florencia?

—Es verdad.

—¿Soldado?

—Con una espada,
no lo pudierais dudar.

—¿Tenéis amor á las armas?

—Si os dieran una....

—¡Ojalá!—

Y á esta idea, el escultor,
como quien la puede usar,
echó mano á su cintura,
de donde faltaba ya.

Lanzó el artista un suspiro,
y tornándose á sentar,
dijo, en derredor mirando:

—Es inútil; despachad.—

Signió preguntando el hombre,
deletreando á la par:

—¿Habéis hecho aquesta imagen?—

Y el triste, á pregunta tal,
volvió los ojos á su obra,
y al cabo.... rompió á llorar;

y echando al busto los brazos
con desesperado afán,
pidió que antes de romperla

se la dejaran besar;
lo cual, demencia juzgado,

y deseando abreviar,
por respuesta le leyeron
el pergamino fatal,

donde sin apelación,
con tres palabras no más,
al fuego le condenaba

por hereje el Tribunal.
Volviéronle, pues, el rostro,

y uno, ó compasivo asaz
ó no alcanzando en qué uso
aquel madero ocupar,

díjole con befa estúpida:

—¡Vaya, buen hombre, tomad!—

Y el busto de su Madona
le echó á los pies al cerrar.

Cuando á la fin de tres días
llegó la hora tremenda
de cumplir en Torrigiano
el rigor de su sentencia,
llegaron hasta su encierro
los que debían ponerla
por obra, y los seis cerrojos
descorrieron de su puerta.
Á voces y por su nombre
le llamaron desde fuera,
mas sus voces se perdían
en lo hondo de la caverna.
Tornaron á llamarle ellos
y á faltarles la respuesta,
hasta que, asiendo una antorcha,
penetraron en la cueva.

—*Vamos, dijeron, hereje,
que está ya ardiendo la hoguera.*—

Y en faz amenazadora
avanzaron á su presa.

Mas Torrigiano yacía
inmóvil y sentado en tierra,
las manos en las rodillas,
y en las manos la cabeza,
que asidas convulsamente
y enclavijadas con fuerza,
guardaban algún objeto
que se adivinaba apenas.

—¡Arribal á gritar tornaron;
pero mirando su inercia,
empujáronle con ira
y dió de rostro en la tierra.

Rodó por el pavimento
aquel busto de madera,
que el rostro de una Madona
en su Tisbe representa,
y á sus pies quedó tendido
el escultor, que les deja
su gloria con su cadáver,
de su ejecución en prenda,
que quien nace hidalgo y fiero,
no puede con la vergüenza
de acabar con ignominia
en una patria extranjera.

¡Pobre Tisbe! ¡Cuán en vano
en ese dintel le esperas,
pasando noches y días
del Santo Oficio á la puerta!
Resuelta estás á morir
sobre esas heladas piedras,

ó á ver otra vez el alma
de tu marchita existencia;
mas como ese Tribunal
jamás su víctima suelta,
colige de ambos á dos
cuál es, Tisbe, la sentencia.

—
Y pues sólo el Torrigiano,
en su desventura fiera,

aguardó para morir
á poder delante de ella,
y Tisbe amor tan inmenso
para el Torrigiano encierra,
que ser no sabe sin él
ni alentar donde él no alienta,
aquellas dos nobles almas,
la una de la otra existencia,
al cielo á la par volaron,
y si hay Dios, ¡dichosas ellas!





LA AZUCENA SILVESTRE

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

EN QUE COMIENZA

LA NARRACIÓN DE LA PRESENTE HISTORIA

Más pura que la luz de blanca luna
que en arroyuelo límpido ríela;
más hermosa que el cisne en su laguna
cuando en ella se baña, nada ó vuela,
y alegre más que en soledad moruna
suelta y errante y tímida gacela,
en gracias y virtud feliz crecía
la bellísima y cándida María.

Y aun no cumplidos sus catorce abriles,
de noble estirpe y á reinar nacida,
ajena á devaneos mujeriles,
velada por su bien, siempre servida.
flor era pronta á dar tallos gentiles
á los besos del céfiro mecida,
y á exhalar de su cáliz, aun cerrado,
delicioso perfume embalsamado.

Caía en anchas ondas de su frente
larga madeja de flotantes rizos,
y de inquieto mirar, mas inocente,
dos ojos revolvía antojadizos;
en su blanca mejilla transparente,
centros ambos á dos de sus hechizos,

marcaba su sonrisa dos hoyuelos,
luceros ambos que robó á los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa
su padre el buen Wifredo, y la corona
ceñirla aguarda de la tierra extensa
del condado feraz de Barcelona.
Sólo en su bien y en su fortuna piensa,
y honrada, sin rival, feliz matrona
en tiempo incierto de la edad futura
su ambición paternal se la figura.

Único amor del varonil guerrero,
única prenda de su muerta esposa,
tiene Wifredo su cariño entero
puesto no más en su María hermosa;
y único amor el noble caballero
del alma de la niña candorosa,
en una el alma de los dos se encierra,
y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde, ennoblecida
con los laureles mil de mil campañas;
su ciudad populosa, defendida
por su tendido mar y sus montañas;
la mitad de los años de su vida;
la memoria y la prez de sus hazañas,
todo lo diera el caballero noble
por ver de su hija la fortuna doble.

Lumbrera del fanal de su esperanza,
 riquísimo joyel de su cariño,
 manantial de su interna bienandanza,
 vuelve á su pecho el corazón de niño;
 se le roba á la guerra y la venganza,
 se le torna más puro que el armiño,
 se le lava de impulsos terrenales,
 se le inunda en delicias celestiales.

Por eso da su corazón sincero
 gracias humildes al Señor, y cuenta
 por eso día á día el caballero,
 y su esperanza en cada uno aumenta.
 Y bendice al Señor, que lisonjero
 á su vejez el tiempo representa,
 de su edad concediéndole al otoño
 tan hermoso y purísimo retoño.

Mayor felicidad en esta vida
 el padre tierno concebir no sabe,
 á otro mortal alguno concedida
 más sagrada misión, cargo más grave;
 ella es para él, del cielo bendecida,
 de su dichosa eternidad la llave,
 y del futuro en perspectiva bella,
 todo lo aguarda de su Dios y de ella.

Mas cuán falsas ¡ay Dios! y cuán livia-
 las cosas son de la mudable tierra. [nas
 ¿Quién sondará las leyes soberanas
 que el misterioso porvenir encierra?
 Aura que arrastra en pos las hojas vanas,
 la torre abate que al peñón se aferra,
 y las menudas ondas de los mares
 socavan las montañas seculares.

En una tarde del quemado estío,
 que entolda nube negra y tenebrosa,
 de su palacio en el jardín umbrío,
 la niña entre los céspedes reposa.
 De casto sueño dulce desvarío
 la divierte la mente candorosa,
 sonriendo, al gozar su fantasía,
 el purísimo labio de María.

La casta mano de marfil, velada
 entre su espesa y negra cabellera,
 bajo la sien tranquila colocada,
 y bajo seda fácil y ligera

su modesta figura contornada,
 el pie breve no más dejando fuera,
 parece, sobre el césped, su figura
 ejemplar de bellísima escultura.

Y ¡cuán bella y feliz es una niña
 que con sus dichas infantiles sueña,
 y sus caprichos, inocente, apiña,
 de universo ideal soñando dueña!
 Con infantiles galas se le alifia,
 y en poblarle con fábulas se empeña,
 y le goza de fábulas henchido,
 hijas de un corazón no corrompido.

Tal le gozaba y tan feliz se vía
 de su sueño infantil con las visiones,
 de su palacio, en el jardín, María,
 mientras sobre ella en densos nubarrones
 el nublado, apiñándose, crecía,
 y amagaba, al rasgar sus pabellones,
 sobre la tierra desplomar airado
 todos los males de que va preñado.

Ya se sentía por su vientre obscuro
 ronco el trueno rodar; ya se aspiraba
 el aura ingrata del vapor impuro
 que en su cargado seno fermentaba.
 Y cual dragón enorme, que seguro
 ala invisible en el ambiente traba,
 avanzaba el nublado á paso lento,
 cerrando en sombra la región del viento.

Viéndolo el buen Wifredo, iba afanoso
 por el jardín buscando su hija amada;
 mas de no amedrentarla cuidadoso,
 moviendo en su redor planta callada.
 Ya su ojo paternal en el frondoso
 césped la vió durmiendo descuidada,
 y ya en su labio paternal bullía
 el dulcísimo nombre de María.

Cuando hondo, ronco y repentino true-
 el nublado al rasgar crujió estallante, [no
 se alzó la niña, el corazón ajeno
 de aquel peligro de que está delante;
 mas al abrir los ojos fué de lleno
 á herírseles relámpago brillante,
 y exhalando agudísimo lamento
 volvió en tierra á caer sin movimiento.

Tomóla al punto en los amantes brazos
y alzóla en ellos el varón robusto,
de pena el corazón roto en pedazos,
trémulo el cuerpo al repentino susto;
mas ni al calor de tan amigos lazos,
ni á su voz, que le turba pavor justo,
vuelve la pobre niña dolorida
señal á dar de movimiento y vida.

Por medio del horrisono aguacero
que se desgaja ya, corre exhalado
con su hija, para él peso ligero;
y con nerviosa fuerza á ella abrazado,
pasa el jardín, el pórtico, el crucero,
revuelve el caracol mal alumbrado,
y en su cámara y lecho al cabo posa
carga para él tan dulce y tan penosa.

A sus briosas voces acudieron
cuantos siervos tenía en su palacio,
cuantas damas en él su voz oyeron,
cuantos curiosos admitió su espacio;
y empíricos y sabios acudieron,
con cuyo pronto auxilio no rehacio,
Wifredo logró, en lágrimas deshecho,
volver la vida á su virgíneo pecho.

—¡Ay! dijo la doncella, y exhalando,
débil suspiro perceptible apenas,
abrió sus ojos, en redor girando
miradas ¡ay! al parecer serenas.
Mas ambas manos con afán llevando
á las pupilas, de su llanto llenas,
volviolas á apartar la desdichada,
gritando con pavor:—¡No veo nada!

—¡Hija! exclamó poniéndose delante
de sus ojos Wifredo. ¡Hija del alma!
Mira, mira: ¡yo soy! Torna el semblante,
mírame aquí.... —Mas con siniestra calma
la doncella hacia él tendió anhelante
la vista, no la descarriada palma;
y al asirle, burlando su deseo,
repitió tristemente:—Nada veo.

Volvió iracundo la ensañada mano
el trémulo varón contra sí mismo,
los cabellos mesándose inhumano,
y como ser en quien sopló el abismo

espíritu infernal, matando insano
la luz de la razón y el Cristianismo,
al cielo alzó los inflamados ojos,
torpe ó blasfemo murmurando enojos.

Mas pronto á su razón, más sosegado,
el mísero volvió, y al mismo cielo
tornó á elevar los ojos humillado,
ambas rodillas oprimiendo el suelo.
Breve oración al corazón cuitado
prestó resignacion, si no consuelo,
y con doliente voz que al alma llega,
dijo á los que le oían:—¡Está ciega!

¡Ay, Dios! Era muy cierto:
la lumbré centellante
del fúlgido relámpago,
que al despertar la hirió,
de sus hermosos ojos
mató la luz radiante,
y un velo de tinieblas
ante ellos extendió.

Los sabios más famosos
en vano convocaron;
los siervos de Mahoma,
los hijos de la Cruz;
los sabios de Judea
al fin desesperaron
de dar á sus pupilas
la apetecida luz.

Hermosa como siempre
la cándida María,
fingiéndose esperanzas
de curación feliz,
al angustiado Conde
prestárselas quería,
y le lograba sólo
hacer más infeliz.

Atento y cariñoso,
con paternal anhelo
el brazo la ofrecía
y la guiaba el pie,
sirviéndola de día,
y al piadoso cielo
orando por la noche
con encendida fe.

—¡Qué día tan hermoso
debe hacer hoy! decía
la niña, el sol sintiendo
sobre su blanca faz;
y oyéndola Wifredo,
del párpado sentía
una abrasada lágrima
huírsele fugaz.

Y su silencio acaso
María comprendió,
las manos alargaba,
sus ojos á tocar;
y en ellas de su padre
las lágrimas sintiendo,
decía:—Y ¿por qué lloras?—
y echábase á llorar.

Erraban á las veces
en dulce compañía
por una y otra senda
de su feraz jardín,
y el amoroso padre
coronas la tejía
de frescas siemprevivas
y pálido jazmín.

Gozaba sus aromas
la niña, é inocente,
cediendo á los impulsos
de instinto femenil,
ornaba con las flores
su candorosa frente,
mostrándose con ellas
más linda y más gentil.

Y en las tranquilas noches
del abrasado estío,
á otro viajero acaso
volvían á escuchar,
ya bajo el verde toldo
del emparrado umbrío,
ya sobre el alto muro
que lame inquieto el mar.

¡Oh, cuán sencillos tiempos!
¡Cuán grata es su memoria!
¡Cuán dulce y cuán sabroso
oír en nuestra edad

las mágicas leyendas
de su olvidada historia,
sus crónicas sacando
de añeja obscuridad!

Edad por dos pasiones
regida y dominada,
guiada por dos astros;
la gloria y el amor.
La España por aquélla,
de moros rescatada;
por éste la hermosura,
corona del valor.

La edad de los prodigios,
la edad de las hazañas,
sin duda fué; nosotros,
de corazón sin fe,
sus crónicas leemos
llamándolas patrañas,
y en ella es donde el dedo
del Criador se ve.

Entonces juntamente
sin crimen invocaba
su Dios y sus pasiones
el rudo corazón,
y el cielo justo, á oírle
tal vez no se negaba
porque mezclara rudo
la fe con la pasión.

Entonces era el justo
columna de justicia;
valiente y obstinado,
más franco el criminal;
y ajeno aún en su crimen
de hipócrita malicia
obraba malamente,
mas confesaba el mal.

Entonces se creía;
la religión severa,
objeto del sarcasmo
jamás al necio fué,
ni la mentida ciencia
se la atrevió altanera,
de sus razones santas
á demandar por qué.

Pastor el sacerdote,
de su rebaño en vela,
guiaba é instruía
la ciega multitud,
y aquélla le escuchaba,
siguiendo sin cautela
la senda señalada
por senda de virtud.

Porque de Dios la recta
virtud apetecida,
no está en el raciocinio,
que está en el corazón:
y el que en el suyo guarda
su fe bien defendida,
le sobran los sentidos,
le sobra la razón.

Por eso, en la alta noche,
cuando en silencio y calma
del buen Wifredo todo
yacía en derredor,
enviaba al firmamento
las cuitas de su alma,
en oración humilde,
con sincero fervor.

Y oraba por su hija,
mientras cercana ella,
en cámara vecina,
oraba al par por él,
y entrambas las plegarias,
del noble y la doncella,
subían á las plantas
del Santo de Israel.

Como al pie del altar, del vaso de oro
de perfume oriental se exhala y sube
pura, ligera y transparente nube,
que embalsama la regia catedral,
así á los cielos la oración del justo
sobre sus alas místicas se eleva,
y el soplo de los ángeles la lleva
de Dios hasta el regazo paternal.

Y la divina Madre del Dios hombre,
al acoger benigna la plegaria
de la inocente virgen solitaria,
que invocaba su amparo en la aflicción,

al ángel vaporoso de los sueños
la enviaba, y en sus alas vaporosas
bello tropel de imágenes dichosas
descendía á su casto corazón.

CAPÍTULO II

DE LAS RAZONES QUE TUVIERON EL CONDE Y SU
HIJA PARA EMPRENDER UNA PEREGRINACIÓN Á
MONTSERRAT, Y LO QUE ALLÍ PASÓ.

I

Y yendo días, y viniendo días,
tras dos años de angustias y de afán
y de buscar inútiles remedios,
que no pudieron remediar su mal,
en una noche del templado Mayo,
por la ribera del tranquilo mar,
á la pálida luz de la alta luna
el Conde y su hija silenciosos van.
Las ondas transparentes, murmurando
se vienen á sus plantas á estrellar,
rodando lentamente unas sobre otras
con eterna y monótona igualdad.
A lo lejos tal vez se divisaba
la blanca lona del bajel pasar,
y la canción del pescador se oía,
llevada por la brisa desigual.
A veces se elevaba en la llanura
el ronco y melancólico graznar
de las marinas aves, que en la playa
buscan mansión, sustento y libertad.
¡Noche serena, deleitosa noche
á quien la puede sin dolor gozar;
melancólica noche para el triste
en cuyo pecho la aflicción está!
Tristes ideas en su mente excita
su nocturno silencio y soledad,
y aun el consuelo que le inspira, junto
con la hiel del recuerdo se le da.
Y así una noche del templado Mayo,
por la ribera del tranquilo mar,
á la pálida luz de la alta luna
Wifredo y su hija silenciosos van.
Y acaso desde lejos percibiendo
la forma de la virgen blanquear,
y las armas lucir del caballero
que la presta su apoyo paternal,

creyeran que el espíritu doliente
de náufrago infeliz que expele el mar,
en los brazos del ángel de las aguas
encontraba el amparo celestial.
Y acaso al ver en la nocturna niebla,
rodeando la lóbrega ciudad,
creyeran que velándola vagaba
el espíritu de ella tutelar.

Y así sumidos en memorias tristes
la hermosa ciega y el varón feudal,
iban vagando con pisada incierta
por la ribera del tendido mar,
cuando á la tibia luz creyó el guerrero
negra figura distinguir quizá,
que á lento paso hacia los dos viniéndose,
con cada paso se aclaraba más.

Rápido impulso de temor muy vago
sintió en su pecho varonil brotar,
é incomprensible repugnancia interna
al ser que llega junto de ellos ya.

Era un anciano, cuya blanca barba,
cuyo cuerpo inclinado por la edad,
movía á reverencia más que á miedo,
ministro acaso del divino altar.

Báculo tosco á caminar le ayuda,
ciñe sus miembros áspero sayal,
y al suelo vueltos los humildes ojos,
muestra severa y penitente faz.

—Padre, ¿quién llega? preguntó María
sintiendo de aquel ser la vecindad,
cual si pavor le diera el que llegaba
no más que por instinto natural.

—Es un anciano, contestó Wifredo.

—No sé por qué, desconocido afán
al sentirle probé, padre.

—Hija mía,
cálmate y calla, porque ante él estás.

—Dios vele sobre ti, noble Wifredo,
dijo llegando, con humilde voz
el viejo anacoreta.

—Él os ampare,
el Conde cortésmente replicó.
Y trabando de aquí plática entrambos,
siguieron luego ya su vez los dos,
y de este modo con sonrisa dulce
el anciano extranjero la empezó:
—¿Cómo tan tarde en tan desierto sitio?

WIFREDO

El aura por gozar de la estación.

EL ANCIANO

El aura de la mar es insalubre
para su mal.

WIFREDO

¿Sabéisle?

EL ANCIANO

Y ¿cómo no?

La fama de esa inmensa desventura,
la España entera recorrió veloz.

WIFREDO

¡Ay de mí, y cuán en balde! En toda ella,
remedio nadie á mi pesar halló.

EL ANCIANO

Las hierbas de la tierra y sus virtudes,
secas, Wifredo, é impotentes son
cuando en el mismo mal, compadecido,
su dedo paternal no pone Dios.

WIFREDO

Noches y días con fervor le ruego.

EL ANCIANO

Busca quien goce su feliz favor.

WIFREDO

Vos, anciano, tal vez.....

EL ANCIANO

Tente, insensato;
para tanto intentar, ¿qué puedo yo,
pecador miserable? Hay en la tierra
otros más justos, que lo harán mejor.

WIFREDO

¡Ah! ¡Por Dios, explicaos!

EL ANCIANO

Los peñascos
de Monserrate, en su áspero fragor,
la luz esconden que sus rayos toma
en las pupilas del potente Dios.

WIFREDO

¿En Monserrate?

EL ANCIANO

Sí; Dios manifiesta el poder de una santa intercesión con divinos portentos cada día. Lleva, pues, á la hija de tu amor, si la quieres sanar, á Monserrate; y en la grieta más honda de un peñón que en las nubes esconde su alta cresta, el justo habita, y con el justo Dios.— Y así diciendo, el misterioso anciano sus pasos adelante enderezó, de la esperanza el bálsamo vertiendo de María en el limpio corazón. —¿Dó vais? dijo atajándole Wifredo; en mi palacio reposad, señor, y admitid á lo menos hospedaje por esta noche.

—Es lejos donde voy; las horas de la noche son muy breves, y todas me hacen falta, replicó, siguiendo su camino, el extranjero. Todavía insistiendo el buen varón, —Mis gentes, mis caballos, todo es vues-tro dijo; y el anciano, en ronca voz, —Basta, repuso; límites no tiene, Wifredo, para mí la creación; y la raza del hombre toda entera, no podrá nunca lo que puedo yo.— Y así diciendo, como arista leve que arrebatara del suelo el aquilón, una sonora ráfaga pasando, al monje entre sus ondas arrastró.

Tembló María al percibir su rastro, arrodillóse atónito el varón, y de ir á Monserrate voto hicieron, á vista del prodigio, ambos á dos.

—
Cual marinero errante, que perdido su soberbio bajel contra las olas, lucha á los restos del bajel asido, cercana viendo la ribera ya; cual golondrina errante, que los mares cruza extraviada, y la cansada pluma agita, conociendo los lugares donde anidar acostumbrada está;

Cual cierva que en la fuerza del estío sedienta vaga por el bosque espeso, y el agua oyendo del cercano río, hacia él se lanza cuando el agua ve, así impaciente la infeliz María, en alas del deseo y la esperanza, llegar á Monserrate apetecía con inspirada y religiosa fe.

Wifredo, al par, con la esperanza misma, el sol de la partida apresuraba, y con la misma fe ver esperaba la omnipotencia santa del Señor. Inmensa suma de regalos y oro y comitiva inmensa prevenía, y un santuario fundar se proponía y hacer del penitente un fundador.

«En medio de las peñas solitarias, monasterio suntuoso se levante, memoria eterna que el prodigio cante, señal eterna del favor de Dios. Bajo sus anchas bóvedas, eternos himnos de gracias al Señor resuenen, y sus campanas el desierto atruenen, el alma al cielo remontando en pos.»

Así exclamaba el piadoso Conde, de su fe en el fervor, con tamaños intentos emprendiendo su peregrinación.

Del fresco Mayo en la postrer mañana al despuntar el sol, con su hija y comitiva numerosa de la ciudad salió.

Por plazas y por calles se agolpaba su inmensa población, todos rogando por la hermosa niña á la piedad de Dios.

Y así de Monserrate enderezaron al áspero fragor, y en la distancia del camino largo la comitiva santa se sumió.

Aun se alcanzaba de las altas torres, como leve vapor, el polvo espeso que sus pies alzaban; pero también al fin se disipó.

A Monserrate van. Pero ¿quién sabe
lo que les guarda en su honda soledad
el que posee del corazón la llave,
el que puede medir la eternidad?
Sí; Dios es Dios, y Dios tan sólo puede
romper el velo á la futura edad;
sólo á sus ojos el destino cede:
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

II

Entre los rudos peñascos
que por la extensión desierta
de Monserrate, en las nubes
esconden sus altas crestas;
entre los cóncavos huecos
de sus oscuras cavernas,
guardada oculta y salvaje
de reptiles y de fieras;
en medio de aquellos valles,
do en lagos el sol fermenta
los vapores que son nubes,
empezando en leve niebla:
allí donde humanas voces
á los ecos no despiertan,
ni el humo de los hogares
en espirales se eleva,
de un gigantesco peñasco
en la socavada grieta,
pasa sus días un hombre
en áspera penitencia.
Rústico sayo le viste,
é insípidas le alimentan,
agua de un arroyo manso,
raíces de cruda hierba;
y á su escondida morada
diez años ha que no llegan
más que las águilas que hacen
su nido en aquellas peñas.
Una de techo le sirve,
y audaz la naturaleza,
por un capricho inclinándola,
la colocó de manera,
que el corazón más valiente
temblara entrar bajo de ella,
por miedo de que al hundirse,
su sepultura no fuera.
Tosca cabaña de troncos,
espinos y ramas secas,

construyó allí el eremita,
por su morada eligiéndola,
y allí los días y noches
en soledad y abstinencia
pasando, el cielo conquista
y en paz á la muerte espera.
Y ni el alma de aquel justo
rumor mundano atormenta
con sus pasiones mezquinas
de vanidad y de tierra,
ni su alma, en sus devociones
sumida, jamás recuerda
los humanos devaneos
ni las delicias terrenas.
Es todo cuanto sus ojos
en torno suyo contemplan,
á Dios solamente mira,
á Dios nada más encuentra.
Las florecillas silvestres
que escasas tal vez vegetan;
los arbustillos que exhalan
campesino olor; la tierra
que da al gusano guarida
y sustento á aves y á fieras;
los mil vistosos insectos
que por la atmósfera vuelan.
al sol tendiendo sus alas,
que sus rayos transparentan,
todo, todo de su Dios
el poder le manifiesta,
y él le conoce y le adora
en sus obras más pequeñas.

Así pasa Juan Guarino
su virtuosa existencia,
siendo del cielo delicia
y haciendo al infierno guerra.
Y aunque en el uno fiado,
tal vez al otro desprecia,
Satán, que es muy poderoso,
fieros combates le apresta.
Y aunque con astucia inútil
de continuo le guerrea,
y con oración y lágrimas
Juan de continuo le ahuyenta,
es mucho lo que le irrita
su virtud y penitencia,
para que Satán el campo
de la tentación le ceda.

Ángel que bebió algún día
 del manantial de la ciencia
 con que el Hacedor Supremo
 cuanto es y será penetra,
 del corazón de los hombres
 conoce bien la flaqueza,
 y por su entrada más débil
 sus tiros sagaz asesta.
 Contrario irreconciliable
 del Dios cuya omnipotencia
 conoce, hollado y vencido
 por su poderosa diestra,
 ya que contra el mismo Dios
 volverse otra vez no pueda,
 en buscar imperfecciones
 sobre sus obras se empeña.
 Y de sus manos, el hombre,
 siendo la obra más perfecta,
 de su despecho á la saña
 es la obra mas expuesta.
 Y, «mío es el mundo», exclama,
 viendo la locura ciega
 con que al pecado los hombres
 desbocados se despeñan.
 Mas cuando en medio su turba
 un justo á encontrar acierta,
 por derribar á aquel justo
 olvida su raza entera
 Y, ¡ay si á impulso de su astucia
 ó de su malicia inmensa,
 logra engañarle ó vencerle,
 que, tras la culpa primera,
 tal vez le arrastra al abismo,
 y á Dios insulta y blasfema!

Y así, de aquellos peñascos
 entre las cóncavas grietas,
 entre consuelos y lágrimas
 que Dios y Satán le aprestan,
 pasa el justo Juan Guarino
 su virtuosa existencia,
 siendo del cielo delicia
 y haciendo al infierno guerra.

De las agudas montañas
 tras de las enhiestas lomas,
 una alborada de Junio
 rayaba apenas la aurora.
 Ya el sol á través brillaba
 de nubes de azul y rosa

con que al salir, los espacios
 del horizonte se alfombra;
 y los purpúreos destellos
 de su lumbre creadora
 reflejaban del rocío
 en las cristalinas gotas
 y en las aguas del arroyo
 y en las relucientes rocas
 cuya superficie pulen
 los vientos que las azotan,
 y á su influencia se vían
 de las quebradas recónditas
 elevarse transparentes
 nieblecillas vaporosas,
 y al reflejo de la lumbre
 que desde lo alto las dora,
 tomaban ricos cambiantes
 y tintas encantadoras;
 ya de sus lóbregas grutas
 á las escondidas bocas,
 los reptiles asomaban
 á ver su luz bienhechora,
 y abajo en el valle oscuro
 las avejillas canoras
 himnos cantaban al alba,
 despertando bulliciosas,
 cuando saliendo Guarino
 á la entrada de su choza,
 y de rodillas poniéndose,
 al Dios que amanece adora.
 Mas con harto asombro suyo,
 rompiendo la pura atmósfera,
 á sus oídos llegaron
 voces de humanas personas.
 Tendió la vista á la falda
 de las empinadas rocas,
 y de gran tropel de gente
 las vió rodeadas todas.
 Todos los ojos se tienden
 hacia él, todas las bocas
 le llaman, todas las manos
 suplicantes se le tornan.
 Delante de aquella turba,
 por una senda tortuosa,
 conduciendo un cortesano
 á una niña encantadora,
 subía á espacio, acercándose
 á su cabaña. Medrosa
 el alma de Juan Guarino,
 juzgando farsa ilusoria

de tentación infernal
cuanto ve sobre las rocas,
siguió orando de rodillas,
como quien sabe que logra
vencer la oración constante
las tentaciones diabólicas.
Y en el espacio los ojos,
que le nublan ardorosas
dos lágrimas penitentes,
en su devoción se arroba,
sin que de la gente el ruido,
que ya de cerca le acosa,
su pensamiento distraiga,
turbe su oración devota.
Virtud que sólo concede
de Dios la misericordia
á quien en él cree de veras,
á quien de veras le invoca.
¡Ante esta virtud sublime,
ante esta fe religiosa,
postraos enmudecidas,
mundanas pasiones locas!
¡Callad y desvaneceros,
necias y mundanas glorias,
que el nombre de inspiraciones
os apropiáis mentirosas!
¡Inspiración del que canta
torpes y profanas trovas;
inspiración del que pinta
desnudez escandalosa;
inspiración del que á mármoles
da provocativas formas;
á esta inspiración postraos,
que es más santa que vosotras!
DIOS ES EL GENIO: Él inflama
su inspiración vigorosa
en las almas que con ella
á altas hazañas se arrojan.
DIOS ES EL GENIO; y donde Él
no enciende su luz radiosa,
ni hay inspiración ni hay genio,
no hay más que miseria y sombras.
Y esta inspiración divina
es la que Guarino goza,
cuando María y Wifredo
ante él humildes se postran.
Y de ese célico arrobo
es del que Guarino torna,
cuando estas palabras oyó
del Conde de Barcelona:

—Hombre santo, en quien habita
el espíritu sublime
del Dios cuyo aliento solo
alimenta cuanto existe,
mira á tus plantas, y duélante,
dos seres á quien aflige
pena por el cielo impuesta
en su juicio incomprensible.
Relámpago repentino
cerró las puertas sutiles
del ver á los claros ojos
de esta doncella; y humildes
á suplicarte venimos
que otra vez los ilumines,
y del Dios en que creemos
la grandeza patentices.

JUAN GUARINO

¡Apartaos, tentadores!
¡Vagos fantasmas, huidme!
Dios su poder no demuestra
por instrumentos tan viles.
Dios es grande, sí, muy grande,
mas prodigios tan insignes
no ha de fiar á mis manos,
hechas de tierra y de crimen.
¡Dejadme, apartad!

WIFREDO

En vano
vuestra humildad se resiste;
la voz del cielo, á estas peñas
milagrosa nos dirige.

GUARINO

Señor, si me da el orgullo
esta tentación horrible,
si este poder me atribuye
Satanás por afligirme,
ó dadme fuerza, Señor,
y fe para resistirle,
ó mostrad vuestro poder
y que el soberbio se humille.

Así exclamó el penitente,
y á la doncella la voz
dirigiendo, dijo: —Eleva,
mujer, en nombre de Dios,
al firmamento los ojos,
y alúmbretelos el sol.—

Y obedeciendo María,
miró á los cielos y vió.

Postróse el Conde de hinojos
adorando al Criador:
la comitiva, asombrada,
por tierra se prosternó,
y elevando Juan Guarino
al cielo su corazón,
las manos al sol tendidas,
un punto en silencio oró.

Gozaba absorta María
de la luz el resplandor,
por todas partes mirando
con grata enajenación;
y pasaban sus miradas
en escrutinio veloz
de una peña en otra peña,
de una flor en otra flor,
recordando con delicia
las ideas que guardó,
de su ceguera en las sombras,
de la luz y del color.
Lanzó el infierno un gemido
de despecho y confusión,
contra Guarino aprestando
todo entero su furor.
Y el justo, que interiormente
el ataque presintió,
preparóse á resistir
su más fuerte tentación.
Y comenzando avisado
por el contrario mayor,
vuelto á Wifredo y su gente,
de esta forma les habló:

—Ya Dios de remediaros fué servido:
de vuestra alma adoradle en lo profundo,
y apartaos de mí, que con el mundo
no puedo nada de común tener.
Mis votos escucharos me prohíben,
y está robando á Dios vuestra presencia
el tiempo de oración y penitencia
de que mi salvación ha menester.

Así habló el justo, y acogerse quiso
al fondo de su gruta retirada,
cuando María le atajó, postrada
cayendo ante sus pies, hablando así:

—La luz de Dios por mis cegados ojos
entró en mi pecho, y á su luz divina
la niebla del futuro se ilumina,
y leo lo que guarda para mí.

Las inmensas riquezas de mi padre
me elevarán un santo monasterio
en medio del silencio y el misterio
de esta extensa y desierta soledad.
Yo eternamente en su recinto sacro
alabaré de Dios la omnipotencia,
y en él ha de acabarse mi existencia,
y ha de empezarse en él mi eternidad.

De esta montaña, en cuya excelsa cum-
volví á gozar la luz del mediodía, [bre
no bajaré ya más; la planta mía
otra tierra á pisar no volverá.—
Tembló al oír el penitente austero
tan gran resolución, al punto mismo
el lazo viendo que el contrario abismo
tendiendo astuto á su virtud está.

Presentóse á su mente la grandeza
de su alta santidad; mundano orgullo,
brotando cual vapor en su cabeza,
descendió á obscurecer su corazón,
y un momento en la duda vacilando
de la afanosa é interior pelea,
calló, temiendo que vencida sea
la recta fe por mundanal razón.

A María con lágrimas Wifredo
postróse á suplicar, pero fué en vano;
ella le dijo: —No, padre, no puedo
á la voz de los cielos resistir.—
Tornó el padre á insistir y á negarse ella,
la religión y el mundo largo trecho
combatiendo de entrambos en el pecho.....;
pero túvose el mundo que rendir.

Y alzando entre los peñascos
de la desierta montaña,
cabe la de Juan Guarino
otra rústica barraca,
y el Conde y los suyos yéndose
á la ciudad más cercana,
en la soledad dejaron
á la doncella, con lágrimas.

Wifredo, desde aquel punto
 las órdenes necesarias
 para alzar el monasterio
 expidió por la comarca.
 Cundió por ella el prodigio,
 y á Barcelona llevándola
 la fama, la celebraron
 con fiestas y luminarias.

CAPÍTULO III

QUE TRATA DE UN MISTERIO QUE SE ACLARA
 MÁS ADELANTE Y EN OPORTUNO LUGAR

I

En tanto, allá en las alturas
 de las peñas solitarias,
 el ermitaño y María
 al cielo en unión alaban.
 Y la doncella, de hinojos
 ante la imagen sagrada
 de la Madre del Dios niño,
 las horas orando pasa;
 y el eremita, en su choza,
 con toda la fe de su alma
 dando por tales favores
 á Dios acciones de gracias.

Era del día siguiente
 la hora apenas del alba,
 cuando el penitente austero
 salía de su cabaña.
 Ya en el césped de la roca
 de hinojos María estaba,
 bendiciendo al Dios que alumbraba
 la luz que el Oriente baña.
 Y suelto el cabello rizo
 por la mal cubierta espalda,
 cuyas hebras de azabache
 mece revoltosa el aura,
 al cielo alzados los ojos,
 ambas las manos cruzadas
 sobre el pecho, y el semblante
 alumbrado por la blanca
 luz de una aurora de Junio
 que entre nubes de oro radia,

parecía la doncella
 imagen leve y fantástica
 que crea el sueño de un niño
 sin comprenderla ni amarla.
 Los ojos de Juan Guarino
 la vieron, y contemplándola
 quedaron por un instante
 con indecisas miradas.
 Pidióle al verle la niña
 su bendición, y él, al dársela,
 sobre la hermosa cabeza
 tendió las enjutas palmas.
 —Orad, la dijo, y velad,
 porque muy rudas batallas
 que sostengáis será fuerza
 contra Satán.....—Y, apenada,
 repuso ella: —Padre mío,
 Dios por vuestros labios habla
 sin duda, y en vuestro pecho
 su fuerza depositada
 tiene; guiadme, instruidme,
 y si batallas me aguardan,
 enseñadme á resistirlas,
 acostumbradme á afrontarlas.
 —Sí haré, mi deber es éste:
 y si en mí el Señor derrama
 su luz y su omnipotencia,
 su fe en mi pecho no apaga,
 sobre el ángel de tinieblas
 ha de apoyarse tu planta.

Y así diciendo Guarino,
 de la doncella se aparta,
 perdiéndose de las peñas
 entre las hondas quebradas.

De mil varios pensamientos,
 de mil sensaciones varias
 su espíritu atormentado,
 por el monte caminaba.
 Y apoyándose de un pino
 en una nudosa rama,
 por el desierto callado
 el buen penitente avanza.
 Penoso es, duro, terrible,
 el viaje que hacer nos manda
 la justicia del Señor
 cuando á la tierra nos lanza.

Terribles son en el mundo
 las tentaciones mundanas,
 y allí en contra de los hombres
 mucho Satanás trabaja.
 Pero ¡con cuánta más furia
 su infernal poder desata
 contra el alma que del mundo
 en el desierto se guarda!
 Todo le desencadena,
 toda su astucia nefanda
 contra la virtud del justo
 empeña por derrocarla.
 Traidores lazos le tiende,
 viles amaños le fragua.
 de varias formas se viste,
 de varios modos le asalta.
 Dios le dejó gran poder
 é infinita perspicacia,
 y el espíritu satánico
 aborrece nuestra raza.
 ¡Ay de aquel cuyos sentidos
 tan alerta no se hallan,
 que con alguna quimera
 el espíritu le engaña!
 Tiéndale el Señor su mano,
 porque si el Señor le falta,
 será su virtud despojo
 de la diabólica audacia.

La punta de alto peñón
 el eremita doblaba,
 que de un abismo á la boca
 sobresalía inclinada,
 cuando al apoyar el pie
 sobre la vereda escasa,
 faltóle un punto la tierra.
 Las manos extendió rápidas,
 mas, lejos de todo apoyo,
 ya el cuerpo se despeñaba,
 cuando sintió que le asía,
 con ayuda inesperada,
 una mano vigorosa
 que á la muerte le robaba.
 Fijó los pies en seguro,
 y volviendo la faz pálida,
 vió á otro severo ermitaño
 que á tenerse le ayudaba.
 Hízosele á Juan Guarino
 allí su presencia extraña,

mas dióle sinceramente,
 después de á los cielos, gracias.
 Y entendiendo la extrañeza
 que Juan Guarino mostraba,
 entabló de esta manera
 el otro ermitaño plática:

—Veo que mi presencia en estos sitios
 os extraña, ¡oh Guarino!

GUARINO

Sí, en verdad;
 diez años ha que los habito, y sólo
 en ellos siempre me creí.

ERMITAÑO

Ya va
 más de un invierno que sus rudas peñas
 á mí también habitación me dan.

GUARINO

Nunca os he visto, ni noticia tuve,
 santo eremita, de fortuna tal.

ERMITAÑO

Algo lejos de aquí me hice una choza,
 y de ella salgo rara vez.

GUARINO

¿Quizá
 sitio buscáis mejor?

ERMITAÑO

No; vengo á veros,
 que la fama hasta allí me fué á llevar
 la nueva del prodigio que habéis hecho,
 y venero tan grande santidad.

GUARINO

Dios fué servido á mis mortales manos
 por un momento su poder prestar.

ERMITAÑO

Y yo vengo á adorarle en sus prodigios;
 la feliz criatura, ¿dónde está?

GUARINO

En esas rocas su morada ha puesto,
 do quiere un monasterio edificar.

ERMITAÑO

Y ¿así la abandonáis?

GUARINO

Dios es muy grande,
mas débil es mi corazón mortal;
me alejo del peligro.

ERMITAÑO

Juan Guarino,
injuria á Dios tan ruin debilidad.
Quien muestra en vos su grande omnipo-
sua auxilio en el combáte os negará? [cia,
Por vos estos desiertos, lo preveo,
de austeros monjes á poblarse van;
flores fragantes que del mundo impuro
van el árido campo á embalsamar.
Por vos Guarino, sus ejemplos santos
muchas almas al cielo volverán;
muchos impíos sus contritos ojos
al piadoso cielo han de elevar.
Y por no arrostrar vos peligro escaso,
de que os guarda vuestra alta santidad,
¿vais á dejar que la mujer voluble
ceda inexperta al tentador Satán?
Si él la recuerda la mundana pompa,
todo el terreno bien que deja allá,
acaso, sus designios olvidando,
á ese mundo otra vez quiera tornar.
Y entonces, ¡ay! en vez de monasterios,
en vez de monjes que á morar vendrán
sus claustros y estas rocas, en su seno
lloraremos nosotros nada más,
estériles palmeras infecundas
que ni sombra ni flor podremos dar.

Así hablaba el anciano, y sus palabras
con respeto y dolor oía Juan,
y le daba en el fondo de su pecho
la razón, imposible de negar.
Batallaba la suya acongojada,
suspensa entre el peligro y la verdad,
sin acertar á sacudir su espíritu
el peso enorme de tan hondo afán.
—Volved á vuestra gruta, le decía
el venerable viejo; id, y soplad
el fuego santo que la enciende el alma,
y á su alma débil fortaleza á dar.

¿Qué puede la hermosura, ¡oh Juan Guari-
atractivos tener á ojos que están [no]
á contemplar de Dios acostumbrados
la hermosura y la lumbre celestial?
Id y venceos; conquistad del todo
para el cielo de Dios su alma inmortal,
y si á la vuestra Satanás se acerca,
como quien sois, con su poder lidiad.
Ese es vuestro deber.

GUARINO

Yo lo conozco,
santo ermitaño, y mi deber real
veo que Dios para intimarme os manda,
y obedezco su voz.

ERMITAÑO

Aun haré más:
pondre bajo esta peña mi cabaña;
á mi choza venid en vuestro afán,
y de la loca tentación el peso
dividiremos ambos por mitad.

Postróse ante sus plantas Juan Guarino,
y sintiendo sus fuerzas aumentar
á la voz del anciano venerable,
cedió humilde á su justa voluntad.
Quedó el viejo en el borde de la sima
viéndole hacia su gruta caminar,
su figura elevándose sombría
encima del peñasco colosal.
Es un anciano cuya blanca barba,
cuyo cuerpo encorvado por la edad,
á reverencia mueve más que á miedo,
ministro acaso del divino altar.
Báculo tosco á caminar le ayuda,
ciñe sus miembros áspero sayal,
y al valle vueltos los sombríos ojos,
muestra severa y penitente faz.
Pero la negra sombra que proyecta
sobre la roca cuando el sol le da,
mancha siniestra en el peñón dibuja
de contornos horrendos de mirar.
Sombra que vida en su interior parece
tener....; ilusión óptica quizás.
Al fin, tras el peñón desapareciendo,
volvió todo al silencio y soledad.

II

A más de la mitad de su carrera ya en el cóncavo azul llegaba el sol, cuando á los pies del venerable anciano prosternado con honda confusión, escuchaba Guarino, él conminándole de esta manera con airada voz:

—¡Miserable de ti! Tu infando crimen, del mundo nos va á hacer la execración, siendo por ti el escándalo del mundo y objetos de la cólera de Dios.

Esa mujer, al acusarte, entera traerá la raza humana en derredor á maldecir la hipócrita malicia que encerraba tu torpe corazón.

El prodigio real que por tus manos piadoso Dios y omnipotente obró, á diabólica magia atribuido será sin duda, sí. Mira el baldón con que cubres ¡infame! estos desiertos, santuarios otro tiempo del Señor.

—¡Ay, ay de mí! exclamaba Juan Guarino con eco del más íntimo dolor.

Todo el infierno á castigarme es poco, á lavarme de crimen tan atroz.

—Pues piensa, le decía el otro anciano, piensa en el modo que podrá mejor ocultar á los ojos de la tierra ejemplo de tan vil profanación; al menos porque en todos no recaiga la pena que uno solo mereció.

—Y ¿eso me aconsejáis? Y ¿es este el modo de ayudarme á arrostrar la tentación?

—Y ¿qué puede tenerte, miserable, en la senda del mal y del error? Cubre al menos tu crimen en la sombra del misterio, y al menos desde hoy evita de tu crimen el escándalo, pecado que maldice el Salvador. Tal vez el vulgo crédulo, engañado por tu virtud hipócrita anterior, en un milagro más creyendo estúpido, te tribute mayor veneración.

Borra astuto su rastro de la tierra, engaña al universo por tu honor, y piensa bien que volverá su gente mañana, y urge que lo enmiendes hoy.

Y así diciendo el eremita anciano, de hinojos en las peñas se postró, abismado dejando á Juan Guarino en horrenda y febril meditación.

Veíase que dentro de su pecho empeñada traían con furor espantosa batalla sus pasiones, desgarrando su triste corazón.

Y en el borde sentado del peñasco, fijo, inmoble, en silencio.... daba horror contemplar su semblante contraído, de sus hondos tormentos expresión.

Así Guarino batallando á solas, dos largas horas de pesar pasó, y dos horas el monje venerable sin entibiar un punto su oración.

Al fin Guarino, cual preñada nube que arrebatada en sus alas el turbión, con rauda paso y con temblor convulso del anciano en silencio se apartó.

Dejó aquél su postura penitente, sus miradas de Juan tendiendo en pos, vaga sonrisa contrayendo el labio, sus ojos infernal satisfacción.

Ya á Guarino, perdido entre las peñas, no se alcanzaba á ver, mas él siguió, cual si á través del monte le alcanzara, mirándole con íntima atención.

En ella unos minutos pasó el monje; de ellos al cabo, á parecer volvió Guarino, descompuesto y alterado, diciendo al monje con horrenda voz:

—Viejo, todo está hecho; no habrá escándalo; Maldito el día que nacer me vió! [dalo.

Ronca, histérica, horrible, soltó entonces el monje repentina carcajada, [ces que de Juan en el ánima espantada como afilado acero penetró.

Volvió la vista atónita hacia el sitio do vió al volver al eremita santo, y su vista y su sangre heló de espanto lo que á su lado en su lugar halló.

Gigantesca, satánica figura, de inmensas alas que ante el sol tendía y el resplandor del sol obscurecía, sus fieros ojos en su faz clavó.

Sobre el monstruoso labio le mostraba
sonrisa de desprecio triunfadora,
y con solemne voz aterradora
en sarcástico tono así le habló:

—¿Quién trajo esa mujer á este desierto?
¿Quién de sus ojos apagó la lumbre?
¿Quién á par con la inmensa muchedum-
el milagro de Dios reconoció? [bre
¿Quién encendió un volcán en tus entra-
de furiosa y carnal concupiscencia? [ñas
¿Quién diez años de llanto y penitencia
inutiliza en un instante? *Yo*.

Dijo Satán; y las enormes alas
en la nublada atmósfera tendiendo,
por el espacio se perdió, diciendo:
—¡Maldito el día que nacer te vió!—
Y los cóncavos ecos de las peñas,
al bronco son de su garganta heridos,
repitieron su voz estremecidos,
y estremecido el monte, vaciló.

Quedóse el penitente
al borde de la roca
sentado, sin aliento,
sin voz ni voluntad,
sumido en la amargura;
y por su mente loca
rodaban las ideas
en ronca tempestad.

Confuso torbellino
de espíritus impuros
escucha imperceptibles
zumar en torno de él;
sus labios se resisten
á preces y conjuros,
y el aire que respira
le amarga como hiel.

«¡Diez años de virtudes,
de austera penitencia;
diez años de esperanzas,
de lágrimas y afán,
perdidos en un punto!
¡Cedió mi resistencia
á la tenaz astucia
del tentador Satán!

»¡He cometido un crimen
horrendo, abominable;
un crimen que no tiene
disculpa ni perdón!.....
¡Soy presa del infierno!»,
decía el miserable
mirando hacia el abismo
con bárbara intención.

«Dios es muy compasivo»,
decía su conciencia.
«Mi culpa es infinita»,
decía su razón;
y entre la muerte fácil
que tiene en su presencia,
y el arrepentimiento,
vacila el corazón.

CAPÍTULO IV

DONDE VERÁ EL LECTOR UN CAPRICHÓ QUE TUVO
EL AUTOR AL ESCRIBIR LA PRESENTE LEYENDA

¡Ay, triste del viajero que pierde su ca-
[mino
por el espeso bosque donde extraviado
[fué!
¡Ay, triste del que el cielo de su feliz des-
[tino
con negros nubarrones encapotarse ve!
¡Ay, triste del que siente que airado tor-
[bellino
la lámpara le apaga de su dudosa fe!
Y ¡ay, triste del que sufre, cual sufre Juan
[Guarino,
tribulaciones tales de la montaña al pie!

El día, entretanto, pasando declina,
cercano al dudoso crepúsculo ya;
con rayos postreros el sol ilumina
la faz de Guarino, que inmóvil está.

Cualquiera que de lejos le mirara
tan inmóvil yacer sobre el peñón,
por efigie sin vida le tomara,
por sueño vano ó ideal visión.

Él sus ojos sombríos, errantes,
fijos tiene en ocaso, sin ver
los destellos del sol fulgurantes,
que se va el horizonte á sorber.

Y lá pena de su alma
embrutece su razón,
y en siniestra y fría calma
paraliza el corazón.

Cual suele, tras sombrío
espeso nubarrón,
brotar en el estío
mefítico vapor,
que deja nuestro espíritu
sin fuerza ni vigor;
cual pesadilla odiosa
que en sueños nos acosa,
girando en fatigosa
perpetua confusión,
sin que podamos, débiles,
calmar su agitación,

Tal su ánimo, al peso
de crimen secreto,
prensado y sujeto
con miedo se ve,
y á impulso de asombro
que infúndele pánico,
el soplo satánico
ni espera ni cree.

Y solo y sombrío,
inmóvil, callado,
al borde sentado
del peñón está,
la sima profunda
mirando indeciso,
por sino preciso
teniéndola ya.
Y en tanto que siente
pesada la vida,
y al ánima olvida
y al cielo quizá,

Sepultando
su áurea lumbre,
tras la cumbre
el sol va,

sus postreros
resplandores
tembladores
dando ya.

Sobre el cárdeno
horizonte
á que el monte
pone fin,
se despide
de la tierra
que ha en la sierra
su confín.

Y se mira
la ancha hoguera,
de su esfera
vacilar,
más radiantes
y más bellos
sus destellos
al finar.

Y sus rayos
por las crestas
de las cuevas
al tender,
del prado hacen
por la alfombra
su ancha sombra
negrecer.

Rojas nubes
le coronan,
que amontonan
en redor
los vapores
que pasando
va creando
su calor.

Y sus pliegues,
más espesos
y más gruesos
cada vez,
entoldando
en masa densa
van su inmensa
brillantez.

Poco á poco
su cerrado
y agrupado
nubarrón,
en su centro
da al sol puro
un obscuro
pabellón.

Poco á poco
descolora
y devora
su arrebol,
y así el día
roba al orbe
cuando sorbe
todo el sol.

Queda envuelto
de este punto
todo junto
en luz igual,
y en el cárdeno
horizonte
sobre el monte
cardinal.

Jirón roto,
desgarrado
del cerrado
pabellón,
queda suelta
nube roja
que acongoja
al corazón.

Banda torva,
que tendida
por la corva
loma hendida
de las peñas,
va rasando
por las breñas,
de la cumbre,
y apagando
las centellas
de la lumbre
que da el sol.

Lienzo rojo
que demuestra
de alto enojo
la siniestra
señal santa;
y en pos suya
se adelanta,
y en pos suya
se levanta;
con él viene,
con él gira,
cuando nace,
cuando expira;
con él hace
su camino
matutino
ó vespertino,
de él perpetuo
girasol.

Nube hermosa
que se inclina,
la colina
á transponer,
circundando
su camino
purpurino
rosicler.

Nube errante
pasajera,
vagarosa,
do contempla
Juan Guarino
el destino
que le espera;
que expirante,
congojosa
é indecisa,
á su labio
la sonrisa
postrimera
le arrancó;
y el agravio
á su Dios hecho,
en el fondo de su pecho
con su luz iluminó.

Luz postrera
de esperanza,

que ir ligera
 Juan alcanza
 desde el monte,
 su alma ajena
 no de pena,
 mas de fe.

De la cresta
 de la roca
 más enhiesta
 puesto al pie,
 contemplando
 cuál con blando
 movimiento
 surca el viento,
 se le ve;
 mientras rota,
 informe, vaga,
 su derrota
 va acertando
 pie tras pie.

Palidece,
 se enrarece,
 se consume,
 desaparece....
 Ya se sume,
 ya se fué.

Y noche
 sombría
 tras día
 fugaz,
 aleja
 su alma
 de calma
 y solaz.

Y feas,
 y varias,
 contrarias
 ideas
 están
 su mente
 quemando,
 doblando
 su afán.

Y el cielo,
 y el suelo,

TOMO I

velando
 se va;
 la noche
 se cierra;
 la tierra,
 pavura
 de obscura
 le da.

Y en tanto
 que acude
 al llanto
 quizá,
 cuanto
 existe,
 niebla
 triste
 puebla
 ya.

Las sombras
 más densas
 y extensas,
 doquier,
 sus velos
 despliegan,
 y ciegan
 el ver.

Y la tierra
 toda inunda
 la profunda
 lobreguez,
 montes, valles
 y collados
 sepultados
 á su vez.

Espesas nubes
 que apiña el viento
 al firmamento
 robando van
 su luna pálida;
 las luces bellas
 de sus estrellas
 muertas están.

Y en vez de los ojos
 sirviendo el oído
 ya sólo es el ruido
 quien guía los pies,

al alma infundiendo
sus vagos rumores
extraños temores
de mundo que no es.

Y se oye por las peñas
sonar en las montañas
de fieras y alimañas
los pasos ó la voz,
mostrando en sus sonidos
sus cóncavos gruñidos,
sus ásperos graznidos,
ya agudos y ya graves,
las fieras y las aves
su natural feroz.

Y á cada tenue lamento,
á cada salvaje son
de ave ó fiera, de agua ó viento,
se estremece el corazón.
¿Y quién podrá en tal momento
dar del desierto razón?

¿Quién puede los pasos seguir de Guarino
por medio tan denso nocturno vapor?
¿Quizá entre las peñas perdido el camino
sepulcro escondido le dió su fragor!
Porque, ¿quién los senos abrir del destino
podrá, ni del crimen medir el horror?

¡Lenta, amarga, terrible es la agonía
que su remordimiento al hombre da!
Quizá á Guarino, al despuntar el día,
sentado en el peñón le encontrará
de sí mismo espantado todavía,
muerto al impulso del dolor quizá.


La noche entretanto se pasa. Sumido
monte, llano, río, desierto y ciudad
en lóbrega noche, doquiera dormido
cobijan al mundo el silencio y la paz.

[mento

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni la-
resuena por los senos de las montañas ya.
Y sólo tal vez se oye el susurrar del viento
ó el ruido del arroyo que murmurando va.

Rayó el siguiente día,
y la rosada lumbre de la aurora
tornó á ahuyentar la umbría
nocturna obscuridad; encantadora
con nueva juventud, con nueva vida,
tornó naturaleza
á mostrarse de nuevo enriquecida
con doblada belleza.
Y el día entraba apenas, cuando á lento
cansado caminar, por la aspereza
subía la montaña
Wifredo, y de María á la cabaña
llamó, llegado con pausado acento.
Mas nadie dentro respondió; María
ausente estaba de ella.
Llamó á la de Guarino,
mas ¡ay! estaba sola como aquélla.
Siguió el Conde á la altura
subiendo. Desde allí se descubría
gran trecho de montaña y de llanura,
mas no alcanzó á Guarino ni á María.
A voces los llamó, mas á sus voces
respondieron no más ecos lejanos,
cuyos sonos livianos
se llevaron las ráfagas veloces.
A su gente llamó desesperado;
corrió el pueblo exhalado;
sus siervos, sus vasallos, sus amigos
por doquiera los montes recorrieron;
en lo espeso del monte se metieron,
pero en vano en los montes se cansaron:
¡ay! con el rastro de ninguno dieron.
Presa el Conde de amargo sentimiento
y de fiebre ardorosa,
cercano de su muerte vió el momento,
y á manos de su horrenda desventura
lleváronle á su corte populosa
su enfermedad rayando en la locura.
Y el vulgo maldiciente
se perdió de una en otra conjetura
haciendo cada uno más obscura
la historia y la razón de este accidente,
y cada uno á su antojo
á Dios ó á Satanás atribuyendo
la oculta causa del suceso horrendo.





SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO V

DE LA EXTRAORDINARIA ALIMANA QUE LOS MONTE-
ROS DEL CONDE DE BARCELONA CAZARON EN LAS
PEÑAS DE MONTSERRAT.

Un día y otro día
de púrpura y de grana
entre vistosos grupos
de nubes y arrebol,
igual, indiferente,
nacer cada mañana
para el alegre vemos
y para el triste el sol.

Antrecha que ilumina
la creación entera
en torno de ella vueltas
infatigable da;
mas cuanto con su lumbre
fecunda en la postrera
tornándolo en estéril
en la siguiente va.

El cubre los vallados
de flores y verdura;
él hace escaso arroyo
lo que ancho río fué;
él da á los secos árboles
fructífera espesura;
él cría el gusanillo
que les corroe el pie.

Y al que hoy dejó llorando
en abandono y duelo,
mañana encuentra alegre
y venturoso ya;

y al que dejó olvidado
en su placer del cielo,
mañana ve que hundido
en el dolor está.

Las unas tras los otros
los días y las horas
del mísero Wifredo
pasando van así;
las últimas acaso
de calma precursoras,
que el bien ni el mal eternos
jamás serán aquí.

Que en la mudable tierra
por diferentes modos
concluye todo luego,
varía sin cesar,
y al cabo en nuestros males
nos consolamos todos
de lo que ya ha pasado
con lo que va á pasar.

Seis años se pasaron,
y con la edad se fueron,
si bien de sus pesares
los torcedores no,
los males que al sepulcro
cercano le pusieron,
y aun sus recuerdos casi
el tiempo adormeció.

Sí, que aunque guarda enteras
el alma de Wifredo
las lúgubres memorias
de su pasado mal,

no vienen como un día
ministros de ira y miedo
á perturbar sus sueños
en círculo infernal.

No lloran ya sus ojos
con lágrimas ardientes
que abrasan sus mejillas
la prenda que perdió;
cesaron sus extremos
esfuerzos impotentes
en pos de lo que airado
su Dios le arrebató.

Profunda, aunque templada,
tenaz melancolía
le prensa el amoroso
paterno corazón;
más grata si más triste
le aduerme cada día,
memoria, no esperanza;
recuerdo, no ilusión.

Y así la vida pasa
pacífica y tranquila
en medio de su pueblo,
que idolatrando en él,
á distraer sus penas
en derredor apila,
atenta á su consuelo,
su muchedumbre fiel.

Y en vítores y aplausos,
en danzas y cantares
los senos del palacio
llenando sin cesar,
de su señor ahuyentan
los íntimos pesares,
que sólo puede el tiempo,
rodando, consolar.

Con corazón sencillo,
leales los pecheros,
sus brazos y sus tierras
le vienen á ofrecer;
y extrañas fieras y aves
le cazan sus monteros,
que de lejanas tierras
le vienen á traer.

De su señor amigos
los graves cortesanos,
ancianos peregrinos
le salen á buscar,
que el ocio y el fastidio,
del corazón tiranos,
con mágicas leyendas
le vergan á ahuyentar.

Y así la vida pasa
pacífica y tranquila
en medio de su pueblo,
que idolatrando en él,
para atenuar sus penas
en su redor apila,
atenta á su consuelo,
la muchedumbre fiel.

Y un día que, en sus memorias,
el buen Conde adormecido
yacía, en silencio hundido,
en un cómodo sillón,
contemplando vagamente
en la inmensa chimenea
la llamarada que humea
con el húmedo tizón,

Vino á distraer su oído,
hiriéndole de repente,
confuso rumor de gente
de su casa en lo interior;
y confusión y tumulto
y pasos y gritería,
que se iba acercando oía
por vecino corredor.

Dejó el sillón azorado,
y á aquel son extraño atento,
la puerta del aposento
abriendo, al dintel salió,
deteniéndose asombrado
al ver que sus corredores
gente en tropel, con clamores,
tan sin respeto invadió.

Las damas y las payesas,
los artesanos y arqueros,
los nobles y los pecheros,
en revuelto pelotón,

avanzaban lentamente
por sus estancias adentro, •
fija la vista en el centro
de la inmensa reunión.

—¿Qué es esto?—exclamó Wifredo
un paso á ellos avanzando.—
¿Quién entra aquí así, turbando
la quietud de mi mansión?
Hablad: ¿qué sucede ahora?
¿Hay en el puerto enemigos?
¿Ó es vuestra turba traidora
una osada rebelión?

¡Vive Dios! Ea, explicaos.—
A cuyas voces airadas
quedaron paralizadas
las voces, quietos los pies.
Y el Conde, viendo que nadie
contestaba, de un montero
asiendo, que iba el primero,
le dijo:—Explicate, pues.

—Señor—dijo éste turbado,
la rodilla hincando en tierra;—
no es movimiento de guerra
lo que veis, no es rebelión;
es que en Montserrat cazamos
tres días ha una alimaña,
que creímos, por lo extraña,
digna de vuestra atención.

Miradla.—Y así diciendo,
la multitud dividiendo
ante los ojos del Conde
la alimaña presentó.
Y en redor de ella y Wifredo,
círculo extenso formando,
la alimaña contemplando
la muchedumbre quedó.

Jamás miraron sus ojos
una bestia más extraña,
ni en los ámbitos de España
la halló hombre alguno jamás,
ni de su forma recuerdo
guardó nadie en su memoria,
ni de ella en escrita historia
habló algún sabio quizás.

Era del jerbo y del mono
término, ó compuesto acaso:
del jerbo tenía el paso,
del mono la formación.
La mirada melancólica
su interior pena exprimía,
y sus miembros encubría
largo y espeso vellón.

Ni mostraba á los amagos
ruda y salvaje fiereza,
ni á los hombres extrañeza,
ni á las caricias placer.
Mas de pavor con extremos
constantemente esquivaba
su mano, si la llegaba
á halagarle una mujer.

Absorto miraba el Conde
aquel ser desconocido,
dentro la jaúla encogido,
insensible al parecer;
y por más que le miraba,
y por más que discurría,
la raza desconocía
más de que pudo nacer.

Mandó luego á sus monteros
que en su salón le pusieran
y allí libertad le dieran
para ver su condición;
pero la bestia su jaula
no abandonó un solo instante,
permaneciendo constante
en la misma posición.

CAPÍTULO VI

DE LA EXTRAÑA METAMORFOSIS DEL ENJAULADO
MONSTRUO

Y fué por la ciudad de boca en boca
la relación cundiendo
de aquel monstruo cazado en una roca;
y así se fué extendiendo
por Cataluña entera,
relato extraño haciendo,
quitando y añadiendo
del caso cada cual á su manera.

Y de todo el condado
 por ver el monstruo á la ciudad venía
 el pueblo apresurado;
 y el Conde permitía
 que el palacio invadiera
 y el monstruo contemplara
 y su curiosidad satisficiera.
 Llegaba, le veía,
 se admiraba en silencio
 el vulgo, se salía
 y á su hogar se volvía
 ó absorto ó satisfecho,
 y contaba después á sus vecinos
 lo que en la capital había hecho,
 jurando que era el monstruo
 de los más peregrinos.
 El buen Conde entretanto
 conservaba al tal monstruo en su aposento,
 y á su tranquila condición atento,
 la jaula noche y día
 abierta le tenía;
 pero jamás el monstruo la dejaba,
 aunque claro Wifredo conocía
 que cuando él de su cuarto se ausentaba
 de su jaula salía
 y por el cuarto en derredor andaba.
 Consideraba el Conde
 cada vez con más duda y extrañeza
 su incógnita para él naturaleza.
 Su forma casi humana,
 su sobriedad extrema y mansedumbre,
 la adquirida costumbre
 de estar al parecer de buena gana
 en su jaula metido
 y acurrucado siempre y encogido;
 su inteligencia rara
 y la expresión de su velluda cara;
 sus manos y sus pies á los del hombre
 semejantes, traían confundido
 al Conde, que del ser desconocido
 no podía marcar raza ni nombre.
 Ni caricias y halagos,
 ni castigos y amagos
 pudieron arrancar de su garganta
 ni en su exterior marcaron
 un gesto de amenaza ni un gemido.
 Los criados tal vez le maltrataron,
 y los perros de caza,
 que alguna vez adonde estaba entraron
 con ademán furioso,

á la jaula llegaron.
 Él empero, ni hostil ni temeroso
 se mostró; indiferente
 sufría y silencioso
 tranquila y mansamente.
 Poco á poco esta calma
 y extraordinaria abnegación hicieron
 de Wifredo en el alma
 incomprensible sensación, y al cabo
 de curiosa extrañeza
 pasó á ser compasión; hízola luego
 costumbre la continua compañía,
 y al cabo la costumbre
 pasó á ser afición, luego cariño;
 y vino al fin un día
 en que el Conde pensó con pesadumbre
 que apartarse tal vez fuerza sería.
 La monstruosa alimaña
 por su parte también mostraba al Conde
 una afición extraña.
 Sumisa á sus antojos
 admitía contenta sus caricias,
 y á veces notó el Conde
 lágrimas desprendidas de sus ojos.
 Mostraba claramente su alegría
 cuando el Conde hacia ella se llegaba,
 y tristeza en sus ojos se veía
 si de ella se apartaba;
 y cuando el Conde hablaba
 como si le entendiera le atendía.
 Mil veces la memoria
 de la hija que perdió tan tristemente
 le asaltaba la mente;
 y el amoroso corazón transido
 con el pesar de tan amarga historia
 ponía al Conde mustio y abatido,
 y lloraba á sus solas tristemente.
 Contemplábase el monstruo de hito en hi-
 y lloraba también, y su semblante, [to,
 mustio bañaba en expresión doliente.
 Muchas veces delante
 de sus nobles amigos,
 de su desdicha y su dolor testigos,
 recordada aquella hija malhadada,
 encanto de su vida,
 por él tan ciegamente idolatrada,
 y á su paterno corazón perdida.
 El monstruo entonces trémulo, encogido,
 en medrosa postura,
 y en el hueco más lóbrego escondido

de su jaula, mostraba una amargura que natural hubiera parecido en otro sér que comprender pudiera del paterno dolor la causa entera. Y en aquellos momentos, su dolor expresando con sonos guturales, semejaban su voz y sus lamentos ayes de una persona que llorando las palabras ahogando exhalara suspiros, naturales en quien está su angustia sofocando. Esta rara tristeza, que afinidad secreta y misteriosa con la tristeza paternal tenía entre el Conde y el monstruo, fácil cosa de entender es, que entre ambos vino al fin á doblar la simpatía. Y acostumbrado el Conde de la sumisa fiera á la salvaje sociedad, tenía entre los animales destinados á su servicio ó diversión el puesto é importancia primera. Y por temor que alguno la ofendiera, los lebreles estaban atraillados, los neblíes yalcones enjaulados. Y de aquesta manera, su casa y su condado manteniendo en paz con sus cuidados, iban días y meses transcurriendo.

Una mañana fresca y luminosa del florecido Mayo, en que el sol de su luz en cada rayo un hilo vibra de color de rosa, y el trecho que su luz abarca y ciñe de este color purísimo se tiñe, en una galería que da al jardín de su palacio, y tiene para él una escalera, y comunica del Conde con el gótico aposento, en un hondo sillón arrellenado el buen Conde Wifredo goza el ambiente puro y perfumado, tranquila el alma y el semblante ledó. Las hojas de los árboles frutales oream susurrando los botones

do las flores tempranas señalan el lugar en que más tarde brotarán odoríferas manzanas, rojas cerezas y ácidos limones. Y al manso soplo de la errante brisa tomando movimiento sobre los tallos las abiertas flores, embalsaman el aura, y el aliento que Wifredo respira se inunda en salutíferos olores. Los nuevos ruiseñores, generación de aquella primavera, sus alas y sus picos ensayando le regalan la vista y el oído, tímido vuelo alzando en derredor del nido, y en la garganta armónica probando el canto no aprendido. Las leves mariposas sus alas de colores estremecen vagando entre las flores; y las pardas avejas codiciosas el néctar de sus cálices libando vuelan en torno de ellas susurrando. Mil insectos distintos, mil diversos reptiles, conforme cada cual á sus instintos, llenan auras y céspedes á miles; y el agua que se escapa del estanque horadado, en transparentes hilos y en gotas cristalinas los pies fecunda de frondosos tilos. Lilas blancas y rosas purpurinas que, orlando los linderos de los anchos senderos, en cauces desiguales con las fuentes vecinas van á mezclar sus líquidos cristales. Y á esta del mundo incógnita armonía, y vida universal y movimiento, el Conde, en el sillón en que yacía, allá en su puro corazón sentía nueva vida bullir y nuevo aliento. Y en dulces esperanzas divertido, del porvenir obscuro en las regiones, tenía el pensamiento entretenido en pos de mil quiméricas visiones; é iba de ellas en pos tan abstraído, que ni aun sintió á sus pajes,

que llegando uno á uno
 su servicio á ofrecerle, uno tras otro
 en silencio quedaron,
 y á distraerle sin osar ninguno,
 detrás de su sillón se colocaron.
 Sus miradas tendían,
 la dirección buscando,
 que las miradas del señor seguían,
 y en las ramas y flores se perdían,
 objeto allí de admiración no hallando.
 ¡Ay, triste del que nécio sus miradas
 por un jardín en primavera extiende,
 y que sea á otros ojos
 de admiración objeto no comprendel
 En tal instante, el Conde, rodeado
 de sus callados pajes, y tendido
 sobre su ancho sillón, junto á la puerta
 del corredor traído,
 el monstruo acurrucado
 en su jaula entreabierta,
 apareció por el jardín viniendo,
 á su señor la joven jardinera
 un ramo hermoso á su señor trayendo
 de las primeras flores
 que hizo dar al jardín la primavera.
 En casilla apartada,
 y en una punta del jardín alzada,
 á aquella jardinera daba el Conde,
 con su esposo, morada.
 Rústico el jardinero, inteligente
 cultivaba el jardín, eternamente
 asido de la azada,
 del hacha y de la corva podadera,
 dejando á su mujer, más despejada,
 de los demás negocios encargada.
 Ella, pues, aunque pobre y campesina,
 cuando moza soltera,
 dulcificó sus rústicos modales,
 y era lo cortesana
 que pudo ser jamás una villana.
 Agradecida á su señor, y atenta
 á mantenerse de él siempre en la gracia,
 su obligación tenía en mucha cuenta.
 Y los primeros frutos
 y las primeras flores
 á su señor venían en tributos,
 ya en primorosos ramos y hacecillos,
 ya en pintados y frescos canastillos;
 y en dulce paz y en íntima armonía
 esta pareja así feliz vivía,

y á sombra del palacio
 ornaba más y más enriquecía
 del jardín el espacio,
 donde á par de las plantas de cultivo
 su rubia prole sin afán crecía
 en sus dos revoltosos muchachuelos,
 de su madre á la par retrato vivo.
 De ellos con uno en brazos,
 que apenas meses seis aún no cumplía,
 la jardinera al corredor subía,
 tendiendo él sus rosadas manecitas
 á las flores del grueso ramillete,
 y ella sonriendo
 «míralas qué bonitas»
 junto al rostro ponérselas diciendo.
 Contemplábala el Conde complacido
 llegar á él con el infante en brazos,
 y el ramo de sus manos admitido
 tendió los suyos al hermoso niño
 con expresión de cándido cariño.
 Mas el alegre infante,
 sin fijar en el Conde su mirada,
 tornó atento el semblante
 á la fiera en su jaula acurrucada.
 Dormía el monstruo al parecer, sumido
 en su quietud estúpida,
 y el niño le miraba distraído,
 sin que de la afanosa jardinera
 ni del risueño Conde á los halagos
 el parvulillo su atención volviera.
 A la tenacidad de esta mirada
 en el monstruo clavada,
 la suya al par siguiéndola tendieron
 cuantos en torno había
 á la fiera enjaulada
 Ya el monstruo no dormía;
 como si la mirada del infante
 en la suya inflamara oculto fuego,
 sus ojos abrió luego
 y en los del niño los clavó anhelante,
 permaneciendo inmóviles sus pupilas
 cual si ante el niño se sintiera ciego.
 Entre ambos atracción tan misteriosa
 llamando al punto la atención entera
 del Conde y de los suyos, en silencio
 aguardaban el fin á que vendría
 esta atracción del niño y de la fiera.
 Mas á los pocos momentos
 de estar el uno sobre el otro fijo
 contemplándose atentos,

cuánto el asombro universal sería oyendo al niño, mudo todavía, que con sonora voz al monstruo dijo: «*Levántate, Guarino; harto te abona en el juicio de Dios y tu conciencia tu larga penitencia.*»
 »*Vuelve, pues, á tu ser; Dios te perdona*»
 Y el monstruo su prisión abandonando y su salvaje estupidez perdiendo, la antigua humana forma recobrando se arrodilló, á los cielos extendiendo los brazos penitentes la omnipotencia del Señor mostrando á la faz de las gentes; y asombrados dejando á cuantos hubo en la ocasión presentes la extraña metamórfosis mirando. Luego á los pies del Conde postrado humildemente —Herid, señor—decía;— la justicia de Dios omnipotente quiere sin duda que la culpa mía expie á vuestros pies; hollad mi frente.— Y el buen Conde, que apenas comprendía lo que decir quería, respetuosamente la mano le tendía diciendo:— Levantad, que en quien Dios prodigio semejante, [obra cualquiera humillación será de sobra de otro mortal delante.— Mas viendo que obstinado permanecía ante sus pies de hinojos llanto vertiendo de sus tristes ojos, mandó que todo el mundo despejara; y cuando todos estuvieron fuera, diálogo en soledad, y cara á cara, se entabló entre los dos de esta manera:

 Mas lo que dijo al Conde el penitente relatará el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII

EL CONDE Y GUARINO

EL CONDE

Quienquiera que seáis, vos en quien tales prodigios obra omnipotente Dios,

alzaos, y éste que alcanzar no puedo explicadme.

GUARINO

Pues bien, oid, señor.

Teniais una hija hermosa y pura, fruto gentil de vuestro casto amor, fragante flor que embalsamaba el vaso de vuestro amante y noble corazón. Un rayo que en la atmósfera nublada el infernal espíritu inflamó, en sus ojos ahogó la luz del día; y en nombre del altísimo Hacedor, con esperanza de milagro fácil, un monje en Monserrate os señaló, por cuyas oraciones vuestra hija tornó á ver y gozar la luz del sol. De fundar un suntuoso monasterio con piadosa y rectísima intención del ermitaño á cargo vuestra hija en la fragosa soledad quedó. Mas ¡ay! En vano en el siguiente día buscóla allí vuestro paterno amor, ni ella ni el eremita en sitio alguno fueron de nadie vistos hasta hoy.

EL CONDE

Mas ¿á qué renovar en mi memoria el manantial oculto de dolor, que las corrientes hasta entonces puras del mar de mi existencia envenenó?

GUARINO

¡Ay de mí! Vuestra historia con la mía mantiene tan estrecha relación, que para hablaros de mí mismo, fuerza ha sido que os hablara antes de vos. Aquel santo eremita que los ojos de María á la luz á abrir volvió, aquel á cuyas férvidas plegarias tan singular prodigio obró el Señor, en lugar de velar por la ovejuela que á su cuidado inerte se entregó, lobo inhumano se tornó contra ella en su sangre bañándose feroz.

EL CONDE

¡En su sangre!

GUARINO

Vertida gota á gota
fué, y el vil asesino he sido yo.

EL CONDE

¡Miserable de tí! Toda la tuya
saciar no puede el vengativo ardor
en que la mía oyéndolo se abrasa.

GUARINO

Tal vez para saciarla quiso Dios
ponerme en vuestras manos, exigiendo
la venganza de crimen tan atroz.

EL CONDE

¡Monstruo! ¿Qué fué lo que instigarte pudo
á delito tan vil?

GUARINO

Oid, señor,
y antes de dar mi sangre por la suya
sabed toda mi horrible confesión,
y doble la vergüenza de contárosla
la pena que la culpa mereció.

EL CONDE

Habla, y abrevia tu relato infando,
y calma para oírte me dé Dios.

GUARINO

Vos, en la soledad de las montañas
me dejasteis vuestra hija; pensé yo
que diez años de duras penitencias
habrían de mi frágil corazón
hecho castillo inexpugnable, y ciego
confié de mí mismo en el valor.
La misma santidad de vuestra hija,
su noble y celestial resolución,
y el gran milagro que por mí reciente
obró Dios, me sedujo y me animó.
Santa, pero mujer, joven y hermosa,
debí de encomendarla al Salvador
que la guardara bien y huir en ella
la infernal escondida tentación;
mas yo, necio de mí, con falso orgullo,
con inútil y estúpido fervor,
en la fe y la virtud por mantenerla
mi virtud y mi fe Satán hundió.
Permanecí junto á la hermosa niña,

dando á su fe primero admiración,
y después admirando su hermosura
que allí el infierno por mi mal envió.
Mi vista que en el trecho de diez años
en los cielos no más, en la oración,
ó en la tierra con llanto penitente
fervoroso ó humilde se fijó,
á contemplar su terrenal belleza
tornóse con impúdica atención,
y el fuego de infernal concupiscencia
dentro de mis entrañas se inflamó.

EL CONDE

¡Basta, basta! Comprendo el fin horrible
de esa historia fatal.

GUARINO

Santo temor,
soplo expirante de virtud dos veces
de la inocente hermosa me apartó,
y otras dos veces me arrastró hacia ella
la astucia del demonio tentador;
y al vértigo carnal de su apetito
sucumbiendo mi imbécil corazón,
víctima de mi torpe desvarío
su virginal pureza sucumbió.

EL CONDE

¡Revelación horrenda!

GUARINO

Horrenda, pero
todavía la culpa fué mayor.

EL CONDE

¿Has hecho más aún?

GUARINO

Cometí el crimen,
y en cuanto mi maldad le consumó,
sus consecuencias en tropel bullente
aglomeró en mi mente la razón,
y Satanás poniéndose á mi lado
me hizo entender y calcular su horror.
Los otros penitentes solitarios
que habitaban las peñas como yo
me trajo á la memoria, y que inocentes
de mi culpa á ser iban de ella en pos
sólo objetos de escándalo, y del mundo
á cargar con la injusta execración.

—Ve—me dijo el demonio—mira infame adónde tu maldad te despeñó.

Al acusarte esa mujer, entera traerá la raza humana en derredor á maldecir la hipócrita malicia que en tu impúdico pecho fermentó. Ese milagro real, que por tus manos piadoso Dios y omnipotente obró, á diabólica magia atribuido va con razón á ser. Mira el baldón con que cubres, infame, estos desiertos, santuarios otro tiempo del Señor. Esconde de los ojos de los hombres ejemplo de tan vil profanación, al menos porque en todos no recaiga la pena que uno solo mereció;

ó al renegar de sus ministros viles renegará su santa religión. Cubra al menos tu crimen el misterio, engaña al universo por tu honor, no excuses otro crimen, si te salva, y haz penitencia luego por los dos.»

Esto el infierno me inspiraba, y esto que yo escuchaba de su falsa voz, de una falsa vergüenza en mi conciencia hizo brotar el humo embriagador. Un pensamiento atroz, pero seguro á mi mente febril se presentó; y por sino fatal yendo arrastrado á ponerlo en sangrienta ejecución, privé de la existencia á la inocente á quien privé primero del honor.

EL CONDE

¡Bárbaro!

GUARINO

Y en las rocas enterrándola huí de Monserrate cuando el sol, sumiendo en el Océano sus rayos, el velo á las tinieblas desplegó.

EL CONDE

En vano te busqué por las montañas. Mas hoy.....

GUARINO

Fuí de mí mismo con horror á la sagrada capital del mundo mendigando mi pan; crucé veloz

ríos y montes, y llegando á Roma del rebaño de Cristo ante el Pastor postrado, de mis crímenes nefandos hice entera y contrita confesión.

El Pontífice santo, del Eterno en la tierra Vicario, mi dolor y mi arrepentimiento contemplando con estas condiciones me absolvió: «Vuelve—me dijo—á Monserrate; pero vuelve á morar en su áspero fragor cual bestia, no cual hombre; dobla al suelo tu frente como bruto; y posición manteniendo de tal, de cuatro remos sírvete para andar en vez de dos. Y en penitente soledad, tu vida pasa en el monte en tal degradación, hasta que un tierno infante de seis meses de ella te absuelva en nombre del Señor.» Yo obediente al Pontífice supremo me volví como bruto á la mansión de Monserrate; de velludas lanas mi macilento cuerpo se cubrió, y destruída en mí la humana forma cual monstruo me trajeron ante vos, ante quien el milagro prometido para fin de mi pena se cumplió. Ahora, señor, pues aplaqué á los cielos, que escarmienten en mí será razón los hombres, y en la tierra á su justicia aplaque quien su ley atropelló.

—
Postró el penitente humilde su venerable cabeza hasta el suelo, en que sus plantas el Conde ofendido asienta, y así en silencio quedaron uno en pie y otro por tierra; uno al castigo ofreciéndose y otro apreciando la oferta. Pero al cabo el noble Conde pesando allá en su conciencia la justicia de su causa, la inmensidad de la pena, la razón de su venganza y la prez de su nobleza, rompió el silencio diciendo con voz conmovida y trémula: —Alzad, Guarín, que no es justo que se muestre más severa

que la justicia del cielo
 la justicia de la tierra.
 Mi honra habéis ultrajado,
 allí do con más pureza
 se anidaba; con mi sangre
 habéis regado las peñas
 de Monserrate, mas de ambas
 la mancha injuriosa y fea
 lavado habéis con las lágrimas
 de cristiana penitencia.
 Yo os perdono como el cielo;
 volveos á las desiertas
 montañas, y vida triste
 pasad penitente en ellas.
 Mas quiero una sola cosa
 rogaros, única prueba
 que exijo de vos, Guarino,
 del perdón en recompensa.
 Mostradme el oculto sitio
 de aquellas fragosas sierras
 en donde yacen los restos
 que de mi María quedan.
 Los que de mi extirpe nacen
 su tumba tienen dispuesta
 en más suntuoso lugar
 que el que sus restos encierra.
 —Vuestros criados, señor,
 mandad que conmigo vengan,
 que en el lugar en que yacen
 tengo cavada una cueva
 donde cual fiera he vivido
 lamentando mi fiereza.
 Sobre el césped que la cubre
 brotó, y entre él se conserva
 de los tiempos respetada,
 una silvestre azucena,
 símbolo de su desdicha
 y pendón de su inocencia,
 por los cielos levantado,
 mantenido en nombre de ella.
 —Yo mismo iré allí á llorarla.
 —Señor, pues que pronto sea.
 —Partamos al punto.

—Vamos.

Y antes que una aurora nueva
 vuelva á alumbrar el oriente
 saldréis con tan santa empresa.

CAPÍTULO VIII

LA AZUCENA SILVESTRE

Cual marinero errante, que perdido
 su soberbio bajel, contra las olas
 lucha, á los restos del bajel asido
 cercana viendo la ribera ya;
 cual golondrina errante que los mares
 cruza extraviada, y la cansada pluma
 agita conociendo los lugares
 donde á anidar acostumbrada está;
 Cual cierva que en la fuerza del estío
 sedienta vaga por el bosque espeso,
 y el agua oyendo del cercano río
 hacia él se lanza cuando el agua ve,
 así impaciente el padre de María
 en las alas de una última esperanza
 partir á Monserrate apetece
 con paternal y religiosa fe.

«¡De entre las yermas rocas se levante
 su despojo mortal! Y en sitio digno
 salmos la Iglesia á su memoria cante,
 y ore por su alma el compasivo Dios.
 Bajo las anchas bóvedas del templo
 sus funerales místicos resuenen,
 y las campanas su recinto atruenen
 y álcese al cielo mi oración en pos.»

Así decía el piadoso Conde
 transido de dolor,
 con tamaños intentos emprendiendo
 su peregrinación.

Y del florido Abril una mañana
 al despuntar el sol,
 con Guarino y escasa comitiva
 de la ciudad salió.

Unos pocos jinetes enlutados
 seguíanle en montón,
 y unos cuantos obreros que la tierra
 á cavar destinó.

Un monje, que al hallar el cuerpo, su alma
 encomendara á Dios,
 iba al par en silencio en medio de ellos
 envuelto en su ropón.

La multitud encima de los muros
 en silencio á mirarlos se agolpó,
 rogando ansiosos por el triste padre
 y por su hija al Señor.

Así de Monserrate enderezaron
 al áspero fragor,
 y en la distancia del camino largo
 la triste comitiva se sumió.

Un punto aun desde los altos muros
 como leve vapor,
 el polvo de sus pies se percibía,
 pero también al fin se disipó.

—

Á Monserrate van. Pero ¿quién sabe
 lo que les guarda en su honda soledad
 el que posee del corazón la llave,
 el que puede medir la eternidad?
 Sí, Dios es Dios; y Dios tan sólo puede
 romper el velo á la futura edad;
 sólo á sus ojos el destino cede;
 Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

—

Rayaba en el oriente
 la claridad temprana
 del alba transparente
 de la fresca mañana
 del día á aquel siguiente,
 cuando el Conde á la falda de las rocas
 de Montserrat llegaba con su gente.
 El penitente Juan sus pasos guía
 humillado al recuerdo vergonzoso
 del delito que allí cometió un día,
 y como iban subiendo,
 al Conde el monje se acercó diciendo:
 —Señor, desde este cerro, que testigo
 fué en día más dichoso
 de la piedad de Dios para conmigo,
 de mi crimen después y mi castigo,
 solos ambos quisiera
 que subiendo siguiéramos,
 y solos cabo á nuestra empresa diéramos.
 Entre estas cavidades,
 penitente primero y luego fiera,
 escándalo de aquestas soledades

largos años viví, y la edad futura
 pluguiérame que nunca conociera
 el sitio de mi horrenda desventura.
 Resto de orgullo humano,
 que el mortal corazón mísero encierra,
 sea tal vez, mas me dará tormento
 saber que se hace público en la tierra
 mi culpa, mi castigo y mi aislamiento.
 Temo la tentación del diablo astuto,
 y sé por experiencia
 el trecho que marcó la omnipotencia
 del racional al bruto.

Wifredo, su caballo deteniendo,
 y al monje con respeto contemplando,
 así le dijo con acento blando:
 —Sea como queráis; vos que ante el trono
 de Dios sois perdonado,
 no habéis de ser por mí más castigado,
 ni pasará de aquí con vos mi encono.
 Secreto es vuestra historia
 que de mi labio no saldrá, escondida
 viviendo eternamente en mi memoria.
 Diré que el cielo, de mi triste vida
 tal vez compadecido,
 á mí os ha conducido
 para templar del alma la amargura,
 el lugar escondido
 mostrándome en que está su sepultura.
 Pues si por vuestro crimen inaudito
 debierais ser de mi venganza objeto,
 por la mano de Dios estáis bendito,
 y lo sois para mí de honra y respeto.
 Guiad y solos vamos,
 solos su sepultura cavaremos,
 y si algo de sus restos encontramos,
 hasta aquí á conducirlos bastaremos.

Y así diciendo el Conde, y al instante
 mandando detener allí la gente,
 solo siguió adelante
 en pos del milagroso penitente,
 y á los ojos de todos se perdieron.
 Sereno estaba el día;
 el sol, que por los cielos avanzaba,
 con purpurada luz resplandecía,
 y la tierra en sus luces se bañaba
 y todo por la tierra sonreía.
 El tomillo oloroso,
 la madre selva espesa,
 la ancha amapola en su capullo aun presa,
 el silvestre jacinto

que á la margen sonora
 crece del arroyuelo
 y en su fresco color apenas tinto,
 el áspero majuelo,
 la todavía verde zarzamora
 y el enredado endrino,
 compañero del boj y del espino,
 el retorcido enebro y la retama
 que en medio crecen de la amarga grama,
 aromaban los valles silenciosos,
 y prestaban colores y verdura
 á los lomos fragosos
 de aquellos montes, cuyas hondas grietas
 en las piedras escuetas
 labra el agua que cae desde la altura.
 La tierra por doquier juvenecida
 por el sol fecundada,
 de nueva y creadora primavera
 se tornaba á mostrar con nueva vida
 y con nuevo rubor robustecida,
 con verdura mayor engalanada.
 Nueva generación de mariposas
 y de varios insectos zumbadores
 ensayaban su vuelo en las bojosas
 matas espesas de silvestres flores.
 Los blancos conejuelos,
 los alegres y libres cervatillos,
 de su fuerza primera
 iban ya haciendo alarde en la carrera;
 triscando entre las zarzas y majuelos,
 despuntando la grama y los tomillos
 y horadando las faldas arenosas
 de los secos y blandos montecillos,
 al instinto cediendo que se encierra
 en su naturaleza montesina
 de socavar la tierra.
 En la enramada verde
 que á una fuente vecina
 que entre las peñas al brotar se pierde
 toma jugo en la linfa cristalina,
 la nueva cría de ligeras aves
 silba, gorjea y trina;
 y el ronco cuervo, que con vuelo lento
 se cierne mansamente sobre el viento,
 grazna con notas ásperas y graves
 la estación de las flores
 presintiendo contento.
 Naturaleza entera
 brillante resplandece
 ufana por doquiera

anunciando la hermosa primavera.
 Y todo en ella juventud y vida,
 todo en ella armonía, luz y aroma,
 sólo al placer convida.
 Y desde la ancha y verde y fresca loma
 donde está detenida
 la comitiva de Wifredo entera,
 por la vega extendida
 y escarpada montaña
 goza la perspectiva placentera
 que desde allí se alcanza embebecida.
 En tanto su señor va lentamente
 por las peñas trepando
 detrás del silencioso penitente,
 que por la soledad le va guiando,
 el sitio en que pecó triste buscando.
 La luz y la alegría
 de la naturaleza,
 de ambos se aviene mal con la tristeza
 y la razón que allí les conducía;
 y sumido en sus propios pensamientos
 marchaba cada cual á pasos lentos.
 Sube el monje la diestra asegurada
 en nudoso bastón con que se ayuda,
 y cruza el Conde la hojarasca ruda,
 báculo haciendo de su larga espada.
 Así, por senda que tortuosa lleva
 de un aislado peñasco hasta la cima,
 llegaron al lugar en que su cueva
 labró Guarino, y cuyo centro estima
 en más que los palacios colosales
 que labraron del mundo los señores,
 y que vienen á ser tan solamente
 los nichos y las cifras sepulcrales
 que sus nombres mortales
 guardan un día más entre la gente.
 Entre los huecos cascos
 de los hendidos lomos
 de dos duros peñascos
 que las lluvias hendieron,
 de intención de minarles con asomos
 una grieta se abría,
 que caverna de fieras parecía.
 Un pico del peñón algo avanzado
 sobre su ancha abertura,
 del viento y de la lluvia resguardado,
 un trozo de terreno mantenía,
 que de tupido césped alfombrado
 de la gruta á la entrada se veía.
 Y de la estéril roca

por estrecha hendidura
 bajaba de la cueva hasta la boca
 un rico manantial de agua tan pura,
 que á través de sus líquidos cristales
 de la piedra en que cauce se formaba,
 se contaban las vetas transversales
 que el paso de la linfa había ido
 puliendo en su caída, de manera
 que en vez de piedra tosca se dijera
 que en la concha mejor se había bruñido.
 La sonora corriente
 de esta escondida fuente,
 hallando entre los céspedes descanso
 en el llano terreno
 que estaba de ellos lleno,
 formó entre aquellas hierbas un remanso;
 y entre ellas á su curso abriendo calle,
 dejando aquel lugar verde y fecundo,
 iba á perderse en la mitad de un valle
 de los montes formado en el profundo.
 De este remanso, el centro
 formaba un montecillo
 por el agua cercado,
 seco, verde y aislado,
 por aquel manantial fecundizado,
 que de las altas rocas guarnecido,
 cubierto por el pico adelantado
 sobre la cueva oscura,
 por la fuente regado
 y en la pendiente rauda concluido,
 era un bello paisaje en miniatura.
 Y de aquel montecillo, en el altura
 cubierta de verdura,
 fresca, olorosa, amena,
 brotaba una purísima azucena,
 la cual, aunque era flor sola y silvestre,
 más que en jardín cuidado
 brillaba hermosa en su rincón campestre
 que estaba con su aroma perfumado.
 Sus blancas hojas á la luz tendidas,
 su simiente encerrada en los martillos
 que de su centro se alzan amarillos,
 su tallo verde, fresco, alto, flexible,
 mecido por el aura, que perdida
 á aquel rincón llegaba imperceptible
 dándola oculto movimiento y vida,
 hacían de la cándida azucena
 un animado ser, solo habitante,
 solo genio y señor de aquella escena.

Al llegar de la gruta ante la boca

en que aquella hendidura
 escondida en la roca
 guardaba de este sitio la hermosura
 y do la entrada de la cueva toca,
 postróse de rodillas Juan Guarino;
 y absorto el noble Conde,
 viendo el primor que esconde
 aquel sitio desierto y campesino,
 se detuvo un momento
 embebido en gozar el suave aroma
 de la flor de aquel grato apartamiento.
 —He aquí—exclamó Guarino derramando
 lágrimas—el lugar en que escondido
 mi delito lloré, sobre la tierra
 do fué mi doble crimen cometido.
 He aquí, señor, la tumba en que reposa
 la hija de que os privé; bajo la altura
 de ese montón de tierra y de verdura
 duermen los restos de la más hermosa
 é inocente criatura,
 y esa blanca azucena
 tal vez del jugo de su sangre pura
 el jugo bebe que su cáliz llena.
 Cuando en fiera tornado á esta montaña
 me volví desde Roma peregrino
 á cumplir penitente mi destino,
 había aquí brotado
 el manantial bullente y cristalino
 que tenía cercado
 el lugar á su tumba señalado.
 La azucena sobre él ya abierta estaba,
 y cual lugar sagrado
 que el Señor me vedaba,
 por mí en mi penitencia respetado
 fué, y con mi llanto de dolor regado.
 Yo he visto en esa flor siempre inmarchita
 una futura prenda de esperanza
 por el cielo bendita;
 y en esa flor á quien jamás alcanza
 el fin que á todas dió naturaleza,
 de la mujer á mi maldad rendida
 el símbolo miré de la pureza,
 atropellada sí, mas no perdida.
 Único amor del triste solitario,
 su única compañía en el desierto,
 única luz del tenebroso osario
 del mundo para el cual vivía muerto,
 único paso á mi esperanza abierto,
 mi corazón en ella ha concentrado
 cuanta fe y cuanto amor ha conservado.

Única prenda que me liga al mundo,
sólo recuerdo de la edad pasada,
tras del amor á Dios, es el segundo
en mi alma con mis lágrimas lavada
el amor á esa flor inmaculada.

Yo creo ver en ella
vivir á la hija que lloráis, yo creo
que su alma pura y bella
vive dentro del cáliz conservada;
y entre sus hojas su semblante veo,
y oigo sonar su voz cuando se mece
entre sus blancas hojas,
y si el tiempo á mis ojos la agostara,
tanto cuanto lloré por el pecado
que dentro de esa tumba la encerrara,
sobre el tallo truncado
de esa azucena mística llorara.

Y así diciendo, el infeliz Guarino
por tierra prosternado,
de aquel último bien se despedía
tanto tiempo por él idolatrado,
la sepultura en que raíz tenía
á destruir él mismo preparado.
Y el Conde embebecido
en lo que al labio de Guarino oía,
en pie junto á él seguía
inmóvil, silencioso y distraído.

—
Wifredo, de repente
de esta meditación saliendo, dijo
con decidida voz al penitente:
—No perdamos, hermano,
el tiempo neciamente;
esa tumba cavemos
y apartemos de aquí su resto humano.

Y obediente Guarino,
resignado con calma á su destino,
con la azada en la mano,
resuelto se llegó á la verde altura
do la hermosa azucena
marcaba la campestre sepultura.
Y Wifredo, á su vez, la aguda pena
del corazón paterno
desahogando en dos lágrimas espesas,
gotas que lanza al manantial interno
que inextinguible en sus entrañas mana,
de otro azadón asiendo, se dispuso
lo que resta á buscar de lo que un día

fué de sus ojos luz, fué su María.
Con el secreto intento
de que aquella azucena perfumada
quedara, á ser posible, respetada
en el lugar en donde tiene asiento,
por el opuesto lado comenzaron
del fúnebre montón do está arraigada;
mas apenas hundieron
en tierra el azadón, de ver echaron
que el verde montecillo, que creyeron
tierra compacta y dura,
blanda y recientemente removida
estaba, y seca y leve mantenida
entre el agua, y debajo la verdura
que la tiene cubierta y circuida,
y cuanto con más tiento la tocaban,
más fácilmente, por entrambos lados,
sus golpes á la par desmoronaban
la tierra, y los arbustos que arraigados
en ella vegetaban.
Lejos de sí los instrumentos rudos
arrojaron, y á impulso de un instinto
igual, hundieron en la blanda tierra,
y á apartarla empezaron cuidadosos
con sus dedos desnudos.
Pronto dieron sus manos
con un oculto objeto
de la tierra distinto,
mas suave al tacto, con calor, con vida;
no era el objeto oculto el esqueleto
de enterrada mujer, á quien los años
y la tierra tendrían consumida.
El secreto terror y afán interno
heló la voz en su garganta, y ambos,
apartando en silencio el polvo leve,
descubrieron, y entrambos asombrados,
dos pies que, como el ampo de la nieve,
mantenía la tierra conservados.
Un ligero color rosado y puro
bajo su piel se percibía apenas,
y á través de la piel el trazo obscuro
se veía de sus venas,
cual si la vida aún de sangre líquida
las mantuviera llenas.
De aquellos pies purísimos la planta
verticalmente inmóvil,
que siempre en los cadáveres espanta,
lejos de dar horror; á la mirada
solamente exponía
la perfección, pureza y hermosura

de una obra de escultura
 diestramente pulida y acabada.
 El grato anhelo, la interior zozobra
 que ambos á dos sintieron,
 seguir les hizo la empezada obra;
 y apartando los céspedes y tierra,
 en silencio siguieron
 hasta que el tronco entero descubrieron,
 que envuelto en sus vestidos,
 apenas por el agua humedecidos,
 y apenas arrugados
 por la tierra en que estaban enterrados,
 envolvían el cuerpo de María,
 que dormida y no muerta parecía.
 Escondida no más de su belleza
 quedaba la bellísima cabeza
 y la garganta blanca,
 donde una herida fresca se descubre,
 desde la cual arranca
 la raíz de la cándida azucena,
 que sobre el sitio en que descansa brota,
 y que fuerza será cuando el semblante
 descubran que la flor se arranque rota.
 Comprendiéndolo al par ambos, á un tiem-
 las manos detuvieron, [po
 y arrasados en lágrimas los ojos
 ante aquellos para ambos
 sagrados y bellísimos despojos,
 gran trecho sin acción se mantuvieron.
 Mas el Conde, por fin, de irresistible
 voluntad impelido,
 con un postrer esfuerzo despejando
 el rostro aún escondido
 de su María hermosa,
 vió de la virgen la figura entera,
 cuyo labio animaba
 dulcísima sonrisa placentera;
 cuya tez inmarchita coloraba
 animado color de nieve y rosa,
 y en cuyos tenues párpados cerrados
 transparente se veía
 la pura luz que á su través lucía
 en sus ojos aún iluminados
 con la lumbre vital que dentro ardía.
 Mas en tanto la flor fragante y pura
 que sobre ella crecía,
 y de la muerta virgen en el cuello
 sus raíces asía,
 por el suelo truncada
 por entre el césped húmedo yacía

roto su tallo, pero no manchada.
 Tendió el Conde sus manos
 á la prenda de su alma idolatrada
 y á la caída flor el penitente,
 cuando ésta de repente,
 por invisible mano arrebatada,
 se perdió en el azul del manso ambiente,
 y la pura región del vago viento
 armonizó una música divina
 que venía del alto firmamento
 detrás brotando de su azul cortina.
 El celestial compás de aquella santa
 misteriosa armonía, llamó al cielo
 la atención de Wifredo y de Guarino;
 y al ver el cuadro mágico y divino
 que les mostró su descornado velo,
 se borró de María en la garganta
 la señal de su herida;
 y á ver la aparición en luz radiante
 que en medio de los aires suspendida
 de su vista mortal está delante,
 tornó á su corazón la dulce vida.

Por el sol coronada,
 de las estrellas fúlgidas vestida,
 de la luna calzada,
 y de ángeles en hombros conducida,
 la Madre del Cordero immaculada
 sonreía á los tres, que arrodillados
 y absortos contemplaban
 la divina visión embelesados.
 La Purísima Madre del Dios Niño
 en sus manos más blancas que el armiño
 la azucena silvestre mantenía,
 y con celeste acento
 que empapó la montaña en armonía
 de son más apacible, grato y lento
 que el murmullo del bosque, el mar y el
 con sonrisa hechicera [viento,
 dijo vuelta á los tres de esta manera:
 «Donde no hay voluntad, tampoco crimen;
 ilesa, pues, la virginal pureza
 María conservó, y en la aspereza
 de los montes siete años penitentes
 de otro castigo al matador redimen
 en los juicios de Dios omnipotentes.
 En medio de estas peñas se levante
 sombrío monasterio,
 que del Señor las maravillas cante;

otra vez á arraigar esa azucena
vuelva en las rocas de perfume llena,
prenda y señal de celestial misterio.
Y cuando en el sepulcro preparado
vuestro despojo corporal se suma,
sobre el sepulcro de los tres cerrado
la azucena silvestre se consume.»

Expiró de la Virgen el acento,
y cesando la célica armonía
la mística visión deshizo el viento.
Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante
cayeron bendiciendo su destino [ella
el noble Conde, la feliz doncella
y el santo penitente Juan Guarino.

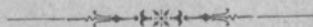


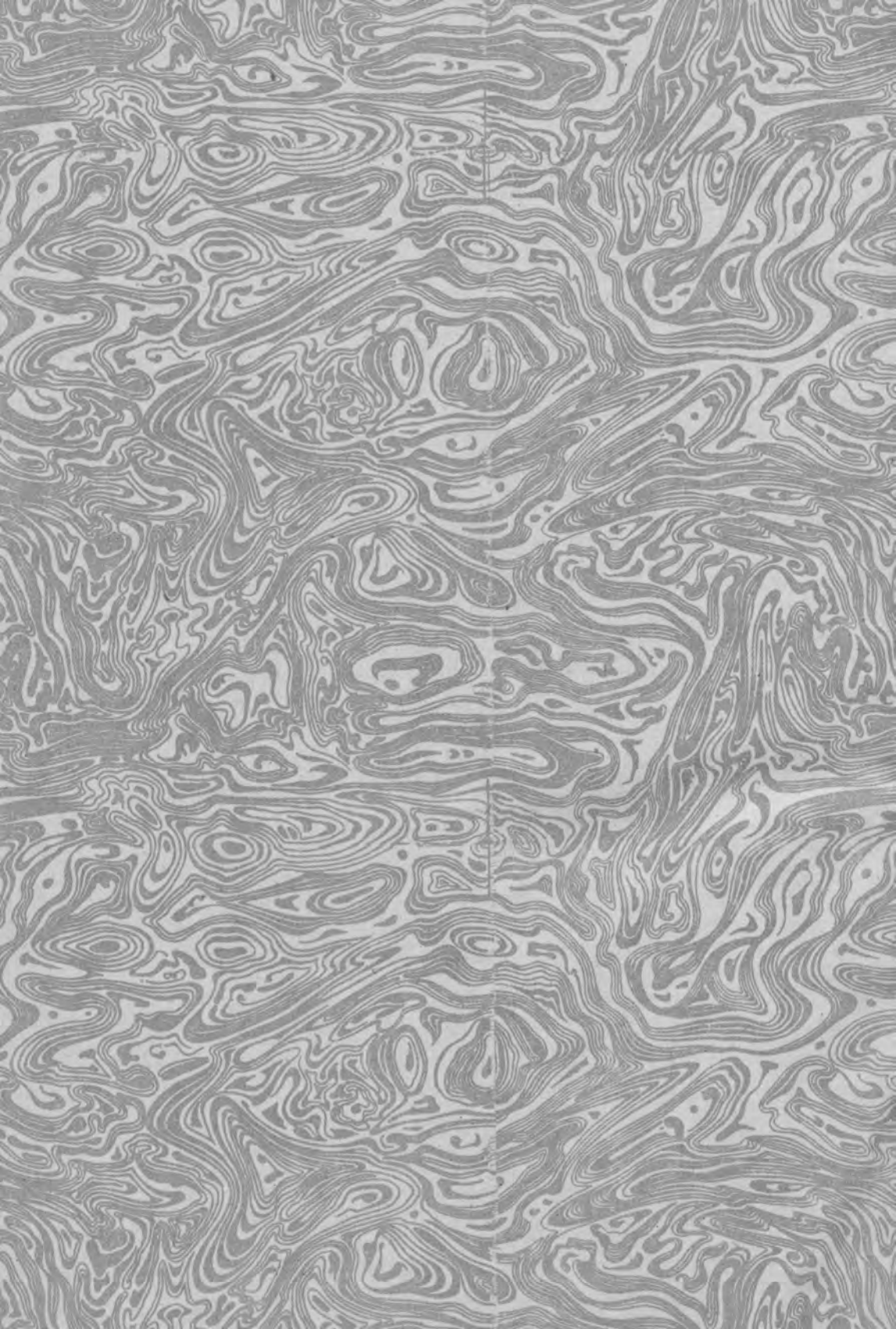


ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

	Págs.		Págs.
PRÓLOGO.....	5	El canto de los piratas. (Traducción de Victor Hugo.).....	107
Á la memoria desgraciada del joven literato D. Mariano José de Larra.....	17	Oriental.....	109
Introducción.....	19	La plegaria.....	111
Á Calderón.....	23	La juventud.....	113
Toledo.....	25	La amapola.....	115
El reloj.....	29	La noche y la inspiración. (Á mi amigo el artista D. Julián Romea.).....	117
La luna de Enero.....	31	Un recuerdo del Arlanza.....	121
A una mujer.....	33	Á Roma.....	125
Oriental.....	37	La noche inquieta. (Fantasía.).....	129
Á Venecia.....	39	Soledad del campo.....	137
Un recuerdo y un suspiro.....	41	Soneto.....	139
A D. Jacinto de Salas y Quiroga.....	43	Á Blanca.....	141
Á.....	45	Oda.....	143
Oriental.....	47	La margen del arroyo.....	147
La meditación.....	49	Al último rey moro de Granada, Boabdil el Chico.....	151
Á la estatua de Cervantes.....	51	El velo. (Traducción de Victor Hugo.)... ..	159
Elvira.....	53	Vanidad de la vida. (Fantasía.).....	161
Tarde de otoño.....	55	Tenacidad.....	163
Indecisión.....	57	Soneto.....	165
ooo.....	59	Tempestad de verano. (Fragmentos.)... ..	167
Oriental.....	61	Recuerdo á N. P. D.....	171
A un torreón.....	63	Á la niña C. D. G.....	175
La noche de invierno. (Á D. Jenaro Villamil.).....	65	Á una calavera. (Fantasía.).....	177
Recuerdos de Toledo. (La catedral.).....	69	Las hojas secas. (Á mi madre.).....	183
El día sin sol.....	73	Á Blanca.....	187
Inconsecuencia. (Á una tórtola.).....	79	Canción.....	189
La torre de Fuensaldaña.....	83	El crepúsculo de la tarde.....	191
La duda.....	87	Á un águila. (Oda.).....	197
La Virgen al pie de la cruz.....	89	Oriental.....	201
Napoleón.....	93	Canción. (Música del Sr. D. S. Iradier.)... ..	203
Á los individuos artistas del Liceo. (Noviembre de 1837.).....	97	Á Mariana. (Canción.).....	205
El amor y el agua.....	101	Oriental.....	207
Á la muerte de.....	103	Á María. (Plegaria.).....	209
La orgía.....	105	Poco me importa. (Canción.).....	211

	Págs.		Págs.
Himno á S. M. la Reina D. ^a Isabel II, en sus días. (Música del maestro Iradier.)	213	Un apéndice á las ventanas de la Duquesa.	277
Á D. Wenceslao Ayguals de Izco. (Fantasía.)	215	A luengas edades, luengas novedades....	279
Á mi amigo Wenceslao Ayguals, Director de <i>La Risa</i> .	217	El paso de armas de Beltrán de la Cueva.	287
Vigilia.	221	Recuerdos.	293
Gloria y orgullo.	225	Favor de Rey.	297
Pereza.	227	Los borceguies de Enrique II.	303
Cadena.	229	Una aventura de 1360.	317
En un álbum.	231	Las estocadas de noche.	323
Misterio. (Á mi amigo D. Antonio García Gutiérrez.)	233	Justicias del rey D. Pedro.	327
Composición leída por los actores en el teatro del Príncipe en los días 6 de Septiembre y 11 de Octubre de 1839.)	235	Para verdades el tiempo, y para justicias Dios. (Tradición.)	335
A la luna.	237	Honra y vida que se pierden, no se cobran, mas se vengan	343
Horizontes.	239	Recuerdos de Valladolid. (Tradición.)	359
Impresiones de la noche.	243	Á buen juez, mejor testigo. (Tradición de Toledo.)	377
Fe.	247	Las dos Rosas.	387
Á España artística. (Soneto.)	249	El niño y la maga. (Fantasía.)	413
Ira de Dios. (El ángel exterminador.)	251	El caballero de la buena memoria. (Leyenda tradicional.)	427
Romance.	257	Á mi amigo D. Juan Eugenio Hartzenbusch.	447
La sorpresa de Zahara. (Romance de 1841.)	259	El capitán Montoya.	449
Príncipe y Rey. (Romance histórico.)	267	El escultor y el Duque.	467
La cortina verde.	271	La azucena silvestre; leyenda religiosa del siglo IX.—Primera parte.	479
Justos por pecadores.	275	Segunda parte.	499



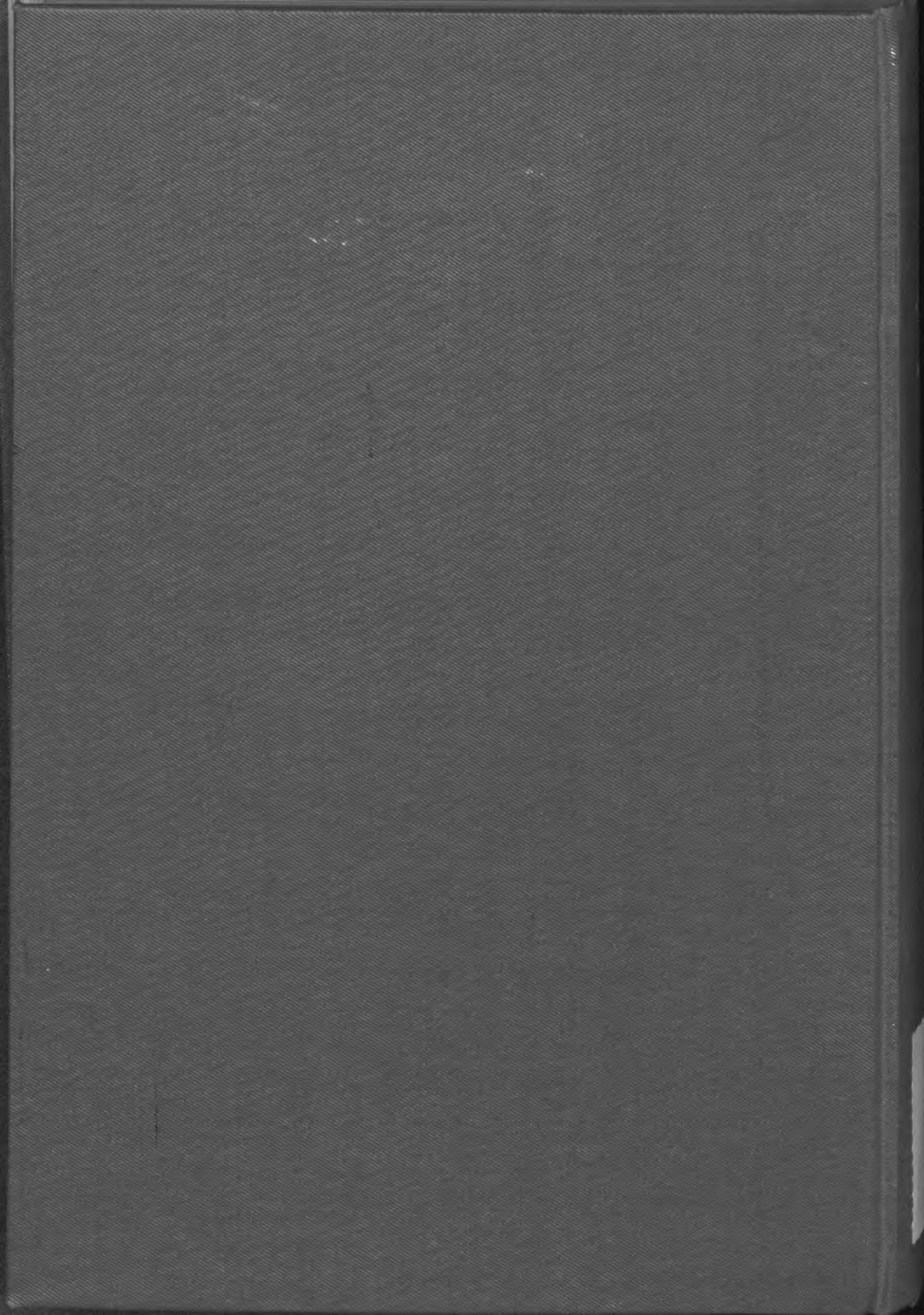


COMPañIA 
Literaria Granadina.



Gracia, 32

Tel. y fax: 958-25 62 60
18002 GRANADA



JOSE ZORRILLA

OBRA S

G 263368